

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

- No. 161. Castillo - ¡Al Fin, Selos!
- No. 162. Castillo y Luna - Sybill.
- No. 163. Cervantes - Don Quijote de la Mancha.
- No. 164. Inés y Biblioteca culpa Ajera, Vol. 17.
- No. 165. Villaseca TEATRO MUNDIAL.
-
- No. 166. Fernández de la Puente y L. P. Frutos y A. P. Boriano - El Galapagos.
- No. 167. Arnetron Nos. 161-170.
- No. 168. Molière - Tartufo.
- No. 169. Igurbide - El Cristo Moderno.
- No. 170. Fernández de la Puente y M. Fernández Caballero - El Legado de San Pablo.

14/6/19
12/2/17

Biblioteca

Vol. 13

TEATRO MUNDIAL

OBRA PUBLICADA

Nos. 161-170.

14/10/19
12/11/19

- III
- No.161. Castillo - ¡Al Fin, Solos!
- No.163. Castillo y Luna - Sybill.
- No.164. Cervantes - Don Quijote de la
Mancha.
- No.162. Insúa y Catá - La culpa Ajena.
- No.165. Villæspesa - Era El.
- La Partida de
Ajedrez.
- No.166. Fernández de la Puente y L.P.Frutos
y A.P.Soriano - El Guitarrico.
- No.167. Armstrong - Jimmy Samson.
- No.168. Molière - Tartufo.
- No.169. Igurbide - El Cristo Moderno.
- No.170. Fernández de la Puente y
M.Fernández Caballero - El Lego de
San Pablo.

MADRID

SECCION DE AUTORES ESPAÑELES

1916

No. 151. Castillo - La Fin, Solos!

No. 152. Castillo y Luna - Sybil.

No. 153. Cervantes - Don Quijote de la Mancha.

No. 154. Inga y Esté - La culpa Ajona.

No. 155. Villaseca - Era El.
- La Partida de

Ajedrez.

No. 156. Fernández de la Puente y L. P. Frutos
y A. P. Soriano - El Guiterico.

No. 157. Armstrong - Jimmy Hanson.

No. 158. Molère - Tartufo.

No. 159. Igarbide - El Cristo Moderno.

No. 160. Fernández de la Puente y
M. Fernández Caballero - El Lago de
San Pablo.

No. 1-11
EMILIO G. DEL CASTILLO

¡AL FIN, SOLOS!

OPERETA EN TRES ACTOS



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

¡AL FIN, SOLOS!

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

¡AL FIN, SOLOS!

OPERETA EN TRES ACTOS

DE

A. M. WILLNER y R. BODANSKI

MÚSICA DE

Franz Lehar

ADAPTACIÓN AL CASTELLANO

DE

EMILIO G. DEL CASTILLO

Estrenada en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid,
la noche del 12 de Diciembre de 1914



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbarrá, 15.

REPARTO

Personajes	Actores
DOLLY DOVERLAND	<i>Srta. Marco.</i>
TILLY DACHAU	» <i>Haro.</i>
BARONESA DACHAU	<i>Sra. Romero.</i>
BARÓN FRANK HANSEN.	<i>Sr. López.</i>
EL CONDE DE SPLENNINGEN	» <i>Meana.</i>
WILLY	» <i>Marcén.</i>
UN NOVIO	» <i>Agudo.</i>
FRITZ.	» <i>Vallejo.</i>
EL DE LA AGENCIA COOK	» <i>García.</i>
EL DIRECTOR DEL HOTEL.	» <i>Galeron.</i>
JOSÉ.	» <i>Castañeda.</i>
GUÍA 1.º	» <i>Loygorri.</i>
IDEM 2.º	» <i>Estrella.</i>
IDEM 3.º	» <i>Cancela.</i>
POLLO 1.º	<i>Srta. Saavedra.</i>
IDEM 2.º	» <i>Aceña.</i>
IDEM 3.º	» <i>Crespo.</i>
IDEM 4.º	» <i>Terán.</i>
IDEM 5.º	» <i>Godoy.</i>
IDEM 6.º	» <i>Escuer.</i>
MOZO 1.º	<i>Sr. Guerra.</i>

Criados, aldeanos suizos, turistas, extranjeros, etc.

Epoca actual. -- La acción en Suiza.



ACTO PRIMERO

DECORACIÓN: El escenario representa ser el parque de un lujoso hotel de Suiza. A derecha e izquierda, frondosos árboles. En segundo término, izquierda, vestibulo de tres anchas puertas de cristales, con escalera al parque y magníficamente decorado. Detrás del vestíbulo se ve parte del salón de baile, decorado en blanco y rosa, con artísticas plantas de salón. Las tres puertas de cristales están decoradas por fuera con pintorescas guirnaldas de edelweiss y rosas de los Alpes. La escalera cubierta de rica alfombra, y en ambos lados, lujosos candelabros. En el foro, balaustrada, tras de la que se ve el pintoresco paisaje de Suiza, montañas con nieve y ventisqueros en las cimas. Bancos de jardín y sillas de mimbres diseminados por la escena; enredaderas y flores en el jardín. En el proscenio, dos sillas de playa, barnizadas de blanco, un gran paraguas de abigarrados colores sujeto en una mesa, y dos sillitas. El parque ha de producir un efecto muy vaporoso y alegre. Es verano, próximo al otoño.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón hay en escena una boda de campesinos con los pintorescos trajes del país. En la escalera del hotel presencian la fiesta elegantes turistas, caballeros y señoritas. En el primer término y accionando impaciente durante todo el número, EL DE LA AGENCIA COOK con FRITZ (aldeano). El primero va de uniforme; es un tipo muy elegante, algo nervioso y acciona con agitación. Los de la boda bailan un baile típico, trenzando cintas de colores en un alto mastil rematado por un ramo de flores.

Música

Mozos Las mozas de mi lugar
 no se casan por saber de amor,

que se casan por hacer rabiar
a las mozas sin colocación.
Mueve los pies al bailar
que ahora el novio no te puede ver,
porque está diciendo a su mujer
que ya llega la hora de abrazar.

NOVIO Ven junto a mí,
 mírame así ;
ya soy tu maridito.
Ante Dios mi palabra dí,
no te debes avergonzar.
Ya nos podemos besar
 sin cesar.

MOZOS (A la novia.)
Es el casarse un placer,
y de todos el placer mayor,
porque siempre gana la mujer
al saber lo dulce que es amor.
Tu maridito será
cariñoso, tierno, amante y fiel,
y si no lo fuera ¡ pobre de él !
haces tú lo mismo y ya verá.

UNOS Montañesa, ven ;
 corre ya ligera
 que tu novio espera
 amor.

NOVIO Ven cerca de mí,
 que ya eres mi mujer
 y mi sangre arder
 sentí.
Ven, niña, a soñar,
la vida es toda amor
y es encantador
 amar.

MOZO 1 Calma ya mi ardor.
 Oyeme. Mírame.
 Para tí yo guardé
 mi amor.

UNOS Montañesa, ven, etc.
OTROS Oyeme. Mírame, etc.
BAJOS Ven cerca de mí,
 que el verte es mi placer,

y mi sangre arder, sentí.
Ven, niña, a soñar,
la vida es toda amor
y es encantador
amar.

(Hacen mutis aldeanos, aldeanas, novios, etc. El de la Agencia Cook se impacienta durante el número y hace gestos desesperados para que se animen. Los turistas que presencian la boda en la escalinata del hotel, hacen mutis algo aburridos.)

ESCENA II

EL DE LA AGENCIA COOK y FRITZ.

Hablado

- COOK (Indignado.) ¡Muy mal, muy mal! ¡He aquí su obra! ¡Un fracaso! ¡Un fracaso espantoso! Nos estamos desacreditando. Sobre la Agencia Cook llueven a diario las reclamaciones de los viajeros, afirmando que se aburren en Suiza.
- FRITZ Yo he cumplido mi deber. Usted me dijo que organizase una boda de campesinos, lo más típica posible...
- COOK Pues ya ve usted la gracia que les ha hecho a los turistas. Es que estaba mal organizada. ¿Dónde diablos ha buscado usted esos novios? Ella, todavía podía pasar; no era fea. Pero él ¡qué cara! ¡qué gesto! ¡qué tipo! (Indignado.) ¿Dónde ha ido usted a buscar ese hombre?
- FRITZ ¡Señor! ¡Tampoco se pueden pedir maravillas por tres francos cincuenta!
- COOK Sí. Disculpas no faltan. Está visto que las bodas no dan resultado. Es preciso algo sensacional. (Mutis de Fritz.)

ESCENA III

Dichos, GUÍAS 1.^o, 2.^o y 3.^o El Guía 3.^o es gordo y muy calmoso. Los otros, jóvenes. Saludan quitándose el sombrero.

- COOK (A los guías.) ¡Contento me tienen uste-

des ! ¡Valientes guías ! Ustedes se han creído que la Agencia tiene su dinero para tirarlo. Ya no hay viajero que experimente emoción alguna al subir a los sitios más peligrosos. ¿A quién le corresponde guiar mañana a esos turistas franceses a la Jungfrau?

GUÍA I A mí.

COOK ¿Recuerda usted todo lo que debe hacer en la excursión?

GUÍA I Me parece que sí.

COOK Veamos.

GUÍA I Hombre... Pues empezaremos la ascensión... a mí me parece que por el camino de la ladera, hasta la peña rota.

COOK Bueno, ¿y durante ese trayecto de qué habla usted a los viajeros?

GUÍA I De las costumbres suizas, del clima, de los pastos, de lo barata que es la vida.

COOK Muy bien.

GUÍA I Ya... al llegar a la peña rota, preparo las cuerdas y pongo así una cara como diciendo : «Ahora empieza el peligro».

COOK A ver la cara. (Pone el guía la cara preocupada.)
¡Muy mal ! ¡Más preocupación ! (Se retira dos pasos. Le mira de perfil.) De perfil parece que se está usted riendo.

GUÍA I (¡Maldita sea tu estampa !)

COOK (Entusiasmado.) ¡Así !

GUÍA I Bueno. De la peña rota, pasamos al camino de la caseta, y al llegar al ventisquero, cuento la trágica historia de los tres ingleses que, por no hacer caso de las prudentes advertencias del guía, desaparecieron en el abismo, sin que se haya vuelto a tener de ellos la menor noticia. (Como quien recita una lección de memoria.)

COOK No, señor. ¿Ven ustedes como todo lo equivocan ? Se salvaron merced a los inteligentes esfuerzos de los empleados de la Agencia Cook. En Suiza no ocurren jamás desgracias a los turistas. De mo-

rir alguien, mueren los guías, que para eso se les paga... Adelante.

GUÍA 1 Ya en el camino de la muerte...

COOK En el camino de la muerte, debe usted figurar que resbala, y caer por el precipicio, donde estará éste (Señala a un guía.) para recogerle. ¿Quién es el encargado de dar el grito de angustia?

GUÍA 2 Yo. (Avanzando.)

COOK Veamos.

GUÍA 2 ¡Aaaaay !... (Grita exageradamente.)

COOK No. No tan exagerado. Parece que es usted el que se ha caído. Simultáneamente uno de ustedes da un salto, gritando: «¡Hermano, yo te salvaré!» ¿Quién va a dar el salto?

GUÍA 3 ¡Yo! (Es muy gordo.)

COOK ¡Hombre, por Dios! ¡No! Usted no está para dar saltos. Que salte Kuni.

GUÍA 2 Perdone usted; pero yo no salto.

COOK ¿Que no salta usted?

GUÍA 2 No, señor. El último salto me costó un mes de cama. Y como no se cobran daños y perjuicios, no salto.

COOK ¡Ah! perfectamente. Pues está usted despedido.

GUÍA 2 Muy bien. Para lo que se gana. Ahí queda eso. Me van a oír los turistas. (Mutis, dejando la chapa de guía sobre la mesa.)

COOK Bueno, Waltti, ¿y a usted qué le ocurrió el sábado pasado con el turista inglés?

GUÍA 1 Pues que me vi en un compromiso. Figúrese usted que cuando, según lo convenido, le dejé colgado en la cuerda sobre el precipicio, para ver si se emocionaba, al dar éste (Guía 2.º) el grito de angustia, se conoce que se confundieron, y empezaron a cantar, los del orfeón, el vals «Viva la alegría suiza». Y había que ver la cara que puso el inglés.

COOK ¡De emocionado!

GUÍA 1 No, señor; de indignado!

COOK Me explico la indignación del inglés. Irle a un hombre que se cree en un peligro inminente con canciones...

GUÍA I ¡No! ¡Cá! Si por lo que se indignó fué porque dijo que desafinaban.

COOK Sí, sí. Ya he dicho que supriman el orfeón. Es un desastre. Bueno, a trabajar y a ver si evitamos las reclamaciones.

GUÍAS Buenas tardes. (Mutis izquierda.)

COOK ¡Ay, Suiza, Suiza! ¡Cuánto debes a la Agencia Cook! (Mutis.)

ESCENA IV

FRANK y JOSÉ. Luego DOLLY.

FRANK (Llamando a José, que viene del jardín.) ¡José! (Con misterio.)

JOSÉ (Extendiendo la mano.) Señor Barón. (Frank le da una moneda. Aparte.) (Como todos los días.) (Alto, como respondiendo a una pregunta y con aire de misterio.) La señorita Dolly ya ha salido, señor Barón. (Le da una moneda.) No, no señor; no ha desayunado aquí. (Le da otra moneda. José la mira y hace un gesto como diciendo: «Es poco.» ¿Cómo? (Dándole otra moneda.) ¡Ah, sí! Pues no quisiera equivocarme, señor Barón; pero creo que está jugando al tennis ...

FRANK Está bien. Vete.

JOSÉ (Tendiendo la mano.) ¿No desea saber más el señor?

FRANK No. Vete. (Se sienta y queda pensativo. Pequeña pausa.) Cada vez la entiendo menos. ¿Coqueta? No. ¿Una mujer vulgar? Tampoco. ¿Pero es posible que no se haya dado cuenta de que la persigo hace tres semanas de hotel en hotel?

DOLLY ¡José! (Sin reparar en Frank.)

JOSÉ (Adelantándose solícito a Dolly y extendiendo inconscientemente la mano.) Señorita Dolly... (Retirando la mano rápidamente.) ¡Ah! Perdone la señorita...

DOLLY (Altiya.) El *Bædecker*. (José se lo entrega, después de tomarlo de una mesita donde está. Dolly, durante este breve instante, contempla las montañas del fondo con admiración. Al entrar en escena Dolly, Frank se ha puesto en pié rápidamente, haciendo intención de aproximarse a ella, pero como Dolly no se ha dado cuenta de que está allí, Frank queda en pié, contemplándola ávidamente.)

JOSÉ Aquí está, señorita. ¿Desea algo más la señorita? (Alarga y retira rápidamente la mano, por la fuerza de la costumbre.)

DOLLY (Haciendo mutis sin mirarle.) Si mi tío, y mi primo preguntan por mí, estoy en el campo de tennis. (Mutis.)

JOSÉ (A Frank, maliciosamente, tendiéndole la mano.) Que está en el campo de tennis. (Frank está abstraído y no le hace caso. José se mete la mano en el bolsillo, y hace mutis resuelto, cantando piano:) «Por favor, no me hable usted de amores...» (Mutis.)

FRANK (Que ha estado pensativo.) Es indudable; ni siquiera me conocè; le soy indiferente por completo. ¡Pues bien; sea! (Resueltamente.) ¡Se acabó! Hoy mismo me marcho. (A José, que sale.) ¡José! ¡José! ¿Hay tren para la frontera?

JOSÉ ¡A las seis y media el rápido!

FRANK Que se disponga mi equipaje. (Seco.)

JOSÉ Está bien, señor. (Mutis.)

ESCENA V

FRANK. Queda pensativo.

Música

No quiero verla más,
partir es lo mejor.
No más amor.
Por ella creí
que el mundo reía,
por ella en un día

las ilusiones

perdí.

Dolly... ¿por qué... te amé?

A esa mujer es preciso olvidar.

¡Coqueta!

Soñaba y llegó el despertar.

Quisiera olvidar, mas no podré,

que lejos de ella mi amor será

un sueño que loco me forjé.

¡Amor!...

Yo de tus penas me reía,

y es mi alegría, sueño encantador

de un día.

(Transición. Alegremente.)

Basta de sufrir,

no quiero amar,

porque es hermoso reir,

gozar ;

y en la mujer

hay que buscar

locura y placer.

Burlas del amor

que haceis sufrir,

no quiero vuestro dolor.

Reir

es lo mejor.

¡Fuera del alma penas,

fuera amor !

Lejos del alma partid

sueños de loco amor.

ESCENA VI

FRANK y JOSÉ.

Hablado

JOSÉ

Todo está dispuesto para cuando ordene el señor.

FRANK

¿Dispuesto para qué?

JOSÉ

Para el viaje. El señor sale a las seis y media para la frontera.

- FRANK ¿Yo? ¿Qué dices, José? ¡Yo no me voy de Suiza! ¡Yo no me voy nunca de este hotel! ¿Lo entiendes? Que yo no...
- JOSÉ Perfectamente. Que usted no se va nunca de este hotel. Está clarísimo.
- FRANK (Pero... si no es posible que una mujer como Dolly acceda a casarse con el majadero de Willy. Allí viene con su padre. No quiero verles... No puedo tolerar su presencia. Me voy. (Gritando.) ¡Mi maldición! ¡Mi equipaje! ¡Pronto!
- JOSÉ ¿Qué dice el señor?
- FRANK Que me marchó ahora mismo de este hotel.
- JOSÉ ¿Eh? (¿Y decía que no se iba a ir nunca?) ¿El señor se irá en el rápido?
- FRANK No. En un mercancías; en el primer tren que salga; y si no hay tren, en coche. ¡Pronto! ¡Vivo! ¿Es que no me entiendes?
- JOSÉ El señor no tiene que molestarse en hablar para que yo le entienda. (Tendiéndole la mano.) El más pequeño además es para mí más elocuente que todas las palabras. (Al ver que no le da nada, insiste.) Y que el señor lleve buen viaje.
- FRANK (Distráido le da la mano con efusión.) ¡Gracias, José, muchas gracias! (Mutis.)
- JOSÉ (Se le queda mirando indignado. Mueve la cabeza negativamente y canta con filosofía:) «No, no, no... No me hable usted de amores.»... (Y hace mutis tras él.)

ESCENA VII

WILLY y EL CONDE SPLENNINGER. Salen al compás de la música y van a sentarse junto a la mesa.

Música

- WILLY Soy un hombre feliz,
elegante y seductor.
- SPLÉN. Las mujeres que te ven

WILLY ya están locas por tu amor.
 Por mi carta dotal
 y mi aspecto varonil
 eso es muy natural.

LOS DOS Ya { he }
 { ha } chiflado a más de mil.

WILLY Noble y rico soy yo
 y eso hace pensar.

SPLEN. No exageres que es pecado
 el exagerar.

WILLY Yo sé enamorar.
 El dinero es el poder.
 El dinero es lo mejor.

SPLEN. Pues por él tienes mujer.
 y por él tienes amor.

WILLY El dinero hace triunfar,
 el dinero hace reir.

LOS DOS El dinero hace gozar
 la alegría de vivir.

SPLEN. No hay placer.—No hay amor.
 el dinero es lo mejor.

ESCENA VIII

Dichos; al final POLLOS 1.^o, 2.^o, 3.^o, 4.^o, 5.^o y 6.^o y JOSÉ.
 (Los pollitos son segundas triples.)

Hablado

WILLY Bueno, papá. Ya es hora de que hablemos tranquilos.

SPLEN. ¡ Chist ! (Va al foro y vuelve, mirando misteriosamente.) Habla, hijo mío, pero no desentones.

WILLY ¿Puedes explicarme, papá, a qué obedece la vida que llevamos? Hace tres días que no comemos en la mesa del hotel.

SPLEN. Exactamente.

WILLY Que nos levantamos a las siete.

SPLEN. En punto.

WILLY Que ni remotamente nos acercamos al campo de tennis.

SPLEN. Ni te lo aconsejo.

- WILLY. ¿Y a qué se debe todo esto, papá?
SPLEN. Se debe... a que se debe, hijo de mi alma... (Levantándose.)
- WILLY. ¿Qué dices?...
SPLEN. Willy : ha llegado el momento de que hablemos con seriedad. Yo no sé el concepto que a ti te merece esa juventud que resuelve su vida por una boda. El hombre se convierte en un objeto de primera necesidad que la mujer compra, según el escaparate donde se exhibe y el estuche en que se encierra.
- WILLY. De acuerdo, papá.
SPLEN. Tú, Willy, eres feo...
WILLY. (Poniéndose en pie y adoptando una posición ridícula.) ¡ Papá !
- SPLEN. Eres feo, y por consiguiente tienes mala salida en el comercio matrimonial.
- WILLY. El talento suple la belleza.
SPLEN. Afortunadamente, no, Willy.
WILLY. Pero todo eso que dices es sólo aplicable a los aristócratas llenos de deudas, acosados de usureros y sin dos francos.
- SPLEN. Ese es, precisamente, nuestro caso patológico.
- WILLY. ¿Cómo, papá? ¿El conde de Splenninger y el barón de Willy tienen deudas?
SPLEN. Desde el día que nacieron, hijo de mi corazón.
- WILLY. ¡ Qué vergüenza ! ¡ Si el viejo conde de Splenninger, nuestro ilustre abuelo, levantara la cabeza !...
- SPLEN. Willy ; tu ilustre abuelo, el viejo conde de Splenninger, no tuvo en su vida dos francos, siguiendo la tradición de los Splenninger.
- WILLY. Pero, ¿ no es histórico que te legó una cuantiosa fortuna ?
SPLEN. Leyenda, Willy, leyenda. Toda la herencia de los Splenninger se reduce a un libro en el que se leen estas dos palabras :

«Debe y Haber.» En el haber no había nada, Willy, pero cómo dejaría el debe tu ilustre abuelo, que las gentes dijeron de él al morir: «Descansa, viejo conde de Splenninger, que bien has cumplido tu deber.»

WILLY (¡Caramba con mi abuelo!)

*SPLEN. Mi ilusión era dejarte ese libro en herencia.

WILLY Si quieres me puedes desheredar.

SPLEN. Tú no tienes más solución que casarte con Dolly. Su pobre padre, mi primo, el millonario Doverland, me confesó al morir que esa boda era un deseo que se llevó a la otra vida.

WILLY ¿Y Dolly está conforme?

SPLEN. Del todo. (Levantándose.) Ayer me dijo que la boda puede celebrarse cuando quieras, puesto que le eres indiferente en absoluto.

WILLY Lo mismo que ella a mí.

SPLEN. Entonces sereis felices. El amor se acaba, Willy, la indiferencia, nunca. (Salen los seis Pollitos.)

POLLO 1 Señor Conde, un momento.

SPLEN. ¿Qué hay?

POLLO 1 ¿Es casual o responde a la moda el que vaya usted siempre descubierto?

SPLEN. ¿Éh? ¿Cómo? Exactamente, responde a la última moda.

POLLO 2 (¡Claro! ¡Como que el Conde es el árbitro de la elegancia!)

POLLO 1 ¿Y es la última moda llevar el sombrero en la mano?

SPLEN. No; yo lo he sacado distraído.

TODOS Gracias, señor Conde. (Mutis todos al hotel.)

WILLY Oye, papá, ¿y eso de no ponerse el sombrero a qué responde?

SPLEN. A esto. (Se pone el sombrero que se le queda en la coronilla de pequeño que es.) El mío estaba inservible y le cambié por éste en un res-

taurant de París. Ahora, que como tomé la medida a ojo...

WILLY
JOSÉ

¡Cómo te admiro, papá!

(Con una cuenta en cada mano y presentándoselas a Splenninger.) A propósito, señor Conde. En el *comptuar* me han entregado estas dos facturas...

SPLEN.
WILLY

(¡José!)

(¡Qué vergüenza!) (Se hace el loco poniéndose a silbar. En este momento salen los seis Pollitos descubiertos. Splenninger los ve, quita el sombrero a su hijo y con el suyo y el de Willy tapa ambas facturas, colocándoselos a José en los brazos, diciéndole al mismo tiempo imperativo:)

SPLEN.

Llévalos a nuestras habitaciones. (José se le queda mirando unos momentos con cara de asombro, pero como no le puede entregar las facturas, hace un gesto de resignación y vase. Los Pollos salen, miran al cielo, saludan con una reverencia al Conde y a Willy, y estornudando hacen mutis.) La miseria del conde de Splenninger impone una moda. Willy, antes de un año van a pelo todos los elegantes de todos los balnearios del mundo. Vamos.

WILLY
SPLEN.

Papá, eres grande... ¡inmenso!

Soy Splenninger, Willy. (Hacen mutis.)

ESCENA IX

BARONESA DACHAU y TILLY. Salen cada una por un extremo, se sientan en ambos lados de la escena. Pausa. La madre mira a la hija con los impertinentes.

Música

RECITADO

TILLY

¡Mamá!

BARONE.

¡Tilly! (Muy redicha.)

TILLY

(Suspirando.) ¡Ay, mamá!

BARONE.

¡Ay, Tilly! (Pausa.) ¿Por qué suspiras, corazón? No te descompongas. No pierdas ese aire de grandeza, que heredas de tu madre. Piensa que es lo único que

nos queda de los nobles Dachau que cuentan con dos reyes, tres papas y un santo en la familia.

TILLY ¿Quién fué el santo, mamá?

BARONE. Tu padre, hija mía, y así nos vemos desde que se nos fué el santo al cielo.

TILLY Y dime, mamá, ¿por qué venimos a un hotel tan caro?

BARONE. Porque en estos hoteles de lujo, como están tomadas todas las habitaciones, necesariamente tienen que darnos las de la servidumbre, y como no cobran hasta que hay libre una habitación de las buenas, nos sale gratis.

TILLY ¿Por qué, mamá?

BARONE. Porque en cuanto hay buenas habitaciones... nos vamos.

TILLY (Suspira.) ¡Ay, mamá! ¡Qué triste es pasar el verano como nobles, para que luego, al llegar el invierno, tengamos que hacer de hiespederas.

BARONE. ¡Calla, ángel mío! No me apenes. Cuando recuerdo que los nobles cuarteles de nuestro escudo no son más que cuarteles de verano, y que en cuanto llega el invierno dejamos los cuarteles y abrimos la Pensión...

TILLY «Pensión para estudiantes y señores serios. Vistas a la calle. Escríbase, Pensión Dachau.»

BARONE. No pensemos en eso. Esta noche hay fiesta y no quiero que esté ajada esta carita de rosa. ¿Está libre este corazoncito para dar entrada a un amor? ¿Olvidaste ya tu pasioncilla por el picaruelo de Willy?

TILLY ¡Ah, no; y no le he de olvidar nunca, ¿lo oyes? Y he de quererle siempre, ¿lo oyes? Siempre.

BARONE. Es Dachau. Terca pero noble, como su madre. (Mutis.)

ESCENA X

TILLY, sentada en la silla de playa y muy pensativa. WILLY sale con el cuello de la americana subido y sin sombrero.

WILLY La moda impuesta por mi padre me cuesta una pulmonía. (Transición cómica.) ¡Pero no me importa! ¿Qué es la vida sin mi Tilly? (Se sienta en otra silla de playa de espaldas a Tilly.)

TILLY (Escribiendo con la sombrilla en la arena.) ¡Willy!...

WILLY (Escribiendo con el bastón.) ¡Tilly!... (Quedan pensativos.)

LOS DOS ¡Ay!...

WILLY ¿Eh?

TILLY ¿Eh?... (Juego escénico en el que Tilly se levanta y va por la parte del público a mirar la otra silla, haciendo Willy lo mismo por el lado opuesto, sin verse.)

WILLY (Leyendo en la arena.) ¡Willy!...

TILLY (Leyendo en la arena.) ¡Tilly!... ¿De quién es este bastón?

WILLY (Idem.) ¿De quién es esta sombrilla?

TILLY ¡Willy!...

WILLY ¡Tilly! (Encontrándose.) Pero, ¿es usted, digo, tú?

TILLY ¡Qué alegría!

WILLY ¡Qué sorpresa!

TILLY ¿Eres tú quien ha escrito en la arena mi nombre.

WILLY ¿Y tú el mío?

TILLY ¡Ay, qué rico!

WILLY ¡Ay, qué rica!

TILLY ¿De modo que no me has olvidado?

WILLY ¡Tilly! ¡Nadie olvida a un ángel de la guarda, y tú lo eras para mí en la Pensión Dachau, (Digno en cómico.) donde yo estudiaba.

TILLY Donde tú debías estudiar.

WILLY Hace un año.

TILLY En la fiesta de los estudiantes. ¿Te

acuerdas? Bailamos un vals, y otro, y otro.

WILLY Y así hasta las seis de la mañana.

TILLY Eso es, y a las ocho te fuistes a examinar.

WILLY Y a las diez me dieron un suspenso.

TILLY Volviste a casa a las doce.

WILLY Y a la una recibí un telegrama de mi padre en el que me decía : «Pollino, ponte en camino.»

TILLY Y a las tres te despediste de mí llorando y jurándome eterno amor, y no te has vuelto a acordar de mí. ¡ Si es ese el eterno amor, como tú lo entiendes !...

WILLY ¡ Tilly... Tilly de mi vida !...

TILLY Y te habrás casado, estoy segura, y tu mujer será fea y gorda y antipática, y tendrás dos niños, tres niños, cuatro niños...

WILLY (Confuso.) No, Tilly. Yo te juro que mi mujer no es gorda ni antipática, que mi mujer no está casada conmigo, ni mis hijos tienen padre, ni yo soy el padre de mis hijos, que soy soltero.

TILLY ¿Soltero? Me engañas.

WILLY Soltero, como cuando estabas en la pensión y te hacían la corte Federico, Agustín, Ricardo, Juan y todos los estudiantes.

TILLY Pero sólo eras tú el preferido.

WILLY ¿Te acuerdas de tus pretendientes? ¡ Cómo me hacían rabiar !

TILLY Pero si eran cosas tuyas, si yo no...

WILLY ¡ Que no ! ¿ Me vas a negar lo que yo he visto? Verás...

Música

WILLY El rubio Federico
que siempre fué un borrico.

TILLY No hacía más que suspirar,
decirme versos y llorar.

- WILLY Agustín, no negarás que en el balcón
 te habló en una ocasión.
- TILLY Pero ese no se pudo declarar
 por tartamudear.
- WILLY El tercero era Fermín
 que era tuerto y jorobado.
- TILLY Y el cuarto, el granuja mayor.
 ¿Quién era él?
- WILLY (Cómicamente.) Servidor.
 Los cuatro te hacían la corte
 siempre que había ocasión,
 queriéndote hacer su consorte
 con ardiente ilusión.
- TILLY Y mientras los otros pensaban
 que no me ocupaba de tí,
 por una rendija del cuarto
 muy piano decías así:
 «Dulce, linda Tilly,
 ven y escúchame,
 que está enfermo Willy
 sin saber de qué.
 Dulce, linda Tilly,
 perla celestial,
 mira que tu Willy
 puede acabar mal.»
- WILLY Saca tu manita,
 hazme ese favor,
 que sólo con besos
 curará este amor.
 Dulce, linda Tilly,
 ven y escúchame,
 que está enfermo Willy
 sin saber de qué.
- LOS DOS Dulce, linda Tilly,
 ven y escúchame.
- TILLY Un día me besaste
 y al otro me abrazaste.
- WILLY Perdóname, que no fué así.
 Son dos los besos que te di.
- TILLY Una tarde me juraste por tu honor
 guardarme eterno amor.
- WILLY Y nunca a otra mujer fuí a enamorar.

Me pueden registrar.
TILLY Si a mi amor has sido fiel,
te prometo ser tu esposa.
WILLY Tan sólo una vez yo sentí.
¿Por quién fué?
TILLY Fué por mí.
El día que nos separamos
triste en la calle sonó
un vals que otras veces cantamos,
y te dije así yo.
WILLY Si un día Willy me olvida
y ya no se acuerda de mí,
verás como Tilly afligida
repite sus frases así:
Dulce, linda Tilly,
etc., etc. (Evolución y mutis)

ESCENA XI

DOLLY y SPLENNINGER. Luego WILLY.

DOLLY Querido tío, siento mucho decirte que
no agradezco gran cosa tu hospitalidad.
SPLEN. ¿Te aburres aquí?
DOLLY Extraordinariamente, tío. Venir a Suiza
para hacer lo mismo que en cualquier
playa de moda, es ridículo. Yo soñaba
con emprender excursiones emocionan-
tes, ascensiones atrevidas, algo impre-
visto, algo...
SPLEN. (Algo que me costara un ojo de la cara,
seguramente.)
DOLLY Este vivir monótono me fatiga. Somos
los eternos monigotes de la comedia del
buen tono, que se miran indiferentes, se
odian o se aman siempre dentro de la
vulgaridad... Yo pensaba hacer tales
locuras que quedase memoria de nos-
otros en Suiza.
SPLEN. Quedará. Donde va un Splenninger,
siempre queda. Es matemático.

DOLLY Escalar los montes. Llegar a los más altos picos...

SPIEN. ¡Oh, los Splennanger míanos siempre los picos con desprecio! Además, Dolly, ¿tú sabes lo que dices? Los turistas más osados retroceden; hay que oír hablar a los guías.

DOLLY Pero, ¿es posible que un hombre como tú tenga miedo, querido tío? ¿Te negas a acompañarme?

SPIEN. No... Vamos... negarme así en redondo... no me niego. (Pero no subo.)

DOLLY ¿Y mi primo Willy?

SPIEN. Por ahí anda el pobre loco pensando distracciones para él... Ahí le tienes.

DOLLY ¿Willy? ¿Qué? Vamos, contesta. ¿Se te ha ocurrido algo grande, algo nuevo?

WILLY ¿A mí? (En moneditas.)

SPIEN. Sí, hombre. Antes me hablabas de quemar el hotel y salvar a Dolly... (Después no al nada.)

WILLY ¿Yo? Ah, sí. Pero me enteré que está asegurado y desistí. En cambio os daré una noticia sensacional.

DOLLY ¿Sí? ¿Dña potato?

WILLY Pues... que esta noche hay baile.

DOLLY Gracias. Yo no bailo. (Desfalleciendo.)

WILLY Pues entonces, ¿qué es lo que quieres?

SPIEN. Subir allí. (Por las moneditas.)

WILLY ¿Allí? ¿Y qué va a hacer allí sola? Porque comprenderás que yo no subo.

SPIEN. Ni yo tampoco. (Aparte a Willy.)

WILLY Bueno, sepamos cuáles son tus deseos.

DOLLY ¿Mis deseos? Soledad... calma... Algo no previsto...

SPIEN. (Aparte a Willy.) ¿No la entiendes? Cuando una mujer se pone así es que alguien está de sobra. Vámonos.

WILLY (Aparte a Splennanger.) Como quieras, tío. Prima, deséñame a mano viva a hablar con los guías.

DOLLY Adós, primo. Me has comprendido. Se-

rás un marido modelo. (Padre e hijo se miran. Ella se sonríe.)

WILLY ¿Qué te parece? (Al padre.)

SPLEN. Que por algo quieren las mujeres un marido tonto.

WILLY ¿Por qué?

SPLEN. Por... eso, hijo mío. (Mutis.)

DOLLY (Pensativa.) Sí... subiré yo sola. Arriba, a lo más alto. (Contempla las montañas del foro. Frank, que sale cuando está cantando, la mira con interés sin ser visto.)

Donde el cielo es más azul...
y el mundo se ve más lejos...

Música

DOLLY

Montañas de hielo
que nadie pisó
y a la tierra podeis dominar,
igual que vosotras
quisiera ahora yo
en lo más alto mi amor soñar.
Arriba en las cumbres
dichosa seré
mirando la inmensidad.

Montañas que yo jamás pisé
vosotras sabéis la verdad.

(Dolly se acerca a la mesa y se sienta junto a ella, cantando con gran expresión.)

Bello es vivir
cuando el alma sintió una ilusión
y el corazón
de alegría comienza a latir.

Y al despertar
en su nido de rosas de amor,
todo el dolor
de la vida nos hace olvidar.

Las cimas nevadas quisiera escalar
y sentir en la altura el temor,
y sola, en las cumbres, dichosa olvidar
que el mundo mató mi amor.
Placeres del alma yo nunca sentí,

mis penas callar sabré.
Montañas que sois iguales a mí.
Callad como yo callé.

Bello es vivir (Con expresión.)
cuando el alma sintió una ilusión
y el corazón
de alegría comienza a latir.
etc., etc.

(Esta última parte la canta apoyada en uno de los candelabros de la escalera, y en los últimos compases va subiendo poco a poco hasta entrar en el hotel, pero al terminar la música sale decidida.)

ESCENA XII

DOLLY y JOSÉ.

DOLLY ¡ José ! ¡ José ! (Llamando.)
JOSÉ ¡ Señorita ! (Tendiéndole la mano y retirándola.)
DOLLY Es necesario que me busques un guía intrépido. Un guía que no tema a nada... Un guía...
JOSÉ (Que ha estado pensativo.) ¡ Sí ! Lo tengo. La señorita será servida. (Hace mutis Dolly. Meditando.) La montaña... Un guía... (Ve la placa sobre la mesa.) Esta placa... Un traje... La propina... (Haciendo acción de guardarse el dinero coge la placa y sale cantando.)
El dinero es el poder.
El dinero es lo mejor.
¡ Sí, señor ! ¡ Sí, señor ! (Mutis.)

ESCENA XIII

TILLY, que sale muy preocupada con un traje de moda atrasada, pero que sea muy bonito. Luego BARONESA DACHAU y después POLLOS 1.º, 2.º, 3.º, 4.º, 5.º y 6.º, de smokin, calzón de raso corto y sombrero de paja en la mano. Son muchachas.

BARONE. (Acercándose a su hija, cautelosa.) ¿ Nostalgia por el país natal ? ¿ Splin ? Splin debe ser, hija mía. Es la enfermedad de la

- aristocracia. ¿Qué otra puede padecer una Dachau?
- TILLY Vergüenza, mamá.
- BARONE. ¡Qué disparate! Una Dachau puede llevar la cabeza así de alta. (Levanta la cabeza y se le sale el peto del vestido algo deteriorado.)
- TILLY Mamá. No levantes la cabeza, que se te sale el peto.
- BARONE. ¿Enseño algún encaje interior?
- TILLY ¿Encaje, mamá? Querrás decir zurcido.
- BARONE. ¡Niña!
- TILLY ¡Ay, mamá! A mí me da vergüenza, mucha vergüenza, estar entre toda esa gente tan elegante, con este vestido tan cursi.
- BARONE. (Severa.) ¡Tilly! Ese vestido ha sido alabado en más de cien revistas de salones por los más inteligentes cronistas, y tu madre, aún no hace veinte años, que gracias a él fué llamada la reina de la moda.
- TILLY De la moda de hace veinte años.
- BARONE. Vestidos como ese no se hacen ya, hija mía.
- TILLY Pues por eso choca más.
- BARONE. No te preocupes, ángel mío. El Kaiser lo ha dicho: «Una Dachau, con o sin ropa, es una Dachau.» (Esto lo dice gravemente y simulando atusarse los bigotes.)
- TILLY Naturalmente.
- BARONE. Oye. ¿Y quién era aquel aristócrata que te pedía antes que le inscribieses en tu carnet?
- TILLY ¿Pero no le conociste? ¡Willy! ¡El estudiante Willy!
- BARONE. ¡Ah! El del telegrama famoso de «Pollino, ponte en camino.»
- TILLY (Mimosa.) No digas eso, mamá.
- BARONE. Pollino, pero noble. No todos los pollinos pueden decir lo mismo. ¿Y a qué obedece tu huída del salón?
- TILLY No me riñas, mamá; pero es que al ver

a Willy se me representó de tal modo nuestra casa de huéspedes, que imaginé que todos la estaban viendo como yo la veía, y que iban a exclamar de pronto, burlándose de nosotras: «Ahí está la señora Baronesa con su hija Tilly. La Condesa en verano y en invierno pupilera.»

BARONE. (Alarmada.) ¡ Calla ! (Salen los Pollos 1, 2, 3, 4, 5 y 6.)

POLLO 1 ¡ Ahí está la señora Baronesa con su hija Tilly !

BARONE. (Asustada.) ¡ Ay !...

POLLO 2 La Condesa...

BARONE. (En verano, y en invierno pupilera) (Tilly y la Baronesa se han tapado los oídos con las manos al ver salir a los Pollos.) (Creí que atormentarían mis oídos con la frase difamante.)

POLLO 1 Sabemos, linda Tilly, que tenéis ocupado todo el carnet; por eso, envidiosos, venimos aquí a robar un vals al afortunado acaparador... valga la frase.

TILLY (Que valga...)

POLLO 1 (Disponiéndose a bailar.) Con permiso, Condesa.

BARONE. Lo tienen ustedes, distinguidos aristócratas. (Haciendo mutis.) (¡ Qué horror, si se descubriese !...) (Sale.)

POLLO 1 ¡ Tilly ! (Invitándola.)

TILLY Pero, ¿ un solo vals, eh ?

POLLO 1 Para los seis.

(Tilly baila alternativamente con los Pollos 1, 2, 3, 4, 5 y 6.)

Música

TILLY Si una niña baila el vals
sin darse cuenta es,
del ritmo sin notarlo
se van detrás los pies.
Que el vals es el amor que huyó
y llora por volver,

y el vals un día se formó
con risas de mujer.
Valses que hacen soñar
como una endecha de un trovador.
Todas saben bailar
porque el vals es un sueño de amor.
Niña, ven a bailar,le,
ven, que te aguarda el placer.
Son sus notas palabras de amor
que no debes perder,
Baila ese vals
niña gentil,
que es como himno de la juventud.
Es ideal
cuento de abril
que un trovador
canta en su laud,
y cuando el vals no suene ya
recuérdale, pues volverá,
porque al latir del corazón
viene a añadir una ilusión.

(Mutis todos bailando.)

ESCENA XIV

SPLENNINGER. Después TILLY.

- SPLEN. (Que sale con sombrero.) Al fin logré encontrar un sombrero que me sienta bien. ¿De quién diablos será? Mío, puesto que yo lo tengo. (Se lo pone otra vez. Mirando al hotel.) Esto marcha. Dolly valsa con Willy, dejándose admirar. ¡Doverland, duerme tranquilo! Tu hija llevará mi nombre. (Deja el sombrero sobre una silla.)
- TILLY (Como una fiera, del hotel.) ¡No, no y no! ¡Esto no lo consiento!... ¡Yo estoy muy nerviosa, yo necesito romper algo! (Se sienta en la silla donde Splenninger dejó el sombrero.) ¡Ay, caballero! Le he dejado a usted sin su sombrero.
- SPLEN. Sin mi sombrero precisamente... Pero

me ha dejado usted sin sombrero. (Ella queda mirando al interior del hotel. Suena dentro un vals.) Hay que seguir la moda.

TILLY

(Volviéndose como una fiera a Splenninger.) ¿Le ve usted? ¿Le ve usted?

SPLÉN.

¿A quién, señorita?

TILLY

¡A él! ¡A él!

SPLÉN.

(¡Caramba! ¿Quién será él?)

TILLY

¡Y baila con otra!

SPLÉN.

Pues baile usted con otro y en paz. Yo, si usted lo desea... (Bailan.)

TILLY

(Furiosa. Mientras bailan le pega sin darse cuenta.)

¡Traidor! ¡Miserable! ¡Embustero!

Falso! (Siguen bailando.) Jura el muy falso que me adora, y baila con otra. ¡Con

otra! ¿Qué le parece a usted? (Dejando de bailar.) Pero, ¿cómo? ¡Caballero!...

¿Usted bailando conmigo? ¿Quién le

ha autorizado?

SPLÉN.

Señorita... Yo... creí...

TILLY

¿No sabe usted que tengo comprometidos todos los bailes? ¡Es usted un mal

educado! ¡Un hombre que se olvida del

respeto que debe a una señorita!

SPLÉN.

Yo...

TILLY

(Mirándole y arrojándose en sus brazos sollozando.)

¡Ay, caballero, qué desgraciada soy!...

No haga usted caso de lo que he dicho...

porque soy muy desgraciada.

SPLÉN.

Lo siento mucho.

TILLY

Estoy muy nerviosa y yo necesito romper algo.

SPLÉN.

¿Quiere usted que vaya por otro som-

brero?

TILLY

No. Lo que quiero es que me le traiga

usted a él. ¡Ay, caballero, tenga usted

corazón! ¡Vaya en su busca y dígame

que le aguardo!

SPLÉN.

Pero, ¿quién es él?

TILLY

¡El, él, él!... (Muy rabiosa.) ¡Quién ha

de ser! ¡El, es él! Está clarísimo.

SPLÉN.

(El es él... clarísimo, tiene razón.)

TILLY ¡Vaya usted, o no respondo de mí!
SPLEN. ¡Voy, voy! (¡Dios mío, y a quien le traigo yo aquí!) (Entra en el hotel. Cesa la música dentro.)

ESCENA XV.

TILLY. Luego la BARONESA DACHAU.

TILLY No me hace falta. Daré un escándalo, entraré en el salón y le sacaré los ojos. (Subiendo.) Pero, ¡qué veo! Han cesado de bailar. La gente forma corro. En medio está mi Willy con Dolly, la americana y ese viejo, el que estaba conmigo... Él viejo habla... Mi Willy la besa... Ella le besa también... ¡Todos les felicitan! ¡Los desposorios! ¡Prometidos! (Se sienta llorando en una silla.)

BARONE. (Saliendo.) ¡Qué feliz soy! ¡Vamos a ser testigos de una boda de aristócratas! Todos los diarios del mundo se ocuparán de nosotras y volverán los cronistas de los salones a elogiar en mi hija el vestido que tantas veces elogiaron en mí. (Ve a Tilly.) Pero, ¿cómo? ¿Qué es eso? La emoción de presenciar una boda, sin duda.

TILLY ¡Ay, mamá! ¡Se casa!

BARONE. Claro está. Ve a felicitarles, hija mía.

TILLY ¿Yo? ¿Felicitar yo a ese falso? ¡A ese traidor! ¡A ese...!

BARONE. Tilly, no te descompongas. ¿Qué es ello?

TILLY Que el prometido es mi Willy.

BARONE. ¡Pobre hija mía!

TILLY ¡Ay, mamá!

BARONE. No. Llantos, no. ¿Llorar? Eso lo haría cualquier señorita cursi. Los Dachau no lloran. Tienen valor, sangre fría, y una sonrisa escéptica para decir: «A hacer los baules tocan, y a casa.»

TILLY. ¿A casa?
BARONE. Sí, hija mía. Desde mañana tenemos habitación.
TILLY. Pues si tenemos habitación...
BARONE. Pero es de las que cobran, señorita Dachau.

Música

RECITADO

TILLY. El dinero... siempre el dinero.
Por él se pierde el amor, la alegría.
¿Por qué no somos ricas, mamá?
BARONE. Porque ser Dachau y ser rico
es demasiada felicidad.
TILLY. ¡Mi Willy! ¡Se sacrifica porque ella
tiene dinero! ¡Siempre el dinero!...

(Cantando con gran expresión.)

El dinero es el poder,
el dinero es lo mejor.
Pues con él tienes querer
y con él tienes amor.
El dinero hace triunfar,
el dinero hace vivir.
El dinero hace gozar
la alegría de vivir.

(La Baronesa obliga a hacer mutis a Tilly, que acaba de cantar casi llorando, con mucha amargura.)

ESCENA XVI

La noche ha entrado. DOLLY, del brazo de WILLY, salen de la sala de baile; detrás de ellos SPLENNINGER. La luna, que ha salido poco a poco, se ve a través de los árboles.

SPLEN. (Dando un beso en la frente a Dolly.) Willy te hará compañía, Dolly. Hazle feliz, un instante con tus palabras. El pobre se muere de amor. (Entra en el hotel muy alegre. Dolly y Willy quedan solos. El ruboroso, ella burlesca. De pronto Dolly suelta una carcajada.)

DOLLY. Jamás de amor
tú podrás hablarme,

- WILLY ni a una mujer hacer soñar.
 Temía
 que te molestaría,
 mas ya en el jardín
 te quiero hablar.
- DOLLY Es posible. ¡Qué milagro! (Con ironía.)
 Vas ahora a cantar
 como los trovadores
 amores.
 Yo te he de escuchar,
 y tu canción
 me hará soñar.
- WILLY (Confuso.)
 Dulce, linda Tilly,
 ven y escúchame,
 que está enfermo Willy
 sin saber de qué...
- DOLLY (Con extrañeza.)
 ¿Tilly? La de la pensión.
- WILLY ¡ Ah ! (Tapándose la boca.)
 Perdón... perdón,
 fué equivocación.
 Dulce, linda Dolly,
 perla celestial,
 créeme que con Willy
 Dolly... rimará.
- DOLLY No me engañes, trovador.
 Tilly rima mejor.
- WILLY Es que dije Tilly sólo por error.

RECITADO

- Pero yo... Dolly... Mi amor... mi vida...
Yo... Tilly... Yo, Dolly... yo... Con tu
permiso... (Hace mutis azorado.)
- DOLLY (Sola, con tristeza.) ¿Y a este muchacho es
 al que he de amar? ¡ Dios mío ! ¡ Mi
 sueño !... ¡ Qué triste... qué sola he de
 estar !...

RECITADO

- FRANK Buenas noches. (Apareciendo al foro, con traje
 de guía.)

DOLLY. ¿Quién es?

FRANK Señora, un guía
 que le envía la suerte.
 Usted quiere subir a la montaña,
 -yo soy joven y fuerte.
 Conozco de las cumbres el sendero
 y leo en las estrellas,
que si a veces me asomo al ventisquero
viéndolas reflejadas, leo en ellas.
Soy valiente. Es mi oficio la bravura.
No pienso en el amor, que amé sin suerte;
soy un guía que no teme a la altura,
ni al hombre, ni al demonio, ni a la muerte.

DOLLY (Cantando.)

 Usted...

 Es el guía que soñaba.

FRANK Soy... el mismo.

 Si al monte pensasteis trepar,
 mi audacia yo os vengo a brindar.

DOLLY ¿Guiar sabeis sin miedo?

FRANK Jamás temblé.

 Señora, mi vida es la emoción.

 Soy guía. Yo mi oficio sé.

 Jamás temí,
 trepar sabré.

 Soy ágil y fuerte,
 me sobra valor,
 mi sino es vencer,
 la muerte mi amor.

DOLLY ¿Ireis hasta las montañas?

FRANK ¿Yo? Sí ...Lo haré.

DOLLY ¿Dónde?

FRANK ¿Dónde quereis?

DOLLY ¿Qué diré yo?

FRANK Son las montañas amor
 que aprendió a suplicar,
 y al cielo azul
 soñó llegar.

 Son el inmenso dolor
 que causó una mujer
por no saber lo que es sentir
 amor.

- DOLLY Quiero subir
 a esas montañas,
 sus cimas escalar
 ansío.
- FRANK ¡ Venceré !
 No importa morir,
 ¡ que dichoso seré !
 Al cielo, al infierno
 os guiaré.
- DOLLY Jamás el peligro me causa terror,
 tengo valor.
- FRANK (A solas allí
 mía será.
 mis sueños de amores
 realizará.)
- DOLLY (No sé por qué siento temor.
 Un guía tan joven me da miedo.)
- FRANK No tema subir ;
 no ha de caer.
 Estando a mi lado
 no hay que temer.
- DOLLY Hasta el cielo azul
 que en sueños vi.
 Llegaré
 donde, nadie fué.
 Sola allí
 yo soñar podré.
 ¿ Y vendreis por mí ?
- FRANK Sin vacilar.
 A las dos vendré. Fiad en mí.
 El sueño vais a realizar.
- DOLLY ¡ Esos montes escalaré !
- FRANK (¡ Solos al fin ! ¡ Al fin !)
- DOLLY (Sola estaré...)
 Bello es vivir
 cuando el alma sintió una ilusión,
 y el corazón
 de alegría comienza a latir.
- LOS DOS Y al despertar
 en su nido de rosas, amor,
 todo el dolor
 con un beso nos hace olvidar.

(Dolly permanece en pie, ensimismada. Frank se le acerca.)

RECITADO

FRANK ¿Vendrá usted?
DOLLY (A media vez.) Sí; a las dos.
FRANK ¿Sola?
DOLLY ¿Sola? (Con temor.)
FRANK ¿Tiene usted miedo? (Irónico.)
DOLLY ¡Sola! (Con firmeza.)
FRANK ¡Hasta mañana! (Se oye llamar dentro. Es Splenninger que busca a Dolly. Frank hace mutis por el foro después de sostener la mirada de Dolly.)
SPLEN. (Saliendo.) ¡Dolly!... ¡Dolly!... Tu prometido te espera. No impacientes al amor.
DOLLY ¡Ah! Sí. No hay nada como el amor, el puro amor del alma.
SPLEN. ¡Vamos, Dolly! (Mutis.)
DOLLY ¡Voy, voy!... (Va a seguir a Splenninger, al mismo tiempo que oye la voz de Frank que canta dentro. Vuelve a bajar la escalera y apoyándose en un árbol canta a media voz la canción final.)
FRANK (Dentro.)
DOLLY (En escena.)

Bello es vivir
cuando el alma sintió una ilusión,
y el corazón
de alegría comienza a latir.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La cumbre de una montaña formada por un macizo rocoso y rodeada de las altas cumbres de otras montañas, cubiertas de nieve. Entre estas montañas y las de la escena, se supone que hay un gran precipicio. Procúrese dar la sensación de que ese abismo, por donde suben Dolly y Frank, existe. La parte practicable del macizo rocoso estará situada a unos dos metros del piso de la escena y habrá en ella espacio suficiente para que se puedan mover con amplitud las figuras. En las grietas de las rocas crecen campanillas blancas, edelweis o resas de los Alpes y otras florecillas. Para la disposición de estas rocas, véase croquis. (1) La acción empieza con intensa luz de tarde, sigue el crepúsculo, la noche y el efecto de luna.

Música

DOLLY y FRANK, dentro.

FRANK (Dentro.) ¡Valor! Avance sin mirar. Afirme en esa roca el pie. (Más cerca.) ¡Afírmese!

DOLLY (Idem.) Yo tiemblo...

FRANK No. No hay riesgo ya.

DOLLY La vista se me va. Siento temor.

FRANK Afirme el alpenstok; no hay miedo de caer.

DOLLY La roca va a ceder. Resbalo.

FRANK ¡No! Por la derecha. ¡Arriba! Un paso más. ¡Ya la alcanzo!

ORQUESTA

DOLLY Venid... Más hacia acá.

FRANK Por ese lado no, que al precipicio irá.

(1) Que lo proporcionará el autor.

(Frank, encaramándose sobre una roca, salta a escena, y, desde ella, arroja una cuerda a Dolly. Frank viste el traje de guía del cuadro anterior; pero está en mangas de camisa y lleva la chaqueta y el saco a la espalda, en la mano el alpenstok, y arrolladas a la cintura, cuerdas de alpinista.)

DOLLY

(Dentro.) No puedo.

FRANK

¡Míreme! Mire siempre hacia mí que no caerá. Siempre a los ojos... ¡Así! (Tira fuertemente de la cuerda, apoyándose en las rocas.) ¡Hop! ¡Venga ya! (Dolly, atada a la cuerda, de la que Frank tira, con grandes esfuerzos, llega a la cima de la montaña.) ¡Hurra! (Ayudándole a subir.) ¡Ya en salvo está!

DOLLY

(Extenuada de fatiga, se sienta en la roca F. Frank la desata y se desata. Dolly viste un traje sport muy elegante.) Gracias; por fin, su arrojo me salvó. (Le da la mano.)

FRANK

Yo no. ¿Por qué?

DOLLY

Bravo luchó. La vida debo a usted.

FRANK

(¡Ya me miró!) (Orquesta. Frank ayuda a Dolly a ponerse su chaqueta y luego coloca su saco y su manta en la roca B.) Ahora hay que descansar. Siéntese aquí. Repose... ¡Sí! (Ha extendido el plaid en una roca. Dolly se sienta.) Nadie jamás sus pies posó. ¡Sólo usted y yo! ¡Nosotros nada más! Fué por su valor y yo por él vencí. Monte encantador, la dicho es para ti. Una divina mujer tu audacia logró vencer. ¡Una mujer!

DOLLY

Dadme agua.

FRANK

¡Sí! (Alargándole la cantimplora.)

DOLLY

Tengo una sed... (Bebe ansiosamente.)

FRANK

(Envidioso.) Perdón... También quiero beber.

DOLLY

Ahí va. (Va a darle la cantimplora.)

FRANK

(Tendrá besos después.)

DOLLY

¿Después?... ¡Jamás! (Retirándola.)

FRANK

Ahora...

DOLLY

(Limpia los bordes del cuello de la cantimplora y dice con coquetería.) Bebed... y nada más.

- FRANK Perdón.
DOLLY (Este hombre tiene extraña distinción.)
¿Cómo os llamáis? (Aprovecha para retratarle con el Kodak.)
- FRANK (Dudando.) ¿Yo?... Petrucho.
DOLLY Petrucho... (Abstraída.)
FRANK (Al fin logré mi sueño realizar. Al fin podré triunfar. Solos aquí, nadie vendrá. Feliz conseguí lograr mi ilusión. Su amor es para mí. ¡Mia será! No huyas del alma, sueño encantador.) (Todo lo anterior lo dice Frank después de subir a una de las rocas y contemplar a Dolly con arrobamiento.) En ti nace y muere mi amor.
- DOLLY (Acaba de comer, saca de su saquito un pequeño neceser con un espejito y polvos: se empolva, y, al mirarse al espejo, ve por él que Frank la mira sin cesar, con apasionamiento.) Por el espejo le vi mirar. Sola estoy con él y empiezo a temblar. Sola estoy con él. ¿Y qué? ¡No hay temor! Si amor vi en sus ojos, tengo el escudo de mi valor.
- FRANK (Que durante la canción de Dolly ha subido a la roca C y contempla entusiasmado el panorama.) Bello es vivir con una ilusión.
- DOLLY (Que ha ido a contemplar también el panorama, apoyándose en la misma roca donde Frank subió.) ¿Por qué ha de latir así el corazón?
- FRANK ¡Qué placer celestial!
- DOLLY Libre por fin, de mi vida logré el ideal.
- FRANK Bello es vivir cuando el alma despierta al amor.
- DOLLY Bello es vivir con amor. (Al ir a descender de la roca vacila y para no caer se apoya en el hombro de Frank.)
- FRANK Es la hora mística y bella; hoy todo reluce por ella.
- DOLLY Ya brilla en el cielo una estrella. (Dolly se dirige muy despacio hacia la roca F, sobre la cual se sienta.)

I

Y decid, Petrucho,
¿No habéis amado?
Vuestra historia escucho
de enamorado.
No temáis conmigo hablar,
un secreto sé guardar.

FRANK (Ha bajado a la roca G y se queda en pie detrás de la roca B.)

A una mujer amé,
¡jamás la logré!

Jamás su dulce amor seré.

DOLLY Un hombre sin valor
no logra nunca amor,
el triunfo siempre fué
de audaz conquistador.

FRANK (Me dice que su amor
podré alcanzar.)
¿Cómo he de amar?

(A Dolly.)

ESTRIBILLO

DOLLY Amor es niño,
pero es travieso,
porque el cariño
vive por eso.

Todo el que siente amor
debe tener valor.

Donde hay dos bocas
casi siempre suena un beso.

FRANK Mas si el que quiere
de amor se muere,
por no perderle, callar prefiere.

LOS DOS Si amor oculto está,
un día lucirá.
Siempre el amor
de todo triunfará.

II

FRANK (Avanza hacia el proscenio fingiendo las maneras de un campesino y dice a Dolly:)

Y decidme ahora,

¿no habéis amado?
¿no tenéis, señora,
enamorado? (Dolly suelta una carcajada.)

¿No sentisteis del amor
ese fuego encantador?

DOLLY Mi amor no despertó.

Mañana, ¿qué se yo?

Por hoy, tan sólo sé que no.

FRANK Espere el despertar
que pronto ha de llegar;
jamás podrá vivir
un alma sin amar.

DOLLY (Me habló con un ardor
que hace temer.)

(A Frank.)

Y... ¿qué he de hacer?

ESTRIBILLO

(Se colocan los dos apoyados en dos rocas frente a
frente y cantan moviendo la cabeza a compás.)

FRANK Amor es niño,
pero es travieso,
porque el cariño
vive por eso.
Todo el que siente amor
debe tener valor.
Donde hay dos bocas
casi siempre suena un beso.

DOLLY Si la que quiere
de amor se muere,
por no perderle, callar prefiere.

LOS DOS Si amor oculto está
un día lucirá.
Siempre el amor
de todo triunfará.

(Estribillo de los dos silbando y muy lento.)

Hablado

FRANK ¡Qué hermoso es todo esto, ¿verdad, se-
ñorita?

DOLLY ¡Lástima que tengamos que volver tan
pronto.

- FRANK (Enigmático.) Volver... volver...
- DOLLY (Se levanta asustada y encarándose con Frank le dice con energía.) Sí; volver. Debemos bajar hoy mismo; ahora mismo.
- FRANK Es más difícil bajar que subir. El vértigo no se siente estando de espaldas al abismo...
- DOLLY Pero es que la noche se aproxima. Es preciso que yo vuelva al hotel antes de que el sol se oculte.
- FRANK ¿Quién sabe?
- DOLLY No es esta la ocasión de asustarme. ¿Me entiende usted? ; Debemos bajar!
- FRANK Bueno. Veré cómo está el camino... Va a ser difícil, pero lo intentaré... Entre tanto coja usted campanillas y rosas de los Alpes para su prometido. ; Se lo agradecerá!... ; Ja, ja, ja! (Desaparece riendo por entre las rocas.)

Música

- DOLLY Extraño fué su reir. Siento temor. Mejor fuera ahora estar allá en el valle... ¿Por qué subí sin conocerle?... Fué locura no pensar... (Dominando sus temores.) Pero ¿a qué torturarme? Jamás por nada temblaré. Sí; él lo hizo así por asustarme, burla todo fué. (Al apoyarse en la roca D repara en unos cuantos edelweis (rosas de los Alpes) que crecen en una grieta y las coge llena de alegría.)

RECITADO

; Oh! ; Edelweis! ; Estrellitas de los Alpes! Mis flores predilectas. Ellas son como yo; no encontrando amores en la tierra, crecen junto al cielo, donde nadie las viene a coger.

CANTADO

I

Estás sola aquí

y nadie por ti
las cimas escaló.
La luna, al brillar,
te viene a besar,
porque eres la flor de Pierrot.
Aquí has de vivir,
aquí has de morir.
dichosa sin amar;
y nunca las mariposas
te vinieron a enamorar.

ESTRIBILLO

Linda y pequeña flor,
¿dime si no sientes,
tan sola, amargura?
No conociste amor,
porque no llegó a esta altura.
Nunca soñaste amores
como las otras flores.
¡ Tu soledad no llores,
sola estoy también yo !

II

Te falta el calor,
me falta el amor ;
las dos somos igual,
que yo nunca amé
y siempre oculté
del alma el soñado ideal.
El mundo a tus pies
pequeño le ves ;
no quieras a él bajar ;
estrella fuíste en el cielo
que ha caído al querer volar.

ESTRIBILLO

Linda y pequeña flor,
¿dime si no sientes,
tan sola, amargura?
No conociste amor,
porque no llegó a esta altura.
Nunca soñaste amores

como las otras flores.
¡ Tu soledad no llores,
sola estoy también yo !

(Durante la segunda estrofa el sol se va poniendo, y al herir su luz de soslayo, las cumbres de las montañas cubiertas de nieve produce un extraño y grandioso efecto de luz fantástica. Dolly se asoma al abismo y da el grito peculiar de las montañas, que contesta desde abajo Frank.)

DOLLY ¿Dónde estará? ¡ Hoi-jó ! ¡ Hoi-jóo !

FRANK (Desde lejos y abajo.) ¡ Hoi-jóoo !

DOLLY Su voz al fin oí. (Saca un pañuelo y hace señales a Frank, asomándose al precipicio.) ¡ Petrucho ! Venid que empieza a anochecer.

FRANK (Más cerca.) No se impaciente usted.

DOLLY ¡ Venga !

FRANK No tema ; no. ¡ Ya voy !

DOLLY ¡ Por Dios ! ¡ No resbaléis ! ¡ No subáis así ! (Dolly, aterrorizada, se tapa los ojos para no verle y corre hacia una de las rocas, en la que se apoya anhelante.)

FRANK (Más cerca.) ¡ Fiad en mí ! (Subiendo a escena.

DOLLY (Que empieza a desconfiar.) Bajar quisiera...

FRANK No puede ser. Es muy difícil tan tarde volver.

DOLLY (Angustiada.)

Pidamos auxilio.

¡ Socorro, gritemos !

FRANK No hay nadie en el valle ;
la voz no se oirá.

La noche ya se acerca ;
bajar imposible nos será.

DOLLY (Desesperada.)

¡ Ay, Dios ! ¡ Pobre de mí !

FRANK (Con acento misterioso y reconcentrado.)

Avanzan las sombras
tendiendo su velo.

La noche de estrellas
llena el cielo.

DOLLY ¿ Habrá que esperar
a mañana aquí ?

- FRANK (Reconcentrado.)
Tal vez... No sé.
- DOLLY (Con angustia.)
Tal vez... ¿morir?
- FRANK (Con misteriosa alegría que aumenta el temor de Dolly.)
(Qué importa la muerte
si mía serás.)
Nos dice siniestra
la voz del abismo:
«¡De aquí no se vuelve ya más!»
Y el eco del viento
repite el lamento,
diciendo angustioso: «¡Jamás!»
- DOLLY (Con creciente ansiedad.)
¡Qué espanto! ¿Por qué
Dios mío, subí?
Este hombre me asusta.
¡Ay! ¿Por qué
vendría con él aquí?

HABLANDO CON ORQUESTA

- DOLLY (Con gran energía y resolución.) ¡Pronto!
¿Quién es usted? ¡Necesito saberlo!
- FRANK (Ambiguamente.) ¿Y si fuese un bandido?
- DOLLY (Con desprecio. Imponiéndose.) (¿Un bandido?
y sola con él... Debí figurármelo.) (Con
desden, pero siempre enérgica.) Tenga usted...
mis joyas... mi dinero... Pero, pronto;
condúzcame al hotel y le daré cuanto de-
sea... (Echa a sus pies todo cuanto dice.) ¡Lo
mando! ¡Lo exijo! (Llora.)
- FRANK (Al ver lo que hace Dolly se avergüenza.)

Música

CANTADO

Señora, perdón. Dinero jamás.
Yo quiero un tesoro de más valor.
Mejor que dinero es amor.
Si soy ladrón es por amar.
No quiero alhajas ni quiero dinero.

¡ Sois el tesoro que yo quiero robar !

(Se ha ido acercando a ella lentamente y la abraza por la cintura, pero Dolly, desasiéndose de sus brazos, corre a la roca C. dispuesta a arrojarle desde allí.)

DOLLY
FRANK

¡ Antes la muerte !

(Tiene un momento de estupor. El miedo le paraliza. Comprende que si da un paso, ella se arroja al abismo. Entonces cae de rodillas suplicando.) ¡ Perdón ! ¡ Perdón ! Un loco fuí. (Dolly comprende que aquella emoción es sincera: desciende de la roca y se le aproxima, cantándole lo que sigue con suplicante ternura. Frank oculta la cabeza entre sus manos, para que no descubra su vergüenza, acaso para que no vea Dolly que llora.)

DOLLY

Soy una débil mujer que soñó,
una débil mujer que fió
en un hombre su honor y su fe,
y por él los perdió.
No fuera noble del paso que di, abusar ;
fué gran locura que yo cometí, sin pensar.
¡ Vos me engañasteis con falso mentir,
me engañasteis con vuestro mirar !
No es nobleza el hacerme pagar
la aventura que yo soñé,
pues si a un hombre mi honor fié,
yo estoy cierta que él no olvidó
que una débil mujer sin valor
soy yo.

(Al verle cada vez más emocionado se le acerca y dice:)

Tranquila confío en vuestro honor.

FRANK

(Mirándola con altivez.)

Soy noble, miss Dolly. (Le da tarjeta.)

DOLLY

(Dándole la mano.) Mi mano estrechad.

(Alegremente.) Mi honor respetad.

¿ Y a qué esta ficción ? Un buen guía sois, señor Barón. Graciosa fué la comedia.

(Riendo. Aparte.)

(Y yo temía que fuese tragedia.)

FRANK

(Se acerca a Dolly y queda en pie detrás de ella.)

Mire en el cielo una estrella brillar.

Cuando tiembla en su extraño fulgor
quiere hablar del amor
y a otra estrella su luz va a besar.

LOS DOS Todo es misterio que ayuda a sentir.
Todo es fuego que invita a querer.
¡Todo ríe! Amor va a nacer.

(Se miran un instante con apasionamiento. Dolly va a abandonarse sobre el hombro de Frank, pero logra contenerse y dice como si despertara:)

DOLLY ¡Ay, Dios! Ya es noche. ¿Cómo volver?
¿Qué cosas dirán mi ausencia al notar?
Decidme si es posible, aún hoy, la vuelta intentar.

FRANK Calmad vuestro anhelo;
la luna en el cielo
tranquila mirándoos está,
y dice la brisa:
«No vivas aprisa,
por hoy es muy tarde ya.»

(Dolly se aparta de Frank, va hacia la roca B., sobre la que se apoya, y contempla la luna como si soñase. Orquesta. Frank coloca dos grandes piedras ante la roca A. extendiendo sobre las mismas el plaid, envuelve su capa, y a guisa de colchón la pone al lado del plaid. Luego conduce a Dolly al lecho improvisado, besa su mano respetuosamente y despacio vuelve a la roca donde estaba y contempla el horizonte dormido en la noche y el cielo lleno de estrellas.)

FRANK La luna en blanco resplandor
el monte llena ya.
Brillad, luceros, que mi amor
llorando triste está.
Las nubes cubren con su tul
el ancho cielo azul.
Vencido fuí.
Descansa ya.
Amor velando está.

DOLLY (Que se ha tendido, envuelta en el plaid, dice con gran dulzura:)

Vencido fué.
Descansa ya.

Amor velando está.

FRANK

(Mira a Dolly. La orquesta toca en crescendo el motivo "Al fin solos". Frank, no pudiendo dominarse, corre hacia Dolly, se inclina sobre ella y va a besarla.)

DOLLY

(Como si señase levanta su mano y le aparta con gran dulzura, cantando pianísimo:)

¡ Por hoy es tarde !

FRANK

(Dando un paso atrás con gran pena.)

¡ Es tarde !

(Contempla un instante a Dolly, que simula dormir, después sube a la roca más alta, clava su alpenstock en una de las grietas, apoya en él sus brazos, y canta a media voz, emocionado:)

De luna en blanco resplandor
el monte lucirá.

Vencido fuí.

Descasa ya.

Amor velando está.

(Y cae lentamente el

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

DECORACIÓN: Terraza, cubierta, del hotel, a modo de un lujoso Hall que sirve de salón de lectura. Al fondo está abierta sobre la balaustrada o parapeto, que se abre en el centro para dar paso, por dos escalones, a otra terraza más alta, y cercada también de un pequeño muro. Más al foro, el parque, y el panorama de la Jungfrau, conocida montaña próxima a Interlaken. El techo de cristalería se apoya, en el lado derecho del actor, sobre una columnata a la que se sube por unos escalones cubiertos de alfombra de terciopelo rojo; detrás, puertas de cristales que comunican con el vestíbulo, y en el lado izquierdo sobre una galería, a través de la cual se ve el jardín. Los muebles sencillos, pero muy elegantes, así como el estilo de la decoración, que ha de ser moderno y alegre. Mesitas, butacas, plantas, etc. Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA

MOZOS 1.^o y 2.^o, que entran rápidamente en escena demostrando que algo anormal ocurre. JOSÉ, muy preocupado, y esperando con gran ansiedad la salida de los mozos. Después el DIRECTOR.

JOSÉ (Al mozo que entra.) ¿Qué?
Mozo 1 Nada. Miss Dolly no se encuentra en el establecimiento.

JOSÉ Ve a avisar al Director mientras yo comunico al conde de Splenninger lo ocurrido. ¡Esto es horrible, espantoso!...
¡Dios mío, qué desgracia!

DIRECTOR (Entrando. Habla con acento extranjero. Muy serio, muy estirado y muy despectivo con la servidumbre. Con los viajeros parece otro hombre.) ¡Silencio!
¿Usted qué sabe si es una desgracia?

- JOSÉ A mí me parece, señor Director...
- DIRECTOR A usted no tiene que parecerle nada. Lo primero es el buen nombre del hotel. Parece usted nuevo en la casa. ¿Cuántas son las viajeras desaparecidas? ¿Dos?... ¿Y no se ha preocupado usted de indagar cuántos viajeros faltan? Tiene uno que estar en todo. Faltan también dos viajeros. ¿Entiende usted?... Es decir, no falta nadie. ¿Comprenden? (Los dos asienten dándoselas de pícaros.) La señorita Tilly y miss Dolly y el barón de Frank y el hijo del conde de Splenninger, han pasado una noche espantosa, víctimas de una jaqueca horrible. Las puertas de sus habitaciones están cerradas.
- MOZO I Perdone usted, señor Director; están abiertas.
- DIRECTOR ¡Cerradas! Las he mandado cerrar yo. Los señores descansan después de una noche de insomnio. Que no les moleste nadie. (José medio mutis y lo mismo mozo i.) ¡Ah! Y que se guarde al señor conde de Splenninger toda clase de consideraciones. No es un viajero; es el rey de los viajeros.
- JOSÉ ¿Entonces no hay que presentarle las facturas?
- DIRECTOR ¿No he dicho que se le guarde todo género de consideraciones?... Es el rey de los viajeros, y a los reyes jamás se les presentan las cuentas. (Mutis del mozo i por el hotel. Por el lado opuesto, José, muy de prisa, y por el mismo lado, como si girara una visita de inspección, el Director.)

ESCENA II

EL CONDE DE SPLENNINGER y después el DIRECTOR.

- SPLÉN. (Desesperado.) ¡No está! ¡No está mi hijo Willy en su habitación! ¡Ha pasado la

noche fuera del hotel ! ¿Y qué le respondo a Dolly si me pregunta ? ¿Qué disculpa pongo ? ¿Dónde digo yo que ha pasado la noche ? Si por esa tontería se deshiciera la boda, ya puedes almacenar ingenio, conde de Splenninger para pagar todo lo que aquí debes. ¡ Diabla, el Director ! (Haciéndose el loco y tratando de huir)

DIRECTOR (Opuesto a como se presentó y deteniendo al Conde.)

¡ Ilustre señor conde de Splenninger !

SPLEN.

(¡ Malo, malo !... ¿ Ilustre ?... Ha llegado la hora de pagar. Bueno, de decir que no pago.) (Resueltamente y jugándose el todo por el todo se encara con el Director, y con grandeza de gran señor que paga, dice :) Si me va usted a presentar la cuenta, le ruego lo demore para otro día, pues en este momento no estoy para nada ; ni siquiera para pagar. (Le vuelve la espalda. Medio mutis.)

DIRECTOR

(Cada vez más cariñoso.) ¿ Quién se acuerda de eso, señor Conde ? Usted paga o no paga, señor Conde. (En este momento iba a desaparecer de escena el señor Conde, pero se detiene al oír las palabras del director.)

SPLEN.

(¡ Ah ! Eso es otra cosa. No pago.)

DIRECTOR

¿ Y el señor barón de Willy ?

SPLEN.

(Sin saber qué decir.) ¿ El Barón ?...

DIRECTOR

Descansa, ¿ verdad ?

SPLEN.

Justamente. Una jaqueca... una noche de insomnio...

DIRECTOR

¿ Que no precisará la asistencia facultativa ?

SPLEN.

(Alarmado.) ¡ No, no ; ca ! De ningún modo.

DIRECTOR

De acuerdo, señor Conde ; después de una noche de insomnio, lo mejor es dormir. ¿ Manda algo el señor Conde ?

SPLEN.

Hombre, sí. Esperaba hoy...

DIRECTOR

¿ Qué cantidad desea el señor Conde ?

SPLEN.

(Es listo este director. Parece descendiente de los Splenninger.) Nada, una insignificancia. Para propinas hasta que

lleguen los cheques. Unos 6,000 francos.

DIRECTOR Pues mande al *comptuar* el señor Conde cuando guste. (Medio mutis.) ¡Ah! Y si el señor Conde se ve precisado a marchar antes de que le lleguen los cheques...

SPLÉN. Ya, con girarlo...

DIRECTOR Ni eso, señor Conde. En el *comptuar* se darán por recibidos. (Mutis por el hotel, haciendo una reverencia extremadísima.)

SPLÉN. Pues, señor; esto es admirable. Este hombre debería ser Ministro de Hacienda. El ingenio se cotiza más caro que el oro. Quien me preocupa es Willy. Es preciso ocultar a mi sobrina la aventura de su novio. Y la aventura será con alguna camarera del hotel. Willy es así. A veces dudo de que sea hijo mío.

ESCENA III

EL CONDE SPLENNINGER y JOSÉ, que entra.

SPLÉN. José.

JOSÉ (Extremadísimo.) Señor Conde.

SPLÉN. ¿Sabes si se ha levantado miss Dolly?

JOSÉ No, señor Conde; todavía no se ha levantado.

SPLÉN. (Menos mal.)

JOSÉ Una jaqueca horrible... Ahora descansa...

¿El señor Barón durmiendo, no?

SPLÉN. Durmiendo.

JOSÉ ¿Manda algo el señor Conde?

SPLÉN. No, nada. (Vase José por el hotel.) Esto es muy raro. Willy jaqueca, noche de insomnio y ahora descansa según yo. Y Dolly jaqueca, noche de insomnio y también descansa ahora, según éste. ¿Habrán coincidido las jaquecas?

ESCENA IV

EL CONDE SPLENNINGER, LA BARONESA DE DACHAU y JOSÉ.

BARONE. (¡Dios mío; es horrible! No quiero pensarlo. Una Dachau pasar una noche fuera del regazo aristocrático de su madre... No, no es posible. Esto es una pesadilla.

JOSÉ. ¿La señora desayuna aquí?

BARONE. Sí; aquí.

JOSÉ. ¿Supongo que no habrá que subir el desayuno a la señorita? (Con discreta malicia.)

BARONE. (Azoradísima.) Muy bien supuesto, José.

SPLEN. (Levantándose.) (Me da miedo llamar en el cuarto de Dolly. Si no me responde nadie, es que la jaqueca...)

BARONE. ¿Está usted preocupado, señor Conde?

SPLEN. Nada de eso, Baronesa. Es que estoy dando vueltas a una fórmula para curar la jaqueca.

BARONE. ¡Ah! Muy loable. (Tilly, hija mía; líbranos de ese borrón a las Dachau.) ¿Y da usted con la fórmula, señor Conde?

SPLEN. En absoluto. Puede usted asegurar que se han acabado los dolores de cabeza. (Mutis por el hotel, en el momento en que sale José con el desayuno.)

JOSÉ. De parte del director, que desde hoy mismo tienen habitación las señoras. El señor director me encarga diga a la señora que siente no haber podido complacerla antes, pero que ha hecho cuanto ha podido. Figúrese la señora. Póngase en el caso del director.

BARONE. Bien, bien, José. Llévase el desayuno.

JOSÉ. ¿No tiene apetito la señora?

BARONE. No, ninguno. (Nos vamos esta misma tarde.) (Mutis.)

ESCENA V

TILLY y WILLY.

Música

Entran los dos de la calle. Han pasado la noche fuera del Hotel para "comprometerse" platónicamente.

TILLY Mamá que es Dachau
 nos reñirá,
 pero por ti
 desobedezco a mamá.

WILLY Ya en el Hotel
 la voz corrió
 de lo ocurrido
 entre tú y yo.

TILLY Es que el escándalo fué
 de los que obligan a hablar.

WILLY Mis deseos logré,
 pues nos tendrán que casar.

LOS DOS Y aunque tu honor comprometí { papá !
 y nos regañe tu { mamá !
 ¡ qué me importa a mí { mamá,
 de tu { papá

TILLY Yo seré palomita que amorosa
 en el nido te brindará su amor,
 y nuestros sueños será color de rosa,
 que es el color de amor.

WILLY Tú serás palomita que amorosa
 en el nido me brindará su amor,
 y nuestros sueños serán color de rosa,
 que es el color de amor.

(Evolución y mutis.)

ESCENA VI

EL CONDE DE SPLENNINGER, que sale a tiempo de ver hacer mutis a su hijo con Tilly, y luego WILLY.

SPLEN. Ese es tu hijo, conde de Splenninger.

¿No decía yo que no se le podía ocurrir nada con sentido común? ¡Bonita aventura! Por lo visto se proponía hacer irremediable la boda con esa cursi. Menos mal que no se ha enterado nadie. ¿Y este diablo de Dolly, con quién habrá coincidido en jaqueca? La verdad que está delicada la familia.

WILLY. (Saliendo muy orgulloso, como si hubiera realizado una hazaña.) (¡Qué raro! Ya debía hablarse en todo el hotel de nuestra fuga, y nadie me ha dicho una palabra.) (Hombreadose.) Supongo, papá, que ya sabrás...

SPLEN. Sí, hijo, sí; ya sé que has pasado una noche de jaqueca horrible.

WILLY. No, sí... pero no... pero qué?...

SPLEN. No te disculpes, hombre. Te levantas tarde porque no has dormido nada. Así que trastorna poco una mala noche.

WILLY. Sí; pero es que tú no sabes...

SPLEN. No he de saberlo, Willy; si te he oído quejarte desde mi habitación.

WILLY. (Asustado.) ¿A mí?

SPLEN. Cuando vino el camarero de guardia a decírmelo, hacía más de una hora que te estaba oyendo yo.

WILLY. (Cada vez más asustado.) ¿Que me ha oído también el camarero de guardia?

SPLEN. Como que entró a preguntarte lo que te ocurría.

WILLY. ¿Y me encontró en la cama? (Asustadísimo.)

SPLEN. Naturalmente.

WILLY. ¿Eh?

SPLEN. Y te entró un sello, que fué lo que te calmó un poco.

WILLY. (Asustadísimo.) ¡Ay!

ESCENA VII

Dichos y JOSÉ.

JOSÉ. Señor Conde, el señor Director que va-

ya a verle inmediatamente, pues tiene que hablarle de un asunto grave.

SPLÉN. Voy en seguida. (Los seis mil francos.)
(Vase.)

WILLY (Muy angustiado.) José, ¿qué camarero hubo anoche de guardia en mi piso? Responde, pronto...

JOSÉ Yo, señor Barón. Y a propósito, ¿se encuentra mejor el señor Barón?

WILLY ¡Ay! ¡Es verdad! ¡Es verdad! Oye, José, ¿y estás seguro de que he pasado la noche quejándome?

JOSÉ Como que entré a ver lo que le ocurría al señor Barón.

WILLY ¿Y estaba en la cama?

JOSÉ Delirando. (Mutis.)

WILLY (Desesperado.) Entonces yo... Entonces ella... Todo ha sido un sueño y ni ha habido fuga, ni escándalo, ni... ni nada.

SPLÉN. (Dentro y de un modo alarmante.) ¡Willy, Willy, ven, hijo mío, ven a escape, que ocurre una desgracia espantosa.

WILLY ¡Qué lástima, Tilly... todo un sueño!...
¡Pero qué sueño más rico!... (Mutis.)

ESCENA VIII

LA BARONESA DACHAU y TILLY.

BARONE. Tilly, no seas cursi. No llores.

TILLY ¡Yo, que creía estar segura de haber dado el escándalo para comprometerme!...
¡Todo, todo ha sido un sueño! ¡Qué lástima!

BARONE. ¿En qué piensas?

TILLY En que no puede ser... En que yo... ¡Ay, pobre mamá!... La que has soñado has sido tú.

BARONE. No me apenes, hija. Bastante he sufrido esta noche mientras te velaba.

TILLY ¿Me velabas?

- BARONE. Naturalmente ; por eso fuí a tu cuarto, te encontré con delirio...
- TILLY Pero mamá, si yo estoy segura que lo de esta noche ha sido...
- BARONE. ¡ Ha sido el delirio ! Cuando tu madre dice una cosa, lo es. ¿ Me has entendido ?
- TILLY Del todo, mamá.
- BARONE. Conque despídete de tus amistades.
- TILLY ¡ Mamá !...
- BARONE. Nos vamos esta misma tarde.
- TILLY ¿ Sí ?
- BARONE. Sí, hija mía. (Con misterio.) Ya hay habitación. (Mutis)

ESCENA IX

TILLY y WILLY.

- TILLY (Muy desesperada.) ¡ De modo que me fugo para dar el escándalo, y todos se empeñan en que no me he movido de mis habitaciones ! (Llorando.) ¡ Ay, Dios mío ; yo soy muy desgraciada !
- WILLY (Saliendo muy triste.) ¿ Estás... estás mejor, Tilly ?
- TILLY (Indignada.) Pero, ¿ tú también te has olvidado de nuestra fuga ?
- WILLY (Loco de entusiasmo.) ¿ Nuestra fuga ? ¡ Ay, bendita seas, Tilly, no he soñado ! (Cariñoso.) ¡ Tilly !...
- TILLY Ahora te casarás con tu Dolly, y yo...
- WILLY Eso jamás. ¿ No sabes lo que ocurre ?
- TILLY ¿ Que tu prometida se ha fugado ?
- WILLY No, Tilly. Fugado, no. Mi padre está alarmadísimo, porque como Dolly tenía empeño en subir a lo más alto de la montaña, tememos que haya realizado la ascensión y le haya ocurrido algo. Y lo peor de todo es que mi padre dice que quien debe salvarla soy yo. ¡ Ya ves ! Yo,

yo subir allí tan arriba. Te quedas sin tu Willy.

TILLY Eso nunca. Yo subo contigo.

ESCENA X

Dichos y SPLENNINGER.

SPLEN. Willy... ¡ En marcha ! (Reparando en Tilly.)
¡ Ah ! Buenos días, Tilly. ¿ Está usted ya mejor ? (Tilly y Willy se miran y se rien.)

TILLY Todavía me duele un poco la cabeza.

SPLEN. Ya sabrá usted la desgracia que nos aflige. Mi sobrina Dolly, que gusta de emociones fuertes, ha cometido la imprudencia de realizar una ascensión peligrosísima, aunque acompañada, naturalmente, de un guía de toda nuestra confianza.

WILLY Pero, ¿ tú lo sabías, papá ?

SPLEN. ¡ Qué pregunta ! Naturalmente. Tu prima me pidió ayer permiso, y como tú estabas enfermo, le busqué un guía para que le acompañase. Pero no gastemos el tiempo inútilmente. Vamos a salvarla. Un guía nos espera con todo preparado.

WILLY ¿ Habrá peligro ?

SPLEN. En estos casos la vida es lo de menos.

TILLY ¿ Me permite usted que forme parte de la excursión, señor Conde ?

SPLEN. Con mucho gusto, señorita. Pero despídase de su mamá por si no la vuelve a ver.

WILLY (Asustadísimo.) ¿ Tanto peligro hay ?

SPLEN. Mira, Willy. Yo no te pido que tengas valor, porque hay cosa que no se le puede pedir a los Splenninger, pero... disimula el miedo.

TILLY ¡ En marcha ! (Mutis.)

Música

Ataca la orquesta y vuelven a salir a su tiempo, atados entre sí con una larga cuerda, con arcos de alpinistas, UN GUÍA, SPLINNIN-GER, TILLY y WILLY. Este último con gran número de cuerdas enrolladas a la cintura.

NOTA. —En este momento se canta el terceto número 6 del primer acto, con las modificaciones de letra que van aquí señaladas, suprimiéndose el que va en la partitura en este lugar señalado con el tiempo "Vivace" y número 15.

CUARTETO DEL SPORT

Evoluciones a capricho del director, simulando cómicamente una ascensión alpinista.

GUÍA Y WILLY. Se sube, se trepa,
se avanza sin temor.
SPLEN. Pero es mucho más cómodo
subir en ascensor, señor.
TILLY Se escalan las cimas,
ansiendo dominar.
LOS CUATRO Y cuando se está arriba
ya se tiene que bajar.
TILLY Para hacerse alpinista
es preciso no temblar.
WILLY A las alturas yo me voy en un vuelo.
SPLEN. Si te descuidas subirás al cielo.
TILLY Yo ya siento la impaciencia
de que se haga esa excursión.
LOS TRES ¡Qué heroísmo! ¡No es lo mismo
que me rompa yo el bautismo!
¡Si tendrá esta criatura
la locura del sport!
LOS CUATRO Sport es el amor
porque persigue el mismo afán.
Unos que suben, otros que vuelan
y nunca llegan a donde van.
TILLY Es lo más hermoso.
LOS TRES Porque es peligroso.
LOS CUATRO Si el sport es tan encantador,
sport, sport y más sport.
TILLY Y GUÍA De prisa, volando

se debe ahora vivir.
SPLEN. La cosa es ir muy rápido
 aunque haya riesgo de morir.
TILLY La vida es muy corta,
 se debe aprovechar.
WILLY La vida corre sin cesar
 y el tiempo hay que ganar.
SPLEN. En sport y en la vida
 es preciso no caer.
TILLY Nunca ha caído quien tendió sus alas.
LOS DOS Anda con tiento porque te resbalas.
TILLY El sport de los amores
 es un peligroso sport.
LOS CUATRO Aventura deliciosa
 si me rompo alguna cosa.
 El sport es divertido
 cuando se hace por sport.
 Sport es el amor, etc.

(Evolución y mutis con el ritornello.)

ESCENA XI

BARONESA DACHAU. Luego JOSÉ.

Hablado

BARONE. (Dentro.) ¡Tilly!... ¡Tilly, hija querida!
 (Sale.) Pero, ¿dónde está esa niña?...
 Señor.
JOSÉ ¿Llamaba la señora Baronesa?
BARONE. ¿Y mi hija?
JOSÉ Ha salido con un guía dispuesta a indagar el paradero de miss Dolly.
BARONE. Pero, ¿dónde van que necesitan guía?
JOSÉ A la montaña.
BARONE. ¿A la montaña, Tilly? ¡No! ¡No puede ser!... Hay que impedirlo... ¡Pronto!...
 ¡Un guía! ¡Necesito un guía!
JOSÉ Yo le proporcionaré uno a la señora Baronesa. (Mutis los dos por la izquierda.)

ESCENA XII

DOLLY y FRANK. La escena permanece desierta un momento, luego aparece Frank, que escala una pared del jardín. Viste como en el acto anterior. Después de asegurarse de que nadie le ve, ayuda a Dolly a escalar la misma tapia. Dolly viste también el traje de sport.

Música

RECITADO

DOLLY ¡ Cuidado !

FRANK Nadie nos ha visto. Ahora sube usted por la escalera de la servidumbre, entra en su habitación, y esta aventura quedará sólo entre nosotros dos y Dios.

DOLLY ¡ Deliciosa aventura ! Ahora que el peligro pasó, me divierte.

FRANK Yo jamás la olvidaré.

DOLLY Tampoco yo ; se lo aseguro, barón Frank. Es muy difícil hallar un hombre tan caballeroso como usted. (Con un poco de ironía.)

FRANK ¡ Dolly !

CANTADO

DOLLY Tan noble y digna es su pasión
que no habrá igual ninguna,
pero es perder una ocasión
tentar a la fortuna.

FRANK Perdón. Perdón si la he ofendido
por ser tan respetuoso,
pero usted tiene un prometido
que puede ser esposo.

DOLLY (Mi burla le desconcertó.
Pero en sus ojos leo yo
que ansiando está adorarme.)
El besar no es ofender,
es el amor que hace pecar.

Un beso da toda mujer
sin consentir y sin querer.
El amor busca siempre poesía,
pero también alegría,
y sin ardor, pronto muere amor.

FRANK No hallé mujer que su pasión
tan bien haya escondido,
a menos que su corazón
no sienta ni un latido.

DOLLY Perdón. Perdón si lo que yo hablé
le ofende, caballero.
Le resistí porque pensé
tan sólo en el que quiero.

FRANK Lo sé, lo sé, mas no olvidé
que no es aún su consorte,
y, por lo tanto, seguiré
haciendo a usted la corte.

DOLLY El besar no es ofender,
es el amor que hace pecar.
Un beso...

FRANK ...da toda mujer
sin consentir y sin querer.

DOLLY El amor busca siempre poesía.

FRANK Pero también alegría.

LOS DOS Y sin ardor, pronto muere amor.

(Se despiden con gran ironía y hacen mutis cada uno
por distinto lado.)

ESCENA XIII

UN GUÍA GORDO y la BARONESA DACHAU, de alpinista, pero
vestida ridículamente. El guía sale primero con la cuerda, después
la Baronesa, a la que trae atada.

Hablado

BARONE. ¡ Señor guía... señor guía !... Deme cuer-
da, que sino no ando.

ESCENA XIV

Dichos. TILLY, WILLY, SPLENNINGER y el GUÍA. Después DOLLY con una bata que cubre su traje de sport. Al final FRANK.

BARONE. (Al verles.) ¿Eh? ¿Qué ocurre?

SPLEN. (Lúgubre.) ¡Nada! ¡No la encontramos ni viva ni muerta!

DOLLY ¿De veras, mis valientes salvadores?

TODOS ¡Ella!

SPLEN. ¡Dolly!... ¡Sobrina de mi alma!... ¡Qué feliz soy! ¡Creí que no te volvía a ver!

(La abraza. Volviéndose a Willy.) Abrazala, hijo mío. (Willy va a ir hacia su padre. Tilly le tira de una cuerda.)

TILLY (¡No!)

WILLY ¡No! Yo creo precisa una explicación...

SPLEN. Hombre...

WILLY ¡Papá! (Digno, en cómico.)

SPLEN. (A Dolly.) Dolly, hija mía, contesta lo que sea, pero contesta... ¿Dónde has pasado la noche?

DOLLY Allí. (Señalando a la montaña.)

WILLY (¡Qué miedo!) (A Dolly.) ¿Sola?

DOLLY Con un guía.

WILLY Ya ves, papá... Mi prometida... Un guía que no conocemos... Sola... Allí...

SPLEN. Cierto, cierto... Dolly. Es preciso que digas quien te acompañó. Dínos... un hombre. Te creemos.

DOLLY Tío... Willy... Yo ...

TILLY ¿Quiere usted que sea yo quien lo diga?

FRANK No es preciso, señorita. Yo lo diré.

TODOS ¡El barón Frank!

TILLY El guía que acompañó a Dolly en su excursión.

Música

FRANK Con ella a los Alpes subí,
su guía yo sólo fui.

La noche traidora nos vendió;
volver nos impidió.
La luna, en blanco resplandor,
el cielo hizo brillar,
y Dolly pudo descansar
guardada por mi honor.

RECITADO

- SPLEN. ¿Me dais vuestra palabra?
FRANK ¡Sí!
SPLEN. ¿De honor?
FRANK De honor.
TILLY (A Willy.) Da su palabra de honor de haberla respetado.
WILLY ¡Qué lástima!
TILLY (A Willy.) ¡Te tienes que casar, no hay remedio! (Le empuja hacia Dolly llorando, casi.)
DOLLY (Cantado, con energía.)
¡Oh, no! ¡Oh, no!
¡Mintió el Barón! ¡Mintió!
A solas conmigo
su honor olvidó.
Comprende ahora que faltó
y quiere salvar mi pundonor
mintiendo por amor.
FRANK (Asombrado.) ¿Que miento? ¿Decís que miento, Dolly?
DOLLY ¡Mentisteis, sí! ¡Me habeis besado!
(Con gran energía imponiendo su voluntad. Luego, con intención, añade:) ¿No recordais?
FRANK (Comprendiendo.) Sí. Perdonadme.
SPLEN. (Conciliador.) Bien, pero hay besos de besos, y si el Barón no ha tenido malas intenciones... Después de todo un beso, porque ha sido un solo beso...
WILLY ¡Papá, esto es cosa mía! (A Dolly.) Dolly, has muerto para mí. Retiro mi palabra.
DOLLY ¡Bravísimo! Entonces ya puedo confesar que no me ha besado.
WILLY (A Frank.) ¿Cómo?... ¿Luego es cierto?

¿No ha besado usted a mi difunta esposa?

FRANK ¡No! La beso ahora por primera vez.
(Lo hace.)

WILLY (Imitándole.) ¡Y yo a Tilly!

SPLIN. ¡Dos besos que me cuestan seis millones!

TODOS Bello es vivir
cuando el alma despierta al amor.
(Cuadro. Fuerte en la orquesta.)

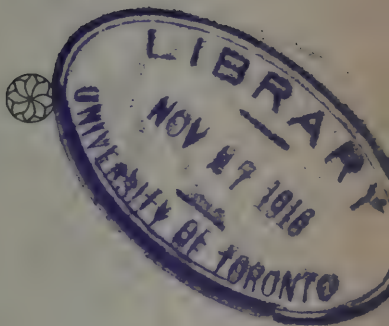
TELÓN

FIN DE LA OPERETA

Alberto Insúa y A. Hernández Catá

LA CULPA AJENA

Comedia en dos actos y en prosa



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

LA CULPA AJENA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por sus autores para TEATRO MUNDIAL.

LA CULPA AJENA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Alberto Insúa y A. Hernández Catá

Estrenada con éxito en el Teatro Infanta Isabel, de Madrid,
el día 11 de Abril de 1916



BARCELONA
BIBLIOTECA « TEATRO MUNDIAL »

15. Barará, 15

1916

REPARTO

<u>Personajes</u>	<u>Actores</u>
TRINI	<i>Srta. Palou.</i>
ANGELITA	» <i>Robles (C.)</i>
PEREGRINA	<i>Sra. Siria.</i>
DOÑA ANGELES.	<i>Srta. Valdivia.</i>
CESÁREA	» <i>Cañete.</i>
ANTONIO HIDALGO	<i>Sr. Hernández.</i>
SOLER.	» <i>Adamo.</i>
DON FEDERICO.	» <i>Leiva.</i>
EL MANITAS.	» <i>Agudín.</i>
PERIQUITO FUENTES	» <i>Olózaga.</i>

En Valleclaro, ciudad de Castilla la Nueva.

Epoca actual. — Las indicaciones de lugar corresponden a los lados de los actores.



ACTO PRIMERO

Gabinete amueblado con decorosa modestia en casa de don Federico Gil y Soler. La disposición de los muebles, los lazos que sajean las cortinas, los abanicos puestos en las paredes con fotografías, todo, revela el cuidado de manos femeninas y juveniles. Formando chaflanes a los dos extremos del fondo, hay, a la derecha, una puerta que da al pasillo donde se abre la de la calle, y a la izquierda, un mirador por donde entra el sol tibio de abril; en primer término, a ambos lados, puertas que llevan a las habitaciones interiores. En el testero del fondo, un gran retrato al óleo de una mujer muy bella, vestida y peinada a la moda de 1870. Sobre una mesita arfinconada, un fonógrafo.

Es media mañana. PEREGRINA, criada vieja, se ha quedado traspuesta en un sillón y ronca beatíficamente al empezar el acto. En seguida CESÁREA, criada joven de aspecto palurdo, se asoma a la puerta de la izquierda, y después de llamar a Peregrina con timidez, se acerca poco a poco para despertarla.

CESÁREA ¡Psch!... ¡Señá Peregrina! ¡Anda, si se ha quedao dormía!... (Entrando y tocándole respetuosamente en el hombro.) Señá Peregrina, escuche usted.

PEREGRINA (Sobresaltada.) ¡Eh!... ¿Qué?... Ah, ¿eres tú? Hija, se llama de otro modo; no se sacude así a las personas.

CESÁREA Si no la he tocao ni tanto así...

PEREGRINA No estaba dormida, no vayas a creerte.

CESÁREA Ya...

PEREGRINA Bueno, ¿qué te duele? Vamos a ver.

CESÁREA Como dolerme, ná; sino que quieoirme de esta casa.

- PEREGRI. (Con contenida indignación.) Pues... no haber esperao a que la señora y la señorita Trini se fueran a misa, y a que yo me quedara sola con la señorita Angelita, pa decirlo.
- CESÁREA. Como usté aquí no es propiamente una criá...
- PEREGRI. Lo que soy es una criá... con vergüenza, de las que ya no se gastan. ¿Estamos? Si te quíes ir, pa luego es tarde: ves, recoge los cuatro pingos que has traído y andandito, que como no eres de pueblo ni tiés el pelo de la dehesa, que digamos, vas a encontrar en seguida aco-
modo.
- CESÁREA. No se meta usté conmigo; que bien sé que hace un mes que he llegao del pueblo y que tién que aprendérmelo tó. Pero es que...
- PEREGRI. Es que ya te han llenao de viento la cabeza... Ya me parecía que tardaban.
- CESÁREA. Yo no quería creerlo, pero son tós a hacer advertencia: las del mercao, las del portalillo, esa que vende cintas y carretes, y hasta el sacristán de los Dolores.
- PEREGRI. Pues bien que le adula a las señoritas pa guardarlas las sillas... ¡La envidia y la calunia que corren por este Valleclaro de mis pecaos!
- CESÁREA. M'han dicho, verá usté; m'han dicho...
- PEREGRI. No me lo cuentes, que ya me duelen las orejas de escucharlo y la boca de desmentirlo. No me lo cuentes, porque... ¡te arañó!
- CESÁREA. Pero si yo...
- PEREGRI. No hay pero ni membrillo... ¿Has visto tú algo malo en la casa?
- CESÁREA. No, señora.
- PEREGRI. ¿No te parece esta casa muy cristiana y de mucha decencia?
- CESÁREA. Sí, señora.
- PEREGRI. ¿Has visto en tu vida mujer más santa

que la señora y niñas más buenas que las niñas?

CESÁREA No, señora.

PEREGRI. Entonces, ¿pa qué crees esos infundios?

CESÁREA Es lo que yo digo... Yo no quisiá creélo. Yo digo que aquí se está bien, que se respira.

PEREGRI. Y que se come.

CESÁREA Sí, señora... y que se come en forma, y que como haber orden, lo hay...; pero le dicen a una que si tal, que si cual, y una, la verdá, tié que mirar por una, porque una es joven y... ya sabe usté, señá Peregrina...

PEREGRI. ¡Sí, que doña destripa terrones corre peligro en esta casa!... ¡Sabe Dios que no habrás tú dejao en el pueblo!

CESÁREA Yo no he dejao ná.

PEREGRI. Pues te lo habrás traío pa soltárnoslo aquí.

CESÁREA ¡Señá Peregrina!

PEREGRI. Como que los paseítos por los trigos y los pinares de esos pueblos, concluyen muy a menúo en la ciudá.

CESÁREA Yo no soy de esas. Y no me falte, que yo a nadie he faltao.

PEREGRI. Has faltao a la casa de mis señoritas.

CESÁREA Habrá sío sin querer... Es que m'han dicho cosas mu gordas, señá Peregrina...

PEREGRI. Y paece que con lo gordas que han sío, te las has tragao. (Señalando el retrato.) Ahí la tiés... Ahí onde la ves, con tós los pecaos que hizo, y los que la cuelgan, entró vestidita de bailarina y con zapatitos blancos en la gloria.

CESÁREA (Apartándose con espanto cómico.) Pero... ¿es esa señora la que dicen que...?

PEREGRI. Esa misma... Mírala de cerca, que no muerde.

CESÁREA (Acercándose con timidez, como atraída por el retrato.) ¡Qué maja que era! ¿Y es verdad lo que dicen? Yo no lo pueo creer.

PEREGRI. Verdad que era una señorita de lo más principal y que estaba pa casarse con un título de aquí, cuando dió la campaná con un tenor de esos que cantan en italiano y se escapó con él a París de Inglaterra, por el mundo arriba, y que aluego se metió a bailarina y la llamaban la «Bella Española»; y que un príncipe se condenó por ella, dándose un tiro aquí, en la mollera mismamente, y qué se yo más cosas... y que la historia anda en papeles y romances, por si no lo sabías.

CESÁREA ¡ Hay que ver !...

PEREGRI. Y verdad también que tuvo una hija—que es la señora, nuestra ama, pa que te enteres—y que vino a Valleclaro a pasar la vejez y a morir como una santa... Estas manos, ¿las ves?, le cerraron los ojos y la vistieron el hábito de las Dominicas. Se fué pa arriba más pura que un ángel: confesión, viático; ná la faltó.

CESÁREA ¡ Hay que ver !...

PEREGRI. Después, sólo el señorito don Federico fué hombre pa casarse con la señorita Angeles, porque toos creían que, como la madre había tenido ese mal paso, la hija había de ser mala. ¡ Y menúo chasco que se han llevao !

CESÁREA (Maravillada.) ¡ Hay que ver !...

PEREGRI. Y como se equivocaron con la hija, que salió de lo más cabal que hay en el señorío de Valleclaro, pues ahora esperan que sean las nietas... y más chasco se van a llevar. ¿Te vas enterando?

CESÁREA Sí, señá Peregrina. •

PEREGRI. Al principio decían que era pa vengarse de la plantá que le dió al señorón de aquí... ¡ Mia tú, que ni que hubiera sío el patrón del pueblo !... Después, cuando se murió el buen hombre de un reventón de bebida, porque era de esos que se pasan día

y noche tomando mejunjes en el café de las arcadas, no sé yo que tuvieran ya que vengar a nadie, y la cosa siguió igual. No hay calunia que se pierda, ni habladuría, ni maldad que no venga a parar a esta casa. ; Por justicia los hubiera puesto yo con más de cuatro cosas que nos han hecho ; que si se las hubieran hecho a otra casa, tóo el mundo en Valleclaro habría protestao ! En la casa de *las bailarinas*, como nos dicen, hay honra pa dar a mucha de esa gente que chilla, pa que nadie repare en lo que hacen... Conque, ya sabes a qué atenerte ; y ahora, a la calle a pasar hambre y malos tratos, o a la cocina ; elige...

CESÁREA

Siendo así...

PEREGRÍ.

Pa la cocina entonces ; no te se vaya a pasar la pierna de cordero ; que hoy, como tóos los domingos, viene a comer un sobrino del señorito, el único de la parentela que visita la casa.

CESÁREA

¿ Ese señorito que tiene las manos tan largas ?

PEREGRÍ.

Ese ; y fuese mejor que no viniera, que es un gorrón y un mal bicho, y ya tengo yo la mosca en la oreja con lo que se trae. Ea, andando. Ahí viene la señorita Angelita.

CESÁREA

Voy primero a batir los colchones, que ya he empezao.

PEREGRÍ.

Ves.

(Cesárea sale por la derecha, y casi al mismo tiempo entra ANGELITTA, vestida con traje de casa. Es una muchacha de veinticuatro a veinticinco años, un poco anémica y de aire medroso ; la triste conformidad de su mirada indica que ya ha sufrido más de lo que merece su edad y que se resigna de antemano a todo cuanto pueda pasarle.)

ANGELITTA

¿ Has visto quién está ahí, Peregrina ?

PEREGRÍ.

Nó.

ANGELITA Asómate, verás.

PEREGRI. (Después de mirar discretamente por el mirador.)
¡Hum! Muy temprano empezamos hoy.

ANGELITA Lo ví desde la ventana del comedor, y me ha hecho señas de que quiere hablarme.

PEREGRI. Atalo corto, nena.

ANGELITA Tú la tienes tomada con él.

PEREGRI. Atalo corto; te lo digo yo.

ANGELITA Si no hace falta. Es tan serio y tan respetuoso...

PEREGRI. Acuérdate de la confianza que teníamos en don Luisín.

ANGELITA Este es otra cosa.

PEREGRI. Cada uno que llega os parece que es otra cosa... y siempre resulta la misma. A vosotras no os basta con ser buenas, sino que tenéis que demostrarlo.

ANGELITA ¿Y a quién le vamos a hacer caso entonces? ¿De quién nos vamos a fiar? Mejor será que rompa de una vez con él y que renunciemos a casarnos.

PEREGRI. No, no; no me hagas caso... Yo no soy más que una pobre criada vieja que os quiere mucho. ¡Qué sé yo!... Sería demasiado bueno el que tú te casaras con el hijo de los marqueses de Fuente; por eso me da miedo.

ANGELITA (Involuntariamente.) A mí también.

PEREGRI. Anda, despáchalo pronto, que tu madre y tu hermana van a llegar.

ANGELITA Sí. (Angelita ha sacado del costurero un teléfono de novios: dos cajas cilíndricas de cartón unidas por un bramante muy largo.)

PEREGRI. Pero ¿os entendéis con eso?

ANGELITA Algunas palabras no se oyen, pero...

PEREGRI. Eso se va ganando. Siempre tuvo el marquesito fama de muy descarado y libre de maneras.

ANGELITA Habrá cambiado, si es que me quiere.

PEREGRI. Ojalá... Voy a ver qué hace la paleta.

(Peregrina sale. Angelita se asoma al mirador y hace

señas a su novio, que espera en la calle; después lanza uno de los tubos del teléfono y, cambiando oportunamente el que le queda del oído a la boca, empieza la conversación.)

ANGELITA Ya has visto... fuí a misa de siete con Peregrina... ¡Qué tonto!... ¿Papá?... En el casino... ¿Dónde dices que viste a mamá y a Trini?... ¡Ah!, sí, irían a comprar el postre... No, sola no: estoy con Peregrina y la muchacha nueva... ¿Lástima?, ¿y por qué?... No, dímelas por el teléfono... Subir, no; me enfadaré... No te incomodes; ¿por la mirilla? No subas, ¡no subas!... (Quitándose del balcón.) Peregrina...

(Va a llamar, pero se arrepiente, y después de mirar de nuevo y de cerciorarse de que Periquito Fuente sube, sale con súbita decisión por la puerta del fondo. En cuanto la escena queda sola, CESÁREA, cargada con dos almohadones y un sacudidor de nimbres, sale por la puerta de la derecha, cruza la escena, se acerca otra vez al retrato y, después de lanzar un nuevo "¡Hay que ver!", sale por la izquierda. ANGELITA entra por el fondo; viene andando de espaldas, rechazando a PERIQUITO FUENTES, que, sonriendo, pero un poco inmutado, entra detrás de ella.)

ANGELITA No, no; eso no está bien.

PERIQUITO Si es un momento, tonta.

ANGELITA Me dijistes que abriera sólo para darme una carta. Vete.

PERIQUITO Dime antes que me quieres.

ANGELITA Ya lo sabes... Mamá y Trini van a llegar.

PERIQUITO Hoy es misa de las largas; tardan aún.

ANGELITA Y papá...

PERIQUITO Ya está jugando con mi padre y el general en el casino.

ANGELITA Vete, vete... También puede llegar el primo Soler.

PERIQUITO ¡En cuanto a ese!...

ANGELITA (Nerviosa.) Si querías que te diera una

prueba de confianza, ya te la he dado. Sé tú ahora bueno conmigo, y demuéstrame que me quieres, que me respetas.

PERIQUITO Si yo te lo demuestro, pero...

ANGÉLITA Sin pero.

PERIQUITO Demuéstramelo tú también, anda... Uno solo.

ANGELITA ¿Qué?...

PERIQUITO Un solo beso.

ANGELITA No, eso no está bien; vete en seguida, si no quieres que me incomode.

PERIQUITO (A punto de encolerizarse.) El que va a incomodarse soy yo. (Otra vez sonriente.) Eso son melindres ridículos... Tú sabes que he de casarme contigo, que soy un caballero... Un beso no es nada.

ANGELITA En mí, sí.

PERIQUITO En ti menos que... es decir. ¡Yo que había subido para eso!

ANGELITA Pues vete.

PERIQUITO Concluiremos para siempre entonces.

ANGELITA Está bien.

PERIQUITO ¿He de ser yo menos que otros?

ANGELITA ¿Que quién? ¡Dilo!

PERIQUITO Que otros...

ANGELITA No es de caballeros insultar sin pruebas. Demasiado sabes que me calumnias. Ahora soy yo la que concluye. Sal de aquí. (De súbito, abatida.) ¡Siempre la calumnia, Dios mío!

PERIQUITO (Aprovechando el desfallecimiento de Angelita.) Pero ven acá, tonta; no me hagas caso. ¡Con lo que yo te quiero!

ANGELITA Que no... Déjame.

PERIQUITO Ya me habrías complacido, y estaríamos los dos tan contentos. (Acercándose.) Anda...

ANGELITA Si me tocas, grito.

PERIQUITO No serás capaz.

ANGELITA Acércate y... (El se acerca, y Angelita, con voz indignada y llena de lágrimas, grita:) ¡Peregrina! ¡Perégrina!

PERIQUITO ¡Me la has de pagar!

ANGELITITA ¡ Peregrina !

PERIQUITO (Rabioso.) No es virtud, sino habilidad...
Querías cazarme como a un bobo.

(Aparece en la puerta de la izquierda PEREGRINA con la escoba en la mano.)

PEREGRI. ¿Qué hace usted aquí?

ANGELITITA Acompaña a ese hombre a la puerta.

PERIQUITO ¿A mí, a mí?

PEREGRI. (Empujándolo con irónica suavidad hacia la salida.)
A usted, sí, señor; al marquesito de Fuente, que vino por lana y se va trasquilado.

PERIQUITO ¿Echarme de este modo?... ¡Y de esta casa !...

ANGELITITA No insultaría usted así si hubiera aquí un hombre.

PEREGRI. ¡Qué hombre ni qué rábano !... Yo sola me basto para este *sietemesino*.

PERIQUITO Oiga usted : no me empuje.

PEREGRI. Y dé gracias que no lo echo a escobazos, como basura.

PERIQUITO Mucho ojo.

PEREGRI. ¡Fuera ! ¡Fuera !

PERIQUITO (A Angelita.) ¡Vas a acordarte de mí !

PEREGRI. ¡Largo ! (Peregrina sale empujando al marquesito por el fondo, y aún se oye su voz insultándolo desde dentro.) ¡Marquesito apolillado... vaya noramala ! (Angelita se ha echado sollozando en un sillón. En cuanto queda sola, asoma por la puerta de la derecha la cara curiosa y espantada de CESÁREA, que se retira vivamente al entrar PEREGRINA.)
Ya va con viento fresco.

ANGELITITA ¡Somos muy desgraciadas !... Todos han de figurarse lo mismo.

PEREGRI. No le dí un escobazo por no ensuciar la escoba.

ANGELITITA ¡Y siempre será igual !...

PEREGRI. No llores... Hay que despreciarlos, que ya se irán convenciendo.

ANGELITITA Sí, cuando se nos haya pasado la ju-

ventud entre insultos... A ti también se te saltan las lágrimas.

PEREGRI. ¿Yo lágrimas?

ANGELITITA ¿Crees que no te veo?

PEREGRI. (Sin contenerse ya.) De rabia, lloro de rabia, porque siento un ahogo... Debía de haber una vez al año, como es nochebuena pa los pavos, en que el Gobierno permitiera matar sinvergüenzas. ¡Los pescuezos que iba yo a retorcer!...

(Se oye la voz de SOLER, que grita alegremente desde dentro:)

SOLER ¿Se deja ya aquí la puerta abierta?

ANGELITITA ¡El primo Soler!

PEREGRI. Los primos sois vosotros en recibirlo, que pa familia como él más valía no tenerla. Tampoco iba a tener ese el pescuezo seguro.

ANGELITITA Calla.

PEREGRI. ¡Qué calla ni calla! Noventa reales le presté pa ver si por no pagármelos no ponía más los pies aquí, y de ná m'ha servío.

(Entra SOLER. Es un vividor que frisa ya en la cuarentena; dentro de su cabeza, en la que los cabellos negros y los blancos luchan a ver quién puede más, se resuelve a diario el problema de vivir sin trabajar, contando sólo con el dinero de los otros. El desenfado de sus ademanes irrita a Peregrina, que le habla siempre con mal encubierta hostilidad. Trae en la mano un paquete de discos para el fonógrafo.)

SOLER ¡Hola!

ANGELITITA Hola.

SOLER (A Peregrina.) Usted nunca responde, ya lo sé.

ANGELITITA Mamá y Trini deben de llegar de un momento a otro.

SOLER Creí que Trini iba a quedarse esta mañana en casa... ¿Qué te ha pasado con tu novio?

PEREGRI. (Bruscamente.) Nada.

- SOLER Me lo tropecé en la escalera y me soltó un bufido. ¿Estáis de morros?
- ANGELITITA Hemos concluido para siempre.
- SOLER Ya ; para siempre quiere decir hasta mañana.
- PEREGRI. Es que yo lo he echado de aquí a escobazos, como voy a echar a más de un sinvergüenza.
- SOLER (Sin darse por aludido.) Hace usted bien, Peregrina. (A Angelita.) Aquí le traigo a Trini unos discos de cante flamenco, que dan la hora. ¿Está bueno el fonógrafo?
- ANGELITITA Bueno, gracias.
- PEREGRI. Mu aficionao nos ha sallo usté a la música en conserva, señor Soler.
- SOLER Llámeme Soler a secas. Todo el mundo me llama así desde muchacho. El ministro que vino para la inauguración de la estatua, y que por cierto se fué enamorado de Trini, me decía don Soler. Creo que si alguien me llamara Eulogio, ni volvería la cabeza : como si no fuese conmigo.
- PEREGRI. Me alegro que me lo diga usté, porque uno de estos días voy a ir pa hablarle de un asuntillo y quiero saber cómo llamarlo.
- SOLER ¿Se refiere al pico que le debo? Tendrá que esperar que se vuelvan las tornas y suban los liberales otra vez, a ver qué destino me dan.
- PEREGRI. Lo harán ama de cría del Ayuntamiento, como la otra vez.
- SOLER Amén. Soy capaz de ponerme el collar de monedas, si ocurre... Hombre, Peregrina, ha tocado usted un asunto del que quería yo hablarle. (A Angelita.) Dispensa que hablemos de negocios, chica.
- ANGELITITA Sí.
- PEREGRI. ¡ Hum !...
- SOLER Hay años en que no está uno para nada, como dijo el otro... y precisamente yo

pensaba pedirle quince pesetitas más, para que hiciéramos cuenta redonda. (Ante el gesto indignado de Peregrina.) ¿No? No nos incomodemos por esa bagatela: se las pediré a Federico.

PEREGRI. ¡Puah!... Voy a darle eso a la portera.
(A Angelita, por Soler.) Ten cuidado. (Sale muy indignada por el fondo.)

SOLER Va que echa chispas... ¿Quieres que pongamos el fonógrafo?

ANGELITA No tengo humor.

SOLER Todo lo que os pasa es porque queréis.

ANGELITA Ya vas a salirme con tu monserga de que nos dediquemos al teatro, de que con nuestras voces y con el nombre de la abuela... ¡Maldito nombre!

SOLER Porque no sabéis explotarlo. Es estúpido vivir de una mísera renta y de lo que tu padre le saca al tresillo, cuando podiais ganar millones.

ANGELITA Cuéntale todo eso a Trini, que te lo aguanta.

SOLER Trini es menos tonta que tú, y eso que ahora, con ese imbécil de archivero, está en niña cursi. Con veinte lecciones debutabais y...

ANGELITA A vivir todos.

SOLER Pues sí; toda la familia iría para arriba. ¿Es que no se puede ser honrada y digna en cualquier parte? Más de un empresario habría en Madrid que os contratara en seguida; y hasta quien se metería a empresario para sacaros... El ministro que estuvo aquí, sin ir más lejos.

ANGELITA ¡Déjame en paz!

SOLER Cantando flamenco Trini y tú cuplés...

ANGELITA ¡Dale!

SOLER Pero es que aquí os marchitais por fuera y os consumís de rabia por dentro. ¿Ves al marquesito?, pues ese no se casa contigo: me consta.

ANGELITA Mejor.

SOLER Y si Trini se figura que ese archivero, que no debíais tratar con la fama de socialista que tiene, viene por ella, está lucida.

ANGELITTA También te consta; bueno.

SOLER Como que viene por ti.

ANGELITTA ¿Por mí?

SOLER No hay más que fijarse en cómo te mira cuando no puedes verle.

ANGELITTA (Contrariada, pero con involuntaria esperanza.) ¿Por mí? ¡Pobre Trini!...

SOLER Un porvenir, chica: seis mil reales al año.

ANGELITTA A papá le han dicho que es de familia influyente, y que el duque de la Encina le va a encargar de no sé qué arreglos en su biblioteca. (Se oye ruido dentro.)

SOLER Será para limpiarla de polillas y telarañas... ¡Ojo!... Ahí viene ese basilisco doméstico de Peregrina. Por si no puedo hablar a solas con Trini, dile que aquí dejo los discos, y que lo que sobró del dinero se lo traeré mañana sin falta. Voy a dar una vuelta y vuelvo a almorzar.

ANGELITTA Bien... ¡Ah, sois vosotras!...

(Entran PEREGRINA, TRINI y DOÑA ANGELES. Trini no tiene el mismo caracter de su hermana: es viva, inconforme, y posee un fondo de alegría en el alma, que aprovecha el menor resquicio entre sus sinsabores para manifestarse.)

TRINI Ya nos ha dicho Peregrina...

ANGELES ¡Vengo indignada!

ANGELITTA Ya ves...

ANGELES ¿Por qué le abriste, hija?

ANGELITTA Yo, mamá...

ANGELES Hiciste mal.

TRINI ¡Qué asco de hombres! Otra vez por poco me pasa a mí lo mismo con Paco Roderó. Sólo que yo, como no quería separarse de la mirilla, cojí un buche de

- agua y... ¡figúrate la ducha! De las pocas que se habrá dado en su vida.
- ANGELITITA Dichosa tú, que sabes echar las cosas a broma.
- TRINI Para no morirme de rabia.
- ANGELITITA ¡Sabe Dios cómo contará él eso por ahí!
- TRINI ¡Y lo creerán!
- ANGELES ¿Qué mal hemos hecho, Señor?
- PEREGRI. ¡Vaya, no se pongan así las tres, que en viéndolas afligias no soy ná! Más que han dicho otras veces, no han de decir.
- TRINI Lo que es esta vez, no hay que dejarlo así. ¡Si tuviéramos en la familia un hombre!...
- ANGELES ¡Un verdadero hombre!...
- SOLER (Obligado a salir de su mutismo.) Yo, francamente...
- PEREGRI. ¿Quién le habla a usted?
- SOLER Es que no creo poder usurpar el lugar del tío Federico: él es el jefe de la familia, y el único a quien corresponde...
- ANGELES Basta; no hablemos más de esto. (A Angelita.) No llores más tú... Lo que haya de hacerse se hará.
- SOLER Yo volveré luego... Tal vez no pueda venir a comer, pero volveré. (Al ver que un silencio hostil acoge sus palabras.) Hasta después. (Sale por el fondo.)
- PEREGRI. ¡Si no se va, le pego, señora!
- ANGELES Ve a cerrar la puerta, y vuelve aquí: el sobrino de mi marido sobra en este consejo de familia, pero tú no.
- ANGELITITA Más de la familia eres tú que él. (Sale Peregrina.)
- TRINI Ahora el archivero se enterará del escándalo, y también nos huirá.
- ANGELES Y ese parecía venir con buen fin.
- TRINI (Taconeando de rabia.) ¡Hay que tomar una determinación!
- ANGELITITA ¿Y qué vamos a hacer nosotras, pobres mujeres?

- TRINI ; Matar, rabiarse, defendernos !... ; Todo menos seguir así ! ; Casi era preferible meterse a bailarina de una vez !
- ANGELES ; ; Trini ! !
- TRINI Tú no te das cuenta de nuestra situación.
- ANGELITA No seas injusta.
- ANGELES También yo la sufrí, y encontré al fin con quién casarme : vosotras encontraréis lo mismo.
- TRINI Nos casaremos a los cuarenta años.
- ANGELES Da pena oírte.
- ANGELITA Aún somos jóvenes ; tiene razón mamá.
- TRINI ¡ Vaya una juventud !... ; Si salieran canas de sufrir, iba yo a parecer Matusalem !
- ANGELES ; Psch !... Ahí oigo a tu padre, hablando con su primo y con Peregrina. Que no nos vea así.
- TRINI Papá, papá... ; Si pudiera yo ser hombre siquiera un día !...
- ANGELITA Tampoco le vamos a obligar a que cometa una imprudencia.
- ANGELES Eso no ; pero bien puede pedir una satisfacción al padre del marquesito, que es su compañero de tresillo a diario.
- TRINI Dirá lo de siempre. ; Como si a nosotras nos importara que él desplume en el casino a los padres de quienes nos insultan !
- ANGELES ; Que te calles !
- TRINI ¡ Vaya una venganza ! ; Cualquiera diría que hace causa común contra nosotras !
- ANGELES No has robado el genio, hija mía.
- TRINI Mejor si salgo a la abuela. ; Ojalá saliera del todo !
- ANGELITA No sabes lo que dices.
- TRINI ¿ No recogió, una a una, papá, las postales de la abuela que publicó Paco Roderro, en vez de romperle la crisma ? Bueno es ser prudente, pero no tanto. ¿ No te ha aconsejado a ti misma, mamá, que quites ese retrato de ahí ?

- ANGELITA Y tal vez tenga razón.
- ANGELES No, eso sí que no; una sola vez me lo dijo y supe qué contestarle: en eso sí que soy intransigente: es mi madre y no tengo por qué avergonzarme de ella. Si supiera que vosotras lo hacíais, sería aún más desgraciada de lo que soy.
- ANGELITA Yo no, mamá. (Un silencio. Trini taconeá sin ceder. Entran DON FEDERICO y PEREGRINA.)
- ANGELES Ya te habrá dicho Peregrina...
- PEREGRI. No quise hablarle, pa que el primo no lo oyera tóo.
- FEDERICO ¿Qué pasa?
- ANGELES El hijo de tu amigo el marqués...
- FEDERICO (Con alegría de jugador.) ¿El marqués? Dos codillos en hora y media. Se dan pocas mañanas como la de hoy: ochenta y siete pesetas... (Mostrando el dinero.) Mira.
- TRINI ¡No decía yo!...
- FEDERICO Tuve una mano espléndida: seis triunfos de estuche y tres firmes... Bola sin corte.
- TRINI Y mientras tú ganabas el dinero del padre, el hijo aquí...
- ANGELITA Trini, respeta a papá.
- TRINI ¿Por qué no hace él que nos respeten a nosotras?
- FEDERICO A ver, a ver...
- ANGELES Federico, yo no quiero contarte nada; no quiero que venzas el natural pacífico de tu carácter: quiero, únicamente, que huyamos de aquí. Hoy se ha hecho a una de nuestras hijas una ofensa de esas que...
- ANGELITA Sí, papá.
- TRINI Somos las cenicientas de Valleclaro.
- ANGELES Tenemos que sacrificarnos por ellas... Casarse es el fin natural de las mujeres, y ya ves que los años se les pasan.
- FEDERICO No son tan viejas.
- ANGELES Es mejor no engañarse: no son viejas, pero, ¿es preferible exponerlas a que lle-

guen a viejas con la amargura de no haberse casado, y a que puedan decirnos: fué por vuestro egoísmo? Ningún novio les dura; si algún forastero se acerca, atraído por el palmito de las chicas, al poco tiempo la ponzoña del pueblo lo malea o lo aparta... Tú lo sabes; tú, que fuiste bueno para casarte conmigo, que estaba en igual circunstancia que ellas, recuerda cómo he cuidado tu casa, y te he sido fiel, y he procurado hacerte llevar la vida... Y ellas son como yo, y merecen que nos sacrifiquemos... Vámonos a otro sitio, Federico; que estas hijas no se nos malogren.

FEDERICO

¿Qué os han hecho?

ANGELITITA

Sigue el consejo de mamá sin preguntar.

PEREGRI.

Dice bien la señora.

FEDERICO

No; quiero saber, me lo habéis de decir.

TRINI

¿Para qué?

FEDERICO

Soy viejo, pero puedo aún defender mi casa. ¡Soy vuestro padre, y aún puedo matar o morir para redimiros de una vez de la maldita herencia! (Al ver el gesto doloroso de su mujer.) Perdóname, Angeles; perdonadme vosotras también. (Hay una pausa corta y dolorosa en la cual, durante un instante, todas las miradas se encuentran en el retrato de la abuela.)

ANGELITITA

Podíamos irnos al pueblo, papá.

TRINI

Es preferible enterrarse en el pueblo.

FEDERICO

Y vivir allí de una mísera renta; y que os caséis con dos patanes...

ANGELES

Siquiera, para ellos, serán dos señoritas y las respetarán.

FEDERICO

Aquí, al menos, yo gano diariamente al tresillo y nos ayudamos... Vivimos casi de eso...

TRINI

Para nosotras eso no es vivir.

PEREGRI.

Yo trabajaré también allá, si hace falta.

FEDERICO

(A Angelita.) ¿Y no habrá algo de culpa o de imprudencia tuya?

ANGELES

Tal vez... Pero esa imprudencia, que tan-

tas cometen, es pecado venial, y ninguna otra la paga tan cara como ella va a pagarla. Federico, no te enfades: tú no eres lo que se dice un hombre valiente, y, sin embargo, has dado una gran prueba de valor en la vida al casarte conmigo.

FEDERICO Angeles...

ANGELES Ya ves que no te salió mal. Sé ahora valiente otra vez. No sólo se es valiente matando o dejándose matar... Sé valiente como lo fuíste antes... Vámonos.

ANGELITA Sí.

ANGELES Renuncia a esa ganancia del juego, que envuelve no sé qué vergüenza, porque jugar bien no es una profesión... Con algo que trabajes y con lo poquito que la tierra da...

ANGELITA Nosotras coseremos, si es preciso.

TRINI Aquí están mis manos.

PEREGRI. ¡Antes me las tenían que cortar a mí!

(Suena dentro un timbre.)

FEDERICO ¿Quién será?

TRINI Será el primo Soler.

ANGELES Se fué huyendo en cuanto nos vió acongojadas.

ANGELITA Creerá que ya ha pasado la cosa, y vuelve a comer.

PEREGRI. (Belicosa.) ¡Voy!... ¡Ya verán!...

ANGELES No... Ve tú, Trini. (Sale Trini por el fondo.)
Que nadie sospeche lo que pasa.

ANGELITA Ya se sabrá en todo Valleclaro.

FEDERICO ¡Psch!

ANGELES No parece la voz de tu primo. (Don Federico se levanta y va hasta la puerta del fondo. En cuanto ve quién llega, cambia el gesto familiar por uno más cumplido y amable, y dice:)

FEDERICO Pase usted, pase usted... ¿Cómo va a quedarse en la puerta?

(Doña Angeles, Angelita y Peregrina, asombradas, esperan. Entra TRINI con ANTONIO HIDALGO, joven de vestir correcto, pero nada elegante, cuyo des-

alíño acentún la corbata deshecha, el traje en desorden y el sombrero abollado. Su actitud denota, al mismo tiempo, decisión y cortedad, y, a pesar de su entrada brusca y de traer amoratado un ojo, no aparece ridículo.)

TRINI Pase usted por aquí.

HIDALGO Era... Verá usted... Ustedes perdonen.

ANGELES Siéntese, cálmese usted.

HIDALGO He subido de cuatro en cuatro las escaleras, y...

FEDERICO Ya se nota. Siéntese.

HIDALGO Venía nada más a darle a una criada... es decir, a decirle... y como me ha abierto la puerta Trini, digo... esta señorita... (Don Federico le hace un gesto más imperativo para que se siente y él obedece.) Ustedes se reirán de mí.

TRINI ¡No faltaba más!

HIDALGO Una primera visita sin ser presentado, y... en esta facha...

ANGELES Está usted muy bien.

HIDALGO Muy bien desfigurado, señora.

TRINI Pero, vamos : usted se ha caído...

HIDALGO No, señorita, no...

ANGELIT A A usted le ha pasado algo, señor Hidalgo.

FEDERICO Hace un momento, en la puerta del casino, no tenía usted la cara así.

HIDALGO No, señor, no... Ha sido... ha sido una pequeña polémica con el marquesito. Tuve que darle unos coscorrónes, y cuando me lo quitaron de entre las manos me tiró desde lejos una caja de dominó, y... (Señalando al ojo amoratado.) Ya ven ustedes... Ha debido darme con el seis doble. (Se lleva el pañuelo a una oreja y al retirarlo se ve que está manchado de sangre.)

ANGELIT A ¡Usted está herido!

HIDALGO No es nada.

TRINI Trae esparadrapo de tu botiquín, papá.

ANGELES Sí, ve.

HIDALGO (A Peregrina, que acude con una jícara con agua y unos algodones.) ¡Ah!, mil gracias; me la-

varé yo mismo. ¡Lo que tengo es una sed!... (Se acerca la jicara a la boca.)

TRINI ¡Que es agua oxigenada!...

HIDALGO También necesito oxígeno, no crean... En este Valleclaro se respira mal, y dispénsenme ustedes que son de aquí... ¿Quiere usted ser tan amable de darme ese esparadrapo, don Federico?

FEDERICO Sí, ahora mismo. (Don Federico sale y en seguida Antonio Hidalgo, rápidamente, ruborizado, saca un paquete de cartas del bolsillo y se las entrega a Angelita.)

HIDALGO Tenga usted: son sus cartas, las que usted le escribió... Se las arranqué a la fuerza.

ANGELES Pero...

ANGELITA Gracias.

HIDALGO No me dé las gracias: cualquiera hubiera hecho lo mismo. Empezó a leerlas en alta voz a un grupo de imbéciles como él, y yo no pude contenerme... Ya sé que no tengo derecho para hacer lo que hice; perdóneme, pero... Aquí tiene usted también el retrato.

ANGELITA ¡Mi retrato!

ANGELES ¡Qué infame!

TRINI Roto en dos pedazos.

HIDALGO Los mismos en que yo le rompí la cabeza.

PEREGRI. (Sin poderse contener.) ¡Muy bien!

ANGELES ¡Peregrina!

ANGELITA Enjúguese otra vez la oreja. ¿Le duele?

PEREGRI. Y la nariz.

HIDALGO No; en la nariz no tengo nada: es como Dios la ha hecho... Yo sí que debo habérselas deshecho a su novio, Angelita.

ANGELITA (Ruborizada.) Deme usted la taza.

HIDALGO Gracias; es usted muy buena... Son ustedes muy buenos. Ya lo sabía yo.

TRINI Si no nos conocía casi, mal puede saberlo.

- ANGELES No le haga usted caso.
- HIDALGO Las conocía... sin conocerlas. Yo no soy de aquí y veo a Valleclaro de una manera diferente; creo darme cuenta de donde están la fruta picada y la sana.
- ANGELES ; Habrá que oír lo que dirán por ahí!
- HIDALGO La verdad acabará por abrirse paso, señora, aunque sea a golpes.
- PEREGRI. Y que usted debe tener buenos puños.
- HIDALGO Sí, no crea; y hasta me sirve de gimnasia... Como por mi profesión vivo entre libros, un poco de ejercicio me hace bien.
- TRINI Aún nos va a demostrar que tiene que darnos las gracias porque le hayan hinchado un ojo.
- HIDALGO Ya sé que no tengo derecho, que tal vez he hecho mal...
- ANGELES Al contrario; la niña no ha querido reprocharle.
- HIDALGO (Mirando tímidamente a Angelita.) ; Ojalá que pueda tener derecho alguna vez!...
- ANGELITA Ahí está papá...
- HIDALGO Ya sé que no debo decirle...
- ANGELES Al contrario. (Entra DON FEDERICO.)
- FEDERICO Aquí está; quedaba sólo este pedazo. ¿Han traído el agua?
- TRINI No.
- FEDERICO Se lo mandé a la criada nueva.
- ANGELITA Voy yo misma a traerla.
- TRINI Yo iré.
- ANGELITA (Sin darle tiempo, descosa de poder ocultar su rubor.) NO, NO. (Sale Angelita por la izquierda. Hidalgo se ha estado aplicando el esparadrapo a la oreja.)
- FEDERICO Le basta. ¿No es eso?
- HIDALGO Sobra; gracias.
- PEREGRI. ; Ya lo creo!
- HIDALGO Como que hay para cubrir las orejas de un...
- TRINI Diga usted de un Paco Rodero, si va a decir burro.
- ANGELES ; Niña!... Federico, dále las gracias al

señor Hidalgo, que ha castigado una infamia que, sin duda, tú concluirás de reparar.

HIDALGO Ya está bien servido; no vale la pena...

FEDERICO (Estrechándole la mano.) Gracias... Nosotros no olvidaremos nunca... Hace usted honor a su apellido, señor Hidalgo, y, aunque soy padre, debo decirle que ha servido usted una causa justa.

HIDALGO Lo sé... No tiene que decírmelo... Los pueblos poco aireados como este, necesitan ciertas instituciones morales y son perezosos para cambiarlas. Hace falta, por ejemplo, un loco, que aquí es Pedro Lavale; hace falta un sabio, que es don Carlos el agrimensor, y hace falta una... familia como ustedes en quien desahogar la hiel y el rencor que dejan en cada casa esas dificultades domésticas, que nadie confiesa...

TRINI No sé qué tiene de particular el ser nietas de una bailarina. ¡Ni que estuviéramos en la Edad Media!

HIDALGO En la Edad Media no había bailarinas; pero es lo mismo.

ANGELES Ya ve usted cómo ellas se conducen.

FEDERICO Como te condujiste tú.

HIDALGO Eso no le importa a Valleclaro: que la causa sea injusta y hasta que haya desaparecido, no modifica nada. Por cosas razonables que haga Pedro Lavale, seguirá siendo el loco, y por sandeces que diga el agrimensor, será siempre el sabio. Es muy cómodo eso de no cambiar de ideas; y cuando la crueldad y la injusticia se reparten entre todo un pueblo, la responsabilidad se sobrelleva mejor...

TRINI Cuántas veces ni nos asomamos al balcón, teniendo ganas, para que no digan.

HIDALGO Hagan lo que hagan, tendrán siempre la hostilidad del pueblo... Por eso hubiera yo querido que el marquesito hu-

biese sido todo Valleclaro a la vez, para...

ANGELES Muchas gracias.

FEDERICO En este tiempo no abundan los Quijotes.

HIDALGO (Queriendo en vano bromear.) Precisamente soy también de la Mancha, y si tuviera algo de heroico lo que he hecho, que no lo tiene, mi entrada ridícula y mi ojo abollado me darían cierta semejanza con don Quijote. (Se ha puesto de pie.)

FEDERICO Quédese un rato.

HIDALGO No... Estoy azorado como un bobo... Yo no soy hombre de sociedad; cada uno es como es... Nos hemos de ver mucho, digo yo, y hemos de ser buenos amigos. Déjenme ahora ir.

FEDERICO Vamos, hombre.

ANGELES Déjalo, Federico. (A Hidalgo.) No hemos de ser buenos amigos: lo somos ya. Vuelva usted a vernos cuando quiera. Esta es su casa.

HIDALGO Gracias, señora. ¡Vaya si volveré! Háganme el favor de despedirme de Angelita.

TRINI Tome su sombrero.

HIDALGO Gracias.

FEDERICO Lo acompañaremos.

HIDALGO No se molesten.

ANGELES ¡No faltaba más! (Sale Hidalgo muy turbado y doña Angeles y don Federico lo conducen. Peregrina los sigue; pero antes de salir le dice a Trini, que queda en escena:)

PEREGRI. Este sí que me gusta a mí: ¡Este es un hombre! (En cuanto sale Peregrina, entra Angelita, trayendo el vaso de agua; Trini la acoge con hostilidad.)

ANGELITITA ¿Se ha ido?... La criada nueva no quiso traer el agua; dice que se va.

TRINI (Encogiéndose de hombros.) A rey muerto, rey puesto; enhorabuena, hija: comprenderás que viene por ti.

ANGELITITA No.

TRINI Y que este es de los que se casan.

ANGELITITA No sé por qué ha de venir por mí.
TRINI Como tenías novio, no iba a mirarte : se dan también hombres correctos... Lo que ha hecho sólo se hace estando enamorado.

ANGELITITA ¡ Trini !

TRINI No me consueles, tú no tienes la culpa.

ANGELITITA Es que...

TRINI ¡ Si me gusta sufrir, si me hace bien sufrir ! ¡ Así tendré valor para hacer, al cabo, lo que debía haber hecho ya !... ¡ Tiene razón el primo Soler !

ANGELITITA Calla.

(CESÁREA aparece en la puerta de la izquierda; viene con su traje de calle y trae un lío de ropa en la mano.)

CESÁREA Señoritas...

TRINI ¿Qué quiere usted?

CESÁREA Que me voy.

TRINI Váyase.

CESÁREA Yo... No es por nada, pero una tié que mirar por una, y ya ven ustés.

ANGELITITA El señorito le hará la cuenta ; váyase.

CESÁREA No es por ustés mismamente... Mi madre me dió antes de salir del pueblo unas medias tejías de su mano, con un letrero que dice que la honra es ante tóo.

TRINI ¡ ¡ Que se vaya usted ! !

ANGELITITA ¿No ha oído?

CESÁREA Yo, señoritas... (Sale torpemente por el fondo.)

TRINI ¡ Sólo nos faltaba esto !

ANGELITITA No te pongas así.

TRINI ¿Que no me ponga? A ti te es muy sencillo decirlo : tú te casarás, tú serás feliz, pero yo... (Con idea súbita, encarándose con el retrato de la abuela.) Yo seré bailarina como tú, abuela. ¡ Si no es buena tu herencia, al menos me dará provecho ! ¡ Ojalá pudiera sacarte del marco y resucitarte para echártela en cara, para !...

ANGELITITA ¡ Trini, por Dios !

(Frenética, Trini ha levantado su puño contra el retrato de la abuela como si quisiera golpearla. En este momento aparece en la puerta del fondo DOÑA ANGELES.)

ANGELES

TRINI

ANGELITA

¿Qué haces, Trini?

¿Yo?...

No... Es que estaba sucio de polvo el marco de la abuela y lo iba a limpiar.

(Doña Angeles comprende. Hay un momento lleno de dolor. Después las dos hijas van hacia su madre, se abrazan a ella y lloran confundiendo sus sollozos y murmurando: ;Mamá! ;Mamá!, mientras cae lentamente el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO

En el mismo gabinete que el acto anterior. Es media tarde, pero las cortinas del mirador están echadas y encendida la luz eléctrica. Al empezar el acto, TRINI concluye de cantar una copla flamenca, acompañándose ella misma con la guitarra. El MANITAS, profesor de baile y canto andaluz, aprueba doctoralmente, mientras SOLER, que ha ido receloso a escuchar a la puerta de la izquierda, vuelve ya tranquilo y jalea entusiasmado a su prima.

SOLER No viene nadie... Es que está uno un poco nervioso. De todos modos acaba la copla, que no noten hoy diferencia con los otros días. (Trini, que ha estado rasgueando en la guitarra, hace, al mismo tiempo que responde, un ademán de preocupación y nerviosismo.)

TRINI Sí.

MANITAS Mu bien la farseta ; a ver ahora la vó... Sentimiento, entrañas ; a ver.

TRINI (Cantando.)

Pa que pagues lo qu'has hecho,
t'has de ver como la Virgen
¡yeno e puñales er pecho !

MANITAS ¡ Pero que mu bien !

SOLER ¡ Ole, ole, ole !

MANITAS Vaya si está en punto la niña. Más moños va a quitar q'un convento.

TRINI Se me aguan los ojos al cantar.

MANITAS Eso es corasón.

TRINI ¡Pensar que voy a hacer lo que voy a hacer, que esta casa no voy a volver a verla más!

SOLER ¿Ahora sales con esas?... Arrepiéntete cuando está todo hecho.

TRINI Si no me arrepiento.

MANITAS Más dinero va a ganar usted qu' er Guerra, prenda.

SOLER Es lo que yo le digo : con esa voz...

MANITAS Y con ese parmito.

SOLER Y con su abolengo, porque ¿es que no es nada poner en el cartel : «La nieta de la Bella Española»?

TRINI Yo no quisiera ponerlo : si quedo bien, que sea por mí.

MANITAS ¿Qué dise usted? ¡Vaya si hay que poné el abuelengo en los carteles! Poné la Bella Española es como poné la Tortajada, como nombrá a Lagartijo si se trata de toros, como...

SOLER De lo que se trata es de no perder tiempo, que va a llegar Peregrina a darnos la hora como un bedel de Instituto.

MANITAS También he dao clase en un Instituto de belleza ; no vayáis a figurarse que uno es de esos improvisaos.

TRINI (Levantándose con prontitud nerviosa.) Bueno, está dispuesto todo, ¿no es eso?

SOLER Desde hace rato espera el automóvil de Pineda detrás de la iglesia del Carmen.

TRINI Allí me bautizaron.

MANITAS Pos allí mismo la casarán a usted con un príncipe o con un diputao, que tóo se lo merese ese cuerpo.

TRINI Allí se casará mi hermana con su archivero : lo que es yo...

SOLER Esta no es de las que se casan, Manitas : y no se casa por no estropear su arte, porque el arte es un sacerdocio... Partidos no la faltan, pero ella los da de limosna... Que lo diga su hermana si no.

TRINI No, eso...

SOLER La verdad en su punto. Tú dices que no, porque te caes de buena. (A El Manitas.) Pero todo el mundo sabe que el archivero venía por ésta, y que la otra, que es muy mansita, pero que no tiene el corazón de ésta...

TRINI Deja eso...

SOLER Y es la comidilla de Valleclaro, y no niegues que más de cuatro indirectas has oído en la calle, y que llevas ya metida más de un mes aquí, sin salir ni a misa, por no oírlas, y que el otro día las de Romeral pagaron a unos chicos para que vinieran a cantártelo bajo los balcones... Menos mal que ahora vas a tener libertad. En Madrid ya está todo listo para el debut. Si no puede ser la marcha esta noche, mañana temprano al ir a misa es seguro... Ya está el paquete de ropa que me diste en el auto. (Trini suspira.) No suspires así. Cada vez que te veo ponerte cursi, me da miedo de que vayas a hacernos una pifia.

TRINI Menudo escándalo.

MANITAS ¡Menúo éxito!

TRINI No, si estoy decidida, si no lo siento por mí ni por Valleclaró... ¡Poco gusto que me va a dar que vean mi nombre en los periódicos y negarle después el saludo a los pollos líquidos de aquí; pero lo siento por mamá y por papá, que ni siquiera sospechan! Escaparme así...

SOLER Eres mayor de edad.

TRINI Por eso hubiera sido mejor hablar claramente.

SOLER Para que te hubieran venido con lagrimitas y te hubieran cortado el porvenir. Además, no puede decirse que te escapas: te vas con dos hombres, que no es igual que irse con uno: te vas con tu profesor y con tu primo, casi con tu her-

mano. ¿No es así? Y te vas hacia la fortuna, hacia la gloria.

TRINI Y ese señor que me hace debutar y te presta el automóvil, ¿es un caballero? Tú sabes lo que hemos hablado.

SOLER ¿Cuántas veces te lo he de decir? Se trata de una persona correctísima; de otro modo...

MANITAS Carcule usted que ha sido menistro.

SOLER ¡Manitas!... Pineda es, chica, más que un caballero; es, a ver si te lo digo bien, un Mecenaz, un amigo del arte.

TRINI Me parece que oigo la voz de Peregrina. Fué a la estación a buscar un encargo de Hidalgo.

MANITAS Más le temo yo a esa criá que a un Miura.

SOLER Vaya a vigilar a la puerta.

MANITAS Pa mí que está una miaja escamá. (Sale por el fondo.)

SOLER Me parece que tu madre tiene también la mosca en la oreja. Hemos hecho bien en adelantar la cosa.

TRINI Pues lo que es Angelita... Si supiera que iba a perjudicarla...

SOLER ¡Qué has de perjudicarla, mujer! No se paró ella tanto en ver si te perjudicaba a ti. ¡Ese imbécil de archivero se casa, vaya si se casa! Como que me consta que ha pedido ya los papeles. (El Manitas vuelve despavorido.)

MANITAS ¡Er Miura que sube!

SOLER Aún tiene que llamar a la puerta.

TRINI No, que lleva el llavín.

SOLER A ver entonces: queda todo dicho, ¿no es eso?

TRINI Sí, sí.

SOLER Ya sabes: tú te escapaz en cuanto puedas, y tomas la calle de Jesús, que está solitaria... Es un automóvil color tabaco; como siempre hay turistas en el Carmen, y además aquello está obscuro, no choca y nadie te verá subir. Si a las siete no

has ido es que tenemos moros en la costa y que se deja para mañana temprano... Así, teniendo dos combinaciones, no ha de fallar. Si no vas, a las siete y media vengo yo aquí con pretexto de coger la guitarra... Mira : si tienes el alfiler puesto en el cuello es que ha pasado algo, y si no, que mañana por la mañana... De todos modos, si puede ser esta tarde, mejor.

TRINI Bueno.

SOLER ¿Irás sin miedo?

TRINI Sin miedo.

MANITAS Está usted mejor templá que mi guitarra. Así se hace.

SOLER (A Trini.) ¿Y eso, tú?

TRINI (Sacando un paquetito del seno.) Aquí están : van las dos sortijas y el relicario... Haz que podamos sacarlo después, que son recuerdos.

SOLER Descuida... Ya abre. (A El Manitas.) Haga usted como que acaba la lección, para disimular.

MANITAS (En tono natural para ser oído por Peregrina.) La derecha más arqueá : y la izquierda que pise los trastes limpiamente... Así... Verá usted como suena mejor.

(PEREGRINA ha asomado desde hace un momento por el fondo y entra al pronunciar El Manitas las últimas palabras. Su aire es el de un sabueso que olfatea algo oculto.)

PEREGRI. Santas y buenas... Y eso que aquí no parece de día... Ya se nota que no paga usted las cuentas de luz eléctrica, señor Soler.

SOLER Es que como las de enfrente no hacen más que mirar y reirse, convinimos tío Federico y yo...

MANITAS Viven ustedes en un pueblesito que ya, ya...

PEREGRI. Con no hacer na estaba tóo listo. (Apagando la luz y descorriendo las cortinas del mirador.)

A mí me gustan las cosas a la luz del sol.

SOLER También se echan las cortinas y se enciende cuando Angelita se sienta aquí a hablar con su novio, y entonces no dice usted nada.

TRINI ¡Eso de tener que esconderse hasta para respirar!...

PEREGRI. (Al ver las señas que hace El Manitas a Soler indicando la conveniencia de irse.) ¿Qué le pasa a usted? Parece usted un saltamontes con el mal de San Vito.

MANITAS No me pasa ná, señora mía.

PEREGRI. Señora de usted, no lo quia Dios.

SOLER (Con irónica amabilidad.) Siempre ofendiendo.

PEREGRI. (Dándole a Trini el paquete que trae.) También viene algo pa ti en este paquete, que es muy generoso el que va a ser tu cuñado... Un hombre de los que se ven pocos, señor Soler. (De nuevo a Trini.) Ven pa dentro, que lo abramos toas juntas.

SOLER Nosotros nos vamos. (A Trini.) No olvides eso y dale recuerdos a tío Federico.

TRINI Sí, sí.

MANITAS Güenas tardes.

SOLER (Con señal de inteligencia a Trini.) Hasta pasado mañana.

PEREGRI. Menos mal que hay un día de vacío entre ca lección: si no, iba yo a reventar.

SOLER Pero, ¿se puede saber qué tiene usted contra mí, señora? ¿No le he pagado yo religiosamente?

PEREGRI. Sin cobrar me hubiera quedao más a gusto, que hasta el dinero de usted me parece falso... Y ustedes son los que me tienen así a esta paloma tan cavilosa, que se me ha quedao hasta flaca... ¡Y aquí hay gallo tapao y yo haré que cante! (Trini, casi a punto de llorar, sale nerviosamente por la izquierda. Soler y El Manitas empiezan a batirse en retirada.)

SOLER Es usted quien la pone nerviosa.

PEREGRI. ¿Yo?... Como a hija la quiero; pero si

lo fuera mismamente, ya habrían terminado las maldecidas lecciones ; que pa mí que es la guitarra la que le da esa tristeza y ese no dormir y eso de reirse tan pronto a carcajás como estarse llora que te llora.

SOLER

Vámonos, que va a haber sermón.

PEREGRI.

Abusa de que el señorito Federico es así, que no sabe negarse a ná.

SOLER

Buenas tardes, señora.

MANITAS

Salú. (Soler y El Manitas salen por el fondo, dejando furiosa a Peregrina.)

PEREGRI.

¡Mal rayo que os parta, so gandules !...
¡Ay si me los encontrara yo de noche en una callecita obscura !... (Va hacia la izquierda cuando llega, por la misma puerta que ha salido Trini, ANGELITA.)

ANGELITA

¿Qué le pasa a Trini?

PEREGRI.

Esos, que nos la están volviendo loca.

ANGELITA

No sé lo que tiene conmigo ; parece que me huye. Desde ayer casi ni me habla.

PEREGRI.

Si me dejaran a mí...

ANGELITA

Conforme se acerca mi boda se pone más triste. Si, sí, salta a los ojos. ¿Crees tú, Peregrina, que hago mal en casarme? ¿Tú crees que Trini pueda echarme en cara alguna vez?...

PEREGRI.

¡Quita d'ahí, mujer !

ANGELITA

Tú sabes que al principio todos se figuraron que Antonio venía por ella.

PEREGRI.

Ciego había que estar ; del primer día que vino aquí yo bien que me supe por quién venía.

ANGELITA

De todos modos, Trini no está conmigo como antes : algo le pasa.

PEREGRI.

Y yo he de saberlo o me cambian el nombre. Y a la calle me voy, que la hija de mi madre tiene metía una idea en la cabeza y esa se ha de ver.

ANGELITA

Mira, toma esta carta y llévasela en seguida al señorito Antonio. (Al ver la extra-

ñeza de Peregrina.) No creas que es nada : es dándole las gracias por el regalo.

PEREGRI. Bueno. (Mirando hacia la izquierda.) Pa aquí viene Trini otra vez ; ni sosiego tié pa estarse tranquila en un sitio. Aprovéchate ahora pa hablarla.

ANGELITITA Sí : no dejes de llevar la carta en seguida.

(Peregrina se marcha por el fondo. Angelita finge arreglar algo sobre el costurero, y en seguida entra TRINI, que va cautelosamente hacia la puerta de salida ; cuando Angelita le habla, Trini tiene un sobresalto y vuelve contrariada al centro de la escena.)

¿No te ha gustado el corte de vestido? Lo han bordado unas monjas del pueblo de Antonio.

TRINI Sí, está bonito.

ANGELITITA Si no te gusta, te lo cambio por el mío ; a mí me da igual.

TRINI ¿No ha de gustarme? Puedes decirle a tu novio que se lo agradezco de veras.

ANGELITITA Has dicho «tu novio» de un modo...

TRINI No iba a decir el mío.

ANGELITITA Trini, óyeme ; sé franca : ¿tú qué tienes?

TRINI Nada ; ya ves, que me resigno con mi suerte. Tú tendrás tu marido sabio que escribe en latín, tendrás tu casa y tus hijos, mientras que yo... yo, por lo visto, debo pudrirme aquí y que me llamen señorita a los cincuenta años como a doña Julia Cortés.

ANGELITITA ¿Por qué me hablas así? ¿Por qué no hablas claro?

TRINI Más claro, agua.

ANGELITITA Me asustas ; quisiera descubrir lo que piensas ; ver dentro de ti como otras veces.

TRINI No verías más que desesperación. Bien sé que no me creeréis justa, pero cada una tiene su genio y debe tener su vida además. ¿Qué queréis? ¡ Que se sufra en

silencio, que se rabie y se muera en silencio!... Para eso sería mejor que me metiera monja de una vez. Mira, con esa tela del vestido que Antonio me regala podía hacerme la toca. (Cogiendo de sobre la mesa la tela que ha traído Angelita y envolviéndose la cara con expresión a la vez dolorosa y cruel.) ¡Sería Sor Trinidad, Sor Trinidad, ¡qué bien! ¡Trini, Trini!

ANGELITA

TRINI

Lláname Sor.

ANGELITA

Eres injusta conmigo. No sonrías así... Preferiría verte llorar. Estamos sufriendo las dos inútilmente. ¡Qué no daría yo por verte dichosa! Debemos ser lo que hemos sido siempre. Un solo egoísmo no puede borrar toda nuestra vida de pena y de cariño juntas. Oyeme.

TRINI

(Enternecida.) No me hagas caso, estoy nerviosa; ya me conoces. Cásate y sé feliz. Me alegro como nadie de tu suerte; tú lo sabes.

ANGELITA

Trini, escucha... vamos a hablar con el alma, como se habla una sola vez en la vida... Mírame a los ojos y responde: ¿tú estás enamorada de Antonio?

TRINI

¿Yo?... No.

ANGELITA

¿Tú has estado enamorada de Antonio?

TRINI

Tampoco; te lo juro.

ANGELITA

Pero te habías figurado que venía por ti, ¿verdad?

TRINI

Sí, eso sí. ¡Qué importa! ¡Me he llevado tantos chascos en la vida! Pero de este me alegro. Si sólo una de nosotras ha de casarse, ¿por qué no has de ser tú? (Mirando al retrato de la abuela.) Yo creo en el destino de las personas.

ANGELITA

Quiero proponerte una cosa; para eso sólo quería hablarte. ¿No hemos vivido sin separarnos un solo día? En el colegio recibimos juntas los primeros insultos; luego, juntas también, cuando nos hicimos mujeres, hemos soportado las bur-

las, las desilusiones... hemos llorado juntas por lo mismo. Nosotras no somos dos hermanas cualquiera, Trini; somos dos hermanas gemelas por la desgracia.

TRINI ¡Oh, Angelita!

ANGELITA Oyeme sin emocionarte... Si nos ponemos así, no podré decírtelo. Yo acabo de hacer por ti, lo que tú hubieras hecho por mí... ¡Perdóname no haberlo hecho antes!... Acabo de escribirle a Antonio devolviéndole su palabra.

TRINI ¡Ah!...

ANGELITA Ya estamos iguales otra vez.

TRINI No, no; eso no debe ser. En esta casa siempre están dispuestos a sacrificarse y por eso no hemos sido nosotras felices. Desde chicas nos decían que evitáramos, que huyéramos cuando se metían con nosotras. ¡Quizás si entonces hubiéramos arrancado algunas trenzas!... Yo odio el sacrificio, me gusta luchar, ser fuerte... ¿Por qué habías tú de renunciar a Antonio? Ya te he dicho que nunca he estado enamorada de él, mientras que tú le quieres: es el hombre hecho para ti.

ANGELITA Si no lo quisiera no habría sacrificio. Inventaré un pretexto y nadie sabrá nunca por qué se deshace mi boda, ni siquiera mamá. Será un secreto entre tú y yo... Dime que sí.

TRINI (Abrazándola.) ¡Qué buena eres!... Ese sacrificio sería darle gusto a Valleclaro, a nuestro enemigo... No; júrame que, pase lo que pase, te casarás... Tú has encontrado, como mamá, un hombre de corazón que te haga dichosa. Déjate de escrúpulos y sé feliz.

ANGELITA ¿Por qué ha de pagar una sola la culpa ajena?

TRINI Yo seré también dichosa, o intentaré serlo... de otro modo. Hay más mundo que

Valleclaro... ¡Si hubiéramos podido dejarlo para siempre juntas !...

ANGELITA Y así debe ser : que sigamos yendo por la vida como siempre, sosteniéndonos la una a la otra.

TRINI (Rebelándose.) ¿Como dos enfermas? ¿Como dos inválidas? No, no, Angelita. Debemos luchar juntas o separadas, pero luchar ; es estúpido eso de creer que somos dos víctimas : somos dos mujeres, y hay que luchar, hay que vencer. Yo lo tengo resuelto.

ANGELITA Me das miedo, Trini ; te han brillado los ojos de un modo... Dime que no vas a hacer nada grave.

TRINI No ; nada, nada.

ANGELITA ¿De veras?

TRINI De veras... Es que me exalto, que... (Con brusca transición.) Es precioso el vestido : mañana lo cortaremos si quieres. Voy a dentro.

ANGELITA Dime antes que no volverás a estar seria conmigo. ¡Si vieras los días que he pasado !... Tú no sabeś lo que te quiero.

TRINI Tonta... A que te doy un beso como cuando éramos chicas, ¿te acuerdas?

ANGELITA Sí, en el colegio, como no teníamos con quién jugar, jugábamos a que no éramos hermanas, sino amigas que nos queríamos mucho, y al separarnos para irnos cada una a nuestra clase nos dábamos un beso muy largo, como si nos fuéramos a separar de veras.

TRINI Un beso así... así. (Las dos hermanas se abrazan conmovidas. Es un beso aún más largo que aquellos de cuando eran niñas, henchido de amargura, porque Trini pone en él toda su certidumbre y Angelita una ternura que, sin que ella se dé cuenta, está sobresaltada por el presentimiento ; es un verdadero beso de adiós... De pronto se oye ruido de alguien que llega y las dos caras se separan, queriendo, en vano, ocultar

las huellas de la turbación. En la puerta del fondo acaba de aparecer ANTONIO HIDALGO.)

HIDALGO He leído tu carta, y no me explico...
¿También tú con crisis de nervios? Ven-
go corriendo. Peregrina me dió la llave.
TRINI No le haga caso, Antonio, y rompa esa
carta.

HIDALGO (Sonriente a Angelita.) ¿La rompo?
ANGELITA No, sí... es decir... Desgraciadamente
tengo que sostener algo de lo que te he
escrito en ella: por lo menos nuestra bo-
da tiene que retrasarse. Hemos de ha-
blar y...

HIDALGO No es posible; yo no puedo tomar eso
en serio.

TRINI Si usted la quiere, debe adelantar la bo-
da en vez de retrasarla. Esté seguro de
que ella ha de hacerlo feliz, de que lo
adora...

HIDALGO (A Angelita.) Tú has llorado, ¿verdad?...
Háblame; no es posible que te complaz-
cas en tenerme intranquilo... Anda... ¿Qué
ha pasado, Trini? (Mientras Hidalgo avanza
hasta el primer término, y se inclina hacia su novia
para hacerla hablar, Trini, lentamente, cautelosa y
resuelta, ha salido por la puerta del fondo. Cuando
Hidalgo se vuelve para preguntarle, no está ya en
escena.) ¿Ves, ves? Nos deja solos para
que me aclares esas cosas terribles que
te pasan. Vamos a ver: ánimo, Angeli-
ta; ha llegado la hora tremenda de las ex-
plicaciones.

ANGELITA No lo tomes a risa.

HIDALGO Pero, ¿qué te pasa?

ANGELITA Que soy la mujer más desgraciada del
mundo.

HIDALGO ¿Nada menos? Las mujeres sois vanido-
sillas hasta en eso: tenéis que ser las más
felices o las más desgraciadas del mun-
do... ¡Y precisamente hoy, que traía yo

tan buenas noticias ! Vamos, respóndeme : ¿es que ya no me quieres?

ANGELITA Tú sabes que Trini ha dicho la verdad : te quiero, te quiero muchísimo.

HIDALGO Trini ha dicho que me adorabas, que es algo más... (Al verla sonreír.) Y adorándome tú, riéte de los anónimos de Vallecclaro. Como no secuestren al novio o a la novia, habrá boda, y la habrá en octubre.

ANGELITA No es eso, oye.

HIDALGO Porque yo no creo que, de aquí a allá, vayan a matarme de un mal golpe : soy precavido, y hace casi tres meses que no me pego con nadie.

ANGELITA ¿Por qué bromeas?

HIDALGO Si hablo en serio, mujer, si soy el hombre más serio del mundo, como dirías tú... Además ; tu archivero no habla sin textos : aquí tienes la prueba. (Saca un cuadernito del bolsillo.)

ANGELITA ¿Qué es?

HIDALGO Nada menos que la historia de nuestros amores, contada por efemérides. La estaba escribiendo para que nos riéramos después de la boda ; pero en vista de que dudas... Verás, verás : «Veinte de abril. Se rompen las hostilidades : duelo a puñetazos con el marquesito ; yo un ojo a la moda y él... ya sabes. Dos de mayo. Batalla campal en la alameda : el marquesito Baraona y tres limpiabotas alquilados contra mí ; me cubro de gloria y de chinchones ; los hago huir y tengo un dos de mayo para mí solo».

ANGELITA ¡Qué loco eres !

HIDALGO Y sigue la lista hasta veinte hechos de armas : bastonazos, actas y el duelo con Rodríguez en el camino viejo... ¡Y que después de conquistar nuestra felicidad a fuerza de puños y de corazón, me resultes la mujer más desgraciada de todo el sistema planetario !

ANGELITA Eres muy bueno, Antonio, y yo creo que no te enfadarás cuando te diga la causa de mi carta; cuando sepas...

HIDALGO Acabá...

ANGELITA Es por Trini... ¿Tú no comprendes?... Yo no quiero, no puedo casarme dejando a mi hermana desamparada. Había entre nosotras uno de esos pactos sin palabras y yo lo he olvidado, he sido egoísta.

HIDALGO Vamos, no te pongas así.

ANGELITA Casarme, sería por mi parte una traición, sí. Yo comprendo que eso te enfada, pero...

HIDALGO Si no me enfado: casi al contrario, mujer. Yo sabía que eras muy buena, y ahora la idea de ese sacrificio te enaltece aún más a mis ojos. Casi estoy por enternecerme... Está bien, muy bien.

ANGELITA Figúrate mi dolor: ¡retrasar nuestra boda hasta Dios sabe cuándo!

HIDALGO Pero está muy bien... en teoría. Hay que ver antes adónde conduce el sacrificio y si puede evitarse. Seguramente hay más de un medio: déjame pensar. (Angelita sigue con el alma en la mirada los gestos de Antonio.) Tú me dirás si me equivoco; a ver, vamos por orden: Trini no es envidiosa, y, además, no nos hagamos ilusiones: ¿soy yo un tipo envidiable?

ANGELITA ¡Antonio!

HIDALGO Luego no es por ahí. Lo que tiene Trini es que está amargada, que cree que no se casará y que tendrá que pasar su vida en Valleclaro, es decir, en Chismópolis, en Envidiópolis, en Pequeñópolis... Ergo yo, que te quiero a ti con toda el alma y que soy una persona decente, debo impedir que esta ciudad roñosa y cominera descarrie la vida de Trini, que puede ser madre admirable: *mater admirabilis*.

ANGELITA ¡Oh, Antonio!

HIDALGO No dirás que no hablo como un libro.

ANGELITITA No ; si es que...
HIDALGO Entonces, vaya si habrá boda. Verás, verás tú si yo soy capaz de conseguir de don Federico lo que ninguno ha conseguido ; él mismo me dijo, el primer día que vine a esta casa, que yo tenía algo de don Quijote... ¡ Con lo que va a gustarme a mí figurarme que no sólo me he casado contigo, sino que me he casado con vuestra casa, con vuestra causa... contra Valleclaro ! (Yendo a la puerta de la izquierda.) ¡ Trini ! ¡ Trini !

ANGELITITA Oye antes ; ¿ qué vas a decirle ?
HIDALGO Ya verás... Lo que ella teme es no encontrar nunca quien le tienda una mano para salir de aquí : yo voy a ofrecerle las dos mías, que valen más que las de El Manitas y las de tu primo Soler, que son sus consejeros. (Llamando de nuevo.) ¡ Trini ! ¡ Trini ! (DOÑA ANGELES acude por la puerta de la izquierda ; antes de que aparezca, se oye su voz :)

ANGELES ¿ Qué hay, Angelita ?

ANGELITITA No es a ti, mamá : era a Trini.

ANGELES ¿ Cómo a Trini ? (Ya en escena.) Buenas tardes, Antonio.

HIDALGO Muy buenas. He venido sólo un minuto ; no me ríñan.

ANGELES ¿ No estaba Trini aquí contigo, con ustedes ?

HIDALGO Sí, hace un momento ; me parece que entró.

ANGELES Pues estará en su alcoba. (A Angelita.) Llámala.

ANGELITITA Voy, sí... ¡ Dios mío ! (Sale muy turbada por la izquierda.)

ANGELES Es que está estos días un poco malucha, y se habrá echado a descansar un rato ; cosas de chicas... Pero, siéntese.

HIDALGO Estoy muy bien.

- ÁNGELES Federico acaba de levantarse de la siesta, y va a marcharse a su tresillo.
- HIDALGO Eso de hacer siempre la misma vida...
- ÁNGELES El dice que la vida es una noria. Yo creo que lo peor que pueda pasarle a un hombre es tener una rentecita que lo libre del todo de la miseria. Cuando no se tiene nada, el hombre hace más. ¿No le parece a usted? (ANGELITITA vuelve muy azorada.)
- ANGELITITA ¡Mamá, mamá!
- ÁNGELES ¿Qué hay? ¿Por qué vienes así?... Habla, por Dios.
- ANGELITITA Que Trini no está en su habitación.
- ÁNGELES ¿Qué dices?... No puede ser. Estará en otra parte.
- HIDALGO ¡Calmate... ¿Estás segura?
- ANGELITITA La he buscado por el comedor, por el gabinete, por todos los rincones, y no está... no está.
- ÁNGELES ¿Que no está?
- ANGELITITA Ni en el cuarto de papá tampoco.
- ÁNGELES No me asustes... Sin duda no has mirado bien. A lo mejor estará por este lado. (Yendo, ya emocionada, a la puerta de la derecha, por donde sale.) ¡Trini! ¡Trini!... Vámonos, no hagas la gracia de esconderte... ¡Trini!...
- ANGELITITA ¡Ay, Antonio; se ha ido, se ha ido!
- HIDALGO Espera, no te pongas así.
- ANGELITITA Si yo debí comprenderlo... ¡No me lo perdonaré nunca!... Ahora lo veo claro como el agua. ¡Me dijo unas cosas!...
- ÁNGELES (Entrando de nuevo.) Tampoco está.
- ANGELITITA ¿Lo ves? Ese maldito profesor y el primo Soler nos la han robado.
- ÁNGELES ¡Mi pobre hija!
- ANGELITITA ¡Le habrán metido en la cabeza lo de ser artista!
- ÁNGELES Mi pobre hija... ¡La más desgraciada!
- ANGELITITA Calla, no grites; que no te oiga papá.
- ÁNGELES ¡Quién iba a pensar!

HIDALGO Tranquillícese usted ; no se saca nada con desesperarse.

ANGELES ¿Y quién se lo dice ahora a tu padre?
¡Qué escándalo, Dios mío!

ANGELITITA ¡Ya tiene Valleclaro lo que quería!

ANGELES Si antes nos han hecho sufrir sin motivo,
¿qué será ahora?

HIDALGO ¿Y qué les importa a ustedes la opinión de este pueblo? Es tal el terror que le tienen, que, en lugar de preocuparse por la suerte de Trini, la idea de lo que el pueblo piense puede más y les sube antes a la boca.

ANGELES Tiene razón... ¡Mi pobre hija!

HIDALGO Yo no temo por ella, ya ve usted, pero aún temo menos por lo que diga el pueblo. Trini sabrá guardarse... y nosotros debemos saber guardarnos también. ¿Qué le deben ustedes a Valleclaro para temerle tanto? Lo que hay que resolver ahora es nuestro y no de Valleclaro. Que escandalicen, que digan lo que quieran.

(Ha sonado el timbre de la puerta y una momentánea luz de esperanza brilla en todas las caras. Antonio sale a abrir. Doña Angeles y Angelita quedan sollozando.)

ANGELITITA ¿Será ella?... ¡Que Dios haga el milagro!

ANGELES No me lo hará... Sería demasiada dicha para mí. Hasta tengo miedo de mirar por si no es...

ANGELITITA Calla.

ANGELES ¡Mi pobre hija!... ¡Mi pobre hija!

(Por el fondo entran HIDALGO y PEREGRINA

ANGELITITA (Ansiosa.) ¿Qué?

HIDALGO (A doña Angeles.) Vaya, cálmese usted... Ya vé como si le ha hecho el milagro Dios.

ANGELES ¿Dónde está?

ANGELITITA ¿Está ahí?

PEREGRI. No se ponga así... Aquí está... Pero no

me la ha de reñir... Yo se lo he prometido.

ANGELITITA ¡Trini! ¡Trini!...

ANGELES ¡Hija! (Sin querer oír más, doña Angeles y Angelita salen por el fondo. Se oye la efusión de sus voces y de su llanto al abrazar a Trini.)

PEREGRI. ¡Si a usted y a mí nos hubieran dejao tirar a esos granujas a la calle!...

HIDALGO ¡Las pobres!

PEREGRI. Vamos, vengan.

(Entran TRINI, ANGELITITA y DOÑA ANGELES; vienen casi abrazadas. La dicha de haberla recobrado no deja casi lugar a los reproches.)

TRINI ¡Ay mamá, mamá!

ANGELES Nunca lo hubiera creído de ti.

ANGELITITA No la angusties más. (A Trini.) Cálmate.

PEREGRI. Que no vaya a oírlas el señor.

TRINI Yo no me iba para nada malo, sino para vivir de mi trabajo, para salir de aquí... En todas partes se puede ser digna.

ANGELES ¡Tú no conoces el mundo!

PEREGRI. Han sido esos que nos la llenaron la cabeza de maldá.

TRINI ¿Habéis leído mi carta?... ¡Y pensar que si mi Peregrina no me coge, ahora estaríamos lejos, muy lejos!... ¡Lo que os he hecho sufrir!

ANGELITITA ¡Trini!...

ANGELES Hija... ¡Me parece mentira volverte a tener!

PEREGRI. Vamos, ha sido como un mal sueño.

HIDALGO ¿Usted dónde la encontró? ¿Cómo fué?

PEREGRI. Yo andaba escamé desde hace tiempo y me pasaba los días vigilando y hasta tenía pagao a uno de la estación: Perico, el que corta los billetes. Pero ha sido casualía pura, porque los endinos tenían preparao un automóvil pa llevársela.

ANGELES ¡Hija de mi vida!

PEREGRI. Yo me venía pa acá, cuando al revolver del Carmen me la veo que iba pa el

atrio... El corazón me dió un vuelco en salva sea la parte, y me fuí a ella, la cojí del brazo y... En seguida se me echó a llorar la paloma y me lo contó too... ¡Nos la habían embobao! ¡Lo que siento es que nos vieron abrazás como unas Madalenas, y que ya se sabrá en too el pueblo!

TRINI ¡Qué va a decir papá!

HIDALGO Lo que debíamos hacer es lo mismo que pensaba, Trini, pero todos juntos.

PEREGRI. ¿Que nos vamos a meter too al teatro?

HIDALGO Irnos a Madrid en todo caso, sí... y si ella quiere ser allí bailarina, que lo sea. Ser bailarina o coupletista no es ya deshonroso más que en Valleclaro; ya no hay género chico ni ínfimo; los intérpretes crean los géneros cuando tienen talento... Pero hay que entrar por la puerta principal, Trini, y no por la escalera del servicio, exponiéndose a ser confundida... Lo dicho: hay que irnos todos a Madrid... (Ante el gesto de extrañeza de Peregrina.) A no ser que usted quiera quedarse aquí con el primo Soler.

PEREGRI. ¡Pa el infierno iba yo con tal de no verlo!... (Señalando a Trini.) Mie usted como se le alegra la cara... ¡Ríete de una vez, tonta!

ANGELITITA ¡Irse a Madrid!

ANGELES ¡Si tu padre supiera!...

TRINI Con tal de que lo lográramos, soy capaz yo misma de decirselo...

ANGELITITA Habrá que oír dónde pone el grito.

HIDALGO Lo pondrá en Madrid, que es donde hace falta... ¿No pensábamos irnos cuando nos casáramos?... Pues nos vamos en seguida. Allí tengo trabajo, y si tu padre no quiere aburrirse, también; ahora ni le queda ese pretexto. Una vez me dijo que si encontrara...

ANGELES El lo dice, pero...

TRINI A papá no hay quien lo arranque de su

tertulia... que son los padres de los mismos que nos insultan a diario.

ANGELES ¡Ese tresillo!

PEREGRI. ¡A tó el que cogiera una baraja en la mano y no fuera pa jugar a la brisca, lo mandaba yo afusilar!

HIDALGO ¿Pero les parece a ustedes serio eso de hacer del tresillo de don Federico una muralla de la China? Hay que saltar sobre esa muralla. Hoy yo mando aquí; mamá, perdóneme... Y mando, porque soy el único que no está asustado por Valleclaro... Ahora mismo entra usted y le cuenta a don Federico lo que pasa y lo que yo he dicho... y le recuerda su promesa.

ANGELITA Eso es, mamá.

TRINI Cuéntale todo... Dile que desde hace tres meses me estaban embaucando, que ya estaba arreglado el debut. Dile que si viene aquí y no está para decirme al mismo tiempo que me riñe, que nos vamos a Madrid, soy capaz de tomar sublimado.

PEREGRI. Y yo rejalgar.

HIDALGO Vaya usted.

ANGELITA Aprovecha el entusiasmo, si no...

ANGELES Voy... Un hombre tan bueno, tan dulce, y... ya ven... Casi no me atrevo.

HIDALGO ¿Quiere que vaya yo?

ANGELES (Con visible esfuerzo.) No... Entrad en seguida si llamo. (Sale por la izquierda.)

TRINI Mamá no lo convence.

ANGELITA Es que es muy fuerte lo que va a decirle. (Se oye un timbre.)

PEREGRI. ¡Anda Dios!

ANGELITA Sí que es oportunidad.

HIDALGO ¿Quién será? Hay que decir que no está nadie.

TRINI ¿Qué hora es? Si son ya las siete y media, debe de ser el primo Soler, que me dijo que vendría.

PEREGRI. ¡Ese va a saber hoy quién es Peregrina!
TRINI. Habíamos quedado en que si no podía ser hoy, yo me pondría este prendedor en el cuello para que él supiera que entonces iría mañana a la hora de misa.

PEREGRI. ¡Qué tío!

HIDALGO. Pues póngelo, anda.

ANGELITITA. No lo creo capaz de atreverse a venir.

HIDALGO. Ese es capaz de todo.

PEREGRI. Usted lo conoce. (Vuelve a sonar el timbre. Peregrina avanza con ademán airado hasta la puerta del fondo, pero Hidalgo la detiene.)

HIDALGO. Quieta... Si es Soler me lo deja usted a mí... Y vosotras, ni una palabra. Ve a abrir, Angelita. (Angelita sale por el fondo.)

PEREGRI. Es que yo no me voy de aquí sin cobrarle en palos tóo lo que me ha hecho renegar.

TRINI. El es.

HIDALGO. (Al ver el gesto belicoso de Peregrina.) Vaya usted para adentro a ayudar de convencer a don Federico... Hoy no se trata de pelear, sino de reir... y si hace falta echarlos escaleras abajo, yo me basto... Ande. (Hidalgo ha ido empujando hacia la puerta de la izquierda a Peregrina, y al volver encuentra ya a ANGELITITA y a SOLER, que acaban de entrar por el fondo.)

TRINI. ¡Hola!

HIDALGO. (Muy obsesivo.) ¡Adelante, primo Soler!

SOLER. Buenas tardes.

HIDALGO. Dale una silla al querido primo, Angelita.

SOLER. (Desconcertado.) Vengo únicamente por la guitarra que nos dejamos olvidada, y me voy en seguida.

HIDALGO. ¿Conque viene usted por esa joya que creo que ha costado más que un automóvil? Me han dicho que su amigo la heredó de Tárrega.

SOLER Es la compañera de su vida, supóngase... No se separa nunca de él.

HIDALGO ¡Pobre guitarra! Ya debe de oler algo a aguardiente. (Angelita y Trini no pueden contener la risa. Soler, desde el principio de la escena, trata en vano de leer en el semblante de Trini, y le mira el cuello, donde aparece el alfiler.)

SOLER Pero ¿de qué te ríes?... (Al ver reirse también a Angelita.) ¿De qué os reís? Yo no creo que el señor Hidalgo haya tenido intención de hacernos reir.

HIDALGO Es usted muy sagaz, querido primo.

SOLER Así, qué esas risas...

HIDALGO No hagáis moralizar al primo Soler, vaya ...

SOLER Es que si seguís riendo, me consideraré ofendido.

HIDALGO ¡Quién habla de ofensas!... Si alguien le ofendiera, no serían en todo caso ellas que se ríen, sino yo, que por lo visto soy muy gracioso y las hago reir.

SOLER Usted sabe que yo soy un caballero, y que los caballeros cuando se les provoca...

HIDALGO ¡Vamos, hombre!... Déjese usted hoy de bromas y de desafíos. ¡Tendría gracia ver a dos parientes tan cercanos como nosotros, yendo a buscar padrinos para desafiarse!... Y que yo, como no soy amigo aquí de nadie, tendría que echar mano de El Manitas y de cualquier chofer de automóvil para que me apadrinaran. (Nuevas risas de Angelita y Trini.) ¡Haced el favor de no reiros, que va a ofenderse!

SOLER Yo sabré cómo he de resolver esto: no es aquí el sitio más a propósito. (A Trini.) Haz el favor de la guitarra, tú.

HIDALGO Se la dará Angelita... Trini acaba de hacerse sangre en una mano al ir a prenderse en el cuello el alfiler. (Nuevas risas.)

SOLER Reíos, reíos... Cuando lo sepa tío Federico, él dirá si esto es modo de tratar a

un pariente. «A los tuyos con razón y sin ella», dice el refrán; y vosotras, en vez de eso, hacéis causa común con un extraño.

ANGELITITA (Indignada.) Antonio no es aquí un extraño, y si te permites andarle con desafíos o con amenazas, soy yo misma quien te va a echar a empujones.

HIDALGO Gracias por la defensa, nena; pero no hace falta. El primo Soler tiene razón... ¿Qué va a decir don Federico cuando sepa todo lo que ha pasado? Aquí viene precisamente... Cuénteselo usted todo, sin omitir nada, querido primo.

SOLER Es que tengo un amigo abajo y...

HIDALGO ¡No importa, hombre... cuénteselo! Ya está aquí. (Soler sale precipitadamente e Hidalgo se asoma a la puerta del fondo para decirle aun:) No, hombre... espérelo... espérelo. (Angelita y Trini ríen a carcajadas. De pronto aparece en la puerta DON FEDERICO y las risas cesan. Viene pálido, trémulo, y al principio habla con esa serenidad sombría que a veces precede a las grandes crisis del alma. Detrás de él, llorando, vienen DOÑA ANGELES y PEREGRINA.)

FEDERICO Silencio... No es hora de llorar... (A Trini.) Acabo de saber por esta carta tuya y por lo que me ha dicho tu madre, que has querido marcharte de casa... Está bien. Sin duda nuestros desvelos y nuestro cariño no son bastantes para ti. Gracias, hija.

PEREGRINI. No le hable así, señor.

TRINI ¡Perdón, papá!

ANGELES (Suplicante.) Federico...

PEREGRINI. Ha sido el primo del señorito, que es un descastao...

FEDERICO Yo encontraré a ese Judas. Puedo ser distraído y tardar en darme cuenta de las cosas, pero sé también vengar las ofensas, querido Antonio... Si aquella vez me

hice el desentendido con el marquesito, fué atendiendo a ruegos de todos ; pero ahora...

ANGELES ; Por Dios, Federico !

FEDERICO (A Trini.) Toma tu carta... Te la devuelvo para que un día no tengas que avergonzarte de ella...

TRINI Nada malo digo en ella, pueden leerla todos. (Angelita coge la carta y lee; doña Angeles lee también por encima de sus hombros; las dos están emocionadas.)

FEDERICO Puedes ser bailarina, como dices ; eres mayor de edad, y según la ley, ya que no según el corazón, no me debes cuentas.

ANGELITITA ; Papá !... No hay más que ver su carta para sentir lo que nos quiere a todos... A todos nos pide perdón... Hasta a mí, y a Antonio y a Peregrina.

PEREGRI. A ver, a ver dónde me nombra.

FEDERICO No sería mucho su cariño cuando nos dejaba.

HIDALGO No siga usted, porque va a contagiarse de la severidad injusta de su pueblo... ¿Me permite que le hable como si fuera ya el marido de Angelita?

ANGELES Sí, sí.

HIDALGO Su razón para reñir a Trini es relativa. No todo el mundo se resigna a ver malograrse la idea que se formó de su propia vida, por el patrón de la vida que le imponen los otros. Trini no se dejaba llevar : es que quería irse... Y puesto que me ha autorizado a ser franco, le diré que tenía razón.

FEDERICO No faltaba más.

ANGELITITA ; Antonio !

HIDALGO Ese Judas, como usted dice, debe de ser para esta casa lo que fué el otro para el mundo y debe redimirla de una vez. Hay que irse, hay que aprovechar un solo escándalo y subir sobre él en lugar de dejar que nos aplaste. Si por temor al mo-

mentáneo desorden, o por no romper hábitos de largo tiempo, impone a su casa los sufrimientos de este nuevo escándalo—porque Soler ha de sembrar calumnias que caerán en terreno abonado;— si sigue aceptando ese trato, en apariencia afectuoso, conquie a usted lo toleran, y que es por contraste una nueva ofensa a la familia, nosotros, sus hijos, podremos un día pensar que ha sido cobarde o egoísta. Hay que irse. Es absurdo creer que sólo en un sitio se puede vivir; hay que irse en seguida.

ANGELES Sí, sí.

FEDERICO No se desorganiza una vida así como así.

TRINI Esto no es una vida, papá.

ANGELITA Tú le habías ofrecido que si encontrabas algo que hacer fuera...

ANGELES Piénsalo bien.

FEDERICO Parece que soy yo el culpable... Hasta Trini me habla como yo debo hablarle a ella... ¡Sólo faltaba que dudarais de mi cariño!...

HIDALGO Pues aceptar es la mejor prueba... Nos crearemos en Madrid una vida de calma, una vida bien nuestra... Y si Trini quiere ser bailarina, que lo sea. ¿Por qué no? ¡Cuántos antepasados de nobles fueron matarifes o piratas! Es cuestión de siglo. Todo se mejora y se dignifica, y lo único indigno es resignarse a pagar culpas problemáticas... ¿Qué sabemos si esa señora fué culpable? (Señalando al retrato.) ¿Vivimos con ella? ¿Conocimos las razones de su corazón?... ¡Ea, a Madrid!... Allí también podrá usted jugar al tresillo, no crea.

FEDERICO Pero eso será darles la razón, ser más cobardes... ¡Yo también sé pegar y batirme, y estoy dispuesto...!

HIDALGO Pegarse y batirse... ¡Bah!... Yo tengo de eso una triste experiencia; no podrá

usted en un año, hacer y soportar los chichones que yo en cuatro meses; pero se cansa uno...

ANGELITA ¡Eso no es vivir!

HIDALGO Para que vea usted: esta mañana estaba yo tan contento con las noticias de Madrid, que no me podía estar quieto en casa, y me puse a ensayar unas carambolas en el Casino... En seguida se formó el consabido grupito y empezaron las indirectas. Yo pensaba: «¡Que no me estropeen el día, que me dejen terminar mis cincuenta en paz!»... Y no fué posible: a las cuarenta y cuatro, una de las cuchufletas fué demasiado fuerte... y tuve que hacer carambola en la cabeza de uno del grupo.

FEDERICO ¡Es mucho Valleclaro!

ANGELES ¡Al fin lo comprendes!

ANGELITA ¡No hay quién pueda con un pueblo entero!

PEREGRI. ¡Una bomba en cá casa había que tirar!

TRINI ¡Sí; hay que huir, huir!

HIDALGO Huir, no. Se huye de uno en uno; pero cuando se lleva el calor del hogar y la aspiración de una vida mejor, no se huye: es como si se trasplantara la casa... Hay que buscar otro clima moral, ni más ni menos que las golondrinas buscan el calor... No huimos, don Federico, volamos.

FEDERICO Tiene razón.

ANGELITA ¡Papá!

PEREGRI. Qué, ¿nos vamos o no?

FEDERICO (Con violencia.) ¡Nos vamos!

ANGELES ¡Gracias, Federico!

ANGELITA ¡Papá, papá!

TRINI ¡A Madrid!

PEREGRI. Sí. (Subiéndose en el sofá y descolgando el retrato de la abuela.) ¡Y la primera que viene con nosotros es la señora! (Hay risas y lágrimas. el telón cae rápidamente.)

FIN DE LA COMEDIA

Emilio G. del Castillo y Pablo Luna

No 163

Sybill

Opereta vienesa en tres actos



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916



SYBILL

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

SYBILL

OPERETA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

MAX BRODY y FRANZ MARTOS

MÚSICA DE

VICTOR JACOBI

Adaptación al castellano de

EMILIO G. DEL CASTILLO Y PABLO LUNA

Estrenada en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid,
el 23 de Junio de 1915



BARCELONA
BIBLIOTECA « TEATRO MUNDIAL »

15, Barbará, 15

1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
	ZARZUELA	ESLAVA
SYBILL	Sra. La Hera.	Sra. La Hera.
ARCHIDUQUESA ANNA		
PAULOWNA	Srta. Arrieta.	Srta. Saavedra.
SARAH	» Haro.	» Haro.
OFICIAL 1. ^o	» Saavedra (T.)	» Saavedra (T.)
POIRE	Sr. Peña.	Sr. Peña.
EL ARCHIDUQUE		
CONSTANTINO	» Parera.	» Parera.
PETROW	» Gandía.	» Gandía.
GOBERNADOR	» Lorente.	» Lorente.
MAITRE D'HOTEL.	» Morales.	» Solá.
PORTERO	» Suárez.	» Suárez.
OFICIAL POSTILLÓN	» Galerón.	» Rodríguez.
OFICIAL DE COSACOS	» Castañeda.	» Gómez.
AYUDANTE 1. ^o	» Olaria.	» Espada.
IDEM 2. ^o	» Moreno.	» Lorente (E.)
UN MUJIK (Cochero)	» Vallejo.	» Vallejo.
UN BOTONES	» Loygorri.	» Menéndez.
TIOFF (Cosaco)	» Olaria.	» Espada.
SOBINOFF (Idem)	» Moreno.	» Lorente (E.)
LACAYO 1. ^o	» Pérez.	» Hernández.
IDEM 2. ^o	» García.	» López.

Funcionarios civiles de uniforme, militares, cuerpo diplomático, generales, damas, invitados, viajeros, viajeros, criados, botones, camareras, cosacos, aldeanos rusos, curiosos.

La acción en una población imaginaria de Rusia. — Epoca actual.

Las indicaciones del lado del actor.

Zarzuela. — Sastreía de la casa Vila, Poz, 21, duplicado.

Eslava. — Sastreía de Peris hermanos, Madrid.

En el Teatro de la Zarzuela se estrenó la obra con decorado nuevo del señor Martínez Mollá, Calvo Asencio, 5.

En el Teatro de Eslava se hizo el estreno con tres decoraciones nuevas del señor Martínez Garí, Salas, 5.

Ambos decorados fueron de gran efecto.



ACTO PRIMERO

Decoración: Elegantisimo «Hall» de entrada de un hotel de primer orden, en una pequeña capital de Rusia. A la derecha portería, a los lados de cuya puerta habrá instalados bien visibles en la pared, un teléfono y un timbre; éste, que se ha de ver muy bien, irá colocado sobre una placa de regular tamaño con los colores nacionales rusos. A la izquierda, amplia escalera que da acceso a los pisos superiores, y junto a ella, en lo que figura ser el hueco de la misma, ascensor que ha de jugar, subiendo y bajando durante la acción de la obra, aunque puede hacerlo para mayor facilidad sin carga, para lo cual bastará que no sea visible su interior una vez cerradas las puertas que para ello serán de resorte, y que por su parte de atrás esté abierto, permitiendo escamotear las figuras. Debe, sin embargo, dar la sensación de que, suben en él los personajes. Al foro, vestíbulo con grandes puertas de cristales que comunican con otra cristalería, también muy amplia, y que deja ver la plaza y casas de una típica población rusa. En primer término, algunos muebles apropiados y una pequeña mesita con recado de escribir y lámpara eléctrica. Todo elegantísimo y muy moderno.

Al comenzar el acto empieza a anochecer y se hace de noche durante la acción del mismo. Al final, efecto de gran iluminación con faroles y arcos de triunfo en el foro.

ESCENA PRIMERA

MAITRE D'HOTEL, PORTERO, Seis Botones, Seis Camareras, Seis Criados de librea amarilla y oro, Viajeros y Viajeras (tipos que se detallan) y Aldeanos rusos.

Música

Al levantarse el telón la escena está animadísima. Es el momento de la llegada de viajeros. Se oyen bocinas de automóviles. Botones, Cria-

dos y Camareros cruzan la escena conduciendo los equipajes a la escalera de la izquierda. Viajeros y Viajeras, extrañeros y tipos rusos muy característicos, Estudiantes, Señores y campesinos con sus trajes típicos) entran por el foro y suben, unos por la escalera, otros por el ascensor que no deja de funcionar. El Maître d'Hotel saluda con grandes reverencias a los bien vestidos y con aire de protección a los de aspecto humilde. Sin caer en ridícula movilidad, está en todas partes y da órdenes a todos.

Nota. Cúidese este principio de obra que ha de ser animadísimo, pero no desordenado.

(Durante el movimiento de escena indicado, se dirá el siguiente diálogo:)

BOT. I (Entrando por el foro derecha.) Estos telegramas para el señor Peters.

MAITRE (Con un ademán.) Al portero. (El Botones se los da.)

PORTERO (Los coge, acudiendo al teléfono que ha sonado.) ¿Quién es?... Con el gran Hotel... ¡No!... ¡No, señor!... Su Alteza Real la Archiduquesa, no ha llegado aún... ¿Cómo?... Tenemos orden de no decir nada... No sabemos nada... ¡Nada! (Dejando el auricular colgado.)

MAITRE (A una de las camareras que baja por la escalera corriendo.) ¿Qué quiere usted? ¿Qué busca usted? ¿Por qué corre usted? He dicho que nadie abandone su puesto. La Archiduquesa puede llegar inopinadamente. Es necesario que nadie salga; que todos cumplan con su deber. (La camarera vuelve a subir la escalera.)

PORTERO (A varios aldeanos que entran por el foro y se quedan embobados mirándolo todo.) ¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Qué buscan ustedes?

ALDE. I Queremos conocer a la Archiduquesa.

MAITRE (A los aldeanos, imperativo.) La Archiduquesa no ha llegado aún. No sabemos cuándo vendrá. No se puede estar en este sitio. (Al Portero.) ¡Desaloje usted!

PORTERO (Empujándoles.) ¡Fuera de aquí! ¡Largo!

(Los aldeanos salen por el foro refunfuñando. Viajeros, viajeras y camareros han ido dejando libre el escenario.)

ESCENA II

MAITRE y PORTERO.

Hablado

MAITRE (Frotándose las manos.) ¡Magnífico! Se nos llena el hotel. La población está llena de extranjeros y de gentes de toda la provincia que acuden a presenciar las fiestas.

PORTERO A muchos les trae el deseo de conocer a los Archiduques. Como nunca se les vió por aquí...

MAITRE Hace poco tiempo que les concedió el Ducado nuestro padre el Zar. El Archiduque fué a hacer un viaje por la Polonia, del que hoy o mañana regresa, y su augusta esposa ha querido abreviar la separación viniendo a reunirse con él en nuestra ciudad, circunstancia que aprovechan las autoridades...

PORTERO Y que aprovechamos nosotros para subir los precios vista la afluencia de turistas. Por cierto que en nuestro hotel se han dado cita las mujeres más elegantes. ¿Quién será la que ocupa el número 20 del primer piso?

MAITRE ¡Hermosa mujer! Yo creo que es Sybill, la célebre cantante. Por el registro podemos verlo...

PORTERO (Confuso.) Es que... aun no se han inscrito ni ella ni los que la acompañan.

MAITRE ¿Y cómo olvidó usted ese trámite cuando llegaron esta mañana?

PORTERO Temí ofenderles. A los grandes artistas les molesta que no les reconozcan.

MAITRE Bien. Alguno que la haya visto en el tea-

tro de Moscou nos dirá si es en efecto la célebre Sybill. (Hacer mutis por segundo término izquierda.)

ESCENA III

PORTERO, POIRE y SARAH. Los dos últimos bajan por la escalera. Poire viste levita corta con vueltas de raso, chaleco, pantalón y sombrero de artista, de alas anchas, todo color gris, y chalina con lazo. Sarah viste elegante traje de te.

POIRE (Acercándose al Portero, con misterio.) Portero... ¿ha preguntado alguien por mí?

PORTERO No sé. No conozco el nombre del señor.

POIRE ¡Ah! Es cierto. (Misterioso.) Yo soy Poire... Poire, el empresario de varietés de París... ¡Poire!... Y esta señorita... (Por Sarah.) Esta señorita no tiene nada que ver conmigo. (Marchado.)

PORTERO Bien. Pues hasta ahora no se ha interesado nadie por ustedes. ¿Qué debo hacer cuando pregunten? ¿Digo que espera usted?

POIRE ¡No! (Misterioso.) Tome usted diez rublos.

PORTERO (Haciendo una reverencia.) Señor...

POIRE Cuando pregunten por mí dice usted que no estoy en el hotel, y en seguida me avisa.

PORTERO Entendido. (Al mutis.) La parejitas de siempre. (Entra en la portería.)

ESCENA IV

POIRE y SARAH. En cuanto quedan solos se contemplan con cómico apasionamiento.

SARAH ¡Poire!

POIRE ¡Sarah!

SARAH ¡Maridito mío!

POIRE (Asustadísimo por si alguien los oye.) Calla, mujer. Pueden oírnos.

SARAH ¡Me agrada tanto llamarte así!

- POIRE Bien, pero aguarda a que estemos solos. Ya sabes lo convenido. Un día en mi teatro de París acababas de ensayar tu canción favorita. Yo me acerqué y te dije...
- SARAH (Imitándole.) Señorita Sarah: hasta hoy no he sabido que tenía un corazón. Usted le ha hecho latir y es preciso que usted le calme.
- POIRE Y tú me respondiste: Querido empresario, la calma de un corazón está en el matrimonio.
- SARAH Tú dudabas en sacrificarme tu fama de *boulevardier*.
- POIRE Pero accedí. Se verificó la ceremonia en secreto, sólo ante los testigos, y aprovechando los deseos que tenía Sybill, mi cantante favorita, de hacer una *tournee* por Rusia, nos fuimos a pasar la luna de miel en Moscou.
- SARAH ¡Un viaje de novios a Rusia, con el frío que hace!
- POIRE Yo no lo he sentido a tu lado.
- SARAH Y éramos felices.
- POIRE Pero de pronto Sybill, ante el ejemplo de nuestra felicidad se siente romántica y se enamora perdidamente de Petrow, el oficialito de la guardia del Zar.
- SARAH Es una arrogante figura el guardia noble de nuestro soberano.
- POIRE De todos modos ha hecho muy mal en enamorarse de un guardia, Sybill. Los públicos la adoran, los reyes la solicitan, los príncipes ponen a sus pies las coronas y andan por ella de coronilla.
- SARAH Querido Poire, el cariño no razona. (Mirándole con ironía.) Sybill se ha enamorado...
- POIRE Pues con sus amores empezaron mis amarguras. Los parientes del Oficial, decididos a impedir su boda con una artista, me amenazaron con hacerme desterrar a la Siberia si en el plazo de veinti-

cuatro horas no salía de Moscou llevándome a Sybill con mi autoridad de empresario.

SARAH ¡Y tuviste la crueldad de romper aquellos amores!

POIRE Yo he leído las obras de Tolstoi. Si las leyesees tú me comprenderías. ¡La Siberia! Esa palabra da frío. Tirito sólo de pronunciarla.

SARAH ¿Aun estando junto a mí?

POIRE ¡No! ¡Mujercita mía! (Va a abrazarla.)

SARAH (Barlota.) ¡Cuidado! Pueden venir.

POIRE Verás. He pensado el medio de arrullarnos sin testigos.

SARAH ¿Cómo?

Música

POIRE Nadie nos ha de ver.
Nadie se ha de asombrar
por el beso que te voy a dar.
Nadie ha de criticar,
nadie lo ha de saber.

¡Voy a besar a mi mujer!

SARAH Si alguien nos llega a ver
le ha de escandalizar
que me deje yo por ti besar.
Pero por eso
ser nuestro beso

placer que yo nunca he de olvidar.

POIRE Un beso en la barbilla
te he de dar yo a ti.

SARAH Y un beso en la mejilla
te devolveré.

POIRE Y un beso en tu boquita pondré,
y otro aquí... y otro aquí... y otro aquí.

(Señalando la frente, ojos y brazos de Sarah.)

SARAH Pero aún no me dijiste
cómo puede ser,
besarnos sin que nadie
vea nuestro amor.

POIRE Pues oye, mujercita adorada :
 al subir y bajar en el ascensor.

— — —
 Un beso sabe a miel
 y dos...

SARÁH ¡ Calla, por Dios !

POIRE Y yo pienso darte treinta y dos.

 Quince para subir,
 quince para bajar
 y otros dos más al terminar.

SARAH Ay, qué exageración.

 Eres un besucón,
 debes darme un beso nada más.

 Muy cariñoso,
 de amante y esposo.

 Si no de besar te cansarás...

POIRE Un beso en la barbilla, etc.

(Al terminar el estribillo la orquesta repite sola. Poire y Sarah entran en el ascensor que sube hasta desaparecer; luego baja, y cuando ha llegado al suelo, salen de él Sarah y Poire y cantan ya en escena besándose.)

LOS DOS Y otro aquí y otro aquí,
 y otro aquí y aquí.

ESCENA V

POIRE y SARAH; a poco PETROW (Oficial de la Guardia del Zar) por el foro.

Hablado

SARAH ¿ Se te ha pasado ya el miedo ?

POIRE Del todo. Sybill y el Oficial están separados por unas cuantas leguas—desgraciadamente para ellos.—En cambio nosotros... (Con intención.) Oye, ¿ vamos a tu cuarto ?

SARAH ¡ Pero hombre ! Mira que al vernos juntos van a sospechar que somos casados.

POIRE Cuando lo sospecharían es si nos viesen regañar... (Van a subir por la escalera cuando

aparece en el foro Petrow. Es un elegante Oficial de la Guardia del Zar. Viene muy nervioso y como quien teme ser descubierto. En cuanto divisa a Poire y Sarah les llama.)

PETROW

¡ Chist ! ¡ Eh !

SARAH

¿ No has oído ?

POIRE

Nos llaman, pero no vuelvas la cabeza.

SARAH

¿ Por qué ?

PETROW.

¡ Chist !... ¡ Poire !... Pero hombre, ¿ está usted sordo ?

POIRE

¡ Y me llama por mi nombre ! Malo. (se vuelve. Le ve.) ¡ Ah ! ¡ Petrow ! (Y cae medio desvanecido, sentándose en un escalón. Sarah y Petrow que se acerca, le ayudan a levantarse.)

SARAH

¿ Cómo se ha atrevido usted a venir ?

POIRE

¿ Por qué nos ha seguido ?

POIRE

¡ Desertor ! Es usted desertor. Le enviarán a la Siberia. ¡ Y a mí también ! ¡ Nos helaremos juntos !

PETROW

No podía vivir en Moscou sin ver a Sybill. Pero ¿ dónde está ?

POIRE

¡ En ninguna parte ! No la volverá usted a ver. ¡ Sybill no existe ! ¡ No ha existido nunca !

PETROW

Amigo Poire, cálmese, y condúzcame al lado de Sybill.

POIRE

No, señor. ¡ Jamás !

PETROW

Bien. Iré yo solo. (Sube por la escalera.)

POIRE

¡ No ! ¡ Eso no ! (Llamando.) ¡ Petrow ! ¡ Petrow !

SARAH

(Llamándole también.) Sea usted razonable.

POIRE

¡ Petrow ! Que se juega usted la cabeza. ¡ Petrow !

SARAH

No grites. Te pueden oír, y si conocen su nombre... Yo le convenceré. (Sube escalera arriba.)

POIRE

¡ Ese oficial se ha empeñado en perderme ! ¡ Es mi sombra ! Huyo de Moscou para separarle de Sybill... y él detrás. Me mandarán a la Siberia... y él detrás. Y sube mi mujer escalera arriba y él... ¡ y él detrás ! ¡ No ! Eso no puedo con-

sentirlo. ¡Pronto! El ascensor. No va-
ya a darle a Sarah por el militarismo.
¡Aprisa! ¡Aprisa! (Entra en el ascensor que
sube.)

ESCENA VI

SYBILL, después PETROW, al final SARAH y POIRE.

Música

Al compás de la música, baja Sybill, por la escalera y lentamente,
se dirige a la mesita de la derecha, donde habrá recado de escribir.

Se sienta, toma la pluma y papel y canta lo que escribe.

SYBILL Mi buen Petrow: Temí la despedida
y vine huyendo de Moscou aquí.
Si te es posible, nuestro amor olvida.
Yo ya no puedo ser feliz sin ti.
Perdona todo... Nuestros amores...
las muchas penas que mi amor te dió;
y al recordar a tu Sybill, no llores,
que por los dos estoy llorando yo.
Te quise mucho y sin cesar te quiero.
Dichosa ya no puedo ser;
pero este amor es siempre verdadero
amor, que llena mi alma de mujer.
Mis ilusiones destruyó la vida
como una rosa que deshoja abril...
Perdóname, mi buen Petrow, y olvida
el loco amor que te inspiró...— *Sybill.*

(Firma, dobla la carta y la introduce en el sobre. En
este momento descende Petrow por la escalera y si-
gilosamente va al lado de Sybill.)

PETROW Lejos de ti no sé vivir,
Vengo por tu amor, Sybill.
Nada me puede detener,
porque en tus ojos quiero arder.
Dime que me quieres.

SYBILL (Con pasión.)

Sí, mi amado; ven, que espero,
tuya siempre... ¡Siempre te quiero!

LOS DOS Todo mi amor es para ti.

Nadie nos puede separar.
¡Este dulce sueño
nunca ha de acabar!

Hablado

SYBILL Petrow, ¿por qué has hecho esta locura?
PETROW ¿Podía acaso conformarme con tu huida de Moscou sin decirme adiós?

SYBILL Era preferible no volvernos a ver; evitar la tristeza de una despedida. Por eso obedecí a Poire. Tu familia no quiere vernos felices; su autoridad puede más que nuestro deseo. ¡Estamos, por desgracia, en Rusia! Sé razonable, Petrow, y digámonos «adiós» para siempre (Con tristeza.)

PETROW ¿Y piensas que sólo para decirte adiós he huído de Moscou y he desertado de mi regimiento?

SYBILL Me asusta oírte. ¿De modo que has desertado?

PETROW Sí; para que huyamos juntos. Por ti estoy resuelto a todo; pero si me rechazases...

SYBILL No. Rechazarte, nunca. Soy tuya. Todas mis ilusiones, toda mi voluntad son para ti. (Se abrazan.)

POIRE (Que baja con Sarah por la escalera y al verles grita volviéndose con rapidez.) ¡Juntos y abrazados! Pero hombre, ¿para qué está el ascensor?

SYBILL ¡Ah! Poire, mi empresario. (A Petrow.) También tiene derechos sobre mí.

PETROW (A Sybill.) No te ocupes. Yo me encargo.
(A Poire.) Monsieur Poire. Comprenderá usted que nuestra situación es muy comprometida.

POIRE Como que me da frío sólo de pensar en ella.

PETROW Es preciso que suspenda usted el anunciado concierto de Sybill, que se disponga a tomar el tren.

- POIRE Pero...
- PETROW He dicho.
- POIRE Oye, Sarah: dice que ha dicho lo que ha dicho; pero ¿qué es lo que ha dicho?
- PETROW Que hoy salimos para Francia.
- POIRE ¿Y por qué?
- PETROW Para evitar que nos lleven a los dos a la Siberia. A mí por desertor y a usted...
- POIRE (Echándose casi a llorar.) ¡Mujercita mía!
- SYBILL (Burlona.) ¿Pero es usted casado?
- POIRE No. Pero, es que pensaba en lo triste que sería la separación, si lo fuese. Pero, bueno, ¿a mí por qué han de llevarme a la Siberia?
- PETROW Por encubridor.
- SYBILL Ya lo creo. Y aun es posible que sea mayor el castigo. (Burlona.)
- PETROW ¿Qué decide usted?
- POIRE Hombre. Entre ir a la Siberia de balde o a París pagándome el viaje, la elección no es dudosa. No me gustan los billetes de favor.
- SYBILL Falta sólo que sepa usted fingir para que no nos descubran.
- SARAH Si pones esa cara de miedo, sospecharán de nosotros.
- PETROW Naturalmente.
- SARAH Ríete, hombre, ríete.
- POIRE (Muy apurado.) ¡Pero si no puedo!

ESCENA VII

Dichos y UN OFICIAL (Postillón imperial) que entra por el foro con un telegrama en la mano y se encamina hacia la portera.

- OFICIAL Buenas tardes.
- POIRE (Aparte a los otros.) ¡Ay! Nos caímos.
- SYBILL (A Petrow.) Vendrán a prenderte.
- SARAH (A Poire.) ¡Ríete, hombre, ríete!
- POIRE (Con risa forzada.) ¡Ja, ja, ja!
- OFICIAL (Dirigiéndose a Petrow.) Señor teniente.
- SYBILL (Adelantándose.) ¿Buscará usted sin duda

- al teniente Plamdojarsky? Es el señor. Perdóneme usted, señorita. Busco al dueño del hotel, y la noticia que he de darle es oficial.
- SARAH (Aparte. Rápido a Poire.) Es oficial.
- POIRE (Que no ve de miedo.) Ya lo veo por los galones; por eso me asusto.
- SARAH ¡Ríete, hombre, ríete!
- POIRE ¡Ja, ja! (Ríe nerviosamente. El oficial le mira ceñudo, molesto por su risa; después se encara con Petrow y le dice saludando militarmente:)
- OFICIAL Soy el conde Milowsky, teniente a las órdenes de nuestro padre el Zar, y le agradecería que entregase al director del hotel este parte. Es de su Alteza la Archiduquesa Anna Paulowna.
- SYBILL (No venía por nosotros.)
- OFICIAL La Archiduquesa, a quien esperaban aquí anochecido, avisa que llegará de madrugada en el segundo exprés.
- PETROW Perfectamente. Se lo entregaré al director del hotel.
- OFICIAL Mil gracias.
- SARAH (Aparte a Poire.) Pasó el peligro.
- POIRE (Que ya no podía más, ríe nerviosamente.) ¡Ja, ja, ja! El peligro. Qué gracia tiene.
- OFICIAL (Molesto por su risa, saluda militarmente a Petrow, con una inclinación a las damas y con una mirada terrible a Poire.) Tanto gusto, señoras. ¡Majadero! (Frenético al verle de nuevo reír.) ¿Pero es que se ríe usted de mí?
- POIRE ¿Reirme yo? No, señor oficial. Es que estoy alegre. Sabe usted. Ya no voy a la Siberia... No voy a la Siberia por el frío. Prefiero París. Es tan hermoso... ¿Quiere usted dar una vueltecita por allí?
- OFICIAL (Burlón.) ¿Una vuelta por París?
- POIRE No. Yo quise decir... Una vuelta... Media vuelta. (Al ver que el oficial le vuelve la espalda y sale por el foro.) ¡Media vuelta a la derecha! ¡Mar! (Encantado de verle partir.)

SYB. Y PET.

¡ Oh, Montmartre,
templo del amor !
No hay artista
que resista
tu poder fascinador.

POL. Y SAR.

¡ Oh, la ville lumiere,
tú eres la ilusión !
Son tus besos alegría
para el corazón.

(La evolución de la primera estrofa es la siguiente: Durante los primeros compases de introducción avanzan los cuatro desde el foro a la batería con grandes pasos a compás de la música, después quedan en fila un poco atrás, avanzando cada uno para decir su bocadillo mientras los otros bailan cómicamente sin moverse de su puesto. Al comenzar el estribillo adelantan juntos, primero Sybill y Petrow y luego los cuatro; después se dividen en dos parejas y rápidamente van cada una por un lado de la escena simulando mirar si alguien viene a reunirse en el foro y avanzar con los mismos pasos: diciendo la segunda estrofa primero por parejas y luego colocándose frente a frente como dos matrimonios que se encuentran y se saludan, casi hablando todos menos Petrow que entona dentro de la música, todo ello lo más cómicamente posible. Después del estribillo, durante la orquesta sólo quedan bailando en la derecha, Sarah y Poire; Petrow, siempre bailando, conduce a Sybill hasta el lateral izquierda, luego a Sarah, y por último a Poire, y cuando están todos en fila en la izquierda, cruzan las manos por delante y con los mismos pasos a compás que al comienzo del número, hacen mutis por foro izquierda.)

II

SYBILL

En idioma en París es fácil y no hay te-
de no entenderse allí. [mor

SARAH

Sobre todo con el amor

porque la mujer siempre te dice *ouí*.

PETROW

«Mademoiselle je vous aime beaucoup
je vous voi partout je veux me marier.»

POIRE

«Madinette, vous etes, coquette

et je suis tres bete, aimez-moi bien.»

(Casi hablado Cómicamente como si se saludasen.)

SYBILL
POIRE
SARAH
PETROW

¡ Oh, bon soir, monsieur !

¿ Comment allez vous ?

Bien, ¿ et vous ?

Parfaitement toujours.

¿ La famille va bien ?

SARAH

¡ Oh ! Tres bien merci.

¿ Et d'enfants ?

(A Poire.)

POIRE

¡ Enfant de la patrie !

LOS 4

(Adelantando.)

¡ Oh, París ! Cest le plus joli

cest le plus charmant.

¡ Vive la ville lumiere !

SYBILL

Aujourd'hui.

POIRE

Cest París.

SARAH

Tres gentil.

PETROW

Pas petit.

LOS 4

Peus joli que le Midi.

¡ Oh, Montmartre,

templo del amor !

etc., etc.

(Evoluciones y mutis foro izquierda.)

ESCENA IX

GOBERNADOR por el foro, seguido de Oficiales 1.^o, 2.^o, 3.^o, 4.^o, 5.^o, 6.^o, 7.^o, 8.^o, 9.^o y 10, (segundas tiples). Visten de hulanos rusos, lo más artísticamente posible con techacó y delman, y el MAITRE que sale a recibirles.

Hablado

GOBERNA. Adelante, señores. (Al ver que no hay nadie.)
¿ Eh ? ¿ Cómo ? ¿ No hay nadie aquí ?
¡ Buena manera de vigilar un hotel donde se hospeda Su Alteza Real la Archiduquesa !

MAITRE

(Sale por la izquierda y se deshace en genuflexiones.)

¡ Oh, el señor Gobernador ! Excelencia,

¿ qué deseais para honrarnos ?

GOBERNA. (Autoritario.) Responda -cuando le pregunten. ¿Usted, qué es aquí?

MAITRE El Maitre d'hotel, excelentísimo señor.

GOBERNA. ¿Ha dispuesto usted ya todo para el hospedaje de Sus Altezas Serenísimas los Archiduques?

MAITRE Todo está previsto hasta en sus menores detalles. (Señalando el timbre, con la placa de los colores nacionales rusos, colocado en la pared.) El timbre funciona a la perfección. Con solo tocarlo da la señal.

GOBERNA. (Con fatuidad.) La idea es excelente, como mía, y creo que ha de sorprender gratamente a Sus Altezas.

MAITRE ¿Y cómo se ha de proceder al uso del timbre?

GOBERNA. (A los Oficiales.) La cosa se hará del modo siguiente: Al bajar Sus Altezas de los aposentos, saludais todos militarmente. Las calles estarán poco iluminadas y en silencio; es preciso que no se oiga ni el más leve rumor. En medio de este silencio sepulcral y de esta falta de luz, subirán los Archiduques a la carroza, me figuró yo que un poco admirados de un recibimiento tan frío. Pero esto durará sólo un instante porque cuando lo vayan a comentar, entro yo aquí de improviso, doy la señal tocando el timbre, y como por encantamiento se oyen llamadas de cornetas, cañonazos, marchas patrióticas tocadas por las bandas militares; en toda la ciudad se iluminan fantásticamente los arcos de triunfo, se echan a vuelo las campanas y rompe el pueblo en clamorosos vivas. En suma, un efecto teatral, grandioso, admirable, magnífico. Es idea mía. ¿Qué les parece a ustedes?

OFICL. I Vucencia lo ha dicho.

GOBERNA. Avise usted a Su Alteza la Archiduque-

sa que el Gobernador de la ciudad desea tener el honor de ofrecerle sus respetos. Excelencia. Yo creo que su Alteza no ha llegado aún. No tengo noticias.

MAITRE

GOBERNA.

¡Yo sí! Ha llegado en el expreso de esta tarde. Me lo comunican en este oficio. Los oficios no mienten. Por cierto que hospedando a Su Alteza deberían ustedes vigilar mejor el hotel. Aquí puede entrar un perdido, un vagabundo, un miserable...

MAITRE

Excelencia.

GOBERNA.

Es inútil negarlo. Acabo de entrar yo... Nadie me ha puesto dificultad.

MAITRE

Señor Gobernador...

GOBERNA.

Avise usted a Su Alteza. Yo me encargo en lo sucesivo de vigilar. (Habla con los Oficiales en voz baja.)

MAITRE

(¡Pero si no ha llegado! ¿Cómo obedezco yo a esta fiera?) (Va a hacer mutis cuando le detiene Petrow que baja por la escalera.)

ESCENA X

Dichos, PETROW, luego POIRE.

Petrow baja con un poco de aturdimiento, llamando al Maitre, pero cuando ve al Gobernador de uniforme, se cuadra, saluda e intenta hacer mutis.

PETROW

Maitre. Pronto, suba usted a... ¡Ah! A la orden. (Medio mutis. El Maitre sube por la escalera.)

GOBERNA.

¡Un oficial! ¡Alto! ¿Quién es usted?

PETROW

(Cuadrándose.) El teniente Plamdoyarsky, de Petersburgo. Estoy con licencia.

GOBERNA.

(Examinándole de pies a cabeza.) ¿Plamdoyarsky? (Saca del bolsillo un librito de notas que consulta mirando alternativamente a Petrow. Irónico.) ¿Conque Plamdoyarsky... de Petersburgo... y con licencia? ¡Es extraño! Yo que estoy buscando a un teniente deser-

tor de Moscou, que se llama Petrow.
¿A ver sus documentos?

PETROW (Turbado.) No tengo ninguno aquí. Los dejé olvidados... perdidos.

GOBERNA. (Furioso.) ¡Un oficial debe llevar siempre sus documentos! ¿Cómo va usted ahora a identificar su personalidad? ¿No le conoce a usted nadie aquí?

PETROW Yo... (En este momento baja por la escalera, silbando distraído, Poire, va a cruzar la escena cuando Petrow le ve y dice:) ¡Ah, sí! Ese señor me conoce y puede decir quién soy y responder...

POIRE (Se da cuenta del peligro y continúa silbando para hacerse el distraído.)

GOBERNA. (A Poire.) ¡Eh! ¡Usted!... Pues no responde. (Poire no hace caso y sigue silbando.) ¡Alto! (Poire se queda cuadrado, temblando de miedo, pero silbando entrecortadamente.) ¿Se atreve usted a silbar en mi presencia?

POIRE No. Si no es que me atreva, es que silbo (de miedo).

GOBERNA. ¿Sabes quién soy yo?

POIRE No soy curioso. Ya me lo dirás tú.

GOBERNA. ¿Qué es eso de tutearme?

POIRE (Azoradísimo.) Yo... como tú, digo, como usted, digo, como vucencia me tuteaba, pensé: Será un amigo.

GOBERNA. ¡Yo soy el excelentísimo e ilustrísimo señor Gobernador militar de Tormsk!

POIRE Tanto gusto...

GOBERNA. Y ahora dime, ¿quién eres tú?

POIRE Aguarda.

GOBERNA. ¿Cómo aguarda?

POIRE Aguarde vucencia, que me acuerde.

PETROW Perdónele vucencia, pero está muy nervioso. (A Poire.) Amigo Poire: Su excelencia desea saber como me llamo yo.

POIRE ¡Ah, sí! Pues muy sencillo, usted se llama...

PETROW (Mirándole con una mirada terrible.) ¿Cómo?

POIRE Pues usted se llama Pe... pe... pe... ¡pe-

ro esperen ustedes un momento !

GOBERNA. (Imitándole.) Pe... pe... pero pronto, que tengo prisa.

PETROW Vamos, hombre. Recuerde usted, Plam...

POIRE ¡ Ah, sí ! Plam... Plam... Plam... (Recordando.) ¡ Plamdoyarsky !

GOBERNA. ¿ Conque Plamdoyarsky ? Bien. (Enérgico, dando a sus Oficiales la orden de que prendan a Petrow.) ¡ Arrestadle ! (Los Oficiales obedecen.)

PETROW Pero...

GOBERNA. Tú no eres Plamdoyarsky. Tú eres Petrow, el ex-oficial de la Guardia que ha desertado de Moscou.

PETROW Excelencia.

ESCENA XI

Dichos, SYBILL que baja por la escalera y se detiene al oírles.
Luego MAITRE.

SYBILL (¡ Dios mío, está perdido sin remedio !)

GOBERNA. ¡ Pretender engañarme a mí ! Tomadle su espada. Es un desertor. (Cuando los Oficiales van a ejecutar la orden, Sybill, sin poderse contener grita:)

SYBILL ¡ Quietos ! ¡ Soltadle ! (Los Oficiales obedecen instintivamente.)

PETROW (¡ Sybill !)

POIRE (¡ Bravo !)

GOBERNA. ¿ Quién se atreve a revocar mis órdenes ?

SYBILL (Que ha bajado a escena y no sabe qué partido tomar, se encara de repente con el Gobernador y le dice alta:.) ¡ Yo ! Poned al teniente en libertad.

GOBERNA. ¿ Y quién es usted para hablarme en ese tono ?

SYBILL (Vacilando.) ¿ Qué quién soy ?... Soy Su Alteza Real la Archiduquesa Anna Paulowna.

PETROW (¡ Pero qué dice ?)

GOBERNA. (Confuso.) ¡ Alteza ! (Los Oficiales saludan militarmente. Sybill, dándose cuenta de lo difícil de la situación, mira constantemente a Petrow y a Poire.)

- POIRE (Ella se ha nombrado Archiduquesa, pero a mí ya me pueden nombrar testamentarios.)
- GOBERNA. Yo no tenía el honor de conoceros. Perdonadme, augusta soberana.
- SYBILL Porque lo soy no me agrada que se incomode a las personas de mi séquito. Y en lo sucesivo no molestareis ni a los oficiales de mi servidumbre ni a este caballero. (Por Poire.)
- POIRE Que también soy séquito.
- SYBILL Es un gran empresario de París.
- POIRE (Pavoneándose.) ¿Te enteras? Un gran empresario.
- MAITRE (Que ha salido un poco antes, dice a Poire.) ¿Y ésta es la Archiduquesa? Pues no lo sabía.
- POIRE (Yo tampoco.) (Hacen mutis los dos.)
- GOBERNA. (Sumiso.) Espero, Alteza, que sabreis olvidar mi lamentable error de hace un momento y honrareis mi palacio con vuestra presencia en la *soirée* de esta noche.
- SYBILL ¿Una *soirée*?
- GOBERNA. Para solemnizar el día en que vuestros súbditos os ven por primera vez, Alteza.
- SYBILL Asistiré. Donde estén mis amados súbditos me encontraré feliz... Los soberanos vivimos del amor de nuestros leales. (Esto es de un drama que yo representé.) (A Poire.)
- GOBERNA. Al propio tiempo tengo el honor de solicitar vuestra venia para ofreceros el uniforme de Coronel del Regimiento de caballería, número 54.
- SYBILL ¿Para mi esposo el Archiduque?
- GOBERNA. No. Para Vuestra Alteza.
- SYBILL ¿Yo coronel?
- GOBERNA. Coronela honoraria del Regimiento número 54. ¿Lo hablais olvidado?
- SYBILL ¿Cómo? ¿Olvidarme yo de mi bravo Regimiento número 27?
- GOBERNA. ¡54, Alteza, 54!

- POIRE Eso quiso decir... 27 duplicado. (Han salido de escena, poco antes, dos Oficiales; en este momento vuelven a entrar con unos almelchadones de terciopelo rojo, en los que traen la chaquetilla o dolman y el techacó.)
- GOBERNA. He aquí el uniforme.
- SYBILL ¡Lindísimo! Voy a probármelo. (El Gobernador trata de poner el uniforme a Sybill, pero Poire se lo impide mirándole irónico y burlón.)
- GOBERNA. (Este empresario se mete en todo.)
- POIRE (Mirando sonriente al Gobernador.) Soy séquito.
- SYBILL (Con candidez, después de ponerse el uniforme.) ¿Y el pantalón? ¿Dónde está el pantalón?
- GOBERNA. ¡Oh, Alteza! Yo tenía tomadas todas mis medidas... pero esas... (A los Oficiales con voz de mando.) Señores Oficiales, saludad a vuestra soberana.
- OFICIALES (Blandiendo los sables.) ¡Hurra!

Música

- OFICIALES Alteza Real, la soberana sois del regimiento que ha de combatir. Si los mandáseis vos, vuestros hulanos siempre estarán dispuestos a morir.
- Sabrán luchar
y por vos valientes vencer
en la batalla,
que una gentil mujer
siempre ayuda a triunfar.
¡Hurra! ¡Hurra!
-

Alteza Real, por vos sabrá morir
el regimiento que ha de combatir.
Archiduchesa sois y los hulanos
reina os harán de su corazón.

I

- SYBILL Hubo una Princesa en un país
donde domina el fuero militar
y su padre, en cuanto supo andar,
la hizo general.

Todo en el palacio era rigor
y se ordenaba a toque de clarín.
¡ Sin demoras hay que obedecer
al cornetín !

—

Daba un toque la corneta para ir a comer,
y otro diferente para ir a almorzar,
y otro toque al leer... y dos al pasear,
y un toque prolongado... para irse a acostar.
La Princesa, desde niña, ya se acostumbró
a ser obediente como un oficial.
Era su aya furriel... y su ama caporal
y el portero de palacio era mariscal.

II

Cuando la Princesa fué mujer
pensó en unirse con un militar,
y por fin se decidió a casar
con un capitán.

Y siguió en palacio igual rigor,
y todo se hizo a toque de clarín.
¡ Sin demoras hay que obedecer
al cornetín !

—

Una tarde el capitán fué a ver a su mujer
y la halló en los brazos de un bello oficial.
Y gritó y se indignó,
pero ella contestó :

« Es que ahora las cornetas tocan a abrazar. »
La princesa, desde niña, a la milicia amó
porque le agradaba la oficialidad.

Su doncella ascendió
al grado de furriel,
y el marido de Su Alteza
ya es un cor... ronel.

ESCENA XII

Dichos y POIRE que sale, y al ver a Sybill con el uniforme se llena
de asombro.

Hablado

POIRE (¡ Anda ! ¡ Antes Archiduquesa y ahora

sienta plaza ! Esta mujer es el demonio !)

GOBERNA. Vuestra Alteza es el jefe más decidido de nuestro glorioso ejército. Seguro estoy de que los oficiales se dejarían matar por seguros.

SYBILL Os aseguro que no sería la primera vez que me siguiesen los oficiales.

GOBERNA. ¿Y cuándo ordenáis que vengan las carrozas y trineos para conducirlos, Alteza?

SYBILL (Pensativa.) ¿Las carrozas?... Pues...

POIRE Dentro de dos...

SYBILL (Interrumpiéndole.) No. Dentro de una hora.

POIRE Esto iba yo a decir. Dentro de dos... medias horas.

SYBILL (Al Gobernador.) Y ahora, excelencia, puede retirarse.

GOBERNA. Oh, Alteza Serenísima. (Le besa las manos.)

POIRE (Si que es serenísima, y eso que había para perder la serenidad.)

ESCENA XIII

Dichos y SARAH, que baja por la escalera.

SARAH (Sale llamando.) ¡ Sybill ! ¡ Sybill !

GOBERNA. (Extrañado.) ¿ Sybill ?

POIRE Es una canción que canta. Una canción preciosa que dice : « Sybill... Sybill... Soy yo siempre gentil... Sybill. » (Canturreando.)

GOBERNA. ¿ De modo que esta señorita es Sybill ?

SYBILL Naturalmente. ¿ No la conocíais ? Es la célebre, la hermosa, la incomparable Sybill, que da mañana un concierto.

POIRE ¡ Oh, Alteza ! (A Sarah.) Inclínate y dí conmigo : ¡ Oh, Alteza !

SARAH (Reverencia.) ¡ Alteza ! (Aparte a Poire.) ¿ Pero os habéis vuelto locos ?

POIRE (Aparte a Sarah.) ¡ Calla !

GOBERNA. (Por Sarah.) Si esta señorita accediese a

cantar hoy en la fiesta que se da en vuestro honor... Sería un nuevo atractivo...

SYBILL. (Al Gobernador, interrumpiéndole.) Me parece recordar haber dicho a Vuestra Excelencia que podía retirarse.

GOBERNADOR. Alteza... A vuestros pies.

POIRE. (Desdenoso.) Anda con Dios, hombre, anda con Dios. (El Gobernador se va. Mímica expresiva entre él y Poire.)

ESCENA XIV

SYBILL, PETROW, POIRE y SARAH.

PETROW. Sybill, lo que has hecho es admirable, pero **peligrosísimo**.

SYBILL. ¿Qué decís de mi regimiento?

PETROW. Que tu presencia de ánimo me ha salvado.

POIRE. Huyamos ahora mismo.

SYBILL. ¡Valiente locura! En el hotel todos me creen la Archiduquesa y saben por lo tanto que esta noche he de asistir a la gran *soirée*. De modo que lo primero es vestarnos lo más elegantemente posible.

POIRE. **Perdemos tiempo.**

SYBILL. No importa. La casualidad nos favorece, puesto que la Archiduquesa anuncia en el parte que trajo el oficial, que no viene hasta el segundo expreso; esto es a la madrugada. Tenemos cuatro o cinco horas para la fuga.

PETROW. ¿Y cómo podremos llegar a la estación?

SYBILL. Muy sencillamente. Para no esperar a la carroza del Gobernador, fingiré ante la servidumbre, que he recibido un anónimo descubriéndome que se trata de atentar contra mi vida, y que para evitar el riesgo deseo eludir la multitud y marchar a la fiesta de riguroso incógnito.

- POIRE **Bravísimo.**
- SYBILL Para ello les hago traerme un coche particular a una de las puertas excusadas, y en cuanto arranque le decimos al cochero que nos conduzca a la estación.
- POIRE (Esta mujer ha hecho películas; no me cabe duda.)
- PETROW El plan es magnífico. No perdamos tiempo. A vestiros. Nos reuniremos aquí en el «Hall». (Hace mutis escalera arriba con Sybill.)
- SYBILL **Serenidad, Poire.**
- POIRE ¡Alteza! (Reverencia cómica.)
- SARAH Bueno, maridito. ¿Quieres explicarme por qué es Sybill Archiduquesa y yo Sybill?
- POIRE Mira, Sarah, con esta mujer no está uno seguro nunca de quién es. Puede que esta noche acabemos siendo, tú camarera del hotel y yo emperador.
- SARAH ¿Pero crees fácil que a mí me puedan tomar por la verdadera Sybill?
- POIRE Ya quisiera Sybill tener tu gracia, tu palmito, tu... tu... ¿Vamos a tu cuarto?
- SARAH (Insinuante.) ¿Por la escalera?
- POIRE ¡En ascensor, Sybill de mi vida!
- SARAH ¿Sybill? ¡Toma! (Le da una bofetada.)
- POIRE ¡Pero mujer! ¿A qué viene ahora esa torta moscovita?
- SARAH Ay, perdona... Solo de oírte pronunciar otro nombre que no es el mío, me han entrado unos celos.
- POIRE Sí, hija mía. Pero que no te dé tan fuerte, porque ha sido demasiado fuerte.

ESCENA XV

Dichos y GOBERNADOR.

- GOBERNA. (Viendo a Sarah.) ¡Oh, artista encantadora! (Se acerca a besar su mano.) ¡Qué mano

tan linda, tan delicada, qué mano tan suave!

POIRE (¡ Si que ha sido suave! Si llegas un poco antes hubieras visto!)

GOBERNA. Gran felicidad es encontrarla aquí ahora que está usted sola.

POIRE (Metiéndose en medio.) Tanto como sola...

GOBERNA. (Pasá por delante de Poire y se acerca de nuevo a Sarah, muy meloso.) Para decirle que la admiro como algo sobrenatural, divino, soñado... Oh, las artistas, están ustedes tan cerca de la perfección, tan cerca del arte puro, tan cerca... (Se ha ido acercando.)

POIRE (Separándole.) Bueno, pero no tan cerca.

GOBERNA. Además, quiero suplicar a usted que asista esta noche a la fiesta en mi palacio. Con usted resultará magnífica.

SARAH Iré.

POIRE Perdón, pero eso de asegurar... Sybill... no puedes prometer nada al Gobernador, aunque sea el Gobernador... Sybill.

GOBERNA. ¿Qué está usted diciendo?

POIRE Que no puede cantar gratuitamente. Tiene conmigo un contrato (Con intención.) al que no puede faltar.

SARAH (Con intención.) Poire, esté usted tranquilo que al contrato no faltaré.

GOBERNA. ¿Y por cuánto está dispuesta a cantar la hermosa Sybill?

POIRE Por dos mil rublos.

GOBERNA. Oh, es demasiado. Mil rublos es lo más que puedo dar por el concierto.

SARAH Es poco.

POIRE Por ese precio lo único que puede hacer es cantar a media voz.

SARAH Dos mil rublos o no canto.

GOBERNA. Sean los dos mil. No se le puede negar nada a una mujer tan bonita.

SARAH Gracias, excelencia.

GOBERNA. Ya estoy impaciente por oír sus canciones.

SARAH Tararearé una y después nos diremos
adiós. Tengo que vestirme.
GOBERNA. Es usted encantadora, Sybill.
POIRE (¡Malo, malo, malo; que se la va a ta-
rarear!)

Música

SARAH Todos los pollitos
que nos siguen por la calle
es corriente que empiecen
a hablar así:
«Bella señorita,
déjeme que la acompañe,
que la quiero con buen fin.»
POIRE Yo estoy convencido
que quien hable así ha mentido,
pues el fin yo ya lo sé.
GOBERNA. Un cuarto monísimo,
menú delicadísimo,
y al mozo el «no entre usted».
POIRE La que sale sola
y se deja acompañar,
no se debe jamás precipitar.
¡Cuidado, muchacha soltera!
GOBERNA. ¡Por Dios!
¡Cuidado, mujer casadera!
POIRE Y mucho más si llegó la primavera.
SARAH }
POIRE } Y es fácil el caer sin resbalar.

SARAH Por bailar el tango
las muchachas se pieren,
sin pensar que es peligro
fenomenal.
Y hay quien por bailarlo
no se entera que comete
un pecado capital.
POIRE Yo sé de un marido
que a las hijas ha prohibido
ese baile en sociedad

GOBERNA. Y es muy prudentísimo
porque es delicadísimo
en la menor edad.

POIRE La que baila tango
nada más que por bailar,
no se debe jamás precipitar.
¡Cuidado, muchacha soltera!

GOBERNA ¡Por Dios!
¡Cuidado, mujer casadera!

POIRE Y mucho más si llegó la primavera.

SARAH }
POIRE } Y es fácil el caer sin resbalar.

(La evolución de este número es la siguiente: Primera estrofa. Comienzan los tres en fila, estando en medio Sarah; ésta avanza paseando con coquetería y volviendo a colocarse entre los dos. Al decir la frase: «¡Cuidado, etc.!» la coge Poire de un brazo y la lleva hacia la derecha, y al repetirla hace lo propio el Gobernador. La segunda estrofa, semejante a la primera, se diferencia en que Sarah, al principio, sale bailando tango y a que luego continúa haciéndolo, primero con Poire y luego con el Gobernador, repitiendo lo que hizo la primera vez en las frases: "¡Cuidado, etc.!" Terminada la segunda estrofa y durante la orquesta sola, hacen a rigor de compás lo siguiente, todo en paso de cakewalk. Sarah se separa de los dos que quedan a la izquierda, les hace una reverencia a compás y queda ante la escalera bailando un paso de jiga, mientras ellos se acercan, la cogen por la cintura y la hacen subir unos escalones, después Poire, que va detrás, aparta al Gobernador que intenta subir tras ella y por dos veces le detiene, poniéndose ante él y colocándole las manos en el pecho. El Gobernador entonces va hacia el foro y Poire, detrás allí, se vuelve. El Gobernador hace mutis y Poire vuelve al lado de Sarah, que aguarda en la escalera, con el paso de cakewalk en cuclillas primero y cayendo sobre los tacones y con las piernas separadas, y así hace mutis tras de ella escalera arriba.)

ESCENA XVI

PETROW y MAITRE.

PETROW baja por la escalera y dice al MAITRE, que cruza la escena en aquel instante.

Hablado

PETROW Maitre, tengo que decirle algo muy importante de parte de Su Alteza. Es cosa gravísima.

MAITRE (Alarmado.) ¿Está Su Alteza descontenta del hotel o de la servidumbre?

PETROW Nada de eso. Pero, ¿fío en su discreción absoluta?

MAITRE Señor...

PETROW Su Alteza acaba de recibir un anónimo lleno de amenazas...

MAITRE (Asustado.) ¿A Su Alteza?

PETROW Se trata, según parece, de atentar contra su vida, aprovechando la aglomeración de público, cuando vaya a la fiesta en el palacio del Gobernador.

MAITRE ¡Oh! Es insensato. Voy a avisar a la policía. (Intenta mutis.)

PETROW Todo lo contrario. (Deteniéndole.) Su Alteza ha dispuesto que vaya usted a buscar dos coches de alquiler, ordenándoles que esperen en una de las puertas laterales. En ellos se trasladará la Archiduchesa, guardando el incógnito más riguroso.

MAITRE ¿Pero y las iluminaciones, la música, los cañonazos, todo lo que había dispuesto?

PETROW ¿Olvida usted que se trata de la preciosa vida de Su Alteza? Cumpla usted lo ordenado.

MAITRE Cierto. Al instante. (Hace mutis foro.)

Música

(Sybill baja por la escalera, viste de "soirée".)
PETROW (Al verla)

¡ Sybill ! ¡ Sybill !

(Ella sonríe. El, lleno de temor de haber cometido una imprudencia, mira a su alrededor y luego hace una profunda reverencia.)

¡ Alteza, perdonad !

Yo humilde os saludo.

SYBILL Soy tu reina. Yo te ordeno
que por siempre me ames.

PETROW Siempre... ¡ Alteza !

SYBILL Quiero dejar este país
donde no crecen las flores ;
quiero contigo ser feliz.
¡ Realizar nuestros amores !
Vamos a mi patria
donde hay alegría,
y su cielo nos dará
felicidad.

PETROW Quiero dejar este país
donde no crecen las flores ;
quiero contigo ser feliz.
¡ Realizar nuestros amores !
Vamos a otra patria
donde haya alegría,
y su cielo nos dará
felicidad.

(Bajan por la escalera, elegantemente vestidos, Sarah y Poire. Ella con traje de baile y abrigo-salida. El de frac y sombrero blando negro, sin abrigo.)

SARAH Marchemos al punto a la estación
vestidos con toda elegancia.
Si no aprovechamos esta ocasión,
jamás llegaremos a Francia.

POIRE No sé por qué
me invade el temor
de que encontraré
al tal Gobernador.
Y me hace temblar
lo que va a pasar

si nos ven al escapar.

SYBILLE

No tembleis.

Vamos a escapar,
en la calle el coche
debe estar.

No hay temor.

(A Poire.)

Tenga usted valor.

POIRE

Vamos, pronto, fuera,
sin chistar.

PETROW

Ten valor y serenidad
y conseguirás la libertad.

Ten valor y ven.

POIRE

Voy a la estación,
porque no hay más solución.

SYBILL

No chisteis.

Vamos a escapar,
en la puerta el coche
debe estar.

Todos

Claro que ha de estar.

Es mejor

Vamos sin temor.

SYBILL

Y a este país
hay que despedir

exclamando : ¡ Adiós ! ¡ Adiós !

(Van a salir, pero les detiene el Portero que entra.)

PORTERO

(Con una reverencia profundísima.)

¡ Augusta Alteza !

SYBILL

(Este hombre va a descubrir...)

PORTERO

Ya están los coches, noble Alteza.

A vuestro mandato yo fui obediente.

Cuando os agrade podeis partir.

SYBILL.

(Altiya.)

Las gracias por ello os doy.

(Aparte a los otros.)

Son los coches que ha poco
para escapar hice venir.

SARAH

POIRE

(A Petrow.)

Los coches aguardan,
podemos huir.

SYBILL

(A los otros.)

Los tres me habeis de acompañar.

POIRE (Reverencia.)
Oh, Alteza, es gran honor.

SARAH (Idem.)

Nos vais a honrar,

POIRE (Aparte a Sybill.)

¡Fiad en mi valor!

SARAH (Noble Alteza es gran honor.)

POIRE }
PETROW } (A Sybill.) (¡Valor!)

SYBILL (Mi audacia me hace temblar.
¡Dios mío!)

SARAH (¡Calma!)

POIRE Y SARAH (¡Calma!)

PETROW ¡Valor!

¡Por vos... morir
un placer será!

Mi espada os ha de guardar
si os llegasen a atacar.

SYBILL Mi bravo oficial,
en vos confío.

(Autoritaria.)

PORTERO Salid sin ningún temor.

(Les indica la izquierda. Medio mutis de todos. Poire vuelve desde la puerta y viene a tocar el timbre para que un criado se lo traiga.)

POIRE El caso es que yo a cuerpo
no debo salir.

Haré que traiga un mozo
mi gabán de piel.

Le llamo con el timbre y no subo.

(Sarah, Sybill y Petrow, llamándole desde el lateral izquierda.)

SYBILL ¡Vamos ya!

SARAH ¡Ven aquí!

PETROW ¡Venga usted!

(Timbre muy fuerte. Poire ha tocado el de la derecha y súbitamente se oye su sonido. Todo queda admirablemente iluminado con guirnaldas y profusión de luces. Por la puerta del foro se ve la calle llena de arcos de triunfo con fuerte iluminación; óyense salvas de artillería, bandas militares, hurras y vítores de muchedumbre que se acerca, y las campanas tocan a gloria.)

HABLADO SOBRE LA ORQUESTA

SYB. Y SAR. (Asombradas.) ¿Eh?

PETROW ¿Qué es esto?

SYBILL ¿Qué sucede?

MAITRE (Que baja como un loco por las escaleras gritando.)

¿Quién ha tocado el timbre de aviso?

¿Quién fué?

POIRE (Aparte a Sybill, Sarah y Petrow.) Perdonadme. He sido yo para pedir mi abrigo. No sabía lo que era...

PETROW ¡Nos ha perdido usted a todos!

SARAH ¿Qué has hecho, Poire?

POIRE Sacar cuatro billetes gratuitos para la Siberia.

TODOS Huyamos. (Van a salir, pero entran por el foro y lateral derecha soldados y oficiales (cosacos) y les cierran el paso inadvertidamente. Crece constantemente la animación e invaden la escena apresuradamente unos y otros con gravedad de protocolo, funcionarios civiles de frac unos, y otros con uniforme, y por último los diez Oficiales de hulanos. Sybill, Sarah, Petrow y Poire están a punto de caer desmayados. Entran damas elegantes con ramos de flores y vestidas de soirée, unas y otras con los trajes típicos rusos. Se oyen cada vez más fuertes las aclamaciones.)

OFICIALES Alteza Real: la Soberana sois del regimiento que ha de combatir. Si los mandáseis vos, vuestros hulanos, siempre estarán dispuestos a morir de amor.

Sabrán luchar
y por vos, valientes vencer
en la batalla,
que una gentil mujer
siempre ayuda a triunfar.

¡Hurra! ¡Hurra!

TODOS Alteza Real. Viva Su Alteza Real, del regimiento gloria y honor.

(Entra el Gobernador seguido de algunos generales y altos funcionarios. Una compañía de cosacos se co-

loca ante la cristalería del foro. Tantas ella se agolpan curiosos, aldeanos rusos, etc.)

GOBERNA. De Su Alteza es la fiesta en honor,
redoblen los tambores sin cesar.
Por probaros el pueblo su amor
la ciudad quiso iluminar.
Todo es fiesta y alegría,
la carroza esperando está.

TODOS Todo es fiesta y alegría
en honor de Su Alteza Real.

GOBERNA. Al palacio podemos marchar,
de rosas el camino se llenó.
Todo el pueblo en las calles está
deseando rendiros honor.

(Avanzan las damas con flores que ofrecen a Sybill.
Funcionarios y generales se acercan después y besan su mano.)

PETROW (Los clarines al sonar,
las campanas con su son,
sólo logran aumentar
mi tristeza y mi emoción.
El peligro arrostraré
pues mayores los vencí,
pero tiemblo porque sé
que peligra mi Sybill.)

SYBILL (Con dolorosa amargura.)
(Quiero dejar este país
donde no crecen las flores,
quiero gozar y ser feliz
realizando mis amores.
Vamos a mi patria
donde hay alegría.
Es la hermosa libertad
felicidad.

RECITADO

SYBILL Agradezco con toda mi alma esta grandiosa acogida de mis súbditos. Y ahora ¡al baile!

POIRE (¡Ya veremos cómo salimos de ésta!...)

SYBILL Gracias, gracias. Nunca olvidaré este momento.

POIRE (Me lo figuro, ni yo tampoco.)

SYBILL ¡ En marcha ! (Todos saludan a Sybill con grandes reverencias. Las camareras, criados de librea y botones del hotel agolpados en la escalera la aclaman: Sybill va saliendo majestuosamente.)

Todos De Su Alteza es la fiesta, en honor, repiquen las campanas sin cesar. Por probaros el pueblo su amor la ciudad os aclamará.

¡ Hurra ! ¡ Hurra !

(Petrov está en pie a unos pasos de Sybill en actitud militar y con todo respeto. Sybill toma su brazo con majestad e indiferencia y va saliendo con lento paso y arrastrando su manto de corte, de pieles. Siguen detrás el Gobernador con Sarah y luego Poire, a quien sostienen dos soldados porque va muerto de miedo. Las damas les siguen y detrás los soldados. En el momento del desfile, un oficial de cosacos ordena a sus hombres que formen calle hasta el foro en dos filas, y por entre ellas pasa el cortejo. El personal del Hotel se retira, y cuando la comitiva está ya en la calle un oficial de cosacos grita:)

OFI. COS. Soldados. ¡ Atención ! Dos centinelas en cada una de las puertas de los aposentos de Su Alteza. (Dos soldados suben por la escalera.)

OFI. HULA. (Entrando por el foro.) Su Alteza ha olvidado un cuello de pieles sobre la chimenea de su cuarto.

MAITRE (A un criado.) Subamos por él en seguida. (El mozo sube por la escalera, detrás el Oficial, y va a seguirle el Maitre, pero se detiene en el segundo escalón al oír las campanillas de un trineo, pero después de vacilar un momento sube también.)

(Entran en escena, después de descender de un trineo que se para ante la puerta del foro, el ARCHIDUQUE, vestido con un largo manto y casco con un águila de oro y penacho de plumas de avestruz, y AYUDANTES 1.^o y 2.^o con vistosos uniformes.)

ARCHIDU. ¿ Cuánto tiempo hemos tardado ?

AYUDA. I Tres horas y cuarto, Alteza.

ARCHIDU. Hemos venido de prisa.

AYUDA. 2 Cumpliendo los deseos de Vuestra Alteza.

ARCHIDU. Quiero dar una sorpresa a mi augusta esposa. Hasta mañana no era esperado aquí.

MAITRE (Que baja por la escalera.) ¿En qué puedo servirles? ¿Descan los señores oficiales un cuarto para pasar la noche?

AYUDA. 1 Está usted hablando con Su Alteza el Archiduque Constantino.

MAITRE Alteza, perdón.

ARCHIDU. ¿Está mi esposa la Archiduquesa en sus aposentos?

MAITRE Su Alteza salió hace un instante hacia el palacio del Gobernador donde va a celebrarse una fiesta.

ARCHIDU. ¿Una fiesta al anochecer? Me parece algo pronto. Bien. Iremos allá.

MAITRE ¿Aviso por teléfono?

ARCHIDU. No. Soy amigo de las grandes sorpresas.

COCHERO (Saliendo a escena malhumorado.) ¿Pero hasta cuándo voy a estar esperando con el coche? Ya estoy harto de ver caer copos de nieve.

ARCHIDU. ¿Qué quiere este hombre?

COCHERO Que esperaba al oficial y a la Archiduquesa y no salen, y no me pagan...

MAITRE Tome usted y váyase. (El cochero hace mutis.)

ARCHIDU. (¿Mi mujer en un coche alquilado y con un oficial? ¡Es extraño!) (El Oficial de huanos baja por la escalera con el cuello de pieles de Sybill. Al ver al Archiduque se cuadra militarmente.)

ARCHIDU. Teniente, ¿dónde va usted tan de prisa?

OFICIAL Al baile, con su permiso. Llevo a Su Alteza el cuello de pieles que se olvidó.

ARCHIDU. No se moleste. Soy el Archiduque y voy al baile. Yo se lo llevaré a mi esposa.

OFICIAL Alteza.

ARCHIDU. (Contemplando el cuello. Qué perfume tan extraño. Juraría que este no es el perfume

que usa la Archiduquesa. Es singular...
Muy singular. Este no es el perfume de
mi mujer... En fin... ¿quién sabe? (A sus
ayudantes.) ¡Al baile, señores, al baile!
(Sale preocupado con el cuello de pieles en la mano
y meneando la cabeza con aire de duda. Le siguen los
oficiales y ayudantes.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Decoración. Salón del palacio del Gobernador, lujosamente amueblado. Cuatro puertas a derecha e izquierda, grandes y con ricas galernas y cortinones. A la derecha una gran chimenea de mármol jaspeado y delante un sofá. En el fondo gran cristalería que ocupa dos terceras partes de la escena, cubierta con un gran cortinón, que al descorrerse deja ver un pintoresco paisaje nevado a la luz de la luna. En la otra tercera parte del fondo, retrato del Soberano y bajo éste un mueblecito con servicio de té y botellas con licores; al lado una mesita con sillas. Delante de la cristalería otra mesa de poco tamaño con el "Samovar". El suelo cubierto de rica alfombra. Espléndida iluminación.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, SYBILL, siempre en su papel de Archiduquesa, está saludando a los invitados que le va presentando el GOBERNADOR. Los invitados visten: Ellas, trajes nacionales rusos, unas y otras toilettes de soirée muy modernas. Ellos, de frac algunos, pero la mayoría con vistosos uniformes de gala civiles y militares.

RECITADO SOBRE LA ORQUESTA

GOBERNA. Alteza; tengo el honor de presentaros a vuestros súbditos.

POIRE (Apuntando su respuesta a Sybill.) (Mi mayor satisfacción...) (Simula seguir en voz baja.)

SYBILL Mi mayor satisfacción es que toda la ciudad me acoge con cariño...

POIRE (Juego anterior.) (Estoy emocionada...)

SYBILL Estoy emocionada ante tantas pruebas de lealtad.

GOBERNA. (Reverencia.) ; Alteza !

- POIRE (Aparte a Sybill.) (Pregúnteles por la industria y la agricultura.)
- SYBILL. Supongo que la industria y la agricultura progresarán en mi Ducado.
- GOBERNA. ¡Oh, Alteza! En nuestra ciudad floreciente **no hay pobres.**
- SYBILL. ¿Es que todos son ricos?
- GOBERNA. No. Es que a los pobres los echamos.
- SYBILL. ¿Y la cosecha? ¿Ha sido buena?
- GOBERNA. ¡Oh, Alteza! Al principio iba mal... pero después... después fué peor. Se ha perdido.
- SYBILL. Estoy encantada de todos. El elemento militar merece todos mis elogios.
- GOBERNA. Gracias, Alteza. (Reverencia de todos los militares.)
- PORE (Aparte a Sybill.) (Y el civil...)
- SYBILL. Y el elemento civil todos mis aplausos.
- GOBERNA. Ahora, Alteza, dignaos designar a la persona que ha de inaugurar los bailes.
- SYBILL. Yo misma. Quiero demostrar a mis súbditos que soy en este instante completamente feliz. Vamos. (Ofrécele Petrow su brazo respetuosamente, ella acepta y salen con mucha majestad por la izquierda, seguidos de todos los personajes, menos los de la escena siguiente. Bis de música, para el mutis.)

ESCENA II

GOBERNADOR y POIRE.

- GOBERNA. ¿Qué tal la fiesta? ¿Le agrada, señor empresario?
- POIRE. ¡Oh, excelencia! Me estoy divirtiendo como un loco. (Irónicamente.)
- GOBERNA. En confianza, amigo Poire. Viendo estas mujeres tan hermosas, ¿no se le ha ocurrido nunca la idea de la fuga?
- POIRE. ¿Qué si se me ha ocurrido? ¡Lo que es **que no van a dejarme!**
- GOBERNA. ¡Bah! Usted es un hombre feliz. Siem-



pre entre mujeres hermosas habrá aprendido a enamorarlas ; Si quisiera usted aconsejarme...

POIRE ¿Un consejo?

GOBERNA. Sí, amigo Poire. Yo estoy enamorado.

POIRE Hombre. ¿Y de quién?

GOBERNA. ¡De un ángel?

POIRE Y ese ángel moscovita, ¿le corresponde?

GOBERNA. No sé. Ella está enamorada, según me ha dicho, de un majadero que no la sabe apreciar.

POIRE Comprendido. Un tonto de los que abundan.

GOBERNA. Justo. ¿Qué debo hacer para que se enamore de mí?

POIRE Muy sencillo. Hablarle mal del otro.

GOBERNA. Bien.

POIRE Obsequiarla con ramilletes y joyas. Y por último... Es usted simpático y voy a descubrirle el truco que inventé yo para seducir casadas en París.

GOBERNA. ¿Cuál es el truco?

POIRE Fingirse marido engañado y abandonado por su mujer.

GOBERNA. No comprendo las ventajas.

POIRE Muy sencillo. Un soltero es difícilmente admitido en el hogar de un matrimonio. Un casado inspira confianza y se le admite en la intimidad.

GOBERNA. Tiene usted razón.

POIRE Yo me hacía amigo de un casado por ese procedimiento, y cuando estaba de visita con su mujer hablaba de mi tristeza, de mi desesperación por el abandono de una ingrata. Total, que a las pocas visitas trataba de consolarme, el marido se reía de mí y yo me reía a un tiempo del marido y de la mujer.

GOBERNA. ¡Sublime idea ! Voy a ponerla en práctica ahora mismo.

POIRE ¡Ah ! ¿Pero la mujer está aquí en la fiesta?

GOBERNA. Naturalmente. Ya he tanteado el terreno y creo que es de las que caen.

POIRE ¿Conque de las que caen? ¡Qué gracioso! (Riéndose por hacerse agradable.) Y ¿quién es, quién es?

GOBERNA. (Con misterio.) Sybill.

POIRE (Alarmado.) ¿Cuál de ellas?

GOBERNA. ¿Cómo cuál de ellas? La artista contratada hoy en dos mil rublos.

POIRE (Asustadísimo.) ¿Esa? ¿Qué ha de ser esa de las que caen! ¡Ni siquiera de las que oscilan! ¡Imposible!

GOBERNA. Con su plan, no. Es admirable, amigo mío. Con él estoy seguro de triunfar. Gracias. Muchas gracias. (Mutis izquierda, dejándole con la palabra en la boca.)

ESCENA III

POIRE, luego UN UJIER y después ARCHIDUQUE y AYUDANTES 1.^o y 2.^o

(Un Ujier cruza la escena sin ser visto por Poire.)
POIRE (Desesperado.) ¡Mi plan! ¿De modo que era Sarah la que enamoraba y yo le he descubierto el truco para conquistar a mi propia mujer? ¿Y yo soy el hombre de quien Sarah está enamorado, por lo tanto el Gobernador me ha llamado tonto y yo majadero? Oh, pues yo no voy a darme a mí mismo una bofetada; pero al Gobernador, vaya si se la doy. ¡Ahora mismo! (Pasea agitado. Oyense tambores. Un Ujier atraviesa la escena de derecha a izquierda y a continuación entra por la derecha el Archiduque, vestido como en el acto anterior y seguido de los Ayudantes 1.^o y 2.^o)

POIRE (Encarándose con el Archiduque.) ¿Quién es usted?

ARCHIDU. ¿Que quién soy? El Archiduque Constantino. (Sonriendo.)

POIRE ¡Atiza!... ¡Alteza! (Cae medio desvanecido en brazos de dos criados que le sacan de escena.)

ESCENA IV

ARCHIDUQUE, GOBERNADOR, DOS AYUDANTES, luego SYBILL, PETROW, SARAH y CORO GENERAL (damas, funcionarios, oficiales, invitados, etc.)

GOBERNA. (Saliendo con el Ujier y haciendo una gran reverencia al Archiduque.) ¡Oh, Alteza! ¿En mi palacio? Qué honor tan grande, tan inmenso.

ARCHIDU. (Quitándose manto y casco, que entrega al Gobernador y éste a dos criados.) He querido dar a mi esposa una pequeña sorpresa. Anticipé mi viaje; al llegar al hotel supe que estaba en la fiesta y vine al punto.

GOBERNA. Avisaré a Su Alteza. (Intención mutis.)

ARCHIDU. ¡No! Prefiero que mi llegada le sorprenda. (Entran por la izquierda damas y caballeros, etcétera.)

GOBERNA. (Que mira hacia la izquierda.) Su Alteza viene allí, en medio de un grupo de damas.

Música

(En la orquesta una marcha para la salida.)

GOBERNA. ¡Qué sorpresa va a tener al encontrarnos!

ARCHIDU. Es muy posible. (Aparece Sybill acompañada de Petrow, luciendo una lujosísima toilette de baile y sin manto. Al verla el Archiduque se admira y pregunta a uno de sus Ayudantes:) ¿Quién es aquella mujer tan hermosa? ¿La conoce usted?

AYUDA. I. Alteza, no tengo el honor...

SYBILL. (A Petrow por el Archiduque.) ¿Quién es aquel oficial?

PETROW. (Le mira y dice:) No es oficial, es... (Reconociéndole.) ¡¡ Es el Archiduque!! ¡¡ Estamos perdidos!! (Sybill y Petrow, poseídos de espanto, se quedan en pie en el centro de la escena, sin avanzar.)

- GOBERNA. (Haciendo una gran reverencia al Archiduque ¡Alteza! (Otra a Sybill.) ¡Alteza!
- ARCHIDU. (Sorprendido.) (¡Ah! ¿De modo que esta es la que se hace pasar por mi mujer?) (Se acerca a Sybill y la contempla un rato. Pausa.)
- AYUDA. I (Queriéndole apartar.) (¡Cuidado, Alteza!... No sabemos quién es.)
- ARCHIDU. (Aparte al Ayudante, que se retira.) (Yo nunca he tenido miedo de una mujer tan hermosa como esta.)
- GOBERNA. ¡Vivan los Archidukes!
- TODOS ¡Vivan!
- SYBILL (Se acerca temerosa al Archiduque y va a arrodillarse; pero el Archiduque se lo impide.) ¡Alteza!
- ARCHIDU. (Con ironía, fingiendo cariño.) ¡Anna, mi adorada esposa! La impaciencia de veros me hizo adelantar el viaje. Comprendo vuestra sorpresa y vuestra alegría. Eso prueba cuánto me amáis.
- SYBILL Alteza... No comprendo...

Música

- (Recitado.)
- ARCHIDU. ¿Cómo? ¿No comprendéis lo que siente el corazón de un hombre que ama a su mujer y que ha estado lejos de ella más de dos semanas?
- SYBILL (Confusa.) Alteza... ¿Yo?... ¿Yo?...
- ARCHIDU. (Cantado.)
 ¿Por qué? ¿Por qué
 tan triste al verme estáis,
 si yo ya sé
 lo mucho que me amáis?
 Venid... venid.
 Decidme vuestro amor.
 Quiero feliz ver sonreír
 rostro tan seductor.
- SYBILL Señor, piedad,
 tened piedad de mí.
- ARCHIDU. ¡Callad... callad!
 ¿Por qué me habláis así?

SYBILL Perdón, señor.

Mi falta disculpad.

CORO ¡Cuánto candor !

Qué majestad
tiene Su Alteza Real.

ARCHIDU. (Acercándose amoroso a Sybill.)

Bella esposa, cariñosa,
yo mi viaje apresuré
por mirar tu cara hermosa,
que es la gloria que soñé.

Impaciente yo venía
tus palabras a escuchar.

Y ahora en premio, esposa mía,
vamos juntos a bailar.

(Coge por la cintura a Sybill. Ella se resiste, pero él la obliga dulcemente a valsar. El coro inicia el movimiento de vals hasta cogerse por parejas y hacer mutis al final de la estrofa.)

SYBILL Por favor, callad.

No os burléis de mí.

Perdonadme, castigadme,
pero no me habléis así.

ARCHIDU. Te hablaré de amor

y me escucharás

como otras veces me oyes
al compás del vals.

CORO (Bailando hasta hacer mutis.)

ELLOS

ELLAS

Escuchar el vals
junto a una mujer
es un eco de caricias
y es recuerdo del placer.
Te hablaré de amor
y me escucharás
como otras veces me oyes
al compás del vals.

Escuchar el vals
es dulce placer
y es un eco de caricias
que nos hablan de un querer.
Háblame de amor,
háblame al bailar
como otras veces te oigo
al compás del vals.

(Quedan solos en escena Sybill y el Archiduque. Al notarlo la primera, junta las manos suplicante y canta:)

SYBILL Señor, señor,

tened de mí piedad.
¡ Por compasión,
dejadme, Majestad !
¡ Perdón !

ARCHIDU. ¿ De qué,
mi esposa angelical?
Siempre os amé,
vuestro seré,
hermosa Alteza Real.

SYBILL Noble Alteza, yo he pecado,
pero sólo por mi amor.
Si como hombre habéis amado,
no abuséis de mi dolor.
Perdonadme y os ofrezco
esta fiesta no olvidar.
Si el perdón no le merezco;
siempre os he de recordar.

ARCHIDU. Por favor, callad.
No me habléis así.
Hoy es día de alegría
y esta fiesta es para mí.

SYBILL No me habléis de amor
al compás del vals.

LOS DOS Ha sido un dulce sueño
que nació al bailar.

(Durante la orquesta sola el Archiduque obliga a bailar a Sybill; ésta indica con sus ademanes el sacrificio que le cuesta. En una de las vueltas de vals leanto él quiere besarla y ella se deja caer hacia atrás, huyéndole; intenta él nuevo beso y ella repite lo que hizo, y entonces hacen mutis bailando por la izquierda.)

ESCENA V

AYUDANTES 1.^o y 2.^o; luego el ARCHIDUQUE.

Hablado

AYUDA. I (Entrando por la derecha con el Ayudante 2.^o Los dos muy nerviosos y agitados.) ¿Qué le parece a usted?

- AYUDA. 2 ¡Inconcebible! Su Alteza se ha metido en una aventura cuyo resultado no se puede adivinar.
- AYUDA. 1 Nadie conoce aquí a esa mujer, puesto que todos han creído que es la verdadera Archiduquesa. ¿Quién sabe si lo que se propone es atentar contra la vida del soberano?
- AYUDA. 2 Aunque no sea así, el escándalo va a ser grandísimo y nuestra responsabilidad enorme.
- AYUDA. 1 (Que mira hacia la izquierda.) Su Alteza viene. **Voy a llamarle la atención.**
- AYUDA. 2 Sí. Es preciso. (Pasean agitados. El Archiduque entra en escena por la izquierda, y cuando va a salir por la derecha, después de atravesar el salón, el Ayudante 1.º le dice:)
- AYUDA. 1 Perdonadme, Alteza. Un asunto gravísimo. Esa mujer...
- ARCHIDU. Es hermosísima y baila admirablemente.
- AYUDA. 2 Pero Alteza... reparad en los riesgos de la aventura.
- AYUDA. 1 Vuestra Alteza no la conoce, y después de que se ha atrevido a suplantar a la Archiduquesa, nosotros somos responsables.
- ARCHIDU. Me encanta la aventura y he de llegar hasta el fin.
- AYUDA. 1 Es que...
- ARCHIDU. Yo les aseguro que no habrá escándalo.
- AYUDA. 2 Pero Alteza...
- ARCHIDU. Inútil insistir. Soy dueño de mis actos; soy el Archiduque. ¡Obedeced!

ESCENA VI

POIRE, POIRE, SARAH, GOBERNADOR, NUEVE DAMAS y
NUEVE CABALLEROS.

POIRE (Desesperado porque los otros le sujetan.) ¡No!
¡Dejadme! Quiero decírselo todo a Su Alteza. Yo soy inocente.

- ARCHIDU. ¿Qué quiere este hombre?
- POIRE ¡Deciros toda la verdad, Alteza!
- GOBERNA. Pero si no dice más que tonterías.
- POIRE Si le llama a usted tonterías a hacerle el amor a mi mujer.
- SARAH (Va a decirlo todo.)
- ARCHIDU. (Riendo.) ¿Pero esto es una burla?
- SARAH Perdonadle, Alteza. Este hombre me ama, está loco por mí, y al comprender que mi corazón es ya de otro... (Mirando al Gobernador con fingido cariño.) desvaría.
- POIRE (A Sarah.) ¿Pero cómo no voy a quererte si eres Sarah, mi mujer?
- GOBERNA. ¡Está usted loco! Esta mujer es Sybill... La gran cantante Sybill, que compade-cida por el abandono en que me dejó aquella otra mujer que trato de olvidar...
- POIRE (Desesperado.) ¿Lo veis? ¡El truco! ¡El truco!... No le hagas caso, Sarah. Dile quién eres. Dilo para que todos lo sepan.
- SARAH Calma, amigo Poire. De sobra sabe usted y saben todos que yo soy Sybill. (Entran Damas y Caballeros.)
- POIRE ¿Que tú eres?... ¿Que yo soy?... ¡Es para volverse loco!
- ARCHIDU. (A los invitados.) Efectivamente, loco por una mujer. Es frecuentísimo. Hermosas damas, consoladle. Ya que una de vuestro sexo hizo el mal, a vosotras toca repararle y a vosotras darle un consejo. (Dirigiéndose sucesivamente a las Damas y a los Caballeros que se habrán colocado en dos filas dobles, unos a la derecha y otros a la izquierda, dando frente a Poire que está en el centro, y de perfil al público. El Archiduque hace mutis.)

Música

(Durante el ritornello de música sola avanzan hacia Poire cuatro pasos Sarah y las Damas y retroceden haciéndole burla con la mano en la nariz en forma

de abanico. Gobernador y Caballeros hacen lo mismo a continuación, todo con el más riguroso compás. Después se coloca en el centro de la escena Poire, y a ambos lados, en semicírculo, dando frente al público las damas, a la izquierda con Sarah en el centro, y los Caballeros y el Gobernador a la derecha. Con la frase correspondiente se lo llevan a un lado y a otro para quedar colocados como al principio y avanzar otros cuatro pasos con las manos en la cintura al cantar: «Mujer, mujer, etc.» En el momento de orquesta sola se agrupan alrededor de Poire que levanta los brazos con las manos abiertas. Damas, Caballeros, Sarah y Gobernador, sacan unas cintas de raso de unos tres metros de largo, rojas las de los caballeros y azules las de las señoras, y todas ellas provistas de una anilla dorada en uno de los extremos, e introducen las anillas en los dedos de ambas manos de Poire, conservando el otro extremo entre las suyas, y de este modo vuelven a su sitio manteniéndolas tirantes. Poire se acerca una de las manos al oído, mientras los de aquel lado cantan, simulando oír por teléfono; y durante ese tiempo los del otro lado cruzan cinco por debajo de los otros cinco y luego viceversa. Por último, durante el ritornello de orquesta sola, se coloca Poire en el centro del escenario con los brazos en alto sosteniendo las cintas. Sarah y el Gobernador delante hacia la concha del apuntador con las cintas tirantes y detrás, en cuatro filas, Damas y Caballeros lo mismo, y de este modo procurando la mayor uniformidad dan una vuelta por la derecha del escenario, hasta salir por segundo término izquierda, acelerando la marcha al mutis y levantando mucho los pies hacia atrás.)

SARAH

Oiga, amigo Poire
lo que ha de hacer.

DAMAS

Si se quiere curar.

POIRE

¡ Tiene mucha gracia
mi mujer !

SARAH

DAMAS

} Atención y a escuchar.

GOBERNA. Es muy peligroso
juego, el del amor.

UNIS

CABALLEROS

DAMAS

Es la mujer muy peligrosa. Pues cásese si quiere ser
feliz, amigo Poire,
porque el matrimonio es
la paz.

ELLOS Jamás, jamás
se debe usted casar,
amigo Poire,
porque el matrimonio es
rabiarse.

—

POIRE Yo de las mujeres he de huir.
DAMAS Haces mal, pobre Poire.
GOBERNA. No se deje nunca seducir.
CABALLE. O tendrá que llorar.
SARAH Sólo una mujer
le ha de hacer feliz
y a esa debe usted buscar.

UNIS

DAMAS Toda mujer que sienta amor
podrá consolar tu dolor.
CABALLE. Toda mujer que miente amor
te hará padecer un dolor.

SAR. Y DAM. (Avanzando y retrocediendo.)
¡Mujer! ¡Mujer
que siempre te hable de querer
tus penas puede consolar!

GOB. Y CAB. (Avanzando y retrocediendo.)
¡Mujer! ¡Mujer
que siempre en celos ha de arder
es una gran calamidad!

POIRE ¡Mujer! ¿Por qué te habrá hecho Dios?
¡Mujer! Con cara angelical.

DAMAS

(Remedándole.)

¡Mujer! ¡Mujer!
Siempre nos han de criticar
y venir detrás.

(Evolucionando para colocar las cintas en la forma indicada.)

SAR. Y DAM.

(Hablando por las cintas a modo de teléfono.)

No haga usted caso,
que eso no es verdad,
que la mujer
modelo es de bondad.
¡Que hay mucho pillo!
¡granuja! ¡tunante!
que nos engaña
cuando es nuestro amante.

GOB. Y CAB.

(El mismo juego.)

Una mujer no cesa de fingir
y al hombre siempre le esclavizará,
y cuando el hombre de ella quiere huir
de pies y manos atado está.

UNIS

DAM. Y SAR.

No haga usted caso,
etc., etc.

Una mujer no cesa de sentir
y al hombre siempre le idolatrará,
y cuando el hombre quiere de ella huir
¡de pies y manos atado está!

GOB. Y CAB.

Hágame caso que esta es la verdad,
porque el amor es gran calamidad,
y una coqueta que toma un amante
es por burlarse de él un solo instante.
Una mujer no cesa, etc.

(Orquesta sola. Evolución indicada y mutis.)

ESCENA VII

SYBILL, que sale a escena por la izquierda, preocupada, y va a sentarse en primer término. PETROW, que sale por término diferente, la contempla un instante y se acerca a ella.

Hablado

PETROW

¿Qué tienes, Sybill?

SYBILL ¿Y tú? ¿Crees que no descubro en tus ojos la preocupación? ¿Qué ha ocurrido?

PETROW Acabo de hablar con uno de los ayudantes del Archiduque y me ha confesado que, aunque esté oculta su cólera para evitar el escándalo, piensa tomar **vengeza de mí.**

SYBILL No es ese, a pesar de todo, el mayor peligro.

PETROW ¿Te ha amenazado a ti también?

SYBILL Por el contrario, está amable... Demasiado amable.

PETROW (Amenazador.) Oh, eso no. Puede mandarme a la Siberia pero no arrebatarme tu **carño.**

SYBILL Petrow, de todo cuanto ocurra somos los únicos culpables. Sólo hay un medio de **salvarnos.**

PETROW ¿Cuál es?

SYBILL La Archiduquesa. Según el telegrama que nos entregó el Oficial Postillón, ya debe haber llegado; corre al hotel, confíesale lo ocurrido, haz que sus celos despierten, exagerando un poco el amor que el Archiduque me demuestra.

PETROW Pero dejarte sola...

SYBILL Fía en mí. Creo que puedes hacerlo.

PETROW Siempre, Sybill, siempre. Voy a referírselo todo a la Archiduquesa. A encender sus celos con los míos. Ella sola puede **salvarnos.** (Hace mutis decidido. Sybill va a la puerta a despedirle.)

SYBILL Adiós.

ESCENA VIII

SYBILL y POIRE; en seguida, SARAH. Entra Poire por la izquierda sin advertir que no está solo, gesturando nerviosa y cómicamente, se sienta en la derecha y deja escapar un suspiro. Luego se levanta, se sienta en otro mueble y nuevo suspiro. Entra también por

la izquierda Sarah, le mira irónicamente, y al segundo suspiro, se echa a reír lo mismo que Sybill que también le ha visto.

POIRE (Suspirando.) ¡Ay! (Pausa. Se levanta, va a otra silla, donde está la espada de uno de los ayudantes del Archiduque, y hace ademán de clavársela en el pecho apoyándola en el suelo, pero sin desenvainarla. Nuevo suspiro.) ¡¡Ay!!

SYBILL }
SARAH } (Carcajada.) Ja, ja, ja!

POIRE ¿Quién se ríe? (Viendo a Sarah.) ¿Tú? ¿Te ríes tú? (Trágico.)

SYBILL ¡Ja, ja, ja! Poire.

POIRE ¿Y usted también?

SYBILL Yo creo que una Archiduquesa puede reír sin el consentimiento del empresario Poire.

POIRE (Trágico.) ¡Sybill! Usted se está jugando su cabeza... y la mía, que es lo peor.

SARAH (Burlona.) ¿Pero tú te has creído que tienes cabeza?

POIRE Demasiado lo sabes tú; que con el Gobernadorcito me estás poniendo... me estás poniendo de un humor imposible. ¡Y para remate se ríen ustedes!

SYBILL Porque la risa es nuestra única defensa. Si nos ven reír sin temor, podrá todo terminar en broma, pero si empezamos por ponernos trágicos, esto acabará naturalmente en tragedia.

POIRE Sí. Tiene usted razón. Me avergüenza que sea usted tan valiente, siendo mujer, y yo tan... Bueno, es de familia. Mi padre cuando oía pasar tropa se metía en la cama.

SARAH ¡Animo, Poire!

SYBILL ¡Viva la alegría!

Música

SYBILL No se apene, amigo mío,
porque un hombre no ha de llorar.

POIRE De pensarlo siento el frío

SARAH que en Siberia voy a pasar.
Piensa en tu París
y en tu Music-Hall,
y procura sonreír.

POIRE Yo pienso en Tolstoi,
pienso en Tourgueneff
y el señor de Kropotkine.

(Entre las dos le hacen bailar como un muñeco. El se deja hacer sollozante.)

SYBILL }
SARAH } Vamos no tome } las cosas así
 tomes }
que todo puede cambiar.
Yo soy mujer y jamás temí.
Ande {
Anda { porque la alegría es bailar,
y lo mejor es reír,
y es tonto sin cesar
 sufrir.

SYBILL El «mañana es un misterio
que sorpresas nos puede dar.

POIRE El asunto es ya muy serio
y en Siberia tiene el final.

SARAH Piensa en el amor,
piensa en tu Sarah
que te brinda su querer.

POIRE Es que hace el amor
el Gobernador
a esta pícara mujer.

(Vuelven a hacerle bailar entre las dos.)

SYBILL }
SARAH } Vamos no tome } las cosas así
 tomes }
que todo puede cambiar.
Yo soy mujer y jamás temí.
Ande {
Anda { porque la alegría es bailar,
y lo mejor es reír,
y es tonto sin cesar
 sufrir.

(Durante la orquesta sola comienzan a bailar los tres, pero al cabo Sarah le obliga a hacer mutis bailando y

arrastrándole mientras el se deja llevar rígido como un maneco. Sybill queda sentada en la derecha.)

ESCENA IX

SYBILL y el ARCHIDUCHE.

Hablado

ARCHIDU. (Acercándose a Sybill que quedó pensativa.) Anna, querida esposa... ¿Por qué me dejáis solo? La fiesta está desanimada sin vuestra presencia.

SYBILL ¡Por favor, Alteza! No me atormentéis por más tiempo. ¡Tened piedad de mí!

ARCHIDU. (Exagerando mucho su galantería.) Mi querida Anna Paulowna, no comprendo lo que me decís.

SYBILL Alteza, yo os lo confesaré todo, y estoy segura de que me perdonaréis.

ARCHIDU. ¿Qué me vais a contar que yo no sepa? ¿Nuestro primer día de amor? No lo he olvidado. Todavía recuerdo la primera vez que os ví en el baile de la Corte, la primer sortija que os regalé, el primer beso que me disteis... ¡Oh! ¡Ese sobre todo, nunca lo he olvidado!

SYBILL Alteza... dejadme deciros...

ARCHIDU. (Interrumpiéndola.) ¿Que me amáis? Hace tiempo que he recibido de ello inequívocas pruebas, mi adorable Anna Paulowna.

SYBILL ¿Qué os proponéis? ¿Qué queréis de mí?

ARCHIDU. Vuestro amor. (Apasionado.)

SYBILL (Con dignidad, un poco dolorosamente.) Alteza. La situación extraña en que las circunstancias me colocaron os ha hecho pensar que soy una aventurera llena de audacia, que quiso llegar hasta Vuestra Alteza para conseguir honores y fortuna...

ARCHIDU. (Sincero.) Os engañáis. He sabido leer en vuestros ojos la angustia, la sinceridad y el terror.

SYBILL. ¿Y si adivinásteis, por qué no otorgáis el perdón generosamente?

ARCHIDU. Porque empiezo a amaros de veras, (Con pasión. Pausa.) Sybill... (Cariñoso.)

SYBILL. Señor...

ARCHIDU. (Sentándose a su lado.) La comedia que ahora representamos tendrá un desenlace... (Alegremente.) ¿Le adivináis?

SYBILL. (Sonriendo.) Sí, Alteza. La heroína se casará con el hombre que ama, con el valeroso teniente Petrow. Es el final obligado de todas las comedias.

ARCHIDU. (Contrariado.) En Rusia, no. Os habéis figurado la comedia más alegre de lo que es en realidad. Hay comedias dramáticas también. ¿Olvidáis que en Rusia tenemos una Siberia? (Un poco amenazador.)

SYBILL. (Aterrada.) ¿Qué decís?

ARCHIDU. (Un poco sarcástico.) Antes de llegar al desenlace habrá una escena impetuosa como una tempestad. En esa escena un hombre que soñaba el consuelo de vuestro amor, un hombre poderoso, cuya voluntad es ley y cuyo corazón es fuego, no consentirá la burla que se hizo de sus ilusiones... Su cólera es terrible, y sólo podría calmarla una mujer hermosa (Con pasión.) que con su mano blanca y fina apartase de su frente las ideas de venganza, acariciándole y diciéndole en un momento de abandono y de felicidad... «¡Te amo!»

SYBILL. (Con intención.) ¿Y ese poderoso señor olvidará que nada valen las caricias que finge una artista? ¿Como caballero, aceptará el doloroso sacrificio de una mujer? ¿Como hombre, no comprenderá que las palabras de amor que escuche irán dirigidas a otro y no tendrán más objeto que salvarle?... Alteza... No amenacéis nunca para rendir al amor. En amor se vence sin lucha.

ARCHIDU. Esperad. El amor necesita del ambiente. El amor no tiene palabras. Habla por él con su misterio la naturaleza, la noche con su poesía...

SYBILL. Es difícil...

ARCHIDU. Dejaos hacer el amor de quien estando hecho a ordenar, os suplica. (Va al ventanal del fondo y deja al descubierto, descorriendo el cortinón, la cristalería del foro, por la que se ve el paisaje nevado que ilumina la luna. Luego apaga la luz, quedando la escena sólo iluminada por la luz de la luna y el resplandor del fuego que arde en la chimenea.)

SYBILL. (Que contempla el paisaje.) ¡Hermosísimo!

Música

ARCHIDU. (Recitado.) Este ambiente es propicio para los diablillos del amor... El fuego arde como en nuestros corazones... Oídme, Sybill.

(Cantado.)

Del fuego el resplandor
en el amor hace soñar.

SYBILL. La blanca nieve lo apagará.

ARCHIDU. La leña se retuerce
entre las llamas sin cesar.

SYBILL. Tal vez suspira
por libertad.

ARCHIDU. (Apasionado.)

Tu boca fresca
mi sed ha de calmar.

SYBILL. (Burlona.)

Tened cuidado.
porque es de nieve y os va a helar.

ARCHIDU. Es la hora dulce
misterio del amor.

SYBILL. Es la hora triste
para quien tiene un gran dolor.

(Sybill se abandona un poco en sus brazos.)

LOS DOS. Como un rayo de luna fué
la ilusión del amor que soñaba.
Huyó, y ahora su luz se ve

con débil resplandor.
Aquel soñar encantador
en el alma no vuelve a brillar ;
del sueño quiero despertar.

ARCHIDU. Sólo por recordar lo que soñé.

SYBILL (Mimosa y suplicante, aprovechando la emoción del Archiduque para hacerse perdonar.)

Si yo por un amor peque
me habéis de perdonar.
¡ Señor !... ¡ Piedad de mí !...

(Orquesta sola. Sybill se pone en pie. El Archiduque va a acercarse a abrazarla, ella le rechaza y rápidamente va a dar luz en la escena.)

ARCHIDU. (Hablando:) ¡ Sybill !...

SYBILL (Idem.) ¡ NO ! (Va a dar la luz.)

ARCHIDU. (Idem.) Tenéis mucho talento.

SYBILL (Cantado.)

Si yo por un amor peque
me habéis de perdonar.

¡ Señor !... ¡ Piedad !... (Suplicante.)

ARCHIDU. Como un rayo de luna fué,
mas vino el despertar
y huyó su luz de aquí.

(Hace mutis por la izquierda con la última nota. Se suprime la segunda estrofa. Sybill queda pensativa. Luego va hacia el foro. Pausa.)

ESCENA X

SARAH y GOBERNADOR ; luego POIRE, después ARCHIDUQUE,
SYBILL e INVITADOS, y por último un LACAYO o UJIER, AR-
CHIDUQUESA y PETROW.

Hablado

SARAH (Entra huyendo del Gobernador que la persigue.)
¡ Excelencia, no me pellizqueis !

GOBERNA. Os adoro, hermosa artista. Cuando un
hombre de mis méritos adora a una mu-
jer, ésta se rinde.

SARAH (Sí ; de escucharle.)

- GOBERNA. Además, mis intenciones son honestas.
- SARAH (Con coquetería.) ¿No me engañáis?
- GOBERNA. (Apasionado.) Hermosa Sybill, mi sueño es hacerte mi mujer.
- POIRE (Que ha salido y escucha. Desesperado.) (¿Eh? ¿Qué dice? ¿Su mujer siendo la mía?)
- SARAH ¡Oh, excelencia! (Con coquetería.) No me hagáis concebir locas ilusiones. ¿Yo esposa de un gobernador?... ¿Yo gobernadora?
- GOBERNA. Sí; y con este abrazo sello nuestra unión futura. (Abrazo.)
- POIRE ¡El abrazo!... ¡El sello!... ¡Socorro!...
- INVITADOS (Saliendo. A la vez todos.)
—¿Qué hay?
—¿Qué pasa?
—¿Quién grita?
—¿Qué ocurre?
- (Archiduque y Sybill entran cada uno por un lateral.)
- POIRE ¡Este hombre acaba de abrazar a mi mujer, de prometer que se casaría con ella! ¡De darle un abrazo!
- GOBERNA. ¿Pero vuelve usted a lo mismo? ¿Cómo ha de ser su mujer?
- POIRE ¡Lo es! ¡Hablaré claro! ¡Diré toda la verdad! Explicaré la farsa, la comedia, (Llora.) la tragedia. Esta mujer no es Sybill esta mujer es Sarah; mi mujer ante Dios y ante la alcaldía.
- GOBERNA. ¿Pero estáis loco? ¿Volvéis a lo mismo?
- SYBILL Loco rematado.
- ARCHIDU. Dejadle. El pobre desvaría.
- POIRE No, Alteza Serenísimas. Estoy serenísimo. Esta mujer no es Sybill, oídlo bien; la verdadera Sybill, la célebre Sybill, es... es...
- UJIER (Anunciando.) La señorita Sybill Lefleur.
- POIRE (Loco de asombro.) ¡Otra! ¡Otra Sybill!... ¡Ya van tres! ¡Yo me vuelvo loco!

ESCENA XI

Entra en escena la ARCHIDUQUESA acompañada de PETROW y seguida de lacayos. Permanece un instante contemplando al Archiduque; luego Petrow le quita el manto que entrega a un lacayo.

Música

ARCHIDU. (Aparte al verla. A Sybill.)

¡ La Archiduquesa !

SYBILL (Al Archiduque.)

Su Alteza Real.

(Aparte. Hablado.) (Se hace pasar por Sybill.)

PETROW (Haciendo una reverencia a Sybill.)

Para dar brillo a la fiesta
os traigo aquí a la artista.

SYBILL (Aparte a Petrow.)

¿ La llamáis Sybill ?

PETROW (Aparte a Sybill.)

Así lo ordenó.

ARCHIDU. (Aparte a la Archiduquesa.)

Te he de explicar.

ANNA (Sin darse por enterada.)

Perdón, señor.

Me habéis de disculpar.

ARCHIDU. ¿ De qué ?

ANNA Falté

en la hora de llegar.

ARCHIDU. (Aparte a ella.)

Perdón.

ANNA No sé

qué debo perdonar.

Artista soy,

vengo a cantar

para su Alteza Real. ,

ARCHIDU. (Aparte a ella.)

Anna.

ANNA Sybill.

Mi nombre no cambiéis.

ARCHIDU. Vos sois...

ANNA Sybill,

para lo que mandéis.

No sé por qué
me pude retrasar.
Pero yo sé, que aun llegaré
a tiempo de bailar.

(En rápidos apartes.)

ARCHIDU. No penséis de mí con ligereza.
ANNA ¿Cómo he de pensar de Vuestra Alteza?
ARCHIDU. En secreto a solas he de hablaros.
ANNA No tengo ahora tiempo para escucharos.
ARCHIDU. Si me honráis, un vals tan sólo os pido.
ANNA Al teniente ahora se lo he prometido.
ARCHIDU. Pues el otro vals si gustáis.
ANNA Esta noche he de bailar
con un joven oficial

que en los vals llama a todos la atención.

ARCHIDU. Pues pudiera suceder
que le ordene no bailar,
y él al fin me tendrá que obedecer.

ANNA Esta noche he de bailar
con un joven oficial,
a quien hoy todas mis danzas otorgué.

ARCHIDU. (Molesto.)

Pues... no se atreverá
porque yo lo impediré.

ANNA (Burlona.)

Si gustáis, os le presentaré.

(Le presenta a Petrow, que se cuadra.)

ARCHIDU. (Yo lo impediré.)

(Archiduquesa y Petrow bailan; damas y caballeros les imitan. El Archiduque también comienza a bailar con Sybill, pero no aparta los ojos de la Archiduquesa y de Petrow.)

CORO Hermosa noche de placer y alegría,
yo jamás la he de olvidar,
que es siempre el vals ilusión de amor
y su ritmo me hace soñar.
La fiesta hermosa llegará al nuevo día,
hasta ver al sol lucir.
Oh, dulce vals, tú me harás sentir
la emoción divina del amor.

(Sybill trata de contener al Archiduque cada vez más nervioso e intranquilo, pero ella también comienza a

cair celos. Las parejas de invitados van haciendo mufis.)

ARCHIDU. Mirad... qué ardor... al bailar.

SYBILL No gritéis, por favor.

ARCHIDU. En sus ojos centellea
la locura del amor.

SYBILL ¿Qué decís, señor?

¡Eso no puede ser!

ARCHIDU. ¡Se van a besar
el teniente y mi mujer!

SYBILL ¡Majestad!

ARCHIDU. ¡Nô lo puedo tolerar!

SYBILL No gritéis.

ARCHIDU. ¡No lo puedo consentir!

SYBILL No gritéis.

ARCHIDU. ¡Lo he de impedir!

(El Archiduque, en un arrebato de celos, coge el sabello que está sobre la mesa su Ayudante, y va a arrojárselo a los Petrow. Están solos en escena los cuatro. Sybill se interfiere y quita el sabello al Archiduque. La Archiduquesa y Petrow han dejado de bailar al oír el grito del Archiduque. Petrow se cuadra militarmente. Poco a poco el Archiduque se va calmando ante las irónicas miradas de la Archiduquesa. Acaba por sonreír y dice irónico también.)

Teniente, sois feliz.

Las dos a un tiempo mostraron su ardor.
Mas no debo incomodar,

(A Sybill, muy apesadumada, para responder a la ironía de su mujer. Naturalmente, mira a Petrow quien tiene celos.)

si tengo aquí mi dulce amor,
que me ha de consolar y amar.

—

También yo puedo ser feliz
con mi esposa, que siempre me adora.
Sus besos calman mi dolor
porque es fuego su amor.
Sus ojos son el cielo azul,
cuando quiero su boca besar.

Sus brazos tienen para mí
cadena de placer al abrazar.
Su tallo quiero yo estrechar
en un sueño de amor
que sólo yo sentí.

(Va a un lateral, toca un timbre y aparece un lacayo a quien dice:)

Ya de partir la hora llegó.

ANNA

(Alarmada.)

¿Qué estáis haciendo?

ARCHIDU.

Lo vais a ver. (Van entrando los invitados.)

CORO

La fiesta toca ya al final.

Hasta el día yo he de bailar.

Su Alteza ha de partir,

pero yo quedo aquí.

La fiesta y su esplendor

me hacen ser feliz.

GOBERNA.

(Sale y hace una gran reverencia al Archiduque.)

Mandadme, Alteza.

ARCHIDU.

Tarde es ya, Su Alteza está cansada,
vamos al hotel y en nuestro cuarto
descansar podrá, siempre arrullada
por mis besos y mi amor.

SYBILL

(Asustada.)

¿Qué pretende?

ARCHIDU.

Yo seré su amante y dulce esposo.

SYBILL

(Aterrada.)

Sus ojos me asustan.

¿Qué intenta, Dios mío?

ARCHIDU.

(Imperativo.)

Ya podéis decir «adiós.»

SYBILL

(Despidiéndose de todos con gran desaliento al ver la actitud del Archiduque.)

La fiesta ya se terminó

y este día nunca olvidaré.

A todos, yo les digo adiós.

(Los lacayos traen los mantos y abrigos del Archiduque, Sybill y de la Archiduquesa, y van ayudándoles a ponérselos. Reverencias profundas a Sybill de cortesanos, autoridades, etc. Luego Sybill se acerca a Petrow, le mira tristemente y dice:)

Reciba usted mi triste despedida,
mi mano estreche en prueba de amistad,
y si el pasado en el placer se olvida
olvide usted tanta felicidad.

Aquel amor que fué ilusión perdida
olvidelo y olvide a su Sybill,
tenga valor y goce de la vida
ya que la suerte lo ha querido así.

GOBERNA.

Esperan los trineos la señal.

ANNA

(Despidiéndose de todos con afectación.)

Yo les pido su perdón
porque no puedo esperar,
y me marcho del palacio sin cantar.

Un mareo del calor
me tortura sin cesar.

Perdonad... pero no estoy bien de voz.

(A Petrow con gran coquetería.)

Usted me acompañará,
y una vez en el hotel
tomaremos una taza de café.

Y cuando esté mejor
y usted me hable de su amor
es seguro que me aliviaré.

(Recitado. Sigue música en la orquesta.)

PETROW

(Aparte a la Archiduquesa.) Alteza, por favor.

ANNA

(Aparte a él.) Abandonarme estando enferma sería descortés.

ARCHIDU.

(A la Archiduquesa.) ¿Cómo? ¿Pensáis que os acompañe el oficial?

ANNA

(Imitando el tono.) ¿Cómo? ¿Os vais con la Archiduquesa?

ARCHIDU.

(Retador.) ¿Y os atrevéis?

ANNA

(Altiya y decidida.) ¡Me atrevo!

ARCHIDU.

(A Sybill, furioso.) ¿Su brazo, señora?

ANNA

(Después de cambiar con el Archiduque una mirada que él sostiene.) ¿Su brazo, teniente?

ARCHIDU.

Veremos quién cedé antes.

ANNA

Lo veremos. (Las dos parejas se detienen en el centro de la escena, mirándose con gesto de reto: antes de llegar al foro vuelven a repetir el juego antedicho y salen. Los lacayos forman calle con grandes

de delirio de oro, con muchos bajios encendidos
y los ojos entre las cejas que truen los manto
(Quedan en el fondo del coro.)

(CORO) Hermosa noche de ilusión,
 en ella va a nacer
 un nuevo amor.

TEJÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Decoración: «Halla lujosísima en el primer piso del Gran Hotel. Es el lugar destinado a las habitaciones de Sus Altezas. Un primer terrazo, a derecha e izquierda, puertas de dos hojas practicable. La primera es la destinada a la Archiduquesa, la segunda a Sybil. El segundo término de la escena en semicírculo con una serie de columnas, al foro una plataforma o balcón-cillo saliente, situado unos tres metros y medio más alto que la escena, que deja ver una gran galería, y al que se sube por una escalera de mármol blanco con barandilla de bronce dorado, en semicírculo o semicircular, de modo que el arranque dé frente al público y la unión con el balcón-cillo o plataforma por el lateral derecho. Bajo la citada plataforma, otra puerta de dobles hojas y con montante practicable. Es la del cuarto de Sarah. Los laterales segundo término, libres; en la izquierda, un ventanal de cristales. El suelo cubierto con rica alfombra, así como en el centro de la escalera que lo estará por una tira roja sujeta con varillas doradas. Magníficas plantas de salón en los rincones. En los primeros términos derecha e izquierda y en un lateral segundo término, habrá colocadas tres mesitas de te con las sillas o butacas al lado de cada una. Todo muy lujoso y del mejor gusto. Al levantarse el telón está amaneciendo. La luz del sol se filtra por el ventanal y por la cristalería de colores del techo. Desde la segunda escena, brillante luz del día.

ESCENA PRIMERA

TIOFF y SOBINOFF, dos cosacos, duermen de pie ante las puertas de los aposentos laterales apoyados en sus lanzas. Baja por la escalera del foro POIRE, vestido como en el acto anterior. Trae dos botellas bajo el brazo.

Música

POIRE

(Recitado. Al ver a los cosacos.)

Dormidos co-

mo antes... Pero se despertarán como antes y me echarán a puntapiés... como antes. Y Sarah y el Gobernador que llegarán aquí de seis a seis y cuarto. ¡Son las cinco y media! Malo es que lleguen a las seis en punto, pero peor es que lleguen al cuarto. ¡No! ¡Lo he de impedir! Vengo decidido. (Da unos pasos para ver si viene alguien y canta:)

Vengo decidido a que estos brutos de co-
[sacos
no me hagan lo de antes, pues les suelto
[cuatro tacos.
Traigo dos botellas que contienen lo si-
[guiente:

Vino de peptona con azahar,
Syndeticón, Petróleo Gal,
Osono pino de Ruy-Ram,
y se las voy a hacer tragar
como si fueran de aguardiente.
Quito yo a estos dos de aquí,
porque soy muy cuco,
y el señor Gobernador
no realizará él el truco.
Vamos, pues, sin temor
porque ya estoy harto.

(Sacando el reloj, alarmado.)

Mi Roskoff marca ya
las seis menos cuarto.

(Evolución durante el ritornello de orquesta, aplica cada una de las botellas a las narices de los dos sacos sucesivamente, éstos hacen un movimiento, y al llegar a un golpe de orquesta se despiertan bruscamente y caen en guardia amenazándole con las lanzas.)

TIOFF } Qué buskais aquí,
SOBINOFF } qué vais a hacer, qué cara es esa?
POIRE } Para que os convide me envía la Archi-
[duquesa.
Es este licor que os traigo yo de los más
[finos,
porque sabe bien al paladar

y cura el cólico biliar
y me lo acaban de entregar
porque lo saben fabricar
los Reverendos Padres Benedictinos.

TIOFF } Del licor voy a probar
SOBINOFF } porque de este modo
sirvo al Zar.

TIOFF } ¡Al Zar!

SOBINOFF } ¡Al Zar!

POIRE } Sí: al alzar el codo.

LOS TRES } Vamos ya, sin temor,
que nos compromet.

POIRE } (Sacando el reloj, alternando)

Mi Roskoff marca ya
las seis menos siete.

(Evolución. Colocan los cesacos las lanzas sobre los
hombros, llevando dentro a Poire. Al llegar al lateral
saca de nuevo el reloj.)

LOS TRES } Vamos, pues, sin temor.

POIRE } Vamos en un brinco.

(Saca el reloj y da un salto.)

Mi Roskoff marca ya
las seis menos cinco.

(Mirándose los tres. A poco sale de nuevo Poire y Pro,
mirando hacia el lateral.)

ESCENA II

TIOFF, SOBINOFF y POIRE.

Hablado

POIRE } ¡Qué manera de beber! ¡Qué gazna-
tes!... Quiera Dios que no noten la mes-
colanza, porque si les hace efecto lo del
Syndeticón, acaban pegándose. (Pausa.)
Bueno; ahora es preciso jugarse el todo
por el todo. Entrar en el departamento
de la Archiduquesa antes de que llegue
con Petrow, y cerrar la puerta. Si no el
mal va a ser irremediable y el Archidu-
que no nos podrá perdonar.

- TIOFF (saliente) Ya se han acabado las botellas. Conque... ¡Atrás, paisano!
- SOBINOFF ¡Atrás! (A... con las manos.)
- POIRE No gastéis bromas con las armas de fuego.
- TIOFF Atrás, o te ensarto.
- POIRE Hombre, no seas Tioff.
- SOBINOFF Tenemos orden de que no entre aquí ningún paisano.
- POIRE Es que yo soy militar. Soy el teniente Petrow, de la «conserva», digo, de la reserva.
- TIOFF No te conozco.
- POIRE Mira, cosaco, que en este instante se decide mi porvenir, el tuyo y el de Rusia; que es gravísimo lo que va a ocurrir y yo soy el menos interesado.
- TIOFF Algo sacarás de todo esto.
- POIRE ¿Yo? ¡Ay! Si supieras de todo esto lo que yo saco, cosaco. (Se oyen murmullos que se aproximan. Poire va a mirar por la escalera del foro, y al ver al Gobernador que trae del brazo a Sarah, salta a un lado.) ¡San Wladimiro! ¡El Gobernador y mi mujer! Ya no tiene remedio.

ESCENA III

Dichos, SARAH y GOBERNADOR. Bajan del balcón por la escalera.

- GOBERNA. Hermosa artista; descendes por esta escalera que para mí es la de la felicidad.
- SARAH ¡Excelencia! (Coqueta.)
- GOBERNA. Sois admirable. Quisiera ser el tapiz que vuestro pie holla...
- POIRE Oya... digo, oiga usted que no son horas de ponerse meloso. ¡Caramba!
- GOBERNA. Pero Poire... Razone... Medite.
- POIRE ¡No puedo! Yo quiero decir...
- SARAH Si no dices más que tonterías.
- POIRE Déjame hablar.
- GOBERNA. Habla, pero con respeto.

- POIRE ¿Yo consentido? ¡Un cuerno!
- GOBERNA. (A Sarah.) No perdáis el tiempo escuchán-
dole. Las horas del amor tienen alas y
vuelan. Yo os adoro. Permitid que pose
en vuestra mano el beso de despedida.
(Va a besarla.)
- POIRE (Interponiéndose.) ¡Alto, caballero!
- GOBERNA. ¿Qué pasa?
- POIRE Que usted posa el beso en mi esposa y
no paso por eso.
- SARAH Calmaos, querido Poire. Un beso no tie-
ne importancia.
- POIRE ¿Que no? Pues que me lo dé a mí, si le
es lo mismo.
- SARAH Un beso es un flirteo inofensivo.
- POIRE Según sea el beso.

Música

I

- SARAH Es un beso sin malicia
la ilusión de una caricia,
y en la mano
galante sumisión.
Paternal si es en la frente;
en el brazo es inocente
y en la boca
ya es cosa diferente.
En la oreja picardía
y en la nuca es alegría
y en el hombro
locura de pasión,
y otros besos no describo
porque son más a lo vivo
y es difícil dar
alguna explicación.

No me bese usted
que nos pueden mirar;
cuando sola esté
se podrá aprovechar,

y le confieso
que si hace usted eso
le daré un beso, dos besos,
trescientos ochenta besos,
mil besos sin rechistar.

LOS TRES No me bese usted, etc., etc.

II

SARAH Nunca beses a un amante
porque el hombre es muy pedante,
y corriendo
su triunfo irá a contar.
Nunca beses a un marido,
pues de fijo te has caído
si tus besos
le tienen aburrido.
Nunca beses a un casado
si lo ves enamorado,
y no beses
jamás a un militar.
Y si aceptas mi consejo,
sea el hombre mozo o viejo,
no le beses tú
y déjate besar.

LOS TRES No me bese usted, etc., etc.

(Evolución cómica, en la que Sarah se acerca como para besar al Gobernador, y cuando éste se aproxima a recibir el beso, se lo da a Poire. En el momento de estos besos los cosacos se vuelven de espaldas.)

Hablado

POIRE (Que ha ido a mirar a la escalera del foro.) ¿Eh?
¿Cómo? ¡El Archiduque y Sybill! ¡La
Archiduquesa y Petrow! ¡Ay! ¡Que
San Wladiwostok bendito nos coja con-
fesados!

ESCENA IV

Dichos. El ARCHIDUQUE dando el brazo a SYBILL, y la ARCHIDUQUESA, apoyándose en el brazo de PETROW, bajan por la escalera. Les preceden CRIADOS de librea amarilla, BOTONES,

CAMARERAS y CAMAREROS que traen servicios de te y los colocan en las tres mesitas de escena. Otros lacayos sostienen los mantos de las damas, y cuando sus respectivos caballeros les ayudan a quitárselos los recogen y se los llevan.

MUSICA EN LA ORQUESTA PARA LA ENTRADA

ARCHIDU. Que se retire la guardia.

GOBERNA. Al cuartel. Media vuelta... march... (Se van los cosacos y detrás los hulanos, criados, botones y camareros. Quedan sólo en escena los personajes principales.)

ANNA (A Pétrow, que la ha ayudado a quitarse el manto, sentándose con él en la mesita de la derecha.) Ven-ga usted, teniente. Este es un adorable rincón para enamorados.

ARCHIDU. (Celoso por lo que dice su mujer, invita a Sybill, a quien también ayudó a quitarse el manto, a que se siente en la mesita de la izquierda.) Sentaos, mi adorada esposa... Este lugar es encantador... ¿No es cierto?

SYBILL (Entre irónica y burlona.) Efectivamente, Alteza.

GOBERNA. (A Sarah, a quien también ayudó, como los otros, a quitarle el manto o abrigo, e invitándola a sentarse en la mesita del foro.) ¿Os dignais, bella Sybill?

SARAH Me digno.

POIRE (Que no cesa de mirar a unos y a otros asustado de lo que se avecina.) (Yo entraría ahora en el departamento de la Archiduquesa para evitar que se consuma el disparate. ¿Pero y si entretanto Sarah y el Gobernador consumen otro?)

ANNA (En voz alta para ser oída del Archiduque.) Teniente; podeis besar mi mano. (Bajo a Petrow que duda.) ¡Os lo ordeno! (Petrow obedece.)

POIRE (¡Atiza!)

ARCHIDU. (Al oír el beso, se apresura a besar la mano de Sybill.) ¡Esposa mía! (Beso.)

POIRE (¡Aprieta!)

GOBERNA. (A Sarah.) Adorable Sybill...
 POIRE. ¡Azúcar!... ¡Imprimen al cielo! ¡San Olof!
 ¡Santa Cracovia! ¡San Petersburgo ben-
 dito! ¡Una idea! ¡Dadme una idea para
 alejar de aquí al Gobernador!... ¿Eh?
 ¡Ah! ¡Sí! Ya la tengo... Gracias, ilus-
 tres santos moscovitas. (Hace ruido escasa-
 arriba.)

ESCENA V

Dichos menos POIRE.

ARCHIDU. (A Sybill y con marcada intención.) Ya ha
 amanecido, querida esposa. ¿No os sen-
 tís fatigada? Debemos retirarnos a...
 descansar.

SYBILL. (Rápido.) Es que... se está tan bien aquí.

ANNA. ¿No tenéis sueño, teniente? (Con inten-
 ción.)

PETROW. ¿Sueño yo? Sería capaz de ir y volver a
 Moscou.

ANNA. (Burlona. Bajos.) Sobre todo de ir... Lo de
 volver me temo que ño.

GOBERNA. (A Sarah.) Encantadora artista... Ya es de
 día... ¿No pensáis dormir?

SARAH. (Rápido.) Duermo la siesta.

ESCENA VI

Dichos, el MAITRE, que entra apresurado; después POIRE.

MAITRE. (Dirigiéndose al Gobernador después de saludar con
 una gran reverencia a los otros.) Con la venia
 de Sus Alteas, excelencia. (Aparte al Gober-
 nador.) Acaban de comunicarme que se
 ha descubierto un* complot. nihilista. En
 el palacio de su excelencia están los de-
 tenidos.

GOBERNA. Corro a interrogarles. (A Sarah.) Es un pe-
 noso sacrificio, hermosa artista, pero es
 deber... (Fatuo.) No sufraís demasiado

con mi ausencia... Volveré pronto. (Sale por la escalera.)

POIRE

(Que le da el paso y se frota las manos degremente.) ¡Magnífico! (A Sarah, imperativo.) Ahora... Entra en tu cuarto.

SARAH

Pero, Poire.

POIRE

¡Entra! (Sarah obedece, sumisa. Poire la encierra y se mete la llave en el bolsillo del pantalón.) ¡Ah! Respiro.

ARCHIDU.

(Se levanta de improviso, abre de par en par la puerta de la izquierda y dice a Sybill.) Se os conoce que estais fatigadísima. Entrad en vuestro cuarto, querida esposa.

SYBILL

(Aterrada.) ¡Señor!

ARCHIDU.

(Aparte a Sybill.) ¡Lo exijo!

ANNA

(Se pone en pie rápida; el teniente la imita.) ¿No le parece mejor que tomemos el te en mi cuarto?

PETROW

(Aterrado, mirando al Archiduque.) ¿Yo?...

ARCHIDU.

(A Sybill, imperativo.) ¡Entre usted!

SYBILL

(Que obedece vencida, con gran pesar.) Alteza... Adiós a todos. (Con llanto. Dirige una mirada a Petrow, que reprime un movimiento, y después entra solo en su cuarto.)

ANNA

(Después de una mirada de reto al Archiduque, que está sosteniendo imposible.) Hasta luego, teniente. (Entra en el cuarto de la derecha.)

ESCENA VII

ARCHIDUQUE, PETROW y POIRE.

Pensa. El Archiduque y Petrow quedan en pie, como el segundo y tercero al primero. Se miran un momento con gesto aturdezado.

Al cabo el Archiduque pregunta con voz ronca al teniente

ARCHIDU.

¿Va usted a entrar en ese cuarto? (Señalando al de la derecha.)

PETROW

(Se enciende; teniente contesta con gran firmeza.) ¡Si vuestra Alteza entra en aquél, sí! (Sin poderse aguantar. Pensa. Los dos se miran de nuevo con gesto de reto. Poire, apunhalado, mira a uno

y otro con creciente temor. Súbitamente el Archiduque lleva la mano al bolsillo de atrás del pantalón. Petrow, creyendo que echa mano a su revólver, tiembla, pero permanece firme. Poire se precipita para contener al Archiduque que avanza hacia el oficial.)

ARCHIDU. (Fiero.) ¡Teniente!

POIRE (Precipitándose.) ¡Alteza, no le deis!

ARCHIDU. (Transición.) Teniente... ¿usted fuma? (Sacando una petaca de oro y de ella cigarrillos, que ofrece a Petrow y a Poire. Luego, dirigiéndose a este último, pregunta con naturalidad.) ¿Qué me decía?

POIRE Que no le deis... cigarrillos, porque le hacen daño.

ARCHIDU. Por una vez. (Insistiendo. Poire y Petrow dudan, pero al fin los aceptan.)

PETROW Alteza, mil gracias.

ARCHIDU. (Rápidamente, sacando un encendedor de los que encienden.) ¿Fuego?

POIRE (Que estaba distraído, volviéndose asustado.) ¡No!

ARCHIDU. (Muy tranquilo.) Tome usted. (Enciende por sí mismo el cigarrillo que Petrow tiene en la boca. Al intentar hacerlo con Poire, éste tiembla tanto que resulta la tarea imposible.)

PETROW Su Alteza es muy amable.

POIRE (Temblando.) Mu... mu... mucho.

ARCHIDU. (Sentándose.) Sentémonos. (Petrow y Poire le obedecen y se colocan juntos a la derecha. El Archiduque a la izquierda.)

PETROW (Aparte a Poire.) ¿Qué intentará?

POIRE (Idem a Petrow.) Jugar al Pim-pam-pum con nosotros. Ya está visto.

PETROW ¿Y los cigarrillos?

POIRE Estarán envenenados. Por si acaso no te tragues el humo.

ARCHIDU. Yo supongo que ustedes sabrán a lo que se exponen con lo que han hecho.

(Se ponen los dos en pie.)

PETROW ¡Alteza!

POIRE ¡Ay, demasiado!

ARCHIDU. Bien; pues yo deseo saber la verdad; toda la verdad.

- POIRE (Pulsándose.) (Tengo treinta y nueve grados a la sombra.)
- PETROW (Arrója el cigarrillo, se cuadra y dice resuelto.) Alteza, la verdad es que yo he desertado de mi regimiento.
- ARCHIDU. (Poniéndose en pie.) ¿Usted desertor? No ignorará entonces el castigo que merecen los desertores...
- POIRE (Cuarenta grados.)
- ARCHIDU. Y quienes les encubren.
- POIRE (Cuarenta y uno.)
- ARCHIDU. Supongo que habrá un motivo; un motivo muy poderoso. ¿Cuál es?
- PETROW Sybill... No podía vivir sin verla.
- POIRE (Cincuenta grados.)
- PETROW Vuestra Alteza se explicará ahora lo ocurrido. Sybill, al ver que me prendían, se fingió Archiduquesa para salvarme. Yo reconozco mi falta...
- POIRE (Su falta, en singular. ¡Bien!)
- PETROW Mejor dicho, reconozco *nuestra* falta.
- POIRE (Plural; sesenta grados.)
- PETROW Alteza; estoy dispuesto a sufrir el castigo que merecen los desertores. Os entrego mi espada...
- ARCHIDU. (Sin tomarla.) ¿Y quién le ha dicho a usted que sea desertor?
- POIRE (Muy alegre.) (Caramba, caramba... Ya baja; cuarenta y cinco.)
- ARCHIDU. Usted no es desertor. Es sencillamente un oficial que se ha ausentado de Moscou sin permiso de sus jefes.
- POIRE (Treinta y nueve.)
- ARCHIDU. Y yo, estimando que los motivos de su falta le justifican y prueban su buen gusto...
- POIRE (Treinta y ocho.)
- ARCHIDU. Le perdono...
- POIRE (¡Treinta y siete; templado!)
- ARCHIDU. Y perdono a su cómplice Poire, aunque Poire ha sido un...

- POIRE (Loco de alegría.) ¡ Fresco ! ¡ Ya estoy fresco ! ¡ Treinta y seis grados !)
- ARCHIDU. Pero es preciso solucionar esta situación.
- POIRE Si Vuestra Alteza me lo permite, yo me encargo...
- ARCHIDU. Hable usted.
- POIRE La Archiduquesa ha invitado al teniente para que la visite en sus habitaciones. El teniente debe obedecer y obedecerá.
- ARCHIDU. ¿Cómo?
- PETROW ¿Pero Poire?
- POIRE (Enfajados, casi a un tiempo.) Obedecerá; pero el teniente va a ser ahora Vuestra Alteza, y entrará por lo tanto en las habitaciones de su augusta esposa; y Petrow, en cambio, visitará a Sybill, representando a Vuestra Alteza.
- ARCHIDU. Acepto.
- PETROW (Reconocido.) ¡ Alteza !
- POIRE (Y luego dirán que no soy listo.)
- ARCHIDU. (Con un poco de melancolía.) (La aventura era encantadora, pero terminó.) Vamos al jardín y acordaremos detalles.
- PETROW Ya os sigo, Alteza. (Hacen más por la escaleras.)
- POIRE He sudado la gota gorda, pero venci. (Saca de un tirón el pañuelo que lleva en el mismo bolsillo donde guardó la llave: ésta cae al suelo sin que él lo advierta. Serch, que se ha agachado al momento, lo ve.) Napoleón: Si hubieses vencido en Waterloo, te tutearía. No te digo más. (Más por la escalera.)
- SARAH (Desde el momento.) ¡ Pillo ! ¡ Granuja ! Encerrar a su mujer. ¡ Me las pagará !)

ESCENA VIII

SARAH y el GOBERNADOR

- GOBERNA. He hablado por teléfono con mi ayudante y todo es falso. El complot nihilista, pura invención, y las detenciones, fanta-

sía. El Maitre asegura que le dió la noticia Poire. ¿Será una burla?

SARAH (Llamándole.) ¡Excelencia!

GOBERNA. (Sin verla.) ¿Eh? ¿Quién me llama?

SARAH (Fingiéndose ruborosa.) Yo, Excelencia. Yo que os aguardo.

GOBERNA. (Viéndola.) ¡Oh, encantadora Sybill! ¿Qué haceis ahí encaramada?

SARAH Me ha encerrado Poire.

GOBERNA. ¿Burlarse de mí y encerraros a vos?
¡Ese hombre ha firmado su sentencia de muerte!

SARAH El pobre me ama. Soy prisionera del amor, (Coqueteando.)

GOBERNA. ¡Bah! Os libertará la fuerza armada.

Música

GOBERNA. Presa en las redes del amor
la mujer ha de quedar,
en sabiéndola mirar
amoroso... un Gobernador.
Y de la cárcel donde está
juro yo que no saldrá,
sin jurar amor
y decir que vivirá
para amar al Gobernador.

(El se pavonea ante la puerta cómicamente. Ella canta con exageración cómica.)

SARAH Ay, ábrame usted por favor,
porque le quiero demostrar
que estoy loca ya por su amor
y me he pensado suicidar.
Sáqueme usted de aquí, por Dios,
que de dolor me moriré.
Sáqueme usted y así los dos
nos tomaremos otro te.

GOBERNA. Sybill, Sybill, Sybill, Sybill.

LOS DOS Presa en las redes del amor
una mujer está mejor.

(Durante el estribillo, orquesta sola.)

RECITADO

SARAH Abrame usted. Poire ha dejado caer la llave al suelo... ahí.

GOBERNA. (Cogiendo la llave del suelo abre la puerta y sale Sarah.) ¡Ya ès mía!

SARAH (Saliendo.) Gracias, excelencia. (Burlona.) ¿Tomamos el te?

GOBERNA. Prefiero el «te quiero». ¿No sería mejor entrar en su cuarto? (Insinuante.)

SARAH (Fingiendo emoción.) ¡Ay... sea! Pase usted primero.

GOBERNA. ¡Oh! Gracias, Sybill. He de quedar preso en la red de sus encantos; preso en la luz de sus ojos; preso... (Ha entrado. Sarah le encierra con llave.)

SARAH Así. Con dos vueltas.

GOBERNA. (Dentro.) ¿Eh? ¡Pero Sybill; hermosa Sybill! (Se asoma al montante. Sarah canta burlona la segunda estrofa.)

CANTADO

SARAH Preso en las redes del amor
sin poder jamás salir,
por las artes de Sybill
ha quedado un Gobernador.
Y de la cárcel donde está
en su vida ya saldrá,
sin pedir perdón
y jurar de corazón
mucho juicio y formalidad.

(Sarah se pasea contoneándose como él durante la primera estrofa.)

GOBERNA. Ay, ábrame usted por favor,
porque le quiero demostrar
que estoy loco ya por su amor
y me he pensado suicidar.
Sáqueme usted de aquí, Sybill,
que de dolor me moriré,
que el Archiduque va a venir
y me he caído si me ve.

SARAH ¿Por qué? ¿Por qué?

LOS DOS ¿Por qué? ¿Por qué?
Preso en las redes del amor
está el señor Gobernador.

(Orquesta sola. Sarah inicia el mutis burlándose del Gobernador, que hace gestos desesperados, y acaba por retirarse del montante, furioso.)

ESCENA IX

SYBILL; luego la ARCHIDUQUESA ANNA.

Hablado

SYBILL Debo hablar a la Archiduquesa... Es lo mejor. (Va a la puerta de la derecha y de pronto se detiene.) Y sin embargo, hace un instante estaba dispuesta a todo... y ahora... ¡Bah! Fuera temores. (Llama con los nudillos.) Alteza. (Breve pausa.) ¡Alteza!

ANNA (Saliendo.) ¿Quién es? (Al verla.) ¡Ah! Señorita. (Con frialdad irónica.) Felicito a usted calurosamente. Ha estado admirable en su papel de Archiduquesa.

SYBILL (Picada.) Alteza, es mi oficio. A mi vez he de felicitaros a vos que, sin ser artista, habeis sabido fingir de un modo insuperable.

ANNA (Irónica.) Me enorgullezco de merecer tan buen juicio de los profesionales.

SYBILL Sí, Alteza, os admiro... y si sufrís tanto como yo, os compadezco. (Con sincera emoción.) El papel que estoy representando es superior a mis fuerzas... Si adivináseis mi angustia, me perdonaríais.

ANNA ¿Y para qué necesitais mi perdón si habeis obtenido ya el del Archiduque? (Con sequedad.)

SYBILL (Con sincero dolor.) Alteza, compadecedme, perdonadme y nos salvais a los tres.

ANNA ¿A los tres?

SYBILL Sí. También Su Alteza el Archiduque está pagando, con los celos que le dais,

una ligereza de la que yo soy única culpable.

ANNA ¿Celos de mí sin quererme?

SYBILL Os adora, yo os lo aseguro. Sólo espera de vuestros labios una frase de perdón. Decidla, Alteza. ¡Es tan hermoso perdonar! ¿Quién no ha pecado alguna vez?

ANNA No. Ya es demasiado tarde. Mi esposo va a venir. Llamará en el cuarto de usted.

SYBILL (Con seguridad.) No llamará, Alteza.

ANNA ¿Quién puede impedirselo?

SYBILL Nosotras. Entre Vuestra Alteza en mi cuarto y espere. El Archiduque os lo agradecerá.

ANNA ¿Y usted?

SYBILL Si lo permitís esperaré en el vuestro la visita de (Con intención.) cierto oficial de la guardia... que aguardabais. (Un poco celosa.)

ANNA (Confusa.) Sólo para velar mi sueño. (Burlona.) ¿Tenéis celos de mí?

SYBILL Os lo confieso, Alteza. Sois demasiado hermosa para que yo esté tranquila.

ANNA (Conciliadora.) Olvidad cuanto pasó... Yo también olvido y perdono. (Se oyen pasos.) Alguien viene. Retirémonos. (Burlona.) ¿Dónde entro? ¿En éste? (Señalando al suyo.)

SYBILL (Colocándose ante ella y señalando su cuarto.) No, Alteza... ¡En aquel!

ANNA (Va a la puerta del cuarto de Sybill, se vuelve y sonríe a ésta con cariñosa ironía.) Hasta mañana. Esperaré al Archiduque.

SYBILL (Maliciosa.) Y yo al oficial... Sólo para que vele mi sueño. (Con retintín.)

ANNA (Amable.) ¿Sin rencor?

SYBILL Agradecida.

ANNA Sybill...

SYBILL Alteza... (Hacen mutis las dos. Sybill al cuarto de la derecha. La Archiduquesa al de la izquierda.)

ESCENA X

POIRE y el GOBERNADOR, asomado al montante; luego SARAH

POIRE (Baja a gatas por la escalera, mirando al suelo, buscando la llave que perdió, y de este modo entra hasta el centro de la escena.) Nada, que no parece la llave. Y se me debe haber caído por aquí. De fijo al sacar el pañuelo... ¡Pobre Sarah! Estoy arrepentido de haberla encerrado. (Se acerca a la puerta y dice con voz algo atiplada:) Sal... Sarah. Sal... sal al montante... Sal al instante... (Vuelve a mirar al suelo.) Pero esa llave... (Vuelve a hablar por la cerradura.) ¿Te aburre la soledad?

GOBERNA. (Saliendo al montante.) ¡Quien me aburre es usted!

POIRE (Indignado al ver al Gobernador.) ¿Eh? ¿Cómo? ¡El Gobernador dentro! El Gobernador con ella... Con Sarah... ¡Un arma!... ¡Un armatoste cualquiera para saltar dentro y matarles! Salgan ustedes... Sal, desgraciada.

SARAH (Saliendo a escena por el lateral.) Poire, ¿a qué vienen esas voces?

POIRE (Asombradísimo.) ¿Pero no estabas dentro? Señor, ¿es posible que haya yo encerrado a un militar creyéndole mi mujer?

SARAH He sido yo quien le ha encerrado para castigar su atrevimiento.

GOBERNA. La broma va resultando pesada, señorita.

POIRE ¡Qué señorita ni qué ocho rublos! Señora y muy señora mía y de toda mi consideración y respeto.

GOBERNA. ¿Pero es cierto lo de la boda?

POIRE Excelentísimo señor Gobernador. Sarah Blondín y Henry Poire, participan a usted su efectuado enlace.

SARAH Y le ofrecen su casa en París, boulevard

de los Italianos, treinta, segundo. Hay campanilla.

POIRE Llame usted fuerte por si estamos tocando el piano, y no pregunte al portero por si se le debe el recibo.

GOBERNA. Abran ustedes. ¡De prisa!

SARAH Dé usted palabra de no hacer nada en contra nuestra.

GOBERNA. ¡Sea! (Le abre Sarah.) ¡No siento yo la burla, sino el ridículo! Guarden el secreto. Yo, por si se ha enterado algún periodista, voy a suprimir todos los periódicos. (Mutis furioso.)

POIRE Este es liberal; no me cabe duda.

SARAH Y ahora supongo que no volverás a negar a tu mujercita.

POIRE Basta de misterio. Ahora empieza nuestra luna de miel.

ESCENA ULTIMA

Dichos, ARCHIDUQUE y PETROW, por la escalera. El primero trae la gorra y capote del segundo y viceversa; luego ARCHIDUQUESA y SYBILL.

ARCHIDU. (Con ironía a Petrow.) Teniente. Buenas noches. Salude a su novia de mi parte.

PETROW Alteza. (Va hacia la izquierda. El Archiduque hacia la derecha. De pronto vuelven al centro de la escena y dicen alegremente.)

ARCHIDU. ¡Silencio!...

PETROW La sorpresa va a ser grande. (Entran cada uno en un cuarto. Archiduque en la derecha. Petrow en la izquierda.)

SARAH (Al verlos entrar.) ¿Pero no ves que entran?

POIRE (Sin poder tenerse de risa.) ¡Calla! Si es graciosísimo. Verás. En cuanto entren se arregla todo con cuatro besos. Escucha y los oirás. (Se oyen grandes voces y gritos de mujer en los dos cuartos, e inmediatamente salen de la derecha Sybill y el Archiduque, y de la izquierda la Archiduquesa y Petrow.)

ARCHIDU. (Furioso a Poire.) ¡Esto es una indignidad, una bajeza!

POIRE Alteza...

ARCHIDU. ¡Bajeza! (Con energía.)

POIRE No, Alteza. Esto quiere decir que han tenido la misma idea que nosotros, lo cual prueba su buena intención.

ARCHIDU. Es cierto. (A la Archiduquesa.) Perdóname, Anna Paulowna.

ANNA A condición de que el perdón sea general. (Se cambian las parejas un momento. Petrow va a besar la mano a la Archiduquesa para pedirle perdón. El Archiduque hace lo mismo con Sybill.)

PETROW Perdonadme, Alteza.

ARCHIDU. Perdón, Sybill... ¿Y qué es lo que desea el amigo Poire como premio a su feliz idea?

POIRE Alteza, yo, salir para París en el rápido más rápido.

ARCHIDU. Concedido. Tren especial.

POIRE Ciento cincuenta kilómetros por hora.

Música

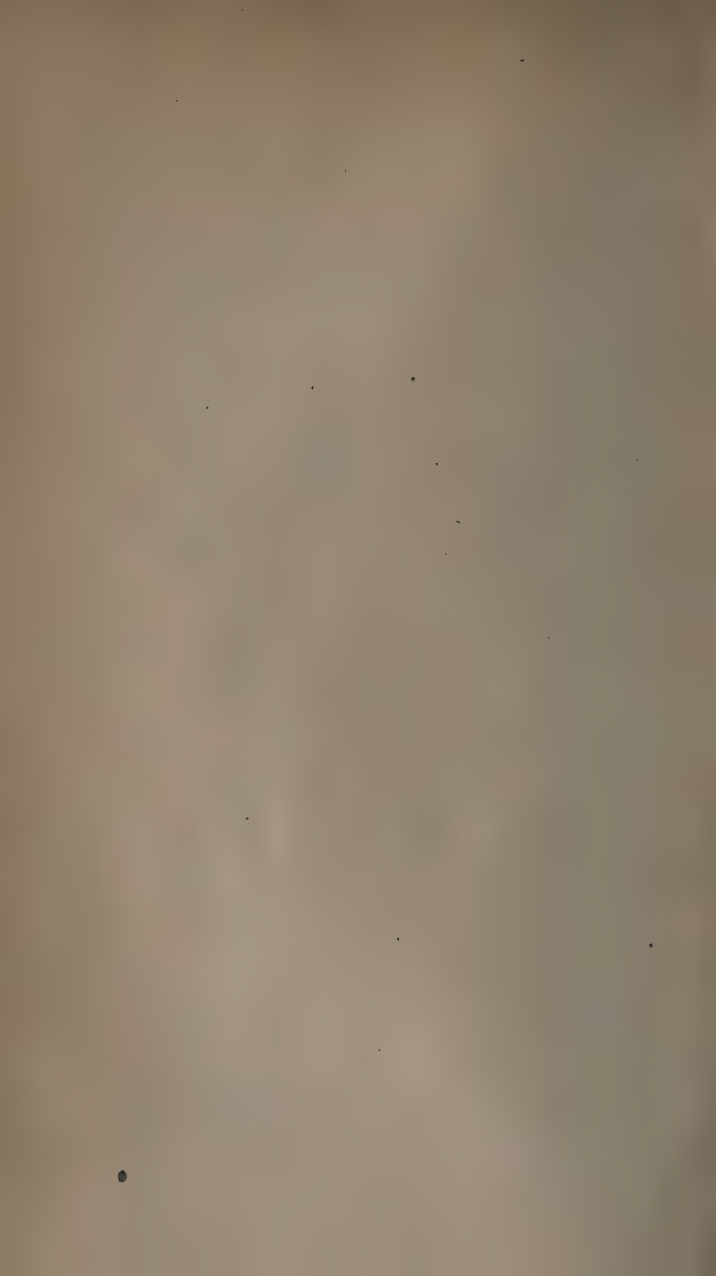
POIRE Y SARAH Oh, Montmartre,
templo del amor,
no hay artista
que resista
tu poder fascinador.

LOS SEIS Oh, la Ville lumiere,
tú eres la ilusión.
Son tus besos alegría
para el corazón.

(Bailan animadamente. Cuadro.)

TELÓN

FIN DE LA OPERETA



CERVANTES

No. 114

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Comedia en tres actos y en verso,
de Guillen de Castro



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1916

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMEDIA EN TRES ACTOS

BASADA EN LA NOVELA DE

CERVANTES

ESCRITA EN VERSO

POR

Guillen de Castro



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barará, 15

1916

PERSONAJES

LUCINDA.

DOROTEA.

DUEÑA.

DONCELLA.

DON QUIJOTE.

SANCHO PANZA.

CARDENIO.

MARQUÉS.

DUQUE.

CURA.

BARBERO.

TEODORO.

FULGENCIO.

FIDENO.

LISARDO.

VILLANO.

ESCUDEIRO.

GENTILHOMBRE.

PAJE.

*Monteros, Heraldos, Pajes, Damas, Caballeros
y Enmascarados,*



ACTO PRIMERO

Fondo de montañas: peñascos desprendidos de lo alto de ellas. Naturaleza agreste. Al fondo, tortuoso camino.

ESCENA PRIMERA

Salen CARDENIO y LUCINDA; ella vestida de cazadora y él como que la ayuda a levantar, por haberse caído del caballo.

LUCINDA ¡ Jesús mío !

CARDENIO ¡ Trance fuerte !

Tente a mí... ¡ Cayó el caballo !

LUCINDA Y yo en tus brazos me hallo,
de las manos de la muerte.

CARDENIO ¿ Qué es esto, señora mía ?
Pareciórame, por Dios
a ser los caballos dos,
que era Faeton que caía.
Verte, con tal movimiento
descompuesta y mal segura,
hurtalle al sol la hermosura
y la ligereza al viento ;...
conocerte por las señas
de tu traje soberano,
volando por este llano,
trepando por estas peñas ;...
y antes de hacerme pedazos,
rodando del monte al valle
el caballo, tú dejalle,
para ponerte en mis brazos...
Parece sueño ; o mejor
pienso, que es tal extrañeza
milagro de la belleza

LUCINDA

con premio de tanto amor.
Antes ha sido, el hallarte
a librarme de la muerte,
para que el mucho deberte
disculpe al mucho adorarte.
Supe que el Duque salía
a caza; y poco después,
de aquella aldea que ves,
por ser de mi padre, mía,
como algunas veces suelo,
salí al campo sin mi gente,
(que halla un amante ausente
en la soledad consuelo)
y desde lejos oí,
según lo que alborotaban,
que seguían, o mataban,
algún oso o jabalí.
Y como no suele haber
hombre cuerdo y a caballo,
no fué posible el estallo
a caballo una mujer;
y más yo, pues que venía
para mejorar de suerte,
 viniendo Cardenio a verte
como loca de alegría.
Y así, picando el caballo
hacia el latir de los perros,
plumas le puse en los hierros.
Mas cuando quise parallo,
calentósele la boca,
mordió el freno; y por tenello,
descompúseme el cabello,
y llevó el viento la toca.
De una rienda le tiraba
por ver si le pararía,
y él como viento corría,
como demonio saltaba.
Tomó por esta ladera,
y sin torcelle o paralle,
cayó desde el monte al valle;
donde yo también cayera,

a no arrojarme a este lado
sobre tus brazos.

CARDENIO

Y has sido

ángel del cielo caído ;
mas no del cielo arrojado.

LUCINDA

Y de toda causa fué...

CARDENIO

¿Qué, señora?

LUCINDA

Un devaneo ;

querer lograr un deseo.

CARDENIO

¿Y hasle logrado?

LUCINDA

No sé.

(Mira Lucinda a una parte y a otra, como que se
recata de algo.)

CARDENIO

¿Qué miras? ¿Qué sientes?

LUCINDA

Siento...

CARDENIO

¿Quién aumenta tu arrebol?

LUCINDA

(¿Podré fiarme del sol,
si ha de murmurarme el viento?

¿Podré con vergüenza y miedo

hablarle, cielos divinos,

a la sombra de estos pinos,

si es bastante la de un dedo?)

CARDENIO

¿Qué temes? Que todo abona
tu corazón : habla y fía.

LUCINDA

Escucha, por vida mía,
y si me turbo, perdona.

Habrá seis años bien hechos,

lentos de tiernos despojos,

que nos declaran los ojos

lo que no cabe en los pechos.

Y ha cuatro, que quiero hablarte

tan a solas, y tan quedo,

que de la vergüenza y miedo

excusase alguna parte.

De esta suerte no podía,

si a mi ventana te hablaba ;

y así, amando, me animaba,

y temiendo, me encogía :

que baja muy descompuesta

la razón de una ventana,

y parece muy liviana,

en no siendo muy honesta.

En mis papeles pudiera
declararte mis cuidados ;
mas no-son para fiados
de una cosa tan ligera.
Mas pues me da el cielo santo,
por dar alivio a mi pena,
ocasión, que por tan buena
pudiera costarme tanto ;
dí, Cardenio, si es verdad
que cuanto el hombre imagina
con algún fin lo encamina
la fuerza o la voluntad ;
si en cuantos tratan de amar,
es el fin el ser maridos,
u otros tratos, no admitidos
de quién no los debe usar.
Como amante el más perfeto
que hay del uno al otro polo,
más constante, sabio y solo,
más solícito y secreto ;
viendo en mi correspondencia,
y no dándote los cielos
inconvenientes de celos
con intervalos de ausencia.
Y viendo en el alma mía,
ya en ventana, iglesia o coche,
tanto desvelo de noche,
tanto cuidado de día...
¿No has aspirado y tenido

(Al ser formulada esta pregunta, Cardenio manifestará con sus movimientos la viva emoción de tristeza que le ocasiona.)

otro fin, otro cuidado,
que el de amar y ser amado,
de querer y ser querido?
A lo que pregunto agora
y me da eternos enojos,
con lágrimas en los ojos
me respondiste.

CARDENIO (Emocionado.) Señora,
la duda de esa respuesta,
que agora al alma se atreve,

¡cuántos suspiros me debe!
¡cuántas lágrimas me cuesta!
¡Qué de veces han luchado
la honra con el amor!

LUCINDA Dí la causa. (¿Hay tal rigor?)

CARDENIO Pon silencio a este cuidado.

Señora. Lucinda hermosa,
deja muerta esa verdad.

LUCINDA ¿No tengo yo calidad...?

CARDENIO Para ser de un rey esposa.

LUCINDA ¿No es mi fama, y mi opinión...?

CARDENIO Que no la iguala ninguna.

LUCINDA ¿Pues los bienes de fortuna
son tan pocos...?

CARDENIO Muchos son.

LUCINDA ¿Pues...?

CARDENIO En mí...

LUCINDA ¿Qué, eres casado?

CARDENIO No, señora.

LUCINDA ¿Has prometido
casamiento?

CARDENIO Ni eso ha sido.

LUCINDA ¡Dí lo que es!

CARDENIO Soy desdichado.

Soy honrado, ¡ay, cielo hermoso!

LUCINDA ¿Eso es falta?

CARDENIO Sí, señora:

porque en los tiempos de agora
ningún honrado es dichoso.

Mas oye, señora: pues...

ESCENA II

Dichos, MARQUÉS y DOROTEA. Luego DUQUE, dentro.

Sale Dorotea huyendo del Marqués, y él tras ella, deteniéndola; pero
ésta escápase rápida.

DOROTEA No me persigas. (Vase.)

MARQUÉS Espera.

¡Sólo en esto eres ligera!

(El Marqués corre detrás de Dorotea, y se detiene al

oír la voz del Duque. Este, desde dentro, y dando grandes voces.)

DUQUE ¡ Hijo !

LUCINDA ¿ Qué es esto ? (Mirando á la derecha.)

DUQUE (Todos miran dentro.) ¿ Marqués ?

¡ Aquí, aquí ! ¡ Favor, favor !

MARQUÉS ¡ Mi padre ! (Sin moverse de su sitio.)

CARDENIO El Duque es, sin duda

DUQUE ¿ Por qué la edad no me ayuda,
aunque me ayude el valor ?

CARDENIO ¡ Matóle un oso el caballo !

(Quiere favorecer al Duque y Lucinda lo detiene.)

LUCINDA Tente, Cardenio.

CARDENIO No puedo. (Mutis derecha.)

MARQUÉS (Muerto de amor y de miedo
me siento : quiero dejallo, (Por su padre.)
que no le oí...)

DUQUE ¡ Cielo santo !

MARQUÉS (Fingiré.)

CARDENIO (Dentro. ¡ Espantosa fiera !

MARQUÉS (Que poco importa que muera
un padre que vive tanto.)

(Vase el Marqués por la izquierda y Lucinda queda mirando como Cardenio favorece al Duque.)

ESCENA III

LUCINDA, mirando hacia adentro.

Dios te guarde, y no permita
tanto mal !... ¡ Qué acometer, (Por Cardenio.)
qué de herir y qué vencer !
¡ Ya Cardenio a Jorge imita !
¡ Ya debajo del pie tiene
la bestia, que muerta espanta !
Ya al viejo Duque levanta,
y el Duque le abraza y viene.
Escondida, de este modo,
esperaré. (Se esconde detrás de unos árboles.)

— 11 —

ESCENA IV

LUCINDA, escondida. CARDENIO y DUQUE.

DUQUE ¡ Mi Cardenio,
no sin causa, de tu ingenio
fío de mi casa el todo.

No sin causa es tu valor
en mi opinión el primero;
y no sin causa, te quiero
con tan entrañable amor.
Sin duda en mi pecho nace
con efectos de adivina
mi voluntad, pues me inclina
a quien tanto bien me hace.

CARDENIO Soy tu esclavo, soy tu hechura,
y te sirvo con el alma.

DUQUE Pon en mi palma tu palma,
que mil palmas asegura.

(Presentándole la mano que Cardenio aprieta.)

¡ Estás herido !

CARDENIO No es nada.

LUCINDA (¿ No es sangre?... ¡ Triste de mí !)

DUQUE Muestra...

CARDENIO Yo mismo me herí,
señor, al sacar la espada.

DUQUE A ver...

CARDENIO Pequeña sangría
es, señor.

DUQUE ¡ Menos que fuera !

Toda mi sangre se altera
como si ésta fuera mía.
Desmáyme... Cubrelá.

(Se refiere a la herida.)

CARDENIO Cubriréla.

DUQUE Que en mi pecho
un extraño efecto ha hecho.

LUCINDA (Pues en el mío, ¿ qué hará ?)

DUQUE Tan grande tributo hago
de dolor, viéndola aquí,
que pienso que te la dí.

CARDENIO En el alma te lo pago.

DUQUE Y con la mía pagará

el habértela yo dado,
porque mi hacienda y mi estado,
quien tanto quiero, heredara.

CARDENIO Goza al Marqués mi señor,
que el cielo mil años guarde,
y te hérede.

DUQUE ¡ Hijo cobarde,
sin piedad y sin valor !
¡ Qué pudo dejarme aquí
su crueldad, su cobardía,
viendo que muerto caía
el caballo sobre mí ;
sin que fuesen de provecho,
sin que moviesen mis voces
a sus entrañas feroces
y a su temeroso pecho.

CARDENIO En lo que piensas repara,
señor : si el Marqués te oyera,
con el alma te acudiera,
con la espada te ayudara,
que es piadosa su hidalguía
y su acero es más que fuerte.

DUQUE ¡ Ay, Cardenio, de otra suerte
le pinta mi fantasía !
¡ Tan incapaz, tan injusto,
tan grosero, tan ingrato,
tan ajeno de mi trato,
tan contrario de mi gusto !...

CARDENIO Es de padre esa pasión :
quieren los padres, discretos,
a sus hijos tan perfetos,
que piensan que no lo son.
Algunas desenvolturas
del Marqués, son mocedades.

DUQUE Y mejor dirás, si añades;
disparates y locuras.

CARDENIO En un mozo no es exceso
no ser cuerdo el proceder :
que antes falta viene a ser
en poca edad mucho seso.

LUCINDA (¡ Ay, Cardenio !) (Con amoroso entusiasmo.)

DUQUE

Son noblezas
de tu pecho esos consuelos.
¡Ah, si yo pudiera ¡cielos!
trocar dos naturalezas!
Y está seguro de mí:
que con pecho airado y fiel
a ti te trocara en él
y a él le trocara en ti:
pues no sé qué lo ha causado;
pero ninguno ha tenido
hijo más aborrecido,
ni criado más amado.

ESCENA V

Dichos, MONTEROS 1.º y 2.º

MONTE. 1 Aquí está el Duque. Atajad. (Desde el fondo.)

MONTE. 2 Aquí, aquí. ¡Qué flema tienen!

DUQUE ¡Qué de San Telmos que vienen
después de la tempestad!
Ninguno pudo seguirme... (Con ironía.)

CARDENIO Fué que el caballo volaba. (Disculpándolos.)

DUQUE Y alguno tan cerca estaba
que pudo verme y oirme.
Ven, y en mi tienda podrás
curar tu herida.

CARDENIO Es, señor,
poca cosa.

DUQUE ¿Y no es mejor,
que si es poco, no sea más? (Vase derecha.)

CARDENIO (¡Ay, Lucinda!... ¡Si se ha ido!...
No puedo al Duque dejar...
¡Quién pudiera agora estar
en dos partes repartido!) (Sigue al Duque.)

ESCENA VI

LUCINDA

¡Quién pudiera detenelle!
¡Quién pudiera acompañalle!

— 11 —
¡Cuánto diera por hablalle
y cuánto me cuesta el velle!...

(Mirando hacia la derecha.)

Mas la tienda o pabellón
ponen muy cerca de aquí:
Donde la ocasión perdí,
esperaré la ocasión
hasta salir de esta duda
que me tiene en esta calma.

ESCENA VII

LUCINDA, escondida. MARQUÉS y DOROTEA; ella sale corriendo
y el Marqués detrás.

MARQUÉS (Dentro.) Bien puede mudar el alma
quien tan bien los pasos muda.

LUCINDA Parece que escucho gente:
quiero retirarme un poco. (Se esconde.)

DOROTEA ¿Qué pretendes? (Saliendo.)

MARQUÉS Vengo loco:
detente, mi bien, detente.

Ya te alcancé, prenda amada:
templa un poco tus desdenes.

DOROTEA ¿Cómo podré, si me tienes
más que cogida, turbada?
¡Qué afrentas!

MARQUÉS Oye, señora...

DOROTEA ¿A quién es vasalla tuya?...

MARQUÉS Todo el cielo me destruya
si mi alma no te adora.
Sosiégate.

DOROTEA Ya sosiego
el corazón. ¿Qué me quieres?

MARQUÉS Que mires, que consideres
en mi pecho tanto fuego,
y que vive mi afición
mal premiada ha tantos días,
(pues las demás partes mías
tan aborrecibles son)
que la vida me destruyes,
que la muerte me dilatas,

cuando pesada me matas,
cuando ligera me huyes.
Ya que tu curso ligero
he merecido parar,
que me acabes de matar
con un desengaño quiero.

DOROTEA

Una honrada cortesía
obliga a la más honesta :
perdona, si la respuesta
es grosera, por ser mía :
que quien de los montes viene
y en ellos le dieron ser,
grande enojo ha de tener
para mostrar que le tiene.
Y si, por ver cual te trata,
has culpado mi rigor,
no imagines que tu amor
desconozco, como ingrata ;
ni pienses por mi recato
que tu voluntad me enfada,
que tu talle no me agrada
o que me ofende tu trato :
que el huirte y el dejarte
diversos efectos son :
pues huyo de la ocasión
de verte por no adorarte.
Porque no me dé consuelo
el cielo, cuando le quiera,
si de tus partes, cualquiera
no me parece otro cielo.
Y si a estarte agradecida
no me obligaron también,
y si no te quiero bien
que no lo tenga en mi vida.
Pero advierto la humildad
de mi estado y mi bajeza ;
y considero tu alteza
tan cerca de majestad.
Hija soy de un labrador,
aunque es su riqueza extraña ;
y tú, de un Grande de España
eres el hijo mayor.

Entre cabras y entre bueyes
nací yo; pues ¿qué sería,
manchar tú con sangre mía
la que te dieron los Reyes?
Pues de otra suerte, señor,
soy tan honrada mujer,
que en mi cuerpo viene a ser
sangre del alma mi honor;
y por no perder la palma
de honrada, de honesta y cuerda,
antes que una gota pierda,
he de perder toda el alma.
Refrenarte, pues, procura,
viendo que nacen, señor,
de sobras de tu valor
las faltas de mi ventura.
Y piensa, por consolarte,
que a mí, del rabioso daño
de este libre desengaño,
me alcanza la mayor parte.
;Qué virtud, qué sal le pones
a tus divinos despojos,
que enamoras con los ojos
y encantas con las razones!
Y esta ocasión que me das,
a estimarte más me anima:
que la mujer que se estima
hace que la estimen más.
;Villana del alma mía,
no tiene el mundo tu igual!
;Si la virtud natural
es la mayor hidalguía!
;Cuando no fueras hermosa,
como tan honrada fueras,
del Rey de España pudieras
ser querida y ser esposa!
;Por el cielo soberano,
que pues tuya el alma fué,
ha de ser tuya mi fe
y tuya será mi mano!
Buscar quiero mi sosiego
aunque el pecho se desangre:

MARQUÉS

pues la mancha de tu sangre
es de tierra y no de fuego.
Y en mí, aunque quede corrida,
como no quede abrasada,
será siempre colorada
y nunca será ofendida.
Y no mezclaré la ajena
con la propia, sin mi gusto :
que un casamiento a disgusto
gasta la sangre más buena.

Dorotea, esos luceros
levanta y ponlos en mí ;
tuyo he de ser, y de ti
nacerán mis herederos.
Será su naturaleza
aumento de mi salud :
pues tú les darás virtud
y yo les daré nobleza.

DOROTEA
MARQUÉS

¿Hablas de veras?

¿Pues duda

pones en tan grande amor?

DOROTEA

Entre estos montes, señor,
anda la verdad desnuda ;
y en la novedad de vella
de un cortesano nacida,
tan argentada y vestida,
no me atrevo a conocella.

Mas no es posible, aunque admira
el ver que a tal te dispones,
que tan fundadas razones
puedan fundarse en mentira.

Pero con todo, me espanto...

MARQUÉS

¿En qué dudas?

DOROTEA

Tengo miedo.

MARQUÉS

Dame crédito.

DOROTEA

No puedo

creer que merezca tanto.

MARQUÉS

¡ Por el divino Hacedor !...

DOROTEA

No jures.

MARQUÉS

¡ Tiénesme loco !

DOROTEA

Deja que lo piense un poco...
y piénsalo tú mejor.

(Se siente rumor por la derecha, y el Marqués y Dorotea van al fondo y miran a dicho sitio.)

¿No es tu padre?... ¡Muerta soy!

MARQUÉS Visto me ha, habrele de hablar;
mas palabra me has de dar
de no irte.

DOROTEA Yo la doy.

MARQUÉS Escóndete.

DOROTEA (Y me destruyo
de temor.) (Se retira a la izquierda, pero quedando a la vista del público.)

MARQUÉS (¡Qué hubo de haber
tal estorbo!)

ESCENA VIII

Dichos, DUQUE, LISARDO, CARDENIO y CRIADOS.

Lisardo viene por la izquierda y al ver al Duque le saluda.

LISARDO Vengo a ver,
señor, mi hijo y el tuyo.

DUQUE Al tuyo le quiero yo
con el extremo que al mío.
¡Tiene valor, tiene brío!

LISARDO (De buen padre lo heredó.)

DUQUE Allí va.

LISARDO Yo a velle voy.

CARDENIO (¡Si se fué mi sol divino!...)

LUCINDA (Salir le quiero al camino.)

DOROTEA (Temblando de miedo estoy.)

LUCINDA (¡Mas qué veo! Aun es temprano.)

LISARDO ¡Hijo mío!

LUCINDA (¡Cómo hijo!)

CARDENIO ¡Mi padre! (Besándole la mano.)

LUCINDA (¡Mi padre, dijo,
y le ha besado la mano!
Si no es sueño, ¡yo estoy muerta!
Su padre debe de ser...

y éste el dudar y el temer
de Cardenio... Cosa cierta.)

DOROTEA (¡Qué sin gusto ha recibido
a un hijo que le ha besado

- la mano !) (Refiriéndose a lo que hace el Duque.)
MARQUÉS (Aparte y haciendo referencia a su padre.)
(¡ Mírame airado !
Mi falta habrá conocido.)
DUQUE Pues, Marqués...
MARQUÉS Señor... (En calma
me tiene el ver sus enojos.)
LUCINDA (¡ En quién he puesto los ojos !)
¡ Quién me tiene toda el alma !)
(Por Cardenio y con tristeza.)
CARDENIO Que más no te detuvieras
me hólgara, padre querido. (A Lisardo.)
DUQUE (Al Marqués, irónicamente.)
¿Cómo en la caza os ha ido?
¿Habéis muerto muchas fieras?
¡Todas debieron de huir!...
MARQUÉS No las pude yo alcanzar.
DUQUE Acierta poco a matar
quien teme mucho morir.
LISARDO Adiós.
CARDENIO Vé con él.
(Le besa la mano a Lisardo y éste se retira al fondo
hasta que le toca hablar.)
LUCINDA (¡ Ay, triste !
¿Qué he de hacer?)
CARDENIO (¡ Qué ocasión ésta !)
(A Lucinda, yendo hacia ella.)
Si no oiste la respuesta
de mi boca, ya la viste.
(Corrido estoy.)
MARQUÉS (Padre injusto.)
DUQUE Hacen, los que honrados son,
las cosas de obligación
primero que las de gusto.
CARDENIO ¿Qué es esto? (A Lucinda, al verla afligida.)
DOROTEA (¡ Qué miedo labra
en mi pecho ! ¡ Cuál está !
¡ Cómo se pasea, y da
diez pasos y una palabra !)
(Refiriéndose a lo que hace el Duque.)
MARQUÉS Pues, señor, ¿qué causa he dado?
CARDENIO ¡ Ah, señora ! ¿ Otro suspiro ?

¡Qué diferente te miro?
DUQUE A mi mesa habéis faltado.
A vos el mirar no os toca
por mi salud en mi mesa,
siendo a vos a quien más pesa
de que yo tenga tan poca...!
MARQUÉS Señor...

DUQUE ¡Y justo no fuera
acudir con mis criados
a cortarme los bocados
para que yo los comiera!...

DOROTEA (Estoy temblando de oílo.)

MARQUÉS He tardado sin querer.

DUQUE Mas dejástelo de hacer
porque no os corte el cuchillo.

MARQUÉS ¡Cielo! (Rabioso y avergonzado al oírse el insulto.)

CARDENIO (A Lucinda.) Si con tantas veras
sientes y lloras el daño
que te ofrece el desengaño,
¿a ser engaño, qué hicieras?
Por eso, cuando a caballo
te parecí caballero,
y en tu servicio el primero
desalentaba el caballo...;
cuando lucieron mis alas
de tus vistosos colores,
y añadieron tus favores
al corazón otras galas...;
como lo que soy sabía
y a quien eres aspiraba,
en mi pretensión me helaba
y en tu fuego me encendía.
Perdona, y si lo pasado
te ofende tanto, iré yo
a enterrarme, donde oró
el padre que me ha engendrado.
DUQUE Comed, Marqués, que ya es hora,
y al valor daréis caudal
si coméis de un animal
que mató Cardenio agora.

(Vanse el Duque y sus criados.)

ESCENA IX

Dichos menos DUQUE y CRIADOS.

LISARDO Mi hijo, dame la mano.

(Queriendo besarle la mano al Marqués.)

MARQUÉS ¡ Pluguiera á Dios que lo fuera,
para que así no sintiera
tratarme como a villano !

LISARDO ¡ Ay, hijo del alma mía !

MARQUÉS Perdona, Lisardo, y presto
déjame sólo este puesto.

LISARDO Dios quede en tu compañía, (Vase.)

ESCENA X

Dichos menos LISARDO.

Salen Dorotea y Lucinda de donde estaban escondidas. Dorotea, a una parte, está hablando con el Marqués, y a la otra, Lucinda con Cardenio.

DOROTEA ¡ Gracias a Dios que se han ido !

MARQUÉS La palabra que me has dado...

DOROTEA Pues hasta agora he esperado,
bien mi palabra he cumplido.

CARDENIO Háblame, o si estás tan fiera,
mátame con este acero.

(Se arrodilla y le da la daga a Lucinda.)

LUCINDA A ser tan duro y tan fiero
mi corazón, yo lo hiciera.
Levanta, y goza la palma
de mi amor favorecida,
que yo te debo la vida
y te pago con el alma.
Si cuando te vi, supiera
de tu humilde nacimiento,
culpara mi pensamiento
si por libre te quisiera ;
pero, pues quiso mi suerte
que tan engañada he sido,
ya del haberte querido

no es remedio el no quererte.
Y así, aunque de mí se arguya
bien o mal, en paz o en guerra,
como hijo de la tierra
serás mío y seré tuya.
No me culpes si he llorado
y dudado : que no fuera
honrada si no tuviera
este sentimiento honrado ;
porque yo quisiera aquí,
por no ofender mi nobleza,
trocar tu naturaleza,
pero no dejarte a ti.

CARDENIO Lo que te viere pisar
con la boca he de barrer.

LUCINDA ; Quién gozara este placer
sin sentir este pesar !

(Vanse Lucinda y Cardenio.)

ESCENA XI

DOROTEA Y MARQUÉS.

DOROTEA Déjame ir.

MARQUÉS ; Por Dios te pido
que no aumentes mi cuidado !

DOROTEA Basta lo que me has mandado,
basta lo que te he servido ;
ya me obligaba tu amor
a seguir tu voluntad ;
y aquella severidad
que vi al Duque, mi señor ;
aquel altivo recato,
aquel mohino despecho,
la soberbia de aquel pecho,
la aspereza de aquel trato ;
aquel semblante feroz,
aquel descubrir de enojos,
aquel reñir con los ojos
primero que con la voz ;
aquel pasear, mirando
a los que le están sirviendo,

y estarle todos temiendo,
mirarle todos temblando ;
al ver a sus asperezas
asistir mil caballeros,
no tan sólo sin sombreros,
mas pienso que sin cabezas ;
al ver que te recibía
y no sólo no abrazaba,
más de suerte te miraba
que entendí que te comía...
me mudan de parecer
y me matan de temor.
¡ Si esto es ser grandes, Señor,
muy pequeña quiero ser !
Déjame entre mis pastores
tratar con trato grosero
del cabrito, del cordero,
y de otras cosas menores.
Y hacer un tiro acertado
si al monte voy a cazar :
(que es gran gusto el acertar
sin miedo de haber errado.)
Volverme a casa temprano
con la perdiz o el conejo,
y dar vida a un pobre viejo
con lo que mata mi mano ;
donde con amor profundo
me recibe entre sus brazos,
y estimo más sus abrazos
que ser señora del mundo.
Y este desvío que lloro,
porque en ti le considero,
no es decir que no te quiero ;
no es decir que no te adoro ;
mas es mi naturaleza
tan villana, por ser mía,
que estimo mi villanía
y me espanta tu nobleza.
Y así el alma, que te adora,
quisiera, a estar en mi mano,
el hacerte a ti villano,
más que hacerme a mí señora.

Adiós.

MARQUÉS ¿Pues así te vas?

(La coge de la mano.)

DOROTEA Suelta la mano, Marqués.

MARQUÉS Sin que palabra me des
de ser mía, no te irás.

DOROTEA ¡Déjame!

MARQUÉS Dasme la muerte.

Espera.

DOROTEA No he de esperarte:
que si me paro a mirarte
no podré dejar de verte.
¡Suelta!

MARQUÉS ¡Terrible desdén,
quiero probar si te allano
teniendo el trato, villano,
si ese te parece bien!
A mi dolor, que es profundo,
daré remedio o consuelo.

DOROTEA (Alzandò la voz.)

¡Pondré la voz en el cielo
para que la escuche el mundo!

(El Marqués sujeta a Dorotea, a lo que ella se resiste.)

ESCENA XII

Dichos, DON QUIJOTE y SANCHE PANZA.

QUIJOTE (Desde dentro a grandes voces.)

Date prisa a caminar,
que es la voz, al parecer,
de alguna flaca mujer
que en gran cuita debe estar.
Corre, Sancho; ataja, ataja,
verás qué es ser caballero.

(Sale don Quijote, derecha, en Rocinante, y vestido como le pintan en su libro.)

Apearéme, no quiero
acometer con ventaja.

(Baja del caballo en el fondo de la escena.)

Ten la rienda a Rocinante.

(Sancho, con el caballo, desaparece por el último término izquierda.)

¿A tan hermosa doncella (Al Marqués.)
faceis tuerto? Arredraos della,
caballero mal andante!

MARQUÉS Si estás loco, estoy sin seso
yo también: vuélvete en paz.

QUIJOTE Tú eres el sandio, incapaz
de la Orden que profeso.

DOROTEA (Con tan bravo defensor
riera, si no llorara.)

MARQUÉS (De su locura gustara
a no estar loco de amor.)

QUIJOTE Caballero andante soy
tan bueno como Amadís,
el del Febo y Belianís.
Con bravo coraje estoy,
y busco las aventuras
y desfago los agravios;
y he de defacer los labios
que sandeces y locuras
han hablado.

MARQUÉS Si mis pajes
te han visto, guardarte puedes.

QUIJOTE Pues agora lo veredes,
que esto mismo dijo Agrájes.

(Desenvainando la espada.)

¡Ea, follón, sacad la espada,
y a fuer de buen español,
partiré entretanto el sol
de la primer cuchillada!

(Aparecen por el foro algunos criados del Marqués,
con estacas.)

DOROTEA Guárdate, señor, de un loco. (Al Marqués.)

MARQUÉS ¡Que hasta los locos sean malos
para mí!... Matadle a palos.

(A los criados, que la emprenden a palos con don
Quijote.)

QUIJOTE ¡Malandrines, poco a poco!
Pues ¿cómo, sin ser armados
caballeros me ofendéis?

MARQUÉS ¡Hermosos pies, no voléis,

que los alcanzan mis cuidados !

(Por Dorotea, que ha marchado por la izquierda. Tras ella el Marqués y los criados.)

ESCENA XIII

DON QUIJOTE; luego DUQUE y TRES CRIADOS.

QUIJOTE ¡ La andante caballería
violásteis de esta suerte ;
mas hará mi brazo fuerte
castigo en tal villanía ! (Pausa.)
¡ Muerto me has, gigante fiero,
con tu maza gigantea !... (Pausa.)
¡ Mi señora Dulcinea,
a éste vuestro caballero
en esta cuita ayudad,
pues sois en el mundo sola !

DUQUE (Dentro.) ¿Qué voces son estas?... ¡Hola!
(Sale por el fondo con los criados, sin fijarse en don Quijote.)

CRIADO I El Marqués corre.

DUQUE ; Volad !

CRIADO 2 Y tres hombres van tras él.

DUQUE : ¡Corramos todos tras ellos.

CRIADO 3 ¡Aquí, aquí!... ¡A ellos, a ellos!

(Vanse el Duque y criados.)

QUIJOTE ¡ Ah, don Carloto cruel !

ESCENA XIV

DON QUIJOTE y SANCHE PANZA, que sale temblando.

SANCHO ; Qué vocinglero rumor !
Aquí mi vida aventuro.
¿A dónde estaré seguro,
don Quijote, mi señor?
; Socorro, que estoy mortal !
; Válgame tu valentía !

QUIJOTE ¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?

SANCHO ¿A dónde te escucho hablar

palabras despavoridas?

(Oyendo los gemidos de don Quijote, pero sin verlo.)

QUIJOTE ¡ De mis pequeñas heridas
compasión sueles tomar !

SANCHO (Viéndolo.)

¡ Oh, malhaya ! ¿ Quién te hirió ?

QUIJOTE Non lloredes, mi escudero.

SANCHO ¡ Mi don Quijote, yo muero !...

QUIJOTE No soy don Quijote yo. (Enfadado.)

Soy uno de los sobrinos
del Marqués, que fué a buscar
a las orillas del mar
la casa : soy Baldovinos.

SANCHO ¡ Don Quijote me pareces,
aunque estás tan mal parado !

QUIJOTE ¡ Cómo vives engañado !
¿ No te he dicho muchas veces,
que en nuestra Caballería
andantesca hay muchas cosas
que, encantadas y espantosas,
se transforman cada día ?
Tal vez verás una rana
u otra cosa semejante,
que hoy se convierte en gigante
y en galápago mañana.

Así yo, por los malos
encantos de aquel garrote,
si era sano don Quijote,
soy ferido, Baldovinos.

¿ No ves el monte intrincado
de zarzas, matas y breñas ?

¿ No ves robres, no ves peñas,
y no me ves a mí echado ?

¿ No ves mi herida mortal ?

¿ No me oíste, que decía :

« Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal ? »

Pues, si como estaba estoy,
y como él me oyes quejar,
¿ qué necio no ha de pensar
que Baldovinos no soy ?

SANCHO Es así : habreme trocado
yo también.

QUIJOTE Sí, majadero.

SANCHO ¿Y quién soy?

QUIJOTE El escudero
de este Infante mal logrado.

SANCHO ¡Tu muerte quiero llorar, (Lloriqueando.)
Baldovinos, mi señor ! (Pausa.)

QUIJOTE Ve a buscar un confesor
que me quiera confesar.

ESCENA XV

Dichos, el CURA y el BARBERO.

SANCHO Iré luego, aunque me pese...
¿No es el Barbero y el Cura?
Y tienes, por gran ventura,
quien te cure y te confiese.

CURA ¡Extraño suceso !

BARBERO Extraño.

 ¿Y tu amo?

SANCHO Herido está,
y Baldovinos es ya.

QUIJOTE ¿A dónde está el ermitaño?

CURA (Acercándose a don Quijote.)
¡ En esto parado han,
Quijada, tus desatinos !...

QUIJOTE ¡ Oh, mi primo Montesinos !
¡ Oh, infante don Merian !

ESCENA XVI

Dichos, el DUQUE y CRIADOS.

CRIADO 1 Mandólo el Marqués. (Contestando al Duque.)

DUQUE (A los criados.) Tampoco
era justo. ¿Dónde está?

CRIADO 2 ¡ El Duque ! Haceos allá.
 (A Sancho, el Cura y el Barbero.)
Es un loco. (Al Duque.)

DUQUE Pues si es loco,

¿para qué le hicieron mal?
¿De dónde salió? ¿Quién es?
(Avanzando al proscenio.)

QUIJOTE (Al Duque, que se le acerca.)
¡De Mántua, noble Marqués!
¡Oh, mi buen tío carnal!

DUQUE ¡Váleme Dios!

BARBERO (Al Duque.) Con razón,
señor, os maravillais
de verle tal; si la causa
quereis saber, escuchad.

QUIJOTE Hame muerto don Carloto
a traición, por se casar
con Sevilla—¡ay, bella Infanta!—
que es mi mujer natural.

CURA Para que te deje oír,
¿no te quieres confesar,
Baldovinos?

DUQUE (A don Quijote.) Sí, sobrino...

QUIJOTE Buen ermitaño, llegad.

DUQUE (Gana me da de reír,
aunque es más justo llorar.)

QUIJOTE Yo me acuso... (En voz alta.)

CURA Proseguid:
acusaos quedo.

QUIJOTE Ya va.

(Forman dos grupos, según se desprende del diálogo.)

BARBERO Este, aunque pobre, es hidalgo
de conocido solar;
y tomando su desdicha
por medio a su soledad,
obligóle a que leyese
del sol a la luna, y más,
en estos libros, que llenos
de disparates están:
donde van como los vientos,
cuando a algún socorro van
los navíos por la tierra,
y los montes por la mar;
donde un tajo o un revés
suele en los aires cortar,
no un cabello, diez gigantes,

que hacen de sangre un lagar.

QUIJOTE (Siguiendo su confesión.)

Que, llorando una doncella,
fuí perezoso en llegar
a socorrella.

CURA ¡ Gran culpa !

Pues otra vez no lo hagais.

BARBERO Desvaneciósese de modo,
creyendo que eran verdad
tan negras caballerías,
que de juicio incapaz,
y tomando de su abuelo
aquel peto y espaldar,
y aplicándole celada
que tan conforme le está,
a este villano, tan tosco
como simple, hizo ensillar
un rocín, cuyo pellejo
llenar sus huesos no más ;
y armado y puesto a caballo,
salió de nuestro lugar.
Y el cura y yo le seguimos
por lástima y amistad.

QUIJOTE (Siguiendo la confesión.)

Que temí un fiero gigante
y me quise retirar,
aunque después le maté.

CURA Otra vez no le temáis.

BARBERO Buscando las aventuras
iba, sin considerar
que los que las buscan menos,
las suelen más presto hallar.
Como su nombre es Quijada
y es manchego natural,
don Quijote de la Mancha
agora se hace llamar ;
y Rocinante al caballo ;
y todo por imitar
la andante Caballería
que por los cascós le va.

QUIJOTE (Siguiendo la confesión.)

Que de estos palos, que siento,

- venanza quise tomar.
CURA ¿Perdonáisllos?
QUIJOTE Sí, perdono,
aunque se me hace de mal.
CURA (Dándole la bendición.)
Pues yo os doy en penitencia,
que a vuestra casa os volvais;
no saliendo un punto de ella
sin mi gusto.
QUIJOTE Bien está.
CURA Seguille el humor a un loco (Al Duque.)
le suele a veces curar.
DUQUE ¡Es suceso tan extraño,
que no se ha visto jamás!
¿Quién no quema tales libros?
CURA Ya por mi mano lo están.
DUQUE Bien habeis hecho, vengando
injurias de la verdad.
QUIJOTE Abrazadme agora, tío;
y este abrazo le llevad
a mi esposa. ¿No lo haréis?
DUQUE Sí, sobrino. (¡ Hay cosa igual !)
A mi tienda le llevamos,
donde se podrá curar,
sino el seso, las heridas.
¡Hola, en brazos le llevad! (A los criados.)
SANCHO ¿Mi señor?...
QUIJOTE ¡Oh, mi Escudero,
molido el cuerpo me han!
¡Oh reina doña Ermelinda,
vuestro hijo cuál está!
¡Ay Sevilla, Infanta bella,
ya me llevan a enterrar!
¡Hasta el día del juicio
ya no nos veremos más!
(Llévanse los criados en hombros a don Quijote.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Sala en el palacio del Duque.

ESCENA PRIMERA

MARQUÉS y un CRIADO. Sale el Marqués rasgando un billete.

MARQUÉS ; Qué afligir, con enfadar !
Ya, pues esto se me ofrece,
no me tengo de espantar,
si una mujer que aborrece
es constante en desdenar.
Cuando me vi desdenado
no estuve tan afligido ;
que dan más pena y cuidado
quejas de lo aborrecido,
que desdenes de lo amado.
¿ Qué me quiere esta pastora ?
CRIADO Que la engañaste, decía.
MARQUÉS ¿ Quién no engaña si enamora ?
CRIADO Tiernos suspiros envía
y amargas lágrimas llora.
Por los montes y los llanos
tendió la voz y los ojos
como soles soberanos ;
dijo sus negros enojos
y torció sus blancas manos ;
y entre paciencia y despecho
cruzó en el pecho los brazos.

MARQUÉS ; Poco importa cuánto ha hecho,
si otros ojos a pedazos
me la arrancaron del pecho ! (Vase criado.)

ESCENA II

MARQUÉS y CARDENIO, por el fondo.

MARQUÉS ¡Hola, Cardenio!

CARDENIO ¿Señor?...

MARQUÉS Pienso que habré menester
tu consejo y tu favor.

CARDENIO Luego puedes disponer
de mi vida y de mi honor.

MARQUÉS Ya tú sabes el desdén
con que trató Dorotea
mi loco amor.

CARDENIO ¡Se lo bien!

MARQUÉS Que se abrasa quien desea
debes de saber también.
Pues yo, que abrasar me ví,
palabra mezclada en fuego
de ser su esposo la di;
tomóla, gocela, y luego
la olvidé y la aborrecí.

CARDENIO Eso es muy propio de amor
que se funda en apetito.

MARQUÉS Y hale ayudado el rigor
con que muero y solicito
otro esperado favor.
De dos damas los amores
me ofrecen varios desvelos:
que con ternezas y duelos
ésta me niega favores
y aquélla me pide celos.
Y tú, para consolarme,
en lo uno has de valerme
y en lo otro aconsejarme.

CARDENIO En todo puedes mandarme...
(y en todo temo el perderme.)

MARQUÉS ¿De no cumplir en rigor
mi palabra, qué redunda?
Siendo en mí mengua...

CARDENIO Señor,
sobre su palabra funda,
el que es honrado, su honor.

Siempre el cumplilla es razón :
porque su honor amancilla
y desdora su opinión ;
siendo indicio, el no cumplilla,
de que el dalla fué traición.

MARQUÉS Y si en el cumplilla, halla
inconvenientes también
de su honor, ¿puede escusalla?

CARDENIO Eso, señor, fuera bien
que considerara al dalla.

MARQUÉS ¿Si no lo consideró?...

CARDENIO Esta ley es muy severa...

MARQUÉS Pues ¿he de casarme yo
con una villana?

CARDENIO ¡No
digo tal, ni Dios lo quiera !

MARQUÉS Pues ¿qué haré? ¡ Son espantosas
mis desdichas !

CARDENIO No te asombres ;
porque, en dudas tan forzosas,
discursos tienen los hombres
y medios tienen las cosas.
El padre de esta serrana
tiene de hacienda un tesoro
y más que un tesoro gana,
convirtiendo en plata y oro
vino, aceite, queso y lana.
Sus espaciosos sembrados
le dan trigo a manos llenas ;
tiene llenos y poblados,
los montes, de sus colmenas,
los campos, de sus ganados.
Y ella, cuando el viejo muera,
de toda su hacienda es,
por ser única, heredera.
¿Que fuera corto interés
si en belleza no lo fuera?
Mas, a su ser soberano
tanto interés añadido,
imagino que hará llano,
el poder dalle marido
con su gusto y de tu mano.

Y esto con ella tratado,
si quiere libre dejar
la palabra que le has dado,
entonces podrás quedar
contento y desobligado.

MARQUÉS El consejo que me das
con extremo me agradó :
Cardenio, obligado me has ;
y así, pues no tengo yo
ninguno a quien quiera más,
para que puedas tener
con gusto, hermosura y oro,
mi Cardenio, tú has de ser
el que gaste ese tesoro
y el que goce esa mujer.

CARDENIO ¡ Cómo, señor ! (¡ De corrido
como sin alma he quedado !)

MARQUÉS (No responde, hase ofendido :
este revienta de honrado .)

CARDENIO Callando te he respondido.

MARQUÉS ¿ De qué te afliges ?

CARDENIO De ver

que contigo no aproveche :
el haberme dado el ser
la que a ti te dió la leche
que yo te dejé al nacer ;
ni el regalo y el amor
con que doce años honraste
la casa de un labrador,
donde engañado pensaste
ser yo tu hermano mayor ;
ni haberte después servido
otros tantos de criado...
para haber de mí pensado
que el no ser tan bien nacido
me quita el ser tan honrado !
Si nací (nunca naciera)
bajamente, Dios lo ha hecho ;
que si en mi mano me hiciera
o naciera de mi pecho,
ninguno más bueno fuera.
Pero, aunque baja la vida,

tengo el alma tan honrada,
que es de mí tan estimada
esta nobleza adquirida,
como la tuya heredada.
Piensa, pues, que este valor
más que tu ejemplo se apura,
que ni la luz, ni el calor,
me dan oro, ni hermosura,
ni siendo el sol de mi honor.
Y perdona el sentimiento
que en tu presencia he mostrado.
Tan honrado pensamiento
¿cómo puede ser culpado?
Tú me perdona el intento
de ofrecerte cosas mías :
como ví que la alababas
y su hacienda encarecías,
creí que la codiciabas
y entendí que la querías.
Con otro la he de casar,
porque así más libre pueda
pretender y conquistar
a aquel ángel.

MARQUÉS

CARDENIO (¡ Aún me queda
otro trago que pasar !)

MARQUÉS Quiero, Cardenio, a una dama
bella, rica, principal,
de buen gusto y mejor fama.

CARDENIO ¿Será tu igual?

MARQUÉS No es mi igual
en el estado.

CARDENIO ¿Y se llama?...
(¿Qué pregunto?)

MARQUÉS En la nobleza
me iguala.

CARDENIO (¡ Duros enojos !
¡ Qué sospecha y qué certeza !)

ESCENA III

Dichos, LUCINDA, con escuderos.

MARQUÉS Pero ya, puesta a mis ojos,

me deslumbra su belleza.

CARDENIO (¡Qué miro! ¡Si estoy dormido!
¿Qué hielo es éste? ¿Qué encanto
en piedra me ha convertido?

Pero no sintiera tanto
si algo de esto hubiera sido.)

MARQUÉS ¿No es bella? ¿No es milagrosa?

LUCINDA (Muerta me tiene el cuidado:
¡que soy tan poco dichosa!)

CARDENIO (¡Que haya hombre tan desdichado!)

MARQUÉS (¡Que haya mujer tan hermosa!)

LUCINDA (¡Son Cardenio y el Marqués!

Mejor mi gloria y mi pena
les hubiera dicho; pues
el uno mi muerte ordena
y el otro mi vida es.

¡Qué triste está, qué afligido!

¡Se adivina mi cuidado!...

¡Oh, mi desdicha ha sabido!)

MARQUÉS (¡O mis ojos han cegado,
o mis cielos han llovido!)

(Saluda el Marqués a Lucinda y quiere acompañarla.)

LUCINDA No pienso pasar de aquí.

MARQUÉS No acompañarte sería
disparate.

LUCINDA No nací

para tan gran compañía:

Cardenio me basta a mí.

MARQUÉS (Sóbrame a mí esa razón
para saber que le quieres.)

CARDENIO (¡Ay, gloria del corazón!)

MARQUÉS (¡Si en escoger las mujeres
son lobas, qué lobas son!)

(Hace Lucinda como que tropieza, y al tenerse en
Cardenio, dale un lienzo, y en él atado un billete.)

LUCINDA ¡Jesús!

MARQUÉS ¿Habéis tropezado?

LUCINDA No sé en qué.

MARQUÉS ¿No está, por dicha,
llano cuanto habéis pisado?

LUCINDA (No es tan llano mi cuidado.)

CARDENIO (Y es un monte mi desdicha.)

- MARQUÉS ¡ No veo a donde poder
tropezar en esta pieza !
- LUCINDA En mí misma pudo ser.
- MARQUÉS Quien en sí misma tropieza
en algo quiere caer.
- LUCINDA Cuando yo caer quisiera
consiguiendo algunos fines,
no soy mujer que cayera
tropezando en mis chapines,
que es calda muy ligera.
Que aunque ellos ligeros son,
es tan pesado mi seso,
que tropiezo en la ocasión
de cosas de mucho peso,
y caigo en la que es razón.
- MARQUÉS Pues que también tropezais,
sumad bien vuestro valor
porque en la cuenta caigais.
- LUCINDA Pues que corre por mi honor,
sí haré.
- CARDENIO (¡ Mis males contaís !)
- LUCINDA ¡ Ah, señor !...
- MARQUÉS No es bien mandar,
que quede...
- LUCINDA Ni porfiaros.
- MARQUÉS Cardenio se ha de quedar :
tocaráme el levantaros
si volveis a tropezar.

(Vanse Marqués y Lucinda.)

ESCENA IV

CARDENIO.

¿ Yo, cielo, en qué he tropezado ?
¿ No estaba sobre la luna ?
¿ Dónde estoy ? ¡ Mas he quedado
con un golpe de fortuna,
sin tropezar, derribado !
Lucinda, ¿ en qué han de parar
estas dudas y estas quejas ?
Todo es temer y dudar ;

pero, pues lienzo me dejas,
bien sabes que he de llorar.

(Reconoce el pañuelo.)

¿No es este ñudo? ¡Un papel
tiene atado! Ya no es tanta
mi pena, con ser cruel;
el que tengo en la garganta
pienso desatar con él.

(Lee el papel.)

«Como sabes, el Marqués ha dado en
perseguirme; y de haber hablado con mi
padre resulta el partirme con él a una de
sus aldeas. Por avisarte de esto tomé
ocasión de venir a despedirme de mi se-
ñora la Duquesa, y probar si este papel
será tan dichoso, como yo desdichada;
que no es poco, siendo tuya: *Lucinda.*»

¿Es congoja, es maldición
la que me aflige y alcanza?

¿Qué tengo en el corazón?

Si es de muerte la esperanza,

¿los pesares de qué son?

¡Que aun temo males mayores
que el de esta afligible calma!

Si está, tras tantos rigores,
llena de penas el alma,

¿dónde cabrán los temores?

¡Revienten mi pecho luego
los que resultaren de ella!

ESCENA V

CARDENIO y el MARQUÉS.

MARQUÉS ¿Oye, Cardenio?...

CARDENIO (¡Estoy ciego!)

MARQUÉS Ya viste la causa bella
de este amor y de este fuego.
Pues quiero agora emplearte,
y he venido a prevenirte.

CARDENIO Yo, señor, para obligarte,
con lealtad he de servirte
y sin engaños tratarte.

Esa causa, que es tan fuerte,
ese cielo, esa hermosura,
lo fué de mi buena suerte,
lo es de mi desventura,
y lo será de mi muerte.
Seis años ha que la adoro,
y cinco de amor la debo,
que ha que la guardo el decoro ;
a su valor no me atrevo
y mi nacimiento lloro.
Mas, después de haberle dado
en una ocasión dichosa
mi bajeza algún cuidado,
con su palabra de esposa
quedé contento y pagado.
Mas, señor, si con saber
esta dicha y esta pena,
para tu propia mujer
te pareciese que es buena,
quien mía la quiso ser...
me iré, por darte el lugar
que a ser dichoso tuviera,
donde me mate el pesar
en el monte alguna fiera,
o algún pescado en el mar.
O tú mismo saca fría
mi sangre que ardiendo está.

(Híncase de rodillas.)

MARQUÉS ; Levanta, por vida mía !
Algo de eso imaginaba,
pero el todo no sabía.

CARDENIO En este verás más llano
esta desdicha que lloro.

(Dale el papel de Lucinda.)

MARQUÉS (¡ No ha de gozar un villano
lo que con el alma adoro,
aunque le mate mi mano !)

(Lee el papel entre sí.)

CARDENIO (La fuerza de mi verdad
algo en mi favor ordena.
¡ Guialde la voluntad,

cielo ; y pues mirais mi pena,
por mi remedio mirad !)

MARQUÉS

(¡ Que éste pudo merecer
una mujer que es tan bella !
¿ Cómo de tan bajo ser,
nació con tan buena estrella ?
¿ Quién le bendijo al nacer ?
Estoy, sin más ocasión,
por hacer con este acero
maldito su corazón ;
mas con un engaño, quiero
hurtalle la bendición.)

(A Cardenio.)

Cuando entre los dos no hubiera
obligación de hermandad,
es cierto, que ingrato fuera,
si, por sola tu verdad,
lo que pienso hacer, no hiciera.
A Lucinda has de gozar ;
y por si su padre airado
te lo quisiere estorbar,
te diré lo que he tratado
y lo que pienso tratar.

CARDENIO

Deja que bese tus pies
o lo que pisa tu planta.

MARQUÉS

Levanta.

CARDENIO

Que no me des
la mano...

MARQUÉS

Ya te levanta...
(¡ por derribarte después !)
Ven y escucha.

CARDENIO

Tu nobleza
de nuevo, señor, me ha hecho.
¡ Tuerce tu naturaleza,
vil fortuna ! ¡ De mi pecho
aprende a tener firmeza !

(Vanse.)

MUTACIÓN

Bosque. Casa de labradores a la derecha.

ESCENA VI

DOROTEA, por la casa.

Sosiego, ¿en qué ha de parar
el perders y el buscaros?
En mil partes pienso hallaros
y en ninguna os puedo hallar.
¡Ay, Marqués! ¡fiero homicida!
¡si dejáras de obligarme!...
Mas quisiste no dejarme
para dejarme sin vida.
¡Tras tanto amor, tanto olvido!
¡Tras tanto bien, tanto mal!
¿Tú eres noble y principal?
¿Tú naciste bien nacido?
¡Verde hierba, fuente clara,
Sedme alfombra y sedme espejo!,
pero de vergüenza, de
de ver mi afrenta en mi cara.
Con todo, me estoy mirando;
porque, mis males sintiendo,
como me estoy afligiendo,
gusto de verme llorando.

ESCENA VII

DOROTEA, DON QUIJOTE y SANCHE PANZA. (Dorotea siéntase
a la orilla de la fuente.)

QUIJOTE A un castillo hemos llegado.
SANCHE Casa, dirás.
QUIJOTE ¡ Bueno es eso !
 ; Por la Orden que profeso,
 que me parece encantado !
 A su puerta principal,
 que es aquella, gran blasón :
 las armas que tiene, son
 de la Corona Imperial.
 ; De muy altivo se precia
 su dueño !
SANCHE ; Que son pellejos

- QUIJOTE de liebres y de conejos !...
Son las Aguilas de Grecia.
Esta es su puerta menor :
verde prado, fuente bella
la adornan, y una doncella...
DOROTEA (¡ No me dejarás, traidor !...)
QUIJOTE Sobre las hierbas sentada
está y llora : penas siente,
en la márgen de la fuente,
sobre el brazo recostada,
con la mayor hermosura
que vió el sol.
- DOROTEA (¡ Cielo, yo muero !)
QUIJOTE ¡ Por la fe de Caballero
Andante, brava aventura !
Cristales y aljofar llora
sobre nieve y arrebol.
¡ Si ésta mujer no es el sol,
será del sol precursora !
Huye... ¡ Ay, Dios !...
- SANCHO
QUIJOTE
SANCHO
QUIJOTE
SANCHO
QUIJOTE
SANCHO
QUIJOTE
SANCHO
QUIJOTE
SANCHO
QUIJOTE
SANCHO
QUIJOTE
- ¡ Qué desatinos !
¿ Qué es, mi señor don Quijote,
precursora del garrote,
que te trocó en Baldovinos !
¿ Pues, sandio, déjame el lado ?
¿ Dónde mejor, sin temer,
fincarás ?
Mas quiero ser
gallina, que apaleado.
¡ Calla, necio ! Mira allí
si es que mirarlo deseas,
venir en dos acaneas
unas andas : ¿ veslas ?
(Señalando dentro como quien ve todo lo que marca
el diálogo.)
Sí.
¿ Vés, que las guía un enano
con un azote ?... ¡ Y qué feo !
¿ Andas ?... Mozo y mulas, veo.
¡ Tienes vista de villano !
¿ No ves un viejo a caballo
con su escudero ?...

SANCHO Si a fe.
QUIJOTE ¿Y otro escudero de a pié
que tráe de rienda un caballo?...
¿Y otros a mula?...

SANCHO Eso es cierto.
QUIJOTE ¡Verás mi brazo pujante!
Que algún Caballero Andante
viene mal ferido... o muerto,
y no ha de poder sufrillo
mi coraje y mi valor.

SANCHO Ya se han parado, señor...
QUIJOTE Y a la puerta del castillo.
FIDENO ¿Dorotea? ¿Hija?... (Dentro.)
DOROTEA (¡Ay, cielo!
Mi padre me llama.)

FIDENO ¡Hola!
DOROTEA (Quien me quita el estar sola,
me quita todo el consuelo.) (Vase.)

ESCENA VIII

DON QUIJOTE y SANCHE PANZA.

SANCHO ¡Pardiez, como una granada
se abrió la litera!...

QUIJOTE En ella
se aparece una doncella
mal contenta...

SANCHO Y bien sentada.
Ya se apea el viejo.

QUIJOTE Y ya
caigo en lo que es: ¡Oh, traidor!
Es, sin duda, encantador,
y al castillo la traerá
encantada.

SANCHO Puede ser
tan grande bellaquería.

QUIJOTE ¡Oh, Andante Caballería,
qué de cosas me haces ver!

SANCHO Ya la llevan de la mano
hacia el castillo, y sus males
va llorando.

y aquí le guía.

CRILADO

Sí, haré.

(Vasc.)

FIDENO

De que se fuese me pesa
tu padre de aquella suerte.

LUCINDA

(Por ir a darme la muerte,
se partió con tanta priesa.)
Mareóme la litera...
¡Pluguiera a Dios me matara!
y quiso que descansara
en tu casa.

FIDENO

Toda entera
está a tu servicio.

LUCINDA

(A Dorotea.)
te guarde !

DOROTEA

Señora mía,
¿qué tienes?

LUCINDA

Yo lo diría
a estar a solas las dos.

QUIJOTE

Que me detengo sospecho.

LUCINDA

¡Jesús, qué extraña figura!

QUIJOTE

¡ Si a la vuestra fermosura
alguna fuerza le han fecho !...

(Adelantando.)

LUCINDA

¡ Risa me pudo causar !

DOROTEA

Es ordinario el venir
una ocasión de reir,
cuando hav muchas de llorar.

QUIJOTE

Suspended un poco el llanto...
Decí a quien vos atiende,
si algún tuerto vos ofende,
o si os liga algún encanto ;
que mis fuerzas vos dirán
si soy Gradaso en lo fiero,
en lo gallardo Rugero,
y en lo encantado Roldán.
No existe gigante o mago,
ni los hechizos de Alcina,
ni el jardín de Falerina,
ni serpiente, ni Endriago
que no venza.

SANCHO

Yo testigo :
que, soñando, a cada paso

vence a ese Magro, a ese Graso,
y a ese Ronglán.

QUIJOTE Yo no os digo...

¿Quién en eso ha metido,
escudero mal criado?

LUCINDA ¡Bravo, escudero!

DOROTEA ¡Extremado!

FIDENO Un poco te has divertido.

LUCINDA Es mi pasión importuna.

QUIJOTE ¿No me queréis responder?

LUCINDA ¿Tenéis vos algún poder
contra golpes de fortuna?

SANCHO Si no los dá con garrote,
sí tendrá.

QUIJOTE ¿Qué has dicho? Calla.

SANCHO Que eso, y mucho más, se halla
en mi señor don Quijote.

Es muy tieso, es muy robusto.

QUIJOTE A serviros me prefiero.

LUCINDA ¡Dios os guarde, Caballero!

FIDENO ¡Rico humor!

LUCINDA Y poco gusto.

DOROTEA ¿Ya te cansas de escucharle?

LUCINDA ¡Tales mis cuidados son!...

Quiero con esta ocasión
despedirle y no enojarle.

Lo que a mí me da cuidado
es, que viniendo de noche
mis doncellas en un coche,
en el camino han quedado;
y acompañándolas vos...

QUIJOTE ¿Manda la vuestra merced
que vaya?...

LUCINDA Hareisme merced.

QUIJOTE ¡Pues, a la mano de Dios!

Apercibe a Rocinante...

SANCHO A un árbol lo dejé atado.

QUIJOTE Enlaza el yelmo encantado.

FIDENO ¡Bravo, Caballero Andante!

(Pónele Sancho la celada a don Quijote y vause los
dos.)

ESCENA X

Dichos, menos DON QUIJOTE y SANCHO.

LUCINDA ¡ Ay, Dorotea !

DOROTEA ¿ Qué tienes,
que son tus congojas tales ?

LUCINDA Mucha posesión de males,
poca esperanza de bienes.
A casarme me obligó
mi padre, y quiere, cruel,
que elija al que quiere él
y olvide al que quiero yo.
No es mucho, pues, congojarme,
si espero, para perderme,
al uno que ha de valerme
y al otro que ha de matarme.

(Salen el Marqués, de camino, y el criado que envió
Lucinda por él.)

ESCENA XI

Dichos, el MARQUÉS y CRIADO.

CRIADO Donde mandó te he traído.

MARQUÉS ¡ Qué miro ! Lleguemos, pues.

FIDENO (¿ En esta parte el Marqués ?)

Seais, señor, muy bien venido.

DOROTEA (¡ Qué venga en esta ocasión !...

¡ Oh, traidor, en qué me pones !)

LUCINDA (Guía el cielo mis razones,

pues ve que tengo razón.)

Hablar con vueseñoría
deseo.

MARQUÉS Vengo a serviros.

DOROTEA (¡ Ay, fortuna, de tus tiros

es terrero el alma mía !

Con la muerte es bien que luce.)

LUCINDA (En parte quiero que sea,

que quien quisiera lo vea

y que ninguno lo escuche.)

(Apártanse a un lado el Marqués y Lucinda.)

DOROTEA (Este el valedor ha sido,
este el amante y amado :
otro será el despreciado
y este será el escogido.
¡ Y yo soy la desdichada,
la burlada, la infelice,
que le ruega, que le dice,
ya afligida y ya turbada :
¡ Ah, traidor !)

LUCINDA Señor, repara,
tras ver que no te merezco,
en saber... que te aborrezco ;
y te lo digo en la cara.

MARQUÉS Por otro me has despreciado
tan bajamente nacido,
que por dicha ha merecido
el ser de mí tan honrado !

LUCINDA Siendo príncipe, ¿ eres hombre
de tan bajo proceder,
que a tan humilde mujer
de tuya le des el nombre ?
Mira el lloroso semblante
de esta mujer desdichada,
que hace agora, por honrada,
lo que debe por amante.

MARQUÉS Sosiéguese tus enojos :
basta y sobra lo que has hecho ;
templa el abrasado pecho
y enjuga los tiernos ojos.
Ya Cardenio me ha contado
vuestro amor ; y este camino
vengo, por ser su padrino,
y no a ser tu desposado.
Con Cardenio has de casar,
quiera tu padre o no quiera.

LUCINDA Besarte los pies quisiera.

MARQUÉS (Así la quiero engañar.)

DOROTEA (Pues que rogaba quejosa
y agradece satisfecha,
cierta salió mi sospecha
y mi desdicha forzosa.

LUCINDA Pues tanta merced me hacéis,

ya revive mi esperanza;
y con esta confianza
me aseguro.

MARQUÉS

Bien podéis.

LUCINDA

Pues yo me voy, porque es tarde,
donde mi padre me espera.

CRÍADO

Ya está en orden la litera.

MARQUÉS

¡Dios os guíe!

LUCINDA

¡Dios os guarde!

DOROTEA

(¡Que esto mi desdicha ordena!)

MARQUÉS

(¡Agora me abraso más!)

DOROTEA

¡Ya parece que te vas
con más gusto!)

LUCINDA

Y menos pena.

(Vanse Lucinda y el criado.)

ESCENA XII

Dichos, menos LUCINDA y CRÍADO.

DOROTEA

(¡Y a mí un infierno me dejas
con tal desengaño, ah cielos!)

MARQUÉS

(Mal podré con estos celos
satisfacer estas quejas.)

DOROTEA

(¡Muerta estoy!)

MARQUÉS

(¡Estoy temblando
de esta mujer, vive Dios!)

DOROTEA

Solos quedamos los dos,
tú riendo y yo llorando.
Pues que fué tuyo el burlar
y ha de ser mío el morir,
a ti te toca reír
y a mí me toca llorar.

MARQUÉS

(Huir quiero esta ocasión.)

DOROTEA

¿Váste, traidor?

MARQUÉS

(No hay poder
resistir a una mujer;
y más, si tiene razón.)

DOROTEA

Espera.

MARQUÉS

Hablarte prometo;
mas no ahora.

DOROTEA

¡Tente, ingrato!

MARQUÉS Mira el lugar...
DOROTEA No hay recato.
MARQUÉS Y tu padre...
DOROTEA No hay respeto.
¡ Ah, traidor !
MARQUÉS ¿ A tal te atreves ?
DOROTEA ¿ No hay piedad ?
MARQUÉS ¿ Qué solicitas ?
¿ No hay seso ?
DOROTEA Tú me lo quitas.
MARQUÉS ¿ No hay honor ?
DOROTEA Tú me lo debes.
MARQUÉS Suelta ; acaba. ¡ Qué porfía !
DOROTEA ¿ De mí huyes ? Oye, advierte...
MARQUÉS Hase trocado la suerte,
que es tan mala, por ser mía. (Vase.)

ESCENA XIII

DOROTEA.

¡ Ah, villano, yo estoy loca !
¡ Ah, traidor, de ti reniego !
¡ Abrásate el mismo fuego
que yo arrojo por la boca !
¡ Niéguate el cielo la dicha
que esperan tus pretensiones !
¡ Tropieza en mis maldiciones
y caerás en mi desdicha !
¡ Mas, cruel, no has de burlarte ;
seguirete a tu despecho ;
pues de Lucinda en el pecho
será cierto el alcanzarte !

(En el momento que Dorotea va a salir, entran un Escudero, una Dueña y una Doncella, criadas de Lucinda, y don Quijote, que detiene a Dorotea.)

ESCENA XIV

DOROTEA, DON QUIJOTE, DUEÑA, DONCELLA y ESCUDERO

QUIJOTE ¿ Dónde vas ? ¡ Que una mujer
traiga el seso tan oscuras !...

DOROTEA Tú conoces mis locuras,
¡qué grandes deben de ser!

QUIJOTE Dí tus cuitas cuales son
y déjame el cargo a mí.

DOROTEA Si el que fué huyendo de aquí,
que es un falso, es un ladrón,
—no sólo con fuerza y arte
pudo robarme, el traidor,
la prenda de más valor,
mas la empeña en otra parte, —
mientras sus pasos escucho,
¿para qué me detenéis?
¡Ay, mujeres, no fieis
de hombres que prometen mucho!

(Vase Dorotea, y don Quijote quiere ir tras ella, mas
la Dueña le detiene.)

ESCENA XV

Dichos menos DOROTEA.

QUIJOTE ¡Muera el ladrón!

DUEÑA ¿Dónde vais,
señor Caballero Andante?

Para ser acompañante
sabeis poco y mal andais.

¿En las leyes no está escrito
de vuestra hidalga andadura,
que emprender una aventura,
andando en otra, es delito?

QUIJOTE Decís bien, hermosa dueña,
perdonad, que anduve errado.

DUEÑA ¿Hermosa que habéis llamado?
No es satisfacción pequeña.

QUIJOTE Aquí descansad, señoras,
mientras las cebras del coche
comen.

ESCUADERO Que de aquí a la noche
hay de día muchas horas.

DONCELLA Mal descansaré, si peno
de ofendida y de celosa.
¿En mi presencia hermosa

- otra mujer? ¡ Bueno... bueno !...
- ESCUADERO La doncella, no es razón,
por la dueña habéis dejado.
- QUIJOTE Es mi amor más regalado,
aunque no tan juguetón.
Yo se bien que Corisanda
regaló a don Florestán.
- DUEÑA También te regalarán.
- ESCUADERO Y entre sábanas de Holanda.
- DONCELLA Al fin, ¿que ya no me quieres?
- QUIJOTE ¿No tendrá fuerzas bastantes,
el que vence a diez gigantes
para querer dos mujeres?
Y más en esta ocasión...
- ESCUADERO Tanta fuerza es menester,
que es más fácil el vencer
de gigantes un millón.
Animo el más valeroso
tienes, si a tal te dispones.
- QUIJOTE Para aquestas ocasiones
soy Leandro el Animoso.
- DONCELLA Pues seréislo para mí.
¿No sois Leandro?
- QUIJOTE El de Abido.
- DONCELLA ¡ Qué mal me habéis conocido !
Ero soy.
- QUIJOTE ¿ Sois Ero?
- DONCELLA Sí.
- ESCUADERO Ella es Ero, no hay dudar.
- DONCELLA Con mi Torre o Baluarte,
del estrecho a la otra parte.
- DUEÑA ¿Y sabréisle vos pasar?
- QUIJOTE Animo tengo y valor.
¡ Cuando ancho y más ancho fuera !...
- DUEÑA A ser eso, cierto fuera
que le pasarais mejor.
- QUIJOTE Nadando, se navegar
como un barco el viento en popa.
- ESCUADERO El saber guardar la ropa
es lo mejor del nadar.
Perdereis, si os anegais,
el pellejo.

- QUIJOTE Iré a tu luz
con bala de arcabuz.
- DUEÑA Si como plomo nadais,
grandes peligros correis,
si algún delfil no os socorre.
- QUIJOTE Yo llegaré a vuestra Torre
si en ella una luz poneis.
- DONCELLA Lo de la luz no os dé pena ;
que no es mi suerte tan vil
que me niegue algún candil
que colgar de alguna almena.
- QUIJOTE Ensayemos, qué diréis
cuando llegue a vuestros brazos
mojado y hecho pedazos.
- DONCELLA Diréos cuando lleguéis,
—menos caliente, que fría
en tus mojados despojos :—
«¡ Ay, Leandro de mis ojos !»
- QUIJOTE ¡ Ay, Ero del alma mía !
¿ Y qué más me diréis vos ?
- DONCELLA Aun no lo tengo pensado.
- QUIJOTE ¡Cuál llegaré de mojado !
- ESCUADERO (¡ Lindo loco, vive Dios !)
- QUIJOTE Ya deseo, Ero hermosa,
por enseñarme a nadar,
comenzarme a desnudar.
- DUEÑA ¡ No nos faltaba otra cosa !
- DONCELLA No, mi Leandro : no es justo
emplear vuestro valor
sino en mí sola.
- QUIJOTE ¡ El mi amor !
Seguir quiero vuestro gusto.
- ESCUADERO Como se le pone aquí,
es Leandro... o Lanzarote.

ESCENA XVI

Dichos y SANCHE PANZA.

- SANCHE ¡ Ah, mi señor don Quijote !
- QUIJOTE Sancho.
- SANCHE ¡ Reniego de mí !

QUIJOTE Vereisme hacer maravillas.
¿Es culebro o es gigante
lo que has visto?

SANCHO A Rocinante
le han bruñido las costillas
con el asta de un lanzón
en el campo. ¡Así en mal hora !...

QUIJOTE Dame licencia, señora.

DONCELLA Para eso sí es razón.

QUIJOTE Espera, atroz criatura.
¡Malandrín ! ¡ Villano ! ¡ Atiende !

(Vase seguido de Sancho.)

ESCUADERO ¡ Luego lo empeña o lo vende !

DUEÑA ¡ Extremada es su locura !

ESCUADERO Metámonos en el coche,
y así dejarle podremos :
que es muy tarde, no lleguemos
a vuestra casa de noche.

DUEÑA Vamos. ¡ El loco es gracioso !

ESCUADERO Es mil veces extremado.

DONCELLA Sin ánimo me ha dejado
mi Leandro el Animoso.

(Vanse.)

MUTACIÓN

Otro paisaje. Castillo en el fondo.

ESCENA XVII

LUCINDA, en la ventana.

¡ Favor, cielo, en tanto daño ;
porque ya en mí no se esfuerza
mi engaño para esta fuerza,
mi fuerza para este engaño !
Ya el falso trato he sabido
de mi padre y el Marqués ;
y que el uno cruel es,
y el otro traidor ha sido.
Ya están todos los criados,
(aunque de verme, afligidos)
astutos, de prevenidos,
cobardes, de amenazados.
Por esta ventana quiero

(que abierta quiso dejarme)
o hablarle, o arrojarle,
si del todo desespero.

¡No hay un alma; que esto ordena
de mi desdicha el poder!
Pero aquí ¿cuál ha de haber,
sino alguna, que anda en pena?

(Sale Dorotea en hábito de labrador.)

ESCENA XVIII

LUCINDA y DOROTEA.

DOROTEA De esta suerte he de acabar
la vida a la pesadumbre:
el hábito he de mudar,
porque el amor me da lumbre
y me anima a mi vengar.
En esta casa imagino
que entró el Marqués, mi homicida;
y, en aras de mi destino;
a quien me quita la vida
ser su vida determino.

LUCINDA Zagal amigo, ¿a dó vais?
DOROTEA (¡Vos «amigo» me llamis!
¡Mas yo soy la desdichada:
que enemiga no culpada
sois vos mía!) ¿Qué mandais?

LUCINDA Llégate presto: a mi pena
da remedio; escucha, oye:
dí, ¿conoces a Cardenio?

DOROTEA ¿No es del Duque gentilhombre?

LUCINDA ¡Pluguiera a Dios no lo fuera
para mis ojos entonces!
Así logres tus deseos,
así mil años te goces;
no quiero decirte más,
porque el tiempo no se acorte.
Ponte al cuello esta cadena;
mas es pesada, y si corres
para valerme, tus pies
dejarán de ser veloces.

Mas dareté este diamante,
que en cualesquiera ocasiones,
queriendo emplearte, más
te aproveche, y no te estorbe.
Yo reparo...

DOROTEA
LUCINDA

No repares,
ni repliques, porque corren
gran riesgo mis esperanzas
si tú las dilatas. Oye :
Toma, toma este papel
medio escrito, abierto, y ponle
en las manos de Cardenio,
y dirásle que esta noche
me casan con el Marqués,
si luego no me socorren
sus brazos ; pondreme en ellos.
Presto, presto.

DOROTEA
LUCINDA

Corre, corre.
Dile más... ; estoy turbada !
que el Marqués...

DOROTEA

No te acongojes,
que ya me acortan la vida
lo largo de tus razones.
Que mi padre y el Marqués
con pensamientos traidores
me trujeron engañada
(y el Marqués con trato doble)
no al lugar que me decían,
sino a esta casa, a esta torre,
que está en medio de estos llanos
y a la vista de estos montes.
Y a donde, si presto llega,
tengo una puerta, por donde
fiarme de su valor.

DOROTEA
LUCINDA

Presto, presto.
Corre, corre.
Lo mejor se me olvidaba...
; Loca estoy !

DOROTEA

No te acongojes ;
acaba, que han de matarnos
a los dos tus dilaciones.

LUCINDA

Dile que pondré una luz

en lo alto de esta torre,
porque, si de noche llega,
pueda servirle de norte.
Que si la viere encendida
que mis esperanzas logre ;
mas que si muerta la ve,
que yo lo estoy, que perdone.
Habrame muerto este acero ;
que me estime y no me llore,
y en peligro no se ponga.

DOROTEA Presto, presto.

LUCINDA Corre, corre.

No te vayas. Dile más :
¡ muerta soy !

DOROTEA No te acongojes :

abrevia con tanta flema,
que me matas : no me ahogues.

LUCINDA Que no repare en privanzas
y que pague obligaciones ;
no piense en las que un honrado
cuando se casa le corren.
Pues cuando falte piedad
en los pechos de los hombres,
para darnos una cueva,
entrañas tienen los montes.
Que allí estaré más contenta,
cuando mis ojos le gocen,
que si me hiciera señora.

DOROTEA Presto, presto.

LUCINDA Corre, corre.

Escucha : estoy temerosa,
amigô.

DOROTEA No me acongojes.

(¡ Reniego de ti ! Quien soy
estoy por decirle a voces.)

LUCINDA Como te hablé tan turbada,
¿ hasme entendido ? Responde ;
porque temo no te olvides
de alguna cosa que importe,
y pierdas, por un descuido,
lo que granjeaste entonces.

DOROTEA No temas que tus palabras

de mi memoria las borre.
 Alas me has puesto en los pies
 y en el corazón azogue;
 y haré, pues mi pecho es fuego,
 que como rayo me arroje.

LUCINDA

Mira, pues...

DOROTEA

¡ No puedo más !

LUCINDA

Corre.

DOROTEA

Vuelo.

(Vase.)

LUCINDA

Corre, corre.

(Vase.)

ESCENA XIX

DON QUIJOTE y SANCHE PANZA.

SANCHE

Falta te hace Rocinante.

QUIJOTE

Mal trecho fincó : a saber,
 hubiérale fecho ver
 que nació en luna menguante
 el malandrín que le hirió.
 Mas no le pude alcanzar,
 en buena luna nació.

SANCHE

¡ Es mundo al fin ! ¡ Quien creyera
 que siendo, que no hay dudallo,
 tan pacífico un caballo,
 tal desgracia le viniera !

QUIJOTE

¡ Pues veslo ! Es rayo en la lid ;
 vale lo que pesa de oro ;
 en brillarse es un tesoro
 como el caballo del Cid.

SANCHE

Gran bondad debe tener,
 y ejemplo a los otros da.
 ¡ Sin hablar palabra, está
 cuatro días sin comer !...

QUIJOTE

Pues ¿ ha de hablar un caballo,
 majadero ?

SANCHE

Y en romance.

QUIJOTE

¡ Bien estás !...

SANCHE

Refiere el lance
 un romance que me callo.
 Y pues tan bien lo barruntas,
 buen Panza, de aquí adelante
 ya podrás a Rocinante

facérle algunas preguntas.

SANCHO Quizás fabla : yo he entendido que es un rocín muy callado.

QUIJOTE ¡Que oscura noche ha llegado, y Ero la luz no ha encendido !
¡ Si se ha dormido !...

SANCHO ¡ Pardiez,
no te entiendo, Don Quijote !

QUIJOTE Leandro soy.

SANCHO ¡ Si es garrote
te transformas otra vez !...

QUIJOTE Calla. ¡ Ay, Ero ! ¡ Ay, precursora !

SANCHO ¡ Plegue a Dios que estos gigantes,
lo que te dieron por antes
no te den por postre agora !

QUIJOTE Eres tonto : hanme de dar
mucho bien.

SANCHO ¿ Dónde has venido ?

QUIJOTE Esta es la costa de Abido.

¿ No ves como brama el mar ?

Oye... escucha... ¡ Pobres barcos,
que borrasca van pasando !

SANCHO Sólo escucho estar cantando
a las ranas de estos charcos.

QUIJOTE Los de baja condición
no alcanzan cosas grandiosas,
que siempre juzgan las cosas
al compás de lo que son.

SANCHO ¿ Cómo es esto ? ¿ En qué manera ?

¿ No pisas el campo llano ?

¿ No viste un monte a esta mano,
antes que de noche fuera ?

¿ Pues hay quien aquesto borre ?

¿ Dónde hay costa ? ¿ Dónde hay mar ?

QUIJOTE ¿ Quiéreste desengañar ?

Mira la luz en la torre.

¿ Qué me dices ? Satisfecho
estás con esto.

SANCHO Estoy loco.

¿ Desnúdaste ? Espera un poco...

QUIJOTE Quiero pasar el Estrecho.

¡ Como un pece he de nadar

por llegar a mi alegría !
¡ Oh, torre de Ero ! ¡ Oh, luz mía !
¡ Ayúdame a desnudar !

SANCHO
QUIJOTE

¿ Dónde está el agua ?
Tú estás
sin sentido, si eso dices.

SANCHO

Y tú te harás las narices,
si en seco nadando vas.

QUIJOTE

¡ Y tú no sabes nadar !

SANCHO

A haber agua, si sabría.

QUIJOTE

¡ Oh, torre de Ero ! ¡ Oh, luz mía !
Ayúdame a desnudar.

SANCHO

¿ Qué hacer quieres ?

QUIJOTE

Quieroirme
a ver mi Ero, nadando.

(Vase desnudando don Quijote.)

SANCHO

¡ Oh ! reniego... ¿ Estás soñando ?

QUIJOTE

¿ Que no es esto tierra firme ?

SANCHO

Déjame.

¡ Que tal me mandes !

¡ Que te matas !... Bueno está.

(Don Quijote va nadando por el escenario como si
estuviese dentro del agua.)

QUIJOTE

Para tí tierra será
lo que para mí olas grandes.

¿ No nado como una pluma ?

SANCHO

¡ Que te vas a despeñar !

QUIJOTE

¿ No soplo ?

SANCHO

Debes soplar
el viento, mas no la espuma.

¡ Guarda, que te harás pedazos !

QUIJOTE

Mas yo debo de estar ciego.

¡ Hermosa Ero, ya llego ;

pero dame aquestos brazos !

(Vase.)

(Nadando entra en el castillo.)

ESCENA XX

SANCHO PANZA, CARDENIO y DOROTEA vestida de hombre

Salen primer término izquierda.

SANCHO

¿ No es gente ? Esconderme quiero.

(Escondese.)

DOROTEA El caballo has reventado.
SANCHO (¡ El demonio me ha enseñado
ser andante caballero !)

DOROTEA Ya debemos de llegar.

CARDENIO Di que ha llegado mi muerte :
murió la luz.

DOROTEA Y es mi suerte
quien la debió de matar.
Quizá que por atizalla
la debieron de esconder.

CARDENIO Amigo, ¿ no puede ser,
si pudo el viento matalla?
¿ Corre viento ? ¡ Sin sentido
estoy ! ¡ Rigor temerario !

DOROTEA Fuera el viento más contrario
que nunca hubiera corrido.

CARDENIO ¡ Por un minuto no más
dejaré de ser dichoso !
¡ Ah, cielo, a todos piadoso !
¿ cómo agora no lo estás ?

DOROTEA (¡ Desdichada soy !) Espera...

CARDENIO ¿ Ves la luz ?

DOROTEA Nada se ve ;
algún relámpago fué.

CARDENIO ¡ Ojalá que rayo fuera
que diera ' en mi corazón
y que acabara mis días ;
pues todas las glorias mías
como relámpagos son !

(Aparece una DUEÑA en la ventana y da dos pal-
madas)

DOROTEA ¿ No son estas las paredes
de la torre, y no he sentido
una seña ?

CARDENIO Ciertó ha sido :
lleguemos.

DOROTEA Llegarte puedes.

ESCENA XXI

Dichos y DUEÑA en la puerta del castillo.

DUEÑA ¿ Es Cardenio ?

CARDENIO El desdichado.

DUEÑA ¿Cómo tan tarde has venido?
Un hombre bien merecido
por tu tardanza te has dado.

CARDENIO No pude más.

DUEÑA Aquí estuvo
esperando mi señora;
hasta que su padre agora
tan cruel y airado anduvo,
que casi por los cabellos
la subió a que se casara
con el Marqués.

DOROTEA ¡Suerte avara!

CARDENIO ¡Muerto estoy! ¡Ay, ojos bellos!

DUEÑA Entra, que esta orden me dió.

CARDENIO ¡Qué será, cielos, amigos!

DUEÑA Y porque haya más testigos
entrará quien te llamó.
Presto.

DOROTEA (¡Ay, hombres!)

CARDENIO (¡Ay, mujeres!)

DUEÑA Entra, amigo, confiado.

DOROTEA Tu Marte tienes al lado
para cuanto hacer quisieres. (Vanse.)

MUTACIÓN

Salón en casa de Teodoro.

ESCENA XXII

MARQUÉS, TEODORO, Criados, Caballeros y Pajes. Luego
LUCINDA, la DUEÑA y DONCELLA.

TEODORO Perdona sus niñerías,
que es rapaza; hasta que venza
con el amor la vergüenza,
que será en bien pocos días.
Dile que salga a Lucinda,
que ya el Marqués ha venido.

(Salen Lucinda, la Dueña y Doncella.)

Mas ya viene.

MARQUÉS ¡Ya ha salido
como muchos cielos linda!
pero siempre disgustada:
¡ay tal rigor de mujer!

LUCINDA (¿Casamiento puede haber
donde hay voluntad forzada?
De hoy más, pues lo quiere así
quien de ofenderme se precia,
no habrá Porcia ni Lucrecia
donde me nombren a mí)

ESCENA XXIII

Dichos, CARDENIO y DOROTEA.

CARDENIO (¡Ay, soberana belleza!)

DOROTEA (¡Ay, infelice mujer!
¡Aquí mi muerte he de ver!)

CARDENIO (¿Esto es honra? ¿Esto es firmeza?
¿De esto vine a ser testigo?)

DOROTEA (¿En qué me has puesto, traidor?)

TEODORO Dale la mano.

LUCINDA Señor...

CARDENIO (¿Duda?)

DOROTEA (¡Teme!)

CARDENIO (¡Ay, cielo, amigo!)

Si la obligan mis amores
he de oír un no.)

DOROTEA (¡Ay de mí!

¡Si por no negar un sí
ha buscado valedores!)

TEODORO ¿En qué dudas?

LUCINDA Marqués, yo...

MARQUÉS Esta mujer es diamante.

CARDENIO (¡Acaba de ser constante!)

DOROTEA (¡Acaba... de decir no!...)

TEODORO Que he de matarte recelo.

¡Da la mano!

LUCINDA ¡Ay, desdichada!

Si la doy, pero forzada;
¡pongo por testigo al cielo!

CARDENIO (¡Ay, Lucinda, que me has muerto!)

DOROTEA (¡Ay, Marqués, que me has perdido!)

ESCENA XXIV

Dichos, menos CARDENIO y DOROTEA.

- LUCINDA ¡ Jesús ! (Desmayándose.)
MARQUÉS ¿ De dónde han salido
dos voces con desconcierto?
TEODORO Llegad. ¡ Cielo soberano !
¡ En el pecho... ¡ hay cosa igual !
tiene un papel... y un puñal
en la manga y en la mano !
MARQUÉS ¿ Qué es eso ?
LUCINDA (Volviendo en sí.) ¡ Cobarde anduve,
que una herida no me di
ahora !... Mas ya perdí
la ocasión que entonces tuve .
¡ En qué me pone esta exenta !
Ya no hay mal que no me rinda.
MARQUÉS ¡ Esta villana Lucinda !...
¡ Ya no hay desdén, sino afrenta !
¡ He de quitarle vil vidas !
TEODORO ¿ Qué te obliga ? Aún es temprano...
LUCINDA ¡ Mátame, que de tu mano
no he de llevar sino heridas !
MARQUÉS ¡ Todo el cielo te destruya !
LUCINDA De mártir llevaré palma.
MARQUÉS Mas quiero matarte el alma,
que no es eterna la tuya ;
y un villano he de matar,
ya de ofendido, feroz :
por donde salió su voz,
mi espada tiene de entrar.
TEODORO ¡ Respeta un poco mis canas ;
mira mis desdichas ciertas !
MARQUÉS ¡ Haced pedazos las puertas
y arrojad por las ventanas
cuanto hubiere en esta casa !
(A los criados.)
TEODORO ¡ Mira, señor, que estás ciego !
MARQUÉS ¡ Abrasarela en el fuego
conque el pecho se me abrasa !
TEODORO Pues ¿ no te acuerdas que es mía

para tratarla mejor?
MARQUÉS Tienes en ella un traidor.
TEODORO Mi linaje no los cría.
MARQUÉS ¿Mis criados dónde son?
TEODORO ¡Vengan los míos tras mí!
¡Aquí de mi casa, aquí!
LUCINDA Aquí hay grande confusión...
MARQUÉS ¡Aquí mis criados leales!

ESCENA XXV

Dichos, DOROTEA y CRIADOS del Marqués y Teodoro.

DOROTEA ¡Aquí morimos las dos
de medrosas!
LUCINDA ¡Y aquí Dios
ponga remedio a mis males!
DOROTEA ¡Huye, señora!
LUCINDA He de hacer
una gran resolución:
¡que se convierta en león
una ofendida mujer!
(Vanse Lucinda y Dorotea, y los combatientes siguen
luchando.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Salón lujoso.

ESCENA PRIMERA

EL DUQUE y FULGENCIO.

FULGEN. ; Vieras la casa, que el vella
era asombro !

DUQUE Imaginarla
me aflige : prosigue.

FULGEN. En ella,
los unos por abrasarla,
los otros por defendella,
vi desnudas mil espadas ;
y con voces y alaridos,
descompuestas, destocadas,
entre los hombres heridos
las mujeres demayadas ;
hasta tener nueva cierta
que ya Cardenio era ido
y por una falsa puerta
había entrado y salido.
Y después de hallarla abierta
salió a buscarlo el Marqués
con algunos de a caballo ;
y yo a pié, con pocos pies
fué imposible acompañallo.
Mas hase dicho después,
que en algún monte, escondido
y muerto lo habrán dejado ;

DUQUE

pues ninguno ha parecido.
¡Ay, Cardenio desdichado!
¡Ay, triste viejo afligido!
¡Oh, mal hijo! ¿Así se emplea
la sangre que yo te dí?
Que estas costumbres le vea
y que proceda de mí,
no es posible que lo crea.
No es mío. ¡Mas dióle el ser
un ángel, que era su madre!
¡Mas, con todo, he de creer,
siendo tal, que soy su padre!...
Mis pecados deben ser.
Mil veces he imaginado,
si es posible, aunque me espanta,
que me le hubiesen trocado!
Mas no es la malicia tanta
en un labrador honrado.
¿Qué dices?... ¡Cielo divino!
Di, Fulgencio.

FULGEN.

¡Absorto estoy!

Que es, tu pasión imagino.

DUQUE

No te parezca que voy
yo tan fuera de camino.
Fulgencio, en mi edad florida
anduve yo enamorado
de un ángel, que fué mi vida;
no era como yo en estado,
mas era tan bien nacida.
Mi padre, que grande era,
hija de grande quería;
y adorela de manera,
que la hice esposa mía
sin que nadie lo supiera.
Mi padre, al cabo de un año,
procuró ver cómo andaba:
suplo mi gloria en mi daño,
que un gusto pronto se acaba
y dura poco un engaño.
Hube de ausentarme yo,
y en un monasterio ella
quedó preñada y parió

este hijo en mala estrella ;
y un Religioso le dió
de Lisardo a la mujer,
entonces recién parida
de Cardenio. Hubo de ser
esto, durante la vida
o el enojo y proceder
que mi padre me dejó ;
hasta pasados doce años
que el cielo se lo llevó.
Mi esposa, tras tantos daños,
me truje a mi casa yo ;
y trajéronme después
de la casa de Lisardo
a Cardenio y el Marqués.
Veo que el uno es gallardo
y el otro villano es ;
es Cardenio de mí amado
y el Marqués aborrecido.
¡ Mira, siendo desdichado,
si harta ocasión he tenido
de dudar lo que he dudado !

ESCENA II

Dichos y TEODORO.

TEODORO Perdón merece el que viene
a tus pies, no ha disculparse,
pues no habrá quien me condene :
que quien yerra por honrarse,
sobra de disculpa tiene ;
sino a pedirte, señor,
afligido y afrentado,
que le prestes tu valor
a un padre que le han dejado
sin su hija y sin su honor.
Pues que ya debes tener
noticia de lo demás.

DUQUE Cúbrete.

TEODORO Estoy bien.

- DUQUE No estás.
- TEODORO Lo que queda por saber
por este papel sabrás. (Dale un papel.)
- DUQUE «Cardenio es verdadero esposo mío; si
diere de esposa la mano al Marqués, se-
rá forzada del paternal respeto; y por
quitarle con mi muerte el gusto que ten-
drá de pensar que soy suya, para cuyo
efecto me previne de este puñal; sepan
todos mi firmeza y lloren mis desdichas.
—Lucinda.»
- TEODORO Pues tras esto, lo que pasa,
que el Marqués...
- DUQUE ¡Dios le destruya!
- TEODORO Se ha llevado de mi casa
mi hija, y está en la tuya.
- DUQUE ¡El corazón se me abrasa!
- FULGEN. No es posible, hante engañado:
que el Marqués no ha parecido.
- DUQUE Tu honor queda en mí guardado;
pues me dejas prevenido
irte puedes descuidado.
- TEODORO Beso mil veces tus pies. (Vase.)
- DUQUE Aunque este mi hijo sea,
diré yo que no lo es.

ESCENA III

DUQUE, FULGENCIO y FIDENO.

- FIDENO Señor, a mi Dorotea
se me ha llevado el Marqués.
De mi casa me ha faltado,
y en ella misma he sabido
de su amoroso cuidado;
y por eso he colegido
que es él quien se la ha llevado.
Justicia es razón que pida:
mira, señor, mis enojos;
porque mi hija querida
era la luz de mis ojos

DUQUE y era el alma de esta vida.
¡ Oh, villano ! ¿ Qué te has hecho ?
¡ Su sangre he de derramar !
Ve, Fideno, satisfecho,
de que no le ha de quedar
sola una gota en el pecho.
FIDENO ¡ Guárdete el cielo mil años !

(Vase.)

ESCENA IV

DUQUE, FULGENCIO y LUCINDA.

LUCINDA Señor, a tus pies me arrojo.
DUQUE ¿ Hay sucesos más extraños ?
Levántate... ¡ Si es antojo !...
Sosiégate... son engaños.
LUCINDA Soy de Cardenio mujer ;
tu hijo, señor, ha dado
en que suya lo he de ser.
DUQUE ¿ Cómo de él te has escapado ?
LUCINDA Quísome el cielo valer
de la confusión que había
en mi casa ; medio muerta
salí yo, y cuando salía
hallé un caballo a la puerta...
FULGEN. El que yo perdí sería.
LUCINDA Subí en él, y decir puedo
que algún ángel me ayudó ;
que al subir estuvo quedo,
y después piquéle yo
con las espuelas del miedo.
No pude ver si volaba
llorando mis desventuras,
cuyo rigor me llevaba
con el seno tan a oscuras
como la noche lo estaba.
Llegué a la que amanecía ;
y poniéndome este manto
en casa una amiga mía
vine ; y por el cielo santo
que me amparases quería.

¡ Logra, señor mi esperanza,
de tu nobleza obligado !
Mujer soy, y en confianza
de que lo soy de un criado
que mereció tu privanza,
quiero arrojarme a tus pies,
quiero en tus manos ponerme
para huir las del Marqués.

DUQUE Levanta.

LUCINDA ¡ Duélate el verme
como estoy !

DUQUE Así no estés :
sosiega, suspende el llanto,
que tu amparo pienso ser.

LUCINDA Dame...

DUQUE ¡ Por el cielo santo,
por ser mujer, y por ser
mujer de quien quiero tanto
como el propio corazón,
que he de matar al villano !

LUCINDA Dame los pies, que es razón.

DUQUE ¡ Sígate mi maldición,
porque te alcance mi mano !

(Vanse)

MUTACIÓN

Paisajé rocoso.

ESCENA V

DON QUIJOTE y SANCHE PANZA. Salen con un costal de ropa,
y dentro los vestidos de Dorotea, y una espada, capa y sombrero de
Cardenio.

QUIJOTE ¡ Dí agora que mal se emplea
la Andante Caballería !...

SANCHE ¡ Gracias a Dios que este día
vi lo que el gusto desea !
Matáronme los Viandantes
con la maza ; y con los palos
los Sangueses.

QUIJOTE

Son regalos
de caballeros andantes.

Prueba su valor y acero
el que a tales cuítas viene ;
y el que más heridas tiene
es más bravo caballero ;
pues tal vez con su valor,
por despojos de la guerra,
desde el polvo de la tierra
amanece emperador.

Si el sombrero es de un sayal,
no lo es espada y capa
ni el colete, ni ese mapa
que se halla dentro el costal.

SANCHO

De hoy más dichoso he de ser.

QUIJOTE

¿ Estás contento ?

SANCHO

Y soy hombre,
que la Panza de mi nombre
me revienta de placer.

QUIJOTE

¿ Qué farás, buen Panza, al fin,
cuando por mía confirme
la primer Insula firme ?

¡ Serás otro Gandalín !

SANCHO

¿ Quién fué Gandalín, señor ?

QUIJOTE

Fízole... ¡ son maravillas !
de cincuenta y tantas villas
su amo Gobernador.

Seráslo tú, aunque me cueste
la vida.

SANCHO

Dame vasallos,
que yo sabré gobernallos ;
¡ a fe que se las atieste !

QUIJOTE

¡ Qué bien huele ! Principal
será el dueño. ¡ Es ambar gris !

(Por el costal.)

De la casta de Amadís
debe ser, u otro que tal.
¡ Cuánto diera por saber
cuyo es esto !...

SANCHO

Bien lo entiende..

ESCENA VI

Dichos y un VILLANO.

QUIJOTE ¡ Ah, hombre bueno, atiende, atiende !

VILLANO ¿ A qué tengo de atender ?

SANCHO ¿ Qué, dueño le busca ?

QUIJOTE Calla.

SANCHO ¡ Pesi a mí ! ¡ No echa de ver
que yo le habré de perder
si es que su dueño lo halla !

QUIJOTE ¿ Conocéis un caballero
que anda desesperado,
y estas prendas ha dejado ?

VILLANO Sí, conozco.

SANCHO Yo no quiero
que le conozca.

QUIJOTE De ahí
te desvía.

SANCHO Ellas son mías.

VILLANO Yo le vi habrá pocos días
andar loco por aquí.
Con furor demasiado,
sin sentido y sin acuerdo,
ya está loco, ya está cuerdo :
¡ y a fe que parece honrado !
No tiene cierto lugar
donde duerma o donde vele.
Infinitas veces suele
a mis garzones llegar,
y hurtándoles la comida
con ellos se descomide ;
y otras veces se la pide
con el alma enternecida.
Ya grita, ya gime y llora ;
ya se arroja y descalabra ;
ya no dice una palabra
transpuesto más de una hora.
Y su tema el decir es
a voces con desconcierto :
— « ¡ Ay, que Lucinda me ha muerto,

y me ha engañado el Marqués!» —

Mas, él es, si verle quieres :

Mira el semblante que lleva.

QUIJOTE

Diérate por esa nueva

lo mejor de mis haberes.

ESCENA VII

Dichos y CARDENIO, en calzones de lienzo.

CARDENIO ¡Qué rabia es esta! ¡Qué fuego!

VILLANO Escúchale atentamente.

CARDENIO ¿Quién la pasa? ¿Quién la siente?

¿A dónde hallarse sosiego?

¿Dónde me llevan los pies
sin la vida? ¡El seso pierdo!

Pero, ¿cómo seré cuerdo,

si fué traidor el Marqués?

¿Qué cordura, qué concierto
tendré yo, si estoy sin mí?

¡Sin sér, sin alma y sin tí,
ay, Lucinda, que me has muerto!

¿Tan cierto ha de ser, que tarde
la muerte, a quien la desea?

¿No es posible que te vea,
muerte, villana cobarde?

Ven a pagar lo que debes,
tú, causadora de tantas :

¿De un desdichado te espantas?

¿A un rendido no te atreves?

Contra tu naturaleza

hazme agora una amistad :

¡Mas en ti ha de haber piedad
si en Lucinda no hay firmeza!

¡Cielo, cielo, si un desmayo

no me das para que muera,

ni de este monte una fiera,

ni de tus nubes un rayo,

(como en tantas asperezas
consuelo no quieres darme)

saquen, para consolarme,

los ángeles las cabezas !

¿Cuándo al sol y a las estrellas
en mi favor las veré?

Pero no, que pensaré
que es Lucinda alguna de ellas.

Pues el gozarla después
el Marqués será tan cierto :

¡ Ay, Lucinda, que me has muerto,
y me ha engañado el Marqués !

QUIJOTE ¡ Qué bien se lamenta y llora !

¡ Qué a tiempo se ha suspendido !

VILLANO Pues como está, divertido,
será poco estarse una hora.

QUIJOTE Sus cuitas quiero saber.

Caballero, yo quisiera...

VILLANO Cuando está de esta manera
no puede sentir ni ver.

QUIJOTE ¡ Caballero, el más cuitado
que lo fué un tiempo, Amadís !...

¿ Oís, señor ? ¿ No me oís ?

SANCHO Hablad por ese otro lado.

QUIJOTE Volved, que si a mí os volvéis
gustaréis lo que os digo.

SANCHO Hable alto. Escuche, amigo.

CARDENIO ¡ Villanos ! ¿ qué me queréis ?

¡ Vuestra poca cortesía
aquí mi paciencia acaba !

¿ Dejareisme como estaba,
soñando, aunque no dormía ?

Soñaba, que entre los lazos
de Lucinda era diamante :

que tornaba a ser su amante
y me ponía en sus brazos.

¡ Y agora en los del Marqués
se me ha vuelto a mi memoria !

Pues me quitas tanta gloria,
mis manos proba, y mis pies.

(Dales de puñadas y coces.)

QUIJOTE ¡ Deteneos, sandio !

CARDENIO ¡ Traidores !

SANCHO ¡ Ay !

VILLANO ¡ Ay !

CARDENIO ¡ Os he de matar !

QUIJOTE ¡ Dignos son de perdonar
estos yerros por amores !

CARDENIO Vuelva mi abrasado pecho
a mi soledad amada.

(Vase.)

ESCENA VIII

Dichos menos CARDENIO.

SANCHO ; La espalda tengo quebrada !

VILLANO ¡ Muerto soy !

QUIJOTE Y yo mal trecho.

VILLANO ¡Pesi a él!...

SANCHO ; Gentil despacho !

¡Este asno no nos dijera
que era furioso!... ¡No fuera!...

VILLANO ¿Yo no lo dije, borracho?

SANCHO ¿Borracho a mí? ¡Mientes, cuero!

VILLANO ¿Yo miento? Aguárdate...

SANCHO (Danse de puñadas) Espera...

QUIJOTE ; Teneos ! ; Aparta ! ; Fuera !

¡Despárteos un caballero,
¿y no teméis? malandrines,
viles, astrosas criaturas!...

SANCHO : Ah, señor : tus aventuras siempre tienen estos fines !

VILLANO ¡ Por Dios, tan loco sois vos
como el que de aquí se 'ha ido !

QUIJOTE ; Corre !...

SANCHO No puedo.

VILLANO ¡Corrido
te veas tú, plegue a Dios!

(Vase.)

ESCENA IX

DON QUIJOTE y SANCHE PANZA.

SANCHO ; Buenos quedamos !

QUIJOTE No dudo

que el loco es gran caballero.
¡Qué tierno amante, qué fiero,
qué galán y qué membrudo!
¡Grandes envidias me dan
de su imitación famosa!
En su locura celosa
este imitaba a Roldán.

SANCHO ¡Hame muerto! A Bercebú
o a su padre imitaría.

QUIJOTE De nuestra Caballería,
animal, ¿qué sabes tú?
Roldán, con celos eternos
de su Angélica, o Medoro,
fué bramando como un toro.

SANCHO Y lo sería en los cuernos.

QUIJOTE Por los suelos arrojó
armas, espada y escudo,
hasta quedar más desnudo
que su madre lo parió.
De puñadas dejó a oscuras
muchos hombres; y un rocín
mató de hambre; y en fin,
fizo famosas locuras.

Amadis también anduvo,
con locura más humana,
desdeñado de Oriana;
y en la peña pobre estuvo.
Mudó de Amadis el nombre
en Beltenébros; lloró,
hecho ermitaño; y cobró
con ello eterno renombre.

Pues para hacer que se cuente
de mí otra hazaña famosa,
¿no es mi dama tan hermosa,
o no soy yo tan valiente?
¿No digo bien?

SANCHO Si me apuras
habré de decir verdades:
para tales necedades,
disparates y locuras,
ellos ocasión tuvieron
de celos y de recelos;

pero a tí ¿quién te da celos
o qué desdenes te hicieron?
¿Qué te sobresalta el pecho?
¿Quiere tu dama a Medoro,
a algún cristiano, a algún moro?
¿Qué niñerías ha hecho?
Yo no lo entiendo, señor.

QUIJOTE

Pues en eso es bien que vea
mi señora Dulcinea
la fineza de mi amor.
Que, pues, sin haberme dado
ocasión, el juicio trueco
y hago estas cosas en seco,
¿qué hubiera hecho en mojado?
Yo quiero determinarme...

SANCHO
QUIJOTE

Señor, ¿qué quieres hacer?
Loco soy, loco he de ser:
no tienes que aconsejarme.
¿Cómo muerte no venís,
cobarde a mis desventuras?
Quiero ser en mis locuras
entre Roldán y Amadís.

SANCHO

Será una buena ensalada,
señor.

QUIJOTE

Déjame acabar.
¡Afuera peto! ¡Espaldar!
¡Oh, reniego de la espada!
¡Adiós, escudo de Orlando!
¡Adiós, yelmo de Membrino!
Cuélgalas tú de ese pino
mientras las voy arrojando.
Imitarás a Cervin.

SANCHO

Aquí en lo alto, yo lo fío,
que irán tu seso y el mío
como Sancho y su rocín.

QUIJOTE

¡Que mi muerte no resuelvas,
cielo, en estos horizontes,
con las fieras de estos montes
y sátiros de estas selvas!
¡Haz que la cabeza saque
un ángel; y si la saca,
vomite alguna triaca

con que mi veneno aplaque !
¿Dónde me llevan los pies?
Mas ¿cómo tendré concierto,
si Dulcinea me ha muerto?...

SANCHO «¡ Y me ha engañado el Marqués !»
Que así el otro decía.

QUIJOTE Como quien, velando, duerme,
quiero agora suspenderme.

¡ Ay, bella enemiga mía !

SANCHO ¡ Al otro quiere imitar
en todo, así Dios me guarde !

¡ Ah, señor, mira que es tarde !

QUIJOTE ¡ Villano ! ¿ quiés me dejar ?
Soñaba que Dulcinea
en sus brazos me tenía...

¡ Por tu poca cortesía
te he de matar !

(Dale a Sancho.)

SANCHO ¡ Ea, ea !

QUIJOTE ¿ No le imito bien ?

SANCHO ¡ A usadas !

Mas no me está bien, señor,
que seas su imitador
en las coces y puñadas.

QUIJOTE Con más ligero pié y mano,
te digo...

SANCHO ¿ Qué resta agora ?

QUIJOTE Que lleves a mi señora
una carta de mi mano.
Entre matas y entre enebros
buscaré una cueva oscura,
do llore mi desventura
hecho el propio Beltenebros.

SANCHO Qué, ¿ he de dejarte ?

QUIJOTE Y volver

para verme triste y ledo :
ven, verasme donde quedo,
y sabrás lo que has de hacer.

Mas antes, para que veas
perdidas mis alegrías,
verás más locuras mías
que contar a Dulcinea.

Dareme en aquellas peñas

SANCHO una y otra cabezada.
 Y tu cabeza quebrada
 podré llevarle por señas.

(Vanse.)

MUTACIÓN

Interior de una espesa pineda.

ESCENA X

CARDENIO, el CURA y BARBERO.

CURA Vuestra desdicha he llorado
 con el pecho enternecido.

BARBERO A mí me habéis afligido.

CARDENIO Y a mí me habéis consolado.
 El cielo debió guiarnos
 por aquí.

CURA El mismo cielo
 os dé paciencia y consuelo.

CARDENIO Otra vez vuelvo a cansaros.
 Perdonad.

BARBERO Decid, señor ;
 descansad en hora buena.

CURA Quien comunica una pena
 es cierto hacella menor.

CARDENIO Señores, ¿qué pudo ser
 que me tratasen tan mal
 un hombre tan principal
 y un ángel de una mujer?
 Llamóme porque estuviera
 a ver como se casaba :
 yo entendí que me llamaba
 a que su firmeza viera.
 Tuve ya casi por llano
 oírle negar un sí,
 confiado en que la vi
 que dudaba dar la mano ;
 y cuando esperando estoy
 que dijera con valor :
 - «No puedo darla, señor » , —

la oí decir : -- «Sí, la doy.»—
Quedé entonces triste yo,
mudo, helado, sordo y ciego ;
y así de mi pecho el fuego
como rayo me arrojó.
Salime, ya sin sentidos,
viendo el caso : fuime al monte
y alboroté su horizonte
con mil voces y alaridos.
Y cuando sobre la espada
quise arrojar-me, la ví
que estaba lejos de mí
por mis manos arrojada.
Que fué milagro confieso :
que el cielo, de esta manera,
porque el alma no perdiera,
quiso que perdiera el seso.
Conozco que poco a poco
algunas veces le pierdo,
y sólo tengo de cuerdo
el conocer que estoy loco.

CURA Sosegaos, que en Dios espero
que os tiene de consolar.

BARBERO ¿No es Panza?

CURA Sí, no hay dudar.
¿Sancho?

ESCENA XI

Dichos y SANCHE PANZA.

SANCHE ¿El Cura y el Barbero?

BARBERO ¿Qué hay, compadre?

SANCHE ¿Qué hay, compadre?

BARBERO ¡Pardiez, que os he de abrazar !

SANCHE (El es, y me he de escapar,
si puedo ; ¡ Dios es mi padre !)

BARBERO ¿Pues huyen los hombres buenos?
Éspere.

SANCHE ¿A quién tiene al lado?
Ese me trae derrengado

y con una espalda menos.

CURA Llegad, que no ós hará mal.

SANCHO Llego, pues tú lo procuras.

CARDENIO Algunas de mis locuras
debió de ser, que estoy tal.

CURA ¿Qué es de vues-amo?

SANCHO Quedó

a la Luna de Valencia :
haciendo esta penitencia
de la que nunca pecó.

CURA ¿Cómo así?

SANCHO Encima no lleva

sino lo menos que pudo :
va desarmado y desnudo,
tiene por casa una cueva.
Tiéndese en la tierra fría :
que imitar le satisfizo
a un Amadis, que se hizo
tinieblas a medio día.

CURA ¿Beltenebros dirás?

SANCHO Si,

aquese es su propio nombre.

BARBERO ¡Extraña locura de hombre !

CURA ¡En mi vida tal oí !

¿Tú dónde vas?

SANCHO A llevar

una carta a Dulcinea.
¡La respuesta buena sea !...
que ella se lo ha de mandar,
o de allí no ha de salir,
si no fuese a alguna empresa
de alguna grande Princesa
que se lo venga a pedir.
Que así lo tiene jurado,
y cumplirá el juramento.

CURA No es extraño pensamiento...

¡Ah, Quijada desdichado !

Busquemos una invención
con que sacarle de allí.

BARBERO Busquemos.—¿Qué traes ahí?

SANCHO Ciertas niñerías son.

CURA Veámoslas.

SANCHO Eso no,
que alguno las podrá ver
y habrelas yo de perder.
CARDENIO Ya conozco algunas yo.
Mas yo te las aseguro.
SANCHO ¿Si son tuyas, me las da?
CARDENIO Sí a fe.
SANCHO ¿Jurado lo ha?
CARDENIO Y otras mil veces lo juro.
SANCHO Estas prendas tuyas son.
CARDENIO ¡Y por mi mal arrojadas!...
SANCHO Como por mí bien halladas.
CURA Dices bien.
BARBERO Tiene razón.
SANCHO Estas hallé yo primero
junto a un castillo encantado.
CURA ¡Y es su valor extremado!...
SANCHO Y con extremo las quiero.
BARBERO Pasos siento...
SANCHO Viene gente.
(Mi ropa quiero esconder.)
CARDENIO Si no me engaño, ha de haber
tras de esa peña una fuente:
vendrán a beber a ella.

ESCENA XII

Dichos y DOROTEA.

DOROTEA Cansada vengo y perdida.
¿Cuándo acabarán, mi vida,
los influjos de mi estrella?
¿Estas desdichas que paso,
¡ay, cielo! en qué han de parar?
¡Hasta el sol quiere ayudar
este fuego en que me abraso!
BARBERO ¡Parece voz de mujer!
CARDENIO ¡Y que yo otra vez la oí!
CURA Llegad quedo por aquí,
porque la podamos ver.
SANCHO ¡Que es hombre! No es mujer, no.

- CURA Calla, Sancho.
- SANCHO Callo.
- BARBERO Calla.
- DOROTEA ¿Es fuente? Vengo a buscalla,
como cierva herida, yo.
Nevados cristales son.
¡Ay de mí! ¡Cuánta bebiere,
si es que por la boca, fuera
camino del corazón,
y el fuego que en él se fragua
quizá se apagara así!
¡Pero este fuego, ¡ay de mí!
no se apaga con el agua;
pues si en lágrimas se moja
más se aviva y se despierta!
¡Bravo calor! ¡Estoy muerta!
¡Todo me aflige y congoja!
¡Hasta mis propios cabellos
me enfada sólo el mirarlos,
pues ya se acabó el peinallos,
ya no puedo componellos!
BARBERO ¡Por cierto grande hermosura!
CURA ¡Y la aprieta gran dolor!
SANCHO ¡Oh, qué diera mi señor
por ver tan brava aventura!
CARDENIO ¡También pasan las mujeres
desdichas como la mía!
Que llegásemos querría.
CURA Lleguemos, pues tú lo quieres.
CARDENIO ¿Señora?...
DOROTEA ¿Qué gente es esta?
CARDENIO El mirarte apasionada
nos obliga...
DOROTEA ¡Ay, desdichada!...
(Hace como que se va.)
BARBERO ¿Huyendo das la respuesta?
Señora, espera. ¿Qué dices?
que a servirte hemos venido.
DOROTEA ¿Qué haré? si habéis conocido
el árbol por las raíces.
CARDENIO Sosiégate, y el desco
que de servirte tenemos

admite: que no queremos enojarte.

DOROTEA Ya lo creo.

Que en el cortés proceder
vuestro intento conocí.

CARDENIO (Esta voz se que la oí;
mas no he visto a esta mujer.)

DOROTEA (¡ Si fuese Cardenio aquel,
que su voz he conocido!
¡ Si es que tan dichosa he sido
no es mi suerte tan cruel!)

CURA La causa preguntaría,
(si un curioso no es culpado,)
de este efeto.

DOROTEA Hame obligado
a eso, y más, tal cortesía.
Ya habréis sabido, señores,
(pues fué fábula del pueblo
en las lenguas de la fama
y en las espaldas del tiempo)
la desventurada historia,
el infelice suceso
del Marqués y Dorotea,
de Lucinda y de Cardenio.

CURA Poco ha de un fiel testigo
lo oímos y lo sabemos.

CARDENIO ¡ Y que es mudable Lucinda
como el agua y como el viento!

DOROTEA Yo estuve en el mismo engaño,
y después todos supieron
que es la mujer más constante
que se ha visto en estos Reinos,
Tiene una casa de campo
con muchos jardines bellos
el duque Ricardo, a donde
suele retirarse a tiempos.
Allí de Cardenio el padre,
Lisardo, que es el casero,
sirve a Lucinda, y la guarda
en persona el Duque mismo;
y allí supe que Lucinda
la noche del casamiento,

al dar la mano al Marqués,
tras el sí, cayó en el suelo
desmayada ; y que le hallaron
en la manga y en el pecho
una daga y un papel.

CARDENIO
DOROTEA

¿Qué dices?

Cardenio, es cierto.

Declaraba de su mano
ser su esposo verdadero
Cardenio, y que el Marqués
sería imposible el serlo.

Yo misma le hablé después
y díjome que su intento
fué de matarse, y no pudo,
que el sobresalto y el miedo
le quitaron el sentido.

Con tanto encarecimiento
y con lágrimas, rogóme
que le buscara a Cardenio.
Canseme por estos montes,
perdime por estos cerros,
dándole voces, que a todas
me respondían los ecos.

Con la voz pudiera hallarle,
mas con la vista no puedo :
que le hablé sólo una noche
y no sabré conocerlo.

Con tanta pasión me aflijo
y le busco, porque pienso,
que hallaré por el camino
de su dicha mi remedio.

Porque yo soy Dorotea,
la perseguida del tiempo,
la burlada del Marqués
y la desdichada.

CARDENIO

¡Ay, cielo !

Yo soy Cardenio, señora ;
dame las manos.

DOROTEA

Primero

verás en este papel
las defensas del proceso

que contra Lucinda hiciste ;
que es el mismo que en el pecho
le hallaron, y de su mano
a tus ojos le presento.

BARBERO ¡ Por cierto, suceso extraño !

CURA ¡ Notable cosa por cierto !

DOROTEA ¡ Ay, si por este camino
me socorriesen los cielos !

SANCHO ¡ Pardiez ! como tonto escucho
y en dibujos no me meto.

CARDENIO ¡ Queridas letras del alma !
Ya no habrá (pues que pusieron
triacaca en vuestras razones)
en vuestra tinta veneno.

Ya, si no gozo a Lucinda,
moriré al menos contento,
conque no fué falta suya,
sino voluntad del cielo.

¡ Dorotea, Dios te guarde,
y harete ver por lo menos,
si como pobre te pago,
que como honrado te debo !

DOROTEA De cumplimientos te deja :
ven conmigo.

CARDENIO Vamos luego.

CURA ¿ Y no gustaréis, señores,
de que valgamos primero
a este Caballero Andante?
Que es lástima...

CARDENIO Sí por cierto :
vosotros, señores, fuisteis
padres de tan buen suceso.

DOROTEA Y es mucha razón servirlos.

CURA Pues vení.

BARBERO ¿ Cómo lo haremos?

CURA Yo lo diré en el camino,
que ya pensado lo tengo.
Sancho, escucha.

SANCHO Ya te escucho.

¡ Si serán encantamientos !

DOROTEA (¡ Ya, Marqués, vuelvo a buscarte !)
CARDENIO (¡ Ya, Lucinda, a verte vengo !) (Vanse.)

MUTACIÓN

El mismo lugar del cuadro anterior, divisándose la entrada de una cueva.

ESCENA XIII

DON QUIJOTE con el traje en desorden y sin armas.

¡ Verdes hierbas, fuentes claras,
por mí marchitas y secas !
¡ Altos montes, peñas huecas :
volvé a mis ojos las caras !
Mira el semblante feroz
conque eternamente os miro ;
¡ ay ! tomad ese suspiro,
aunque os espanta esta voz.
Fuera dichoso español
si es que para verme agora,
Dulcinea, mi señora,
tuviera el lugar del sol.
Porque no se alabará
ningún Caballero Andante
de locura semejante.
¡ Si es que contalla sabrá
Sancho, lo que hacer me vió
con tan furioso ademán,
que no lo hiciera Roldán,
ni el mismo que la inventó !
Mas sin furia, poco a poco,
una locura discreta
quiero hacer : seré poeta,
para ser discreto y loco.
Ingenio y locura es :
que quien por naturaleza
hace pies con la cabeza,
el seso traerá en los pies.
¿ Glosaré ? No, que el glosar

estudiada la lición.

BARBERO ¿Llegaremos?

CURA Sí, llegamos.

DOROTEA ¡ Dadme vuestros pies, Señor !

QUIJOTE ¡ Alzad, hermosa doncella !

DOROTEA Fuerte Caballero, non
he de alzarne, que primero
no me otorgueis un don.

QUIJOTE Yo vos lo otorgo, si es cosa
que no sea contra Dios,
contra el Rey, y contra aquello
que juré en mi profesión.

DOROTEA Dadme esa mano invencible.

QUIJOTE Levantad : decid quién sois.

DOROTEA Soy la infelice Princesa
Nicomicon, y estoy
a tuerto desposeída
del reino Nicomicon.
El gigante Gatarán,
el de la espantable voz,
el de la torcida vista,
mis esperanzas torció.
Enamorado de mí,
mi padre puso en prisión,
porque por esposo mío
no quise admitirle yo.
No hay hombre que se le atreva,
porque es valiente el follón.
Como me dejó afligida
y huérfana me dejó,
de lueñas tierras me trujo
la fama de ese valor ;
pues el mundo os llama «el fuerte,
el bravo, el desfacedor
de agravios, y el que los yerros
de nuestros siglos doró.»
Y pues tanto por las armas
habéis ganado, que son
grima vuestra espada y lanza,
vuestro brazo esgrimidor,
doleos de ver que en mi reino
estaba como un reloj,

y vengo de venta en venta
más flaca que un asador.
Lágrimas lloro de sangre ;
y otra vez quiero...

QUIJOTE

Eso no :

levantaos, alta Princesa,
vuestro Caballero soy
y vos veréis lo que fago.
¡ Descomunal gigantón,
desemejada criatura,
atendedme, que ya voy !
Descuelga esas armas, Sancho.

DOROTEA

Pongamos-se-las los dos.
(¡ Dios me detenga la risa !)

Cura

Vióse tal?

CARDENIO

Tenéis razón :

bien lo hizo Dorotea.

BARBERO

Con mucho donaire habló.

QUIJOTE

¡ Básteos el ocio, armas más !
Juntos estamos los dos
muy re-bien ; y más ahora
para tan buena ocasión.

DOROTEA

Ceñiros quiero la espada.

QUIJOTE

¡Y animaisme el corazón!

SANCHO

¡Qué bravo vas!

Cura

Al camino

les salgamos. (Vase con Cardenio y el Barbero.)

QUIJOTE

! Asi voy

a quitalle a tu enemigo
tu reino Nicomicón ;
aunque más gigante sea,
aunque lluevan ¡ voto al sol !
más gigantes que hay estrellas
o que sus átomos son !
¡ Ven, soberana Princesa !

DOROTEA

Mil años os guarde Dios!

(Vanse.)

MUTACIÓN

Patio descubierto.

ESCENA XV

LISARDO y LUCINDA.

- LISARDO Perdoná, señora mía,
si en servirte hubiere falta ;
porque en esta casa falta
lo mejor que en ella había.
- LUCINDA Ninguna se echa de ver,
y yo a ti te serviré :
siento en el alma que esté
tan al cabo tu mujer.
- LISARDO Haciendo está testamento,
que presto podrá acaballe ;
y esperamos para dalle
el último Sacramento.
- LUCINDA ¡ No te aflijas !
- LISARDO ¡ Ay de mí !
que son notables mis daños.
¿ Compañía de treinta años
no quierés que llóre así ?
- LUCINDA Hácelo el cielo. ¿ Qué quieres ?
Esto es justo que imagines.
- LISARDO Los principios y los fines
es lo bueno en las mujeres.
- LUCINDA ¡ Permita Dios que tu hijo
parezca, y deme la muerte !
- LISARDO Viendo que es cosa muy fuerte
más me acongojo y aflijo.
Mucho tarda, si es que viene,
para merecerte a ti.
- LUCINDA Vendrá, por amor de mí,
mudar tu traje conviene.
- LISARDO Eso acabar no podrán
conmigo, que en mi persona
es la púrpura y corona
la motera y el gabán.
Quiso el Duque, mi señor,
que fuera a ser cortesano ;
pero no estuvo en mi mano
quitarme de mi valor.

¿No sabes como el Marqués
anda celoso y se abrasa
por robarte de mi casa?
Mira que advertida estás;
que por eso desconfío
de que mi hija has de ser.

LUCINDA Si Dios no quiso poder
forzar el libre albedrío,
¿cómo podrán los humanos
con sus traiciones forzarme;
pues tengo para matarme
amor, honra, pecho y manos?

LISARDO Pues hoy te saca de aquí,
que conmigo lo ha tratado.

LUCINDA ¿Hase el Duque levantado?
Hablaele.

LISARDO Creo que sí.

(Salen a un mismo tiempo por una puerta, el Marqués y otros tres tras él, con máscaras; y por la otra, Cardenio, Dorotea, Don Quijote, Sancho, el Cura y el Barbero.)

ESCENA XVI

Dichos, MARQUÉS, CARDENIO, DOROTEA, DON QUIJOTE,
SANCHO PANZA, el CURA, el BARBERO y tres CRIADOS.

MARQUÉS Lograd aquí mi esperanza.
CRIADO Servirémoste, señor.
CARDENIO En el Duque, mi señor,
se apoya mi confianza.

MARQUÉS No es esta mala ocasión.
CARDENIO ¿Por dónde entró aquella gente?

LUCINDA ¡Ay de mí!

MARQUÉS ¡No huyas!

CARDENIO ¡Tente!

LUCINDA ¡Ah, señor! ¡Traición, traición!

CARDENIO ¡De traidores y villanos
te defenderán leales!

MARQUÉS ¿Pues tú contra mí, te vales
de la lengua y de las manos?

QUIJOTE ; Conmigo las has de haber ! (Saliendo.)
MARQUÉS Quitad ese loco allá.
BARBERO Ayuda, Sancho.
QUIJOTE ; Soltá !
CURA ; Este nos lo echa a perder !
(Metén el Cura, el Barbero, a Sancho y Don Quijote por fuerza.)

ESCENA XVII

MARQUÉS, CARDENIO, LUCINDA, DOROTEA y CRIADOS.
A poco el DUQUE.

CARDENIO Sin conocerte se ha hecho,
mas toma, señor, mi espada.
MARQUÉS Esta he 'de ver envainada
primero en tu infame pecho.
LUCINDA ; Detente !
DOROTEA ; Marqués, señor !...
LUCINDA Moriré por defenderte.
MARQUÉS ; Matadle, dadle la muerte !
(Sale el Duque y Criados.)
DUQUE ; Deteneos ! ; Hijo traidor !
¿ Dónde vas, infame ? ; Tente !
Tu sangre quiero verter.
MARQUÉS ; Desta vez no he de tener
quien me oprima y quien me afrente !
CARDENIO Aquí no hay más cortesía :
mi pecho, si no mi mano,
le defiende.
DUQUE ; Oh, inhumano,
algún demonio te guía !
Por mi mano he de acabar
hombre, que tan mal nos trata.
DOROTEA ; Eso no, que aunque me mata,
no podré verle matar !
MARQUÉS Matá al Duque.
FULGEN. No queremos,
porque ninguno hay traidor ;
que es nuestro antiguo señor
y por él te obedecemos.

DUQUE ; Quitadle las armas presto !
A vasallos y criados
dalas luego.

MARQUÉS (Mis pecados
en tal desdicha me han puesto.

DUQUÉ No hay llevarlo, no hay sufrillo :
yo mismo le he de matar ;
o al Rey he de suplicar
que lo acabe en un castillo.
¿Qué llorar y qué gemir
es aquel? ¿Qué puede ser?

ESCENA XVIII

Dichos y LISARDO.

LISARDO ; Ay, cuitado ! Mi mujer
es, que acaba de morir.
Permitiólo el cielo así
para quitarte la causa
de este efecto desdichado
que tanto te aflige el alma.
Mi cautelosa mujer,
como en efecto cristiana,
a la hora de la muerte
ante escribano declara
delante muchos testigos,
que el que Cardenio se llama
es don Fernando el Marqués,
heredero de tu casa ;
y el que Marqués se ha llamado
y don Fernando, es, sin falta,
Cardenio su hijo y mío,
nacido en mi propia cama.
Yo, cómplice en el engaño,
digo también que haré paga ;
aunque me cueste esta vida,
que ya de pesar se acaba.

DUQUE Ya el alma me lo decía,
en lo cierto asegurada :
que, al que es leal, pocas veces

o nunca le miente el alma.

¡Llégate a mis brazos, hijo!

CARDENIO ¡Parece cosa soñada!

MARQUÉS ¡A esto llegan mis desdichas!

CARDENIO ¡Dame la mano!...

DUQUE Levanta.

DOROTEA (¡ Si ha de igualar nuestros gustos
el que nuestro estado iguala!)

LUCINDA (¡ Si mudara el pensamiento
con tan extraña mudanza!)

DUQUE ¿Agora estás pensativo?

CARDENIO Una duda me maltrata.

DUQUE Ya la entiendo, y es razón
al momento averiguarla.

Dale la mano a Lucinda...

CARDENIO Con la vida y con el alma.

DUQUE Que a quien te quiso villano,
así, como noble, pagas.

CARDENIO Y dala tú a Dorotea.

MARQUÉS Sí haré...

DOROTEA ¡ Aunque ya villana,
la estimo!

DUQUE Por ella, advierte
que se perdonan tus faltas.

FULGEN. Volved, pues estais contentos,
a ver la notable traza
conque el Cura y el Barbero
llevan al loco a su casa.

(Sacan a don Quijote en una jaula de garruchas, y
salen el Cura y el Barbero con él.)

ESCENA ULTIMA

Dichos, DON QUIJOTE, el CURA y el BARBERO.

QUIJOTE Si ha sido el encantador
Triston Arcalans Urganda,
quien me ha puesto de esta suerte,
¿do están mi escudo y mi espada?

BARBERO Tú, el de la Triste Figura,
no te aflijas, si te encantan;

porque es esta una aventura
que la verás acabada,
cuando, a pesar del gran Can,
el gran León de la Mancha
y Paloma Tobocina

en ricos tálamos yazgan ;
dando al mundo cachorrillos
que parezcan en las garras
al cachorro. ¡ Ten valor,
porque esto será sin falta !

QUIJOTE

¡ Oh, celestial profecía !
Contento voy ; que mi fama
volará menos, no estando
la mi persona encantada !

CARDENIO

Y de los hijos trocados
aquí la comedia acaba,
y del Caballero Andante
DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

FRANCISCO VILLAESPESA

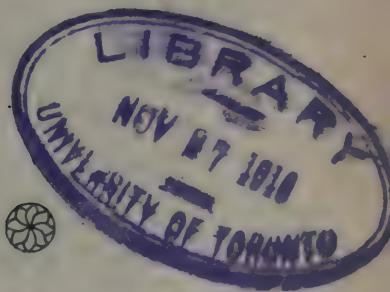
No. 165

ERA ÉL

Poema en un acto

LA PARTIDA DE AJEDREZ

Leyenda dramática en un acto



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

ERA ÉL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La «Sociedad de Autores Españoles» es la encargada de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

ERA ÉL

POEMA EN UN ACTO

POR

FRANCISCO VILLAESPESA



Handwritten notes:
Era él
11-20
11-20
11-20
11-20
11-20

BARCELONA

BIBLIOTECA « TEATRO MUNDIAL »

15, Barbadá, 15

1916

El amor surge y desaparece como
el relámpago: cuando aún nos des-
lumbra su claridad, su resplandor
ya se ha perdido para siempre.

DEDICATORIA

A aquellos dulces y piadosos ojos
que vieron pasar el Amor y aún
lloran porque no pudieron retenerlo.

Madrid, 1913

PERSONAJES DEL POEMA

- YOLANDA** Vestida de blanco. Quince años. Parálitica. Tiene la unción y la dolorosa espiritualidad de las vírgenes que hilan, bajo la suavidad dorada del crepúsculo en las vidrieras góticas.
- GINEBRA** Su madre. Vestida de negro. Su vejez recuerda primaveras lejanas desbordantes de flores y otoños recientes, pródigos de frutos.
- EL CAMINANTE** Manto de púrpura. Gorra plumada. Coselete de oro sobre túnica de tisú de plata. Juventud frenética. Su presencia embriaga. Su mirar deslumbra, y su voz—como en los mitos antiguos—sería capaz de domesticar leones.
- DONCELLAS** Bellas, ligeras y alegres como aves de paso. Llevan grácilmente rojos cántaros de tierra al hombro, como las mujeres bíblicas, y sus risas y sus cánticos evocan fiestas paganas.

Epoca de leyenda : aquellos días ingenuos y fragantes en que la sombra del Nazareno cruzaba aún por los caminos, y al caer la tarde llamaba a las puertas de los casales, disfrazada de viejo romero, para hacer florecer en la desgracia las santas rosas del milagro.



ACTO ÚNICO

Humilde vivienda campesina. Al fondo una amplia puerta, por cuyo hueco se ve la campiña florida y las lejanas cumbres de las montañas. A la izquierda, el hogar encendido. En torno del hogar, escabeles, una rueca, un huso y rústicas banastas de mimbre desbordantes de lino. A la derecha, un arco sin puerta, que conduce al interior. Es un atardecer sereno de abril. El paisaje del fondo, como el de los retablos primitivos, aparece envuelto en un milagro de oro y de púrpura. La paz es como el alma de la casa.

ESCENA PRIMERA

YOLANDA, GINEBRA y DONCELLAS.

Yolanda, sentada cerca del hogar, frente a la puerta, mirando a la campiña florida y a las doncellas, que pasan con el cántaro al hombro, camino de la fuente, con la profunda ansiedad de sus ojos nostálgicos de parálitica. Ginebra la peina suavemente los largos cabellos dóciles y ondulantes entre sus manos como las sedas de un velo.

YOLANDA (Mirando a las doncellas que pasan con alegría de pájaros recién salidos del nido.)
A la fuente que los álamos
y los rosales sombrean,
con el cántaro en el hombro,
cantando van las doncellas !...

(Sonríe tristemente)

¡ Qué alegres van !... ¡ Cómo ríen
bajo la verde arboleda !...

(En sus ojos la envidia quiere hacerse llanto.)

¡ Con mi cantarico nuevo

quién se marchara con ellas !

(Sus miradas húmedas parecen que quieren huir, perderse en los campos, en los cielos, en un imposible.)

GINEBRA

(Con gravedad llena de dulzura.)

Cantando van a la fuente...

¡pero cuántas a la vuelta,
en los blancos delantales
esconderán la cabeza
para enjugarse las lágrimas
que por sus mejillas ruedan,
porque en la vida van juntas
la alegría y la tristeza !

YOLANDA

(Acariciando la campiña con su mirar sediento de horizontes nuevos, como una ave enjaulada que desde su prisión siente el trinar libre de sus compañeras.)

Bajo el cristal de la tarde,
por las floridas veredas,
parecen que son de oro
los cantaricos de tierra...
¡ Los cantaricos de barro,
que cuando al caño se llenan,
fulguran y cantan como
si se llenasen de perlas !

(Entorna los párpados voluptuosamente como si aspirase el perfume de un recuerdo lejano.)

GINEBRA

(Deteniéndose un instante en su tarea, como si empezara a despertarse en su corazón un recuerdo.)

¡ Mas cuántas ¡ ay ! sin sus cántaros
regresarán a la aldea !...

¡ Cántaro que va a la fuente
es ley que en la fuente muera !

(Como si volviese a vivir un pasado cuyo recuerdo aún estremece sus entrañas exhaustas.

Cuando se enturbian los ojos
y cuando las manos tiemblan,
siempre rompen en la fuente,
su cántaro las doncellas.

(Momento de silencio. Las manos maternales vuelven a la dulce faena. Yolanda, vuelta hacia el paisaje, se estremece como una flor que pugna por arrancarse de su tallo.)

YOLANDA (Con tristeza suave, pero rebelde.)
No tengo espejos de oro
donde verme, mientras peinan
tus santas manos los rizos
de mi larga cabellera !...
(Un suspiro palpita en sus labios y muere deshecho en una sombra.)

No tengo espejos de oro...

(Con los ojos cerrados como para concentrar mejor su atención en la pura y fresca imagen vedada.)

¡ Ay, quién mirarse pudiera
en el cristal de la fuente
que los álamos sombrean !

GINEBRA (Para consolarla.)

¡ Todo cuanto nuestros ojos
en los espejos contemplan
es polvo, ceniza y humo
que se comerá la tierra !

UNA DONCELLA (Que pasa cantando por el camino. La madre y la hija, al oír la canción, se quedan inmóviles.)

¡ Caminante, caminante,
si la sed tus labios quema,
mi cantarico de plata
te daré para que bebas !

(En el silencio se oye latir el corazón de Yolanda, con tal violencia, que parece va a romper el corpiño y a estallar de inquietud.)

OTRA DONCELLA (Que canta más lejos. Su voz es suave como el arrullo de las tórtolas en celo.)

¡ Caminante, caminante,
empuja, al pasar, mi puerta,
que un lecho de oro y de púrpura
tengo yo para que duermas !

(La garganta de Yolanda se hincha en sollozos. Su cabeza se desplomaba entre las manos. La madre deja escapar los cabellos, que sueltos ruedan sobre los hombros de la gemiente como un torrente de suavidades.)

GINEBRA

Hija mía, ¿ qué te pasa ?
¿ Por qué lloras ? ¿ por qué tiemblas ?

(Acariciándola con suavidad, como si fuese una cosa muy frágil y pudiera romperla.)

YOLANDA (Asonando su rostro descolorido y lacrimoso entre la maraña fragante de los cabellos revueltos.)

¡ Madre mía, madre mía,
porque yo también quisiera
caminito de la fuente
cantar con esas doncellas !

(Estallando en sollozos, como un niño que pidiese la luna.)

¡ Correr, saltar por los prados,
y danzar sobre la hierba
bajo el ramaje florido,
al son de las panderetas !

(Permanece un momento sollozando. En la serenidad de la tarde, bajo los guindos floridos del camino, aparece un coro de doncellas. Traen las trenzas y los senos cubiertos de rosas. Dejan sus cántaros apoyados en los setos, y forman con las manos unidas como una guirnalda en torno de una de ellas, la cual, con voz melodiosa, empieza a recitar. Las cabelleras destrenzadas, al girar flotan al viento en una embriaguez frenética de danzas paganas. La hora tiene un perfume carnal de rosas recién abiertas.)

ESCENA II

YOLANDA, GINEBRA y DONCELLAS.

UNA DONCELLA (Con una voz fragante y tibia, como si fuese el aliento de la primavera. La madre y la hija absorben la canción como un perfume, la una con la tristeza resignada de un recuerdo que se desempolva del olvido, y la otra con la inquietud de un presentimiento próximo a cumplirse.)

De la clara fuente
del jardín del Rey, .
que entre los rosales
se mira correr,
cantando volvía
al atardecer,
cuando en el camino
contemplé a un doncel
cabalgando sobre

fogoso corcel.

De plata su casco,

de oro su arnés...

Un manto de púrpura

llevaba también.

—Doncella—me dijo—,

parando el corcel :

¡ su voz era música

y sus labios miel !

—¿ Quieres de tu cántaro

darme a beber ?

—No es de oro... De barro

mi cántaro es...

Mas, ¿quién mira el cántaro

cuando tiene sed?

(Las doncellas giran en torno de ella, cogidas de la mano.)

Temblando de angustia,

de un rosal al pie,

con mis propias manos

le dí de beber...

(Su voz languidece y se apaga de voluptuosidad ante la evocación de aquel encuentro.)

¡ Traidor caballero,

desleal doncel,

que miré entre el polvo

desaparecer,

en vano llorando

tu vuelta esperé !

¡ Tu sed en mi cántaro

de barro sacié !

¡ Tú, en cambio, en mis labios

dejaste una sed

que en la vida nunca

ya apagar podré !

(La guirnalda se deshace y todas se van alejando lentamente por los caminos.)

(Alejándose.)

¡ Traidor caballero,

desleal doncel,

en vano llorando ,

tu vuelta esperé !

VOCES

(La tarde empieza a palidecer. El aire trae perfumes de cálices lejanos que se cierran agostados por la viva y gloriosa luz del sol.)

ESCENA III

YOLANDA y GINEBRA.

YOLANDA

(Sollozando, con la cabeza oculta entre las manos febriles de inquietud.)

¡ Madre, quién pudiera
bajo la enramada,
a los caminantes
que sedientos pasan,
ofrecer la trémula
frescura del agua !

GINEBRA

(Alzándole la frente y besándosela, profundamente conmovida.)

¡ Mas ellos, en pago,
quizás te dejaran
esa sed eterna
que nunca se sacia !...
¡ Porque así es la vida,
y siempre nos pagan
las monedas buenas
con monedas falsas !

YOLANDA

(Con la frente apoyada en el seno materno.)

¡ Madre, madre mía !
¿ Por qué la desgracia
mi cuerpo a la tierra
como un árbol ata,
cuando el alma libre
su vuelo levanta
al azul del cielo,
que no en vano al alma,
igual que a las aves
la pintan con alas ?
¿ No habrá en esos montes,
mi madre, una planta
de esas que son bálsamos
que todo lo sanan ?
¿ Ni la primavera

me dará su savia,
como se la ha dado
a las secas ramas
que hoy llenas de flores
el aire embalsaman?
¡Jesús, madre mía,
¿ya no se disfraza
de viejo romero,
y en las noches llama
a las puertas donde
gime la desgracia,
y consuela al triste
y al enfermo salva
sólo con la sombra
de sus manos blancas?

(La madre y la hija se estrechan en un abrazo doloroso)

¡Si hiciera un milagro
la Virgen!... Descalza
subiera a la ermita
que está en la montaña,
aunque los guijarros
me despedazaran!...

(Serenamente.)

La vida es destierro
donde Dios nos manda
para que purguemos
en él nuestras faltas.

(Tendiendo los brazos al cielo, en un movimiento de protesta.)

¿En qué te ha ofendido,
mi Señor, tu esclava,
si sus quince abriles,
quince rosas blancas,
sobre los altares
deshojó a tus plantas?

(Se vuelve ansiosa a la madre, que la contempla con tristeza, haciendo esfuerzos inauditos para ocultar sus lágrimas.)

¿No hay sabios que puedan
curar mi desgracia?...

¡Si hay alguno, búscale,

GINEBRA

YOLANDA

y tráemele para
que me salve el cuerpo
o me mate el alma !... (Rompe a llorar.)

GINEBRA

(Tomándole las manos.)

¡ Por ir a buscarlos,
todas las estradas
del mundo, de sangre
tiñeron mis plantas !
¿ No te vió el anciano
monje que curaba
hasta los leprosos
que aullando de rabia,
al sol, en sus cuevas,
se rascan las llagas ?
¿ No vino a curarte
Godomar, la anciana
que tiene en el monte
renombre de santa,
la que a los que muerden
las víboras sana,
y ahuyenta a los lobos
con una palabra ?
¡ Por buscar remedios,
por calmar tus ansias,
pidiendo limosna
fuí de casa en casa,
como esas mendigas
viejas que apoyadas
en largos bordones
por las sendas pasan,
y a cuyos harapos
los mastines ladran !

YOLANDA

(Con acento desesperado.)

¡ Madre, madre mía,
si no hay esperanza,
¿ por qué, Dios clemente,
mis penas no acaba ?
¡ Estoy, madre mía,
en vida enterrada !...

GINEBRA

(Acariciándola suavemente.)

Dios pondrá el remedio,
pues puso la llaga.

¡Cálmate, hija mía,
y ten confianza,
que Dios siempre acude
si la fe lo llama!

(Se sienta a sus plantas, y con voz suave y lenta comienza a narrar. Algo inefable y dulce, como una onda de suave misticismo, invade la estancia.)

Una pobre viudá sollozaba
sobre el humilde lecho
donde su única hija agonizaba
por una llaga devorado el pecho;
mientras fuera el relámpago lucía,
y el furioso bramido de los vientos
los débiles cimientos
de la mísera choza estremecía.

Así clamaba al cielo la viuda:

—¡ Señor, no me la quites!... Sin la ayuda
de sus manos tan puras como blancas,
por sostener mi cruz lucharé en vano...
¡ Mi báculo es, Señor!... Si me lo arrancas,
¿en dónde apoyo encontrará mi mano?

Se oyó un débil gemido... Luego, un duro
golpe de viento estremeció la puerta,
y a la luz del relámpago, en el muro
su rígido perfil trazó la muerte!...

¡ Como a la evocación de algún conjuro,
sobre el umbral, inmovil, de repente
bajo el negro turbión del aguacero,
apareció la sombra de un romero,
con un nimbo de luz sobre la frente!

Y al ver a la mujer que sollozaba,
—¿Qué tienes?—preguntó... Y su voz era
tan dulce y musical, que se dijera
que al aire de infinito perfumaba.

La pobre madre le explicó su angustia,
y el lecho le mostró donde yacía,
bañada en el sudor de la agonía,
la única flor de sus entrañas, mustia.
Más que muerta dormida parecía...

El romero avanzó serenamente.

Después, dobló la luminosa frente,

y le dijo a la anciana :—; No está muer-
[ta !...

y a la yacente murmuró :—; Despierta !...
Y entreabriendo las sábanas del lecho,
con sus divinas manos milagrosas
ungió las rojas llagas de su pecho...
; y la doncella despertó entre rosas !

(Pequeña pausa. Se vuelve a la hija que, estreñecida
há escuchado el relato como si un presentimiento di-
vino hinchase su pecho y agitase todos sus miembros,
ávidos del milagro.)

; Era El !... ; El Señor !... Tu pena olvida.
Sus plantas hacen florecer los yermos...
¿ Quien devuelve los muertos a la vida,
por qué no ha de curar a los enfermos ?

YOLANDA

(En un arranque de esperanza.)

; Si El viniese de nuevo !... ; Si asomara
su divina silueta a esos umbrales,
y mi cuerpo sanara
con sus llagadas manos celestiales !...

(Silencio corto. La sombra de algún viajero tiembla a
lo largo del camino, obscureciendo un instante, como
al paso de una nube, el umbral de la casa. Se oye un
lejano y dulce clamoreo de campanas. El crepúsculo
se torna más suave y una sombra de paz parece des-
cender sobre la tierra, como si un ángel la cubriese
suavemente con sus alas diáfanas de armiño. Yolanda
levanta la cabeza y se santigua.)

La campana resuena...

Es la hora en que el Ángel tiende el vuelo,
; que en sus manos, cual mística azucena,
nuestra pura oración, ascienda al cielo !

(Contemplando el paisaje, con una sonrisa de beati-
tud.)

Todo el campo está orando. Los rosales
son incensarios que la brisa olean ;
los árboles apenas cabecean,
y el humo de los últimos casales
parece una oración que al cielo sube...

; Todo reposa y ora
en la paz inefable de la hora
bajo las blancas alas del querube !

El pastor, olvidando su ganado
que hacia el redil retorna, la cabeza
descubre con fervor, y arrodillado
en la alta cima de los montes, reza...

(Tendiendo los brazos al cielo, en una súplica fervorosa.)

¡ Oh, mi Señor ! ; Si de mi mal sanara,
en la cumbre más alta de aquel monte,
para darte las gracias me postrara,
hasta que el sol de nuevo clareara
en el cristal azul del horizonte !...

¡ Recemos al Señor ! (A la madre.)

(Ginebra se arrodilla a los pies de la hija y ésta coloca las manos sobre la cabeza materna. Pequeña pausa de silencio.)

GINEBRA

(Orando con los brazos tendidos al cielo, en una imploración dolorosa. Su actitud, recuerda la angustia de todas las madres en la hora trágica del Calvario.)

¡ Señor,
por la amargura y el dolor
que padeciste siendo hombre ;
por tu Pasión, por la virtud
tres veces santa de tu nombre...
¡ vuelve a mi hija la salud !

YOLANDA

(Orando también. En su rostro transfigurado por la violencia del ruego, y en la voz que parece que brota de lo más íntimo y profundo del alma, hay algo de revelación próxima a cumplirse, de augurio de felicidad cercana.)

¡ Señor ! ¡ Señor, por los cordeles
que a la columna te amarraron ;
por las escarpas que crueles
sobre el madero te clavaron ;
por el silencio de la fosa
y por la paz del ataúd ;
¡ con tu alba mano milagrosa
vuelve a mi cuerpo la salud !

GINEBRA

¡ Por aquel llanto de María,
cuando en la cruz te vió expirar...
Donde una lágrima caía
sobre la tierra se veía
un lirio cárdeno brotar !

YOLANDA ; Para sanarme, Señor, ven !...
¡ Obra el milagro !

GINEBRA ; Amén !

YOLANDA ; Amén !

(Ambas se persignan y dejan de rezar. Momentos de silencio, en los que sólo se oyen el palpitante de sus corazones. Una ansiedad terrible estremece el cuerpo de Yolanda, como si fuera a desprenderse de alguna cadena invisible que la aprisionara a la inmovilidad de su asiento. Se oye el galope de un caballo que parece detenerse a la puerta de la casa.)

ESCENA IV

Dichas y EL CAMINANTE.

YOLANDA (Escuchando ávidamente. Toda el alma parece reconcentrada en sus oídos.)

Madre, ¿no has oído?

GINEBRA (Dirigiéndose hacia la puerta.)

Veré lo que pasa...

Junto a nuestra puerta paróse un corcel...

(Observando desde el umbral. Yolanda se estremece. Una inquietud profunda la agita hasta la raíz de los cabellos.)

Se apea un gallardo mancebo...

CAMINAN. (Desde fuera. Su voz tiene la plena armonía de la juventud.)

¡ Ah, de casa !...

GINEBRA (Inclinándose para que pase, deslumbrada por la aparición juvenil, como si su propia juventud resucitase milagrosamente ante sus ojos.)

Entrad, caballero...

YOLANDA (Profundamente agitada, con los ojos fijos en la puerta.)

(¡ Oh, si fuera El !...

(Mirando atentamente al que entra.)

¡ Su manto es de púrpura, de plata es su
¿ Será El ?...) [sayo !

(Palidece de emoción. Se la siente agitar en su asiento. El Caminante penetra y con él parece que invaden la casa todas las alegrías de la vida, y todos los hechizos de la juventud.)

CAMINAN. (Desde el umbral, queriéndolo devorar todo con los

ojos.) Decidme, ¿me pudiérais dar forrajes y agua para mi caballo y para mí un lecho donde reposar?

(Penetra, pero se queda cerca de la puerta. Yolanda le mira anhelante. Su mirada es tan voraz que parece que sus ojos van a rasgarse.)

GINEBRA (Fijándose en el vestido del Caminante.)

Larga, caminante, la jornada ha sido.

CAMINAN. (Con volubilidad.)

Pues la que me queda es mucho mayor...
¡Mirad, como el polvo me cubre el vestido y ved mi caballo bañado en sudor!

(Señalando a la puerta.)

GINEBRA ¡Dejad que os despojen mis manos del
[manto!

(Se lo quita y lo coloca en un escabel cerca de la puerta, sacudiéndolo antes. Se dirige después hacia su hija, y la besa con dulzura en los ojos, acariciándole suavemente las mejillas.)

¡Adiós, hija mía!

(Toma una hoz bajo el brazo y se dispone a partir, encaminándose hacia la puerta.) Me voy a segar heno en esos prados... Vos, señor, en
[tanto

reponed las fuerzas sentado al hogar.

CAMINAN. (Avanzando resueltamente, con paso firme y felino.)

¡Buena mujer, gracias!

(Repara en la paralítica; la contempla con avidez, y se vuelve a la anciana.) ¡Qué linda doncella!

(Sin poder contener su admiración, desbordante de entusiasmo.)

GINEBRA Señor, es mi hija...

CAMINAN. A Dios alabad,
porque os dió su mano criatura tan bella.

YOLANDA (Estática. Su rostro se transfigura, y su voz tiene cálidas suavidades de terciopelo.)

(¡Vierte miel y mirra su voz al hablar!)

CAMINAN. (Reparando en la actitud de Yolanda.)

¿Por qué dolorida dobló la cabeza?

GINEBRA (En voz baja, temerosa de que la oiga la hija.)

¡Está enferma!... ¡De ella tened compa-
[sión!

CAMINAN. (A la madre, deteniéndola un instante, en los umbrales.)

¿Enferma y tan joven?... ¡Será de belle-
[za !...

YOLANDA (Rehuyendo las miradas de El Caminante.)
(¡ Siento sus miradas en mi corazón !)

(Ginebra sale por el arco de la derecha, con la hoz bajo el brazo. El cuerpo de Yolanda tiembla bajo los ojos de El Caminante: tal una paloma bajo la fascinación de una serpiente. La tarde palidece en un suave matiz de oro flúido. Hay como un perfume nuevo en todas las cosas, como el perfume de un milagro que va a cumplirse.)

ESCENA V

YOLANDA, EL CAMINANTE y luego DONCELLAS.

CAMINAN. (Aproximándose, sin dejar de mirar, a Yolanda.)

¡ Buenas tardes, niña !...

(Con la voz muy dulce. Desgranando las palabras como las perlas de un collar.)

YOLANDA (Con la voz trémula y los ojos bajos, subyugada y estremecida. Parece que va a deshacerse, al abrir los labios.)

¡ Señor, buenas tardes !

CAMINAN. (Contemplándola, con ternura.)

(¡ Doncella tan bella no encontré jamás !)

YOLANDA (Cerrando los ojos como adormecida.)

(¡ Deslumbran sus ojos mis ojos cobardes !)

CAMINAN. (Acercándose, con gran cariño.)

¿ Por qué, flor de almendro, tan pálida es-
(Ella inclina la cabeza, sin atreverse a hablar.) [tás?

¿ Qué pena en tus labios impuso su sello?
(Yolanda flamea de rubor y oculta la cabeza entre las manos.)

¿ Qué rosal sus rosas deshoja en tu tez?
(Le separa dulcemente las manos y le hace levantar el rostro.)

¡ Muestra tu semblante, que será más bello
entre los rubores de tu timidez !

YOLANDA (Tímidamente. Al esfuerzo de su voz tiembla todo su cuerpo.)

Hace cinco años que mi suerte llovo,
pobre paralítica, sobre este sillón...

CAMINAN. (Alegremente, animándola.)

Yo seré la alegre campana de oro
que anuncie a tu cuerpo la resurrección !

YOLANDA (Alzando los ojos, con la voz palpitante de esperanza.)

¿Sanaréis mis males?

CAMINAN. (Con misterio, embriagándola con su aliento.)

Para darte la vida
con la Primavera he llegado aquí...

¡Tornarán las rosas... Tus penas olvida,
y clava tus ojos de gacela en mí !

(Arrullándola. Su voz evoca el nocturno del ruiseñor
bajo un rayo de luna.)

Esmeraldas como tu pupila zarca,
no vi en las coronas de ningún monarca,
ni magnolias como tus senos en flor
tiene en sus jardines el emperador.

A tu voz se callan, de envidia, las aves ;
caracol marino donde sueña el mar...

¡Azucenas como tus manos suaves
no vieron mis ojos en ningún altar !...

Tus labios, fragante joyel de rubíes...

¡las rosas más frescas que en mi senda
[hallé !...

(Ella se extendía en un delirio de amor, con los ojos
bajos y la faz pálida, como si fuese a desvanecerse.)

¿Por qué estás tan triste? ¿Por qué no

YOLANDA (Abriendo los ojos ingenuamente.) [sonríes?

Si te causa agrado, señor, sonreiré...

(Hace un esfuerzo, levanta la cabeza y sonríe dulce-
mente.)

CAMINAN. ¡Por otra sonrisa de tus labios diera
mi casco, mi espada, mi viejo laúd !...

¡Todos los jazmines de la Primavera
y todas las rosas de mi juventud !

(Insinuante. Su voz tiembla de desco.)

¡Abreme, doncella, tu senda florida !...

Sonríeme siempre...

YOLANDA (Súbitamente, como si se preguntase a sí misma.)

¿Quién eres, señor?

CAMINAN. (Con toda la vehemencia de su juventud frenética de vida.)

¡ Soy un caminante que cruza la vida,
mitad peregrino, mitad trovador !
Cuando la alegría del abril florece
por las verdes sendas, surjo en mi corcel,
y mi canto errante la selva estremece
y deja en los labios dulzuras de miel...
Camino impaciente, porque llevo prisa,
porque tengo a muchos sitios que llegar...
Mis pasos detienen sólo una sonrisa,
y rosas mi mano deshoja al pasar...
Visto seda y oro, mas ciño armadura,
manejo la cítara igual que la espada...
¡ Mi boca, doncella, con sus besos cura,
y matan mis ojos con una mirada !...
No hay reja ni muro que ante mí no ceda ;
a mi voz se abren todos los jardines,
y mis manos tejen la escala de seda
que asalta el misterio de los camarines.
El sueño es mi heraldo, la dicha mi esclava ;
guardo más joyas en mi corazón [va ;
que en sus dromedarios la reina de Saba
y en sus camarines el rey Salomón !...
Siempre tras mis pasos florece el recuerdo
Toda mi fortuna la juego al azar... [do...
Me encojo de hombros, con desdén, si
[pierdo ;

¡ si gano, de nuevo la vuelvo a jugar !...
Asciendo a las cumbres y atravieso llanos.
¡ Todos los caminos para mí son buenos,
porque sé que en todos espera mis manos
para abrir su cáliz la flor de unos senos !

(En voz más baja, aproximándose más a Yolanda.)

¿ En la silenciosa noche no has oído
lo mismo que un vago suspirar del viento
entre los ramajes del jardín florido,
bajo tus ventanas resonar mi acento ?

¿ Cruzar por tus sueños nunca me has mi-
galopando sobre fogoso corcel ? [rado

¿ Jamás me llamaste ?... ¿ Nunca me has

¿ No ciñó mi brazo tu cintura ? [besado ?

YOLANDA (Temblando bajo el convencimiento del milagro.)
(¡ Es él !)

CAMINAN. (Insinuante. Su acento y sus miradas llamean de pasión.)

Una vez... ¿recuerdas?... Al ver en un a dos golondrinas el pico juntar, [nido se abrió suspirante tu labio encendido, como si sintieras ansias de besar...

Cerraste los ojos y palideciste...

Tu cuerpo era fuego y tus labios miel...

Que yo te besaba, entonces, creíste,
¡ y ahora aún te estremece su recuerdo !...

YOLANDA (Estática de felicidad, como soñando.) (¡ Es él !)

CAMINAN. Otra vez, ¿recuerdas?... Fué esta tarde
[cuando

el cántaro al hombro, camino a la fuente las bellas doncellas pasaban cantando, doblaste llorosa tu pálida frente, la suerte envidiando

de aquella zagala que, junto al camino, agua de su cántaro le ofreció al doncel... Tú también soñaste con un peregrino joven y gallardo como yo...

YOLANDA (Como ebria de felicidad.) (¡ Es él !)

CAMINAN. Pues aquí ya tienes a aquel que esperabas, a quien sonreías, por quien suspirabas al mirar los nidos, al oír los cantares... ¡ Viene con sus labios a sanar tu mal, para que el naranjo dé sus azahares, para que de rosas se cubra el rosal !...

(Le toma violentamente las manos, oprimiéndolas entre las suyas, mientras la contempla con vehemencia.)

Así, con tus manos en mis manos presas, dándome tus ojos su ardiente embriaguez.

¿ Por qué no sonríes ? ¿ Por qué no me besas ?... [sas?...

Tu beso es la gloria... ¡ Bésame otra vez !

(Ella le tiende los brazos y le besa con frenesí.)

Yo haré que se acaben tus negros que-
[brantos.

Con mi boca, a besos, secaré tus llantos...

A tus inquietudes brindaré reposo ;

te daré el aroma de mi juventud...
¡Y tu frágil cuerpo, bello y armonioso,
vibrará en mis manos igual que un laúd!
¡Bésame! (Vuelve a besarle aún con más ímpetu.)

YOLANDA (Expirando de felicidad.)
¡Me matas... tu boca es de miel!...
(Son sus mismos besos... Los mismos...
[¡ Es él!])

CAMINAN. Deja que en los brazos con que me enca-
[denas,
te beba hecha besos, mis labios voraz,
hasta que se queden exhaustas tus venas,
sin miel tus panales, sin rosas tu faz!...

YOLANDA Bajo el inflamado soplo de tu aliento,
mi cuerpo y mi alma—¡ toda yo!—me siento
como entre las lenguas de un incendio ar-
(Con delirio. Tendiéndole de nuevo los brazos.) [der.
¡ Bello caminante, si vienes sediento,
¡ aquí está mi fuente!... ¡ Sécala al beber!
¡ Sécala, bien mío,
hasta que me dejes su cauce vacío,
hasta que no tenga ni una gota ya,
que al morir, la fuente te bendicirá!...

(Pequeña pausa. Permanecen un instante abrazados.
Todas las hiedras del deseo parecen enroscarse a sus
cuerpos, fundiéndoles en un mismo vértigo de amor.)

¿Verdad que tus besos sanarán mis males
como el aire tibio cura los rosales?

¿Verdad que algún día me verás risueña
por esas praderas tras de ti correr,
y en la vieja fuente donde el agua sueña
me darás tus labios al atardecer?

¿Verdad que tu mano por esos senderos
como un corderito me conducirá,
mientras suena el canto de los pasajeros
y el sol lentamente muriéndose va?

¿Verdad que en las noches de azul y de
[plata

canciones no oídas me dirá tu amor,
mientras llora el viento con la serenata
que a las rosas nuevas le da el rui señor?

(Suplicante, tomándole las manos como si quisiera convencerse de la realidad de su dicha.)

¡ Señor, con tus puras manos de azucenas deshace estos lazos, rompe las cadenas que a la tierra dura sujetan mi pie!...

¡ Sosténme en tus brazos!... ¡ Quémame
[en tus llamas!

¡ Señor, con tus labios de miel, bésame!

(El vuelve a besarla. De pronto ella se vuelve anhelante.)

Mas ¿dime quién eres?... Dí, ¿cómo, te
[llamas?

CAMINAN. (Sonriente, con volubilidad de agua que corre, de nube que pasa, de pájaro que salta de rama en rama, de todas las cosas inconscientes, ligeras y bellas de la Naturaleza.)

¡ Pregunta mi nombre a los ruiseñores, a los blancos cisnes, a las margaritas, a todas las cosas que mueren de amores! Lo saben los astros, la luna y las flores que alumbran y aroman las nocturnas ci-
[tas.

¿ Mi nombre? ¿ Mi nombre?... No tengo
[ninguno y los tengo todos, porque a todos uno y fundo en un lazo...

Con todos un mismo sentimiento expreso.

¡ Ciño tu cintura... y me llamo abrazo; y beso tu boca... y me llamo beso!...

UNA VOZ DE DONCELLA (Cantando a lo lejos. Su sombra pasa como un relámpago de obscuridad por la estancia)

¡ Si tienes sed, caminante,
al pie del rosal te espero,
para que beban tus labios
en mi cantarico nuevo!

(El Caminante, al oírla, se desprende de los brazos de Yolanda, como atraído por un nuevo encanto irresistible.)

CAMINAN. (Disponiéndose a partir, alegremente, como después de una siesta, a la sombra de un árbol del camino.)
Me marchó... Me esperan...

YOLANDA (Haciendo un esfuerzo inaudito para detenerle.)

Detente un instante.

¡ Si aún la sed te dura,
si aún quema tus labios, bello caminante,
para que me bebas, yo seré agua pura !

CAMINAN. Me voy como vine : impensadamente...

Me aguarda otra fuente...

Después otra y otras... Camino deprisa...

¡ Ya aspiré tu aroma, rosa del camino !...

¡ Tu dulce sonrisa,

fuentecita clara, bebió el peregrino !...

Mi destino es ese : siempre caminar.

En la paz fragante de otras nuevas sendas
volveré a cantar

mi amor de romero, mi amor de leyendas,
del que soy el héroe y al par el juglar !...

UNA VOZ DE DONCELLA (Cantando más lejos.)

**¡ Caminante, caminante,
no tardes, porque si tardas,
mi cantarico de oro
estará lleno de lágrimas !...**

CAMINAN. (Besando a Yolanda rápidamente.)

¡ Adiós !... Se impacientan... Otro beso...

(Se inclina y vuelve a besarla. Yolanda hace un es-
fuerzo terrible para levantarse.) **¡ Adiós !**

(Se aleja a recoger su manto.)

YOLANDA (Crujiendo toda en el esfuerzo de su imploración, con
los brazos tendidos hacia el Caminante.)

¡ Nadie separarnos puede ya a los dos !...

¡ No huyas, caminante !...

Aún me quedan besos...

CAMINAN. (Sin dejar de sonreír.) Tu labio está frío...

Adiós... Tengo prisa...

YOLANDA (Con desesperación.) **¡ Espera un instante !...**

(El milagro florece en su cuerpo. Yolanda rompe sus
cadenas invisibles y se alza triunfalmente, corriendo
hacia el caminante.)

¡ Milagro ! ¡ Milagro !...

(Con júbilo infinito, como ébria de la más intensa fe-
licidad.) **¡ Al fin, ya eres mío !...**

(Le sujeta por el manto.)

CAMINAN. (Rechazándola suavemente y dejando en sus manos el manto de púrpura.)

¡No puedo!... Me esperan... ¡Te dejo mi
[manto
para que en su sedas enjugues tu llanto!

(Sale precipitadamente por la puerta.)

YOLANDA (Llegando en un esfuerzo supremo hasta el umbral.)

¡Detente, por Dios! (Gritando.)

Escucha... No huyas...

(Se oye el arrancar del caballo.) Tente...

(Parece que va a desvanecerse y se apoya en el umbral.)

CAMINAN. (A lo lejos.) ¡Adiós!... ¡Adiós!

(La voz del Caminante y el galopar del caballo se pierden en la distancia. En el umbral continúa Yolanda sollozando. El crepúsculo invade de una tristeza suave y fría el paisaje. Por el arco aparece la madre con un haz de hierba y la hoz bajo el brazo. Se queda atónita al ver a su hija, y dando un grito corre a abrazarla.)

ESCENA ULTIMA

YOLANDA, GINEBRA y DONCELLA.

GINEBRA ¡Milagro, Dios mío!

(Tendiendo los brazos al cielo. Sus ojos se llenan de lágrimas.)

YOLANDA (Con voz desgarradora, en la que se va su última esperanza.)

¡Se marchó el doncel!

(Continúa llorando desesperadamente, con la cabeza inclinada en el seno materno. Su llanto es como una lluvia de consuelo sobre un jardín agostado.)

GINEBRA (Con misterio, sin atreverse a pronunciar apenas las palabras, como temerosa de romper el encanto inefable del momento.)

¡Era él, mi hija!...

YOLANDA ¡Sí, madre!... ¡Era él!...

(Quedan abrazadas en el umbral, envueltas en las sombras del crepúsculo, como en un sudario, mientras se oye la voz triste y lejana de una doncella que pasa cantando, con el cántaro al hombro, de regreso de la fuente.)

LA VOZ DE LA DONCELLA

De la fuente del amor
yo no sé qué tiene el agua,
que si le da vida al cuerpo
en cambio nos mata el alma...

FIN DEL POEMA

UNA PARTIDA DE AJEDREZ

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La «Sociedad de Autores Españoles» es la encargada de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

UNA PARTIDA DE AJEDREZ³

LEYENDA DRAMÁTICA EN UN ACTO

DE

Giuseppe Giacosa

PUESTA EN VERSO CASTELLANO

POR

FRANCISCO VILLAESPESA



BARCELONA

BIBLIOTECA « TEATRO MUNDIAL »

15, Barbará, 15

1916

PERSONAJES

YOLANDA.

RENATO.

OLIVIERO, conde de Fombrone.

FERNANDO, su paje.

UN SIERVO.

Pajes y siervos.

La acción en el castillo de Renato, en el valle de
Aosta. — Epoca : Siglo xiv





ACTO ÚNICO

Una sala en el castillo de Renato, con las paredes cubiertas de tapices, y el techo de madera artesonada. A la derecha, una amplia chimenea, en cuyo frontispicio aparecen pintadas las armas de la casa. Frente a la chimenea, a la izquierda, una gran ventana, con vidrieras emplomadas. En un ángulo de la estancia, junto a la chimenea, se abren dos puertas gemelas: una conduce a las habitaciones interiores, y la otra a la escalera. Escabeles, sillones de alto respaldo, cubiertos con cojines blasonados. Deseles de seda. Bancos y arcones de madera tallada. En el primer término de la izquierda, una mesa con un juego de ajedrez.

ESCENA PRIMERA

YOLANDA y RENATO.

Al alzarse el telón, aparecen Yolanda y Renato junto al ventanal, contemplando el paisaje agreste que entenebrece la tempestad. Por la vidriera penetra débilmente una luz fría y gris, que se desvanece en el resplandor rojizo de la chimenea. Durante la escena, los sirvos entran con dos candelabros de hierro de cuatro mecheros, que colocan sobre la mesa.

YOLANDA

El tiempo no despeja... ¡Ve, padre, como llueve!

RENATO

¡Hoy es lluvia, Yolanda; mañana será nieve!...

¡Ya en la helada caricia del aire la presiento!...

Amaneció nevada la cumbre...

YOLANDA

¡ Ruge el viento !

(Pequeña pausa, durante la cual los dos aparecen interrogando el tiempo, asomados al ventanal.)

RENATO

¿ Qué hora será ?

YOLANDA

Las siete...

RENATO

¡ Y casi es noche oscura !

(Acariciando lentamente los cabellos albos.)

¡ Pobre hija !... Tu suerte es demasiado dura...

¡ Vivir siempre cautiva con tu viejo guardián,
en este valle tétrico donde aulla el huracán !...

(Mirando el paisaje.)

¡ Cómo crujen los árboles !... ¡ Cuántos vendrán al

YOLANDA

[suelo !

Después, en los hogares, se elevarán al cielo,
en plegarias de humo...

(Se retiran del ventanal y se acercan a la chimenea.)

¡ Mira, padre, qué bella,
sobre el obscuro tronco que empieza a arder, des-
[tella

a los primeros besos del fuego que la inflama,
la azul y palpitante castidad de la llama !...

¡ Oh, sí !... ¡ Los buenos árboles !... ¡ Al arder, so-
los miro con cariño, los oigo suspirar [bre el lar,
con frágiles suspiros, y pienso en la floresta
donde alzaron un día, orgullosos, su testa !

¡ Con cuántas avalanchas, hirsutos, han luchado !

¡ Cuántas veces la nieve los habrá amortajado !...

¡ Ya nunca ha de vestirlos su blancura !...

RENATO (Estremeciéndose.)

¡ Hace frío !

YOLANDA (Empujándole cariñosamente hacia el hogar.)

¡ Calientate al rescoldo del hogar, padre mío !...

Caballerescas gestas nárrame junto a él...

(Como recordando de pronto.)

¡ Aquella bella fábula de Haroldo y su corcel !...

Vendrán los escuderos a hacernos compañía...

RENATO (Deteniéndola por una mano cuando se dispone a llamar, y sentándose luego bajo la campana de la chimenea, a contemplar el juego purpúreo y azul de las llamas.)

¡ No llames a ninguno ! ¡ Tan sólo a ti, hija mía,
quiero ver a mi lado !... (La estrecha dulcemente entre
sus brazos, como a una niña curiosa a quien se le va a narrar las

maravillas de un cuento de hadas.) ¡ Mi voz sabrá encontrar el camino más corto para poder llegar a tu alma !... ¡ Tú eres el único consuelo que aquí, sobre la tierra, me ha deparado el cielo ! ¡ Mi único amor !... Lo sabes... (La acaricia paternalmente las mejillas.) ¡ Si te miro a mi flanco, olvido estas arrugas y este cabello blanco !

(La besa. Pequeña pausa. Se oye el rujir del viento y el crepitar de los troncos del lar.)

¡ A tu lado soy joven ; sin ti me encuentro anciano !
¡ Una vez, pedí al cielo que te diese un hermano, que, como tú, fundiese nobleza y hermosura, para que transmitiera, tan intacta y tan pura como yo de mis padres la recibí, al ser hombre, a sus hijos futuros, la gloria de mi nombre !... Mas Dios no quiso oírme... ¡ Sabia es la ley de

[Dios !...

En mi pecho, Yolanda, no hay lugar para dos...
¡ Y al pensar hoy en ello, me siento atormentado por la parte de afecto que él te hubiese robado !... Ven y siéntate... (La atrae y la sienta a su lado.)

Eres hermosa, buena y casta...

Tu nombre es más valioso que una corona...

(Acariciándole las manos, en voz baja y dulce, mirándose en el fondo de sus ojos.)

¡ Basta !...

Tendrás castillos, feudos, y bosques y jardines ;
Serás dueña y señora de mis vastos confines...
Mas...

YOLANDA (Interrumpiéndole cariñosamente con la voz velada y las mejillas encendidas de rubor.)

¿ Quieres que prosiga ?... Sin terminar de oír, he adivinado todo cuanto ibas a decir...

RENATO (Sonriente.)

¿ Qué es ello ?

YOLANDA (Más ruborosa aún.)

A vuestra hija le hace falta un esposo...

RENATO

¡ Es cierto !... ¡ Un caballero bizarro y generoso que, al hacerte dichosa, también feliz me haga !...

(Con el acento un poco triste.)

Ya estoy cerca del término : ¡ mi débil luz se apa-

YOLANDA (Abrazándole, en un arranque de amor filial.) ¡ ga !...

¡ No temas que los años de mis brazos te roben !...
¡ Con las nuevas violetas, tornarás a ser joven !...

RENATO

¡ Y luego, este castillo !... ¡ Tanto salón vacío,
sin luz y sin canciones, me estremece de frío !...
En estas vigas viejas de robles y de encinas
hay lugar para nidos... ¡ pero no hay golondrinas !
Me hacen falta las claras risas de un rapazuelo...
Se es padre en la esperanza de ser después abuelo.
Necesito alegría e infantiles cariños...
¡ Los viejos con los niños, volvemos a ser niños !...

YOLANDA (Con celosa ternura.)

¡ Quiero ser sola a amarte !...

RENATO

Mas, ¿ por qué ?...

YOLANDA

¡ Porque sí !

RENATO

¡ Ni a tus hijos querría cómo te quiero a ti !...

(Pequeña pausa.)

Ya tienes veinte años. ¡ Estás en esa edad
en que las alas presas reclaman libertad !...
¡ En los cielos, a veces clavabas tu pensamiento,
y no es en mí en quien piensas, hija, en este mo-
¡ Eres mujer, y sola ! ¡ Yo, viejo paladín, ¡ mento !
estoy inútil para defender tu jardín !...

Después, en este valle obscuro hay demasiada
soledad para un alma tan joven... Tu mirada
no vió los amplios cielos sobre el extenso llano,
ni el arco del purpúreo horizonte lejano !...

Hay países de flores perpetuas y suaves
céfiros... Mis castillos son lóbregos y graves...

¡ La ilusión de los cielos está entre montes presa !...

¡ Esta negra montaña más que los años, pesa !

Se envejece aquí, antes de tiempo, si el amor
no escancia en nuestras copas su divino licor !...

Yo soy viejo... ¡ Tú misma defenderás tu empre-

YOLANDA (Sonriendo.)

[sa !...

¡ Pues fundaré un convento para hacerme abadesa !

RENATO

¿ Te estás burlando ?...

YOLANDA (Con cierta gravedad ingenua.)

En serio vamos a hablar los dos.

(Pequeña pausa. Se inclina hacia su padre y le habla casi al oído.)

Cuando me quedo a solas con mi conciencia y Dios, también sueño los goces del amor, y me siento exánime en un vago y dulce arrobamiento.

Me parece que cruza, por encanto, un caudillo bello y joven, el puente de este viejo castillo ; y a mi oído suspira amorosos cantares más fecundos y ardientes que los rayos solares ; y me miro en sus ojos que difunden un fuego divino... Y, poco a poco, me duermo... Y cuando [luego

despierto, ya no escucho sonar en el castillo las espuelas de oro del gallardo caudillo !

(Queda un momento inmóvil, con el rostro entre las manos, como si quisiera retener con ellas, en sus ojos, el encanto que se disipa.)

RENATO

Al buen marqués de Andrate rechazaste... Y era excelente partido...

YOLANDA (Interrumpiéndole con una sonrisa.)

¡ Si tan viejo no fuera !...

RENATO

El duque de Rosalba es fuerte y joven... Creo que la alianza es buena...

YOLANDA (Sin poder contener la risa.)

Mas, ¡ por Dios, es tan feo !

RENATO

¡ Sólo del alma impera la belleza triunfante !...

YOLANDA

El alma es invisible... Sólo se ve el semblante... Si en mi rostro no hubiera un poco de hermosura, aunque tuviese el alma más ingenua y más pura del mundo, nadie habría tan santo que olvidara por pensar en mi alma, la fealdad de mi cara !...

RENATO

¿ Y aquí sola, tu vida va a extinguirse tal vez, entre el huso y la rueca y el juego de ajedrez ?...

YOLANDA (Sonriendo, queriendo variar el tema de la conversación.)

¡ Oh, el ajedrez !... Ahora me vienes a recordar que te debo un desquite...

RENATO

No, déjame acabar...

A jugar no me atrevo contigo... No soy diestro...

¡ En esto la discípula, ya aventaja al maestro !...

¡Añadir bien podría tu pericia al jugar,
un nuevo timbre a nuestro escudo familiar!...
Mas, el duque de Rosalba...

YOLANDA (Un poco contrariada) ¿Vuelves a tu porfía?
(Pequeña pausa. Aproximándosele de nuevo, como para convencerlo.)

Si yo mal no recuerdo, me prometiste un día
libertad absoluta para entregar mi mano,
a aquel a quien quisiese...

RENATO ¡Y no prometí en vano!...
¡Mantengo mi promesa!... Contra el uso corriente
entre nobles señores, yo, que a Dios solamente
hago juez de mis actos, dejé a tu corazón
libre para elegir... Pues sé que tu elección
será el más fiel pronóstico y el arra más segura
de un nombre sin mancilla y un alma sin pavor!...
Mas, ¿por qué entre los nobles que en mi Corte
[reuno,
tu corazón, Yolanda, no ha elegido a ninguno?
¿Amarás en secreto?...

YOLANDA ¡No, padre!

RENATO ¡Así lo creo!...
El cristal de tus ojos aún no empañó el deseo...
¡Y tú mentir no sabes!

YOLANDA (Con sumisión) ¡Quiero verte dichoso!...
¡Aquel que tú prefieras, ese será mi esposo!...
Te devuelvo la noble libertad que me diste...
y esperaré mi suerte!

RENATO (Conmovido besándola.) ¡Gracias, hija!...
(Resuena el esquilon del castillo.)

YOLANDA ¿No oíste?
¡La campana de alarma del castillo ha sonado!

(Mirando desde la ventana)
Se alzaron las cadenas del puente...

RENATO Habrá llegado
a rendirme homenaje, alguno de mis fieles
vasallos...

YOLANDA ¡En el patio entran cuatro corceles!...
(Pequeña pausa. Cesa de sonar la campana. En la puerta aparece
un siervo, que se inclina respetuosamente. Renato y Yolanda se
vuelven.)

— 11 —

ESCENA II

Dichos, UN SIERVO, y después OLIVIERO, conde de Fombrone,
y FERNANDO, su paje.

SIERVO (Inclinándose desde el umbral.)

El conde de Fombrone, permiso solicita
para entrar..

RENATO (Sin poder contener la inmensa alegría que le produce
la noticia.) ¡Oliviero!... ¡Qué agradable visita!

(Volviéndose al Siervo.)

¡Que pase!... ¡Recibidle con el más alto honor,
porque él, es en mis tierras, más que huésped, se-
ñor!

(El Siervo se inclina y desaparece. Un momento después aparecen
en los umbrales, rodeados de pajes y escuderos con antorchas,
Oliviero y Fernando.)

RENATO (Corriendo a abrazar a su amigo.)

¡Bien venido, Oliviero! Tu presencia es en esta
morada, que ya es tuya, como un día de fiesta!

OLIVIERO (Después de abrazarle.)

¡Y para mí, estrecharte en mis brazos, ha sido
la mayor alegría que en el mundo he sentido!

RENATO (Volviéndose y presentándole a Yolanda.)

Conde, mi hija Yolanda... (Oliviero se inclina cortésmente.)

OLIVIERO (Contemplando al padre y a la hija.)

Dios liga opuestas cosas:

al rigor de la nieve la beldad de las rosas!...

RENATO (Con entusiasmo, a su hija.)

Tú conoces su nombre. Combatimos unidos
cuando eran nuestros brazos ágiles y fornidos.

Juntos atravesamos montañas y llanuras,

y al estruendo sonoro de nuestras armaduras

en burgos y castillos tocaban a rebato...

¡Pregúntale al vencido señor de Monferrato!...

OLIVIERO (Presentando a su paje.)

Mi buen paje Fernando...

RENATO (Después de haber contemplado atentamente al joven,
respondiendo con un movimiento de cabeza a su grave inclinación
y volviéndose a Fombrone.) En su faz se revela

que ha crecido a tu lado. Si ha seguido tu escuela... será sobrio de lengua y ligero de manos...

(Los siervos, a una señal de Renato, se inclinan y desaparecen. Después se vuelve a Fombrone.)

¡Sentémonos, y hablemos de los días lejanos!...

(Se sientan junto al fuego.)

La juventud gloriosa de tu frente aún no ha huído...

¡Luchaste con los años, y cual siempre, has ven-

OLIVIERO (Suspirando.) [cido!

Pasó el tiempo.

RENATO ¡La encina no le teme a la helada!...

Al ver tu tersa frente y mi frente arrugada,
no dirán que tenemos la misma edad. ¡Las penas
y los años, no abrieron brechas en tus almenas!...

(Pequeña pausa.)

¡Debes venir cansado de tan luengas jornadas!...

¡Son largas las veredas y están mal custodiadas!...

Se habla de robos: una banda de malandrines...

¿No has tenido tropiezos?...

OLIVIERO ¡Por poco en los confines
de la montaña, donde empieza el valle, dejo
en manos de esos pícaros, la bolsa y el pellejo!

¡Me ha salvado la espada de mi paje Fernando!...

(Los tres se agrupan junto al fuego. Sólo Fernando permanece a respetuosa distancia, clavando, de cuando en cuando, sus ojos en los de Yolanda que lo miran con curioso interés.)

RENATO

Mas ¿cómo ha sido?... Cuenta...

OLIVIERO Venía cabalgando

con mi paje y dos siervos, cuando de la floresta
brotó agudo silbato; levantamos la testa,
y apareció, al borde del camino emboscada,
de unos diez salteadores armados, la mesnada.

Su capitán, poniéndose de nosotros delante,
nos ordenó:—¡Seguidme!—con un gesto arro-
gante.

Mas Fernando, a su lado se encaminó con tino:

¡Quizás te seguiremos, mas enseña el camino!—
contestó, y de un mandoble le hizo rodar por tie-
ra. Los gritos de los otros atronaron la sierra; [rra...
y nos acometieron, aún más que por vengar
la muerte de su jefe, esperando alcanzar

el botín. Eran nueve, valerosos y armados,
y nosotros tan solo cuatro, y extraviados
entre los laberintos de un áspero paraje...

Entonces, a mi lado, acercóse mi paje;
y cual si misteriosas órdenes recibiera,
volvió al momento grupas, y emprendió la carrera
al monte, a rienda suelta. Y tras él cabalgaron
cinco de los bandidos... Y solos nos dejaron
con los cuatro, privándonos de luchar con más
[gloria,
mas haciendo más fácil y pronta la victoria!...

YOLANDA (Impresionada, contemplando al paje.)

¿Le persiguieron cinco?...

OLIVIERO

A mitad de la vía

recorrida volvióse, y al que cerca tenía,
sonriendo con una sonrisa desdeñosa,
le atravesó de un golpe, con su espada gloriosa!
Y solo, alzóse sobre la grupa del corcel,
era un centauro antiguo... En vano sobre él
descargaban sus golpes los cuatro... Agil y fiero,
a todos contenía con su tajante acero,
seguro en el ataque y firme en la parada...

Ya, por la empuñadura rompiósele la espada,
cuando, puestos en fuga los que nos combatieron,
llegamos en su auxilio, y los otros huyeron,
cual corzos perseguidos por hambrienta jauría,
a internarse en el dédalo de la selva sombría,
dejándonos tres hombres muertos sobre el terre-

YOLANDA (Con profunda emoción.)

[no...

¿Os hirieron?...

OLIVIERO

Mi paje, herido tiene el seno...

¡Ya le curé!...

RENATO (Levantándose y aproximándose con interés a Fernando)

¿Una herida?

FERNANDO (Con serenidad.)

¡Un rasguño, señor!

RENATO (Acercándosele.)

Ven y estrecha mi mano, ¡oh, joven campeador!

(Fernando se aproxima, y estrecha respetuosamente, entre las suyas, la mano que le tiende Renato.)

¡Al dártela, con ella mi entusiasmo te expreso!...

¡Con qué orgullo tu padre te abrazará al regre-

Hijos como tú, honran... [so!...

FERNANDO (Con amargura.) ¡ Señor, no tengo padre !

RENATO

Mas, tu madre...

FERNANDO ¡ Tampoco sé si existe mi madre !...

RENATO (Con mayor interés.)

¿ Y tu nombre?...

FERNANDO

¡ Fernando !... ¡ Mi suerte no me alegra !...

¡ Si conquisto un escudo, tendrá la barra negra !...

RENATO

¡ Tienes sangre de príncipes !...

FERNANDO (Con fiero orgullo.) ¡ Si el cielo me da vía,
más que sangre de príncipes será la sangre mía !

RENATO

¡ Arrogante palabras !

FERNANDO ¡ Si triunfa mi heroísmo,
cuanto en el mundo sea, me deberé a mí mismo !

RENATO

Eres leal y joven. ¡ Tu alma es franca y florida !...

¡ Te enseñaron los años la ciencia de la vida !...

Mas esos desmedidos arranques no son buenos...

Escucha este consejo :— ¡ Obra más y habla me-

FERNANDO (Con cortés finura.) [nos !...

¡ Hablar con arrogancia es noble, buen anciano,
si lo que el labio afirma lo sostiene la mano !...

RENATO (Iritado por el orgullo indomable del joven.)

¡ Perdóname, Oliviero, si mi sangre se enciende !...

¡ Aplaudo su fiereza, mas su orgullo me ofende !

FERNANDO

¡ En vos respeto el nombre legendario, el valor
probado y el afecto que os liga a mi señor !...

Mas, levanto la frente sin rubor y os arguyo :

— ¡ Es, entre mis virtudes, la primera : el orgu-

RENATO (Con severidad.) [llo !...

Imberbe mozalbete, ¿ qué sabes de la vida ?

Porque tu rostro es bello y tu senda florida ;

porque en tus pocos años el peligro te engríe

y el mundo es como un sueño, y todo te sonríe ;

porque no hay más que astros en tu noche serena,

y si la sed te abrasa, la copa encuentras llena,

¿ sin temor, al destino tu orgullo desafía,

y gritas a la suerte :—Lo quiero, y serás mía?...

Mas tu soberbia ignora cuanto saberse debe :
que es muy largo el camino y la vida muy breve ;
y que antes de que llegues al vértice soñado,
tendrás las manos rojas y el rostro ensangrentado,
y habrá de devorarte toda la angustia humana,
y lo que es hoy aurora será ocaso mañana !...

Yo también, llena el alma de espléndidas quimeras,
al desplegar al viento su pompa mis banderas,
sentí vértigos, ímpetus generosos, y anhelos
de levantar mi nombre hasta los altos cielos,
llevando, cual trofeo de olímpica victoria,
amarrada a la cola de mi corcel, la gloria !...

Mas ; ay ! que un triste día sentí la sangre helada,
y la mano ya inútil para esgrimir la espada.

Y entonces me hallé anciano, sin vigores ni alien-
y mi sueño de gloria se disipó en el viento !... [to ;

FERNANDO

Señor : sois noble y fuerte. A mis hijos diré
ciego de orgullo, un día :—; Yo le he visto... y le
[hablé !...

Vuestras frases son como las frases de un vidente ;
por siempre su recuerdo conservará mi mente.

Pero otra es mi fortuna, y es otro mi derecho...

; A vos, os dió la suerte, nombre, familia y techo !...

En la escuela paterna vuestra alma se educó ;

la grandeza heredada sus alas os brindó...

Las armas, más que base, medios y apoyos fue-
[ron...

Yo crecí, solo y huérfano. Mis ojos jamás vieron
en la edad de las risas, ni el más ligero encanto..

; Tan sólo han conocido la ira, el dolor y el llan-
[to !...

No he recibido un nombre, que cual sacro legado
debiera hacer ilustre o conservar honrado ;

ni labios paternos, cual premio a mi valor,
han besado esta altiva frente de triunfador !...

; Al tornar del combate, mi único lauro era
la banal acogida de una casa extranjera,
pues blasones y nombre los cielos me han negado,
y por ajenas glorias mi sangre he derramado.

Mas, fiado en mi suerte, jamás sentí la pena
envidiosa y cobarde de la grandeza ajena !

¡ Venciendo los obstáculos que interceptan mi vía,
fuente es de mi orgullo esta soledad mía !...

(Pequeña pausa.)

Yo soy fuerte. Mi espada igual que sol destella,
y ¡ guay, del que sus fuerzas quiera medir con ella !
Mi arco nunca una flecha ha disparado en vano ;
donde los ojos quieren la coloca la mano !
Si le impongo el capillo, el halcón nunca yerra,
¡ y con su presa vuelve, triunfalmente, a la tierra !...
De las artes gentílicas el uso no olvidé,
y del laúd las cuerdas templar y pulsar sé ;
conozco los secretos de las Cortes de amor,
y sé cantar amores igual que un trovador...
En justas de poesía tuve más de un trofeo ;
y al verme correr lanzas, justando, en el torneo,
ya a la usanza morisca o a la guisa cristiana,
dejó caer su guante más de una castellana !...

RENATO (Sin poder contenerse.)

¡ Soportar ya no puedo tanta soberbia !... ¡ Calla,
que si te pongo a prueba, y la prueba te falla !...

FERNANDO (Con soberbio ademán.)

¡ Pedid cuanto queráis !... ¡ Os acepto por juez !...
¡ Lo mismo esgrimo el hierro que juego al ajedrez !

(Reparando en el juego que hay sobre la mesa y señalándole con
la mano.)

RENATO (Dirigiéndose a Yolanda.)

¡ Ya que este mozalbete tanto se vanagloria,
dale una lección, hija !...

FERNANDO (A Renato.)

Si obtengo la victoria,

¿ qué don habéis de darme para premiar mi suer-

RENATO

[te?...

La mano de mi hija.

FERNANDO

¿ Y si pierdo?

RENATO (Llevándole aparte, y en voz baja.) ¡ La muerte !...

FERNANDO (Con gozo.)

¡ Soñar con una oferta más bella no he podido !...

RENATO

¿ Aceptas?

FERNANDO ¡ Sí !... (Con firmeza.)

RENATO (Amenazante.) ¡ Si pierdes !...

FERNANDO (Encogiéndose de hombros.)

¡ Señor, habré perdido !...

¡ Si pierdo, no me oiréis quejarme o maldecir ;
que, si ignoro la vida, he aprendido a morir !...

RENATO (Volviéndose a Yolanda.)

Empice el juego, hija... (Los dos se aprestan a jugar.)

FERNANDO (Reparando en la presencia de Renato.)

¡ Perdonad un momento !...

Un juego tal, requiere al jugador atento...

El conde de Frombone junto al fuego os espera...

Recordad los encantos de vuestra primavera,

mientras jugamos solos...

OLIVIERO (Desde la chimenea, donde ha permanecido calentándose.)

¡ Tiene razón Fernando !...

RENATO (Acercándose a su amigo.)

Pues bien : voy a dejarles con su suerte jugando !

(Se sienta al fuego.)

OLIVIERO (En voz baja, señalando a Fernando.)

Fuiste con él severo...

RENATO

¿ Mucho ?

OLIVIERO

¡ No !... ¡ Es tan altivo,

que a veces sus palabras merecen correctivo !...

¡ Mas, es noble, Renato, tener fe en el futuro !...

¡ Vivir sin desengaños es conservarse puro !...

¡ Como en sus negros ojos brilla la vida plena

bajo la sombra oscura de su fosca melena !...

¡ Yo le vi combatiendo ; y es tan bravo y leal,

que por él siento un vivo orgullo paternal !...

¡ Me recuerdan sus ímpetus mi juventud bravía !...

(Pequeña pausa.)

RENATO (Mirando al paje, y como hablando consigo mismo.)

¡ Con qué heroica firmeza la muerte desafía !

OLIVIERO

¿ En qué piensas ?

RENATO

En nada...

OLIVIERO

Mas, si en tus ojos leo...

RENATO

Quisiera que venciese...

OLIVIERO

¡ Perdona ; no te creo !

Le das tu hija...

RENATO

¡ Es cierto !...

(Herido de súbito.)

OLIVIERO

¡ Teniendo tal laurel,

será, en verdad, milagro que no triunfe el don-

¿ Qué te dará si pierde ?...

[cel !...

RENATO ¡ Nada !... No hay pacto... ¡ Nada !...
OLIVIERO

¿Y olvidarás, Renato, la palabra empeñada?...
(Continúan conversando quedamente.)

YOLANDA

Estás mudo y no juegas... ¿Qué te pasa, Fer-
FERNANDO [nando?

¡En tus divinos ojos me estaba contemplando!

YOLANDA (Después de una jugada.)

¡Entro en tus filas como un lobo en un redil!

Ya has perdido una torre, y me llevo el afil
si en su auxilio no corres y lo entras en tu banda...

Cuida los malos pasos...

FERNANDO ¡ Gracias, bella Yolanda !...

¡ Pensaba en tantas cosas lejanas que he perdido,
que a su recuerdo, ahora, de pena he enmudeci-
[do !...

En el juego ni un solo paso me atrevo a dar...

YOLANDA

¿Quieres tu puesto, paje, por mi puesto trocar?

FERNANDO

No. ¡Prosigue tu suerte, y déjame la mía !...

YOLANDA

¿Y si encuentras obstáculos que intercepten tu [vía?...

¡Qué cabeza!... ¿No has visto que has cometido
[un fallo?...

¡Al afil le doy muerte y desarmo al caballo !...

FERNANDO (Prendiendo el caballo.)

¡ No dejaré prenderlo ! ¡ Lo acepto como un don !

YOLANDA (Soprante)

¡ Si seré afortunada, que una interpretación falsa me ha dado un triunfo !...

RENATO (Aproximándose.) ¿Cómo va la partida?...

FERNANDO

Yo pierdo...

RENATO

«¿Sí?... ¡Fernando, dala ya por concluida!...

Fué un juego sólo el juego, y broma el apostar...

FERNANDO

¡ Con vos, noble señor, no se debe jugar !...

He dado mi palabra, y a ella me remito...

RENATO

Pierdes ; tú lo dijiste...

FERNANDO ; Mas, vencido, no admito gracia alguna ; y prosigo, porque quiero, señor, reclamar tu palabra, si salgo vencedor !

RENATO

Pues, bien ; sigue tu suerte, paje...

FERNANDO ; Seguir la intento ; y, dada una palabra, señor, no me arrepiento !...

RENATO (Se aleja, y después retorna.)

Eres joven, valiente y leal... Sentiría una desgracia tuya como si fuese mía...

Atiende a mis razones y humaniza tu brío ;

yo te lo ruego como si fueras hijo mío...

Es tiempo ; retrocede... Sabes lo que te espera...

¡ Ayúdame, Yolanda !...

YOLANDA Yo, padre, bien quisiera ; mas temo que desoiga mi voz... ¡ Aún no he venido a recobrar aun puede el terreno perdido !... [crido,

RENATO

Te ciega tu orgullosa vanidad de vencer...

Mas, tú ignoras, Yolanda, lo que pierde al perder !

FERNANDO (Interrumpiéndole.)

¡ Todo ha de ser inútil !... ¡ Ni vos, conde, ni ella, me arrancarán del juego !...

RENATO ; Te dejo con tu estrella !

(Renato vuelve junto a Fombrone y se pone a conversar con él, en voz baja, mientras Yolanda y Fernando juegan durante algunos instantes en silencio.)

YOLANDA (Alzando la cabeza y mirándole fijamente.

Di, ¿ qué dijo mi padre que pierdes si perdías ?

¿ Qué pierdes tú ?...

FERNANDO ¿ Yo ?... ¡ Nada !... Son locas fantasías !

YOLANDA

Al hablar, parecióme que estaba preocupado, y tú le interrumpiste tan pálido y turbado !...

¿ Qué pierdes tú si pierdes ?... Dime...

FERNANDO ; Nada importante !...

YOLANDA

¡ Mi padre más te teme vencido que triunfante !...

¡ Yo no sé por qué estoy medrosa y alligida !...

FERNANDO

¡Bella Yolanda, alégrate: perderé la partida!...

YOLANDA

(Pequeña pausa.)

¿Qué presagios te abruman?... ¿En qué piensas,

FERNANDO

[Fernando?

¡En tus divinos ojos me estaba contemplando!...

YOLANDA

Palidece tu rostro... ¿Por qué?... ¿Quizá la herida te duele?...

FERNANDO

¡No, Yolanda!... ¡Cómo es bella la vida!...

YOLANDA

(Pequeña pausa.)

¿Está, dime, Fernando, tu país muy distante?...

FERNANDO

Yo nací donde el aire es suave y fragante;
en una tierra llena de cánticos y flores,
donde junto a las musas sonríen los amores;
donde en el mar se espejan pálidos olivares,
y en las colinas crecen naranjos y palmares;
donde todo es perfume, y el Señor poner quiso
todas las maravillas que encierra el Paraíso...
Allí espuman las brisas del sonante Océano...
Mas, mi país, Yolanda, se encuentra tan lejano!

YOLANDA

Dime, ¿allí, las mujeres serán bellas y amantes?

FERNANDO

¡Pronto al amor se rinden; pero son inconstantes!
Bajo aquel sol, fulgente de llamas, fueron hechos
para el beso sus labios, para el amor sus pechos!...
Mas, yo, hijo de su fuego, y crecido entre flores
que embriagan y deslumbran con sus vivos fulgo-
amo los suaves pétalos de misterioso porte [res,
y las blancas corolas de los cielos del Norte...
Y una trenza de oro, y un ojo azul, y una
blancura melancólica, hecha de nieve y luna,
encienden mis deseos y exaltan mi ternura
más que una tez morena y una pupila oscura!...
¡Azules son mis cielos, y azules son los montes
que engarzan sus turquesas en áureos horizon-
(Pequeña pausa.) [tes!...

¡Qué bella eres, Yolanda!...

YOLANDA

(Asíndamente.) ¡Sigue!... ¡Te quiero oír!...

FERNANDO

Dime, ¿has pensado, acaso, que se pueda morir antes de haber probado la embriaguez del amor; antes que el alma entera se abra como una flor, y apure, entre las rosas de una boca florida, toda la miel que encierra el panal de la vida?...

YOLANDA

¡Oh, no!...

FERNANDO

¡Tener mis manos entre tus manos presas, y sentir que me miras, y sentir que me besas!...
¡Un instante en tus brazos tan sólo pido a Dios, y que venga la muerte!...

YOLANDA (Como ebria de felicidad.)

¡Moriremos los dos!...

FERNANDO (Contemplándola extasiado.)

¡Qué suaves cabellos!...

YOLANDA

¿Por qué hablas de la muerte, como si te dolieras, ahora, de tu suerte?...

FERNANDO

¡Qué dulce es tu sonrisa!...

YOLANDA

¿Por qué, por qué, Fernando, me miras tristemente?...

FERNANDO

¡Es que estaba formando castillos imposibles que tú por tierra tiras!...
Juguemos... ¡Soñé un sueño de oro!...

YOLANDA

¿Por qué suspiras?...

FERNANDO

¡Suspiro por mis sueños y mis tierras lejanas!

YOLANDA

¡Y quizás por los ojos de hermosas castellanas!...

FERNANDO (Indicándole el juego.)

Ahora eres tú quien pierde...

YOLANDA

Me avisas con premura, como si tu victoria te causase amargura!...

FERNANDO

¡No sabes cuántas cosas me juego en la partida!
¡Ignoras que si pierdo he perdido la vida?...
¿No sabes que eres bella, como no lo es ninguna;
que amo tus áureas trenzas y tu frente de luna;
que sólo tengo mía la sangre de mis venas,
y que si no me amas me acabarán las penas?...

YOLANDA

Y tú, ciego, ¿no miras que por gozar me afeito
las embriagueces de este deliquio sobrehumano?

(Se quedan silenciosos un instante.)

OLIVIERO (A Renato, señalando a Fernando.)

Mírale: con la mano los bucles se despeina...

RENATO (En voz alta.)

¿Cómo va la partida?...

FERNANDO (Sonriente.) ¡Le he matado la Reina!

YOLANDA

Escúchame, Fernando. Esta es la vez primera
que una voz amorosa mi corazón altera.

¡Cuánto, paje, ha soñado mi corazón amante
con tus nobles acentos y tu viril semblante!...

¡Cuántas veces, en esta morada solitaria,
en lugar del monótono ritmo de la plegaria,
murmuraba confusos y febriles reproches,
pidiendo al cielo un rayo de luz para mis noches!...

¡Si tú supieras cómo tras de las vidrieras
soñando con tu arribo, pasé tardes enteras!...

¡Si un niño entre los brazos de su madre veía;
si de un nupcial cortejo las músicas oía,

envidiando su suerte, mis vestidos miraba,
y me hallaba más pobre que una mísera esclava!...

¡En mi pecho sentía como un vacío arcano,
y en el paterno afecto me refugiaba en vano!...

¡Los más nobles barones mi mano mendigaron,
y a todos, con hastío, mis labios rechazaron!

¡Llegaste tú, Fernando, bello, fuerte y cortés,
y al mirarte, a mi alma alguien gritó:—¡Este es!

FERNANDO

Mas tu mano, Yolanda, mano blanca y sutil,
al dársela a este paje ¿no se tendrá por vil?

YOLANDA

Lo que el destino ha unido, nada habrá que des-
[truya...

¡Dos avances, Fernando, y la victoria es tuya!...

RENATO (En alta voz, a los jugadores.)

¿Cómo andamos?...

YOLANDA ¡Tu hija, su ingenio en vano agota,
temiendo la deshonra de su primer derrota!...

RENATO

¿Perdiste?...

YOLANDA

Todavía... Mas perderé...

RENATO

Fernando,
escúchame... Suspende... Yo deliraba, cuando
te reté... Mi castillo más fuerte, la parcela
más rica; elige: es tuya... Pero, por Dios, cancela
este pacto imposible... Yo te haré noble y rico...
¡Mi palabra devuélveme!... ¡Como un padre, su-

FERNANDO

[plico!...

Señor, a tanta oferta, una respuesta fija...

¡Tengo vuestra palabra, y adoro a vuestra hija!

RENATO

Será tuya, si quieres... ¡Pero piensa—y perdona
si te ofendo—que ella rechazó una corona
ducal, que es cuanto queda de su antiguo linaje,
y quizás más de un príncipe ha de envidiar al paje!

(Fernando vacila, mas Yolanda le insta a seguir jugando.)

YOLANDA

Sigue jugando...

RENATO

(A Fernando.)

Un día podrás ser poderoso,
mas hoy...

YOLANDA

(A Fernando, en voz baja.)

¡Avanza un paso y el triunfo no es dudoso!

RENATO

Eres joven y pobre... ¡Oye, Fernando, ahora
apenas si despierta de tu vida la aurora!...
Yolanda es bella y rica, de orgullosa raiz;
y dudo que con ella llegues a ser feliz...

(Mientras Fernando vacila, Yolanda, a hurtadillas, tomándole dul-
cemente la mano, le hace avanzar sobre el tablero y ganar la par-
tida.)

YOLANDA

(A su padre.)

Lo hecho está hecho. Tarde tu consejo ha venido...
Tu palabra empeñaste...

RENATO

¿Qué dices?...

YOLANDA

(Levantándose. Todos hacen lo mismo.)

¡Que he perdido!

OLIVIERO

(Abrazando a Fernando.)

¡Fernando, en buena hora a esta torre vinimos!

YOLANDA

(A su padre.)

¡Me ofreciste un esposo, y los dos lo elegimos!

RENATO (Reprendiéndola.)

¿No sientes la derrota?...

YOLANDA

El dolor pronto pasa,
que es triunfo de familia y todo queda en casa!

(Abraza a su padre y le da su mano a Fernando.)

RENATO (A Fernando.)

¡Ya que Dios te ha negado un nombre, te confío
si lo juzgas honrado y digno, el nombre mío!

(Fernando se inclina e intenta hablar; pero Renato le contiene
con un gesto.)

Que a mis consejos seas obediente te exijo...

¡Y doy gracias al cielo porque me dió tal hijo!

(Fernando, después de haberse arrodillado a los pies de Renato,
para recibir su bendición, se alza y volviéndose hacia Yolanda,
la mira un instante, sin atreverse a hablar.)

YOLANDA

Me miras y enmudeces... ¿Qué te pasa, Fernando?

FERNANDO

¡En tus divinos ojos me estaba contemplando!...

TELÓN LENTO

FIN DE LA LEYENDA

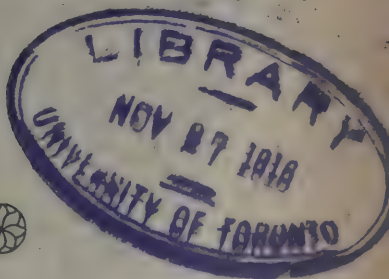
M. Fernández de la Puente - Luis Pascual Frutos

Mtro. A. Pérez Soriano

No. 166.

EL GUITARRICO

Zarzuela cómica en un acto y tres cuadros,
en prosa y verso



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

EL GUITARRICO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

EL GUITARRICO

ZARZUELA CÓMICA EN UN ACTO Y TRES CUADROS
EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

Manuel Fernández de la Puente y Luis Pascual Frutos

MÚSICA DEL MAESTRO

A. PEREZ SORIANO

Estrenada en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid, la noche del
12 de Octubre de 1900



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

Calle Barbarrá, número 15

1916

REPARTO

Personajes	Actores
TRINIDAD	<i>Srta. Lucrecia Arana.</i>
MOZA 1. ^a	» <i>Ana Viscaino.</i>
PERICO	<i>Don José Sigler.</i>
TIBURCIO	» <i>Julián Romea.</i>
SEÑOR MATÍAS	» <i>Pedro Ruiz de Arana.</i>
ALFREDO	» <i>Manuel Guerra.</i>
RUFO	» <i>José Moncayo.</i>
MOZO 1. ^o	» <i>Francisco Estrella.</i>

Mozos y mozas. — Rondalla.

La acción en un pueblo de Aragón.

Derecha e izquierda las del actor.



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa una plaza de pueblo: a la izquierda, en primer término, una casa con puerta practicable. Durante el preludio, y a telón corrido, PERICO entona la siguiente copla:

PERICO Baturrica, baturrica,
 yo te llamo, yo te llamo:
 que no tardes, que no tardes,
 que me acabo, que me acabo.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen TRINIDAD, MATÍAS, ALFREDO y TIBURCIO en primer término derecha. PERICO, RUFO y Ronda lla a la izquierda, sentados en bancos.

Hablado

UNOS ¡ Otra ! ¡ Otra !
PERICO No canto más.
TIBURCIO Tendrás la garganta seca.
RUFO ¡ Ahí va ! (Ofreciéndole un jarro.)
TIBURCIO Tú lo arreglas todo
 con' vino.
RUFO Porque lo arregla.
 ¿ Pa qué sirve el agua ?

TIBURCIO A tú
ni pa lavarte siquiera.
MATÍAS ¿Qué te ha parecido el mozo?
ALFREDO Canta y toca bien.
MATÍAS De perlas.
TRINIDAD Pero hoy está triste Pedro.
PERICO ¿Que estoy triste? No lo creas,
es que no todas las coplas
son como las castañuelas.
TRINIDAD No me convences.
MATÍAS Pues hoy
no estamos para tristezas,
que está de fiestas el pueblo
y hay que celebrar las fiestas.
TIBURCIO Y habrá corrida mañana.
RUFO Los toros son de primera.
MATÍAS Como que los trae el propio
ganadero de sus dehesas,
y el hombre quiere lucirse.
ALFREDO Ya verá usted cómo queda.
TRINIDAD ¿Qué tienes? (A Perico.)
PERICO Nada.
TRINIDAD Algo tienes.
PERICO Algo será si te empeñas.
RUFO ¡Qué maja estás!
TRINIDAD Gracias, Rufo.
RUFO ¡Ay, Trini! ¡Si me quisieras!...
TRINIDAD ¡Ay, Rufo! ¡Lo siento mucho!
Pero...
RUFO Ya lo sé: verdean.
MATÍAS Quita de enmedio, espantajo.
RUFO Ojalá espantajo fuera
pa espantar a los gurriones
que gustan mucho de brevas.
MATÍAS Conque, ya lo sabéis todos.
RUFO ¿Hay descurso?
MATÍAS Hay lo que quiera.
Yo y éste... (Por Alfredo.)
RUFO El burro delante...
MATÍAS ¡Rufo!
RUFO ¡Tío!
MATÍAS ¡Eres un bestia!

RUFO Pues mire usted, casualmente,
eso lo aprendí en la escuela.

TRINIDAD ¡Calla!

MATÍAS Yo y éste estimamos
en lo que valen las pruebas
de cariño que nos dais,
recibiéndole con muestras
de regocijo, y acaso...
y acaso... ¡y a casa, ea!
que ya os estarán, de fijo,
esperando las parientas.

RUFO No me ha gustao el descurso.

PERICO Chicos, a dar una vuelta.

UNOS ¡Viva el forastero!

OTROS ¡Viva!

TRINIDAD Ya me contarás tus penas. (A Perico.)

PERICO Habla por mí, mi guitarra.

TRINIDAD ¿Lo entenderé?

PERICO Dios lo quiera.

(Vanse Perico, Rufo y Rondalla por el foro izquierda.)

ESCENA II

TRINIDAD, TIBURCIO, MATÍAS y ALFREDO (1)

ALFREDO Es un buen mozo.

MATÍAS Y muy listo.

TIBURCIO Y muy honrao.

TRINIDAD Y muy bueno.

MATÍAS Y canta que se las pela.

TRINIDAD Y toca que es un portento.

TIBURCIO Y trabaja como nadie.

ALFREDO Caramba, que no se ha muerto,
para que todos a una
le elogien...

TIBURCIO Ese es el mérito
de la gente de esta tierra.
Lo que nos entra derecho
no hay voluntad que lo tuerza

(1) Alfredo. — Matías. — Trinidad. — Tiburcio.

aunque se empeñe en torcerlo
Pa el que vale, cara e pascua;
pa el que no, cara de perro.

MATÍAS Perico nos quiere mucho...
y nosotros le queremos.

TIBURCIO Toma, yo... usted desimule,
casi le crié a mis pechos;
pues cuando vino a esta casa
era el hombre tan pequeño,
que no levantaba justas
nueve pulgadas del suelo.

MATÍAS Con Trinidad se ha criado.

TIBURCIO Y yo les llevé al colegio;
y, ¡recontra!, qué pareja
me hacían los arrapiezos.
Agarraos de las manos
iban los dos tan contentos
pensando... ¡sólo Dios sabe
lo que piensan los pequeños!
Con la misma aplicación
entrambos fueron creciendo;
si ella sacaba un diploma,
también él sacaba un premio;
y hoy tiene usted a Trinidad
hecha una mujer de peso,
con todas las de la ley,
de saber y entendimiento;
y a Perico todo un hombre
trabajador... y sabiendo;
y, en fin, es agradecido,
pues le nombró nuestro dueño
el mayordomo de todas
sus fincas en este pueblo,
y dice a quien quiere oírle
que esta casa es su consuelo,
y que Trinidad es su hermana
y que su padre es el dueño;
y de mí, que no soy nadie,
afirma que soy su abuelo.
Diga usted si este cariño
no es cosa de agradecerlo
con el alma y elogiarle.

¡Lo que nos entra derecho,
no hay voluntá que lo tuerza,
aunque se empeñe en torcerlo!
Por lo demás... tan campantes,
¿verdá, señor?

MATÍAS Es muy cierto
cuanto nos dijo Tiburcio.

ALFREDO No, si no he dudado de ello.
Sólo extrañé que un muchacho
sea tan juicioso y recto,
y que a pesar de la edad
ponga cátedra de bueno.

TIBURCIO Pues lo es en todo el muchacho,
porque en los ratos de asuetó,
en vez de holgar, como muchos,
se los pasaba aprendiendo.

ALFREDO (Me escama tanta alabanza.)

MATÍAS Vaya, dejémonos de esto
y hablemos más de nosotros.

ALFREDO Tiene usted razón, hablemos.

MATÍAS De Trinidad, ¿qué me dices?

ALFREDO Que las cartas no mintieron (1),
pues creí ver una niña
y es un ángel.

TRINIDAD ¡Don Alfredo!

ALFREDO No me trate usted así.

MATÍAS Chiquia, apea el tratamiento.

La vergüenza... Es natural.

Como no sabe qué es esto...

Alfredo va a ser tu esposo.

TRINIDAD ¿Mi esposo?

(Asustada.)

TIBURCIO (¿Su esposo? ¡Un cuerno!)

MATÍAS El se trajo la corria
para hablar del casamiento.

TRINIDAD Yo soy muy joven aún...

MATÍAS Ya más despacio hablaremos.

Y ahora, vámonos tú y yo

a ver lo que hay por el pueblo.

ALFREDO Pronto estaremos de vuelta.

(1) Matías. — Alfredo. — Trini. — Tiburcio.

- TIBURCIO (No me gusta el casamiento.)
MATÍAS Tiburcio, hasta que volvamos,
vete con tus compañeros.
TIBURCIO Está bien. Hasta después.
(Vase foro izquierda.)
TRINIDAD Vayan con Dios.
MATÍAS Hasta luego.
(Vanse Alfredo y Matías segundo término derecha.)
TRINIDAD ¿Conque mi esposo ese tipo?
Lo consultaré con Pedro. (Entra en la casa.)

ESCENA III

PERICO, por la izquierda.

Los he podido engañar
y me han dejao venir.
Pero, ¿a qué vuelvo? ¡A sufrir!
Perico, vuelve a marchar.
No pienses en la mujer
que te ha robao el reposo.
Tú no puedes ser su esposo.
¿Y si lo pudieras ser?...
¿Y por qué no la has hablao?...
Por las fórmulas sociales.
¡Como no somos iguales,
ella se hubiera negao!
Tiene hacienda y mayormente
de dote un millón y pico.
¿Y tú, qué tienes, Perico?
Pues el pico solamente.
¡Y manos pa trabajar! (Con resolución.)
y corazón pa quererla,
y honradez pa merecerla
y penas para llorar!
¡Tú sólo me has comprendido,
guitarrico de mi vida!
¡Tú también tienes la herida!
¡Tú también te has afligido!
Ya no sueñas como antaño
cuando las alegres jotás;

hoy llevan todas tus notas
las tristezas de tu mano.
Paso tras paso has seguido
el calvario de mi amor,
tú mi consuelo mayor
cuando estoy entristecido,
que eres, en fin, a mi ver,
yo mismo de otra manera :
¡ Que un pedazo de madera
sienta más que una mujer !...

Música

Suena, guitarrico mío ;
suena, guitarrico, suena,
y no te importe que el viento
vaya barriendo tus quejas.
Como el viento es para todos,
pueden tropezar con ella.

I

Dila, si la ves pasar,
dila, pero muy bajito,
dila que estoy medio loco...
dila que loco perdido.
Dila que la Inquisición
era un horrible tormento ;
pero que aquello no es nada
para lo que estoy sufriendo.

Dila muchas cosas.

Dila que la quiero,
dila que no vivo,
dila que me muero.

Dila que me mire
siquiera un *poquico*,
dila que se apiade
de este baturrico.

II

Dila que mi corazón,
dila que lo estoy buscando ;

dila que en ella lo puse,
dila que dónde lo ha echado ;
dila que colme mi amor,
dila que escuche mis quejas,
porque sin ella no vivo,
y quiero vivir para ella.

Dila muchas cosas.

Dila que la quiero,
etc., etc.

ESCENA IV

TIBURCIO y PERICO.

Hablado

- TIBURCIO (Sale por el segundo término izquierda.)
(¡ Contra ! ¿ Perico de vuelta ?
¿ Sabrá lo del señorito ?
¡ Anda, y se limpia una lágrima !...)
¿ Cómo ya de vuelta, chiquio ?
- PERICO Me aburría y aquí estoy.
- TIBURCIO Tú tienes algo, Périco.
- PERICO Nada, no señor...
- TIBURCIO Apuesto
a que hay por medio amoríos.
Tú quieres a una mujer.
- PERICO No, señor.
- TIBURCIO Que sí te digo.
¡ Pues si lo va pregonando
a voces tu guitarrico !
La guitarra y la mujer
son un instrumento mismo,
que suenan cuando las tocan
y saltan en un descuido.
Sólo hay una diferencia,
pero viene a ser lo mismo.
- PERICO ¿ Y cuál es ?
- TIBURCIO Que en vez de primas
ellas suelen tener primos,
y para templar a esos

hay que apretar de lo lindo.

¿Estoy en lo cierto, dí,
tú que tanto has aprendido?

PERICO No sé, porque del amor
ignoré que hubiera libros.

TIBURCIO Pues lo sabes.

PERICO ¿Qué lo sé?

TIBURCIO Y tienes uno magnífico.
El guitarro...

PERICO ¡Pero abuelo!

TIBURCIO Y estudiabas ahora mismo
en él... Tú quieres a Trini...
la quieres... y hay un peligro.

PERICO ¿Cuál?

TIBURCIO Lo sabes como yo.

Denque vino el señorito,
tú que estabas siempre alegre;
te has quedao entristecío.

¡Como se viene a casar!

PERICO ¿Con Trinidad?...

TIBURCIO ¿Ves, Perico,
cómo es cierto que la quieres?

PERICO ¡Yó... abuelo!...

TIBURCIO Sí: te has vendío.

PERICO Pues bien, la quiero de veras.

En ella cifré el cariño
que rebosaba en mi alma
desde que éramos chiquillos.

TIBURCIO Pues ella te va a pagar
uniéndose a un señorito.

PERICO Pero eso no puede ser...

TIBURCIO Pues el amo ya lo ha dicho,
de manera que ya puedes
despiazar ese librico.

PERICO ¡El guitarro! ¡Mejor fuera
despedazarme yo mismo!

TIBURCIO Chiquio, que no es para tanto.

PERICO Sí es para tanto, abuelico.

Si se casan por su gusto
no trataré de impedirlo,
mientras éste me consuele
con sus vibrantes sonidos;

que gocen felicidad
mientras se muere Perico ;
pero que a la Virgen pidan
lo mismo que yo la pido,
que no dejen de sonar
como antaño en mis oídos
los ecos de mi guitarra,
porque ¡ lo juro, abuelico !
mientras suene, bueno va,
todo se me da lo mismo ;
pero ¡ ay de ellos ! como salten
las cuerdas del guitarrico.

TIBURCIO Chiquio, con esa oración
me has dejao conmovío
y *estupefauto*, y por poco
no quedo *paralítico*.

PERICO Abuelo, perdone usted...!

TIBURCIO ¡ Rediez, lo que sabes, chiquio !
¿ Y te ha salío de adentro ?

PERICO Sí, señor.

TIBURCIO Pus yo te afirmo
que tú te casas con ella.

PERICO ¿ Con ella ?

TIBURCIO Lo dicho, dicho.

PERICO ¿ Y si se negara Trini
o su padre ?...

TIBURCIO ¡ Por San Crispulo !

Lo digo 'yo, y eso basta,
y mantengo lo que digo,
y hasta hago alguna burrá
a costa del señorico
pa echarle fuera.

PERICO ¿ Usted, abuelo ?

TIBURCIO Yo, con todos tus amigos.

PERICO No lo puedo consentir...

TIBURCIO Ni yo consiento, hijo mío,
que te retuerzas el alma.
Que también tengo en su sitio
el corazón que en ti puse
dende que eres pequeñico,
y no quiero que tú sufras

mientras yo pueda impedirlo.

(Vase por el segundo término derecha.)

PERICO Pero abuelo... No me escucha...
Lo va a hacer como lo ha dicho.

ESCENA V

TRINIDAD y PERICO.

TRINIDAD (A Pedro voy a contar
lo que mi padre ha pensao.)
¡Pedro!

PERICO ¡Trini! (¿Habrá escuchao?)

TRINIDAD Te he estao oyendo tocar.

PERICO ¿Que me has oído? (Alegre.)

TRINIDAD Sí a fe;

pero me has entristecido,
porque lo que yo te he oído
era... vamos... yo no sé...
pero me has causao dolor.

PERICO ¿Acaso no te gustaba?

TRINIDAD No sé: se me figuraba
que estabas de mal humor. (Pausa.)

¿Te acuerdas de cuando chicos?

PERICO ¡Me acuerdo!

TRINIDAD Siempre contentos.

PERICO Con iguales pensamientos.

TRINIDAD Siempre solos.

PERICO Y junticos.

TRINIDAD ¿Que queríamos jugar?...

PERICO Pues jugábamos sin duelo.

TRINIDAD ¡Pero venía el abuelo!...

PERICO Y nos mandaba acostar.

TRINIDAD Mas en cuanto amanecía...

PERICO Cuando abrías la ventana,
porque el sol de la mañana
cuando salías, salía,
entonces, vuelta a empezar.

TRINIDAD Y entonces vuelta a correr.

PERICO ¡Hasta que diste en crecer!

TRINIDAD ¡Y tú, Pedro, en estudiar!

- PEDRO Ya mozos, de vez en cuando
no más solíamos vernos.
- TRINIDAD Y sin dejar de querernos.
- PERICO Y uno en el otro pensando.
- TRINIDAD ¡Qué alegría, siempre estar
juntos !...
- PERICO ¡Inmensa alegría !
Ese mi sueño sería
si yo pudiese soñar.
Pero, en fin, cómo ha de ser ;
así lo ha dispuesto Dios :
para estar juntos los dos
hay que volver a nacer.
- TRINIDAD Pues no sé para qué has de estar
pensativo y cabizbajo.
- PEDRO El que vive del trabajo
a él se debe consagrar.
- TRINIDAD ¿Y qué tiene eso que ver?...
- PERICO Que los tiempos han cambiao,
que eres ama... y yo crio ;
y, vamos, que no pué sér.
- TRINIDAD Lo de ama no lo permito.
- PERICO Pues lo eres y te respeto.
- TRINIDAD ¿Y era todo eso el secreto?
Pues como ama necesito
que me ayudes.
- PERICO Eso sí ;
que sólo por complacerte
me diera al punto la muerte
si vida te diera a ti.
- TRINIDAD Te expresas de un modo tal...
- PERICO De lenguaje estoy muy rico.
Es lo que tiene Perico
por único capital.
- TRINIDAD No creo yo que el dinero
el bienestar ha de darme,
cuando yo piense en casarme...
- PERICO ¿Qué harías tú?...
- TRINIDAD Lo primero...
Pos mira, no lo he pensao,
porque, hablando francamente,
no he tenío pretendiente

- que de amores me haya hablao.
PERICO El señorito.
TRINIDAD ¿A mí... cuándo?
PERICO No sé, mas tiene dinero,
y es la madre del cordero
que anda tu padre buscando.
TRINIDAD No piensas mal.
PERICO ¿Me engañé?
TRINIDAD Eso mi padre ha pensao.
PERICO ¿Y tú qué le has contestao?
TRINIDAD Pues... que ya contestaré.
PERICO ¿No aceptas?...
TRINIDAD Por ahora no.
PERICO ¿Que no aceptas?...
TRINIDAD ¿Qué te da?
PERICO Dispénsame, Trinidad;
no sé lo que me pasó.
TRINIDAD La que en el dinero fia
a la postre se condena;
la que es honrada y es buena
por su corazón se guía.
PERICO ¿Luego te riges por él?
TRINIDAD Justo; y nunca me ha engañao.
PERICO ¿Y en amores te ha guiao?...
TRINIDAD Hacia un hombre amante y fiel.
PERICO ¿Es rico?
TRINIDAD ¡Qué ha de ser rico!
PERICO ¿Y te ama?
TRINIDAD Con ceguedá.
PERICO ¡Dime quién es, Trinidad!
TRINIDAD ¡Quién ha de ser! ¡Tú! ¡Borríco!

MUSICA DUO

- PERICO Recordemos, Trini,
nuestra edad primera
llena de alegrías,
de esperanza llena.
TRINIDAD Pienso en el cariño
que me profesabas,

y en las dulces horas
que a tu lado estaba.

Guardo en lo más hondo
del corazoncico
tus frases galanas
cuando éramos niños :
nunca he olvidado
los alegres días
de la edad primera
de ventura y dicha.

PERICO
TRINIDAD
PERICO

Trini, ¿es eso cierto?
Trini no te engaña.

TRINIDAD

Es que tanta dicha
yo nunca esperaba.
¿Y tú, como antaño,
guardas tanto amor?

PERICO

El que siento ahora
es mucho mayor.

PER. Y TRI. Por grande que tu amor sea
es mucho mayor el mío,
tan grande, que ha desgarrado,
pa entrar, mi corazoncito,

y es que desde { niño
niña

en tí sólo pienso
y jamás se olvida
el amor primero,
y hoy que por fortuna
nuestro amor sabemos
quiéreme lo mismo
que yo a ti te quiero.

Te quiero de veras
con loca pasión,
tu amor se ha filtrado
en mi corazón.

Hablado

PERICO Pues más de esto no hablemos,
que el tiempo corre,
y vendrá el señorito
con sus amores,
y es necesario
que estudiemos el modo
de desairarlo.

TRINIDAD A desprecios...

PERICO Sí, justo ;
con una estaca.

TRINIDAD Ven esta noche a darme
la serenata.
Que sienta celos
al ver cómo me quieren
los de mi pueblo.

PERICO Es tu idea excelente ;
vengo a rondarte,
aunque cuando lo sepa
rabie tu padre.
Voy por los mozos.
Ya verán esta noche
cómo yo toco. (Medio mutis.)
; Ah, Trini ! Con la urgencia
se me olvidaba...

TRINIDAD ¿ El qué ?...

PERICO Dame una muestra
de que me amas.

TRINIDAD Cuando casemos,
por una que me pidas
te daré ciento. (Mutis.)

ESCENA VI

PERICO, MATÍAS y ALFREDO, segunda derecha ; luego TIBUR-
CIO por la segunda izquierda.

MATÍAS ; Perico ! (1)

(1) Alfredo. — Matías. — Perico.

- PERICO ¡ Señor !
MATÍAS Espera...
Alfredo, por voluntad
de su padre y por la mía...
ALFREDO Y por la mía...
MATÍAS Cabal...
Viene a pedirme a la Trini,
y con ella ha de casar.
PERICO ¿ Con ella?...
MATÍAS Naturalmente.
En su *vía* encontrará
ni un chico como este chico,
de tan grande capital,
ni tan guapo y arrogante.
Digo, que a la vista está.
PERICO Sí que es guapo.
ALFREDO ¿ Te chanceas?
PERICO ¿ Por qué me he de chancear?
MATÍAS ¿ Te has creído que es Alfredo
un muchacho de tu igual?
Estos no siendo paisanos
no quieren a nadie más.
ALFREDO Yo me previne sabiendo
que aquí las gastaban mal,
y al que intente hacerme alguna
juro que se ha de acordar.
MATÍAS Y lo mismo digo yo.
PERICO (Eso luego se verá.)
MATÍAS Pero dejémonos de esto
y volvamos a tratar
de nuestro asunto. Este quiere
que a la noche os reunáis
unos cuantos de los tuyos
pa que vengáis a tocar
en *osequio* de la chica,
como es lo más natural.
ALFREDO Quiero seguir la costumbre
de los mozos del lugar...
PERICO Me parece que no vienen...
ALFREDO Muy bien os voy a pagar.
PERICO El rondar a una muchacha,
cuando es como Trinidad,

no se paga con el doble
de todo su capital.

Aquí el amor no se compra,
porque los de este lugar,
cuando rondamos, rondamos
por cariño y nada más.

ALFREDO No te entiendo lo que dices...

PERICO Pues hablo con claridad.

MATÍAS Pero, Perico, ¿estás loco?

Esta noche aquí se hará
lo que a mí me dé la gana.

Tú el primero has de rondar.

PERICO Por mi cuenta.

MAT. Y ALF. ¿Eh?...

PERICO Por mi cuenta.

ALFREDO Vamos, me salió un rival.

MATÍAS ¿El?... ¡Pues estaría bueno!

Vé la rondalla a buscar.

ALFREDO ¡Te lo manda el amo!

PERICO El amo

no manda en mi voluntad.

ALFREDO ¿Te niegas a complacernos?

PERICO ¡Sí! (Con resolución.)

MATÍAS Que te juegas el pan.

PERICO ¿Y qué? Si desde pequeño
mi amor puse en Trinidad,
y el trabajo y la constancia
y mi vida en ella están;
si me quitan esa vida,
¿para que quiero yo el pan?

MATÍAS Chiquio, mira lo que dices...

ALFREDO Es que te vas a jugar
con el pan el corazón.

PERICO ¿Acaso le tengo ya?

Tó enterico se lo dí.

Si lo quiere usted ganar
tiene que jugar muy limpio,
porque si no perderá.

MATÍAS Pero, ¿qué bravata es esa?...

ALFREDO Es que habla así por hablar.

PERICO Justo.

ALFREDO (Con sorna.) ¡Por darnos el rato ; (1)
pero Pedro es muy formal,
y aseguro que esta noche...
PERICO Le cantaré a Trinidad.
ALFREDO ¿Y es con este guitarrico?... (Quitándoselo.)
PERICO Con ese.
ALFREDO Pues no será. (Rompe el guitarrillo.)
PERICO ¡Contra ! ¿Qué hace usted?...
TIBURCIO (Saliendo y deteniendo a Perico que quiere arrojarlo
sobre Alfredo.) ¡ Perico !
PERICO ¡ Miserable !
MATÍAS ¡ Estás de más (2)
en esta casa !
ALFREDO Hasta luego,
si te atreves a rondar.
PERICO Suélteme usted... (A Tiburcio.)
ALFREDO Nos veremos.
PERICO Nos veremos, dicho está.
MATÍAS Vamos dentro y déjale.
PERICO ¡ Abuelo, no puedo más !
TIBURCIO ¡ Hijo ! A mis brazos, y en ellos
llora si quieres llorar,
que ese, corre de mi cuenta.
PERICO ¡ Ese me las pagará !

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de calle. En el centro una casa con ventana practicable.
Es de noche.

ESCENA PRIMERA

TIBURCIO con una estaca.

¡ En el nombre del Padre !... ¡ Y lo que

(1) Matías. — Alfredo. — Perico.

(2) Alfredo. — Matías. — Perico. — Tiburcio.

acabo de saber!... Ahora resulta que han llamao a Rufo pa que ronde a Trini con los mozos, por cuenta del señorito. Y si una y otra ronda se encuentran en la calle, es casi seguro que vengan a las manos como el año pasao, y a la postre se salga con la suya el ganaero, ¡Pues no será! ¡Tiburcio, o tú no eres el Tiburcio de antaño o de algo han de servirte esta (Por la cabeza.) y esta; (Por la estaca.) a esta (Cabeza.) no hay quien me gane, y en cuanto a esta... (Estaca.) esta pué que se la gane alguno! ¡Parece mentira que estos *conflitos* pongan entristecíos a los muchachos y a punto de hacer un disparate!... En mis tiempos todo lo arreglábamos a fuerza e bromas. ¿Que venía un extraño a rondarnos la novia? Pues ya se sabía: lluvia e peladillas con onda, y pa curarle los chichones, al río de caeza. ¿Pues y la que hicimos cuando la boda en segundas *nuncias* del boticario cojo y la confitera tuerta? Aquella mañana compremos todas las existencias de merengues que había en la *confitería*, y cuando acabada la *cerimonia* salió la *cometiva* de la iglesia, *empecemos* a merengazos con ellos. Corren los padrinos por un lao y el cura por otro; los chiquillos se tiran al arroyo disputándose los merengues que caían, y en esto, se presenta la novia y ¡zas! le *aticemos* un merengue en el ojo sano y la *dejemos* a obscuras; el novio que la ve el merengue... en el ojo, corre en su auxilio, se le escurre la pata de palo y le da en la boca a la madrina rompiéndole el único diente que le quedaba; empiezan hombres y mujeres a gritar y a comer merengues, y qué de cosas no ocurrirían que fueron a parar a la botica y a la media hora se había agotao el

pozo y costaban las *melecinas* un ojo de la cara. ¡Aquellas sí que eran bromas de güen género! Parece que se acerca alguien.

ESCENA II

Dicho y RUFO, por la derecha.

- TIBURCIO ¿Quién va?
RUFO ¿Quién viene? (Con una guitarra debajo de la manta.)
TIBURCIO ¡Hola, Rufo!... (Este lo canta todo.)
RUFO Buenas noches, agüelo... (¡Este qué sonsacarme!)
TIBURCIO ¿De ronda, eh?...
RUFO De *vesita*. ¿Y usted?
TIBURCIO Bueno, gracias.
RUFO Pues que siga el alivio. (Medio mutis.)
TIBURCIO ¿Ande vas con tanta prisa, hombre?...
RUFO En cá el tío, a echar un par de trinquis.
TIBURCIO ¿Pa eso llevas el jarro?
RUFO Pa eso mismo.
TIBURCIO ¡Pus tápale el asa, que se le ven las clavijas!
RUFO ¿Está usted de broma?
TIBURCIO Para bromas está la noche. ¿Sabes lo que pasa?
RUFO Si usted me lo dice...
TIBURCIO Vamos a la *taerna* y te lo diré entre trago y trago.
RUFO Es muy malo el vino de la *taerna*.
TIBURCIO Pues vamos a las bodegas de tu tío.
RUFO Están muy lejos.
TIBURCIO Rufo... Rufo... mira que a mí no me la das; mira que yo tengo mucha caeza...
RUFO A caeza no hay quien me gane; ¿ustedé ha estao en Zaragoza por las fiestas del Pilar?

- TIBURCIO Ya lo creo.
- RUFO ¿Y ha visto usted los *caezudos*?
- TIBURCIO ¡Vaya!
- RUFO Pues yo soy uno de ellos; el Berrugón, pongo por caso.
- TIBURCIO ¡Pues cómprate un sombrero de tres picos, que va a llover leña!...
- RUFO Sabe usted mucho, agüelo...
- TIBURCIO Y lo que no sé me lo *feguro*.
- RUFO ¡A que no!
- TIBURCIO ¡Un jarro e vino a que sí!
- RUFO Va. ¿En qué se *fegura* usted que estoy pensando ahora *mesmo*?
- TIBURCIO En lo *mesmo* que yo.
- RUFO ¿Y en qué piensa usted?
- TIBURCIO En lo *mesmo* que tú; conqué ya te he ganao el jarro.
- RUFO ¡Me ha pillao usted! Vamos a beberlo.
- TIBURCIO Y pa que no se te haga largo el camino te contaré un cuento.
- RUFO Si es corto...
- TIBURCIO Tú verás. Pues señor, érase que se era un hombre llamado Sansón, que tenía la mar de pelo...
- RUFO Largo lo toma usted...
- TIBURCIO Pues corta tú por donde quieras, mío no es. (Se van por la izquierda contando cuentos.)

ESCENA III

DON MATÍAS y ALFREDO. Salen de la casa.

- ALFREDO Y yo le afirmo a usted que están los dos de acuerdo.
- MATÍAS ¡Quiés callar, hombre, quiés callar!...
- ALFREDO Ya verá usted como viene Perico, y sabiendo Trini que no estamos en casa, habla por la reja con él.
- MATÍAS ¿Y si no estamos en casa, cómo vamos a verlo?

- ALFREDO Porque haremos como que salimos.
- MATÍAS ¿Es que vamos a *jugar* al escondite?
- ALFREDO Yo sí.
- MATÍAS Déjate de tontunas y vamos a buscar a Rufo; no esté echando tragos por ahí como de costumbre y nos deje sin ronda, y se salga Perico con la suya.
- ALFREDO Mejor se saldrá con la suya si nos vamos.
- MATÍAS Chiquio, me vas resultando tan tozudo como nosotros, que cuando se nos mete en la *cueza* que tenemos que meter la *cueza*, no hay quien nos lo saque de la *cueza*. Así que, como a tú te ha dao por no salir de aquí y a mí por marcharme, se me ha ocurrió que cada uno haga lo que quiera y Dios con tóos.
- ALFREDO ¿Se va usted?
- MATÍAS Ahora mismo, en busca de Rufo y su gente pa que disponga la ronda, y lo que sea sonará.
- ALFREDO ¿Y si no viene la ronda?
- MATÍAS Pues no sonará; pero vienen, ¡vaya si vienen! y por lo que pueda ocurrir, trabuco al brazo como de costumbre.
- ALFREDO ¡Bonita costumbre! Y ¿hay alcalde en este pueblo?...
- MATÍAS Vaya; el comerciante más acreditao.
- ALFREDO ¿Y qué hace con la vara?
- MATÍAS Medir tela.
- ALFREDO Pues yo les aseguro que hay tela para rato, porque estoy dispuesto a todo, solo o acompañado.
- MATÍAS ¿Sólo? ¿Qué intentas?...
- ALFREDO Una barbaridad. ¿No son muchos contra uno? Pues yo buscaré uno que pueda contra muchos.
- MATÍAS Pues no hay más que hablar. Hasta ahora. (Se va por la derecha.)
- ALFREDO Ya verán de lo que es capaz un ganadero. (Entra en la casa.)

ESCENA IV.

TIBURCIO y RUFO, con dos jarros y dos monedas

Música

TIBURCIO (Este bruto la cogió.)
RUFO (Este ya la pescó.)
TIBURCIO (Superior es la tajá.)
RUFO (¡Ay, Jesús, cómo está!)

Cuando pillo la cogerza
me entran ganas de bailar.
TIBURCIO Pues con esa trenzadera
en el suelo vas a dar.
RUFO Y TIB. (Sin pensar lo que decía
me ha contado ya su plan,
y esta noche el pobrecico...
pin, pan, carra-ca-taplán.)

(Acción de pegar.)

TIBURCIO ¿Y vas a salir
también a rondar?
RUFO Por cuenta de Alfredo
a la Trinidad.
TIBURCIO Me paice que no,
porque va a nevar.
RUFO Escucha la copla
que voy a cantar.

(Los dos llevan el compás dando golpes con una moneda, cada uno, en la jarra, de color obscuro, que llevan en la mano.)

RUFO Qué calentica estarás
arropadica en la manta,
y cuando me oigas dirás...
TIBURCIO (Interrumpiéndole.)
¡Qué borrico es el que canta!
RUFO (Con rabia.)
Qué bien canta, ese que canta.

TIBURCIO ; Riau, riau, cataplau,
 no has estao pesau !
 ; Riau, riau, cataplau,
 que mal he cantau !
RUFO ; Riau, riau, cataplau,
 si mal hi cantau,
 riau, riau, cataplau,
 esto *sa acabau*.
TIBURCIO No se acaba, no,
 que ahora canto yo.

—
El que nace pobre y feo
y en su vía lo han querío
y se muere y va al infierno...

RUFO (Interrumpiéndole.)
 ; *Ahura* sí que t'has lucío !
TIBURCIO ; Valiente juerga ha corrió !

—
RUFO ; Riau, riau, cataplau !

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

—
La escena aparece dividida. En el lado izquierdo, interior de la casa de Trinidad: en primer término izquierda, puerta; en la pared que forma la división, ventana con reja en primer término, y en el segundo puerta grande que juega: al foro, mesa antigua, y sobre ella una luz: sillas por toda la habitación. En la parte derecha de la división, calle y campo al foro. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

TRINIDAD y MOZAS, dentro de la casa; después PERICO
y MOZOS de la rondalla, en la calle.

Música

MOZAS Ya está todo dispuesto
 para la fiesta

que en honor de los novios
hoy se celebra.

Ya Trini dichosa
se puede llamar
porque un rico mozo
la lleva al altar.

TRINIDAD

No gastarme bromas
que no estoy por ellas.

MOZAS

Pues ya todos dicen
que es cosa dispuesta
y pronto del pueblo
te marchas con él.

TRINIDAD

¿O es que no le quieres?
¡Vaya usted a saber!

Aquí me he criado
con tiernas caricias,
aquí yo he pasado
los días mejores.

Aquí yo he tenido
placeres, delicias,
y sueños de castos
y dulces amores.

Aquí se conservan
afectos sagrados,
aquí los chispazos
de amor yo sentí
y con los recuerdos
de días pasados
mi vida está aquí.

No podré olvidar
mi hermoso lugar,
los gratos encantos
que yo disfruté;
ráfagas de amor,
sueño encantador,

venturas sin cuento
que yo aquí encontré.

(Se oyen las guitarras y bandurrias y aparece por la calle la rondalla de la siguiente forma: Delante, dos mozos con mantas y trabucos, luego Perico tocando el guitarrico, y los músicos; detrás, los mozos que cantan, y, por último, otros dos mozos con mantas y trabucos.)

TRINIDAD
MOZAS

¡ Es él !

Es Perico
que viene a rondar :
ya hemos encontrado
la causa del mal.

TRINIDAD

Silencio, que nadie
llegue a sospechar
que ha sido Perico
la causa del mal.

(Colocándose frente a la reja.)

PERICO

Toda mi vida está en ti
y por ti yo sólo aliento :
haz de mí lo que tú quieras,
porque yo me estoy muriendo.

MOZOS

Dime, niña, por qué
no sales a mi voz
y un rato de placer
tendrá mi corazón.

A UN TIEMPO

PERICO
TRINIDAD

Toda mi vida está en ti, etc.

Como yo le quiero,
soy correspondida,
y su amante anhelo
hoy me da la vida.

MOZAS

Si como le quiere
es correspondida,
indudablemente
ya logró su dicha.

MOZOS

Dime, niña, por qué
no sales a mi voz, etc., etc.

Hablado

TRINIDAD No sé qué hacer...
MOZA I Abre ya,
que se estará consumiendo.
PERICO Vigilad por las esquinas
mientras hablo unos momentos
con Trini.
MOZO I Pierde cuidado.
¡Chiquios! cada uno a su puesto.
(Mutis de la rondalla.)
TRINIDAD Dices bien: yo debo abrir
aunque rabie el mundo entero.
MOZA I Pues te dejamos con él.
TRINIDAD Eso, y estar en acecho.
PERICO Trini, soy yo... (Llamando.)
TRINIDAD Ya me llama.
MOZA I Pues entonces hasta luego.
(Mutis las mozas por la puerta de la izquierda de la
habitación.)

ESCENA II

TRINIDAD y PERICO.

TRINIDAD ¡Perico! (Asomándose a la reja.)
PERICO (En la calle.) Trini, aquí estoy
rondándote con mi gente
y esperando a ese valiente
con quien a vérmelas voy.
TRINIDAD ¿Me quieres?
PERICO ¿Lo puedes dudar?
TRINIDAD Pues vete; yo te lo ruego.
PERICO ¡Cá! Si él me dijo: «Hasta luego
si te atreves a rondar...»
Y aquí verá ese señor
cómo se porta Perico
vengando a su guitarrico
y disputando tu amor.
TRINIDAD Que él es valiente repara...
PERICO Pues si él valiente no fuera,

¿qué mérito, dí, tuviera
el que a vencerle llegara?
TRINIDAD Vé que mi padre le abona...
PERICO Ni aun eso, Trini, me achica.
¿Pa qué está la Pilarica
si tu padre no perdona?
TRINIDAD Si blasonás de quererme
y no quieres disgustarme,
¿sabes qué has de hacer?
PERICO ¿Marcharme?
TRINIDAD Eso, y no volver a verme.
PERICO ¿Nunca?
TRINIDAD Cuidao que eres tonto.
Luego no, mañana sí.
PERICO Pues yo he de volver aquí.
TRINIDAD Hasta mañana. (Cerrando la ventana.)
PERICO (Mutis foro derecha.) Hasta pronto.

ESCENA III

TRINIDAD y ALFREDO, que ha oído las últimas palabras desde
la puerta interior de la habitación.

ALFREDO ¿Con que la niña sin par,
la flor inocente y pura,
la candorosa criatura
con quien me vengo a casar,
sale de amor delirante
cuando su padre se aleja
a charlar tras de la reja
con su criado y amante?
TRINIDAD ¿Eh?
ALFREDO No esperaba yo tanto
en este caso especial,
aunque conozco el percal
y estoy curado de espanto.
TRINIDAD ¿Qué dice usted?
ALFREDO ¿No me explico?
TRINIDAD Como un caballero, no.
ALFREDO Pues hija, no creo yo
que lo sea más Perico,

y eso a la legua se ve,
a menos que yo esté loco.

TRINIDAD Es que hace falta muy poco
para serlo más que usted.

ALFREDO ¡Niña!

TRINIDAD Si mi padre fuera
quien de ese modo me hablara,
dudo que le tolerara
las cosas que me dijera.

ALFREDO Conque si usted no lo es
y a oírle nada me obliga,
no extrañe que esto le diga
y que me marche después...
No miras, ¡viven los cielos!
que celos me hacen hablar...

TRINIDAD ¡Si usted no me puede amar,
cómo va usted a tener celos!

ALFREDO ¿Que no te quiero?

TRINIDAD No a fe;
eso que amor ha creído
es amor propio ofendido;
no lo disimule usted.

ALFREDO Será vanidad herida,
mas el desprecio constante
hace estallar al instante
la rabia mal contenida.

TRINIDAD Por mí, ya puede estallar,
ni me importa ni me aterra;
las mujeres de esta tierra
no saben lo que es temblar.

ALFREDO ¿Y por él?

TRINIDAD Está usted loco.
Buscándolo frente a frente,
aunque fuera usted un valiente
no temblaría tampoco.

ALFREDO Que no respondo de mí.

TRINIDAD Adiós... (Va a marcharse.)

ALFREDO (Poniéndose delante de la puerta.)

Pasar es en vano...

(La coge con fuerza una mano.)

TRINIDAD ¿Eh? ¡Suélteme usted la mano!

ALFREDO ; Cá ! Si no sales de aquí
tus ofensas sin pagarme.
TRINIDAD Suelto ustedé, si es caballero.
ALFREDO Portarme como tal quiero,
y a besos voy a cobrarme.
TRINIDAD ; Canalla ! (Se desprende de él.)
ALFREDO Aunque te has soltado,
no se ofende quien bien ama.
TRINIDAD ; Perico ! (En la reja. Llamando.)
ALFREDO Sí, llama, llama...
TRINIDAD ; Ah, mi padre !... ; Me he salvado !

ESCENA IV

Dichos y MATÍAS, por la calle.

MATÍAS ; Trini !
TRINIDAD ; Padre ! (Abre la puerta.)
ALFREDO (Rabio de ira.)
Hable usted.
MATÍAS (Entra en la casa.) Vengo molido.
He recorrido tó el pueblo,
y nada, no los he visto.
ALFREDO Perico estuvo aquí.
MATÍAS ¿ Sí?...
TRINIDAD Sí, señor, vino Perico
(Después de cerrar la puerta.)
y me dió la serenata,
y volverá (1).
ALFREDO ; Vive Cristo,
que es mucha burla esa burla !
MATÍAS Y sin poder impedirlo...
Ya ves, Rufo no parece
por ahí ni muerto ni vivo.
ALFREDO ¿ Están muy lejos de aquí
los corrales?
MATÍAS Ahí mesmico,
a la salida del pueblo.

(1) Trini. — Matías. — Alfredo

ALFREDO Pues véngase usted conmigo.

MATÍAS ¿Qué vas a hacer?...

ALFREDO Lo que sea necesario, ya lo he dicho.

(Abre la puerta y sale a la calle.)

MATÍAS (Dirigiéndose a Trinidad.)

Adiós, y atranca la puerta.

TRINIDAD Descuide, pasó el peligro.

MATÍAS Es por si Perico vuelve...

TRINIDAD No le tema usted a Perico que es más caballero que otros.

ALFREDO ¡Vamos ya!... (Desde la calle.)

MATÍAS (En la calle.) No corras, chiquio, que tengo las piernas frágiles y voy a caer de hocicos.

ALFREDO ¡Corra usted!...

MATÍAS ¡Ni un *astromóvil* tié comparanza conmigo.

(Se van por el primer término derecha.)

ESCENA V

TRINIDAD.

(Cerrando la puerta de la calle.) ¡Canalla!... ¿Qué se había creído ese señorito?... ¡Y que mi padre esté tan ciego que no vea que es Perico el único hombre a quien yo quiero!... Cuando vuelva se lo digo; sí, se lo digo sin reparo ninguno, y él, que tanto me quiere, no se opondrá seguramente a mi felicidad. (Se va por la puerta interior de la casa.)

ESCENA VI

RUFO y MOZOS. Salen por el segundo término derecha de la calle.

RUFO Chiquios... que templen los que estén destemplaos, y los que estén templeaos

que no templen, y toos a una ; es decir, toos a otra, porque esa una será pa mí solo, si Dios no lo remedia.

MOZO 1

RUFO

¿Has pensao ya las coplas?

Tres tengo, que me las hi sacao de aquí.

(Por la frente.)

MOZO 2

RUFO

Pues escomienza.

Anda, tú, dale a la guitarra. (El Mozo 1 rasguea malamente con compás de jota.)

MOZO 2

RUFO

¿Pero empiezas u qué?...

Áspera, que ya voy. (Canta.)

«Por la calle abajo viene...»

(Se oye un cencerro a lo lejos. Rufo traga saliva y vuelve a cantar.)

«Por la calle abajo viene...»

(Se oye más cerca el cencerro. Rufo se calla, y dice el Mozo 2.)

MOZO 2

RUFO

Pus mira, me paice que viene algo...

¡ Ah !... (Con tono despreciativo vuelve a cantar.)

«Por la calle abajo viene...»

TIBURCIO

RUFO

TIBURCIO

(Sale corriendo despavorido.) ¡ Que viene !...

¡ Que viene !...

Pero, ¿qué es lo que viene?

¡ Un toro de los de la corría de mañana, que se ha escapao, y vienen los mansos detrás de él ! (Dispersión general.)

ESCENA VII

TIBURCIO.

(Saca un cencerro del bolsillo, lo menea muy despacio y dice canturreando:)

«Por la calle abajo viene...»

Y vino, vino el abuelo, y con su *tratage-ma* deshizo la ronda. ¡ Bien los hi hecho correr !... El que menos se fegura que li

ha llegao la hora... y los cuernos... Ahora a buscar a Perico y a decirle que tiene el campo libre. (Se va segundo término derecha.)

ESCENA VIII

TRINI y CORO GENERAL. Trini se asoma a la reja, ve a venir al Coro y abre la puerta.

Música

CORO	¡ Que viene, que viene, socorro por Dios, que viene corriendo de un modo feroz ! ¡ De noche y a obscuras, Dios mío, qué horror, jamás he llevado un susto mayor ! ¡ Jesús y qué miedo, qué miedo pasé ; cual hemos corrido no he visto correr !
TRINIDAD	¿ Qué es eso, qué pasa, por qué así correr ; que ocurre en el pueblo decid de una vez ?
CORO	Cada cual con su pareja a esta casa con premura pretendíamos llegar, y al volver una calleja, una tétrica figura se nos vino a presentar. La figura era un torazo de tamaño colosal, que venía tras nosotros resoplando con afán. El toro mugir, nosotros gritar. El toro correr, nosotros volar,

y a ventanas, balcones y puertas
salía la gente a vernos pasar.
¡Correr, correr, correr, correr...
es lo mismo que haría cualquiera
si un toro viniera
corriendo tras él!

ESCENA IX

Dichos y MATÍAS, que sale corriendo por el segundo término derecha. Luego RUFO.

Hablado

MATÍAS ¡Cerrar la puerta! (Dentro de la casa.)
TRINIDAD ¿Y Perico,
lo ha visto usted?...
MATÍAS ¡Qué he de verlo!
Pa fijarse está la noche;
gracias que aquí sano llego.
TRINIDAD ¿Pero, padre, qué sucede?
MATÍAS ¡Pues qué ha de pasar! Que Alfredo
me hizo ir hasta los corrales;
allí llamó a los vaqueros,
les hizo soltar un toro,
montó a caballo, y cogiendo
una vara de esas largas
que usan para los encierros...
no sé más; eché a correr,
y aquí sin aliento llego.
TRINIDAD ¿Pero y Pedro, dónde está?
MATÍAS Hija, luego lo sabremos.
TRINIDAD Es que yo le quiero, padre...
MATÍAS Hija, yo también le quiero,
pero...
TRINIDAD Yo voy a salir...
MATÍAS ¿Estás loca?...
TRINIDAD Voy creyéndolo.
MATÍAS Ten calma...
TRINIDAD ¿Y Tiburcio?

Con los mozos de mi ronda
daba yo vuelta al Concejo,
cuando cádate que damos
con la rondalla de Pedro.
A relucir ya salían
trabucos, cuando a lo lejos
vemos venir a un torazo
azuzado por su dueño,
hiciendo de picaor
sobre un triste caballejo.
¡Preparen! grita Perico,
y en aquel mismo momento
suena detrás del morucho
un descomunal cencerro;
se para el bicho de pronto,
y más rápido que el viento
se vuelve sin reparar
que estaba detrás su dueño
y... ¡pin, pan! que va a ser tarde,
y... ¡pin, pon! que está lloviendo,
dió en tierra en medio segundo
con caballo y caballero.

TRINIDAD

¿Pero y el tiro?

RUFO

Ahora va.

Extrañándonos aquello,
corrimos a ver la causa...

MATÍAS

Querrás decir, que corrieron.

RUFO

Bien. Y nos dimos al punto
la razón de tal suceso,
viendo a Tiburcio que estaba
subido a una reja *hiciendo*
de manso.

MATÍAS

¿Cómo?

RUFO

Sonando

a toda fuerza un cencerro.

TRINIDAD

¿Pero, y el tiro?

RUFO

Ahora va.

En aquel instante, Pedro,
viendo al señorito en tierra
y ya casi entre los cuernos
se acerca y... ¡pun!

MATÍAS

¿Disparó?

RUFO ¡ Vaya, y mañana en el pueblo,
se come toro !

MATÍAS ¡ Animal !

RUFO No siempre ha de ser cordero.

ESCENA ULTIMA

Dichos, TIBURCIO, PEDRO, ALFREDO y MOZOS (1)

UNO ¡ Viva nuestro maño !

OTROS ¡ Viva !

RUFO Aquí traen al señorito.

TRINIDAD ¡ Pedro !...

PERICO ¡ ¡ Trini ! !...

MATÍAS (A Alfredo.) ¡ Majo vienes !

ALFREDO Don Matías, me ha vencido
ese mozo.

PERICO Vencer, no,
porque no hubo lucha, amigo.
Salvar, sí, porque es humano
salvar a un hombre en peligro.
No sabemos hacer leña
aquí del árbol caído.
Ahora...

ALFREDO Sí, la recompensa
es' justa.

PERICO No la he pedido
aún. Hace pocas horas, (2)
y no lejos de este sitio,
me trató usted...

ALFREDO Como un déspota.

PERICO Y ahora, ¿ me cree usted digno
de ser su rival?...

MATÍAS ¿ Qué dices?...

ALFREDO ¿ Cómo mi rival?... ¡ Mi amigo !

MATÍAS Tuya es Trini, y Dios os haga
felices. (3)

(1) Alfredo. — Matías. — Perico. — Trinidad. — Rufo.

(2) Alfredo. — Perico. — Matías. — Trinidad. — Rufo. — Tiburcio.

(3) Alfredo. — Matías. — Perico. — Trinidad. — Rufo. — Tiburcio.

TIBURCIO

Sois un bendito.

(A don Matías, pasando a su lado por delante de los dos.)

PERICO

¡Abuelo!

TRINIDAD

¡Abuelo!

TIBURCIO

Un instante.

Si un toro toma el olivo
y necesita usté un manso,
aquí tiene usté un amigo
que está dispuesto a servirle.

(A Alfredo.)

ALFREDO

Gracias; no lo necesito.

TIBURCIO

Y ahora, me llegó la vez.

(Colocándose entre Perico y Trinidad.)

PERICO

¡A mis brazos!

TRINIDAD

¡A los míos!

TIBURCIO

Tú, Rufo, ten el cencerro.

(Se acerca Rufo y se lo cuelga al cuello.)

MATÍAS

Estás con él preciosísimo.

TIBURCIO

(Abrazando a Trini y a Perico.)

Ahora, maño, que no salten
las cuerdas del guitarrico.

(Al público.)

Y si os gustó la zarzuela
unos aplausos pedimos.

TELÓN

FIN

NOTA

Algunos aplaudidos artistas que han representado esta zarzuela en provincias, nos han pedido *cuentos* y *acertijos* de actualidad para el final de la segunda escena del cuadro segundo, y como resultaría un trabajo inútil, se lo confiamos a la discreción de los artistas para que añadan los *cuentos* que estén más con el gusto de los públicos.

Otro tanto decimos de las coplas de los Borrachos, a cuyos autores les quedamos reconocidos.

A continuación publicamos unas cuantas que se han cantado en provincias.

Coplas del duo de los borrachos

RUFO	A la orillica del río hay una hermosa pradera, ande voy muchas mañanas...
TIBURCIO	A comerte toa la hierba
RUFO	A pensar en mi morena; a la orillica del río.

TIBURCIO	Marinero, marinero, no navegues a la vela, que la mar está picada...
RUFO	Más picado está Silvela.
TIBURCIO	Y naufraga el que navega. Marinero, marinero.

RUFO Discurriendo estoy el modo
de vivir sin trabajar ;
lo mejor pa conseguirlo...
TIBURCIO Es que te aten un ronزال.
RUFO Es que me hagan concejal ;
discurriendo estoy el modo.

TIBURCIO En mi cuadra, hace unos días
hay un pesebre vacío ;
te lo digo por si acaso...
RUFO Dígaselo usté a mi tío.
TIBURCIO Por si acaso tienes frío ;
en mi cuadra hace unos días.

RUFO Bien peinao y bien lavao
con dos onzas de jabón,
dice todo el que me mira...
TIBURCIO Paices un perro pachón.
RUFO Que deslumbro como el sol ;
bien peinao y bien lavao.

TIBURCIO Aunque tengo muchos años,
aun requiebro a las mujeres,
y me dicen todas ellas...
RUFO ¡ Ay, abuelo, que están verdes !
TIBURCIO Si no es joven lo parece ;
aunque tengo muchos años.

RUFO Me comí un cabrito entero
a fuerza de pan y tragos,
y si como dos mañana...
TIBURCIO Llamas al veterinario.
RUFO Tampoco mi harían daño ;
me comí un cabrito entero.

RUFO El por qué tú no me quieres
no lo puedo averiguar ;
dime ya la causa, niña...
TIBURCIO No te quiere por morral.
RUFO Que me matas de pesar.

TIBURCIO A la mar fuí por naranjas,
cosa que la mar no tiene ;
metí la mano en el agua...
RUFO Y pescastes un reuma.
TIBURCIO La esperanza me mantiene.

RUFO A San Juan yo l'hi pedido
una maña pa este maño,
y en seguida me ha salido...
TIBURCIO Un divieso en el dogote.
RUFO Una novia pa tó el año.

TIBURCIO A la puerta de la iglesia
hay una piedra muy grande,
todo el que tropieza en ella...
RUFO Es señal que no la ha visto.
TIBURCIO Es seguro que se cae.

RUFO Una mujer fué la causa
de mi perdición primera
y también de la segunda.
TIBURCIO Y también de la tercera.
RUFO Eso le pasa a cualquiera.

TIBURCIO Como no tengo trabajo
á festejarte he venío,
que el guitarro y la mujer...
RUFO Es un trasto quebradizo.
TIBURCIO Son pa los tiempos perdíos.

RUFO Veinte años de relaciones
 y ya quiés que nos casemos.
 No me seas disigente.
TIBURCIO Hay que pensarlo primero.
RUFO Que esas cosas quieren tiempo.

RUFO Nos vieron por la arboleda
 dos tortolitos ayer,
 y se marcharon diciendo...
TIBURCIO Lo que no puede decirse.
RUFO Siempre hay algo que aprender.

TIBURCIO Cuando querrá Dios del cielo
 y la Virgen del Pilar,
 que tu ropica y la mía...
RUFO Las puedas desempeñar.
TIBURCIO Vayan juntas a lavar.

RUFO Viendo el genio de tu padre
 y el genio de tu madrastra,
 me explico que algunas flores...
TIBURCIO Te resulten calabazas.
RUFO Se críen entre las zarzas.

TIBURCIO Como los melocotones
 son las baturras queriendo,
 por afuera son mu ásperas...
RUFO Y mi suegra lo es por dentro.
TIBURCIO Pero qué dulces por dentro.

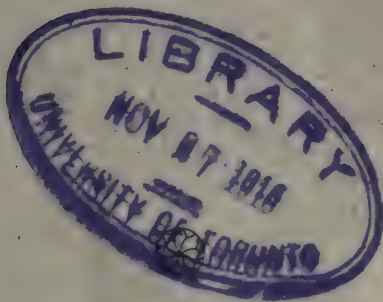


P. Armstrong

No. 167.

JIMMY SAMSON

Comedia en tres actos



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

JIMMY SAMSON

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La «Sociedad de Autores Españoles» es la encargada de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

JIMMY SAMSON

COMEDIA EN TRES ACTOS DE P. ARMSTRONG

ADAPTACION DE LA NOVELA DE O. HENRY

TRADUCCION DE

JOSÉ IGNACIO DE ALBERTI



BARCELONA

BIBLIOTECA « TEATRO MUNDIAL »

15, Barbará, 15

1916

PERSONAJES

JIMMY 'SAMSON.

DICK, EL RATA.

EVANS.

BOB MORGAN.

MARTÍN FAY.

EL DIRECTOR DE LA PRISIÓN.

BLICKENDORF.

EL JEFE DE VIGILANCIA DE LA PRISIÓN.

AVERY.

READ.

UN EMPLEADO.

MISS ROSA FAY.

MISS MOORE.

LA INSTITUTRIZ.

KETTY.

BOBBY.



ACTO PRIMERO

Despacho del Director en la prisión de Conney-Island, en los Estados Unidos. Al levantarse el telón, el recluso Dick frota el parquet, con aire de un enojoso aburrimiento.

ESCENA PRIMERA

DICK, el EMPLEADO; después el JEFE.

EMPLEADO (Sentado a una mesa, próxima al «bureau» del Director.) ¡Frota, Dick, frota!

DICK ¡Vaya un oficio!

EMPLEADO No te quejes; que más te vale encerar los parquets en casa del Director, que trabajar en los talleres.

DICK ¡Es verdad!... Pero, frotar un día y otro... tiene poco lance! Es una ocupación en la que no hay nada imprevisto...

EMPLEADO Pero sin darte cuenta te encuentras con un oficio para el día de mañana.

DICK ¡El día de mañana!... ¡Es un mañana demasiado largo!... ¡De tres años! ¡Tres años aún, de frotar parquets en la casa del Director de la prisión de Conney-Island!

EMPLEADO Y dos años que llevas...

DICK Hacen cinco... ¡Cinco años de prisión!... ¡Cinco años, por un simple escaló, que apenas produjo para vivir unos meses decentemente!...

JEFE (Entrando, al Empleado.) ¡Buenos días!

EMPLEADO Buenos días, señor Inspector.

- JEFE ¿El Director estará aún en la cama, y no habrá orden del día?
- EMPLEADO Ya sabe usted, que hasta eso de las once...
- JEFE Se cuida bien el señor Director.
- EMPLEADO (Por él mismo.) Porque tiene un secretario **que lo suple...**
- DICK (Con sorna.) A ninguno os mata el trabajo... No lo pasáis mal, en esta ratonera : casa, comida, cama, fuego, luz...
- EMPLEADO Y además, el sueldo... Vaya una suerte, Dick. Quién encontrara una plaza de éstas, ¿eh?
- DICK ¿Cree usted?... ¡Pues se equivoca! A pesar de todas esas gangas, de la casa, la comida, la luz y un buen sueldo, este oficio **me desagrada.**
- JEFE ¿De veras?
- DICK ¡Claro!... ¿Le parece a usted ser muy honroso ser Director de una prisión?
- JEFE (Ofendido.) ¿Qué dices?...
- DICK ¡No me refiero a usted!... Usted... es de los nuestros.
- JEFE ¡De vosotros!
- DICK ¡Uno de la casa! ¿No está usted condenado a vigilarnos? ¡Entonces!... Usted es un prisionero como yo, o peor que yo. Cuando yo haya cumplido, usted seguirá aquí, vigilando a mis sucesores. Yo estoy condenado temporalmente, y usted a cadena perpétua : es usted un compañero. Para que nada le falte, está usted uniformado como nosotros. (Indicando su traje y el del Jefe.)
- EMPLEADO (Riendo.) ¿Qué dice usted a esto, señor **Inspector?**
- JEFE ¡Que no le falta razón a Dick!
- DICK En cambio, para ser director de un presidio es preciso haber asesinado a su padre y a su madre. (Remedando las órdenes del Director.) «¡Cerrad bien!... ¡Vigilancia!, ¡mucha vigilancia!... Hay que tener en

cuenta que un correccional no es una casa de huéspedes!» ¡Todo el año así!... ¿Y el otro?... ¡Evans, el detective! Ese, es peor. ¡Si yo le hiciera caso!... No pasa día que no intente tirarme de la lengua, a ver si yo canto... Pero aún no ha nacido el policía que haga cantar a Dick, el Rata.

EMPLEADO Por lo visto, tú sabes algo de ese Jimmy.

DICK Eso dicen: pero maldito lo que yo sé de él.

JEFE O, por lo menos, no te conviene descubrirlo.

DICK ¡Ni me conviene, ni me deja de convenir. ¿Qué tengo yo que ver con Jimmy Samson?

JEFE Sin embargo... aunque no haya podido comprobarse, se sabe que Samson, Harkins, Avery y tú, formábais una banda a la que no había arca de caudales que se resistiera.

DICK ¡Habladurías!...

JEFE Tú sabes que Harkins murió arrojado por Samson desde un tren en marcha; y que antes de morir, reveló alguna pista a Evans: uno de los cómplices indicados por Harkins, fué Samson.

DICK Eso dice Evans; pero son fantasías suyas.

ESCENA II

Dichos y el DIRECTOR, que entra.

EMPLEADO (Saludando.) ¡Señor Director!

DIRECTOR (Al Empleado.) Buenos días. (Al Jefe.) Hola. (Sentándose, y con aire de hombre abrumado.) ¡Estoy rendido de fatiga!

EMPLEADO (Con adulator interés.) ¿Está usted enfermo?

DIRECTOR (Alzándose de hombros.) Cuando se tiene una responsabilidad como la que yo tengo ¿hay derecho a ponerse malo?... ¡Por

fortuna, yo soy de hierro ! (Da algunos pasos indecisos.) ¡ Es irritante !... ¡ Insoportablemente irritante !... (Volviéndose hacia el Jefe.) ¿ Hay algo nuevo ?

JEFE Nada. Se ha hecho el recuento sin novedad ; en la visita ha habido dos enfermos, y... ¡ ah ! he encontrado a Chapman, en un rincón, fumando.

DIRECTOR (Que en este momento enciende un cigarro.)* ¡ Fumando ! ¡ Pero esto es intolerable !... ¡ Conque fumando, el muy idiota !... ¿ Lo habrá usted metido en la celda ¿ eh ?... ¡ Que fume, que fume en el calabozo ! (Chupando grandes bocanadas de su cigarro.) ¡ Cuidado, señor Inspector, mucho cuidado ! ¡ Vigilancia ; mucha vigilancia ! ¡ Hay que tener en cuenta que un correccional no es una casa de huéspedes !

DICK (¡ Va pareció aquello ! (Con gran desprecio.) ¡ Bandido !)

JEFE Hoy tenemos una baja. El 414 cumple hoy.

DIRECTOR (Haciendo memoria.) ¿ El 414 ?...

JEFE Sí. Ese Avery... el amigo de Dick y de Samson.

DIRECTOR (Tras de un instante de reflexión.) ¡ Perfectamente !... ¡ Samson !... Jimmy Samson : el penado por el cual se interesa Evans tan particularmente... Y ¿ dice usted que Avery ?...

JEFE Hoy cumple sus cuatro años de condena.

DIRECTOR (Al Empleado.) ¡ Ahí lo tiene usted !... ¡ Es irritante : absolutamente irritante ! ¡ Una liberación hoy ! Una baja... Una documentación que hay que enviar al Ministerio... (Al Jefe.) Envieme usted a Avery para que le pronuncie el discurso que, según la última circular del ministro, debo dirigir a cada prisionero en el momento de darle la libertad. (Al Empleado.) ¿ Dónde he metido yo la circular ? (Buscando.) Circular 49... Recomendaciones y consejos

para el porvenir, que deben darse a los licenciados... (Al Empleado.) ¡Apostaría algo a que la tiró usted al cesto de los papeles!... ¡Ahí tiene usted! Si en este momento llegara un inspector...

EMPLEADO No tenga usted cuidado, que no se pierda... Mírela. La guardo aquí, en la caja del tabaco... (La saca y se la entrega al Director.)

DIRECTOR A ver... (Desplegando la circular y leyendo.) «¡Amigo!... Una vez pagada su deuda con la sociedad; ahora que se abren las puertas de este encierro para dar a usted libertad en los senderos de la vida, dirija los esfuerzos de su voluntad y de su razón por el camino recto: hacia el trabajo y hacia la honradez.» (Dejando caer la circular sobre la mesa, y con un gesto de disgusto y de indiferencia.) ¡Es irritante!... ¡Todo esto es irritante!...

JEFE ¿Me necesita usted?

DIRECTOR No.

JEFE Voy allá dentro, a ver a Avery. Ahora estará entregando el traje de la casa.

DIRECTOR Vaya usted y envíemelo aquí... (Al Empleado.) Anote usted el alta. (El Jefe sale con el Empleado.)

ESCENA III

EL DIRECTOR, EVANS y DICK.

EVANS (Entrando y yendo a estrechar la mano al Director.) Buenos días, querido Director

DIRECTOR Sea bien venido el gran detective...

EVANS Suprima usted el calificativo, hasta el día en que logre probar la culpabilidad de Samson.

DIRECTOR Sigue usted en sus trece.

EVANS ¡Siempre!... Y, a propósito. ¿Hoy dará usted suelta a Avery?

DIRECTOR Sí.

EVANS ¡Otra esperanza que se pierde!... Varias

veces pretendí interrogarle, pero no quiso hablar. Ni a él, ni a este diablo de Dick, he podido arrancarle una palabra... Créalo usted: este asunto no me deja dormir... (Mira a Dick, que continúa frotando el parquet, y hace un signo de inteligencia al Director.)

DIRECTOR (Comprendiéndolo.) ¡Dick!... ve a frotar los corredores. (Sale Dick.)

ESCENA IV

EL DIRECTOR y EVANS.

DIRECTOR Tiene usted una verdadera monomanía con Samson. ¿Le parecen a usted pocos los cinco años que ha de purgar aquí?

EVANS No es eso: es que ese bribón se burla de nosotros como se burló de los jueces... ¡Cinco años de presidio!...

DIRECTOR El asunto no valía más... Un asesinato vulgar...

EVANS ¡Llama usted asesinato vulgar al hecho de arrojar a un hombre por la portezuela de un expreso en marcha?... ¡No es un suceso que ocurra diariamente!...

DIRECTOR Sin duda. Pero, en el fondo, ¿qué fué lo ocurrido? Samson lucha en el tren con un tal Harkins, y como es más fuerte lo arroja por la portezuela a la vía. ¿Qué encuentra usted de extraordinario en esto? Además, no olvidemos que Harkins estaba perseguido por la justicia y era uno de los más hábiles ladrones de América. El medio ha sido violento; pero, después de todo, Samson nos ha desembarazado de un bandido.

EVANS Y ¿usted cree que el asunto acaba ahí?

DIRECTOR Naturalmente.

EVANS Pues no... Escúcheme usted bien. Samson y Harkins formaban parte de una banda de malhechores, a la que pertene-

cían igualmente Dick, el Rata y este Avery que saldrá hoy de la casa.

DIRECTOR ¿Volvemos a su preocupación? Vamos... déjeme usted de fantasías, que me levantan dolor de cabeza.

EVANS Tómelo usted a chifladura, a obsesión mía; ello no impide que las bancas americanas, amenazadas desde hace años por estos malhechores, ofrezcan una prima considerable al que los descubra. ¿Comprende usted ahora mi obstinación?... Se me ha metido entre ceja y ceja encontrar a ese hombre misterioso que, desde la sombra, dirige tan hábilmente a esa banda de criminales para la que no hay ni resorte, ni cerradura, ni clave, ni combinación que se resista...

DIRECTOR Y ¿de cuánto es la prima?

EVANS ¡Vamos!... Ya comienza usted a interesarse. Son 15.000 dollars.

DIRECTOR Es una cantidad respetable...

EVANS ¡Y pensar que está aquí, en sus manos! (Mirando fijamente al Director.) ¿Quiere usted ayudarme?

DIRECTOR ¡Ayudarle!... ¿A qué?... ¿A mortificar a ese pobre muchacho? ¿Qué gano yo con eso?

EVANS ¡Es verdad!... (Una pausa.) ¿Y si yo le interesara a usted en el asunto?... ¿Quiere usted 1.500 dollars y marchamos de acuerdo?

DIRECTOR Es poco.

EVANS ¿Y por el doble?

DIRECTOR Que serían 3.000 para mí y 12.000 para usted... ¡No me conviene!

EVANS ¿Y si fuéramos a medias?

DIRECTOR Eso es otra cosa.

EVANS En el fondo, no es tanto el dinero como mi reputación lo que me incita a buscar los hilos de esta trama. Un buen éxito en este asunto me haría célebre...

DIRECTOR Si pudiéramos hacerle hablar...

EVANS Esa esperanza tenía yo, pero la he perdido hace tiempo... Mejor. Lucharemos; prefiero la lucha, aunque es hombre temible... Su defensa ante el tribunal causó una impresión profunda. Con una convicción y un fuego admirables, contó a los jurados una historia fantástica: una hazaña caballeresca, en la que él arrancaba de las garras de Harkins a una pobre muchacha.

DIRECTOR Lo recuerdo. Los periódicos hablaron extensamente: Samson declaró ante el jurado que mató a Harkins por salvar la vida a una mujer. Pero ¿quién era esa mujer?

EVANS Una desconocida, cuyo nombre no pudo decir, ni nadie ha visto.

DIRECTOR Ni se la podrá ver jamás.

EVANS ¡Naturalmente!... Y, sin embargo, el Jurado mordió el anzuelo y se dejó conmover. Vi el instante en que Samson iba a ser puesto en libertad. Por fortuna yo estaba allí; y al preguntarle el origen del dinero que se les encontró, a él y a Harkins, la defensa fué débil. Los dollars nuevos, salidos de la Banca Puck, de Chicago, lo delataron. Era una emisión recién acuñada, y que antes de ser puesta en circulación había sido robada por Harkins. Mi argumento no tenía escape, y la sala comprendió claramente la culpabilidad de Samson. (Reconstituyendo los hechos.) Vea usted: Harkins y Samson fuerzan la caja de la Banca de Puck, de Chicago, y toman el tren. Harkins es el que lleva la cantidad robada. Solos, en el departamento, comienzan a hacer el reparto, con el cual, uno de ellos, Samson probablemente, no está conforme; discuten, riñen, y Samson, más fuerte, arroja a Harkins a la vía. ¿Lo ve usted claro?

DIRECTOR Evidentemente. Y ¿por qué no habló Harkins antes de morir?

EVANS Cuando le recogieron, su estado era lamentable: rotos los brazos y las piernas, el cráneo fracturado y todo el cuerpo lleno de magullamientos y contusiones. Yo le vi en el hospital, y apenas pudo pronunciar algunas palabras: el nombre de Samson, el de la Banca robada... Estuve inclinado sobre él, aguardando lleno de ansiedad las palabras que me descubrieran su secreto: «¡Habla, Harkins!» le dije, pero ni él me oía, ni yo pude entenderle... ¡Oh! le juro, no he llorado nunca la muerte de un amigo, como lloré la de aquel miserable...

ESCENA V

EL DIRECTOR, EVANS, el JEFE, el EMPLEADO; luego BLICKENDORF y DICK.

JEFE (Entrando.) Avery está a su disposición, señor Director.

DIRECTOR Bien. (Se oye llamar y a poco entra el Empleado con una tarjeta.) ¿Quién es?

EMPLEADO Un caballero. (Leyendo la tarjeta.) El señor Blickendorf.

DIRECTOR ¿Y quién es el señor Blickendorf?

EMPLEADO Yo no sé.

DIRECTOR Ni yo tampoco... Recíbalo.

EMPLEADO Es que a todo trance quiere hablar con usted.

DIRECTOR ¡Lo de siempre!... ¡Todos vienen con la misma pretensión! ¡Hablar conmigo!... ¡Como si uno no tuviera nada que hacer! (Se deja caer en una butaca al lado de la chimenea, y despliega un diario.) ¡Tengo un trabajo loco; estoy abrumado!... ¡Absolutamente abrumado!... (Coge varios periódicos más que recoge rápidamente.) ¡Literalmente abrumado!... No sé por dónde comen-

zar... (Enciende un cigarro.) Esto no es una consulta pública... (Tira con rabia el cigarro, que no arde.) Mal empieza el día... ¡muy mal!... ¡de lo peor!

EMPLEADO Ya le he dicho que estaba usted muy ocupado; pero insiste, y dice que trae una carta del Administrador general.

DIRECTOR ¡Una carta del señor Administrador general!... ¡Esto es otra cosa!... Pero, ¿por qué no me lo ha dicho usted antes? Hay que recibirle ahora mismo... Aguarde... (Va a la mesa y dispone sobre ella un montón de legajos; se pone las gafas y se sienta, pluma en ristre, aparentando gran trabajo.) Hágalo pasar... y mucha amabilidad, ¿eh?... Trae una carta del Administrador. (El empleado sale, volviendo a poco con Blickendorf. El Director, fingiendo una abstracción completa hace como si no hubiera reparado en nada.)

EMPLEADO (Anunciándole.) El señor Blickendorf.

DIRECTOR (Levantando la cabeza y mirando al recién llegado con una amable sonrisa.) Soy con usted al momento, caballero. Permítame un instante... Siéntese; haga el favor. (Fija la vista en los papeles; hace unas rúbricas y dejando la pluma viene hacia Blickendorf.) Usted me dispensará; ¡pero estamos tan abrumados de trabajo!

BLICKEN. Yo soy el que ruego a usted me perdone.

DIRECTOR Nada, nada... Estoy a sus órdenes. Desea usted visitar las prisiones, ¿verdad? El Jefe de vigilancia tendrá el honor de acompañarle.

BLICKEN. Muchas gracias... No venía a eso precisamente...

DIRECTOR ¡Ah!

BLICKEN. Yo soy inventor.

DIRECTOR (Con escama.) ¡Inventor!... Y dice usted que trae una carta del señor Administrador...

BLICKEN. (Sacando la carta y entregándosela.) En efecto. Vea usted.

DIRECTOR (Después de leer la carta.) ¡ Perfectamente !...
¡ Perfectamente !... (Algo turbado, sin saber qué hacer, se dirige a Evans.) ¡ Evans !... Tengo el honor de presentarle al señor Blickendorf, inventor, de un talento extraordinario. El señor Evans, detective.

BLICKEN. (Saludándole.) He oído hablar mucho de usted...

EVANS (Con grosera petulancia.) ¡ Sí !... Yo a usted no le he oído nombrar en mi vida. (Le vuelve la espalda.)

BLICKEN. (A Evans y al Jefe, que se disponen a salir.) Señores, tengan la bondad de quedarse ; se lo suplico. *El género de mi invención* les interesará seguramente. (Al Director.) Yo he inventado una cerradura inviolable. No hay fuerza, ni lima, ni astucia, que no se estrellen al pretender violentar una caja asegurada por mi invento.

DIRECTOR ¡ Es prodigioso !

JEFE (¡ Este es un chiflado !)

BLICKEN. (Continuando.) Con mi cerradura, señor Director, no hay evasión posible : la seguridad es completa, y, por consiguiente, la reducción del número de vigilantes puede reportar al establecimiento una economía considerable.

JEFE (¡ Nos ha fastidiado el señor inventor !)

DIRECTOR ¡ Es colosal !

BLICKEN. (Sacando la cerradura del bolsillo.) Véalo usted... Es un objeto ligero, fino, elegante... Con su aplicación se acabaron para siempre las barras de hierro, los cerrojos, las cadenas y las enormes llaves ; recuerdos todos de épocas primitivas, que hacen aún más siniestro el aspecto de las celdas y calabozos, y que sólo sirven actualmente, para justificar la existencia de odiosos carceleros, de faz patibularia. (Dice esto último volviéndose hacia el Jefe.)

JEFE (¡ Y me lo dice a mí !)

EVANS (Después de hacer un signo al Director, se dirige a

Blickendorf.) Dígame usted, ¿no ha habido nadie que haya intentado hacer saltar su cerradura?

BLICKEN. ¡Hacer saltar mi cerradura! (Riéndose a carcajadas.) ¡Cómo!... ¿Cómo hacerla saltar, si es imposible? ¡Científicamente imposible!

DIRECTOR (Apoyando a Blickendorf.) ¡Evidentemente imposible!

BLICKEN. Además, mire usted, es un objeto precioso; ¡y tiene ocho pestillos!

DIRECTOR ¡Ocho pestillos; es colosal!

BLICKEN. Ocho pestillos, que se adosan los unos a los otros, y forman una sola cerradura con un solo pasador. Vea usted cómo se abre... tic... y cómo se cierra... tic... Sin la llave, desafío al mecánico más genial a que la abra... ¿Comprende usted ahora que es imposible? ¡Son catorce años de trabajo!

DIRECTOR (Admirado.) ¡Es colosal!

EVANS (Examinando la cerradura.) Realmente es ingeniosa... Pero tengo la seguridad de que un individuo que habrá usted visto al entrar, frotando los parquets, no tarda más de diez minutos en abrirla.

BLICKEN. ¿Ese desdichado que frota ahí, a la entrada? (Riendo.) ¡Qué extravagancia!

EVANS Ese desdichado, como dice usted, es uno de nuestros ladrones más distinguidos.

JEFE (A Blickendorf.) Si sus catorce años de trabajo resisten a la práctica de Dick, puede usted estar satisfecho de su invento.

BLICKEN. Tendría una gran satisfacción en que hiciéramos la prueba. (Al Director.) ¿Es posible hacerla?

DIRECTOR Nada más fácil. (Al Jefe.) Llame usted a Dick. (El Jefe sale y vuelve con Dick.)

EVANS (Aparte al Director.) ¿Qué le parece a usted mi idea?

DIRECTOR ¿Qué idea?

EVANS La de hacer abrir a Dick esta cerradura.

Ahora podremos comprobar las habilidades de uno de los cómplices de Samson.

DIRECTOR (A Dick, que entra con el Jefe.) Vamos a ver, Dick... Ahí tienes esa cerradura... Mírala bien... Si la abres, te has ganado un vaso de whisky.

BLICKEN. Yo le prometo una barrica.

DICK Gracias... En vez de whisky preferiría ginebra.

DIRECTOR Pues, ginebra.

DICK (Examinando la cerradura.) ¡Psh!...

BLICKEN. ¿Qué?

DICK ¿Es usted el que ha inventado esto?

BLICKEN. Sí, ¿por qué?

DICK No habrá usted sudado mucho...

BLICKEN. (Con ironía.) Poca cosa... Pero, en fin, al grano. Abrala usted.

DICK Me hace falta...

BLICKEN. (Interrumpiéndole.) Lo que quiera, lima, tenazas, martillo, escoplo.

DICK No... un alfiler... un simple alfiler.

BLICKEN. ¡Un alfiler!... (Riendo a carcajadas.) ¡Un alfiler, para desbaratar el trabajo de catorce años! ...¡Es delicioso!

DICK (A Blickendorf.) ¿Quiere usted prestarme su alfiler de corbata?

BLICKEN. (Con escama.) Es que... es una perla...

DIRECTOR No tenga usted reparo.

BLICKEN. En ese caso... (Quitándose el alfiler.) Es un recuerdo de mi suegra. (Le da a Dick el alfiler.)

DICK (Tomándolo.) Gracias. (Haciendo una exclamación cómica.) ¡Ah! (Examinando bien el alfiler.) No quedaría arruinada la señora madre de su señora esposa después de este regalo!

BLICKEN. ¡Cómo!

DICK Nada... Que es falso.

BLICKEN. ¡Falso!

DICK ¡De lo más falso!... Mire usted. (Muerde la perla.)

BLICKEN. ¡Ah!... ¡La maldita vieja y cómo me dió el timo! (Dick observa la cerradura.)

EVANS (A Dick.) ¿Qué?...

- DICK (A Evans.) Es un juguete de feria.
- BLICKEN. ¡ Un juguete, mi cerradura !
- EVANS (A Dick.) Tú has abierto algunas más difíciles en otros tiempos... cuando Samson...
- DICK Ya me extrañaba a mí que no me hablara usted de Samson. Señor Evans : sépalo, de una vez para siempre. Samson no se ha dedicado jamás a robar cajas, como usted pretende. Y en cuanto a mi pretendida complicidad con él en el asunto de la Banca Puck, le repito, que la primera vez que he visto a Samson, ha sido en esta casa.
- EVANS (Al Director.) No quiere descubrirlo.
- DICK (Haciendo saltar la cerradura.) ¡ Ya está !
- BLICKEN. ¡ Qué es esto !... ¡ Mi cerradura abierta !
¡ Abierta con un alfiler ! (A Dick.) ¡ Canalla ! (Se lanza sobre él.)
- JEFE (Deteniendo a Blickendorf.) ¡ Catorce años de trabajo que acaba usted de perder !
- BLICKEN. (Ciego de cólera, congestionado.) ¡ Miserable, miserable !... ¡ Con un alfiler !...
- DIRECTOR (Hicrepando a Blickendorf con enojo.) ¡ Basta, basta, señor mío ! Ya comienza a ser enojosa esta farsa...
- BLICKEN. Pero, permítame usted.
- DIRECTOR ¡ Nada !... Ha llegado usted hasta aquí, gracias a una carta, de no sabemos quién : de la administración ; de cualquier ordenanza de la administración. Me hace usted pasar una tarjeta que sorprende mi buena fe ; porque, si yo llego a leer en ella su calidad de inventor, no le hubiera recibido : ¡ cómo había yo de recibir a un inventor !... Ha forzado usted la puerta de mi despacho, haciéndome perder un tiempo precioso, y ¿ para qué ?... ¿ para qué, señor mío, para qué ? Para enseñarnos un juguetillo de feria que puede abrir cualquiera con un alfiler. ¿ A quién pretenderá usted convencer

de que un pisapapeles es una cerradura?... ¿O cree usted que aquí somos tontos? (Al Empleado.) Acompañe usted al señor hasta la puerta. (Blickendorf, confundido, sale.)

ESCENA VI

DICK, AVERY, el JEFE, el EMPLEADO, EVANS y el DIRECTOR

DIRECTOR ¡Qué polilla de inventores!

DICK ¿Me dará usted el vaso de ginebra prometido, señor Director?

DIRECTOR Puesto que te lo has ganado... (Dick va hacia el fondo y frota. Al Jefe.) Vamos, mándeme usted aquí a ese Avery, y le pondremos en libertad... (Sale el Jefe y vuelve con Avery.)

JEFE Aquí está... (Avery trae el traje que vestía al entrar en la prisión. Es un terno de combinación, estrafalaria y raído.)

DIRECTOR (A Avery.) Hoy cumple tu condena.

AVERY Ya lo sé... ¿No ha podido usted darme otro traje, que el mismo que traía al entrar en la prisión?

DIRECTOR (Examinando a Avery.) Es verdad... Has engordado mucho en este tiempo... Aquí alimentamos bien a la gente... Y total, no has estado en la casa más que cuatro años.

AVERY ¡Casi nada!

DIRECTOR Veinte llevo yo y no me quejo.

AVERY Yo tampoco me he quejado.

DIRECTOR Además, hubiera sido inútil.

AVERY Eso pensé yo desde el primer día.

DIRECTOR Antes de marchar, tengo que darte...

AVERY (Interrumpiéndole.) Mis alcances...

DIRECTOR Esos después. Primeramente, he de darte algunos consejos.

AVERY ¿Es una fórmula indispensable?

DIRECTOR ¡Absolutamente indispensable!

- AVERY Pues, vengan los consejos.
- DIRECTOR (Leyendo.) «Y ahora, amigo mío...»
- AVERY ¡Ah! ¿Pero somos amigos? Tanto gusto... (Fendéndole la mano, que el Director no estrecha.)
- DIRECTOR Amigo mío, la circular no especifica que nos hayamos de estrechar las manos. (Continúa leyendo.) «Una vez pagada su deuda con la sociedad; ahora que se abren las puertas de este encierro para dar a usted libertad en los senderos de la vida, dirija todos los esfuerzos de su voluntad y de su razón por el camino recto: hacia el trabajo y hacia la honradez.»
- AVERY Está bien. ¿Y mis alcances?
- DIRECTOR (Hojeando un cuaderno.) Sus alcances... alcanzan a cinco dollars... Firme usted aquí, y se los entregaré.
- AVERY (Firma y recibe el dinero.) ¡Cinco dollars, por cuatro años de trabajos forzados!... No sale muy cara la jornada... Cinco dollars y esta indumentaria: es un equipaje para viajar, como usted me recomienda, por el camino de la honradez...
- EVANS (Acercándose a Avery.) ¿Quiere usted un consejo?
- AVERY Gracias: acaban de darme uno, y... ya ve usted. (Señalando su aspecto general.)
- EVANS Es posible que el mío le produzca mejores resultados. Venga usted alguna vez que otra a la prefectura y... hablaremos.
- AVERY (Con ironía.) ¡Ah! ¿Hablaemos?
- EVANS Sí... a propósito de Samson, por ejemplo. Con tres o cuatro conferencias que tengamos, yo le aseguro que cambiarán los tiempos, y que no tendrá que preocuparse ya de nada.
- AVERY (Con desdén.) Llame usted a las cosas por su nombre. Usted me busca como delator, ¿no es así?... Pues, a ese precio no como yo pan; me hace daño. Y no es

por virtud, sino por constitución física. Hay cosas que a cierta clase de personas no les sienta bien.

EVANS (Con ironía.) No haga usted caso de esas aprensiones. Las constituciones y los caracteres se transforman: la ley de adaptación al medio, es infalible... Ya sabe usted que yo le aguardo: y tengo la seguridad de que vendrá a verme, querido Avery. (Al Director.) Todos vienen.

AVERY Además, ¿qué es lo que yo podría decirle respecto a Samson? Desconozco por completo su vida.

EVANS ¿De veras?... No lo creía yo así. Tenía entendido que usted conocía algo de los famosos robos de las Bancas americanas, y de la manera de operar de Samson. ¡Según dicen es prodigioso! Descerraja el mecanismo más complicado, sin esfuerzos, sin violencia, merced a su habilidad, a su arte, a la sensibilidad extraordinaria de sus dedos. Sensibilidad que, según parece, desarrollaban usted o Dick, frotándole las yemas de los dedos con papel de esmeril...

AVERY No sé una palabra de lo que está usted diciendo...

DICK Ni yo... No conozco esas historias del papel esmeril...

DIRECTOR (A Evans.) No adelantará usted nada...

EVANS No desespero de arrancarle algo, cuando esté libre.

DIRECTOR (A Avery.) Guárdese su dinero, y... ¡andando!

AVERY ¡Emprendamos el camino de la honradez y del honor!... Hasta la vista, Dick. ¿Sabe Dios dónde nos encontraremos!

DICK ¡Sabe Dios!

ESCENA VII

Dichos menos AVERY.

DIRECTOR (Al Jefe.) Oiga usted... Es preciso vigilar atentamente a Dick.

JEFE ¿Por qué?

DIRECTOR ¡Por qué, por qué!... Comprenda usted, señor mío, que un individuo que sabe abrir con un alfiler una cerradura endemoniada, el día que le convenga forzará la de su calabozo... Lo raro es que **no lo haya hecho.**

JEFE Esté usted tranquilo. (Llamándole.) Dick. (A Dick, que se acerca.) ¿Cuánto tiempo te falta para cumplir?

DICK Tres años y un día.

DIRECTOR ¿Cuánto llevas ya?

DICK Dos años, seis meses y veintinueve días.

DIRECTOR Avery ha tenido más suerte que tú; ya está libre.

DICK ¡El pobre!

DIRECTOR Pobre, ¿por qué?

DICK Porque en las circunstancias presentes **no le arriendo la ganancia.**

DIRECTOR ¿Qué más podía desear que verse libre?

DICK Sí, sí... En los primeros días de estancia aquí, cuando yo oía la palabra libertad, me entraba un sudor frío... una emoción... Después, los antiguos me desengañaban. La libertad, como ellos dicen, es muy hermosa cuando puede disfrutarse de ella. Pero, ¿qué podrá hacer ahora el pobre Avery?

EVANS No lo pensará mucho...

DICK (Mirando fijamente a Evans.) Usted no dice lo que siente, señor Evans. ¿Puede volver a trabajar en su oficio?... De sobra sabe usted que no. (Con tristeza.) Cuando a uno le han pescado una vez, se perdió para siempre... No hay medio de trabajar,

desde el momento en que cada policía de América lleva en el bolsillo una relación detallada, con ilustraciones fotográficas, de los que cayeron en el garlito.

DIRECTOR Y, ¿por qué no se ha de trabajar en una profesión honrada?

DICK ¿Conoce usted algunas oficinas o talleres donde se dé trabajo a los licenciados de presidio? (Todos callan.) No los hay, ¿verdad?... Por eso es mejor quedarse aquí... Yo no me encuentro mal en la casa. La vida es monótona, pero tranquila. Se come, se bebe, y si no hubiera tantos parquets que encerar, marcharíamos bien a gusto...

JEFE ¡Ya lo creo!

DICK No digamos tampoco que ésta es una situación envidiable. Aquí dentro se echan de menos bastantes cosas: la mujer sobre todo... Ahora, que yo tengo la esperanza de que las ideas progresivas se abrirán camino, y el día de mañana habrá mujeres en los correccionales. Es posible que yo no lo vea; pero (Al Director.) nuestros hijos lo verán seguramente.

DIRECTOR (Riendo.) ¡Qué tipo!... (Al Jefe.) Tenía usted razón, no hay cuidado con él.

JEFE ¿Vamos, Dick?

DICK Vamos... Hasta la vista, señores... (Ya para salir se vuelve.) Y, si tienen alguna cerradura que arreglar, acuérdense de mí. Eso me recordará mis buenos tiempos... (Sale con el Jefe.)

ESCENA VIII

EL DIRECTOR y EVANS.

DIRECTOR ¿Qué me dice usted, amigo Evans? Esta gente se escurre de las manos... En seis meses que anda usted tras ellos, todos los intentos han resultado estériles.

EVANS Es cierto. Samson ejerce sobre sus auxiliares una influencia decisiva: temo no conseguir que hablen. En cuanto a él, sería inútil la pretensión: se dejaría matar antes que decir una sola palabra; es un hombre de acero...

DIRECTOR Habrá que ablandarlo. ¡Son quince mil dollars! y si no logramos nada de Samson, buscaremos otro; un cabeza de turco. La opinión pública y el Gobierno piden el castigo de un culpable; esto no sería suficiente para que tomáramos las cosas a pecho; pero si los capitalistas están dispuestos a indemnizar al que les presente al misterioso personaje, se lo presentaremos.

EVANS No es ese el aspecto de la cuestión. Yo, a quien persigo es a Samson; me he jurado descubrirlo y lo descubriré.

DIRECTOR ¡Bah!... ¿Usted tiene honor profesional?

EVANS Sí, señor; lo tengo...

DIRECTOR (Aparte, por Evans.) ¡Es un conservador!... (Pasea por la escena. Evans está abstraído en sus cavilaciones. Pausa.)

EVANS Si encontráramos algún medio... (Reparando en la caja de fondos que hay próxima a la mesa del Director.) ¿Quiere usted que hagamos un intento?

DIRECTOR ¿Cuál?

EVANS Llame usted a Samson, y con un pretexto cualquiera... por ejemplo, la pérdida de las llaves, ruéguele usted que abra la caja.

DIRECTOR ¡No es mala idea! (Va al teléfono.) ¿Quién es?... ¿Es el Jefe?... Mándeme usted aquí a Samson... (A Evans.) ¿Y con qué pretexto vamos a hacerle abrir la caja?

EVANS Con cualquiera... Unos documentos que le piden a usted de la Dirección, y que hay que enviar con urgencia.

DIRECTOR Bien. Y usted cree...

EVANS Es posible que caiga en la trampa. El más listo tiene un momento de distracción o de olvido... Quizá también por vanidad... (Se sienta, junto a la chimenea, en una poltrona que le oculta completamente.)

ESCENA IX

EVANS, el DIRECTOR, SAMSON y el JEFE.

DIRECTOR (Al entrar Samson con el Jefe, al lado de la caja y buscando los bolsillos.) ¡Nada! que no aparecen... Es curioso... ¿Dónde podré haber dejado esas llaves?... (A Samson.) Diga usted, Samson: ¿tendría usted la amabilidad?... ¿Quiere usted hacerme el favor de abrir la caja?

SAMSON ¿Yo?

DIRECTOR Sí.

SAMSON (Muy fríamente.) ¿Tiene usted la llave?

DIRECTOR ¡No la encuentro por ninguna parte!... Y tengo ahí encerrados unos documentos que hay que remitir a la Dirección con urgencia.

SAMSON Es un conflicto...

DIRECTOR Un verdadero conflicto, si usted no quiere hacerme ese favor... Yo he creído que podía pedir a usted este servicio...

SAMSON ¡No comprendo!... No sé que servicio es el que usted me pide. ¿Abrir una caja sin la llave?... Indudablemente es una broma, señor Director... (Volviéndose al Jefe.) Condúzcame usted de nuevo a mi prisión.

DIRECTOR ¿Cómo!... ¿Desde cuándo está usted autorizado para dar órdenes?...

SAMSON No pretendo mandar a nadie... Yo he sido condenado por matar a un hombre... (Con dignidad.) Déjeme usted cumplir en paz mi castigo.

DIRECTOR ¡Hablemos claro, Samson! No quiero prescindir de mi indulgencia, pero tam-

Samson

poco quiero pasar por tonto. Cuando se arroja a un hombre por la portezuela de un coche, de la manera que usted lo ha hecho, no se adoptan aires de gran señor. (Mostrándole el cofre, y con impaciencia.) Vamos: abra usted ahí. (Samson permanece inmóvil.)

EVANS (Apareciendo.) ¿No quiere usted darnos una prueba de su extraordinaria habilidad?

SAMSON ¡Ah! Debí sospecharlo... Debí adivinar las intenciones del señor Evans. Su constante deseo de admirar mis supuestas habilidades. Esa facultad prodigiosa de abrir resortes con sólo echarles una ojeada. ¿No es esa su creencia, señor Evans? Me basta una mirada, ¿verdad?

EVANS Casi, casi... Tiene usted una facilidad especial. (Señalando a la caja.) Vamos, en unos minutos está abierta... Indudablemente hay un gran arte en esa destreza; un arte que tiene mucho de poético.

SAMSON Bastante hemos hablado ya de esto, señor Evans. Usted pretende hallar en mí al cómplice de Harkins; al jefe de la banda de malhechores, a la cual, según usted, también pertenecían Dick y Avery... Está usted equivocado. Le recomiendo que busque otro camino.

EVANS No he de ser tan inocente que siga sus consejos. Yo me he jurado encontrar al culpable, y el culpable es usted. ¿Cómo probarlo?... No lo sé; pero lo sabré más tarde o más temprano; téngalo por seguro... Le quedan a usted cinco años de condena, y en este tiempo tendremos ocasión de vernos. Usted es hombre fuerte, bien templado. Yo, no le voy en zaga. ¡Ya veremos quién vence!

DIRECTOR Evans tiene razón; y si persiste usted en mantenerse reservado, lo va usted a pasar muy mal. Tendré que recurrir a los

procedimientos extremos. (Mostrando la celda.) ¿Se niega usted a complacerme? ¡Perfectamente! Yo, sintiéndolo muchísimo, me veo obligado a recluirle en celda aparte... Allí podrá usted meditar sosegadamente que es lo que le conviene. (Al Jefe.) Acompáñele a su nueva celda. (El Jefe sale con Samson.)

ESCENA X

EVANS, el DIRECTOR y el EMPLEADO.

DIRECTOR Me parece que vamos a perder el tiempo.

EVANS Temo lo mismo.

DIRECTOR Por mi parte llegaré hasta lo imposible...

EVANS No soy partidario de esos procedimientos.

EMPLEADO (Entra demudado.) ¡Señor Director! ¡Señor Director!

DIRECTOR ¿Qué pasa?

EMPLEADO El ministro de Fomento, que está ahí con dos señoras.

DIRECTOR ¡El ministro de Fomento!... ¡Tú estás loco!

EVANS ¿Un ministro aquí?

EMPLEADO Mire usted la tarjeta.

DIRECTOR (Leyendo.) ¡Es verdad!... Y ¿qué quiere aquí este señor?... ¡Esto es irritante!...

EVANS Creo prudente retirarme.

DIRECTOR (Deteniéndole.) No, quédese usted, se lo ruego. (Al empleado.) Y ¿dices que viene con dos señoras? (Yendo a la mesa.) Vámonos. Ayudadme a arreglar esto un poco... Guarde usted esos periódicos, Evans... Tú, recoge las colillas... aquí, en la mesa también hay... ¿Para qué vendrá aquí un ministro?... Menos mal, si no se le ocurre visitar la casa... Ve a prevenir al Jefe, y que esté todo en orden, por si acaso. Yo le detendré aquí un rato para dar tiempo a que pasen una

escoba por las celdas... ¡Es desesperante!... ¡Jamás puede uno estar tranquilo!... (El empleado sale. Evans se pone los guantes, y rígido y correcto va a un extremo de la habitación. El Director se arregla un poco el traje. El empleado vuelve, conduciendo a Fay, Rosa, su hijo, y miss Moore, su hermana.)

ESCENA XI

EL DIRECTOR, EVANS, el MINISTRO FAY, ROSA, MISS MOORE; después el JEFE y SAMSON.

DIRECTOR (Muy turbado.) ¡Señora!... ¡Señorita!... ¡Qué honor para la prisión!... ¿Quieren tomar asiento?... ¡Señor Ministro!... Tengo un verdadero pesar de que no se me haya anunciado esta visita, que tanto nos honra.

FAY No vengo como funcionario, sino como un simple particular, al que circunstancias excepcionales conducen a esta casa.

ROSA **Papá: cuánto antes al asunto.**

FAY (Al Director.) ¿Se halla aquí recluso un tal Samson?

DIRECTOR En efecto. Ahora mismo debe hallarse en la celda, a la que ha sido conducido hace un momento.

FAY ¿Encerrado en un calabozo?

ROSA (A Miss Moore.) ¡Cuánto estará sufriendo!

DIRECTOR El calabozo suele ser de gran eficacia para transformar en locuaz al hombre menos comunicativo; y Samson era excesivamente discreto. Una vez sometido al nuevo régimen, antes de un par de meses, con la mayor espontaneidad, nos habrá relatado e por b, qué papel representaron él y su amigo Harkins en el robo de la Banca americana.

FAY Y, ¿emplea usted ese procedimiento con todos los reclusos que se niegan a confesar sus delitos?... ¡Está bien!

DIRECTOR (Turbado.) Señor Ministro, en lo que se refiere al llamado Samson, hay grandes intereses de por medio.

FAY ; Señor Director !... vamos al asunto que me interesa. El 8 de junio último, mi hija (Señalando a Rosa.) viajaba sola en un departamento del ferrocarril, cuando entre Buffalo y Rochester un individuo penetró en el coche, y sin que ella pudiera dar un grito de socorro, la agarra por el cuello para ahogarla. En aquel momento aparece en el corredor un hombre, Samson, que al ver la escena se lanza a contener al agresor ; pero éste, abandonando a mi hija, se vuelve contra él. Se entabla entonces una lucha terrible, en la que... Samson, más fuerte o más ágil, logra dominar a su enemigo y arrojarle a la vía. Harkins, para vengarse, declara, agonizando, que Samson había sido su cómplice en el robo de la Banca. Pero la denuncia no prospera ; y el tribunal absuelve a Samson como ladrón y le condena como asesino.

ROSA ¡ Infeliz !

MOORE (A Fay.) Desde pequeña he tenido odio a la policía ; ¡ es una institución infame ! ; Cuántas y cuántas novelas conocemos todos, cuyo asunto estriba en un error judicial ! ; Y las novelas son la realidad !

FAY Perdona... (Haciendo gesto de que calle.)

EVANS Si usted me permite...

DIRECTOR Precisamente, el señor Evans fué el que detuvo a Samson en el momento de descender del tren.

EVANS Señor Ministro... Estoy realmente asombrado. . . ; Samson, un héroe de novela !... Si el señor Ministro me autoriza, quisiera hacerle una pregunta... ¿Cómo es que Samson se deja condenar sin defenderse ; y cómo es... ?

ROSA (Interrumpiéndole.) Que yo no he asistido al

juicio para defenderle. ¿No es ésta la pregunta que iba usted a hacer?

EVANS No me hubiera atrevido a exponer la **cuestión en esta forma, señorita.**

ROSA Me explicaré delante de Samson.

FAY (Al Director.) ¿Quiere usted llamarle?

DIRECTOR Al momento, señor Ministro. (Va al teléfono.) ¿Es el Jefe?... Conduzca usted **hasta mi despacho al 114.**

MOORE (Al Director.) Y, ¿cuánto tiempo hace que nuestro héroe vive en esta allicción?

DIRECTOR ¿En el correccional?... Desde su condena; **es decir, hace dos meses.**

ROSA ¡Dos meses! ¡No lo perdonaré mientras viva!

MOORE (A Rosa.) ¡Pero qué felicidad la tuya en estos momentos!... ¡Qué emoción tan profunda cuando le veas aparecer!... Es una situación idéntica a la que se describe en «La Casa Roja», cuando la doncella...

FAY Te lo suplico. (En este momento la puerta se abre, y aparece Samson conducido por el Jefe. Al ver a Rosa, Samson se estremece.)

ROSA (A Miss Moore.) ¡Me ha reconocido! (A Samson.) ¿Usted recuerda que nos **haya-mos encontrado alguna vez?**

SAMSON Perfectamente, señorita; entre las estaciones de Buffalo y Rochester, el 8 de **junio último.**

MOORE (A Evans.) ¿Qué dice usted a esto, señor **detective?**

ROSA (Adelantándose a él.) Señor Samson: reciba usted el más profundo y sincero agradecimiento de que mi corazón es capaz. Y, perdóneme, si esta manifestación de mi gratitud llega algo tarde; pero fué tan grande la emoción experimentada la noche en que tuvo usted el valor de salvarme la vida, que he estado a punto de perderla. Hoy salgo por primera vez... (Sam-

son, conmovido, se inclina. Rosa le tiende las manos. Samson las toma, emocionado, entre las suyas.)

FAY (Dándole la mano a su vez.) Caballero. Salvó usted a mi hija; acepte mi reconocimiento.

MOORE (Mirando a Samson y a Evans alternativamente.) Digan lo que digan, tiene usted cara de hombre honrado. (Le tiende la mano.)

FAY Y ahora, ¿quiere usted decirnos por qué no se explicó ante el tribunal de una manera más concreta?

SAMSON ¿Para qué?... ¿Quién me hubiera creído?... ¿Cuáles eran mis testigos? Yo alegué, sin embargo, que si la persona a la cual había salvado acudía a declarar, yo saldría de la sala limpio de toda culpa.

FAY Recuerdo perfectamente su declaración.

SAMSON Por mi suerte o por mi desgracia, la persona por mí aludida (Volviéndose hacia Rosa.) no compareció; y el día de mi ingreso en esta casa tenía el convencimiento de que no volvería a verla nunca.

ROSA Y ahora, conociendo los motivos que me lo impidieron, ¿me perdonará usted?

SAMSON Me consideraré feliz si he de deber a usted mi libertad.

ROSA Por mi causa fué usted condenado.

SAMSON Fueron las circunstancias.

FAY Unas monedas, recién acuñadas, que se le encontraron a usted...

SAMSON Justamente. Y, cuando yo explicaba al jurado que aquellas monedas acababa de ganarlas jugando en el coche inmediato con un tal Harkins, a quien veía por primera vez, el señor Evans afirmó que aquellos dollars provenían del último robo realizado por Harkins y por mí en la Banca Puck.

MOORE (Mirando a Evans, y a media voz, de modo que él pueda oírlo.) ¡Canalla!

SAMSON En el fondo, las suposiciones del señor

Évans tenían un fundamento, toda vez que se comprobó que Harkins acababa de forzar la Banca de Chicago.

EVANS En unión de un cómplice.

SAMSON Que según el parecer de usted, señor Évans, he de ser yo a todo trance... ¡Ah! si empleara usted en descubrir a los culpables la mitad del interés demostrado en perseguir a los inocentes, América estaría libre de criminales.

MOORE ¡Bravo!

EVANS (A Samson.) Usted...

FAY (A Evans.) ¡Basta!... (Al Director.) Le recomiendo a Samson, cuyo indulto no tardaré en recibir.

DIRECTOR Puede usted estar tranquilo, señor Ministro.

FAY (A Samson.) Y, ¿qué hará usted al ser puesto en libertad?

SAMSON Trabajar.

FAY ¿Dónde?

SAMSON No lo sé.

MOORE La plaza de secretario de la asociación «La Obra», para prisioneros licenciados, está vacante. La presidenta de la asociación es mi íntima amiga, y tendrá un verdadero placer en ofrecerle a usted ese puesto, si yo se lo pido.

SAMSON Gracias, señora. Permítame usted que no acepte. La asociación «La Obra» me recordaría continuamente lo que más deseo olvidar: mi proceso, las acusaciones, los días pasados bajo este techo... Además, yo no puedo aceptar una colocación debida al favor. Por mucho tiempo, gracias a la obstinada persecución de este señor (Señalando a Evans.) no podré vivir inadvertido e independiente como cualquier ciudadano. Pesará sobre mí la acusación constante de aventurero, de ladrón, cómplice y asesino de Harkins. Estas razones me obligarán a cambiar de

- nombre y huir muy lejos, donde nadie pueda reconocer ni recordar a Jimmy Samson.
- FAY Su nombre no puede quedar deshonrado por haber sido víctima de un error judicial. Es usted joven, y debe usted buscar en la vida la compensación que ella misma le debe... ¿Dice usted que buscará trabajo? Me parece muy bien. Además del cargo de Ministro, ocupó la Presidencia de la Banca Nacional, en Filadelfia. El mismo día en que se le notifique la libertad, venga usted a verme.
- SAMSON Se lo agradezco de todo corazón.
- FAY (Dándole la mano.) Hasta la vista.
- SAMSON A sus órdenes, señor Ministro. (Se inclina ante Rosa, que le tiende la mano; él la estrecha entre las suyas.)
- MOORE (A Samson.) Tengo un verdadero placer en estrecharle la mano... (Me agrada este joven.) (Mutis.)
- DIRECTOR (Inclinándose.) Señor Ministro... Ha tomado usted posesión de su casa. Señoras. (Fay sale con Rosa y Miss Moore.)

ESCENA XII

SAMSON, el DIRECTOR y EVANS.

- DIRECTOR (A Samson.) Mi más cordial enhorabuena, amigo Samson... (Intimamente.) No me guardará usted rencor por la broma de antes...
- SAMSON De ningún modo... Son prácticas del oficio...
- DIRECTOR (Ofreciendo a Samson un cigarrillo.) ¿Quiere usted fumar?
- SAMSON (Rehusando.) Gracias.
- DIRECTOR Hace usted bien en no admitir el cigarrillo. Pero tengo aquí escondidos unos habanos. (Abriendo un cajón de la mesa.)

SAMSON

Gracias, gracias : no fumo... hay un aire tan enrarecido aquí dentro...

EVANS

(Dirigiéndose a Samson. Ambos personajes se adelantan el uno al otro, hasta quedar próximos, frente a frente, mirándose fijamente a los ojos.) Escúcheme usted bien, Samson. A partir de este momento, queda entablada entre nosotros una guerra sin cuartel... Será usted puesto en libertad ; mejor. Tendrá usted la protección de un Ministro ; le felicito... Por mi parte, tardaré un mes, un año, dos... el tiempo suficiente ; pero, al final, caerá usted en mis manos... ; Hasta la vista ! (Hace mutis.)

FILÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El despacho del director de la Banca Springfield. Es una habitación amplia y de forma echavada hacia el fondo. A la derecha, puertas en primero y segundo término que comunican con las oficinas; entre estas dos puertas una chimenea; al fondo, puerta con cortinaje que da a un corredor. En el chaflán de la izquierda, un balcón con cortinajes blancos. En la lateral del primer término, mesa de despacho; contra el muro un arca de fondos; en primer término, puerta que comunica con las habitaciones particulares.

ESCENA PRIMERA

READ; después BOB.

READ

(Al teléfono.) ¿Qué?... Sí; de aquí. Soy yo, Read... ¿Estamos listos?... Vamos. (Dictando.) Acciones igual tres mil, Atkinson, a 107 $1/2$.—Dos mil, Nacional Lead, a 302.—Seis mil, Gibson, a 37 $3/4$.—Cuatro mil quinientas, Stad, preferentes, a 118 $1/2$.—Siete mil, Eric, a 29 $3/8$.—Tres mil, Pensilvania, a 123-80-6.—Cuatro mil setecientas, Pacific, a 114 $1/4$... ¿Qué? ¿No entiende usted? ¡Creo que hablo claro!... Sí... Cuatro mil setecientas, Pacific, a 114 $1/4$... ¿Estamos?... Perfectamente. Agregue usted, además, la liquidación de todas las Canadienses, a 225... Anule le orden de Tennessi-Copper... Nada más. Adiós. (Deja el receptor. A Bob Morgan, que entra, en traje de viaje.

- Buenas tardes, señor Bob. (Dándole la mano.) ¿Cómo está usted?
- BOB Bien, Read, ¿y usted?
- READ Bien. ¿Qué tal el viaje?
- BOB Magnífico. Gracias.
- READ Trae usted un aspecto envidiable... Le han sentado bien estos tres años.
- BOB ¿Cree usted?
- READ Está a la vista.
- BOB ¿Sabe usted dónde está mi tío?
- READ Sí. En la Bolsa, con Samson.
- BOB ¿Usted también?... ¡Hace media hora que he llegado, y todo el mundo me repite el mismo nombre: el señor Samson por aquí, el señor Samson por allá!... ¡El señor Samson ha ordenado tal cosa; el señor Samson ha prohibido la otra! Antes de entrar en casa ya está uno de Samson hasta la coronilla. ¿Es que mi tío se ha vuelto loco?
- READ No lo sé; pero lo que puedo asegurarle es que el señor Samson nos trae a todos de cabeza. Por su causa ha sido usted destituido en la gerencia de la sucursal de Massachusetts.
- BOB ¿De veras?
- READ Como lo oye. Hace tres meses que examina las cuentas de las sucursales, e informa de cada una de ellas. En la de Massachusetts ha escrito de su puño y letra: «Gerencia deplorable.» En vista de ello, su tío de usted ha decidido llamarle, y, probablemente, no volverá usted a ocupar el puesto. Es una desgracia, porque, según parece, no le iba a usted mal en aquella tierra.
- BOB ¿Quién se lo ha dicho?
- READ Voces que corren... Se ha hablado de mujeres, de juego... cosas que no tendrían importancia si no resultaran demasiado caras.
- BOB ¡He tenido una suerte perra!... Había

una partida de poker, terrible... Me vino la mala... quise desquitarme... total, que en un momento de apuro tuve que echar mano de la caja, y no he podido reponer. Pero yo esperaba que mi tío...
(Interrumpiéndole.) No espere usted nada, mientras el señor Samson tenga sobre él la influencia de que hoy disfruta.

READ

BOB

READ

BOB

READ

BOB

Y, ¿de dónde ha salido ese personaje?

De presidio.

¿Cómo, de presidio!

De presidio.

¿Y a un hombre que sale de presidio se le entrega una Banca?... ¿Habla usted en serio?

READ

Absolutamente en serio. Es una historia romántica.

BOB

Cuénteme usted.

READ

Samson había sido condenado por homicidio, y cumplía su pena en el correccional de Conny-Island, cuando se supo que aquel asesinato fué cometido por salvar la vida de su prima de usted, la señorita Rosa. Entonces el señor Fay y su hija marcharon en busca del héroe, gestionaron su libertad y le condujeron a la casa, ofreciéndole un puesto de honor.

BOB

Y él ha explotado su aureola de personaje caballeresco...

READ

Bien explotada. Ya no le falta más que ingresar como socio en la casa. Su tío de usted, preocupado en sus trabajos electorales para la reelección de Ministros, le ha conferido amplios poderes. Samson va a la Bolsa; ordena las operaciones; dirige los servicios... ¡lo absorbe todo! Acostumbrado en el presidio a una puntualidad cronométrica, ha introducido una serie de modificaciones que se observan a punta de lanza... En fin; esto no es un Banco, es un correccional; y los que no hemos tenido la suer-

te de estar en un presidio, no podemos acostumbrarnos a él.

BOB ¿Y mi prima?

READ ¿Rosa?... En este punto, creo que Samson le ha hecho a usted un favor, obligándole a volver.

BOB ¿Qué quiere usted decir con eso?... ¿Es que Rosa y Samson...?

READ No. Rosa siente una gran admiración por él; cosa muy natural, puesto que le salvó la vida y por ella fué condenado... Me refiero al ambiente general: a los halagos, al mimo con que tratan a Samson su tío de usted, su tía, sus sobrinos... Todo esto influye de un modo extraordinario; forma un aura interesante y novelesca alrededor del individuo, y, sin darse cuenta, una criatura romántica como Rosa... Si usted hubiera salvado a alguien en un tren... Con su permiso voy a continuar mi trabajo. (Sale.)

ESCENA II

BOB y MISS MOORE.

MOORE Hola, buena picza.

BOB Dios te guarde, tía.

MOORE Según parece has hecho de las tuyas.

BOB Se habla mucho.

MOORE Alguna vez tendrían que acabar las fiestas. Ahora hay que pagarlas.

BOB El castigo de vivir al lado de vosotros es más agradable que todas mis distracciones.

ESCENA III

Dichos, ROSA, BOBBY y KETTY.

ROSA (Entrando con los niños.) Buenas tardes, Bob.

BOB (Le da la mano.) Buenas tardes, Rosa.

- ROSA (A los niños.) ¿No saludáis?... Si es nuestro primo... (Los pequeños se agarran a la falda de Rosa y miran a Bob con recelo. Rosa, cogiendo a Ketty y haciéndole que se fije sin temor en Bob.) ¿No te acuerdas de él, Ketty?
- BOB Era tan pequeña cuando yo me marché, que no puede acordarse. (A Ketty.) ¿Quieres darme un beso?
- KETTY (Tímidamente.) ¿Cómo está usted?
- ROSA (Riendo.) Pero, ¿le vas a hablar de usted a tu primo? (A Bob.) Es que te extraña.
- BOB Ya lo comprendo...
- ROSA Dentro de unos días seréis buenos amigos.
- BOB Ya lo creo...
- ROSA Y tú, Bobby, ¿no le das un beso?
- BOBBY (Contrariada.) No. Tú nos prometiste que iríamos a buscar a Samson.
- BOB Por lo que se ve, el señor Samson ha caído de pie en esta casa.
- ROSA Sí... los niños le quieren muchísimo. (A los pequeñuelos.) Vamos, que es la hora de merendar... (Sale con los niños.)

ESCENA IV

MISS MOORE, BOB y después AVERY.

- BOB (A Miss Moore, después de un momento de pausa.) Francamente, tía : la manera de recibirme Rosa me ha dejado frío.
- MOORE No debes extrañarte. Los motivos por los cuales te han hecho venir, no son para que te reciban con música... Sabemos cuál es tu género de vida : tus francachelas en los bars y en los cabarets. No te extrañe que te reciba con frialdad. ¡Yo, en el caso de Rosa, te hubiera arañado ! (A Avery, que entra.) ¿Qué hay, querido Avery?
- AVERY Buscaba al señor Samson.
- MOORE ¿Está usted contento, Avery?

AVERY Muy contento, señora. (Sale.)
BOB ¿Es un empleado nuevo?
MOORE Sí. Es un protegido de Samson.
BOB ¿De Samson? (¡Es el amo de la casa!)
Con tu permiso, tía. He venido de la es-
tación al despacho, y necesito arreglar-
me un poco. Volveré luego a ver si ha
llegado el tío. (Sale.)
MOORE Adiós... (Buscando.) ¿Dónde he dejado mi
novela?... «Crimen en la sombra»...
¿Quién mataría a la institutriz?... Segu-
ramente el hermano de la condesa... O
su marido... ¡Ah, aquí está!

ESCENA V

SAMSON, AVERY, READ y después FAY.

SAMSON ¿No está Read?
AVERY Sí. Está en el despacho de títulos.
SAMSON Necesito verle... ¿Y Dick?
AVERY Dick llegó ayer tarde... Le vi un mo-
mento, en un bar donde nos habíamos ci-
tado. Creo que vendrá hoy, antes de ter-
minar las horas de oficina.
SAMSON Está bien... Aquí nadie sospechará de
dónde viene...
AVERY Es imposible.
SAMSON Si por casualidad le preguntaran, que
diga que ha llegado de New York, donde
estaba empleado.
AVERY Se lo advertiré.
SAMSON ¡El gran Dick!... ¡Voy a tener una in-
mensa alegría al verlo!... ¡Siempre que
pienso en él me conmuevo! ¡Se ha por-
tado tan noblemente conmigo!
AVERY Es verdad... Voy a buscar a Read. (Sale.
Samson toma de la mesa algunos papeles y los exa-
mina rápidamente. Entra Read.)
READ ¿Me ha llamado usted?
SAMSON Sí. ¿Han enviado a Bolsa las órdenes
que le dí esta mañana?

- READ Si, señor ; hace un rato que he telefoneado al agente.
- SAMSON ¿Han llegado las cotizaciones de Londres?
- READ Aquí están. (Le da unos papeles.)
- SAMSON (Echándoles una ojeada.) Nada de particular.
- READ Estos dos telegramas acaban de traerlos. (Se los da.)
- SAMSON (Leyéndolos.) Sí ; la revolución de Méjico. Lo tenía previsto. Ayer di a la venta todos nuestros valores de ferrocarriles mejicanos. A nosotros ya no nos cogen... ¿Ah ! Es preciso escribir a la casa Picketan, diciéndole que le retiramos la opción sobre Steel.
- READ Espera usted un alza en esos valores.
- SAMSON ¿En los Steel?... Seguro. (Entra Fay.)

ESCENA VI

SAMSON, FAY ; después BOB.

- FAY Buenas tardes, querido Samson. Tenía usted razón. Ha venido la baja. Hay un pánico terrible en la Bolsa... Yo hubiera caído en él, seguramente. Nunca hubiera podido figurarme ese descalabro en los ferrocarriles mejicanos : yo esperaba el alza : todos la esperaban... Afortunadamente, la orden de usted nos ha librado de perder unos ciento cincuenta mil dollars. ¿Habremos salido a la par?
- SAMSON Algo se habrá ganado.
- FAY ¿Ganar?... (Sonriendo.) Indudablemente, el mejor negocio de mi vida fué el admitirle a usted en casa.
- SAMSON Lo que hizo usted fué una buena acción, señor Fay.
- FAY ¡Oh, no ! No tergiverseamos las cosas. Cuando yo le admití a usted le consideraba como un empleado cualquiera ; luego

pude apercibirme de sus aptitudes, más extraordinarias a medida que el campo de acción era más amplio y que mi confianza le confería mayores poderes. A la hora presente, usted ha hecho a la casa inapreciables servicios: ha reorganizado usted la Banca, ha inspeccionado las sucursales y reparado mis equivocaciones en la Bolsa.

SAMSON Me abruma usted con sus elogios, señor Fay.

FAY No digo más que la verdad... En los momentos actuales, ¿qué sería de la casa si usted no estuviese al frente de ella? A medida que se aproxima la nueva elección ministerial, mi ansiedad es más grande. Estoy en tal tensión de nervios, que apenas si puedo ocuparme de otra cosa que del funcionamiento del Comité.

SAMSON No tiene usted razón para mortificarse de ese modo.

FAY ¿No?... ¿Usted lo cree así? ¿Tiene usted la impresión de que seré reelegido?

SAMSON El único que lo duda es usted. Su competidor es un saltimbanqui.

FAY Pero el populacho toma más en serio a esta clase de hombres que a nosotros. Además, el ministerio del cual formé parte, cayó de una manera tan imbécil... El cuñado del ministro de la Gobernación era el presidente del trust del petróleo; un sobrino del subsecretario de Estado, manejaba el sindicato ferroviario; por último, y eso fué lo peor, se supo que el arquitecto de la Presidencia se había amueblado una coqueta «garçoniere» por cuenta del Senado. Todas estas historias, explotadas de un modo burdo y populachero, nos obligaron a dejar el Poder... Pero no hay más remedio que volver por la honra. La semana próxima comienza mi «tournée» electoral. Todo el peso de

la casa caerá sobre usted ; confío en sus fuerzas, y me voy tranquilo. A menos que, de aquí a entonces, no me lo raptén a usted : porque le advierto que alguno de nuestros contrincantes en Banca no dejará de intentarlo, y en magníficas condiciones.

SAMSON (Riendo.) Perderán el tiempo, y tendrá usted que resignarse a tenerme a su lado.

FAY (Sonriendo.) Quiere usted ascender más aún en mi agradecimiento.

SAMSON (Sinceramente.) ¡ Usted agradecido a mí !

FAY (Interrumpiéndole.) Salvó usted a mi hija, ¿ sí o no ?

SAMSON ¿ Y qué ? Yo no hice más que lo que cualquier espíritu noble hubiera hecho en mi lugar. Y a cambio de ello, usted, ¿ qué no ha hecho por mí ?... ¿ Cuál hubiera sido mi fin, si usted no me busca, me toma de su mano y me coloca en el camino del estímulo, de la consideración, del bienestar y de la fortuna ? ¡ Cuándo podré pagarle todo lo que le debo ; y qué no haría por demostrar la sinceridad de mi agradecimiento ! (Fay, conmovido, va hacia Samson y le estrecha las manos entre las suyas.)

FAY ¡ Gracias !... (Bob entra. Viéndole.) Mi sobrino.

BOB (Timidamente, sin avanzar hacia él.) ¿ Le interrumpo ?

FAY No ; acércate.

SAMSON (A Fay.) Le dejo a usted.

FAY ¿ Por qué ?... Es conveniente que Bob y usted se conozcan.

BOB ¿ Cómo está usted, tío ?

FAY Muy bien ; muchas gracias.

BOB No le pregunto por Rosa y por los niños, porque los acabo de ver hace un momento.

FAY (Presentándole.) El señor Samson, apoderado de la casa. Bob Morgan, mi sobrino,

ex director de la sucursal de Massachusetts. (Se dan la mano.)

BOB (Muy agresivo.) Ya he oído hablar de usted.
SAMSON Y yo de usted.

FAY Vuelves en unas circunstancias deplorables... No quiero repetirte lo que ya te he dicho por escrito, ni agregar más reproches; pero, verdaderamente, tu conducta en el desempeño de tu cargo es escandalosa... El examen de cuentas nos ha hecho ver que, en los últimos tiempos de tu gerencia, confundías de un modo lamentable la caja de la sociedad con tu bolsillo particular.

BOB ¡Tío!...

FAY (Sin dejarle hablar.) ¡Supongo que no pretenderás negarlo! Además, con los productos de tan fácil negocio, te lanzaste a una vida desordenada, de francachela, de juego y de mujeres... ¡a toda clase de locuras! ¡Comprenderás la alegría que le has dado a tu prima!...

BOB (Impaciente, nervioso.) No dudo que merezca tus reproches.

FAY ¿Cómo?

BOB ¡Ciertamente que los merezco!

FAY Menos mal que lo reconoces.

BOB Pero, para lo que no hay razón, es para hablarme de ese modo delante de una persona extraña. (Por Samson.)

FAY El señor Samson no es un extraño. Conocía de antemano todo lo que acabas de oír. Además, de aquí en adelante tendrás que habértelas con él, y por discreción excuso hacerte recomendaciones... (A Samson.) ¿A qué servicio le destinamos?... ¿A títulos?... No; hay demasiado manejo de fondos. (Movimiento de Bob.) A lo contencioso... Ahí estará bien... (A Samson.) Haga usted el favor de presentarlo al director de lo contencioso. Y, desde mañana, comienzas a trabajar... Te daré cien

dollars mensuales. (Bob se detiene.) Es más que suficiente. A tu edad vivía yo con menos... Es preciso cortarte las alas por algún tiempo, ¡hijo mío!... (Samson y Bob, salen juntos.)

ESCENA VII

FAY, después ROSA.

FAY (Solo, volviendo a su idea fija.) ¿Seré o no reelegido?... Si me derrotan, todas mis ilusiones caen por tierra; me consideraré fracasado y huiré de la política activa.

(Pausa.)

ROSA (Desde la puerta, interrumpiendo sus reflexiones.)

¿Estás solo, papá?

FAY Sí; estoy solo, y muy inquieto...

ROSA ¿Por qué? ¿Qué te pasa?

FAY Mi reelección... Los demócratas han emprendido contra mí una campaña furibunda. (Sacando un diario del bolsillo.) Se ensañan en insultos y en improperios; me tratan de especulador y de millonario, que no hay por donde cogerme... Léelo... «El millonario señor Fay, por arriba, y el millonario señor Fay, por abajo...» Total por una miseria de cuarenta o cincuenta millones que ha podido uno reunir con mil trabajos.

ROSA ¿Y qué te importan estas injurias?...

¡Tú estás muy por encima de ellas!...

FAY No, hija mía, no; desgraciadamente estoy muy por debajo. Si se me acusa de millonario, no tengo más remedio que agachar la cabeza, porque fatalmente es verdad... ¡Qué le he de hacer!...

ROSA Pues, a pesar de todo, tu reelección es segura.

FAY ¿Lo crees sinceramente?

ROSA ¡En absoluto! Te mortificas sin razón.

FAY ¡Ojalá!

ROSA (Indecisa.) Yo quisiera hacerte una pregunta, papá.

FAY ¿Qué es lo que descas?... Me lo figuro; lo he adivinado hace tiempo, y ya he comenzado algunas gestiones. Quieres un yacht, ¿no es verdad? Lo tendrás.

ROSA (Abrazándole.) Qué bueno eres... Pero, no es eso lo que quería.

FAY ¿Qué es, entonces?

ROSA No quería más que hacerte una pregunta.

FAY Eso es mucho más barato que el yacht. Habla.

ROSA ¿Sigues en la idea de casarme con Bob?

FAY ¡Con ese majadero!... No te diré abiertamente que no; pero, para ello es preciso que Bob cambie en absoluto de manera de ser; que se corrija... Pero, ¿por qué me haces esta pregunta? ¿Tienes miedo de que en vista de su proceder prohíba continuar las relaciones?

ROSA No; no es eso. Lo que deseaba saber es si mi matrimonio con Bob era cosa decidida por ti.

FAY Decidida... decidida, no. Bob quedó huérfano a los pocos años de nacer; lo recogí en mi casa; os criasteis juntos, y, desde pequeños, pensábamos tu tía y yo en que vuestro matrimonio sería muy conveniente. Casándote con Bob, nuestra vida no cambiaría; no tendríamos la tristeza de perderte; Bob, como asociado de la casa y heredero de ella, continuaría aquí y viviríamos todos juntos como hasta ahora... Este era mi proyecto; un proyecto egoísta, nacido del cariño que te tengo; pero nada más que un proyecto. Independientemente de él, eres libre y tienes consentimiento para casarte con el hombre que elijas.

ROSA Gracias, papá.

FAY Mi único deseo es tu felicidad. Con ella,

ya no me faltaría más que una cosa para la completa dicha.

ROSA

FAY

¿Cuál?

Ser reelegido. (A Samson, que entra perseguido por los pequeños y de Miss Moore.) ¡Hola, Samson! Voy un instante al Centro a ver cómo marchan los trabajos electorales... ¡Esa reelección!... (Mutis.)

ESCENA VIII

SAMSON, ROSA, LOS NIÑOS y MISS MOORE.

MOORE (A los pequeños.) ¡Dejad al señor Samson! continuamente le estáis molestando.

SAMSON Están en su derecho. Ya han terminado las horas de oficina; y, como somos buenos amigos... (A los niños.) ¿No es verdad que somos amigos?

BOBBY ¡Ya lo creo!

KETTY (Subiendosele en las rodillas.) ¡Como que hace todo lo que yo quiero!... Cuando yo sea más grande, me casaré con Samson.

SAMSON ¡Perfectamente!

BOBBY Tú, no; quien se casará con él será Rosa.

SAMSON ¡Qué dices, Bobby!

ROSA ¡Quieres callar, tonto!...

MOORE Le han tomado a usted verdadero cariño los chicos.

SAMSON Corresponden al amor que les tengo.

KETTY ¿Por qué no eres tú nuestro primo, en lugar de ése que ha llegado hoy?

SAMSON Porque no puedo.

BOBBY Pero, cuando te cases con Rosa serás más que el primo.

ROSA ¡Qué tonterías estáis diciendo! ¡Vamos, fuera de aquí!

MOORE Sí, vamos. Venid conmigo. (Los niños salen.) ¡Bobby, Bobby; no bajas la escalera echándote sobre la baranda!... ¡Un día te matas!... (Sale.)

ESCENA IX

ROSA y SAMSON.

- ROSA (Por los chicos.) ¡ Son insoportables !
- SAMSON No. Repiten lo que oyen.
- ROSA ¿ Por qué lo dice usted ?
- SAMSON Por lo de su primo. Oigo decir a todo el mundo que se casa usted con él.
- ROSA Falta una cosa : que yo consienta en ello.
- SAMSON ¿ Y usted consentirá ?
- ROSA ¿ Tiene usted curiosidad por saberlo ?
- SAMSON No es curiosidad.
- ROSA ¿ Qué es, entonces ?
- SAMSON Es interés... El interés que me inspira todo lo que a usted se refiere.
- ROSA ¿ Cree usted que Bob no sabría hacerme feliz ?
- SAMSON No le conozco lo bastante para poder dar una opinión.
- ROSA Algún juicio habrá usted formado, puesto que conoce las razones por las cuales ha sido destituido...
- SAMSON Sí...
- ROSA Pues yo quiero pedirle a usted un favor. Que le trate con benevolencia ; que le ayude, que le aconseje, y que intervenga usted en su favor, para desenojar a mi padre.
- SAMSON (Con voz velada.) Se lo prometo a usted.
- ROSA Estoy seguro que llegará a corregirse... es necesario que se corrija, y que se reconcilie con mi padre ; si no, tendré un grandísimo disgusto.
- SAMSON Lo comprendo. Cuando se ama... (Samson contiene la impresión que le producen estas palabras.)
- ROSA Sí. Bob ha sido mi compañero de la infancia, mi hermano ; no es extraño que le ame entrañablemente.

SAMSON Haré cuanto esté de mi parte por complacerla.

ROSA ¡Gracias! (Rosa sale. Durante la escena ha ido escurriéndose poco a poco.)

ESCENA X

SAMSON, AVERY y DICK.

AVERY (Entrando.) Ahí está Dick.

SAMSON En las oficinas, ¿queda alguien?

AVERY No.

SAMSON Que entre. (Avery sale, y vuelve a poco, empujando a Dick.)

AVERY ¡Anda!

DICK (En la puerta, resistiéndose.) ¡No empujes, hombre!

SAMSON (Yendo hacia él.) ¿Cómo estás, Dick?

DICK Ya lo ves...

SAMSON ¿Y no abrazas a tu antiguo hermano?... (Caen el uno en brazo del otro.) ¡Al fin libre!

DICK Libre desde hace ocho días.

SAMSON Has echado tiempo en llegar.

DICK Era preciso despistar a Evans. El sabe que mi único refugio es venir a buscarte... Pero puedes estar tranquilo; he tomado mis precauciones, y estaba decidido a marcharme al fin del mundo antes que traértelo aquí.

SAMSON Bien hecho.

DICK Y ahora, dime: qué... ¿Se está bien aquí?

SAMSON Muy bien.

DICK Ya se ve... Escapasteis de la ratonera, para meteros en el queso... ¡Buen par de vivos!... Bien habéis sabido elegir. La casa es de las más acreditadas. Buena clientela, más de cien millones en cuentas corrientes y una emisión de diez millones en billetes, tan garantidos como los de la Banca Nacional.

AVERY Te has apresurado a informarte. ¿Quién te ha dado noticias?

DICK (Sacando un papel del bolsillo.) Un cliente de la casa. El dueño del bar donde he almorzado esta mañana... Venía rendido, pero ya estoy bien. La alegría al ver que os acordabais de mí y que me estabais aguardando, me ha despabilado. Ahora mismo estoy ágil y fresco; dispuesto a trabajar como a los veinte años. Es una acción tan noble la que habéis hecho. Porque, podíais haber prescindido de mí; sobre todo tú, Jimmy. ¿En qué puedo yo servirte? Si necesitas abrir algo, (Señalando la caja y haciendo el ademán y gesto de forzarla.) tú te bastas y te sobras; no te hace falta nadie. ¿Te acuerdas de la última aventura, en Chicago?

SAMSON (Aterrado ante la idea de que alguien pudiera oírles, yendo a la puerta, donde escucha.) ¡Calla, calla!... ¡No vuelvas a acordarte de aquello!... ¡Toda nuestra vida pasada acabó; no ha existido jamás: ¿me entiendes? Tú me conociste en el correccional; antes, ni siquiera habías oído hablar de mí.

DICK ¿Qué estás diciendo, Jimmy?

SAMSON ¡Digo, que aquella noche, en Chicago, terminó mi vida de aventuras!... ¡Aquella caja fué la última que he abierto y abriré en mi vida!

DICK (Tristemente a Samson y a Avery.) ¡Entonces!... ¿qué va a ser de mí sin vosotros?

SAMSON (Con firmeza y decisión.) ¡Volverás a ser un hombre honrado!

DICK (Con desilusión.) ¡Si me lo hubiérais advertido, no me tomo la molestia de venir aquí!... ¡Honrados!... ¡Eso es imposible!

SAMSON ¿Por qué?... ¿Por qué no has de serlo tú, como yo?... como Avery... Pregúntale a él...

DICK (Siempre incrédulo.) ¿Es verdad eso?
AVERY Tú mismo te podrás convencer en poco tiempo. Además, no tiene mérito ninguno.

DICK (Soltando a reír.) ¡Tiene gracia!... El presidio os ha vuelto locos... Conque ¿no tiene mérito...? Y se puede vivir aquí, tranquilo, mano sobre mano, estando rodeado de cajas llenas de oro y de billetes... uno, que no tiene más que... (Hace el ademán de hacer saltar una puerta.)

SAMSON (Sacando de su bolsillo las llaves y abriendo la caja.)
¡Mira!

DICK (Llegando hasta la caja y mirando al interior con asombro.) ¡Oh!... Y ¿cuánto puede haber ahí?

SAMSON (Indiferente.) Unos veinte mil dollars.

DICK ¡Y lo dices con esa indiferencia!... Como si fuera nada: una limosna... Veinte mil dollars, ahí, a la mano: que no hay más que cogerlos, tranquilamente, y aguardar... aguardar como quien no sabe nada. «¿Quién? ¿Yo?... ¿Yo, haber robado?... ¿Por qué se me ha de culpar a mí?... ¿Porque he estado en presidio?... Yo pagué mi deuda a la sociedad, señor mío, y soy un hombre honrado!» Y, mientras tanto, el dinero se ha puesto a buen recaudo...

SAMSON ¡Calla, Dick, calla!

DICK (A Samson.) Sí, callaré... Pero dime: ¿Hace tres años que estás aquí?

SAMSON Tres años.

DICK (A Avery.) ¿Y tú también?

AVERY Poco después que Samson.

DICK ¿Y querréis convencerme de que, en todo ese tiempo, no os ha pasado por la idea... ¡Vamos, hombre!... ¿Cómo puede uno conformarse con ver el dinero en las cajas?

SAMSON Escúchame, Dick: Ni un solo momento he dejado de pensar en qué sería de ti, el

día que salieras de aquella maldita casa... Habiéndome favorecido la fortuna, mi deseo era compartirla con los fieles amigos y redimirnos de los tiempos pasados. Por eso hice venir a Avery, y por eso aguardaba el día de tu libertad para traerte aquí, a mi lado. ¡Pero, hazte cargo de mi situación, Dick!... A partir de este instante, si quieres continuar con nosotros es preciso que comience para ti una nueva vida, como comenzó para mí y para Avery hace tres años... Es preciso olvidar el pasado. Si estás resuelto a ello, quédate; si no te consideras con fuerzas, vale más que nos separemos. Yo te ayudaré. (Sacando una cartera del bolsillo.)

DICK Déjame respirar un momento... Comprenderás que no era este discurso lo que yo me aguardaba... Hemos estado separados durante algunos años, y al volvernos a ver, me dices, de buenas a primeras: «Vale más que nos separemos.»

SAMSON De ti depende que te quedes.

DICK Sí; ; pero en qué condiciones!

SAMSON No son tan duras como crees. Tú, como nosotros, llegarás a vivir sin el menor deseo, en medio de estos tesoros que no te pertenecen.

DICK ¿Y si diéramos un golpe?... ¡El último: el definitivo!

SAMSON ¡Adiós, Dick!

DICK (Tras un momento de violencia y de lucha interior.)
¡No puedo marcharme, no!... Libre, no podría vivir apartado de ti. Haré lo que tú quieras: lo que tú me mandes. He pasado mi vida a tus órdenes, obedeciéndote ciegamente: no hay razón para que hoy deje de hacerlo. ¡Me quedo, y, junto a ti, seré un hombre honrado: seremos tres hombres honrados!

AVERY ¡Ya lo esperaba!

SAMSON (A Dick, dándose las manos.) ¡Ya verás, Dick, ya verás qué calma, qué reposo, qué dulce bienestar oculta esta vida! Ahora es cuando Dick el Rata, va a vivir en el queso, como decías antes... (A Avery, por Dick.) ¿Dónde le colocaremos?

AVERY No se me ocurre.

DICK A mí tampoco.

SAMSON Yo te encontraré un buen sitio.

ESCENA XI

Dichos y MISS MOORE.

MOORE (Entrando.) Mi hermano, ¿no ha vuelto?

SAMSON Aún no.

MOORE Estas malditas elecciones le van a volver loco.

DICK (Bajo a Avery.) ¿Es la mujer del amo?

AVERY (Bajo.) Es la hermana.

DICK Es una dama muy apetecible.

SAMSON (A Dick, hablándole como a un desconocido.) Ya veremos. Por el momento, no hay ninguna vacante donde poder colocar a usted.

MOORE (A Dick.) ¿Busca usted colocación?

SAMSON Sí; y yo tendría mucho gusto en complacerle.

MOORE (Observando a Dick.) Tiene una expresión franca... (A Samon.) Creo que no será difícil colocarle. El negocio aumenta de día en día y hay necesidad de ampliar servicios... (A Dick.) ¿Aceptaría usted una plaza de cobrador?

DICK (Asombrado.) ¡De cobrador!... Gracias, muchas gracias, señora; pero no me atrevo.

MOORE Es una plaza bien retribuida y cómoda; cuando las distancias son largas o las cantidades excesivas, la casa paga el coche...

DICK Gracias, señora. Es un cargo para el que hace falta cierto hábito: contar rápida-

mente ; conocer el papel, la moneda... Yo no tengo costumbre ; me engañarían ; seguramente me engañarían.

MOORE (A Samson.) ¿Tiene usted mucho interés por él?

SAMSON Mucho.

MOORE Entonces, usted es antes que nadie.

SAMSON Gracias.

MOORE Sí. Hay una plaza de la que no quería hablar, y que guardaba para el recomendado de una íntima amiga : es la plaza de guardián.

DICK (Asombrado.) ¿Aquí hay guardianes?

MOORE (A Dick.) El guardián de la Banca. El actual dejará de prestar sus servicios a fin de semana. Mi hermano, en vista de sus años y de su fidelidad, ha decidido jubilarle. (A Samson.) Es una plaza inmejorable ; pero ya sabe usted que es un puesto de confianza.

SAMSON No se podría encontrar otro mejor. (A Dick.) ¿No es verdad, Dick?

DICK (A Miss Moore.) Sí, señora.

MOORE Se le instruirá a usted del servicio, y comenzará usted a prestarle inmediatamente. (A Avery.) Usted, Avery, tendrá la bondad de enseñarle ahora el pabellón donde ha de alojarse.

DICK ¡Un pabellón para mí sólo !

AVERY El pabellón que hay en el jardín, a la entrada de la casa.

DICK Gracias, señora, gracias.

MOORE Véalo usted, y si necesita algunas reparaciones para mayor comodidad, lo advierte y se harán al momento.

DICK (Posesionado de su nueva situación.) Sí, sí ; ya veremos...

MOORE ¿Tiene usted reloj?

DICK ¿Reloj? No. ¿Para qué?

MOORE Para saber la hora. Sin hora exacta, ¿cómo podría desempeñar sus servicios?

- DICK ¡ Es verdad ! Compraré un reloj con las primeras economías.
- MOORE No es preciso. (Quitándose un reloj pulsera.) Tome.
- DICK ¿ Me lo presta usted ?
- MOORE Se lo doy, como recuerdo de su entrada en la casa.
- DICK (Que examina el reloj.) ¡ Y es de oro !
- MOORE Sí. Guárdelo. Es de una exactitud perfecta. Procure imitarlo.
- DICK ¡ Señora !
- MOORE Es preciso que deje usted esa ropa. Avery le indicará dónde deben hacerle el uniforme.
- DICK ¡ Cuánto tengo que agradecerle, señora !
(¡ Un pabellón, un reloj de oro y un uniforme !) (Sale Miss Moore.)

ESCENA XII

Dichos menos MISS MOORE.

- AVERY (A Dick.) ¿ Qué dices ahora ?... ¿ Podías desear más... Creo que te será fácil ser honrado.
- DICK ¡ Mira que yo guardián de un Banco !
- SAMSON (A Avery.) Acompáñale.
- DICK Vamos... (Volviéndose a Samson.) Y gracias ¿ eh ? gracias ...
- SAMSON (Dándole la mano.) De nada. (Avery va a salir acompañado de Dick. Abre la puerta, la cierra rápidamente conteniendo un grito.)
- AVERY ¡ Oh !
- SAMSON ¿ Qué hay ?
- AVERY ¡ Evans !
- SAMSON ¿ Qué dices ?... ¿ Estás loco ?
- AVERY ¡ Mira ! ¡ Mira !... ¡ Está ahí, sentado en la antecámara !
- SAMSON (Entreabriendo la puerta.) ¡ Sí, es él !... Hace como que lee un diario... ¡ Con tal que no haya oído nuestra conversación !... ¡ Había jurado perseguirme hasta el fin !

AVERY ¡ Calma ! ... ¡ Es preciso proceder con cautela, sin atolondramiento ! ¿ Qué puedes temer de él ?

SAMSON ¡ Todo !... ¿ Quién me asegura que al cabo de tres años no ha logrado alguna prueba contra mí ?... ¡ Pero qué prueba puede haber hallado ! (Excitándose.) ¡ No sé, pero la tiene ! Si yo supiera que había logrado descubrirme, ahora mismo me saltaría la tapa de los sesos. (Abre rápidamente un cajón del «bureau».)

DICK (Conteniéndole de un salto.) ¿ Bromas ahora ?
¡ Tú, Jimmy ; tú, el hombre más frío y audaz de la tierra, vas a perder ahora la serenidad ?... Si fuéramos nosotros ; pero tú... Y en último extremo, siempre nos queda la del humo...

SAMSON ¡ Huir ! ¿ Y ella ?

DICK ¿ Ella ?

SAMSON ¡ La adoro, Avery, la adoro !

AVERY ¡ Ya lo sé !

DICK ¿ Hay una mujer de por medio ? ¡ Estamos perdidos !

SAMSON ¡ Haberse redimido, formándose una nueva vida, llegar a conseguir en ella un puesto de honor, encontrarse, tal vez en vísperas de la felicidad y de la dicha... y ver que todos los esfuerzos, todos los propósitos, todas las nobles aspiraciones pueden caer, minadas por la mala voluntad y por la argucia de este hombre implacable ! (Cae abandonado sobre el sillón de su "bureau" y esconde la cara entre las manos.) ¡ Tengo miedo, Avery ; tengo miedo, por ella, porque la adoro !... (Rehaciéndose.) Pero ¿ qué quiere aquí ese hombre ?... ¿ Qué busca ?

AVERY ¿ Qué sabemos ?... Aguarda. Tú, Dick, sal por esta puerta. (Indicando a Dick una puerta pequeña en un ángulo de la habitación.)

DICK ¡ Animo, ánimo : ya volveremos a nuestros buenos tiempos ! (Sale. Avery va a la puer-

ta del fondo y sale. Samson abre uno de los cajones del "bureau". saca un revólver, lo examina para convencerse de que está útil, y sereno, lo guarda en el bolsillo.)

SAMSON ¡ En último caso, no se saldrá con la suya ! (Evans aparece seguido de Avery.)

ESCENA XIII

SAMSON, AVERY y EVANS.

AVERY (Introduciendo a Evans.) Haga usted el favor de pasar.

EVANS (Quedan un instante en la puerta.) Le he dicho a usted que deseaba ver al señor Fay.

AVERY El señor Fay está ausente.

SAMSON Por autorización suya puede usted decirme cuanto desee.

EVANS Gracias Repito que a quien quiero hablar es al Director de la casa. A usted no tengo nada que decirle.

SAMSON Puede usted sentarse y aguardar.

AVERY (A Samson.) Si me necesita, estoy en la antecámara. (Avery sale pasando a espaldas de Evans, que, a pesar suyo, hace un movimiento de defensa, como si se pusiera en guardia, dando frente a Samson y a Avery, que sin detenerse sale.)

ESCENA XIV

SAMSON y EVANS.

SAMSON ¡ Oh, tranquilícese usted, señor Evans ! (Se levanta. Evans queda en firme siempre receloso. Samson va hasta el muro y da al botón eléctrico. La habitación se ilumina vivamente.)

EVANS Conozco su manera de desembarazarse de la gente que le molesta y tengo mis razones para desconfiar... (Se sienta.) ¿De manera que usted reemplaza al señor Fay? Le felicito. En poco tiempo ha hecho usted una brillante carrera... Lo que

no me negará es que en estos tres años se había usted olvidado por completo de su buen amigo Evans.

SAMSON En efecto. Era un recuerdo indiferente en absoluto.

EVANS Yo, en cambio, no le olvido un solo momento. De tal modo me obsesiona su recuerdo, que muchas noches no he podido cerrar los ojos pensando en usted. ¡Mi juramento persiste!... ¡Persistirá hasta el último día! ¡Me he jurado encontrar al cómplice de Harkins, y lo encontraré!

SAMSON ¿Necesita usted dinero? (Evans hace un gesto sin comprender el significado de la pregunta.) ¿No ha comprendido usted mi pregunta? Es muy natural. Me refiero con ella, a la prima ofrecida por la Banca Americana.

EVANS Efectivamente, hay un premio y... ¿qué quiere usted? Cada uno trabaja por ganar lo que no tiene. Yo trabajo por el dinero; usted por el honor. (Samson hace un brusco movimiento.) No le molestará a usted que solicite una audiencia del señor Fay.

SAMSON Al contrario. Yo mismo tendré el gusto de facilitársela.

EVANS Debo advertirle que lo que he de decir al señor Fay es absolutamente reservado.

SAMSON Ya lo comprendo. (Se levanta y va al teléfono.) ¿Ha vuelto el señor Fay?... ¿Quiere usted decirle que haga el favor de venir un momento a mi despacho?... Gracias.

EVANS ¡Veo que es usted un jugador hábil!... (Fay entra.)

ESCENA XV

Dichos y FAY; después FAY y EVANS solos.

SAMSON (A Fay.) El señor Evans, a quien usted conoce, y que desea hablarle reservadamente.

- EVANS (Inclinándose.) ¡ Caballero !
- FAY Perdone usted que no le reconozca... Sin embargo, creo recordar... (Observando a Evans y haciendo memoria.)
- SAMSON (Ayudándole a recordar.) Evans... el detective...
- FAY (Recordando.) ¡ Ah !... ¡ Perfectamente !... ¿ Ha reclamado alguien en la casa sus buenos servicios ?
- EVANS Aún no.
- FAY ¿ Cómo dice usted ?
- EVANS Que puede llegar el momento...
- FAY Me sorprendería... Y ¿ qué desea usted ?
- EVANS Como ya le ha indicado el señor Samson, deseaba que me concediera unos instantes. (Samson se dirige hacia la puerta.)
- FAY (A Samson.) No se marche usted, se lo ruego. (A Evans.) Puede usted hablar en presencia del señor Samson, para quien no tengo secretos.
- SAMSON Soy yo, señor Fay, el que le ruego que me dispense de asistir a la conferencia con el señor Evans. (Irónico.) No quisiera intimidarlo.
- EVANS (¡ Tiene frescura !)
- FAY Como usted quiera, Samson. (Samson sale. A Evans.) Ya le escucho.
- EVANS Lo que yo tengo que decirle, es muy sencillo : mi visita no tiene más objeto que el de serle a usted útil. Ahora, me permitirá usted que le haga una pregunta.
- FAY ¿ Y es ?...
- EVANS ¿ Tiene usted referencias de los empleados que admite en su casa ?
- FAY Creo tenerlas.
- EVANS Entoncès, sabrá usted quién es un tal Avery.
- FAY Un protegido del señor Samson, y con esto me es suficiente.
- EVANS ¿ Y Dick, el Rata ?
- FAY ¡ Dick, el Rata !... ¿ Qué significa esto ?
- EVANS Significa el nombre y el apodo de otro de

los amigos del señor Samson. Un antiguo compañero de prisión, como lo es Avery, que ha sido puesto en libertad hace ocho días, y que no hará diez minutos estaba aquí también.

FAY Es imposible.

EVANS Samson le ha hecho venir.

FAY ¿Entonces?...

EVANS Entonces, señor mío, usted acoge ahora mismo en su casa a Samson, Avery y Dick, el Rata, los amigos y cómplices de Harkins. Samson se las ha compuesto del mejor modo para tenerlos a la mano.

FAY Le agradezco a usted la confianza que se ha tomado la molestia de hacerme. Es perfectamente verosímil que durante los meses de prisión que injustamente padeció el señor Samson, hiciera amistad con Avery y Dick el Rata ; y que, reconociendo en ellos las condiciones de probidad necesarias, haya querido protegerlos, concediéndoles un puesto, en el cual no corremos ningún peligro. Hace tres años que el señor Samson trabaja a mi servicio, junto a mí ; y en ese tiempo he podido apreciar las excelentes cualidades de un caballero y de un hombre honrado, contra el cual no tolero que se insinúe el menor agravio.

EVANS No insisto... Usted tiene su opinión sobre Samson, y yo tengo la mía.

FAY Rectifíquela... He dicho a usted y le repito, que he depositado mi absoluta confianza en Samson ; y agrego, que no ha de ser una denuncia policiaca, por bien intencionada que sea, la que me haga variar de opinión.

EVANS (Levantándose.) No tengo nada más que comunicarle... Aloja usted en su casa a una cuadrilla de ladrones, perfectamente organizada. Usted se guardará de ella, y celebraré que no tenga necesidad de mis

servicios. (Fay hace sonar un timbre. Avery aparece.)

FAY (A Avery.) Acompañe usted a este señor. (Avery conduce a Evans. Fay se levanta y va a la puerta que sirvió de salida a Dick y abre.) Entre usted, querido Samson.

ESCENA XVI

SAMSON y FAY.

SAMSON (Con la voz alterada.) ¿Qué ha hecho usted de Evans?

FAY ¿Evans? Es un monomaniático.

SAMSON (Recobrando poco a poco su sangre fría.) Eso creo yo.

FAY (Mirando su reloj.) Todavía tenemos tiempo de echar nuestra partida de carambolas. Me debe usted la revancha: la paliza de ayer fué tremenda... (Toca el timbre y aparece Avery.) Que enciendan en la sala de billar... (A Samson, que está en su «bureau».) ¿Vamos?

SAMSON Ahora le sigo. (Sale Fay. Samson va a la caja, la abre y saca un gran fajo de billetes que guarda en uno de los cajones de su "bureau", echando la llave.)

FAY (Desde fuera.) Vamos, Samson... Bastante hemos trabajado hoy...

SAMSON Al momento. (Vuelve a la caja, se detiene un instante en ella y sale dejándola abierta. Antes de marchar apaga la luz. La escena queda completamente a oscuras. Hay una pausa. Luego, se abre una puerta y aparece una sombra que se dirige hacia la caja, palpa, y hallándola abierta, rebusca en ella. En este momento, la puerta porque acaba de salir Samson se abre también y aparece otra sombra. La primera se echa a tierra junto al "bureau" y va buscándole las vueltas al segundo a medida que avanza hacia el cofre. Entonces la primera se alza de un salto y cae sobre la segunda. Entáblase una lucha silenciosa y desesperada. Algunos muebles caen al suelo, con estrépito. Se oyen las voces de Fay y de Samson y las dos sombras desaparecen.)

- SAMSON ¡ Encended las luces ! (Samson entra, y tropezando llega hasta la llave y enciende.)
- FAY (Llegando tras de Samson y viendo el desorden.)
¿Qué es esto? ¡Aquí ha habido lucha!
(Viendo la caja abierta.) ¡Y han robado!...
¡Han abierto la caja!
- SAMSON El ladrón no ha tenido que tomarse ese trabajo: la dejé yo abierta.
- FAY ¡Cómo!
- SAMSON Sí... Hablando con usted he tenido esa imprevisión inconcebible.
- FAY (Mirando fijamente a Samson.) Efectivamente es increíble... Y ¿cuánto han robado?
- SAMSON (Mirando al interior de la caja y en tono premeditado.)
Veinte mil dollars.
- FAY Veinte mil dollars... ¿Tiene usted sospechas de alguien?
- SAMSON Por el momento, no.
- FAY (Mira fijamente a Samson. Luego aparte.) (¿Si tendrá razón Evans?)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

El mismo decorado del acto anterior. Al levantarse el telón, Evans está solo, sentado al "bureau". Luego se levanta, va a la caja, examina la cerradura y procede a un rápido examen de la estancia. Después de un instante de pausa entra Read.

ESCENA PRIMERA

EVANS y READ.

- READ El señor Fay viene en seguida.
- EVANS Mientras viene, puede usted contarme algunos pormenores del hecho.
- READ Pocos podrán ser. Yo había salido de la oficina una media hora antes de cometerse el robo.
- EVANS Y ¿qué se dice por los despachos?
- READ El robo ha producido una impresión hondisima. Es la primera vez que se comete un robo en la casa.
- EVANS ¿Sospechan de alguno?... Puede usted hablar con libertad, estamos en perfecta inteligencia.
- READ En verdad, no hay para qué disimular la opinión general. Cuando se tiene de gerente a un licenciado de presidio, no es de extrañar que ocurran estas cosas.
- EVANS ¡Ah, vamos! ¿Se supone que Samson?...
- READ Samson, precisamente, no. En aquellos momentos estaba con el amo, y los dos

se apercibieron a un mismo tiempo. Pero hay en la casa ciertos individuos, protegidos de Samson, que, sabiendo de dónde han venido...

EVANS

¿Avery, por ejemplo?

READ

Sería interesante conocer los informes de este sujeto y los de Dick. ¡Vaya un par de ciudadanos! Lo más prudente es abrocharse para hablar con ellos... Todo lo que digo, como si no lo hubiera dicho. Me voy de la casa a fin de año, y estos dos meses que me quedan quiero pasarlos tranquilamente.

EVANS

¿Deja usted su empleo?

READ

Sí... y no será porque haya hecho mi pacotilla. Desde que Samson manda en jefe, no hay que esperar nada de esta casa. (Entra Fay.)

ESCENA II

Dichos y FAY.

EVANS

(Inclinándose.) Señor Fay...

FAY

Buenos días... ¿Sabe por qué lo he llamado?

EVANS

Sí. Después de nuestra conversación de ayer, no me asombra el requerimiento de usted. Estábamos predestinados a volver a vernos. Lo que no me podía figurar es que nuestra entrevista hubiera de ser tan inmediata. (Bajo, refiriéndose a Read.) Sería mejor que hablásemos sin testigos.

FAY

(A Read.) ¿Quiere usted dejarnos un momento? (Sale Read.)

ESCENA III

EVANS y FAY.

EVANS

¿A cuánto asciende la cantidad robada?

FAY

Se han llevado veinte mil dollars.

- EVANS ¡ Buen bocado !... ¿ En billetes, naturalmente?
- FAY En billetes de la casa.
- EVANS ¿ Cómo y cuándo descubrió usted el robo?
- FAY Era la caída de la tarde y lo supe en el momento de cometerse. Acabábamos de salir del despacho, Samson y yo. Ibamos a jugar una partida, en la sala del billar que está ahí al lado, cuando oímos ruido como de lucha aquí mismo. Los dos a la vez nos precipitamos en el despacho, y lo encontramos en desorden : las sillas caídas y algunas carpetas en el suelo... la caja estaba abierta y el dinero había desaparecido.
- EVANS (Dirigiéndose a la caja y examinándola de nuevo). Es curioso... No encuentro la más mínima señal de haber sido violentada.
- FAY Perdone usted... Vamos por orden y podremos reconstituir mejor los hechos. Al invitar a Samson a que jugáramos nuestra partida habitual, yo salí el primero del despacho, dirigiéndome a la sala próxima. Samson, en su precipitación por seguirme, dejó abierta la caja, saliendo, sin acordarse siquiera de empujar la puerta.
- EVANS (Aproximándosele, con grandísimo interés ; con emoción e interior regocijo.) ¡ Cómo !... ¡ Dice usted que !...
- FAY He dicho a usted que Samson dejó la caja abierta.
- EVANS ¡ Perfectamente claro !... Y Samson, ¿ es hombre que sufra, ordinariamente, estos olvidos?
- FAY No... al contrario. Es un hombre frío, reflexivo, pausado, cuidadoso, hasta la meticulosidad... Esta es su primera distracción, y el pobre muchacho está desolado.
- EVANS (Irónico.) ¡ Ah !... ¿ Usted la calificó de distracción?

FAY ¿Qué quiere usted darme a entender con ese tono?

EVANS (Con energía.) Simplemente, que ese *pobre muchacho*, de ordinario tan cuidadoso y reflexivo, es víctima del olvido de cerrar la caja, el mismo día en que su amigo Dick, el Rata, su antiguo camarada y cómplice, queda admitido en la casa en calidad de guardián.

FAY Una coincidencia... ; El azar !...

EVANS (Irónico.) Se le ha olvidado a usted invocar la fatalidad... ; El azar !... ; Una palabra que nada explica y que lo excusa todo ! Si es para disculpar al autor del robo cometido en su casa, para lo que me ha llamado usted, permítame que me retire.

FAY ; La insinuación de usted es tan grave !...

EVANS Perdone usted... Yo no conozco las circunstancias del robo. Me atengo al relato que se me hace para sacar mis deducciones ; y estas deducciones no son un azar, como usted dice.

FAY Perfectamente : descartemos el azar. Pero lo que no puede admitirse es la suposición de que Samson sea cómplice en el robo. Samson ocupa en la casa una posición excepcional. Ultimamente, el acierto de sus operaciones han hecho ingresar una ganancia cinco o seis veces mayor que la cantidad robada ; y estos negocios se han hecho en circunstancias tales, que bien hubiera podido escamotear una gran parte de los beneficios sin que nadie lo hubiera sabido.

EVANS En la mayoría de los crímenes, sean de la especie que sean, suele haber un resquicio, un punto psicológico, que se nos escapa. Los malhechores aprovechan, frecuentemente, los momentos en que se creen más resguardados de la sospecha, para realizar sus proyectos.

FAY ¿Y la lucha sostenida al pie de la caja de caudales?

EVANS Ese número no estaba en el programa... tiene usted razón... Es un incidente inesperado, pero no inexplicable; los interrogatorios nos lo descubrirán, esté usted seguro. (Reflexionando un instante.) Antes de olvidarse de cerrar la caja, Samson previene a Dick, o a Avery... ¿a cuál de los dos?... Probablemente a Dick, porque es más listo... Después... después, Samson acompaña a usted a la sala de billar... en ese momento entra Dick; y, cuando éste ha comenzado su faena, surge Avery. «¡Cómo! ¿No han contado conmigo? ¡Ahora veremos!» Y sobreviene la lucha... (A Fay.) ¡Tenemos la suerte de que las cosas hayan sucedido así! La lucha bastaría para desvanecer mis dudas si aún me quedara alguna. Los tres están cogidos: veremos cómo se justifican... De todos modos está usted de enhorabuena: ¿veinte mil dollars por librarse de semejantes bandidos? ¡Es muy poco! ¡Lógicamente debió costarle a usted mucho más dinero!

FAY Le confieso que su acusación me deja anonadado. De Dick y de Avery... no digo nada. ¡Pero de Samson!... Nunca olvidaré, ni mi gratitud por haber salvado a mi hija, ni la simpatía que siento por él.

EVANS (Brutalmente.) Los sentimentalismos deben despreciarse. Todos conocemos hombres honrados que son muy antipáticos. Yo mismo, efecto quizás de mi profesión, no inspiro más que recelos y antipatías... Pero volvamos a nuestro asunto.

FAY ¿Y qué piensa usted hacer?

EVANS Mi deber. Continuar los interrogatorios y adoptar las medidas necesarias.

FAY Le ruego que trabaje con prudencia.

- EVANS (Levantándose.) ¡ Con prudencia !... Y ¿ qué tiene que ver la prudencia con la seguridad ? (Va a salir seguido de Fay y se detiene.) La última pregunta. ¿ Era costumbre que en la caja se guardaran sumas tan importantes como la que han robado ?
- FAY No : al contrario. Es raro que hubiera aquí veinte mil dollars. Ordinariamente, la cantidad no pasaba de cuatro o cinco mil. Si había más, se ingresaba en la caja central.
- EVANS ¿ Por orden de quién ?
- FAY Por orden... por orden de Samson.
- EVANS Perfectamente... ¿ Quiere hacerme el favor de conducirme, usted mismo, a la sala de billar ?
- FAY Vamos... (Salen. En el momento en que Fay y Evans han desaparecido, se abren las puertas de la derecha y de la izquierda, y aparecen Avery, por una, y Dick por otra.)

ESCENA IV

DICK y AVERY.

- AVERY ¿ Has oído ?
- DICK Todo, ¿ y tú ?
- AVERY También. ¡ Y no merece la pena ser hombre honrado, si todo el mundo ha de tener derecho a sospechar de uno ! ¿ Por qué me han de mezclar a mí en este asunto ?
- DICK Es verdad... A mí me consta que no estuviste aquí anoche.
- AVERY ¡ A ti te consta !
- DICK ¡ Sí, porque estuve yo !
- AVERY ¿ Pero has sido tú ? ¡ Estamos perdidos !
(En este instante entra Samson. Hay un momento de silencio, durante el cual Samson observa atentamente a Dick y a Avery.)

ESCENA V

Dichos y SAMSON.

SAMSON ¡Vamos, Dick; dame los billetes!

DICK (Turbado.) Pero...

SAMSON ¡Dame los billetes, imbécil!

DICK ¿Tú crees que yo?...

SAMSON (Impaciente.) ¡Despacha pronto! (Señalando a la caja.) Ya debí figurarme que recaerías.

DICK ¡Jimmy: te juro que yo no he sido; te lo juro!

SAMSON ¿De veras?

DICK Lo juro... ¡por nuestra libertad!

SAMSON Entonces... (A Avery.) Tú no has sido; estoy seguro.

DICK Déjame hablar, y te diré...

SAMSON ¡Pero tú sabes quién ha sido!

DICK No... ¡Había una maldita obscuridad!... Escúchame... Ayer, en el momento de salir tú de aquí, entré... ¡Qué quieres!... No pude contenerme... Después de lo que había visto ahí (Señalando la caja.) los dedos me hormigueaban. No por el deseo del dinero. Era... la necesidad de saber si los años de prisión me habían entorpecido las manos... Una fuerza irresistible me empujaba hacia aquí...

SAMSON Sigue, sigue: al hecho.

DICK Entré... no había nadie... todo oscuro, oscuro como boca de lobo. Me acerqué a la caja y vi que estaba abierta... ¡Fué una decepción horrible!... Si yo me hubiera parado a reflexionar, las cosas hubieran sucedido de otro modo; pero la sorpresa... ¿Por qué estaba abierta?... No debe de ser costumbre, me dije... Al fin me decidí y alargué la mano hasta tocar el fajo de billetes... No quería más que acariciarlos; palparlos uno a uno...

¡Qué quieres; es un placer que me emborracha!...

SAMSON
DICK

¡Sigue!
De pronto, siento abrir una puerta y a alguno que entraba sigilosamente. Dejo los billetes y me deslizo a gatas, bordeando el bulto a medida que le sentía acercarse. El hombre conocía bien el terreno. Derechamente llegó hasta la caja, alargó el brazo y revolvió dentro. Entonces me lancé sobre él... ¡Ya no sirve uno para nada, Jimmy! ¡Los años de encierro me han debilitado, me han anulado!... De una zancadilla, el intruso me echó al suelo y huyó buscando la salida. Pude reponerme, y antes de llegar a la puerta lo alcancé, echándole mano al pescuezo. Pero... ¡pan! Un trompis en la mandíbula me obligó a retroceder. Comprendiendo que por puños llevaba yo la de perder, me eché al suelo, ligándole por las piernas, hasta derribarlo. La lucha fué rápida. El hombre se zafó de mis brazos y vi su sombra, que desaparecía tras de la puerta. Al mismo tiempo, oí tu voz y otra más que se acercaban. ¡Fué un momento terrible, Samson: me creí nuevamente cogido y se me heló la sangre!... ¡A rastras pude ganar la puerta y huir!

SAMSON
DICK
SAMSON

¿Y en ese tiempo, no le pudiste ver?
¿Cómo?... ¡No se veía gota!...
Entonces, ¿aunque te lo encontraras no le podrías reconocer?

DICK

No... El único informe que puedo darte, es que es un tipo que practica la lucha y que conoce los golpes seguros, como un maestro...

AVERY

(A Samson.) ¿Qué hacemos? Evans nos persigue. Hace un momento, no ocultaba su satisfacción al pensar en que ya nos tenía cogidos a los tres.

- DICK (A Samson.) Pero, ¿cómo dejaste la caja abierta? Si yo tuviera alguna vez un mueble de estos, te aseguro que no se me olvidaría cerrarlo.
- SAMSON No ha sido olvido.
- DICK Pues estaba bien abierta...
- SAMSON A propósito.
- AVERY (Con gran extrañeza.) ¡A propósito!
- SAMSON Sí. (Señalando a Dick.) Quería probarte... Ver si caías en la tentación.
- DICK ¡Yo!
- SAMSON ¡Tú! Quería convencerme de si serías capaz de vivir aquí, a su lado, (Señalando la caja.) sin desearla, sin inquietarte: como un hombre honrado.
- DICK Es una experiencia peligrosa, porque no contaste con el otro.
- SAMSON Fué necesario que Fay me llevara a la sala de billar, para que tú y él escaparaís de mis manos. Mi propósito era vigilar el despacho.
- DICK Eso suele ocurrir siempre que se pone una trampa; que cae el cazador antes que el lobo.
- AVERY La situación sería fácil de sortear sin la presencia de ese maldito Evans.
- SAMSON No me inquieta su intervención.
- DICK ¿Tienes algún plan?
- SAMSON Escuchadme bien. (A Dick.) Lógicamente, las sospechas de Evans recaerán sobre ti.
- DICK Está persuadido de ello: acabo de escucharlo. Para él, la cuestión es muy clara: yo he dado el golpe, siguiendo tus indicaciones.
- AVERY Pero hay otro cliente, que soy yo.
- SAMSON ¿Tú?
- AVERY ¡Claro!... Evans reconstituye la escena; y según él, en el momento en que Dick ha comenzado su trabajo, llego yo y reclamo mi parte; Dick se niega y entonces sobreviene la lucha.

- SAMSON Está bien. (Reflexiona un instante.) Nos conviene que esté en esa creencia; es preciso que le ayudemos a seguir en ella.
- DICK Por mi parte, maldito lo que me conviene.
- SAMSON Tienes confianza en mí, ¿sí o no?
- DICK Sí... pero...
- SAMSON ¿No arriesgo yo mucho más que vosotros?
- AVERY Es verdad.
- SAMSON Entonces, si queréis que os salve, mejor dicho, que nos salvemos los tres, no discutamos más. Confiad en mí, y... mucha serenidad... Idos. (Avery y Dick salen. Samson les ve salir, observándoles. Luego viene hacia su mesa en el momento en que llegan corriendo Bobby y Ketty.)

ESCENA VI

SAMSON, BOBBY y KETTY.

- KETTY No, no, yo no juego más a correr. (Encaramándose sobre las rodillas de Samson.)
- BOBBY Entonces, ¿a qué vamos a jugar? Todos los juegos que tú eliges son tan sosos, ¿no es verdad, Jimmy?
- SAMSON No. Ketty es una niña y le gustan los juegos de niña.
- BOBBY Y ¿por qué no tengo yo un hermano, para que juegue conmigo a los juegos de niño?
- SAMSON Si puedes jugar con Ketty.
- BOBBY Ketty se cansa... Verás. (A Ketty.) ¿Quieres que juguemos a los cazadores?
- KETTY ¡No!... (A Samson.) Bobby quiere ser siempre el cazador, y matarme a mí... no... no... Ayer, jugamos y yo hacía el elefante. Me tiró dos tiros y, después sujetándose por la nariz, que decía que era la trompa, empezó a darme palos.
- SAMSON ¿Eso es verdad, Bobby?

BOBBY Tenía que rematarlo. ¿Tú crees que un elefante se puede matar de un tiro?

KETTY Pues ahora me toca a mí ser el cazador.

BOBBY Tú no puedes... tú eres una niña.

KETTY Pues quiero ser hombre.

BOBBY Pues no puedes serlo.

KETTY Lo seré, cuando sea más grande.

BOBBY No podrás tampoco. (Riendo.)

KETTY (Ofendida, a Samson.) ¿Es verdad que yo seré siempre, siempre niña?

SAMSON Sí.

BOBBY ¡Lo ves!

KETTY ¿Aunque sea muy grande?

SAMSON Sí. Y debes alegrarte. Figúrate el día en que tú seas tan grande y tan bonita como tu hermana Rosa.

BOBBY (A Samson.) Tú dices siempre que Rosa es bonita.

KETTY Porque es verdad.

SAMSON ¡Bravo, Ketty! (La besa.) Ahora, a jugar otra vez... yo voy a trabajar.

BOBBY Vamos a jugar al médico.

KETTY ¡No!... Quieres jugar al médico, para que yo sea quien esté en cama.

BOBBY ¿Y a los ladrones?

KETTY Sí... pero yo hago el policía.

BOBBY No, no.

KETTY Cada uno una vez.

BOBBY Bueno... Vente... Vámonos, donde están poniendo una caja muy grande... (Salen corriendo.)

ESCENA VII

SAMSON y ROSA.

ROSA Temía no encontrar a usted solo.

SAMSON ¿Por qué?

ROSA Tengo que decirle una cosa de mucho interés y... no sé cómo empezar.

SAMSON (Sonriendo.) Debe ser muy grave.

- ROSA Es, a propósito de... del robo de ayer... Evans acaba de llegar...
- SAMSON Lo sé.
- ROSA Samson, desde ayer... papá ha variado mucho. Ya no es el mismo. Evans ha debido decirle... algo que le ha hecho mucha impresión. Usted sabe qué grande era su afecto... pero, los otros, los que le odian a usted, porque tienen celos... (Se detiene.)
- SAMSON Continúe usted. ¿Los otros?...
- ROSA No pueden disimular su alegría. En toda la casa hay un ambiente de hostilidad contra usted...
- SAMSON (Con amargura.) Me acusan como autor, ¿no es cierto?
- ROSA (Vivamente.) ¡No; no dicen eso!
- SAMSON Pero lo piensan.
- ROSA Sospechan que Dick es el ladrón.
- SAMSON ¡Pobre Dick! Como le conocí en la prisión y yo fui el que dejó ayer la caja abierta, deducen que hemos dado el golpe a medias... ¿No es eso?
- ROSA (Después de vacilar.) ¡Sí!... Yo quería prevenirle; que usted supiera.
- SAMSON Gracias. (Una pausa.)
- ROSA Además, quiero manifestarle que, en esta casa hay alguien que no podrá creer nunca en tales infamias; alguien que le ha colocado a usted a tal altura en su... estimación, que por nada del mundo le hará descender en ella. Esto, es lo que más me interesaba decirle.
- SAMSON ¡Gracias! Se lo agradezco con toda mi alma. Recordaré mientras viva que, en los momentos en que todos dudaban de Jimmy, usted ha tenido confianza en él.
- ROSA ¿Cómo podría olvidar que usted me ha salvado la vida?
- SAMSON ¡No trate de empequeñecer su generosidad!... Déjeme creer que no es sólo la gratitud quien se la inspira. ¡Hace tanto tiempo que estamos pagados! Desde que

estoy aquí ; desde que he vuelto a verla y he vivido tan cerca de usted. ¡ Tres años ! Tres años de una dicha contenida, silenciosa, íntima... (Movimiento de Rosa.) Perdóneme... Había jurado no romper este silencio ; pero, al despedirme de usted, quizás para siempre, se han escapado de mis labios algunas palabras que yo mismo me asombro de haber pronunciado, y de las que me arrepiento, porque son inútiles.

ROSA (Profundamente emocionada.) ¿ Inútiles?... ¡ Jim my !...

SAMSON (Abrazándola.) ¡ Rosa, Rosa !... Entonces, ¿ es verdad?

ROSA ¿ No lo ha adivinado usted?

SAMSON Todavía no me atrevo a creerlo.

ROSA (Sonriendo.) Sin embargo, debe usted resignarse.

SAMSON ¡ Cuánto tiempo la he esperado, y cuánto la amo !

ROSA Y ¿ no ha pensado usted nunca en que podría casarme?

SAMSON No pensaba más que en ello ; sobre todo desde el regreso de su primo. Ayer mismo, ¿ no vino usted a suplicarme que fuese su amigo?

ROSA Y usted estuvo heroico. Me respondió sin delatarse, sin titubear... yo esperaba sorprender en usted un gesto, un movimiento, producido por la emoción ; pero no, nada. Llegué a creer que usted no me amaba, y que la dicha que veía pasar cerca de mí, iba a alejarse sin llevarme de la mano.

SAMSON Sí, la amo a usted, Rosa ; más profundamente, puesto que es el destino el que nos ha reunido ; fué necesario que usted me buscara en el fondo de una prisión para que llegáramos a amarnos. Hoy, vuelve usted a mí en unos momentos muy tristes.

ROSA Pero esto no puede tardar en aclararse.
SAMSON Suceda lo que suceda, tenga confianza en mí, Rosa. (En este momento entra Miss Moore.)

ESCENA VIII

Dichos y MISS MOORE.

MOORE ¡ Oh, Jimmy ! ¡ Qué ganas tenía de verle ! Es necesario tener ánimo, no dejarse abatir... Dick es inocente, ¿ no es cierto ?

SAMSON Sí, señora.

MOORE Rosa y yo no podemos creer que sea un criminal. (A Rosa.) ¿ Has venido a decírselo ?

ROSA Sí.

MOORE La inocencia de Dick tendrá que ser reconocida. No me cabe la menor duda. El, como usted, es víctima de una miserable maquinación. En « El castillo encantado », al novio, también se le acusa de robo. Es lástima que en este asunto no intervenga una joven...

SAMSON Es posible que sí.

MOORE ¿ De veras ? Entonces esto tiene un gran interés. ¿ Y es bonita ?

SAMSON Admirable.

MOORE Y, naturalmente, no habrá abandonado al hombre de su corazón en los momentos de desgracia.

SAMSON Al contrario.

MOORE (Entusiasmada.) ¡ Bravo, bravo ! (Confidencial.) ¿ Me hará usted el favor de presentármela ?

SAMSON Con muchísimo gusto.

AVERY (Entrando.) El señor Evans.

EVANS (Entrando.) Señoras... Si me lo permiten... (Miss Moore, antes de marcharse, estrecha la mano a Samson.)

ROSA (A Samson, aparte.) ¡ Ten valor... ¡ Piensa en mí ! (Sale.)

ESCENA IX

SAMSON, EVANS, DICK y AVERY.

EVANS (A Samson.) Tiene usted la simpatía de todos.

SAMSON Favor que usted me hace, querido Evans.

EVANS (Yendo a la puerta.) Entre usted, Dick.

SAMSON ¿Es un careo?

EVANS Efectivamente. (Entra Dick. Evans se sienta en el sillón de Samson, ante la mesa.)

EVANS Y ahora con los tres a la vista, Dick, Avery y usted, Samson, debo comunicarles que mi juicio sobre el robo de ayer está completamente definido.

DICK Y AVERY ¡Ah!

EVANS (Continuando.) Es decir, que tengo en mi poder a los culpables.

SAMSON ¿Y qué aguarda usted para detenerlos?

EVANS Un poco de paciencia. (A Dick.) Usted, Dick, reconocerá que se hallaba ayer en este despacho en el momento de cometerse el robo.

DICK Ya le he dicho que sí.

EVANS (A Samson.) Usted, Samson, no podrá negarme que dejó la caja abierta por olvido... Usted mismo se lo ha declarado al señor Fay.

SAMSON Y vuelvo a declararlo ahora.

EVANS (A Avery.) En cuanto a usted, Avery, aún no ha podido justificar dónde se hallaba y qué hacía ayer de seis a seis y cuarto: los momentos en que se cometió el robo.

AVERY Estaba aquí, en la casa.

EVANS (Con sarcasmo.) ¡Naturalmente!

AVERY No puedo decir con exactitud. (Guiñando un ojo a Dick.) Estaba... Aguarde usted... No me acuerdo... ¿Pero dónde diablos estaba yo? (Una pausa.)

DICK Esta casa es tan grande.

EVERY (Como haciendo esfuerzos para recordar.) ¡Es curioso!... ¡No me acuerdo de nada!...

EVANS No hace falta... Decía, que usted dejó abierta la caja, por olvido... Es un medio de defenderse como otro cualquiera.

SAMSON ¿De defenderse?

EVANS Sí. De defenderse. ¿O es que usted cree que le interrogo solamente como testigo? ¿Se olvida usted de cerrar la caja, en la que hay veinte mil dollars, precisamente el mismo día en que llega y es admitido en la casa el famoso Dick?... Es increíble.

SAMSON Perdóneme usted. Este interrogatorio comienza a serme tan intolerable que prefero no ocultarle nada... Señor Evans: la caja quedó abierta ayer con toda intención.

EVANS (Asombrado.) ¿Cómo?

SAMSON Le repito, que la caja quedó abierta a propósito: premeditadamente.

DICK No puede hablarse con mayor claridad.

EVANS ¿Usted confiesa haber dejado abierta la caja a propósito?

SAMSON ¿Todavía no lo ha entendido usted? Puedo repetírselo cien veces más. Pero sería molesto.

EVANS (Lentamente.) Lo que no entiendo, es el por qué me proporciona esta arma. No acierto a comprender el fondo de esta declaración. (Evans queda pensativo. Samson, con las manos en los bolsillos del pantalón da algunos pasos hacia el fondo. Dick y Avery introducen sus manos en los bolsillos de la americana. Los tres personajes se miran con inteligencia. Evans los observa un momento y creyendo sorprender las intenciones, se levanta rápidamente.) ¡Ah!... Adivino vuestras intenciones... (Sacando un revólver y apuntando a Samson exclama con energía.) ¡Los brazos en alto! (Un instante de silencio. Luego, con gran indiferencia, Dick saca de los bolsillos una pipa y un bol-

so de tabaco. Avery, el pañuelo y Samson una pitillera.)

DICK (A Evans.) Está usted muy excitado.

EVANS (A Dick y a Avery.) Y vosotros, de buen humor. No me extraña. Sois perros viejos que no tienen nada que perder. Pero él, (Señalando a Samson.) vuestro jefe, aunque quiera aparentar indiferencia, no dejará de comprender que este momento es decisivo; que ya le tengo, y que tras este asunto, insignificante en apariencia, saldrán a relucir ciertas cuentas que aún no hemos arreglado... Sí; mi información sobre la muerte de Harkins no ha terminado aún; pero estoy al corriente de todo. Sé cómo estaba organizada vuestra banda... Para los golpes sin importancia, era a ti, Dick, a quien enviaban; pero si el asunto merecía la pena, si se trataba de una caja modelo; de un mecanismo de último sistema, entonces iba Samson; Samson con su estado mayor, en el que cada uno tenía sus atribuciones bien definidas. Dick era el encargado de frotarle los dedos. Según parece, es necesaria una extrema sensibilidad para abrir un mecanismo con la delicadeza que usted lo hace.

SAMSON Le compadezco, Evans; padece usted una obsesión y debe de cuidarse.

EVANS Puede usted continuar la broma; pero le aseguro que de los cuatro, soy yo el que más se divierte. A ver, ¿quién tiene el dinero?

AVERY Quiere saberlo todo. (A Dick.) ¿Tú tienes algún dinero para el señor Evans?

DICK Si le hace falta, puedo prestarle dos o tres dollars.

EVANS Usted, Samson, ¿no responde?

SAMSON Le respondo con la mayor sinceridad. No sé nada: no sé dónde han ido a parar los billetes robados de la caja.

EVANS ¿No ha sido usted quien ha indicado a Dick el lugar más seguro para depositarlos?

SAMSON Pregúntele a él. Por mi parte, no tengo inconveniente en que declare cuanto sepa. Al contrario, me hará un gran favor. Habla, Dick.

DICK (Misterioso.) No puedo.

EVANS (Con rabia.) ¿Qué es lo que persiguen?
(Bruscamente entran Fay, Miss Moore y Rosa.)

ESCENA X

Dichos, FAY, MISS MOORE y ROSA.

EVANS No me engañaba, caballero. Acabo de detener a los tres, y ahora mismo serán conducidos a la cárcel.

FAY ¿Qué dice usted? ¿Samson también?

EVANS Samson es el instigador del delito.

FAY (Asombrado.) ¡Cómo! ¿Usted, Samson?

MOORE Eso es imposible.

EVANS Samson ha declarado que la caja no quedó abierta por descuido, como en un principio manifestó, sino premeditadamente.

FAY (A Samson.) ¿Usted ha confesado eso?

SAMSON (Con decisión.) Sí, señor. Es verdad.

FAY (A Samson.) Y yo, que no pudiendo creer a Evans, le he defendido de sus acusaciones.

ROSA Padre, no olvide que le debo la vida.

FAY Este recuerdo le disculpa de su ingratitude y me obliga a interceder en su favor.

EVANS Señor Fay, es demasiado tarde para que pueda acceder a sus deseos. Mi denuncia seguirá su curso, a no ser que mis superiores resuelvan otra cosa, pero tengo razones para pensar que no serán tan generosos como usted. Ya se lo había prevenido.

- FAY Es cierto, pero insisto en mi ruego. Es necesario echar tierra a este asunto. Una nueva contrariedad que me hiere más de cerca, ha venido a agravar la situación en que nos hallamos desde ayer.
- MOORE ¿Qué ha sucedido?
- FAY Acaban de enviarme del Círculo estos billetes, con los cuales pagó anoche mi sobriño en el juego. Los billetes son falsos.
- EVANS ¿Falsos?
- BOB (Entrando.) ¿Me llamaba usted, tío?
- FAY Es necesario que me expliques de dónde provienen estos billetes que diste anoche en el Club y que son falsos.
- BOB ¿Falsos? ¡Es imposible!
- FAY Ahora mismo acaban de enviármelos. Respóndeme. ¿De dónde han salido estos billetes?
- EVANS (A Bob.) Responda usted... ¿De dónde han salido estos billetes? (Silencio de Bob.)
- SAMSON (Interviniendo, señalando a la caja.) De ahí.
- EVANS (Irónico.) ¿De veras? ¡De ahí billetes falsos! El asunto se complica.
- SAMSON Amigo Evans... me inspira usted lástima. Usted cree que el asunto se complica, cuando está tocando a su fin. ¿Quiere usted hacerme el favor de abrir el primer cajón de esa mesa?
- EVANS ¿Yo?
- SAMSON Usted mismo... Abra... Una operación tan sencilla va a facilitar mucho sus averiguaciones. Tenga usted la llave. (Se la da y Evans abre el cajón.) ¿Qué hay en ese cajón?
- EVANS Un fajo de billetes de Banco.
- SAMSON Veinte mil dollars... Justamente la cantidad que falta en la caja.
- FAY Explíquese usted, Samson.
- SAMSON Estoy seguro de que, con el olfato que le caracteriza, el señor Evans habrá ya adivinado... Vamos, Evans... Voy a representar el papel que a usted correspon-

- de... (A Fay.) El fajo de billetes que el señor Evans acaba de descubrir en ese cajón, es el mismo que estaba en la caja.
- FAY. Entonces... ¿qué es lo que han robado?
- SAMSON. Han robado veinte mil dollars... en billetes falsos, anulados, fuera de circulación y que yo mismo puse en el lugar de los legítimos.
- EVANS. ¿Usted?
- SAMSON. Yo.
- EVANS. ¿Con qué objeto?
- SAMSON. Con el de probar a Dick, admitido aquel mismo día al servicio de la Banca. Quería saber si su permanencia en la casa era o no un peligro.
- EVANS. (Con ironía.) La experiencia ha tenido gran éxito.
- SAMSON. En efecto : un éxito mayor del que yo esperaba, señor Evans... Dick, no sólo no ha robado la caja, sino que la ha defendido.
- DICK. Con mis puños ; pero el bribón era más fuerte.
- SAMSON. (A Fay.) ¿Comprende usted ahora la lucha, el ruido?...
- FAY. (A Evans.) ¿Reconoce usted su error? ¿Qué injusticia iba usted a cometer ! (A Samson.) ¿Puedo esperar su perdón, Samson?
- SAMSON. (Tendiéndole los brazos.) Todas las apariencias me acusaban.
- FAY. (A Dick.) ¿Me permite usted estrecharle la mano?
- DICK. Con mucho gusto, caballero. Yo no he sido nunca rencoroso.
- FAY. Perdonadme todos, y continuemos nuestro trabajo, como si nada hubiera sucedido.
- DICK. (Saliendo, a Avery.) Evans ríe con la risa del conejo. Podemos estar tranquilos.
- AVERY. Completamente. (Sale.)
- ROSA. (A Miss Moore.) ¡Qué feliz soy !

MOORE (Asombrada.) ¡Cómo! ¿eres feliz porque tu prometido es un ladrón?

ROSA (Saliendo.) Sí, soy muy feliz.

MOORE (Tras ella.) Explicame...

FAY (A Bob.) Bob, sal de aquí. Ya sabrás lo que he decidido respecto a ti. (Bob sale. Fay tras él, hablando consigo mismo.) ¡Un ladrón el prometido de mi hija!

ESCENA XI

SAMSON y EVANS.

SAMSON ¿Puedo servirle aún en algo?

EVANS (Tendiéndole la mano.) Es usted un jugador afortunado. Mi enhorabuena y mis excusas.

SAMSON Acepto la primera; y en cuanto a las segundas, no hablemos más de ello.

EVANS Estoy avergonzado... Me ha tratado usted como a un niño... ¿Con qué fin?

SAMSON Era necesario. Estaba persuadido de que al reconocer usted su error rectificaría su juicio respecto a mí... Míreme usted bien, Evans: ¿soy yo el ladrón?... ¿Soy yo el malhechor al que ninguna puerta se resiste?... Míremé usted bien.

EVANS Me había equivocado; lo confieso.

SAMSON (Sonriendo.) He ejercido una fascinación sobre usted.

EVANS Es verdad. Creí descubrir en usted ese hombre misterioso, tan buscado desde hace años.

SAMSON (Irónico.) Ese ser extraordinario que se hace lijar los dedos para abrir una caja... Y usted, Evans, el más hábil detective de la libre América, ha dado crédito a esas invenciones de periodistas, a esas leyendas.

EVANS (Se separan.) Sin duda... No obstante, si Dick y Avery quisieran hablar... Con su permiso, voy a despedir a mi gente. (Sale.)

ESCENA XII

SAMSON y FAY.

- FAY (Tendiéndole las manos a Samson.) Samson, ¿continuamos siendo amigos?
- SAMSON ¿Cómo pudimos dejar de serlo?
- FAY No ha sido usted franco conmigo. Mi hija acaba de confesármelo todo, y yo no puedo oponerme ni a su felicidad ni a la de usted.
- SAMSON ¡Qué dicha para mí !...
- FAY Bien ganada, querido Jimmy. (Se abrazan. Sacando el reloj.) ¡Demonio! Me aguardan en el Comité... Voy a llegar tarde... Hasta luego... Hoy comeremos en familia. (Sale.)
- SAMSON (Solo.) ¡Al fin !... (Se oyen gritos, exclamaciones y frases entrecortadas. "¡Es horrible! ¡Socorro!"

ESCENA XIII

SAMSON, AVERY y DICK.

- AVERY (Entrando precipitadamente seguido de Dick.) ¡Samson!
- SAMSON ¿Qué sucede?
- DICK Una desgracia horrible...
- AVERY La niña... Ketty...
- SAMSON ¿Qué?... Habla...
- DICK Jugando... su hermano la ha encerrado en la caja que acaban de montar...
- AVERY Los obreros se han ido...
- DICK No hay llave...
- AVERY No conocemos los registros...
- DICK (Suplicante, a Samson.) ¡La pobrecita va a morir asfixiada !... ¡Jimmy, hay que abrir !
- SAMSON (Después de un momento de vacilación.) Vamos. (Salen.)

CUADRO SEGUNDO

Mutación rapidísima.—El telón vuelve a levantarse y la escena representa una sala baja, en obra, a cuyo frente está adosada una caja enorme. Algunos escombros y herramientas de albañilería.

ESCENA UNICA

SAMSON, KETTY, BOBBY, DICK, AVERY; después ROSA
y EVANS.

(Al levantarse el telón, la criada, Read y Bobby están ante la puerta de la caja. Bobby y la criada lloran.)

BOBBY (Llorando.) ¡Ketty, Ketty! ¿Me oyes?
(Entra Dick.)

DICK (Entrando.) ¡Fuera todos! (Los empuja hacia la izquierda, mientras Bobby llora a lágrima viva. Inmediatamente llega Samson, que va rápidamente a la caja y tantea el registro.)

DICK (A Samson.) ¿La salvarás, verdad?

SAMSON (Sin dejar de tentar en el registro.) No he tropezado nunca con un mecanismo parecido a éste... ¿Pero y Avery? ¿Como no viene con la lija? (Se quita la chaqueta.)

DICK Ha ido a comprarla. (Entra Avery.) Aquí está ya.

SAMSON ¿La has encontrado?

AVERY (Con el papel de lija en la mano.) Sí... el número 4, que es la mejor.

DICK Vamos, pronto...

SAMSON (A Avery.) ¿No hay nadie en la casa?

AVERY Nadie, gracias a Dios. El señor Fay ha salido.

SAMSON (Trabajando en los registros.) ¡Nada! ¡No conozco el sistema!... (Se pasa la mano por la frente.) No puedo trabajar con luz... (A Avery.) ¿Tienes un pañuelo?

- AVERY Sí.
- SAMSON Véndame los ojos. (Avery lo hace. Samson, en la caja, con la oreja pegada materialmente a la chapa de la puerta, y dándole las manos a Dick.) Vámonos, frota. (Dick le frota las yemas de los dedos.) ¡Más fuerte! (Entra sigilosamente Evans por la derecha, y a poco, por la izquierda, Rosa. Ambos se detienen contemplando la escena de que son testigos.)
- DICK ¡Ya te sale sangre!
- SAMSON ¡Qué importa! (Con la oreja cada vez más pegada contra la caja.) ¡Callad! La siento moverse... (A Dick.) ¡Frota, frota!
- AVERY (Que ha visto a Evans.) ¡Evans!... Evans acaba de entrar.
- SAMSON (Haciéndose de hombros.) ¿Y qué? Dame, imbécil... (Arrebatando la lija de manos de Dick, y frotándose rápidamente.) Ya está bien. Ya vuelve mi sensibilidad de otros tiempos. (Haciendo girar los botones del registro. Luego, a Dick.) Enciende, y mira lo que marca.
- DICK (Encendiendo una cerilla, y acercándose a la placa del registro, lee.) 1, 3, 4. (La cerilla se apaga.)
- SAMSON Bien... ¿La oyes?
- DICK (Con la oreja contra la pared de la caja.) Sí... la siento moverse. (Estremecimiento de Rosa.)
- SAMSON (Contando las vueltas que da a los resortes, haciéndolos girar lentamente.) Tres... cuatro... cinco... No puede ser... Se pasa... Volvamos otra vez. (Cuenta.) Dos... tres... cuatro... Este es el camino... (A Dick.) ¿Qué marca ahora?
- DICK (Enciende la cerilla y lee.) 4, 7 y 8. (Se apaga la cerilla.)
- SAMSON Eso es... ¡No!... Hay un obstáculo en el 7... (Contando.) Dos... tres... cuatro... Ya estamos cerca... Cinco... (Un momento de pausa.) Seis... ¡Ya está!... (La puerta de la caja se abre. Samson, rápidamente, arranca la venda de sus ojos y entra, saliendo con Ketty en los brazos.)
- ROSA (Corriendo hacia Samson.) ¡Ketty, Ketty!...

DICK Ya vuelve en sí... (A Avery.) Llévala a que la dé el aire.

SAMSON (A Rosa.) Rosa... ¿Estaba usted ahí? (Un silencio. A Evans.) Me ha ganado usted la partida, Evans. (A Rosa.) Adiós para siempre. No olvide usted que mi amor no acabará sino con la vida. (Tristemente.) Esta es la última caja que abro. (Marchando hacia Evans, como para entregarse preso.) Préndame usted.

EVANS Samson : me había jurado que al fin caería usted en mis manos. Suponía que si mi habilidad no triunfaba de la suya, su misma confianza le haría traición. Mi suposición se ha realizado ; pero en una forma que yo no podía prever... De lo que acaba de suceder ante mis ojos, no he visto más que una noble acción, un noble sacrificio...

SAMSON (A Evans, señalándole a Rosa.) Gracias, Evans. Pero desde el momento en que ella lo sabe, mi vida ha terminado.

ROSA ¿Por qué, Jimmy? (Samson se estremece de emoción.) ¡Ya lo sabía!

SAMSON ¡Rosa!

DICK (Llevándose la mano a los ojos, y retirándola para ver lo que hay en ella.) ¡Qué es esto !... ¡ Lágrimas !... ¡ Es la primera vez que llo-ro !...

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

D.

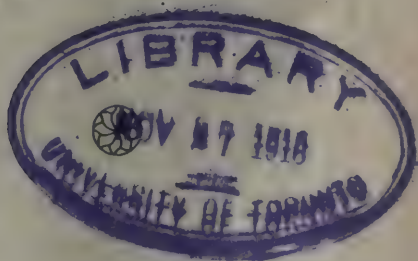
MOLIÈRE

No. 168.

TARTUFO

Comedia en cuatro actos

Traducción en verso de T. Luceño y L. R. Cortés



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

TARTUFO

La refundición de esta obra es propiedad de los señores Luceño y Cortés, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles», son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por los refundidores para TEATRO
MUNDIAL.

TARTUFO³

Comedia de MOLIERE

Refundida en cuatro actos y en verso

por

TOMAS LUCEÑO Y L. R. CORTÉS

Representada por primera vez en el Teatro Cervantes,
de Málaga, el 27 de Diciembre de 1913



BARCELONA

BIBLIOTECA « TEATRO MUNDIAL »

15, Barbarrá, 16.

1916

REPARTO

Personajes

Actores

PERNELLE, madre de Orgón.	Sra. Blanco.
ELMIRA, esposa de ídem.	Srta. Delgado Caro.
MARIANA, hija de ídem.	» Abrines.
DORINA, antigua doncella de la familia .	Sra. Caro
TARTUFO, falso devoto	Sr. Tallaví.
ORGÓN	» Nolla.
CLEANTO, cuñado de Orgón	» Navarro.
VALÉRE, novio de Mariana.	» Navas.
DAMIS, hijo de Orgón	» Sanjuan.
LOYAL, alguacil	» Pastrana.
UN JOVEN OFICIAL DEL EJÉRCITO	» Palomino.
UN EXENTO.	» Salas (A.)
GUARDIAS 1. ^o y 2. ^o (No hablan.)	

La acción en París. — Epoca, Luis XIV.

Derecha e izquierda, las del actor.

La misma decoración en los cuatro actos.



ACTO PRIMERO

Sala lujosamente amueblada al estilo de la época. Puerta al foro y dos a cada lado. A la izquierda primer término una mesa con sillón. Un sofá en el extremo opuesto.

ESCENA PRIMERA

PERNELLE, ELMIRA, MARIANA, DORINA, DAMIS y CLEANTO

PERNELLE Yo me marchó de esta casa
para no volver a ella,
pues no quiero autorizar
más tiempo con mi presencia
el desorden y el escándalo
que constantemente reinan.
Aquí nadie me obedece,
ni me escucha, ni respeta
mis razonados consejos,
fundados en la experiencia
de una vida religiosa,
moral, intachable, austera...

DORINA ¡Pero, señora!...

PERNELLE ¡Silencio!

¡Vos sois aquí una doncella
nada más: y os corresponde
el silencio y la obediencia!

DAMIS ¡Abuelita!

PERNELLE Tú te das
cuatro puntos en la lengua
porque eres un tarambana,
un perdido, un calavera,
que ha de matar a sus padres
con la conducta que observa.

- MARIANA Pero abuelita, por Dios,
yo creo que usted exagera,
porque no somos tan malos...
- PERNELLE ¡Miren la mosquita muerta,
la que nunca ha roto un plato
a juzgar por la apariencia!
- ELMIRA Madre, ¿por qué se incomoda?
- PERNELLE ¡Hija, porque soy muy seria!
¡Para ti tengo también
las censuras más acerbás!
En vez de ser un ejemplo
de humildad y de obediencia,
lo eres de disipación,
por no decir de soberbia.
En alhalajas y en vestidos,
en teatros y otras fiestas,
gastas más de lo que tienes,
y para nada te acuerdas
de que toda fiel esposa
debe buscar la manera
de atraer a su marido
por amor, por la modestia,
pero jamás por el lujo
que las almas envenena.
(A Elmira, y dirigiéndose con intención a Cleanto.)
Y si yo fuese tu madre
en lugar de ser tu suegra,
antes de marcharme, haría
que algunos otros se fueran.
- CLEANTO (Con ironía.)
Decid que me vaya, y juro
obedeceros sin réplica.
- DAMIS Como Tartufo, no hay nadie;
para ese sólo reserva
los elogios mi abuelita...
- DORINA ¿Tartufo? ¡Muy linda pieza!
- ELMIRA ¡Si yo hablara!
- CLEANTO (Con ironía.) ¡Es gran cristiano!
- DAMIS ¡Eso parece por fuera!
- PERNELLE ¡Tartufo es un santo, es
la bondad, es la nobleza;
un embajador que Dios

nos ha enviado a la tierra
para corregir los vicios
que perturban su existencia!

¿Quién eres tú, botarate,
para hablar de esa manera?

DAMIS El que no puede sufrir
y no sufrirá, que venga
a ejercer en la familia
quien no pertenece a ella,
un tiránico poder
que rebaja y avergüenza.

DORINA Para él cuanto aquí se hace
no tiene pies ni cabeza.

MARIANA Si recibimos visitas
se pone como una fiera.

DAMIS (Por Elmira.)
Si mi madre habla con alguien,
airado frunce las cejas
y por los ojos despiden
rayos de ira que le ciegan.

ELMIRA ¡A mujer que habla con hombres,
Dios la maldice y execra!
me dijo ayer.

CLEANTO (Irónicamente a Pernelle.) ¡Es un santo!
¿Verdad?... No hay que darle vueltas...

PERNELLE ¡Quiere que ganéis el cielo!

DAMIS ¡Yo le haré ganar la puerta
algún día!

PERNELLE ¿Tú? Insensato,
blasfemò, entrañas de hiena...
¡Por donde pase Tartufo
inclina tu frente y besa!

(Viendo que todos permanecen impassibles.)
¿No estáis conformes?... ¡Corriente!
(Haciendo señas a Damis y a Mariana de que se acerquen a ella.)

Mira, nieto; escucha, nieta.

(Idem a Cleanto.)

Fijese bien, seor cuñado

de mi hijo, y oye, nuera...

(A Elmira.)

(A Dorina que permanece apartada.)

Puede usted aproximarse

aunque no es más que doncella,
doncella... de Mariana... (Con intención.)

DORINA (Con ironía reposada.)
La intención es como vuestra.

PERNELLE (Con solemnidad y agrupándolos a todos.)
Sabedlo bien... ¡Sin Tartufo
el infierno, la miseria !...
¡Seguidle, si es que queréis
ser dignos de hollar la senda
en cuyo término está
de Dios la augusta presencia !
¡Me marchó ! (Con resolución.)

TODOS (Siguiéndola.) ¡Pero escuchad !

PERNELLE (Ya en el foro.)
Nada escucho... Cuando venga
mi hijo, contadle todo.
¡Yo no vuelvo hasta que sepa
que el Señor de las alturas
penetró en vuestras conciencias !
(Todos, menos Cleanto y Dorina, salen con ella figu-
rando que tratan de disuadirla.)

ESCENA II

CLEANTO y DORINA.

CLEANTO Pero Dorina, ¿quieres explicarme,
para que al fin yo pueda darme cuenta,
que ocurre en esta casa?... ¿Estoy dormido
o a la familia se le fué el sentido?

DORINA Esto segundo creo,
porque algunas escenas oigo y veo
en esta honrada casa, templo un día
de amor y de alegría,
que me llenan de asombro, seor Cleanto.
¿Habéis visto con cuánto
tesón defiende la infeliz señora
la conducta traidora
de Tartufo el artero?
Pues mi amo y señor, un caballero

que al Monarca prestó tantos servicios
sin reparar jamás en sacrificios ;
que tuvo fama siempre de discreto
y oído fué de todos con respeto,
por ese hombre está tan dominado
que hasta sus intereses le ha entregado.
Más que a su esposa le ama y le venera,
más que a sus hijos quiere y considera.
En la mesa, el lugar más preferido
Tartufo ha de ocupar, eso es sabido,
y nadie ha de comer si antes no escoge
el gran Tartufo lo que se le antoje.
Mi señor le contempla extasiado,
y no prueba bocado
gozoso al observar el apetito
con que bebe y engulle el angelito.

CLEANTO ¿De modo que el que manda en este hogar
es Tartufo?

DORINA ¡Tartufo ! A no dudar...
¿No os lo dije, señor?... ¡ Es un tirano !
Y pretende la mano (Bajando la voz.)
de Mariana, y, según tengo entendido,
ya se la ha concedido
mi amo, el cual olvida o aparenta,
porque le tiene cuenta,
que al novio de su hija ha prometido
solemnemente que ha de ser marido
de Mariana, que ignora lo tramado
por su padre y Tartufo el desalmado.

CLEANTO (Con entereza.)
Eso no puede ser... (Viendo a Orgón que aparece por el foro.) Mi hermano viene.
¡ Por hoy el disimulo nos conviene !

ESCENA III

CLEANTO, DORINA, y ORGÓN, por el foro.

ORGÓN Buenos días, hermano. Hola, Dorina.

CLEANTO Tengo placer en verte... Me marchaba
creyendo que tu ausencia duraría.

ORGÓN Aguárdate un momento.

CLEANTO ¿Qué deseas?

ORGÓN Pediros a los dos breve noticia
de lo que haya ocurrido en esta casa
el tiempo que duró la ausencia mía.

DORINA Apenas os marchasteis, la señora
sintióse mal, turbósele la vista...

ORGÓN ¿Y Tartufo? (Con inquietud.)

CLEANTO Tan gordo y rozagante.

Símbolo de la dicha
es su rostro encarnado y reluciente;
yo no le miro sin sentir envidia.

ORGÓN ¡Pobre hombre! Es un santo que del cielo
recibirá los dones a que aspira...

DORINA (Reanudando su relación y pretendiendo ser oída.)

Turbósele la vista a mi señora,
quiso cenar, cayó desvanecida,
avisamos al médico...

ORGÓN (Sin hacerla caso.) ¿Y Tartufo?

CLEANTO A esferas celestiales y divinas
remontado, señor, cuidóse sólo
de cenar dos perdices, una anguila,
la mitad de una pierna de carnero,
dejando otra mitad para... en seguida.

ORGÓN ¡Pobrecillo! Su mente no separa
del Dios que ha de juzgarle...

DORINA Al ser de día

la señora, privada del sentido,
quedábase sin vida.
Tuvimos que velarla cuidadosos.

ORGÓN ¿Y Tartufo?

CLEANTO Dormía,
como un ángel de Dios, en el regazo
de la Virgen bendita,
después de haber cenado como dije,
encargando a Dorina
le calentara el lecho y le llevase,
por si a la media noche las quería,
unas yemas de huevo que entre sueños
comióse sin saber lo que se hacía.

ORGÓN ¡Es un gran hombre... Dios, causa y efecto
de todo lo creado, por él mira!

DORINA Cuando la luz del alba, recelosa

de encontrar un cadáver, esparcía
por nuestra habitación sus tenues rayos,
no sé si a causa de las medicinas,
o en premio de oraciones fervorosas,
que fueron por mí al cielo dirigidas,
la señora empezó a cobrar aliento,
con el aliento vínole la vida,
con la vida salud, y el alba dijo,
(o a mí me pareció que lo decía)
puesto que tu señora abre los ojos,
dóime, criada fiel, por despedida ;
mi luz no hace ya falta, que me vence
el claro resplandor de sus pupilas.

ORGÓN ¿Y Tartufo?

CLEANTO ¡ Roncando, hermano mío,
roncando !

ORGÓN ¡ De alegría
al ver que mi mujer buena se hallaba !
Sus bellos sentimientos me fascinan.
(Mirando hacia la puerta donde figura tener su habitación Tartufo.)

¡ Oh, Tartufo, con qué podré pagarte !
(A Dorina.) ¡ Avisa a mi mujer de mi venida !

DORINA Voy al punto, señor, que estará inquieta.
También he de decirla
el afán con que habeisme preguntado
por su salud, de vos tan preferida.

(Vase primera izquierda.)

ORGÓN (A Cleanto.)

Y tú quédate aquí, que quiero hablarte.

CLEANTO Oiré con atención lo que me digas.

ESCENA IV

ORGÓN y CLEANTO.

CLEANTO Ya lo véis, se va riendo,
¡ y tiene razón, hermano !
¿ Es posible que haya un hombre
como vos, tan insensato,
que se deje dominar
por otro, que al fin y al cabo

ni es más noble que sois vos,
ni más rico, ni más sabio?
¿Qué influjo en vos ha ejercido,
con qué venenoso dardo
hirió vuestros sentimientos
al punto en que hais dejado
de cumplir altos deberes
de caballero cristiano?
Por Tartufo, abandonáis
la hacienda, ya en mal estado ;
por Tartufo, vuestra esposa
vierte amarguísimo llanto ;
para Tartufo el afán,
el cariño y el regalo.
¡ Malhaya Tartufo !

ORGÓN

¡ Ten
la lengua, procáz Cleanto !
No sé cómo Dios del cielo
permite que torpe el labio
ofenda a quien vino al mundo
para modelo acabado
de moral, de rigidez,
de amor purísimo y santo,
hacia todo lo que lleva
el nombre de ser humano.
Cuando no le conocía
era yo un desventurado.
A mi mujer adoraba,
de mi mujer era esclavo ;
de mis hijos dependía
mi paz ; cuando estaban malos,
mi corazón abrasándose
en paternales cuidados,
para palpar no hallaba
dentro de mi pecho espacio.
Si la desgracia venía
a mis puertas, yo, en el acto,
orgulloso de mí mismo
socorría al desgraciado.
De mis amigos, mi hacienda :
los males de ellos duraron
no más que el tiempo preciso

que yo invertí en remediarlos.

CLEANTO

¡ Eso era amor !...

ORGÓN

¡ Eso era

zozobra, martirio, llanto !

Gracias a Tartufo, aliento,

por sus consejos alcanzo

un bienestar inefable,

respiro un ambiente sano ;

por él de mi esposa huyo,

a mis hijos ya no amo ;

si la desgracia golpea

en mis puertas, no las abro.

¡ Todo me es indiferente !...

Y tú no sabes, hermano,

lo que es *no amar* : ¡ es la dicha,

es el premio a los que amaron !

CLEANTO

¿ Estáis en vos ?

ORGÓN

(Con firmeza.) ¡ En mí estoy !

CLEANTO

Porque ya voy sospechando

que el buen juicio que alumbraba

vuestra razón, se ha nublado.

ORGÓN

Si le hubieras visto en misa

fervoroso contemplando

la imagen de Dios, y luego

poniendo en tierra los labios

humildemente besar

por donde todos pisamos !

Asombro tal nos causaban

sus actitudes de santo,

que a veces su devoción

nos conducía al pecado,

porque por mirarle a él

de Dios la vista apartábamos.

Al salir del templo, antes

de que yo ganara el atrio,

me daba el agua bendita,

y su cabeza inclinando

me decía : « Hasta mañana ;

salud y paz, buen hermano. »

Supe su indigencia, quise

remediarla, y ¡ ay, Cleanto,

desde que Tartufo entró

en mi casa, no me cambio
por el mortal más dichoso
del universo creado !

Ha puesto en orden mi hacienda,
compostura en mis criados,
sumisión en mi familia,
economía en mis gastos.

Mi honor más que el suyo estima ;
me advierte, celoso y cauto,
de aquellos hombres a quienes
debo negar todo trato
porque miran codiciosos
de mi mujer los encantos...

CLEANTO

¡ Más celoso que vos mismo
de vuestra esposa !... ¡ Es bien raro !

ORGÓN

Te diré, para elogiarte
su espíritu noble y cándido,
que hoy está triste porque
anoche en un arrebato,
le dió la muerte a un mosquito
que le estaba incomodando.
¡ Este es el hombre !

CLEANTO

¡ Mejor
diréis que éste es el malvado !

ORGÓN

Tienes el alma de escéptico ;
¡ mal fin te espera, Cleanto !

CLEANTO

¿ Ser escéptico es tener
corazón recto y honrado,
amar a Dios por amarle,
únicamente inspirados
en el tierno afán de hacerse
acreedores a su amparo
en los mares de la vida
donde todos navegamos ?
¿ Escéptico es prodigar
el bien y no publicarlo,
rezar muy poco en el templo
y mucho en el santuario
del hogar, donde las preces
salen del alma a los labios
más puras y fervorosas,
sin curiosos que, afectando

contemplar de Dios la imagen
murmuran del que está al lado?

ORGÓN ¡ Eres la misma soberbia !

CLEANTO ¡ Vos el espíritu fatuo !
Amais la careta más

que la cara, sois taimado,
y es vuestra infame labor

la del monedero falso,

que presenta la moneda

buená sólo por el lado

exterior, pero por dentro

la rellena con estaño,

infiriendo de este modo

el más insolente agravio,

primero a la religión,

después al Rey y al Estado.

ORGÓN (Impaciente.)

¡ Bueno, bien !... ¿ Has concluído ?

CLEANTO ¡ No concluyera en un año !

ORGÓN Adiós. (Medio mutis.)

CLEANTO Esperad un poco,
que vuestra atención reclamo
para otro asunto. ¿ Tenéis
presente que le habéis dado
formal palabra a Valere
de concederle la mano
de vuestra hija ?

ORGÓN (Queriendo rehuir.) Recuerdo...

CLEANTO ¿ Y que tenéis señalado
el día para la boda ?

(Orgón hace signos afirmativos.)

CLEANTO ¿ Pues por qué alargáis el plazo ?

ORGÓN (Confuso.)
No lo sé... las circunstancias...

CLEANTO ¿ Tenéis otro plan ?

ORGÓN Acaso...

CLEANTO ¿ Faltaréis a la palabra ?

ORGÓN ¡ El cielo en sus justos fallos !...

CLEANTO Por encargo de Valere
estas preguntas os hago.

¿ Qué le digo ?

ORGÓN (Cada vez más azorado.) Lo que quieras...

- CLEANTO ¿Que vos sois un hombre honrado
que su palabra mantiene?
- ORGÓN No... (Cohfuso.)
- CLEANTO ¿Le diré lo contrario,
que retiráis la palabra,
que no sois un hombre honrado?
- ORGÓN Tampoco... (Desconcertado.)
- CLEANTO (Friamente.) ¡Pues no os entiendo!
- ORGÓN (Ya desconcertado.)
¡Yo a ti sí, cruel hermano,
que te complaces partiéndome
el corazón en pedazos!
- CLEANTO (Viendo entrar a Mariana por el foro.)
Aquí viene vuestra hija;
sepa lo que hayais pensado
de vos mismo, que Valere
vendrá presto a preguntarlo. (Vase foro)

ESCENA V

ORGÓN y MARIANA.

- MARIANA ¡Salud, padre!
- ORGÓN Bien venida;
hablar deseo contigo:
soy tu padre y soy tu amigo:
atiéndeme, hija querida. (Se sienta con ella.)
- MARIANA No sólo oiros prometo,
sino escucharos, señor.
- ORGÓN ¿Puedo contar con tu amor?
- MARIANA Con mi amor y mi respeto.
- ORGÓN ¿Qué opinión tienes formada
de Tartufo?
- MARIANA ¿Qué opinión?
¿Reclama vuestra razón
en la experiencia fundada
el auxilio de la mía
que aun no ha empezado a nacer?
¿Qué opinión he de tener?
Y de tenerla, sería...
- ORGÓN (Interrumpiéndola.)
Tartufo es el más constante

defensor del cristianismo...
Quiero que pienses lo mismo.
MARIANA Pues no sigais adelante.
Si ya por anticipado
vuestra opinión me imponéis,
diré de él lo que quereis
que diga.

ORGÓN Es un hombre honrado
esclavo de su deber:
alma que al bien se encamina
y en la palabra divina
inspira su proceder.

(Viendo que Mariana trata de interrumpirle.)
Nada tu intención arguya
a estas opiniones mías...
Ahora dime que serías
feliz siendo esposa suya.

MARIANA ; Padre ! (Levantándose.)

ESCENA VI

Dichos y DORINA, apresuradamente por el foro.

DORINA Señor, ¿es verdad?...
; Si es imposible, Dios mío!
Dicen por ahí, ; qué angustia !
o la razón he perdido
o la habéis perdido vos,
o de aquí se ausentó el juicio
dejándonos los cerebros
completamente vacíos.
¿ Es cierto que vuestra hija
se casa?...

ORGÓN No es desatino ;
que Dios creó la mujer
para unirla en lazo íntimo
con el hombre.

DORINA En cuanto a mí,
señor, con respeto dicho,
se llevó chasco ; soltera
nací y soltera sigo...
Pero no se trata de eso ;

- se trata de que es inicuo...
- ORGÓN (Enfadado.)
¡ Se trata de que te tomas libertades que no admito !
- DORINA La ví nacer ; para ella guardo todo mi cariño, y no he de ver impasible que la lleváis al martirio.
- MARIANA Dorina, una hija debe... (Acongojada.)
- ORGÓN ¿ Lo ves ?
- DORINA Eso es muy antiguo. Debe obedecer al padre cuando lo que manda es lícito. ¡ Casarla... con quién, señor ! Con un beato, un mendigo ; que si hoy come es porque vos satisfacéis su apetito, y que si cubre sus carnes, ayer al calor y al frío, es porque vos, generoso, le regaláis el vestido.
- ORGÓN ¡ Ciertó que es pobre de bienes, pero de alma es muy rico !
- DORINA Vaya a comprar con el alma, sin llevar plata consigo, y no encontrará comercio donde le vendan ni un hilo.
- ORGÓN Además, fué poderoso, todo lo perdió en servicio de la Iglesia.
- DORINA ¡ De la Iglesia ! No sé porque me imagino que fué por servir pasiones que engendran malos instintos.
- ORGÓN Dorina, que ya te excedes...
- DORINA Perdonadme, os lo suplico. ¿ Pero habéis reflexionado ? Vuestra hija es prototipo de honradez, pero casada con hombre que no sea digno de su virtud, la exponéis a los más graves peligros...

ORGÓN ¡ Calla, mujer habladora,
 que hé de perder los estribos !...
 ¡ Soy su padre !

MARIANA Dices bien... (Afligida.)

ORGÓN Márchate de aquí ahora mismo...
 Te casarás con Tartufo; (A Mariana.)
 tu vida será un idilio,
 gozarás de bienandanzas,
 y Dios desde lo infinito
 bendicirá vuestra unión...

DORINA ¿ Y Valére ?

ORGÓN ¡ Un libertino,
 un procaz, un jugador ;
 mi palabra le retiro,
 no quiero verle, ni hablarle !
DORINA (¡ Le has de tragar enterito !)

ORGÓN Adiós, Mariana, me voy
 satisfecho y complacido :
 sé que gozosa consientes...
 Sea este beso el recibo (Besándola en la frente.)
 que te doy de la alegría
 con que tu humildad he visto.

MARIANA (Besándole la mano.)
 Y éste, mi padre y señor,
 le debes tomar por signo
 de mi feliz obediencia,
 más también de sacrificio.

ORGÓN ¡ Adiós, Dorina ; no olvides
 que Dios este mundo hizo
 para ponernos a prueba !

DORINA Os agradezco el aviso.
 A prueba de hipocritones
 que nos sorban los sentidos.

ORGÓN (Qué razón tiene Tartufo.
 Son los criados antiguos
 muy buenos... ¡ para una hoguera
 en donde quemarlos vivos !)

(Mutis primera izquierda.)

ESCENA VII

MARIANA y DORINA.

- DORINA ¡ Sin protesta, Mariana, habéis oído el diabólico plan de vuestro padre !...
¿ Para cuándo el valor y la firmeza ?
Rápida habéis debido contestarle :
« ¿ Os agrada Tartufo para esposo ?
Pues casaos con él, porque mi madre al mundo no me dió para bribones. »
- MARIANA Me debo conformar... (Tristemente.)
- DORINA (Estupefacta.) ¿ Qué?... ¿ Conformarse ?
No quiero escuchar más... Virgen María, que la salud me falte
si no estáis anhelando ser la esposa de tan odioso y mísero bergante.
¿ Con esa ahora salimos ?
- MARIANA No me aflijas.
¿ Qué dijeran las gentes si llegasen a descubrir que yo, desobediente, no acataba el mandato de mi padre, haciendo ostentación de amar a un hombre con el cual no permiten que me case ?
¿ De mi limpio pudor qué se diría ?
¿ No era inferir ofensa a mi linaje ?
- DORINA (Con ironía.)
Os doy la enhorabuena más completa.
Desde hoy en adelante
vais a ser más dichosa con Tartufo que a los pies de la Virgen son los ángeles.
Buen varón os lleváis ; mancebo lindo, de figura gentil, raro donaire, rico como el letrado sin un pleito ; y para que a la dicha nada falte os llamará la gente la Tartufa, sobrenombre gracioso y elegante.
- MARIANA ¡ Puesto que la desgracia te conduce a reírte de mí, cesa de hablarme, deja que sola esté y el llanto sea de mi dolor el único calmante !

ESCENA VIII

Dichas y VALÉRE, por el foro.

VALÉRE (Impresionado tristemente y acercándose a Mariana.)
Mariana, vida mía, vengo triste.

MARIANA Triste también estoy... triste me hallas.

VALÉRE ¿Es cierto lo que dicen?

MARIANA Habla y cuenta.

VALÉRE Que con Tartufo casas.

MARIANA (Bajando tristemente la cabeza.)

Mi padre así lo quiere y yo vacilo...

¿Qué me aconsejas tú?

VALÉRE (Horrorizado.) Deja que salga
del estupor inmenso que producen
en mi afligido ser esas palabras...

Por de pronto responde si me quieres.

MARIANA El rubor no me deja.

VALÉRE

Mariana,

¿no te deja el rubor decir que debo
pensar que no me amas,

o el rubor no te deja confesarme

que de tu amor soy dueño, y de tu alma
único poseedor?

MARIANA ¡ En esto último
no se engaña tu labio !

VALÉRE (Muy gozoso.) Así se habla...

Déjame que en tus manos ponga el mío
en señal de placer, pues ya declaras
que de Tartufo no serás esposa.

MARIANA (Abatida.)

Valére, mi padre me lo ordena y manda.

¿Qué me aconsejas?... vuelvo a pregun-

VALÉRE (Con tibieza y ya con desdén.) [tarte...

¡ Lo que desees tú !... ¿ Ves que me mata
la noticia fatal, y ves que vengo
como agotado náufrago a la playa
demandando socorro, y tú en la orilla
en lugar de tender noble y humana
tu mano generosa, dasme un golpe
en el herido pecho, y cruel me lanzas

a luchar con las olas nuevamente,
con menos elementos, menos armas,
pues que llegué a la orilla esperanzado
y me arrojaís de allí sin esperanzas?
¡Sea Tartufo el que al altar te lleve!

MARIANA
VALÉRE

¿En serio me aconsejas?

Tú proclamas
que obedecer al padre es lo cristiano.
Muy bien harás si con Tartufo casas.

MARIANA

(Con firmeza y en son de amenaza.)

¡Complacido serás!

VALÉRE

Me huelgo de ello.

MARIANA

(Con fingida complacencia.)

Tú no sabes el peso que del alma
me has quitado, Valére.

VALÉRE

¿Sí? Pues escucha;
¡Tú no sabes, Mariana,
el descanso tan grande que la mía
siente al romper un lazo que la ahogaba!
Nunca te tuve amor.

MARIANA

Y yo a ti menos.

VALÉRE

Y siempre que te hablaba
de suspiros, de cielos y de estrellas,
de la luz de tus ojos, de miradas
que siendo tuyas dábanme congojas
porque mi triste corazón quemaban,
para que tú lo sepas, te mentía,
¡te mentía, Mariana!

MARIANA

Pues yo, cuando gozando en mi ventura
crédula te escuchaba,
y un apretado haz de amor y dicha
nuestras manos formaban;
cuando yo te decía que mi pecho
al latir repetía una palabra,
que era tu nombre, para mí el más dulce
que nuestro rico idioma atesoraba,
te mentía, Valére, sí, te mentía...

VALÉRE

¡Pues estamos en paz, infiel Mariana!

MARIANA

Cierto que en paz quedamos
puesto que la mentira nos iguala.

DORINA

(Que ha estado oyéndolos en el foro.)

Os iguala, en efecto, la mentira,

porque mentiras son vuestras palabras.
Jura por el Señor crucificado (A Valére)
que la aborreces ya con toda el alma.
Júralo, buen Valére.

VALÈRE ¡Soy religioso
y el jurar es pecado!

DORINA Tú, Mariana,
jura por Dios que sólo indiferencia
tu enamorado corazón le guarda.

MARIANA Soy creyente, Dios odia el juramento,
y al que jura retírale su gracia.

VALÉRE (Haciendo un esfuerzo y despidiéndose.)
¡Hasta la muerte!

MARIANA ; Bien, hasta la muerte !

VALÉRE ¿Me llamabas? (Ya en el foro.)

MARIANA (Afectando indiferencia.) ¡Yo, no!

DORINA Sí, te llamaba.

MARIANA En silencio partir yo le veía...

DORINA El silencio mezclado con las lágrimas quiere decir en todo enamorado:
«De mí no te separes, tenme lástima.»
Dame la mano. (A Valère.)

(A Mariana.) Entrégame la tuva.

Opresión las bien... (Entre los dos y figurando que les echa la bendición ¡Que Dios os haga buenos casados, y la descendencia sea robusta, hermosa y prolongada!

LOS DOS ¿Qué decís?

DORINA Que yo, amigos,
soy católica, apostólica-romana,
y sin embargo juro y retejuro
que Tartufo se queda con las ganas :
que será de Valére, Mariana esposa,
que Valére será esposo de Mariana...

(Débil protesta de los dos.)

No hablemos más. (A Valére.) ¿La quieres?

VALÉRE ; Con delirio entrañable !

DORINA (A Mariana.) ¿Y tú a él?

MARIANA Mi lingua calla :

no se atreve a decir que cual las flores
al claro resplandor de la mañana.

DORINA. A mi cargo dejad la estratagema :

la urdí cuando prudente os escuchaba.
Conviene que aparentes (A Mariana.)
transigir con la boda : busca maña,
(fingiendo enfermedad o sentimiento,
porque al fin de tus padres te separas),
de aplazar el enlace concertado :
hay mil medios, algunos se me alcanzan
en este instante : dí que prestas crédito
a los augurios, en los cuales hallas
un aviso del cielo que te anuncia
trastornos y desgracias.

Diles que has visto un muerto
al salir de tu casa,
que un espejo rompiste en cien añicos
mientras que te peinabas,
que has soñado con agua cenagosa,
que al ir a misa de alba
te encontraste en la iglesia con un cura
que al andar cojeaba ;
mas que a pesar de todo, tú, obediente,
con Tartufo te casas.

Aplazar y aplazar es mi divisa :
que a veces la victoria es del que aplaza.
Vamos fuera de aquí, que no nos vean.

MARIANA (Cogiéndole cariñosamente la mano.)

¿Con qué te pagaré?

VALÉRE (Idem, idem.) ¿Qué quieres que haga
para mostrarte mi agradecimiento?

DORINA Decirme que eran falsas
aquellas frases que en momento triste
por vuestros labios fueron pronunciadas.

VALÉRE Las mías fueron dichas
con la boca no más, porque en el alma
otra cosa sentía.

MARIANA (Apretando la mano de Valére.) Yo te juro
que no dije verdad al expresarlas,
porque contradecían mis deseos.

VALÉRE (Con transportes de alegría.)

Pues estamos en paz, bella Mariana.

MARIANA Cierto que en paz quedamos,
puesto que un puro amor ya nos iguala.

(Se dirigen llenos de felicidad hacia el foro.)

DORINA (A la puerta donde se supone estar el cuarto de Tartufo.)
¡ Te quedaste sin novia, vil Tartufo !
¡ La que tu afán prefiere, se te escapa :
busca otra en cualquiera sacristía,
porque para un beato, una beata !
(Se une a Mariana y a Valére, y dando todos muestras de alegría y de confianza en sus planes, cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

DAMIS y DORINA.

DAMIS Ya te he dicho mis planes : decidido
estoy a la batalla, fiel Dorina.

¡ Los sordos me han de oír !

DORINA Con que él os oiga
me doy por satisfecha y complacida.

Pero tened presente que sois joven,
que la prudente calma no es amiga
de los primeros años : la vehemencia
a término feliz no siempre guía,
y pudieran los nobles arrebatos
llevaros más allá de la justicia.

Elmira, aunque madrastra,
os quiere como a un hijo, y ella misma
disuadirá a Tartufo
de los planes que abraza.
Antes yo quiero hablarle...

DAMIS Me disgusta
que en esto tomes tú la iniciativa
siendo el hermano yo de Mariana.

DORINA En eso está el peligro, pues diríais
más de lo necesario, os lo repito.
Idos, dejadme sola en la entrevista,
que yo le he de tratar según merece.

DAMIS Que no, te digo. Júrote, Dorina,
que no me he de enfadar.

DORINA ¡ Ay qué pesado !
¿ Creéis que no os conozco ? Empezaría
vuestra conversación en la prudencia :

vuestras frases serían
en el exordio humildes y corteses,
pero entrando en harina,
manotear os veo enfurecido,
alzar la voz, centellear la vista,
echarle mano al corbatín nudoso,
y ciego por la ira
estrecharle violento la garganta
y obligarle a sacar la lengua impía,
cayendo sobre el suelo, al aire dando
el último suspiro de su vida.

DAMIS ¡Has dicho poco!

DORINA ¿Veis, cuán bien fundadas
son las sospechas mías?

DAMIS Transijamos... Escucha.

DORINA Proponedme,
por si conviene al fin que yo transija.

DAMIS ¡No presencio yo nada!

DORINA Está aceptado.

DAMIS Pero en cambio te exijo me permitas
escuchar... .

DORINA ¿Pero en dónde?

DAMIS En esa pieza.

DORINA ¡No me fío, Damis!

DAMIS Por la bendita
memoria de mi madre, te prometo...

DORINA No sigas adelante: está admitida
vuestra proposición... Tartufo llega.

DAMIS ¡Dile que es un malvado!

(Se mete en la primera derecha, dejándola entre
abierta.)

DORINA ¡Es cuenta mía!

ESCENA II

Dichos y TARTUFO. DAMIS oculto.

TARTUFO (Sale resueltamente, pero al ver a Dorina se detiene,
vuelve a la puerta de salida, primera izquierda, y ha-
ce como que se dirige a un criado que está dentro.)
Tráeme el cilicio con las disciplinas,
y pide a Dios que te ilumine siempre.

Si alguien me busca, que salí de casa
a repartir limosna entre las gentes,
que no cuentan con otro beneficio
que el bien que un alma tierna les concede.
(Santo Tomás Apóstol, no diría
palabras más suaves.) Dios le premie
tanta bondad y pródigo le otorgue
todo cuanto merece.

TARTUFO (Con beatitud afectada.
¿Me esperabais a mí, Dorina hermana?
(Rectificando dulcemente.)

Hermana, si se atiende
a que somos de Aquel que nos dió forma
directos descendientes.

DORINA Hablaros descaba...

TARTUFO A tu servicio
me pongo ya, dispuesto a complacerte.
Mas antes de empezar, yo exigiría
de tu rubor, que al mío permitiese
cubrir esa garganta torneada,
porque es ella un impúdico aliciente
a deseos que excitan las pasiones
de un alma que tranquila vivir quiere...
(Saca del bolsillo un pañuelo e intenta ponérselo so-
bre el cuello de Dorina.)

DORINA Quieto, quieto, señor. Mucho me extraña
que un cristiano ferviente
tema las tentaciones de la carne,
porque imagino que si ante ellas cede
no en su pecho estará muy arraigada
la fe que ha de guardar eternamente
para elevar a Dios sus oraciones
y digno ser de la mansión celeste.

TARTUFO ¡La lección no merezco, hermana mía!

DORINA Hermano, creo que sí. ¿Tanto os ofende
ver mis carnes? Pues yo afirmar podría
que si desnudo os viese,
vuestro *pellejo* nunca me causara
la menor inquietud, porque soy fuerte,
y la belleza terrenal la miro
como el agua que cae cuando llueve.

TARTUFO Modera tu lenguaje licencioso;

mi espíritu al oírle desfallece
y en el pecado incurre, si no atajo
de tu lengua insolente
el raudal de impurezas
que irreligiosa vierte.

¡Te enmiendas o me marchó! (Medio mutis.)

DORINA

Poco a poco,

yo soy la que se va, más es prudente
deciros dos palabras: mi señora
me encarga que os ordene
que la esperéis aquí; desea hablaros
de algo que a ella y a vos es concerniente.
Y ya no digo más, *hermano mío*,
varón cuya virtud a todo excede,
apóstol enviado por el cielo
para arrancar caudales de... increyentes

(Con intención.)

al poder de Satán, que os atrae
con fingidos placeres.

Derrame el cielo santas bendiciones...

(Medio mutis.)

TARTUFO Escúchame, detente...

DORINA No merece escuchar vuestra palabra
una mujer cual yo, falsa y aleve.

TARTUFO (Queriendo cogerle la mano.)

¡Perdona, mi Dorina!

DORINA (Rechazándole.) No me toque,
porque es mi carne flaca un aliciente
a deseos que excitan las pasiones
de un alma que tranquila vivir quiere.

TARTUFO (Con impaciencia.)

¿Dices que hablarme anhela?...

¿Sobre qué asunto, dí?

DORINA No: desfallece
vuestro espíritu noble si no ataja
de mi lengua insolente
el raudal de impurezas
que irreligiosa vierte.

TARTUFO ¡Sin piedad en la duda me abandonas!

DORINA Presto lo hais de saber, porque aquí vie-
Corro a cubrir su cuello [ne.
blanco y rosado como pura nieve

cuando del sol recibe las caricias
y a sus besos de amor cándida muere.
No quiero que pequéis, *hermano mío*,
y por ella vuestra alma se condene.

TARTUFO

(Con fingida ingenuidad.)

Deja el pañuelo aquí, no es necesario;
de Dios la fortaleza me protege.

(Aparece en el foro Elmira y al verla vase Dorina.)

ESCENA III

ELMIRA y TARTUFO.

TARTUFO

(Adelantándose a recibirla.)

Mi corazón, señora, al recibiros
os bendice amoroso; el cielo haga
que gocéis en la tierra vuestros bienes
con salud en el cuerpo y en el alma.

ELMIRA

Agradezco infinito esos deseos...

En personas cristianas

tan naturales son, que no me asombran,
ni siquiera me extrañan.

Pero tomad asiento: quiero hablaros
de una cuestión de altísima importancia.

(Se sientan.)

TARTUFO

¿Os encontráis mejor?

ELMIRA

Restablecida
puedo muy bien deciros.

TARTUFO

Mis plegarias
carecen de virtud, porque de labios
de un simple pecador, jamás alcanzan
el honor de que el cielo las reciba
en su divina gracia;
pero por vos recé constantemente
pidiendo con suspiros y aun con lágrimas
el alivio total, breve y seguro
de la dolencia que os atormentaba...
Mi salud, por la vuestra yo daría...
Mi existencia, mi paz, yo las trocara
por las vuestras, vertiendo gota a gota
mi sangre si verterla hiciera falta.

ELMIRA Eso es llevar a un punto exagerado la caridad cristiana.

TARTUFO ¡Mucho más merecéis, hermosa Elmira!

ELMIRA No vengo a hablar de mí, que no soy nada.
(Damis entreabre la puerta del gabinete y escucha.)

TARTUFO ¡Para mí lo sois todo!

ELMIRA Al requeriros tengo que suplicaros una gracia: que me abrais vuestro pecho de manera tan expansiva y franca, que pueda yo observar de sus latidos la verdadera causa.

TARTUFO ¡Abrir el pecho! El mundo a cada instante esa frase pronuncia, dulce y grata, pero del corazón partir no suele,
♦ sino de la garganta.

En la ocasión presente, al prometeros mi pecho abrir, según me lo demanda vuestra solicitud, estad segura de que no oculto nada.
Y si dudais después de haber yo hablado, decídmelo, yo mismo os daré un arma con la que me podais partir el pecho, y en él veréis escritas las palabras exactamente iguales a las que el labio mío pronunciara.
Yo os quiero bien, Elmira encantadora. Si con frase tal vez severa y áspera la presencia rêchazo de importunos que vienen a esta casa para admirar vuestra gentil belléza, orgullo del Creador que la formara, no es por odio hacia vos; es un impulso generoso y leal el que me arrastra a impedir que hermosura tan divina sea por los humanos contemplada.

(Cogiéndole la mano.)

ELMIRA Así lo he comprendido, mas soltadme que vuestra mano abrasa...

(Separa su mano Tartufo.)

TARTUFO ¡Sí, señora, libraros yo pretendo

(Dándole un golpecito en la rodilla.)

de todas las miradas !...

ELMIRA

(Apartando su silla.)

Tened más compostura ;
no veo que haga falta,
para expresar ideas y razones,
en mis rodillas dar esas palmadas.

TARTUFO

(Sin hacerla caso y acercándose.)

Es que admiro cuán fina
es la sedosa tela de esta falda.

(Tocando el fichú de Elmira.)

¿Y el fichú?... ¡Qué portento !

¡ El encaje trabajan
hoy nuestros fabricantes
de un modo tal que pasma !

(Aproximándose más.)

Dejad que lo examine atentamente.

ELMIRA

(Apartándose y quitándose el fichú.)

Con mucho gusto... A vuestras manos va-
y así veréis mejor de este trabajo [ya
la finura y la gracia.

(Le tira el fichú poco menos que a la cara y lo recoge
Tartufo, arrojándolo, sin mirarle, sobre una silla.)

Pero no del fichú quiero yo hablaros,
ni de la fina seda de mi falda.

Mi deseo es saber si mi marido,
faltando a la palabra
que dió a Valére, pretende, según dicen,
casaros con Mariana.

TARTUFO

(Displicente.)

Algo me ha hablado de ello ;
pero ese enlace, a la verdad, no calma
de mi angustiado espíritu
la inquietud que le asalta.

(Contemplando arrobado a Elmira.)

¡ En otra parte veo
encantos mil que mi existencia halagan
y que sólo llegando a poseerlos
dichoso me juzgara !

ELMIRA

Ya sé que de este mundo
apartáis la mirada,

TARTUFO

y que sólo en el cielo halláis la dicha
que vuestro corazón busca con ansia.
Verdad decís, pero atended, señora :
No es el amor divino una muralla
que impida y cierre el paso
al amor terrenal. Las acabadas
obras que el cielo, en su saber profundo,
a la tierra ha enviado, nos encantan.
Un perfecto ejemplar de esas bellezas
sois vos, señora : vuestra linda cara
es conjunto de hechizos admirables :
en ella están copiadas
del Señor la dulzura,
la virtud de su alma,
su saber infinito
y su piedad inmensa, ilimitada.
Por eso el que a Dios rinde
un fervoroso amor, siente la llama
de ese amor mismo a todo lo creado
por su alto poder, que a nada iguala.
Y siendo vos la hechura predilecta
de Aquel que rige y manda
el Universo todo,
de aquí que yo sucumba a vuestras gracias
y os dedique un amor inextinguible
que si vida me dá, también me mata.

(Trata nuevamente de cogerle la mano.)

ELMIRA

(Rechazándole suavemente.)

Apartad vuestras manos de las mías,
porque una religión bien observada
dispone que hay que hacer con las mujeres
lo que con las imágenes sagradas
en el santo edificio :
contemplárselas debe sin tocarlas.

TARTUFO

(Exaltándose por grados y sin oír a Elmira.)

En los primeros días
de sentir hacia vos pasión tan grata,
de padecer insomnios y delirios
que mi apocado corazón turbaban,
creí que fuera efecto esta tortura
de un hábil lazo que traidor lanzara
sobre mi fe, el espíritu maligno

que corromper intenta nuestras almas.
Pero después, pensando cuerdamente,
deduje que no hay causa
que obligue a declarar incompatibles
una pasión humana
con un amor divino ; los dos pueden
sin estorbarse en nada
en el pecho latir de una persona
tenida por cristiana.

Resuelvo, pues, hablaros francamente.

Rendido a vuestras plantas

mi corazón herido por los rayos
de esos ojos de fuego que le abrasan,
esta pasión ofrece a la hermosura
de vuestro rostro que el Señor iguala,
(no encontrando manera de alabarle),
al de su tierna madre inmaculada.

ELMIRA

¡ Me asombra el escucharos !

Vos, tan devoto ; vos, con tanta fama
de hombre adornado de virtudes tales
que a las veces a un Santo le comparan,
manchar sus labios de tan vil manera
con impurezas que el honor rechaza !

TARTUFO

Devoto, sí, pero también soy hombre
sujeto a las traidoras asechanzas
de terrenas pasiones : soy creyente,
pero Santo no soy : si os desagrade
esta amorosa confesión que os hago
no la culpa me echéis ; más bien echadla
a la hermosura angelical que el cielo
os concedió por dádiva.

ELMIRA

Y la razón, Tartufo, ¿de qué sirve?

TARTUFO

(Tristemente.)

¿La razón?... ¡ Para nada

cuando atractivos tan encantadores
la rinden y avasallan !

ELMIRA

Y mi esposo, ¿no es nadie?

TARTUFO

Ha de ignorarlo siempre, Elmira amada.

ELMIRA

¿Y Dios?

TARTUFO

¡ Tesoros de clemencia

tiene en su corazón para el que ama !

ELMIRA

¿Y mi reputación?

TARTUFO

Con el secreto
quedará eternamente resguardada.
Los necios cortesanos
que con promesas falsas
conquistán el amor de las mujeres
fáciles a creer en sus palabras,
esos, en cuanto logran
ciertos favores de ellas, los proclaman
con descarada y venenosa lengua
a voces por las calles y las plazas,
sembrando la deshonra
de la infeliz incauta
que en las redes traidoras de su amante
cayó aturdida más que enamorada.
Pero los hombres como yo, discretos,
y de experiencia larga,
que en los campos de amor hemos reñido
numerosas batallas,
en las banderas nuestras ostentamos
este lema : «El silencio me acompaña.»
El natural cuidado que ponemos
en conservar nuestra adquirida fama
de hombres de ley, de rígidos principios,
nos obliga y nos ata,
guardando en el misterio más profundo
el logrado favor de nuestra dama...
Ya mi pecho os abrí, bella señora ;
el secreto que en él depositaba,
que era mi amor por vos, de él ha salido ;
decid si puede ser mi dicha tanta
que lo vuelva a ocultar, como ambiciono,
llevando por cortejo la esperanza.
Vuelva el secreto al pecho, que es guarida
de aspiraciones torpes e insensatas,
jamás como pretende el vil deseo
llevando por cortejo la esperanza,
sino el odio, el asombro, el desengaño,
digno castigo a tan infame audacia.
A mi cándido esposo, confiado
en vuestra santidad, no diré nada,
si apoyáis con razones y consejos
la boda de Valére con Mariana.

ELMIRA

Prometedlo, Tartufo, y la perfidia
misteriosa y callada
vivirá eternamente en la persona
a quien juzgásteis pervertida y falsa.

ESCENA IV

Dichos y DAMIS, que se presenta airado.

Tartufo, sin descomponerse, se sienta junto a la mesa, se santigua humildemente y se pone a leer en el libro que sacara en la mano, al principio de la anterior escena. Finge rezar y a veces se dá golpes de pecho

DAMIS No, madre mía, no ; sepan las gentes
que hay en el mundo seres tan perversos.
Escondido escuché lo que os ha dicho,
y a la bondad del cielo
que quiso contenerme,
debe ese hombre, de maldad ejemplo,
existir todavía.

ELMIRA Tente, Damis,
el escándalo evita...

DAMIS Ya era tiempo
de descubrir su infamia, y la insolencia
que ocultó con halagos y con rezos.
A mi padre diré cuanto mi oído
escuchó sin asombro, aunque suspenso.
Su proceder traidor no me sorprende,
previsto lo tenía, no soy ciego.

ELMIRA Ten presente, hijo mío,
que prometí a Tartufo mi silencio
si renuncia a la mano de Mariana.
Faltando a mi palabra, no podremos
exigir que la suya
tenga eficaz y exacto cumplimiento.

DAMIS Vuestras razones son para escuchadas,
mas no para atendidas, y yo tengo
altos motivos que el deber me impone
para hacer lo que pienso.
Dios me presenta una ocasión propicia
de aclarar el misterio
que mi padre no ha visto, y que su honra

puede poner en riesgo.
Si del cielo el aviso
insensato desprecio,
falto a Dios, a mi padre,
y a vuestro honor ofendo.

(Quiere interrumpirle Elmira.)

Callad, que aquí se acerca...
cumplir con mi deber es lo que quiero.

ESCENA V

Dichos y ORGÓN, por el foro.

DAMIS (Saliéndole al encuentro.)
¡Padre mío, Dios os guarde!

ORGÓN (Bajando la voz.)
Calla, Damis; según veo,
Tartufo está meditando:
no hay que interrumpir sus rezos,
quizás por nuestra salud
esté orando.

DAMIS Yo no niego
que medite, padre mío;
pero lo que sí sostengo
es que por nuestra salud
no está rogando a los cielos.
Bien puede ser por la suya,
que en gran peligro la ha puesto...

ORGÓN (Con énfasis.)
¡En servicio de su Dios!

DAMIS ¡O en servicio del infierno!

ORGÓN Damis, ¿también es tu lengua
de la calumnia instrumento?

(En tono de reprensión.)

DAMIS ¡No, padre; de la verdad
es fidelísimo eco!
¡Ahí le tenéis, contempladle! (Por Tartufo.)

ORGÓN (Fijándose en él.)
¡Ciertamente le contemplo
como si viese a la pura
imagen de lo perfecto!
¡No está en este mundo, no;

alto remonta su vuelo ;
para las almas sublimes
la tierra es lugar pequeño !
¡ Ah, Tartufo, tus virtudes
me desesperan, pues quiero
imitarlas y mi espíritu
débil, cobarde y enfermo,
carece de la grandeza
que en el tuyo he descubierto
con asombro. (A Damis.) Esta es la causa
de mis profundos respetos,
de todas mis atenciones
y del amor que le tengo.

DAMIS ¡ Pues os paga bien, señor !

ORGÓN ¡ Con creces !

DAMIS Hace un momento
le ví que os daba una prueba
de su gratitud.

ORGÓN ¡ Lo creo !

Tal vez tu alma edificando
con saludables consejos,
invitándote al camino
del bien, o quizás vertiendo
en tus oídos, las máximas
que contiene el Evangelio
sobre la felicidad
conyugal, aunque no creo
necesites en tal punto
del menor advertimiento.

(A los dos.)

(A Elmira.)

DAMIS Justamente, padre mío,
nos estaba hablando de eso.
Y para recompensaros
de ese profundo respeto
que le tenéis y de haberle
entregado todo entero
vuestro caudal y la hacienda
de que le habéis hecho dueño,
no ha encontrado...

ORGÓN ¡ Alma sublime !

DAMIS No ha encontrado mejor medio
que enamorar a mi madre,
a sus plantas prometiendo

vuestro honor guardar en público,
y mancharlo en el secreto
de la traición con que anhela
satisfacer sus deseos.

ORGÓN ¡ Es posible, Elmira mía !
Hablad.

ELMIRA Sea mi silencio
confirmación a palabras
que honrados labios dijeron.

ORGÓN ¿Qué respondisteis?

ELMIRA

Ultraje

es preguntarlo, y discreto
abandonar este sitio
en el cual al mismo tiempo
vuestro limpio honor y el mío
herida mortal sufrieron;
el vuestro, con la infamante
expresión de sus deseos

(Señalando a Tartufo, que sigue fingiéndose ajeno a cuanto sucede.)

y el mío, con la dudosa
pregunta que me habéis hecho.

¡ La víctima no responde,
pedid que os conteste el reo !

(Vase por el foro, llevándose a los ojos el pañuelo.)

ESCENA VI

ORGÓN, DAMIS y TARTUFO.

ORGÓN (Acercándose cariñosamente a Tartufo.)
Tartufo, amigo, suspende las preces
y responde por Dios, a inculpaciones
que os dirigen airados
aquellos que ofendidos se suponen
por vos, del que dudar no puede
quien sus virtudes, como yo, conoce.

TARTUFO (Dejando de leer y con mucha serenidad.
Hermano mío: vuestra bella esposa
y vuestro hijo, caballero y noble,
os dijeron verdad: soy un malvado,
un hipócrita, un vil; en fin, un hombre

cuya vida es conjunto miserable
de infamias y de crímenes atroces.
Dios, para castigarme,
este cruel suplicio a mi alma pone ;
resignado le acepto
y no he de ser tan torpe
que caiga en la soberbia
de defenderme, porque airado entonces
su protección pudiera retirarme
negándome su gracia y sus favores.
Dar crédito debéis a lo que os dicen :
vuestro furor estalle y él me arroje
de esta morada plácida y tranquila,
antes que la envilezcan mis traiciones.

ORGÓN ¿ Ves con qué mansedumbre
de Dios la voluntad acata y oye ?
¡ Con falso testimonio has pretendido
su virtud ultrajar !

TARTUFO (Siempre irónico y calmoso.) No, no se enoje ;
le asiste la razón...

ORGÓN (Al ver que Damis intenta hablar.)

¡ Calla, perjuró !

TARTUFO Dejadle hablar : dejadle que os informe
de todas mis maldades,
que aun el mundo no sabe y él conoce.

(Con afectada simpatía a Damis.)

Sí, hijo mío, llamadme infame, pérfido,
asesino y escarnio de los hombres
que como vos, cristianos fervorosos,
a la bondad de Dios son acreedores.
Sin protesta del labio, mis oídos
el triste ruido oirán de vuestras voces
de insulto y de censura ; mi prudencia
muro espeso ha de ser a vuestros golpes.
Tal ignominia vergonzosa y baja
sea justo castigo a mis errores.

(Trata de arrodillarse y se lo impide cariñosamente
Orgón.)

ORGÓN Eso es ya demasiado, hermano mío.
No hagáis que me sonroje
tanta humildad en quien de Dios recibe
pródigas y diarias bendiciones.

DAMIS ¿Os dejáis engañar como un cordero
de ese hipócrita vil?

ORGÓN Damis, reponte,
ý olvidar no me hagas
que naciste de mí.

(Como tratando de agredirle y conteniéndose.)

Dios me perdone...

porque impulsos me asaltan...

DAMIS Padre mío, ¿es posible? ¿Vos, el hombre
que fué siempre el amor y la ternura
para sus hijos, cuyos corazones
con cariño filial correspondieron
a quien les dió su nombre,
irritado conmigo de ese modo
a punto de manchar con rudo golpe

(Señalando a sí propio.)

obra que suya es?... Al deshonorarla
os deshonraís vos mismo, ciego y torpe.

¡Y todo, padre airado
por un falsario vil!...

(Nueva y contenida amenaza de Orgón a Damis.)

TARTUFO (Interponiéndose.) No, no se enoje,
señor, os lo suplico... Es mi deseo
que las reconvenciones

y el castigo—si fuera necesario—
caigan sobre mi ser, pérfido, innoble,
antes que en Damis, defensor valiente
del honor que heredó de sus mayores.
Su mano he de besar...

(Lo intenta.)

ORGÓN (Impidiéndolo.) ¡Jamás, Tartufo!
Bese la vuestra él: le corresponde
puesto que os agravió.

(A Damis.) Rinde tu frente.

DAMIS (Indignado.)

¡Ese fuera el mayor de los baldones!

ORGÓN (Irónico.) ¡Si ya lo he comprendido!

¡Si ya sé la razón de estos rencores!

(A Tartufo.)

Mis hijos, mi mujer y mis criados
os odian por envidia a vuestras dotes
de virtud, de honradez, de mansedumbre,
y contra vos conspiran.

(Mirando fijamente a Damis.) Si, traidores
intentan presentaros a mis ojos
como el más pervertido de los hombres,
para que yo, iracundo,
de esta casa os arroje!
Chasco se han de llevar, porque no saben
que antes de permitir que su fin logren,
podrá de esta mansión salir Tartufo,

(Con intención y pausadamente.)
mas solo no saldrá... Damis... ¿lo oyes?

TARTUFO (Con hipócrita dulzura.)

¡Basta, mi buen amigo!

ORGÓN (A Damis.)

Ahora disponte
a saber mi propósito: Tartufo
de Mariana será digno consorte.
Quiero de esta manera
vuestro orgullo abatir,

(Por Tartufo.) y que él nos honre
entrando en la familia a ser el jefe
que contenga el desorden
con que turbais la paz, tan necesaria
para elevar a Dios los corazones.

DAMIS ¡Mayor monstruosidad!... Antes la muer.
¡la muerte del malvado que supone [te,
que eso ha de suceder!

ORGÓN (Muy irritado.) ¡Vuelta a injuriarle!
¡Un bastón, un bastón!... (Buscando.)

TARTUFO (Conteniendo a Orgón.) Dios que le oye
perdonará piadoso el desvarío...

Dejad, Orgón, que su castigo estorbe.

ORGÓN Sal presto de mi casa. (Irritado.)

¡No vuelvas a acordarte de mi nombre!
¡Te mal...

(Va a maldecirle y Tartufo le pone apresuradamente
la manó en la boca para que no acabe de pronunciar
la palabra. Damis lanza una mirada de desprecio a
Tartufo y dando muestras de abatimiento desaparece
por el foro.)

TARTUFO No pronuncieis esa palabra...

¡Maldecir es pecar!

ORGÓN (Limpiándose el sudor de la frente como si acabase

de librar una batalla.) ; Dios me perdone !
(Se sienta.)

ESCENA VII

ORGÓN y TARTUFO.

ORGÓN

(Muy acongojado.)

; Ofender de esa manera
a quien cual vos ha venido
para enseñar bondadoso
a los hombres el camino
de la virtud !

TARTUFO

No sufráis
por mi causa ; ya os he dicho
que perdono sus injurias,
que a escucharlas me resigno,
y que las tomo en descargo
de aquellos pecados míos
que solamente redimen
la oración y el sacrificio.
; Lo que me aterra, señor,
por lo que lloro y me aflijo,
y dudo de si podré
con paciencia resistirlo,
es que quieran separarme
de vos, de mi noble amigo,

(Con afectada dulzura.)

que me arrancó del arroyo,
donde pobre y desvalido
estuve para exhalar
del pecho el postrer suspiro !
No es posible, no. Privarme
de vuestro afecto dulcísimo,
robarme toda ocasión
de veros y repetiros
cuánto agradece mi alma
los favores recibidos,
fuera—yo lo juro—Orgón,
más horroroso martirio,
que si la muerte sufriera
en denigrante suplicio.

ORGÓN (Afligido.)

¡ Callad, callad ; me agraviais
con pensarlo y con decirlo !

TARTUFO Bien sé las perturbaciones
que a vuestro hogar he traído ;
mi ausencia podrá volveros
la paz... Yo me sacrifico,
os tiendo humilde mi mano,
(Haciendo todo lo que dice y conmoviéndose por gra-
dos.)
a vuestra frente me inclino
y os doy un beso que dice :
« ¡ Para siempre, hermano mío ! »

(Rompe a llorar.)

ORGÓN ¡ Tartufo, mirad mis lágrimas ;
no me dejéis !...

TARTUFO ¡ Es preciso !
¡ Vuestra mujer me aborrece !

ORGÓN ¡ Dudo de lo que ella ha dicho !

TARTUFO ¡ Eso es hoy ; quizás mañana
penséis de modo distinto !

ORGÓN (Sujetándole.)

¡ De mi casa no saldréis,
Tartufo, varón bendito !
Estaréis siempre a mi lado ;
en mi mujer y en mis hijos
mandaréis...

TARTUFO De vuestra esposa
huiría, que el labio impío
del envidioso, halla siempre
para calumniar motivo.

ORGÓN ¡ Al contrario, junto a ella
quiero veros !

TARTUFO No desisto.

(Medio mutis. Orgón va a detenerlo.)

Mi honrada conciencia ordena
mi partida, Orgón, amigo.

ORGÓN (Suplicante.)

Mi honor, mi hacienda, mi vida,
sólo en vos los deposito,
y para acallar las lenguas
que valiente desafío,

os nombraré mi heredero,
o haré donación hoy mismo
a vuestro favor, de toda
la fortuna que he adquirido.

TARTUFO (Elevando la mirada al cielo y cruzando las manos.)

¡ Señor, ten piedad de mí !

ORGÓN ¿ Aceptais? (Inquietó.)

TARTUFO (Solemnemente.) ¡ De Dios recibo
la inspiración y El me manda
aceptar el sacrificio !

ORGÓN (Abrazándole efusivamente.)

¡ Gracias, hermano ! Marchemos :
primero al templo, que ansío
rezar ante el Poderoso
por el triunfo conseguido :
después a hacer la escritura
de donación.

TARTUFO (Con afectada conformidad y bajando la cabeza.)

¡ Me resigno !

ORGÓN ¡ La redención de mi alma
a vuestra virtud confío !

(Abrazando a Tartufo nuevamente y dando muestras
de gran júbilo.)

¡ Con vos, Tartufo, a la gloria !

¡ Sin vos, Tartufo, al abismo !

(Vanse fraternalmente por el foro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

CLEANTO y TARTUFO.

CLEANTO Bien : convenido que Damis,
injustamente enojado,
os acusara sin pruebas...
¿no es deber de un buen cristiano
ahogar en lo más profundo
de su corazón magnánimo,
todo instinto de venganza,
y procurar reemplazarlo
por el noble sentimiento
del perdón?... ¿Dudáis, acaso,
de que tan dulce palabra
cuando sale de los labios
deja un celestial aroma
que Dios, benéfico y santo,
ofrece a su tierna Madre
como espléndido regalo?
Si de la horrible tormenta
que tanto dolor nos trajo
sois la causa, sed también
el sol, que, ardoroso en rayos,
despeja el cielo de nubes
y purifica el espacio,
como para dar consuelo
al triste que sufrió el daño.
Vamos, Tartufo, yo sé
que sois bueno.

TARTUFO

No, Cleanto...

Soy un infame, un hipócrita.
Con toda franqueza os hablo :
yo me juzgué hombre de bien,
mas como todos han dado
en decir que no lo soy,
y fuera en mí un desacato
discutir esta opinión,
de aquí que estoy penetrado
de que soy un miserable,
un criminal, un villano ;
y un villano, un criminal,
un miserable y un falso,
no saben lo que es perdón...
De saberlo, era igualarnos
a los hombres virtuosos,
y no es justo ni cristiano,
(a menos de que sufrais
los buenos indigno agravio)
que un mismo raseró mida
al criminal y al honrado.
¿Y consentiréis que un hijo
no vuelva al hogar?

CLEANTO

TARTUFO

Declaro

que ni quiero, ni no quiero,
porque no ha sido arrojado.
¿El viene por esa puerta?
Yo por la otra me marchó.
¿Vivir juntos?... ¡ No ; jamás !
No crea el vulgo insensato
que le perdono por miedo,
que soy culpable y le halago
para que mi *horrendo crimen*
por todos sea ignorado.
Además (y aquí concluyo,
porque no quiero cansaros),
no ha sido en mis oraciones
el *buen* Damis olvidado.
He rogado por su alma
y rezaré más ; no en vano
a Dios le pido consejos
para realizar mis actos.
Si El me manda perdonar...

- Perdonaré de buen grado.
- CLEANTO Incomprensibles excusas
presentais, y yo no alcanzo
porqué invocais a los cielos
para, ~~impasible~~, negarnos
una dicha de que sois
único depositario.
Mi Dios, es Dios de perdón,
generoso, amable, humano;
el vuestro es dios de venganza,
pues no quiere aconsejaros
que nos deis la paz... ¡la paz
que vos nos habéis robado!
- TARTUFO Dios me manda perdonar;
pero me ordena, Cleanto,
no vivir con el que mancha
mi honradez con sus agravios.
- CLEANTO Pero os ordena admitir
bienes que no habéis ganado,
en despojo de legítimos
herederos de mi hermano.
- TARTUFO ¡Despojo!
- CLEANTO ¡Despojo, sí!
- (Irónicamente.)
- Si no os parece adecuado
el nombre, puedo usar otro
más expresivo y exacto. (Marcándolo mucho.)
- TARTUFO (Desentendiéndose.)
Aquellos que me conocen
comprenderán que lo hago,
no por la torpe ambición
que mueve al género humano.
Los intereses terrenos
no me atraen, ni los amo,
su brillo no me deslumbra;
y si respeto y acato
la decisión espontánea
y libre de vuestro hermano
de donarme su fortuna,
es porque temo que andando
el tiempo venga a caer
en desordenadas manos
que dispendiosas la empleen

en la orgía, en el escándalo;
mientras que yo he de invertirlas
en el servicio sagrado
de Dios o en el bien del prójimo
que necesite mi amparo.

CLEANTO

¡ Os quedáis con lo del padre,
y os ofendéis, procaz y avaro,
al hijo!... ¡ Juro a mi nombre
que no moriréis de empacho
de justicia!...

TARTUFO

¡ De paciencia,
puede ser!

CLEANTO

Oid, que acaso
una observación pudiese
a buen término llevarnos.
¿ No decís que Dios clemente
levanta invencible obstáculo
en vuestro afligido espíritu
para que viváis al lado
de Damis?... ¡ Pues ya encontré
manera de remediarlo!

Idos vos, y no volváis (Con mucha ironía.)
con vuestra presencia a honrarnos;

dejad la usurpada herencia
a su legítimo amo,
y así probaréis, Tartufo,
que sois justo, noble y sabio.

TARTUFO

¡ Impertinente me sois!
¡ No hice poco en escucharos!

(Mirando su reloj.)

Las tres... Llegó ya la hora
de mis rezos, y me marchó.
Me debo al cielo, no a vos...
¡ El os proteja, Cleanto!

(Vase, inclinando humildemente la cabeza.)

ESCENA II

CLEANTO, ORGÓN, por el foro, seguido de ELMIRA, MARIANA
y DORINA, muy alarmados; todos hablan a Orgón en tono suplicante

ORGÓN

(Con firmeza y enseñando un pliego grande que lleva
en la mano.)

Dueño y señor de esta mi casa, quiero

que a cuanto mande yo, se me obedezca.
El contrato de boda es éste : hoy mismo
ha de firmarse.

MARIANA ; Padre, ved mi pena !
CLEANTO * ; Pensad que aquí sembráis la desventura !

ELMIRA ; Las lágrimas de todos os convenzan !...

DORINA Mirad que sin amor un matrimonio
suele traer terribles consecuencias.
Mi madre no amó nunca a su marido,
; y por eso he nacido yo tan fea !

MARIANA Libradme del tormento
de *ser de quien no soy*, que mi alma entera
a Valére pertenece. Si obcecado
a Tartufo cedisteis vuestra hacienda,
y aún os parece poco, yo os permito
que la mía agreguéis, renuncio a ella ;
pero no dispongáis en favor suyo
de un corazón que enamorado alienta
por otro corazón que confiado
de su constancia el galardón ostenta.

ELMIRA ; Dadle también mi dote, esposo mío !

DORINA ; Es cuestión de moneda ?

; Mi salario le cedo muy gustosa !

MARIANA (Carifiosamente a Dorina.)

No es momento de burlas ; la contienda
concluída está ya. Será mi amparo
la tranquila existencia
de lejano convento, donde orando
pida a Dios que conceda
a vuestro corazón nobles impulsos,
y luz a vuestra oscura inteligencia.

(Abraza a su madre y ambas lloran.)

ORGÓN ; Muy bien, hija obediente !

; Ya la vulgaridad hizo su presa
en tu cándido espíritu !...

Desde que el sabio Dios formó la tierra,
si un padre no consiente los amores
de una hija indiscreta,
ésta, llena de enojo, le amenaza
con recluirse a una apartada celda
a llorar desengaños
que en su mente forjó sin que existieran !

No me asustas, Mariana... Yo te invito
a **que tu juicio entienda**
que cuanto más odioso y repugnante
tu desairado esposo te parezca,
al sacrificio de tu amor el cielo
otorgará más alta recompensa.

CLEANTO Si vuestra ofuscación me lo permite
un consejo he de daros.

ORGÓN - No se niega
mi voluntad a oír vuestros consejos.
Al contrario, con mucha complacencia
me aprestaré a escucharos, pero advierto,
para que *vuestra ofuscación* lo sepa,
que de oír los consejos a seguirlos
hay, Cleanto, notable diferencia.
Lo mejor ha de ser, hermano amable,
que tengáis en reposo vuestra lengua,
que harto la habéis cansado
haciéndola servir de mensajera,
lúgubre y triste como campo yermo,
de opiniones, augurios y sentencias.

ELMIRA Mi deber de mirar por vuestro nombre
me manda hablar.

ORGÓN (Contrariado.) ¡Hablad enhorabuena!

ELMIRA ¡Ciego estáis!

ORGÓN (Enfadado.) ¡Por Dios, que ya me cansa
ese continuo hablar de mi ceguera!

ELMIRA Mi obligación de esposa es arrancaros
esa **tupida venda.**

ORGÓN (Más irritado.)
Arrancadla, señora; yo prometo
que si al estar sin ella
veo la realidad tan horrorosa
que vuestra pertinacia me presenta,
mi torpe error confesaré en el acto,
arrepentido y a las plantas vuestras...

ELMIRA Cuanto Damis os dijo
fué la pura verdad. Traición artera
os hizo el miserable; en esta misma
habitación me habló de sus tristezas
porque supe oponer a sus pasiones
honrada resistencia...

ORGÓN

(Interrumpiéndola.)

Esposa amada, soy esclavo vuestro,
os consagro mi afecto y las ternezas
que un sano corazón dedicar debe
a su dulce y amable compañera ;
pero os conozco bien, queréis a Damis,
temisteis desmentirle, y la comedia
habéis representado al lado suyo...
¡ Cuántas actrices brillan en la escena

(Cogiéndola cariñosamente la mano.)

con mérito inferior al que mi Elmira
en esta farsa emplea !

Convenceos, señora : si Tartufo
a tanto se atreviera,
no estaríais tranquila
ni tuvierais la frente alta y serena.

ELMIRA

No soy de esas hipócritas mujeres
que al mirarse cercadas
por audaz enemigo,
gritos agudos lanzan,
o se arrojan al rostro del infame
como anhelosas de tomar venganza,
y, pasado el instante del acoso,
como corderas mansas
se avienen a dejar entre las uñas
del lobo astuto, la rizada lana.

¡ Uso la frialdad y la prudencia !
¡ No hay asalto posible a esas murallas !

ORGÓN

Pues prudencia y frialdad es mi divisa,
alguno ha de vencer en la batalla.
Vosotros no hais de ser, que la calumnia
manejaís como arma...

CLEANTO

¡ De impostora os acusa !...

MARIANA

¡ Madre, no os aflijáis !

DORINA

Señora, calma ;

valeos del ingenio, que a nosotras
es el ingenio siempre el que nos salva...

ORGÓN

(A Mariana, y como no queriendo seguir en esta conversación.)

¡ A firmar el contrato !...

ELMIRA

Más despacio,

señor : porque estimo necesaria

una reparación que le devuelva
a mi perdido crédito la fama.
¿Qué diríais si pronto os presentase
una prueba palmaria
de tanta hipocresía
como envenena de Tartufo el alma?

ORGÓN Ya os he dicho que darme por vencido.

ELMIRA ¡Os cojo la palabra!...

¡Escondeos detrás de esa cortina!

¡Vosotros tras la otra! (A los demás.)

ORGÓN ¡Que me agrada!

ELMIRA Llamad ahora a Tartufo; aquí dejadme
sola con él.

ORGÓN Elmira, ¿y si te engañas
y pones en ridículo mi nombre
ante persona tan humilde y santa?

MARIANA ¡Mi mano le daré como desquite!

ELMIRA ¡La suya besaría si él triunfara!

ORGÓN Aceptado el botín de la pelea.
Aquí vendrá Tartufo; tú, Mariana,
no debes escucharle por si acaso
aire sutil a tu rincón llevara
frases que a una doncella
le está perfectamente no escucharlas...

MARIANA ¡Bueno, señor! (Le besa la mano.)

(A Elmira.) Si el cielo me concede
que mi buen padre salga
de tan funesto error, vestir prometo
toda mi vida un hábito por gala.

(Besa a Elmira, da un efusivo apretón de manos a
Cleanto, hace una caricia a Dorina y se va por el foro.)

ESCENA III

Díghos menos MARIANA.

DORINA (A Orgón.)

¿Y a mí, señor, me concedéis luneta
para asistir a esta función?

ORGÓN Tomadla;
¡habríais de asistir de todos modos
con permiso o sin él!

ELMIRA

Orgón, la calma
os recomiendo ; comprended que debo
para vencer usar de todas armas.

ORGÓN

Las que queráis : inútil será todo ;
contra su fe purísima y cristiana
se han de estrellar vuestras habilidades
por sútiles que sean y extremadas.

ELMIRA

Salid del escondite al punto mismo
que el asunto se agrave.

ORGÓN

Confiada
podéis estar. Cuando Tartufo intente,

(En son de burla.)

que sí lo ha de intentar, en sus audacias
vuestra mano oprimir -- ¡ qué oprimir di-

[go !—

con vehemente pasión llegue a besarla,
estrechando tal vez vuestra cintura
que a una palmera habrá de compararla,
yo me presentaré lanzando rayos,
de iracundia feroz, a echarle en cara
su falso proceder... ¿Qué tal, os gusta
el fin que yo preparo a la emboscada?

ELMIRA

De ese modo, señor, pondremos término
a vuestra candidez y a nuestras lágrimas.

ORGÓN

Las mías ya cesaron
y ahora empieza la risa a careajadas.

(Acercándose a la habitación de Tartufo.)

Tartufo, amigo mío,
salid, porque mi esposa aquí os aguarda
que quiere consultaros
sobre puntos que afectan a su alma.

(A Elmira, con mucha ironía.)

Alcemos el telón... «Acto primero ;
Elmira con Tartufo : ella sentada ;
él la contempla con amor inmenso
sin pronunciar palabra ;

Orgón, Cleanto y Dorina, ocultos.

Transcurrida la pausa

dice Tartufo lo siguiente : » Ahora
vos sabréis cómo empieza y cómo acaba.

(Corren a esconderse : Dorina y Cleanto en la primera

derecha; Orgón, en la segunda derecha; Elmira se sienta en el canapé.)

ESCENA IV

ELMIRA y TARTUFO.

TARTUFO ¿Me llamábais, señora?

ELMIRA Sí, Tartufo; os desea mi alma.

Anhele hablaros reservadamente.

TARTUFO ¿Y Orgón? (Receloso.)

ELMIRA Salió de casa.

Una misión le di que con ingenio pude justificar. Hasta mañana no será su regreso.

TARTUFO ¿A dónde ha ido?

ELMIRA Hipócrita su hija y mogigata quiere pasar la vida en lejano convento retirada. Como esta decisión libre me deja de su imprudente y necia vigilancia, pongo todo mi afán en que realice lo que finge halagarla. A este objeto dispuse que mi odiado marido se marchara diez leguas de París, en donde existe Congregación piadosa y apartada de todo trato mundanal que estorbe el fervoroso ardor de las plegarias. Allí ha de detenerse mi aborrecido esposo mientras halla manera de informarse de cuantos requisitos hacen falta para lograr que la gazmoña joven tenga fácil entrada.

TARTUFO ¿Y Cleanto, y Dorina, y Damis?

ELMIRA ¡Todos de Orgón sufrieron natural venganza! ¡Orgón, enfurecido, y con razón, por la cruenta saña conque mal inspirados y atrevidos

de vuestro honor y santidad dudaban,
los arrojó violento de su lado!...

TARTUFO ¡ Ya la hora sonó tan deseada,
de que resplandeciese la justicia
donde tuvo su cetro la falacia!

¿ De modo, Elmira bella,
que pueden nuestras almas
comunicarse ya en dulce coloquio?

ELMIRA ¡ Y aun fundirse las dos en viva llama
de pasión y ternura!

TARTUFO ¡ Estoy absorto!...

Y ¿ a qué obedece tan feliz mudanza?
¿ Cómo vuestro lenguaje, ayer violento,
hoy rápido se cambia
en frases que abren paso venturoso
a muertas esperanzas?

ELMIRA ¡ Si a mi desdén dais crédito, cuán poco
penetráis en el alma
de la infeliz mujer, que cuando niega
débilmente, mostrándose enojada,
quiere dar a enterder que se defiende
por pudor nada más, y que éste acalla
el deseo de dar correspondencia
a la pasión que el hombre la declara!
Al principio luchamos; mejor dicho,
fingimos resistir en la batalla,
queremos convencer al enemigo
de que por más que haga
no le damos cuartel, mas si se fija,
si no es torpe, verá que nuestras armas
cuando de acero son, no tienen punta,
y si de fuego, nunca están cargadas.
Por eso ¡ oh gran Tartufo!
espejo de bondad, figura humana
en que lo celestial se reproduce
como en espejo de bruñida plata,
por eso a decir vuelvo,
la negativa dura y porfiada
no representa que se niega todo,
a veces significa que se aplaza
hasta que la ocasión venga en su ayuda,
misteriosa y callada.

TARTUFO No podéis figuraros
el placer que me causa
escuchar los conceptos amorosos
que vuestro labio exhala,
haciéndome sentir una dulzura
jamás por mí gozada.
Nunca supe, señora,
lo que era ser amado... La campana
que en son regocijado
mi nacimiento al aire proclamaba,
tuvo que suspender su ruido alegre
para anunciar, en triste resonancia,
la muerte de mi madre. ¡Ni aun mi madre
decirme pudo que su amor me daba!
La dicha de agradaros
todo mi ser abrasa;
de vuestro amor depende
que yo alcance de Dios la santa gracia.
Como delicias tales
de lo increíble pasan,
no extrañéis que dudoso
de tan suaves palabras,
en ellas no confíe hasta el momento,
(perdonad la arrogancia),
en que me concedáis dulces favores
que la unión de dos seres afianzan.
(Trata de abrazarla tímidamente; ella le rechaza con suavidad.)

ELMIRA ¡Muy de prisa queréis llevar las cosas!

TARTUFO Cuando se ve la dicha muy cercana
la incertidumbre aumenta
el afán de tocarla.

ELMIRA ¿Tan veloz pretendéis haceros dueño
de la ternura que mi amor os guarda?
La confesión que os hice
¿a vuestra ardiente pretensión no basta?
Amar es lo primero,
y la demostración de que se ama
viene después para sellar el pacto
que hicieran las dos almas.

TARTUFO Mi amor es tan vehemente
que no se satisface con palabras.

Un porvenir colmado de venturas
mi corazón prevé; quiero gozarlas.
Como son tan intensas no las cree;
para no dudar de ellas le hace falta
una prueba tangible, no promesas
que inspiran más que fe desconfianza
y pueden conducirnos a violencias
hoy bien justificadas. (Subrayado.)

ELMIRA

Vuestro amor es tirano.
Por el terror tremendo y la amenaza
quiere imponerse y alcanzar por fuerza
lo que debe lograr la confianza,
el permanente trato
de aquellos que se aman.
Otra cosa, sería
más que sincero amor, pasión nefanda
que una vez satisfecha
nos avergüenza y cansa.

Haciendo en esto como aquel que tiene
ardiente sed que con beber la calma,
arroja el vaso que apagó su fuego
y con frío desdén vuelve la espalda.
Reflexionarlo bien, Tartufo amigo
y veréis la razón de mis palabras.

TARTUFO

Amor que reflexiona,
no es amor, amor manda
con despótica ley; es el torrente
que todos los obstáculos arrastra,
construyendo con ellos
para su trono espléndida morada.
¡Esto es amor!...

(Tratando de ceñir nuevamente con sus brazos la cintura de Elmira y contemplando a ésta con arrobamiento.)

¡ Hermosa como siempre,
o hermosa como nunca, bella ingrata!

ELMIRA

¿Qué diríais de mí si sucumbiera
sin luchar, si yo débil me entregara
a vuestra amable pretensión? Decidme,
¿no hago bastante hoy con escucharla?

TARTUFO

¡ Dios sabe el frenesí con que os adoro!

ELMIRA

¿Lo sabe y lo permite?... ¡ Horror me
[causa!

TARTUFO Escrúpulos dejad ; vuelvo a deciros
que ha de ser mi reserva ilimitada.
Orgón ignorará cuánto sucede,
haré, porque influencia no me falta,
que el Rey le otorgue altísimos honores,
cruces, pensiones, bandas :
títulos de nobleza...

Hasta Grande de Francia
puedo hacer que le nombren ; y engreído
con tanta distinción no verá nada.

ELMIRA Pero y Dios ¿está ciego, o por ventura
en hacerle pensáis Grande de Francia?

TARTUFO Yo respondo de todo : yo os ofrezco,
si poseedor me hacéis de vuestras gracias,
de esos encantos que en mi ser despiertan
abrasadora llama,

gozar en el misterio mi ventura,
arrancarme la lengua, si profana
se atreviese algún día

a pronunciar, no digo una palabra,
una sílaba infame

que pusiera en peligro vuestra fama.

Discreta, comprended, que vuestra honra
ha de estar por la mía resguardada.

El crimen, si en amor existe crimen,
es de los dos ; si el vuestro alguien dela-
el mío a la luz sale [ta,

con todas sus horribles circunstancias,

(Entristecido con megigaterm.)

y ¡ pierdo para siempre

esta aureola santa,

que procuré adquirir con el propósito
de amarnos sin que el mundo se enterara !

ELMIRA (Con ironía desolada.)

Argumentáis de un modo

que es difícil la réplica. No basta
mi natural pudor a disuadiros.

En vista de lo cual os doy la palma
del vencedor que ardiente ha peleado
por conquistar la **gloria** deseada.

(Levantando intencionalmente la voz.)

Y ya que se me obliga

a situación tan ardua,
y no se cree lo que yo aseguro
con la frente muy alta,
pidiéndome obstinado
pruebas de mi lealtad acrisolada,
me someto gustosa
y accedo a la demanda (Todavía más alto.)
de aquel que pretendió que en noche obs-
con la noble verdad le iluminara. [cura

TARTUFO Pero, ¿por qué gritáis de esa manera?

ELMIRA Por dar solemnidad a mis palabras,
porque la fe respiren con que el labio
se atreve a pronunciarlas...

TARTUFO Mi razón se extravía
y en ideas contrarias
que mi mentè perturban,
se revuelve agitada.
Unas veces os creo, y otras dudo.
Decidlo por piedad: ¿nueva asechanza,
que mis planes descubra,
como en otra ocasión se me prepara?
¿Solos estamos?

ELMIRA ¡Sí! ¿Con el recelo
vuestro pecho me paga?

TARTUFO (Mirando a todas partes muy receloso.)
Este silencio dulce y apacible,
estas puertas cerradas,
vuestro rápido cambio,
¿mi ventura delatan
o nuncio son de vil superchería
que contra mí se fragua?

ELMIRA De vuestros mismos ojos
depende que adquiráis la confianza
que perdida mostráis... Tomad las llaves,
abrid las puertas.

TARTUFO (Rechazándolas.) ¡Oh, no; basta!...
De vuestro esposo, al fin, nada me im-
[porta,
es tonto, y aunque aquí con vos me ha-
pronto le convenciera [llara,
de que con vos trataba
del modo de ganar la eterna gloria,

con que premia el Señor las buenas almas.
Mas puede haber criados...

Permitidme que vaya... (Medio mutis.)

ELMIRA (Fingidamente ofendida.)

¡Solos estamos dije!... ¡A pesar de ello,
registrad, si queréis, toda la casa!

(Tartufo vase, mirando a todas partes, por el foro,
después de besar ardorosamente la mano de Elmira.)

ESCENA V

ELMIRA, ORGÓN, CLEANTO y DORINA, que salen precipitadamente de sus respectivos escondites apenas ha desaparecido Tartufo.

ORGÓN ¡No salgo de mi asombro, esposa mía!

¡Un miserable es: perdón os pido!

Fiel Dorina, Cleanto de mi vida,

¿hay hombre más inicuo?

CLEANTO ¡Mis consejos, hermano, eran leales!

DORINA ¡Vuestro error habéis visto!

¡Si todo el que se dá golpes de pecho
es porque tiene en él algo podrido!

ELMIRA ¡Volved al escondite!

ORGÓN He de darle la muerte en este sitio!

ELMIRA Esperad hasta el fin: la última prueba
habéis de presenciar, ¡os lo suplico!
Retiraos; ya vuelve. ¡Virgen mía!

(Tartufo se presenta; Cleanto, Orgón y Dorina, no
teniendo tiempo para volver a esconderse, se retiran a
un rincón de la sala, quedando de modo que no puedan
ser vistos de Tartufo, que se dirige ya fuera de sí y
apasionadamente a Elmira.)

ESCENA VI

TARTUFO, ELMIRA, ORGÓN, CLEANTO y DORINA.

TARTUFO (Gozoso.)

¡Es cierta mi ventura!... He recorrido
todas las galerías y alma humana

en ellas no encontré. ¡Gracias, Dios mío!

¡El momento ha llegado
de realizar el sueño que acaricio!

ELMIRA ¡Conteneos, Tartufo,
que el cielo de este crimen es testigo!

(Quiere abrazar violentamente a Elmira, la cual trata de desasirse: breve instante de lucha.)

TARTUFO ; En vano resistir !... ; Vuestros encantos me pertenecen ya ; no los suplico, los arrebató, aunque el infierno quiera estorbar mi designio !

(Va a apoderarse de Elmira y se interpone Orgón furiosamente, quedando en medio de esta y de Tartufo.)

ORGÓN No es el infierno el que se opone airado a vuestros apetitos :

es el cielo que vela cuidadoso por la esposa que guarda a su marido fidelidad sagrada.

Marchaos de esta casa, falso amigo, si no queréis que el corazón del pecho os arranque ahora mismo y a la cara os lo arroje...

DORINA ; Muy bien dicho !

ORGÓN ¿ Y érais vos el varón justo y honrado a mi casa venido

para infundir en ella la prudencia, la santidad, los rígidos principios que deben profesar los que del cielo quieren hacerse dignos ?

Y ¿ érais vos, hombre infame, el que humilde y contrito deseaba casarse con mi hija para educarla en el amor divino, siendo a la par amante de mi esposa y de mi honor dos veces asesino ?

TARTUFO Una palabra, hermano, una tan sola.

ORGÓN Si es «perdón» la palabra, yo la admito, porque fué la primera que mis padres a decir me enseñaron desde niño ; mas con una advertencia :

que una vez concedido

huyáis de aquí, no sea que la herida que vuestro ingrato proceder me hizo, falsamente cerrada

se descubra de nuevo, y sus latidos en lugar de perdón pidan venganza...

Conque salid al punto, ; hermano mío !

TARTUFO (Acercándose cariñosamente)

¡Mi buen Orgón!...

ORGÓN (Rechazándole.) ¡De lejos quiero hablaros, que de cerca corréis grave peligro!

TARTUFO ¿Qué fué de aquella clara inteligencia, de aquel buen razonar que os ha tenido en mi concepto por persona impuesta en los secretos íntimos que encierra nuestra vida, bosque frondoso de ayes y suspiros? Pegad, pero escuchad. Cuanto ha pasado en beneficio vuestro ha sucedido.

De vuestra amante esposa la virtud probar quise: el amor mío la ofrecí, bien seguro de que nunca fuera correspondido.

Mi propósito era, yo os lo juro por el Dios que nos hizo, una vez rechazado por Elmira, en vuestra busca ir para deciros: ¡Una esposa tenéis que dignamente lleva vuestro apellido!

(Todos hacen ademanes de asombro y de indignación.)

ORGÓN ¡Es imposible más!

(A Cleanto.) ¡Dadme la espada!

¡Tanta impostura ya, pide castigo!

(Tratan de calmarle.)

¡Alejaos de aquí: temed mi cólera; de mi casa os despido!

TARTUFO (Con insolente ironía.) ¡De vuestra casa!

ORGÓN ¡Sí, de ella soy dueño!

TARTUFO (Cada vez más altanero.) ¡Os emplazo y os cito ante el que ejerce la justicia humana!

ORGÓN ¡Y yo ante el Juez divino!

(Nuevos impulsos por parte de Orgón de arremeter contra Tartufo, el cual sale pausadamente de la estancia mirando a todos con lástima e irritante ironía. Cleanto, Dorina y Elmira sujetan a Orgón, quien hace esfuerzos por desasirse; todos lanzan miradas de ira hacia Tartufo. Después que éste desaparece, baja el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

ORGÓN sentado a la mesa, muy abatido. A su lado CLEANTO,
ELMIRA y DAMIS:

ELMIRA Desechad las ideas
que inquietan vuestra mente. Lo pasado
cierto que grave fué, pero os instruye
para lo sucesivo. Dios es sabio
y así lo habrá dispuesto, deseoso
de advertiros de todos los obstáculos
que la vida presenta: ser pudiese
que quisiera con penas prepararos
para ganar el cielo, cuyas puertas
abren, al que ha sufrido, paso franco.

ORGÓN Al que ha sufrido sí, mas no al que ha
[hecho
sufrir a los demás. ¡ Por mí hais llorado,
por mí pusisteis vuestra limpia honra
a los pies del villano,
por mí salió de casa despedido,
sin piedad maltratado,
el hijo de mi alma que a estas horas
perdón tendrá para quien le ama tanto.
(Orgón estrecha la mano de Damis, el cual besa la
frente de su padre.)
¡ El buen Valére, Dorina y Mariäna,
y vos también, hermano, (A Cleanto.)
fuisteis por mí ofendidos!
Perdonadme...

(Cogiéndoles cariñosamente las manos.)

ELMIRA (En tono afectuoso.) ¡Yo soy la que debiera demandaros perdón, que al fin y al cabo amorosas palabras dirigieron

ORGÓN a otro que no érais vos mis torpes labios !
No eran de amor a él, mi buena Elmira ; eran satisfacción que estabais dando al infeliz esposo

que impostora os creyó. Lo que no alcan-
es cómo me fié de sus palabras, [zo
cómo caí en el lazo,
cómo no comprendí que aquel semblante
dulcemente seráfico,
era espeso antifaz con que ocultaba
sus instintos malvados.

• No más gentes devotas ; yo prometo
que la cruz he de hacerlas, como al diablo.
ELMIRA Eso no, esposo mío :

porque os haya engañado
con falsas apariencias
de perfecto cristiano,
no creáis que son todos
hipócritas y falsos...

DAMIS (Con dulzura.) ¡ Hay muchos en el mundo
que en Dios creemos y que a Dios ama-

CLEANTO No es bueno ser escéptico, [mos !
ni conviene tampoco ser fanático...
Lo divino dejemos a una parte
y un poco dediquemos a lo humano,
porque habéis cometido
un gravísimo error.

ORGÓN Decid, Cleanto.

ELMIRA Tiene razón ; error que puede un día
causar en nuestro hogar terrible daño.

CLEANTO ¡ Esa cesión de todos vuestros bienes
ha sido una crueldad !

ORGÓN (Con tristeza.) ¡ Cierto !

CLEANTO Estudiando
un ingenioso medio de anularla,
¿ al fin lo encontraríamos ?

ELMIRA ¡ En bien de vuestros hijos hay que ha-
[cerlo !

DAMIS Por nosotros no importa : los mandatos

que emanan de los padres, como leyes
deben ser por los hijos acatados.

ORGÓN

(Con intensa amargura.)

¡ Esa cesión no significa nada,
es un pequeño error si lo comparo
con otro tan enorme

que nos puede traer luto y espanto !

ÉLMIRA

¡ Explicáos, por Dios ! (Llena de incertidumbre.)

CLEANTO

(Idem.)

¡ Orgón, decidlo,
que tenéis en suspenso nuestro ánimo !

ORGÓN

No sólo le cedí casa y hacienda
en legal documento que he firmado,
sino que al mismo tiempo,
como prueba de afecto puro y santo,
le entregué unos papeles
que recibí de Otón cuando cercado
por agentes del Rey pudo escaparse
y entrar en reino extraño...

En estos documentos se demuestra
que era mi amigo Otón el designado
para entrar en Versalles

y asesinar traidor al soberano.

Esos papeles en tan vil persona
pueden causarme daño,
haciendo sospechar a la justicia
que en aquel atentado

cómplice fui, cuando sabéis vosotros
el respeto y amor que al Rey consagro.

CLEANTO

A buscar al infame corro al punto,
y os juro por mi santo
que he de arrancarle sin piedad la vida
si se niega a entregaros...

ÉLMIRA

(Llegando con él hasta la puerta.)

No la fuerza empleéis ; valeos sólo
de vuestra habilidad...

ORGÓN

(Idem.)

¡ Por Dios, Cleanto,
no le retéis a singular combate,
pues pudiera, traidor, asesinaros.

CLEANTO

Derrame yo su sangre envenenada,
vea su cuerpo en asqueroso fango,
presencie su agonía,
y vengan sobre mí no me acobardo—

todos los males que el Señor me envíe
si dignos de castigo son mis actos. (Vase.)

ESCENA II

Debes y PERNELLI, por el foro. Se tropieza con Cleanto que no la
hace caso.

PERNELLE ¿Qué sucede en esta casa?
Vamos a ver, ¿qué ha pasado?
¿Qué habéis hecho de Tartufo?
¿No respondéis, insensatos?
¡Pero no, no respondais,
lo sé ya todo y me espanto!
¡Pobre Tartufo, infeliz!
¿Qué será de tí faltando
el calor de la familia,
el cariño y el regalo
que tus virtudes merecen?...

(Orgón, Damis y Elmira tratan de disculparse, y Pernelle no los deja hablar.)

¡Es inútil disculparos!
¡La herejía y la impiedad
en esta casa han triunfado!

(Con mucha ironía.)

¡Cante su himno la infamia,
recoja Satán el canto
y ofrézcaselo al averno
en infernal holocausto!

Ya seréis todos felices.

(Ira burlona.)

Tú, hijastra, con tu boato,
con tus espléndidas fiestas,
con tus lucidos saraos,
con el murmullo al oído
de requiebros no inspirados
por la noble cortesía,
sino por fines bastardos.

(A Elmira.)

Este (Por Orgón.) loco de contento
al verse calificado
de persona aristocrática,
de generoso y de sabio,
Damis, derrochando el oro

en amores profanos.
Y mientras, Tartufo humilde
a quien debéis los más sanos
consejos que en vuestra vida
de nadie habéis escuchado,
en el arroyo parece
muerto de hambre y de cansancio,
con el alma dolorida
y el corazón destrozado.

ORGÓN ¿Habéis concluido, madre?

PERNELLE ¡He concluido, hijo ingrato!

ORGÓN Pues sabed que el impostor
este hogar ha profanado...

PERNELLE Testigos...

ORGÓN (Con amargura.) ¡Mis tristes ojos!

DAMIS Y los míos que brillando
de alegría por haber
descubierto a ese malvado,
vieron cómo astutamente,
con acento suave y blando,
arrastrar quiso a mi madre
al deshonor y al escándalo.

ELMIRA ¡Quiso, violento, ultrajarme;
salió de aquí amenazándonos!

PERNELLE ¿Amenazar? ¡Imposible!
No puede el cordero manso
amenazar a los tigres
que en él sus uñas clavarón.

ESCENA III

Dichos y DORINA, por el foro.

DORINA Por vos, preguntan, señor.

ORGÓN ¿Quién es?

DORINA Su nombre no ha dado;
y aquel que no dá su nombre
ni dice a qué viene, ¡malo!
o viene a pedir dinero
o sin pedirlo a llevarlo.

ORGÓN ¡No estoy por oír sentencias!

DORINA Yo no digo lo contrario;

pero a sentencia me huele
el hombre de quien os hablo
porque parece alguacil ;
aunque ahora mejor pensado
no debe ser de justicia,
porque está bien educado.

ORGÓN

Que pase.

DORINA

(Ya en la puerta.) Podéis entrar.

Aquel señor es mi amo.

(Dorina se une al grupo que forman Elmira, Pernel
y Damis.)

ESCENA IV

Dichos y LOYAL, de alguacil

LOYAL

¿El señor Orgón?

ORGÓN

(Con cierto desdén.) ¿Qué hay?

LOYAL

(Muy respetuoso.)

Soy alguacil del Juzgado
y vengo a cumplir el triste
deber de comunicaros
en este oficio que os doy, (Se lo entrega.)
una orden de desahucio
presentada contra vos
por quien hoy es propietario
de esta casa, según consta
en papel que habéis firmado
y elevasteis a escritura
otorgada ante notario.

ORGÓN

(Levantándose irritado.)

Cómo, ¿viene a echarme fuera
de mi casa?

LOYAL

Sosegaos ;
quien os echa no soy yo,
señor, no traigo ese encargo.
Es la ley... Tartufo, dueño
de esta finca, ha reclamado
ante el juez, y si mañana
no dejáis libre este cuarto,
en la mitad del arroyo,
para vergüenza y escarnio,
serán puestos vuestros muebles.

ORGÓN ; Esposa ! (Abrazando a Elmira)

DAMIS Al que os ha mandado
decid...

LOYAL Yo no digo nada,
señor ; yo cumplo el mandato.

DORINA Haced ver a ese bergante...

LOYAL Es inútil... Yo no hago
ver nada a nadie : la ley
es mi ley y yo su esclavo.

PERNELLE ; Pero estáis en vuestro juicio !

LOYAL La pregunta no es del caso
tampoco ; esté o no lo esté,
cumplo lo que me han mandado.

ELMIRA Pero, ¿ es posible que haya
un ser tan vil y tan malo ?

LOYAL Tampoco responder puedo
a lo que habéis preguntado.
Posible o no, a mí me han dicho :
Llevad la orden de desahucio...
En su destino la he puesto
y satisfecho me marchó,
que quien cumple su deber
al Rey le puede hablar alto.

DAMIS ; Si en la vara que ostentáis
no viera representado
a nuestro monarca, os juro !...

(Queriendo acometerle.)

LOYAL (Siempre muy sereno.)
Haréis mal en irritaros.
Dura lex, sed lex... Ya véis
como hasta en latín os hablo...
; Dura es la ley, pero es ley !

DAMIS ¿ Os burláis ?

LOYAL No, ni me extraño
de ser aquí recibido
con tantísimo agasajo.
Acostumbrado ya estoy ;
pues nunca se ha dado el caso
al ir a comunicar
la demanda de desahucio,
de que atento me convida
a comer el demandado.

A vuestro servicio.

ORGÓN

(Con ira.)

¡Basta!

LOYAL

(Con calma y haciendo una corteza.)

Porque basta ya, me marchó.
Y Dios castigue y confunda
al que quiera haceros daño;
es decir, siempre que esté
la razón a vuestro lado.

(Vase ceremoniosamente: Orgón y Damis tratan de
emprenderla con él y son contenidos por Dorina, El-
mira y Pernelle.)

ESCENA V

Dichos menos LOYAL.

ORGÓN

¡Ya duda no tendréis, madre querida!

PERNELLE

Confusa me ha dejado; mas oidme:

¿No será todo esto una comedia
discurrida por él, con altos fines,
para venir después a perdonarte
y hacer que seamos todos muy felices?

ORGÓN

¡Perdonarme!... ¿De qué? (Asombrado.)

DORINA

¡Pues ya lo creo!

Perdonarle de haber sido tan lince
que a tiempo hayáis sabido deshacerle
sus propósitos viles.

(A Pernelle.)

De modo, que si viene, será justo
que mi señor al verle se arrodille
y le diga: «Perdón, hermano mío,
porque tenaz me opuse e irascible
a que mi buena esposa fuese vuestra;
no supe lo que hice,
a mis brazos volved, y yo os prometo
dejaros, desde hoy, el campo libre.»

(A Pernelle.)

ELMIRA

¿Veis aquel a quien busca la justicia
por haber cometido horrendo crimen
ha diez años, robando de las cajas
del Erario francés, cientos de miles
de ducados, hiriendo gravemente
al Tesorero fiel, que hoy triste gime

en obscura mansión hasta que el cielo descubra del ladrón el escondite?
Pues menos criminal es que Tartufo, porque a aquel la ambición pudo inducir-
mas no en la religión buscó su apoyo [le,
como este miserable al que maldice
nuestra lengua pidiendo al Ser Supremo
que a su inmensa maldad castigo aplique.

(Damis desaparece por el foro sin ser notado.)

PERNELLE Vamos, que no me doy por convencida;
mi corazón me dice

que es Tartufo la víctima inocente
que pretendéis que aquí se sacrifique.

DORINA A vuestro corazón no le hagáis caso
porque de puro añejo ya no rige...

ESCENA VI

Dichos y VALÉRE, que entra precipitadamente.

VALÉRE Con gran pena, señor, vengo a afligiros.
Gran peligro corréis. He descubierto
por amistoso aviso, que Tartufo
al Monarca entregó los documentos
que tanto os comprometen; el infame
los presentó diciendo
que el Otón que aparece allí nombrado
para entrar en Versalles encubierto
y asesinar al Rey, érais vos mismo.

(Espanto y asombro en todos.)

DORINA }
ELMIRA } ¡Qué horror!

PERNELLE

ORGÓN

¡Dejadme!... Ni un momento
me es posible vivir bajo una afrenta
que empaña mi honradez de caballero,
presentándome al Rey como asesino.
¡Quiero que el Rey me escuche!

(Trata de salir y los demás le contienen.)

VALÉRE

No es discreto
en el presente instante... El Real enojo
tomó unos caracteres tan violentos
que vuestra detención fué decretada.

Aquí vendrán para llevaros preso.
Mi carroza está abajo : con la fuga
puede evitarse el golpe ; yo me ofrezco
a dejaros en sitio donde nadie
acierte a descubriros.

ORGÓN

No lo acepto.

La fuga significa que hay delito,
yo no soy criminal y aquí me quedo.
Préndame la justicia cuando quiera ;
a la de Dios me entrego.
Si ella me cubre con piadoso manto,
de la humana justicia nada temo.

ESCENA VII

Dichos y TARTUFO, por el foro, con DOS GENDARMES.

TARTUFO En nombre del Monarca soberano,
de quien la ley emana, daos preso.

ORGÓN ¡ Miserable !

TARTUFO ¡ Dejad, Orgón, ahora
el insulto grosero !

(A los gendarmes.) Cumplid vuestro deber...

[¡ El Rey os manda

que a su presencia conduzcáis al reo
de lesa Majestad, cuya existencia
quiso amparar el cielo
del puñal asesino que este hombre
en su mano blandió torpe y soberbio !

ORGÓN ¿ Así pagáis la noble complacencia
conque os traje a mi casa ; este es el pre-
de haberos entregado mi fortuna [mio
y con ella mis más puros afectos ?

ELMIRA En el arroyo os encontró sin vida.
Exhausto vuestro pecho
de amoroso calor, porque os hallábais
sin hogar, sin parientes y sin deudos,
¡ de la muerte os libró mi buen esposo !
¿ Con la traición pagáis ?

PERNELLE ¡ Tartufo, os ruego
por lo que más ameís !...

TARTUFO Yo no amo a nadie :
mi norte, la justicia y mi derecho.

Esta mi casa es ; habita en ella
un traidor a la Patria, y si no puedo
conseguir con razones que me dictan
cristianos sentimientos
de aquí desalojaros, la violencia
ejerza al fin su natural empleo.

(A los gendarmes.)

Con esta cuerda atad al enemigo
de la pública paz de nuestros reinos,
al que intentó acabar la excelsa vida
de nuestro amado Rey, que guarde el cie-
lo al que mi propiedad robarme quiere, [lo :
al que robó también, huyendo luego,
el Erario francés, traidor clavando
en su fiel guardador agudo acero.

(Les entrega una cuerda. Espanto en Elmira, Dori-
na, Pernelle, Valère y Orgón, al que todos abrazan
para defenderle de la acometida de los gendarmes.
En esta lucha aparecen en el foro, Cleanto, Damis,
un joven militar y el Exento, el cual arrebató de las
manos de los gendarmes, de una manera violenta, la
cuerda que les entregó Tartufo.)

ESCENA ULTIMA

Dichos, CLEANTO, DAMIS, VALÈRE, el EXENTO (agente de
policía de uniforme) y un JOVEN, con uniforme, perteneciente al
ejército francés.

ELMIRA Valère, Cleanto, diga vuestra lengua
lo que explicar no puede nuestro labio
por la injusticia mudo.

CLEANTO Yo no tengo
derecho a hablar aquí. Alguien más alto
hará escuchar su voz, que en la justicia
buscó la inspiración de sus mandatos ;
hable el Exento en nombre
de nuestro Soberano.

(Damis, dando muestras de regocijo, se une al grupo
formado por su familia.)

EXENTO Joven Richard, ¿reconocéis en éste
(Por Tartufo.)
el asesino al cual hais delatado

- en presencia del Rey?
- JOVEN Por las insignias
que honran mi pecho juro y por Dios San-
que el asesino fué de mi buen padre. [to,
Entrar le ví en Palacio,
reconocile al punto y al Monarca
le delaté en el acto.
Sus órdenes cumplid, antes que ciego,
y de venganza avaro,
me tome por mí mismo una justicia
que sólo al Rey ejecutar es dado.
(A una indicación del Exento, atan los gendarmes a
Tartufo, que en vano se resiste.)
- TARTUFO ¡ Calumnia vil !
- DORINA (A Pernelle y a los demás, en son de burla.)
¡ Que siempre la desgracia
persiga al inocente y al más santo !
¿ Os convencéis ahora? (A Pernelle.)
- PERNELLE ¡ También Cristo
fué por sus enemigos ultrajado !
- DORINA Y bajó a los infiernos...
y subió, ¡ pero éste queda abajo !
- EXENTO (Viendo que Tartufo se resiste cada vez con más ener-
gía.)
Ante el Rey probaréis vuestra inocencia.
Si os resistís os llevaré arrastrando.
- TARTUFO ¡ Mi maldición os dejo ! ¡ Dios permita
que de los ojos no se os seque el llanto,
que en horrible martirio vuestra vida
no sepa lo que es paz !...
- ORGÓN (Viendo que empujan y maltratan los gendarmes al
desaparecer con él y con el joven oficial.)
¡ No le hagáis daño,
que nos mueve a piedad !
- ELMIRA Yo le perdono.
- DORINA Y yo ; mas por lo pronto sujetadlo.
- TARTUFO (Desesperado.)
¡ De todos me burlé ; me habéis servido
de diversión por necios e insensatos !
(Lo empujan de nuevo y salen bruscamente por el fo-
ro. Los demás quedan en la puerta del mismo como
contemplándole piadosamente. MARIANA sale apre-

suradamente por la segunda derecha y se abraza a su padre.)

MARIANA Padre ; mis voces el cielo escuchó. ¡ Bendito sea !

CLEANTO Y el Monarca Luis XIV se dignó escuchar las nuestras.

(Señalando a Damis.)

A sus pies, Damis y yo,
le expusimos nuestras penas,
dándole a entender con lágrimas
lo que callaba la lengua.
Lo demás lo habéis oído.
Sin duda la Providencia
tomó a su cargo la dicha
que hoy a todos nos rodea.

ORGÓN Al templo a rendirle gracias...

(A Valére y a Mariana.)

Vosotros, amadas prendas
de mi corazón, que ahora
empezáis vuestra existencia,
no os fieis de aquellos seres
que ante el mundo se presentan
como fieles servidores
de una religión severa.

A Dios se ama dulcemente,
que dulce es su faz, y enseña
que su santa religión
no se funda en la violencia.

La religión que está siempre
en los labios, no es la buena :
la que se siente en el alma
y en el alma se venera,
para que la luz del sol
no profane su pureza,
esa es, amados hijos,
la religión verdadera.

(Abraza a Valére y a Mariana. Los demás le rodean formando cuadro tierno y conmovedor.)

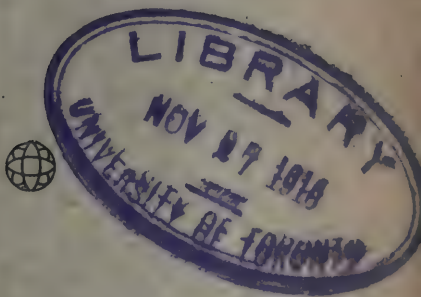
FIN DE LA OBRA

JOSE FOLA IGURBIDE

No. 169.

EL CRISTO MODERNO

Drama moral y filosófico en cinco actos
divididos en once cuadros



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

EL CRISTO MODERNO

DRAMA MORAL Y FILOSÓFICO EN CINCO ACTOS
DIVIDIDOS EN ONCE CUADROS

ORIGINAL DE

José Fola Igúrbide

Estrenado con extraordinario éxito en el
Teatro de la Princesa, de Valencia,
el 7 Diciembre de 1904



BARCELONA
BIBLIOTECA « TEATRO MUNDIAL »

15. Barbará, 15.

1916

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

Al inspirado y genial actor

DON MIGUEL MUÑOZ

*¿Quiere V. dos flores, amigo Muñoz?
Allá van... Una es la admiración que V. me
inspira como artista creador de Octavio;
otra el cariño que le profeso por sus bellas
prendas personales.*

EL AUTOR

REPARTO

Personajes

Actores

AURELIA.	Enriqueta Val.
PAULOWA (mujer profana)	Enriqueta Palma.
OCTAVIO IVANOFF	Miguel Muñoz.
ALEJANDRO ALEIXEFF (estudiante.)	José Hompanera.
PLTRONIO IVANOFF (General Gobernador de Moscou)	Enrique Araixa.
KELLERMAN (Obispo de la iglesia ortodoxa de Rusia)	José G. Leonardo.
CORONEL DE GRANADEROS	José M. ^a Gil.
STOESSEL (Jefe de policía)	Vicente Vresque.
MIGUEL COLISSOFF (compañero traidor)	Eduardo Giménez.
CIUDADANO 1. ^o (conspirador)	Marcelino M. Llores.
CIUDADANO 2. ^o (conspirador)	Juan Rodríguez.
ALCAIDE de la cárcel de Moscou	Pedro Baranaga.
GUARDIÁN CALABOCERO	Enrique Giménez.
OFICIAL DE GUARDIA en el palacio del Ge- neral Gobernador	Vicente Alandí.
OFICIAL DE GUARDIA de la cárcel de Mos- cou.	José Quesada.
UJIER	Juan Rodríguez.
INDIVIDUO DE POLICÍA	Jorge Rubio.

*Generales, jefes y oficiales del ejército ruso, cosacos
e individuos de policía, mineros y obreros.*

La acción en Moscou, en nuestros días.



ACTO PRIMERO

La escena un pequeño gabinete reservado en el palacio del general ruso Ignoff. Salidas al foro y laterales. Mesa de escribir. Escritorios con libros.

CUADRO PRIMERO

EL ESPIRITU DE TOLSTOY

ESCENA PRIMERA

Supónese que en el palacio del general tiene lugar un baile. Dentro oíese orquesta, y por el foro pasan algunas elegantes parejas. Al levantarse el telón aparecen OCTAVIO IVANOFF y su madre AURELIA.

OCTAVIO No insistas, madre...

AURELIA ¿Pero te sientes mal?

OCTAVIO Tú lo has dicho.

AURELIA ¡Ah, Octavio! ¡Octavio!

OCTAVIO (Que se había sentado en un sillón se levanta al ver llorar a su madre.) No llores... Lo que ha de ser será.

AURELIA ¿No temes las iras de tu padre?

OCTAVIO Más que a las tuyas... Tú eres tiernísimo lirio. Tu amor es dulce bálsamo que se vierte por todos los rincones de mi alma. Pero mi padre, ¡oh, mi padre!

AURELIA La alarma que siento es cada vez mayor, viendo la tirantez de vuestras relaciones.

OCTAVIO Somos dos polos opuestos. ¿Sabes cómo

le llama el pueblo que gime bajo su férula?

AURELIA Quisiera no saberlo.

OCTAVIO No le llama su Gobernador. Le llama su tirano, su déspota, su verdugo...

AURELIA Pero es tu padre...

OCTAVIO ¿Y tiene queja de mí? ¿No ves con qué humildad y mansedumbre recibo sus violentos apóstrofes?

AURELIA He ahí precisamente lo que más le irrita... Dice que esa conducta es indigna de un Ivanoff y de la energía de tu raza.

OCTAVIO Entre él y yo media un abismo. No podremos jamás entendernos. Sólo me aflige una cosa.

AURELIA ¿Cuál?

OCTAVIO Tenerle por padre...

AURELIA Calla, Octavio. Me haces mucho daño.

OCTAVIO Sí, debo callar para no acusarle en tu presencia como merece... Vete al salón. El baile está en su apogeo. Distrae tu pena en aquel torbellino de máscaras...

AURELIA Pero, ¿y tú?

OCTAVIO Yo me quedo. Excúsame con cualquier pretexto si alguno de esos personajes se acuerda de Octavio.

AURELIA ¿Y por qué no vienes? Para entregarte a tu sempiterna lectura. Para dar toda la savia de tu cerebro a ese Tolstoy, cuyos libros te han seducido.

OCTAVIO Dí más bien que me han salvado, haciéndome conocer la Verdad.

AURELIA ¿Y qué le digo a tu padre?

OCTAVIO Que me he sentido indispuerto. Esta es una mentira que puede tolerarse.

AURELIA No dará crédito a mis palabras. Se pondrá furioso.

OCTAVIO Tú eres la única que sabe calmarle.

AURELIA Mi influencia se va estrellando en aquel carácter indómito. Temo una escena violenta.

OCTAVIO ¡ Siempre así ! Siempre con la espada de Damocles suspendida sobre mi cabeza.
AURELIA No te aflijas. Procuraré calmarle...
OCTAVIO ¡ Perdóname !...
AURELIA Te perdono. Buenas noches.
OCTAVIO Buenas noches. (Vase Aurelia por el foro.)

ESCENA II

OCTAVIO.

¡ Gocen los grandes ! ¡ Diviértanse los poderosos, mientras que el pueblo yace en la esclavitud ! Interin allá en los salones gira aquel torbellino de placer y de luz, yo daré un nuevo avance a mi obra cristiana. (Se sienta junto a la mesa y se prepara como para escribir.) ¡ Ideas del bien, afluid a mi mente ! (Lee y va corrigiendo con la pluma el escrito ya hecho.) Puesto que no nos es posible conocer el verdadero sentido de la vida, lo mejor es conservarla para el amor y la justicia. Todo lo que atente al amor común debe desecharse como contrario a la justicia. Nadie tiene derecho al propio bienestar, si antes no está seguro del bienestar ajeno. En el caos social que reina, lo mejor que pueden hacer la ciencia y el arte, es coadyuvar al bien de todos para que el mal desaparezca de la esfera del mundo, mas para esto, es menester que la labor empiece con la perfección del individuo. Esta es la doctrina.

ESCENA III

Dicho y ALEJANDRO ALEIXFFE, por el foro, vestido con un traje de dominó negro y antifaz.

ALEJAN. (Desde el foro, con cierto temor.) ¡ Octavio !
OCTAVIO ¿ Quién me interrumpe ?

- ALEJAN. Soy yo. (Quitándose el antifaz.)
OCTAVIO ¿Tú, Alejandro?
ALEJAN. El mismo.
OCTAVIO Todavía no doy crédito a lo que ven mis ojos.
ALEJAN. Yo soy, no lo dudes.
OCTAVIO Tú, el estudiante... el cómico... el revolucionario...
ALEJAN. Hace tiempo que no hago comedias, mi querido Octavio.
OCTAVIO ¿Pero no temes que?...
ALEJAN. ¿Que me descubran y que tu padre me haga descuartizar en uno de esos rasgos de piedad que tanto le caracterizan?
OCTAVIO Has adivinado mi pensamiento. Tiemblo por ti.
ALEJAN. Nada temas. Hay muchas máscaras en el salón. Te he visto salir con tu madre y he comprendido la causa. Te aburre aquella grandeza, mejor dicho, aquella injusticia. Dame esa mano, Octavio.
OCTAVIO Aprietas mucho.
ALEJAN. Es porque quiero en ella esculpir el afecto que me inspiras.
OCTAVIO Entonces, tritúrala si quieres. ¿A qué has venido?
ALEJAN. En servicio tuyo.
OCTAVIO ¿Cómo? Explicate.
ALEJAN. Antes dime: ¿Corremos aquí peligro de ser oídos?...
OCTAVIO No. Se hallan muy distraídos en el baile. Habla.
ALEJAN. Y si vinieran, ¿no podría escabullirme por algún lugar secreto?
OCTAVIO Sí.
ALEJAN. Entonces ya respiro. Ahora me ha dado por amar mucho la vida.
OCTAVIO ¿Si es para utilizarla en alguna acción generosa?...
ALEJAN. ¡Rusia sufre!
OCTAVIO Es verdad.
ALEJAN. La revolución se impone.

- OCTAVIO ¿Todavía más sangre?
- ALEJAN. Escucha ¿Tu crees que sólo escribiendo obras humanas se pone remedio a los males del pueblo oprimido? Te equivocas. Mientras no desaparezca la pasión no podrá desaparecer la violencia. ¿Y qué es la vida más que un conjunto de pasiones? ¡Viva la libertad, Octavio! ¡Viva la libertad!
- OCTAVIO No te entusiasmes; baja la voz.
- ALEJAN. Es verdad, que puede oírme uno de los hombres más implacables de la tiranía... El verdugo...
- OCTAVIO ¡Alejandro!
- ALEJAN. El miserable que emborracha a sus legiones de cosacos para que asalten las aldeas de indefensos campesinos, atropellando a sus mujeres y a sus hijas, y haciendo correr la sangre hasta enrojecer las aguas de los ríos patricios...
- OCTAVIO ¡Es mi padre! (Cayendo desalentado en una silla.)
- ALEJAN. No... No es tu padre. La Naturaleza es nuestra madre universal. Tu padre es un monstruo de la Naturaleza.
- OCTAVIO Calla, por Dios. ¿A esto has venido?
- ALEJAN. He venido para decirte: Octavio: Octavio, se aproxima la hora del castigo. Tú eres un santo... Tú eres bueno. Abandona este palacio execrado por el pueblo... La ira popular, cuando estalla, es como el rayo potente, que al desprenderse de la nube, no mira dónde cae.
- OCTAVIO ¡Poder de Dios! Siempre la idea del exterminio enroscada en el cerebro del hombre... Le matarán ¿y qué? Vendrá otro general con más violencia a llenar las mazmorras con otros seres inocentes... Se regocijarán de nuevo las horcas, haciendo bailar sus racimos de hombres. Girará la rueda, mas no saldrá de su

eje... Entiéndelo bien ; no saldrá de su eje.

ALEJAN. Se hará justicia.

OCTAVIO Escucha, Alejandro... Hemos estudiado juntos en las aulas. Allí nuestras almas se hicieron una sola ; pero nuestras ideas chocaron desde polos opuestos. Tú combates el mal a sangre y fuego. Yo creo que el mal se combate con el ejemplo que nos dió Jesús : no haciendo armas contra él... Transformando al hombre por medio de la persuasión y la humildad.

ALEJAN. Entonces, ¿cómo Jesús sacó a los fariseos del templo a latigazos?

OCTAVIO Porque no hay cosa que indigne tanto al más excelsa espíritu, como el pernicioso ejemplo que dan los malos sacerdotes... Si ellos fuesen verdaderos cristianos ; si se despojasen de sus riquezas ; si predicasen con el ejemplo y se hicieran amar por el pueblo, los males que éste sufre acabarían por tener su límite en la dicha común... Mas no hay que pensar en esto ; hijos son de la Tierra y manchados están de sus impurezas.

ALEJAN. La rama estéril se poda... Al insecto dañino se le extermina... Esa es la ley de conservación de la vida... Con tu doctrina no haces más que variar el sujeto que recibe el daño, sin extinguir el mal que se produce.

OCTAVIO No te comprendo.

ALEJAN. Dejando al mal victorioso éste cae sobre los buenos. Nuestro plan es distinto. Ya que al mal se le juzga irremediable, que caiga, al menos, sobre los otros, sobre los malos.

OCTAVIO Este es un accidente de la vida, pero no su ley. Hay que buscar el bien de todos. ¿Cuál es el camino más acertado? He aquí el gran problema.

ALEJAN. ¡Silencio!

OCTAVIO Mi padre llega. Ven conmigo. (Vase por la derecha.)

ESCENA IV

Dichos y el general PETRONIO IVANOFF, de gran uniforme, AURELIA por el foro. El general da muestras de una gran irritación.

IVANOFF ¿Octavio?

AURELIA No está. ¡Déjale!

IVANOFF ¿Se habrá refugiado en la sala inmediata?...

AURELIA Por Dios, Petronio, modera tus ímpetus.

IVANOFF Por esta vez no han de valerle las ternuras de una madre demasiado débil. Aquí estuvo escribiendo... ¿Qué ha escrito? (Leyendo.) «Puesto que no nos es posible conocer el verdadero sentido de la vida, lo mejor es conservarla para el amor y la justicia.» ¿Lo ves? Doctrinas revolucionarias... Bien dice el señor Kellerman que germina en mi propio palacio la funesta semilla. ¡Ira de Dios! ¿Y estos libros? ¿Otra vez Tolstoy? Aquí tienes el veneno que emponzoña el alma de ese mozo. Deberé hacer un escarmiento. (Examinando los libros que contiene una de las estanterías y arrojándolos furiosamente al suelo, a medida que va leyendo sus títulos.) ¡Resurrección!,

¡La verdadera vida!

AURELIA ¿Qué dices, Petronio?

IVANOFF ¡Tolstoy! ¡Siempre Tolstoy!

AURELIA No tocarás ni a uno solo de los cabellos de nuestro hijo...

IVANOFF Inútil será que trates de defenderle... Estoy harto de que me llamen Petronio el Cruel... Me llamarán también el Justo. Le impondré un castigo.

AURELIA No; tú no harás eso. Es sangre de tu sangre...

- IVANOFF Se ha desnaturalizado.
- AURELIA Repito que no tocarás ni a uno sólo de sus cabellos.
- IVANOFF No tardarás en verlo.
- AURELIA Mira, Petronio... Bueno es que emborraches a tus cosacos y los lances contra indefensos campesinos. Bueno es que en defensa de tu rey y señor, degüelles a quien te plazca. Pero nuestro hijo Octavio es sagrado para ti.
- IVANOFF La ley debe ser igual para todos. Cada uno de estos escritos arroja más combustible a la hoguera que una proclama revolucionaria.
- AURELIA Bueno, sea como fuere... Yo soy su madre.
- IVANOFF ¡Tú eres su madre! ¡Tú eres su madre! Siempre con la misma frase.
- AURELIA Como que se me va del corazón a los labios.
- IVANOFF Amor ciego que acabaría por ponerme en ridículo a los ojos del Czar, si yo no tuviese bastante energía para impedirlo.
- AURELIA Te pido una tregua.
- IVANOFF ¿Aún no te has convencido de que ese mozo es incorregible?
- AURELIA Acaso esta noche deje de serlo.
- IVANOFF ¿Cuál es tu propósito? Sepámoslo, si quieres que se modere algún tanto mi justa cólera.
- AURELIA Paulowa está en el baile...
- IVANOFF ¿Cómo? ¿Quién la ha invitado?
- AURELIA Yo... Paulowa es la mujer más hermosa de Moscou.
- IVANOFF Y también... Prosigue.
- AURELIA Hace algunos años se vió acosada inútilmente por Octavio. ¿No crees posible que renazca la llama de aquella pasión?
- IVANOFF ¿Tú pretendes que?...
- AURELIA Sí. Que le seduzca... Que caiga en sus brazos... Y que el amor le haga volver a

la realidad... ¿No te parece bueno mi propósito?

IVANOFF Acaso sea el único.

ESCENA V

Dichos y OCTAVIO, por la derecha.

OCTAVIO ¡Padre! (Pausa.)

IVANOFF ¿Cómo te atreves a presentarte ante mis ojos?

OCTAVIO Mi espíritu está tranquilo: de nada me acusa.

IVANOFF ¿Y esos libros? ¿Y este escrito?

OCTAVIO Los libros son de mi maestro... El escrito es mío.

IVANOFF ¿Quién soy yo?

OCTAVIO Tú eres mi padre. Y esa buena mujer, imagen del dolor, esa es mi madre.

IVANOFF ¿Quién es aquí el Gobernador?

OCTAVIO Tú.

IVANOFF ¿Sabes cuál es tu pena?

OCTAVIO Se funda en la crueldad de tus actos.

IVANOFF ¿Qué osas decir?

AURELIA ¡Octavio!

OCTAVIO La verdad, señor...

IVANOFF ¿Qué dice a esto la madre? Mira el fruto que dan tus contemplaciones... La rebeldía.

OCTAVIO Ahórcame, si te place.

IVANOFF Ya lo hice con otros mejores que tú.

AURELIA (Aparte a Ivanoff.) Petronio, no olvides que es tu hijo.

IVANOFF Aparta, Aurelia. Cada vez se hace más necesario el castigo. (Pausa.) Desde mañana habitarás en el gabinete más retirado de palacio. ¿Quieres soledad? La tendrás... Tan completa, que no te han de acompañar ni los libros que envenenan tu entendimiento. Despídete para siempre de Tolstoy.

OCTAVIO ; Cuán engañado vives, padre ! La buena doctrina la llevo ya esculpida en el alma... Enciérrame en la mazmorra más oscura. Yo me hallaré siempre rodeado de luz.

IVANOFF ; Hermoso lenguaje ! Así has ofendido al señor Kellerman, con esas teorías anti-sociales.

OCTAVIO Confieso que ese señor Obispo no me inspira el menor afecto ; mas no te aflijas, porque él me detesta profundamente. De modo que estamos en paz.

IVANOFF El es un santo varón. ¿Y qué eres tú? Un revolucionario.

OCTAVIO Yo no soy revolucionario en el sentido que tú le das a la palabra.

IVANOFF ¿Luego les aborreces como yo? ¿Como toda persona de orden? Salga esa confesión de tus labios y te perdono, volviéndote a mi gracia.

AURELIA ; Qué hermosa ocasión, hijo mío ! Satisface los deseos de tu padre.

OCTAVIO No puedo complacerte... Por tí lo siento, madre mía.

IVANOFF ¿Qué sentido, entonces, hemos de dar a tus palabras? ¿No acabas de decir que no eres revolucionario? ¿O gira tu pensamiento como veleta de torre?

OCTAVIO Y lo repito.

IVANOFF ¿Qué eres tú?

OCTAVIO El espíritu del porvenir, no sólo del pueblo ruso, pero también de la Humanidad. Yo soy más que la revolución de un pueblo ; soy la revolución de todos, la más grande que se conoce. Soy la antorcha que guía al hombre, apartándole de los campos de batalla, haciendo que no crea en fronteras, en iglesias fanáticas, ni ritos supersticiosos. Soy quien le aparta de todo prejuicio de raza, de color y de pueblo, predicando el amor de todos

y el odio de ninguno. Y como condeno la violencia, te condeno a ti el primero.

IVANOFF ¿Qué osas decir?

OCTAVIO Perdóname si te ofenden mis palabras, mas yo debo decir la verdad.

IVANOFF ¿Y te atreves a increparme?

OCTAVIO Sí: te increpo por tu conducta inhumana.

IVANOFF (Sin poderse contener, dándole un fuerte bofetón.)

¡Toma, deslenguado!

AURELIA (Abrazándose a su hijo.) ¡Octavio! ¿Qué has hecho, Petronio?

OCTAVIO (Procurando desasirse de los brazos de su madre, con mucha dulzura.) Nada temas... No lucharé contra mi padre.

IVANOFF Te haré abofetear por mis lacayos, hasta que asome el carmín a tu cara.

OCTAVIO No conseguirías tu objeto... Saltaría a mi rostro la llamarada de la sangre; pero no el relámpago de la ira. No te canses, padre. Tu misión es la guerra. La mía es la paz. Tú naciste en mal hora para el exterminio. Yo nací para el amor de la humanidad. Tu destruyes... Yo edifico.

AURELIA Vamos, Ivanoff; vámonos de aquí.

IVANOFF ¡Espera!... ¿Y eres tú el descendiente de los héroes más famosos de Rusia? ¿Y circula por tus venas la sangre de los Ivanoff?

OCTAVIO Mi espíritu se ilumina con la luz de la verdad. Los tiempos han cambiado, padre. Los pueblos se despiertan unos a otros. La verdad está en marcha. Es inútil que pretendas ahogar con ríos de sangre el grito de libertad que pugna por salir de millares de gargantas oprimidas... Ese grito resonará en breve por todos los horizontes y todos los ámbitos... ¡Ay de ti, padre!... ¡Ay de ti!... Si te opones al avance del progreso humano, caerás aplastado como débil grano de arena que rueda por los suelos al

soplo del huracán. Ahora, mátame si te place.

IVANOFF ¡ Miserable !

AURELIA (Interponiéndose entre ambos.) ¡ No, monstruo ! No le matarás. ¡ Estoy yo aquí para impedirlo ! (Ivanoff lanza un rugido.) Desahógate rugiendo como el león del desierto.

IVANOFF Tú le has salvado la vida. (Vase por el foro, siguiéndole Aurelia.)

ESCENA VI

OCTAVIO

¡ No siento el escozor de la mejilla ! ¡ Mi daño está más hondo !

ESCENA VII

Dicho y ALEJANDRO, por la derecha.

ALEJAN. Ese es todo un Gobernador.

OCTAVIO ¡ Todavía aquí ! ¿ No encontraste la salida ?

ALEJAN. Sí ; pero el afán de curiosidad se apoderó del instinto de conservación.

OCTAVIO ¿ Luego habrás oído ?

ALEJAN. Todo.

OCTAVIO ¡ Estoy afrentado !

ALEJAN. Pero estuviste enérgico. Yo creí que la piedad estaba reñida con la energía.

OCTAVIO Energía y piedad... Todo es fuerza del espíritu. A veces, para ser piadoso, se necesita más energía que para ser valiente.

ALEJAN. Yo no hubiera resistido tan tremendo bofetón.

OCTAVIO ¿ Ni aún de tu padre ?

ALEJAN. De un padre como ese, no.

OCTAVIO Yo hubiera caído sin protesta bajo el filo de su espada.

ALEJAN. Te equivocas. Cuando trató de arrojarle

de nuevo sobre tí, yo le apunté con el cañón de mi revólver.

OCTAVIO ¿Qué hiciste?

ALEJAN. Velar por tu vida detrás de esos cortinones, y si no se interpone tu madre...

OCTAVIO Gracias. Mas yo te hubiera execrado.

ALEJAN. Pero Rusia me hubiera bendecido... Y el pueblo de Rusia es más grande que tú.
(Pausa.) ¿Qué contestas a eso?

OCTAVIO Por el momento no sé qué decirte.

ALEJAN. Ese silencio es mi apología. Estoy satisfecho.

OCTAVIO ¡Pobre pueblo ruso!

ALEJAN. Y bien, ¿qué piensas hacer?

OCTAVIO Llegar hasta el sacrificio.

ALEJAN. El sacrificio estéril no debe entrar en el plan de ninguna doctrina.

OCTAVIO ¿Acaso fué estéril la sangre derramada en el Gólgota?

ALEJAN. Tú no eres Jesús.

OCTAVIO Pero sigo sus huellas.

ALEJAN. No divaguemos, Octavio. Aquel suplicio ha llenado la historia de todo el mundo, pero el tuyo no saldrá de las cuatro paredes de un calabozo. Dime si quieres ser útil a la Humanidad.

OCTAVIO ¿Eso me preguntas?

ALEJAN. Entonces abandona este palacio, mansión de la tiranía. ¡Que cada cual siga su destino! Tú puedes con tus escritos difundir la buenanueva por todos los cerebros.

OCTAVIO ¿Y cómo?

ALEJAN. Por medio de la prensa clandestina. Nosotros tenemos varias. Seremos compañeros de lucha. Tú, agitando la idea, y yo, preparando la revolución, hasta caer en un común suplicio, si es necesario.

OCTAVIO Confieso que tu elocuencia me seduce, pero aún tiene que asaltar la última trincheira... Mi corazón se desgarrá pensando en el dolor que voy a causar a mi madre.

ALEJAN. Mayor dolor será el suyo si te ve perecer

en triste cautiverio... La cárcel de oro no hace menos obscura y triste la falta de libertad del prisionero.

OCTAVIO Tienes razón... Debo abandonar la casa de mis padres, no para huir del sacrificio, sino para hacerlo menos infructuoso.

ALEJAN. Mañana, a las diez, te espero a espaldas de la Universidad, donde un día reñimos a brazo partido, siendo estudiantes. ¿Te acuerdas?

OCTAVIO Lo recuerdo... Hasta mañana.

ALEJAN. ¡Adiós!

OCTAVIO ¿No te vas por la puerta que te indiqué?

ALEJAN. No... voy a confundirme de nuevo entre las máscaras. Necesito tomar notas de lo que se gasta en lo superfluo. (Vase por el foro.)

ESCENA VIII

OCTAVIO.

Sólo he quedado con mis pensamientos... ¡Ah! Cuánto valor se necesita para ser bueno... Aun al sentir el golpe de la bofetada se estremecieron mis nervios... Aun el rayo de la ira quiso salir del organismo material para aplastar al autor de la afrenta... Pero vencí... vencí en la terrible lucha... Creo que este acceso de coraje será el último... Toda la fuerza de mi ser la necesito para el sufrimiento... Pero Alejandro tiene razón... El sacrificio ignorado, estéril, es sencillamente ridículo... Mi deber está, no en evitarlo, ya que parece preciso, sino en procurar que resulte provechoso... ¡Jesús mío! Dame valor... No sé si podré imitarte... Esto es mucho para la flaca naturaleza del hombre. (Sepulta la cabeza entre las manos.)

ESCENA IX

Dicho y PAULOWA, con antifaz, vistiendo un rico traje de Sultana, por el foro.

PAULO. (Acercándose sigilosamente hasta situarse muy cerca de Octavio.) ¿Octavio?

OCTAVIO ¿Quién pronuncia mi nombre? ¡Ah!
¡Una máscara!

PAULO. ¡Una máscara, sí!

OCTAVIO No es este tu lugar.

PAULO. ¡Mírame!

OCTAVIO ¿La del rico traje de Sultana? Bueno;
vuélvete al salón...

PAULO. Qué sequedad la tuya... ¿Ni siquiera te
inspiro el interés de conocerme?...

OCTAVIO Supongamos que seas muy bella... Me es
indiferente.

PAULO. No es la belleza la incógnita que me trae.

OCTAVIO ¿Cuál otra puede justificar tu presencia
en mi gabinete?

PAULO. La fuerza del cariño.

OCTAVIO ¿Acaso vienes a decirme que te has ena-
morado de mí?...

PAULO. Me agrada que ahorres palabras inúti-
les.

OCTAVIO ¿Quién eres? Qúltate la máscara.

PAULO. Te obedezco. (Se descubre.)

OCTAVIO ¡Paulowa!

PAULO. La misma.

OCTAVIO Un día te amé con delirio.

PAULO. Yo no correspondí entonces a tu pasión.

OCTAVIO Ya sé que tu espléndida hermosura se co-
tiza, ahora, entre los más poderosos
magnates... Te compadezco.

PAULO. No me compadezcas. ¡Amame!

OCTAVIO ¿Que te ame?

PAULO. Sí, por cierto. ¿Serías tú el único hombre
que se resistiera a mis encantos?

OCTAVIO Apártate, Paulowa... No te acerques.
Déjame meditar.

PAULO. Medita cuanto quieras. (Creo que la con-

quista es mucho más fácil de lo que habíamos supuesto.) ¿No has concluido todavía?

OCTAVIO Sí; y te ruego contestes a mi pregunta :
¿Por cuánto has alquilado esta vez tu belleza?

PAULO. ¿Cómo? ¿Qué dices?

OCTAVIO Me interesa saber a qué precio has venido para seducirme.

PAULO. ¡Me ofendes, Octavio!

OCTAVIO No tomes esa actitud... No te cuadra el papel de reina ofendida.

PAULO. Puesto que lo has adivinado, lo confieso.
¡Dos mil rublos!

OCTAVIO Con ese dinero empleado en obras útiles y generosas... ¡cuánto bien pudiera haberse hecho!... Tú lo gastarás, tal vez, en una sola noche, mientras otros en su espantosa miseria, se verán privados hasta del pedazo de pan que le piden sus hijos.

PAULO. ¿Cómo? ¿Hay quien vive en tan angustiosa situación?

OCTAVIO ¿Lo ignorabas, Paulowa?

PAULO. Yo no sé nada de miserias sociales. El lujo me acompaña a todas partes... Soy la reina del placer. ¿Qué nos importa todo eso? ¡Bella es la vida, Octavio!... ¿No me consideras suficientemente hermosa?

OCTAVIO Sí... Pero no te acerques tanto. Me gustas mucho más... a honesta distancia.

PAULO. ¿Me rechazas?... Yo también tengo mi dignidad. Adiós.

OCTAVIO No te vayas... Quédate...

PAULO. ¡Ah, por fin!... (Acercándose.)

OCTAVIO No, Paulowa... (Rechazándola dulcemente.)

PAULO. Entonces, no te comprendo... Mas te advierto, Octavio, que yo no soy mujer que resista tantas humillaciones... Le devolveré a tu madre los dos mil rublos, y asunto concluido.

- OCTAVIO ¡ Ah ! ¿ Con qué ha sido mi madre la que... ?
- PAULO. ¡ Necia de mí ! Ya lo dije.
- OCTAVIO ¡ Pobre madre mía !
- PAULO. ¿ Por qué has dicho quédate ?
- OCTAVIO Porque me va interesando mucho esta escena.
- PAULO. ¡ Bueno fuera que acabaras por enamorarte verdaderamente de mí !... ¡ Ja, ja, ja !...
- OCTAVIO Paulowa. Tú no eres mala del todo.
- PAULO. Del todo, no.
- OCTAVIO Tú, sólo ves las cosas del mundo por el lado del lujo y del amor. Ese es tu mayor defecto ; pero tu corazón no está completamente corrompido.
- PAULO. Es que yo no tengo corazón.
- OCTAVIO Vamos por partes. ¿ Cuándo has recibido ese dinero ?
- PAULO. Hace un momento... Fué condición estipulada de antemano.
- OCTAVIO ¿ Luego se halla en tu poder ?
- PAULO. Naturalmente.
- OCTAVIO Acércate algo más.
- PAULO. Debiera resistirme ahora ; pero en fin, te obedezco.
- OCTAVIO No tanto... Aquí, a mi lado. (Se sienta.)
- PAULO. (¡ Vaya un paso de comedia ! ¿ Qué que-rrá este hombre de mí ?)
- OCTAVIO Necesito esos dos mil rublos... Dámelos.
- PAULO. ¡ Cómo !
- OCTAVIO Como lo oyes.
- PAULO. Que yo te entregue el precio de...
- OCTAVIO Cabal ; el precio de la conquista.
- PAULO. Pero, aquí, ¿ quién seduce a quién ?
- OCTAVIO Yo soy, ahora, quien va a seducirte... De manera que ese dinero me pertenece.
- PAULO. ¡ Original ! ¡ Estupendo ! ¡ Gracioso ! ¡ Ja, ja, ja !...
- OCTAVIO Ríete cuánto quieras ; pero entrégame esa suma.

- PAULO. Voy a ponerme seria. ¿Sabes lo que me pides?
- OCTAVIO Un dinero que no es tuyo, porque no lo has ganado.
- PAULO. No es mía la culpa.
- OCTAVIO Préstame atención, Paulowa. Aquí, en Moscou, hay muchos desgraciados a quienes socorrer.
- PAULO. ¡Ah! Ya salió el filántropo; el joven sensible de corazón... Dícese por ahí que eres un santo.
- OCTAVIO Y tú eres buena en el fondo. En tu alma hay una perla que no se ha manchado todavía en el barro del vicio. No creas que tu esclavitud, porque tú eres esclava del capricho de los ricos, me separa de tus halagos y caricias, no. Ya sé que hay en Moscou muchas mujeres que se llaman honradas, que valen infinitamente menos que tú... No ignoro que tienes rasgos de piedad, y que te debe la vida más de un infeliz polaco, haciendo valer las altas influencias que ejerces en la corte. Se extiende lo malo, pero también se conoce lo bueno.
- PAULO. No es menester tan largo discurso. Te daré la mitad de la suma. No seré más pobre por mil rublos menos. (Le entrega la suma que sacará de una rica cartera.)
- OCTAVIO Eso ya es algo. He aquí un rasgo de piedad que se desprende de un alma extrañada... (Pausa. ¿Por qué no te haces buena del todo, mi querida Paulowa?)
- PAULO. ¿Que por qué no me hago buena del todo?
- OCTAVIO Sí... De lo que ayer gozaste, ¿qué te resta hoy?
- PAULO. Nada.
- OCTAVIO Y del día de hoy, ¿qué recogerás mañana?
- PAULO. Nada.
- OCTAVIO Ayer, hoy, mañana, siempre la misma

cuenta. Salvo muy raras excepciones, tu vida no habrá sido útil para nadie. Ni aún para ti misma... El dinero que derrochas en ese giro infructuoso de la vida, falta en muchos hogares... Lo que otros ganan, tú lo gastas en frívolos caprichos. Esos gruesos brillantes, gala de tu persona, son gotas de sudor vertido en campos y talleres. Esos rojos granates, son gotas de sangre humana petrificada... Llevas en tu cuerpo a estilo de escaparate, todo el muestrario de la injusticia social. Y en esa vida estéril habrán girado tus acciones como torbellino de hojas secas... Tus pasiones no habrán dado ningún jugo, y por el contrario habrán absorbido el jugo vital de otros seres más dignos que tú. ¿Y todo para qué? Para que al rodar del acaso, venga toda tu hermosura a convertirse en flor de Hospital... ¡Pobre Paulowa!...

PAULO. (Bruscamente.) Toma los otros mil rublos.

OCTAVIO. Ya veo que mi acento te ha llegado al corazón.

PAULO. ¿Puedo ya irme?

OCTAVIO. Yo también voy a salir de esta casa para siempre.

PAULO. ¡Me dejas atónita!

OCTAVIO. Arrójanme de ella las crueldades de mi padre. Lo exigen mis ideas verdaderamente humildes y cristianas. Mi vida es de la Humanidad. En aquellos salones bulle el esplendoroso artificio de la vida. Los grandes señores festejan la exclavitud del pueblo, que es su propia exclavitud. Yo quiero su libertad, y voy a ser más dichoso esta noche apareciendo en las obscuras viviendas donde se carece hasta de lo más necesario.

PAULO. ¿Y vas a quedarte sin dinero?

OCTAVIO. El dinero consagrado al vicio se conver-

tirá en obra de misericordia. ¿Quieres acompañarme, Paulowa?

PAULO. ¡Que yo te acompañe! ¿Tú aceptarías mi compañía?

OCTAVIO. ¿Y por qué no? Larga es la lista de los pobres y acaso no baste con los dos mil rublos; mas llevando tú tan ricas joyas...

PAULO. Abajo espera mi carruaje... Vamos. Seré esta noche tu Magdalena.

OCTAVIO. Unidos la piedad y el vicio para una obra de amor. ¡Adiós para siempre, alcázar dorado! ¡Adiós, madre mía! ¡Adiós, cárcel! ¡Viva la libertad, Paulowa! ¡Viva la libertad! (Antes de hacer mutis, cogidos del brazo, por el foro, cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Salón principal en el palacio del gobernador Petronio Ivanoff.

CUADRO II

LA CONVERSION DE LA MAGDALENA

ESCENA PRIMERA

IVANOFF.

¿Pero es posible que Stoessel, el jefe de policía más perspicaz del Imperio, vea fracasadas todas sus tentativas?... ¿Habrá Octavio ganado la frontera? No. Esto no es verosímil. Sólo un duende, sin forma corpórea, hubiera podido escapar de la red que le he tendido, compuesta de tantos policías y soldados. Debo descartar esa solución, que resolvería de plano el conflicto... Mi hijo está en Moscou, o cerca de Moscou, haciendo causa común con los revolucionarios en alguna de sus ocultas madrigueras... Como esto es lo peor, esto es lo más acertado. ¡Un descendiente de los Ivanoff, militando en el ejército de esos canallas, enemigos acérrimos del Altar y del Trono! Esto es lo horrible; lo que me humilla, sublevando mi sangre.

ESCENA II

Dicho y jefe de policía STOESSEL, por el foro.

STOESSEL ¡ Mi General !

IVANOFF Stoessel. Le esperaba con impaciencia...
¿ Tampoco ?

STOESSEL Tampoco.

IVANOFF ¿ Con tan sagaz instinto, no ha olfateado
ningún rastro ?

STOESSEL No, mi General, y esta es mi pesadumbre... He recorrido todos los tugurios de Moscou. Sus más ignorados escondrijos..., viviendas habitadas por mendigos y vagabundos, que más que hombres parecen gusanos o siluetas borrosas de hombres... He ofrecido valiosa prima al individuo afortunado que le encontrase, y todo inútil... Octavio ha desaparecido como una gota de agua que se hubiese evaporado en el vacío...

IVANOFF (Secamente.) ¡ Vaya un honor para la policía !

STOESSEL Sentiría haber incurrido en su desagrado, mi General.

IVANOFF Es muy extraño lo que ocurre en el territorio confiado a mi lealtad. Se conspira. Usted lo sabe. Ni deportaciones, ni muertes, ni tormentos acaban con la impunidad que parecen gozar esos miserables. Usted no puede encontrar sus madrigueras, y ellos se introducen hasta en las cámaras más íntimas y secretas de los palacios donde habitan los representantes de mi autoridad, para amedrentarles con sus proclamas revolucionarias, o sus sentencias de muerte. Es preciso que se deshaga el nudo de esas sombras, por su dignidad, por la mía.

STOESSEL ¡ Señor ! (Pausa.)

IVANOFF ¿ Se halla usted satisfecho de los individuos a sus órdenes ?

- STOESSEL Completamente. (Pausa.)
- IVANOFF Ahorque usted algunos, para que anden listos los demás.
- STOESSEL No creo, por ahora, necesaria esa medida.
- IVANOFF Pues tendrá que tomarla con urgencia, si no quiere verse comprendido en ella.
- STOESSEL Mi vida es de vucencia, mi General.
- IVANOFF Muy bien ; pero mi hijo Octavio no parece. ¡ Ira de Dios !... Hemos concluido. (Pausa.)
- STOESSEL Réstame hacerle una pregunta.
- IVANOFF ¿Cuál?
- STOESSEL ¿Es aplicable a su hijo la severidad de nuestra consigna?
- IVANOFF ¿Qué consigna?
- STOESSEL La de capturarlo vivo o muerto.
- IVANOFF ¡ Diablo ! No habíamos pensado en eso.
- STOESSEL Las circunstancias pudieran ser muy críticas, según el grado de sus relaciones con los partidarios de la revolución. Estos se defienden a la desesperada cuando se ven sorprendidos por la policía, y hay que matarlos. (Pausa.)
- IVANOFF Obre usted conforme a las circunstancias ; pero creo inútil decirle que... no se trata de un caso vulgar... Convendría capturarlo vivo.
- STOESSEL Comprendo, mi General.

ESCENA III

UJIER, por el foro.

- UJIER ¡ Señor !
- IVANOFF ¿Qué hay?
- UJIER El señor Kellerman...
- IVANOFF ¿El Obispo? Que pase. (Vase el ujier por el foro.) Puede usted retirarse.
- STOESSEL Está bien. (Vase por el foro.)

ESCENA IV

IVANOFF.

Llega en buen hora... Puede que la religión desvanezca estas obscuras tempestades de mi alma, escrúpulos de un sentimiento paternal tan nocivos para el cumplimiento estricto del deber.

ESCENA V

Dicho y KELLERMAN, por el foro.

- KELLER. ¡ Alabado sea Dios !
IVANOFF ¡ Por siempre sea alabado, señor Obispo ! Tome asiento.
KELLER. Ya sé que su hijo Octavio no parece.
IVANOFF No, desgraciadamente.
KELLER. Su persona se ha ocultado, mas no así su pensamiento.
IVANOFF ¿ Cómo? Sospecho que viene a darme alguna mala noticia.
KELLER. Puesto que no hay otro remedio... Lea usted lo que dice esta hoja clandestina.
IVANOFF Al pueblo ruso... ¿ Quién firma?
KELLER. Octavio.
IVANOFF ¿ Mi hijo?
KELLER. No tiene duda... Siga leyendo.
IVANOFF (Leyendo.) «La verdadera vida no está en la autoridad, ni en las riquezas, sino en el amor al prójimo, siguiendo la máxima profundamente cristiana de que «nadie quiera para otro, lo que no quiera para sí.» El pueblo suspira con perfecto derecho por la libertad, mas no se hará digno de ella, si no aprende a ser bueno, justo y magnánimo. La autoridad, por el sólo hecho de serlo, ya es mala. Cada hombre del mundo cristiano y de nuestro tiempo, debe decirse como aconseja Tolstoy: «Antes de ser emperador, ministro

o soldado, soy hombre», es decir, un sér enviado para realizar el bien en la tierra por la voluntad del Sér Infinito. Si queréis ser libres, no tengáis apego a las riquezas ni a las satisfacciones bastardas de la vida, teniendo presente que no es buen cristiano aquel que sólo funda la salvación de su alma en el bautizo, en la comunión y en los demás ejercicios del Dogma, desechando la verdadera regla de conducta que consiste en la práctica de las buenas obras. Huid de todas las Iglesias que se han hecho supersticiosas.»

KELLER. ¿Qué tal el discípulo de Tolstoy?

IVANOFF. Estoy avergonzado. No sólo se atreve con el Emperador, sino hasta con nuestra santa Iglesia.

KELLER. Estas hojas hacen más daño que las bombas de dinamita. Bajo una falsa humildad se esconde el espíritu demoledor de la religión, la patria y la familia. Merece más castigo quien lanza a los cuatro vientos de la publicidad esas ideas, que los terroristas que emplean todo género de medios de destrucción.

IVANOFF. Y bien. ¿Qué me aconseja? ¿Qué debo hacer con ese hijo desnaturalizado, si cae en mi poder?... Mi espíritu está rodeado de sombras. Por vez primera tengo miedo al cumplimiento del deber.

KELLER. Ya me hago cargo de esa tempestad de su corazón.

IVANOFF. ¿No ofendería a Dios castigando a mi propio hijo con una pena algo dura?

KELLER. Eso no, General; al contrario. Dios pide la destrucción de todos los malvados que tratan de socavar los cimientos de su Doctrina. Tal sacrificio, impuesto en su mayor gloria, ahogando los sentimientos paternos, sería un acto que le dejaría abiertas, de par en par, las puertas del cielo... No sería usted solo. Ejemplos

hay en la Historia de ese doloroso sacrificio... Felipe II, rey de España, por ejemplo... ; mas no creo necesario en este caso semejante violencia.

IVANOFF. ¿Y cómo libertarle del castigo que merece? Figúrese usted que merced a esa propaganda, crece la ola de la revolución. Que ésta nos muestra su repugnante cabeza en las calles, que yo la ahogo con sangre, como ha ocurrido en otras ocasiones. Supongamos que mi hijo cae prisionero...

KELLER. Muy crítica es esa condición del problema.

IVANOFF. ; Me estremezco pensando en ese momento fatal !... Al fin soy su padre.

KELLER. Comprendo esas dudas. La debilidad es hoy el distintivo de la especie humana. Pasaron los tiempos de los grandes caracteres...

IVANOFF. Eso no, señor Obispo... Si fuese preciso...

KELLER. Calma... Calma... Ya encontraremos una fórmula para conciliar el deber anexo a su elevadísimo cargo y los sentimientos paternos que tanto le mortifican.

IVANOFF. Necesito una regla de conducta y espero hallarla en sus sabios consejos.

KELLER. Defienda a costa de su sangre su dicha y sus intereses. Primero : la doctrina de la Iglesia, depositaria de la verdad absoluta. Segundo : la persona del Czar, nuestro rey y señor ; y tercero : las leyes del Imperio. Cumpliendo este altísimo deber, no hay inconveniente en que defienda también a los suyos.

IVANOFF. ¿Y si hay conflicto?

KELLER. No puede haberlo.

IVANOFF. Puede ocurrir, como en este caso, que la defensa de los míos no pueda hacerse sin menoscabo de la Iglesia, o del Emperador, o de las leyes.

- KELLER. Entonces, caiga quien deba caer por el orden de su categoría.
- IVANOFF. ¿El hijo sacrificado a la autoridad?
- KELLER. Dios y la autoridad son una misma cosa. Esta dimana de aquél. Dios es el primer soldado del Imperio.
- IVANOFF. Seguiré sus consejos.
- KELLER. Ya procuraremos endulzar el castigo. Esto es lo único que podemos hacer los hombres. Si Octavio cae en poder de la policía, háganle comparecer a mi presencia. Venga el hijo extraviado a oír la voz divina transmitida por uno de sus ministros, y si el arrepentimiento desciende hasta su corazón, le daremos el indulto, haciendo que vuelva limpio de pecado a la casa solariega.
- IVANOFF. Es usted la bondad personificada.
- KELLER. ¡Silencio! La madre.

ESCENA VI

Dichos y AURELIA, por la izquierda.

- AURELIA. ¿Aquí usted, señor Obispo? Lo celebro.
- KELLER. Saludo a la señora.
- AURELIA. (Al notar la contrariedad que ha producido su presencia.) Tal vez he venido a interrumpirles. En tal caso me retiro.
- KELLER. Puede usted quedarse, señora.
- IVANOFF. Toma, lee.
- AURELIA. ¿Qué dice esta hoja? ¡Ah, firma Octavio!
- IVANOFF. Sí, nuestro hijo Octavio.
- KELLER. Lea usted, señora. Lea usted. Hubiera querido evitarle esta pena con un prudente silencio; pero la natural indignación del padre, ha malogrado mi humanitario propósito.
- IVANOFF. Bueno es que sepa también la madre los extravíos del hijo. ¿Vas leyendo? ¿Te vas enterando de los frutos que da la

- perniciosa semilla?... ¡Guárdale contemplaciones!
- AURELIA Pero, Dios mío, ¿aquí hay escrito algo que sea censurable?
- KELLER. ¡Ave María Purísima!
- IVANOFF ¿Sabes lo qué dices?
- AURELIA Puede que mi juicio se haya turbado. Puede que mi corazón de madre encuentre virtud donde otros hallan delito... ¿Qué dice de malo este papel?
- IVANOFF Argúyale usted. Haga caer la venda de sus ojos.
- KELLER. ¡Ah, señora!... Cuánta pena me produce este espectáculo... He aquí el pernicioso poder del virus venenoso. ¡Cuán pronto se ha obscurecido una clara inteligencia! Se ataca al dogma, y el ataque pasa desapercibido. Se ofende al Emperador, y no se encuentra la ofensa. Se escarnece lo más sagrado de la vida, y esto no se considera como uno de los mayores delitos.
- AURELIA ¡Perdón! Aquí sólo veo yo el alma de un espíritu sinceramente cristiano. Yo conozco profundamente a mi hijo. Predica la paz entre los hombres. Anatematiza todo acto de violencia. Mi hijo Octavio es un ángel, señor Obispo.
- KELLER. Conteste usted, General.
- IVANOFF Un ángel que interrumpe la limpia y gloriosa historia de los Ivanoff... Un ángel que huye del hogar paterno para ir a engrosar las filas de los viles conspiradores, mis mortales enemigos... Un ángel que pone a su padre en ridículo a los ojos del Emperador... Un ángel, en fin, que dice que la autoridad, por el sólo hecho de serlo, ya es mala. Te desconozco, Aurelia.
- KELLER. ¡Un ángel caído!
- IVANOFF Usted lo ha dicho.
- AURELIA Aconseja al pueblo ruso que sea bueno,

que sea cristiano..., que se ejercite en la práctica de las buenas obras.

KELLER. Eso no es de su incumbencia. El pueblo ruso es como debe ser, y sacerdotes tiene la Iglesia para encauzarle por la vía del bien, si se extravía, y leyes la Nación para castigarle, si no se corrige.

AURELIA ¡Ah, señor!... ¡Qué desencanto sufro al oírle!... Creí que la energía sólo debía estar de parte del Gobernador, mi esposo... Creí que de sus labios sólo deberían brotar palabras de tolerancia y misericordia.

KELLER. He ahí lo que está socavando los cimientos de la fe... La excesiva indulgencia de los ministros de Dios en la tierra.

IVANOFF ¿Dudas, acaso, de las virtudes y bondades del señor Kellerman?

AURELIA Si dudara no procuraría apoyarme en ellas para justificar la conducta de nuestro hijo... Comprendí, al llegar, que en esta sala se respiraban 'aires de enojo mal comprimido... Ivanoff: apelo a tu conciencia de caballero, prescindiendo de tus sentimientos de padre, para que me des una noble respuesta... ¿Serías capaz de castigar a nuestro hijo, como si fuera un malvado, por haber publicado esta hoja?

IVANOFF Esta es una cuestión ya ventilada... No hay que volver sobre ella.

AURELIA ¿Ventilada? ¿Ventilada sin contar conmigo?

IVANOFF ¿Desde cuándo has sido tú mi consejera en asuntos que afectan a mi autoridad?

AURELIA ¿Desde cuándo? Desde que la vida de nuestro hijo se ve comprometida en tus asuntos. Al saber que tus cosacos satisfacían sus instintos sanguinarios, entregándose a todo género de violencias, nada te he dicho... He llorado sólo pensando en las desdichadas víctimas

inmoladas al duro cumplimiento de lo que llamas tu deber. Pero ahora se trata de Octavio, de nuestro hijo, y no puedes tomar ninguna resolución sin contar con su madre... ¿Quieres saber desde cuándo data mi derecho? Desde que sentí en mis entrañas las primeras palpitaciones de su vida. No puedes negarme este derecho, porque entonces te negarías a ti mismo; a no ser que quieras salirte de la Naturaleza, en cuyo caso tampoco me tendrías por esposa.

IVANOFF Contéstele usted.

KELLER. Creo que no hay motivo para extremar tan rigurosamente la cuestión. Caiga Octavio en poder de la policía, y entonces ya veremos.

AURELIA ¡Ah, señor! ¿De qué lenguaje podría servirme para llevar a su alma la convicción de que nuestro hijo Octavio obra a impulsos del amor que siente por la Humanidad?

KELLER. Ese es el pretexto. Todos los revolucionarios dicen lo mismo.

AURELIA Pero, mi hijo, no es revolucionario. Es el primero en combatir la violencia. El Mal no se destruye con el Mal, sino con el Bien. Esa es su doctrina... ¿Sabe usted porque ha renunciado a los goces de su alta posición social? Para poner en armonía sus palabras con sus obras... Para predicar con el ejemplo lo mismo que hacía Jesús... ¿Y por qué no juzgarle por sus cristianas intenciones? ¿Acaso, si la mayoría de los hombres fuese como mi Octavio, sería menester más dicha sobre la tierra?

KELLER. ¿Qué dice usted a esto, General?

IVANOFF Digo: que las doctrinas del hijo han seducido ya a la madre.

AURELIA Y a todos cuantos le escuchan. ¿Hay

ejemplo más hermoso que el de Paulowa?

KELLER. ¡Paulowa!

AURELIA Esa mujer se ha hecho buena: ha vendido sus joyas y ricos trajes y ha repartido entre los pobres el producto de la venta. Hoy cubre su cuerpo con humilde vestidura y vive pobremente en la verdadera vida, siguiendo los consejos de Octavio.

KELLER. Permitid que lo dude, señora.

AURELIA He triunfado, porque Paulowa está aquí.

KELLER. ¿Cómo?

IVANOFF ¿Aquí, Paulowa?

AURELIA Ha venido a verme y quedó en la sala inmediata. (Toca un timbre.)

IVANOFF ¿Cuál es tu propósito?

AURELIA Disipar las dudas del señor Obispo.

ESCENA VII

Dichos y UJIER, por el foro.

AURELIA Que venga la señora que se halla en mi gabinete. (Vase el ujier por la izquierda.)

ESCENA VIII

Los mismos menos el UJIER

KELLER. ¿No habrá en esto una indigna mixtificación? ¿Quién es Paulowa?

IVANOFF Una mujer cuyo contacto debiera evitar toda persona honrada.

AURELIA Una pecadora arrepentida...

KELLER. ¿Otra Magdalena? Basta con una.

AURELIA Aquí viene.

ESCENA IX

Dichos y PAULOWA, pobremente vestida, por la izquierda.

PAULO. Estoy a sus órdenes, señora... Saludo a los señores.

AURELIA Dinos, Paulowa... Dinos a impulso de

qué noble sentimiento se ha llevado a cabo la conversión de tu conciencia.

PAULO. Sería mejor callarlo... Los que quieran ver que miren el espejo de las buenas obras... Allí está la verdad. No en la palabras.

AURELIA. Este es un caso excepcional, mi querida Paulowa. No es para juzgarte a ti para lo que te he mandado llamar. Es para juzgar la conducta de nuestro hijo... Tus palabras pueden darnos el rayo de luz que apeteecemos. En este caso constituyen una buena obra.

PAULO. Siendo así, nada puedo negar a la señora.

AURELIA. Repite cuanto há poco me dijiste.

PAULO. Es bien sencillo. Mi vida era desordenada como nadie ignora en Moscou. La satisfacción del capricho era la línea dorada de mi conducta ; pero ya en el fondo de ese placer asomaba el aguijón del hastío... Necesitaba el giro constante para hacerla más desordenada, y en esto se consumía toda la actividad de mis nervios y toda la llama de mi espíritu. Una noche quise realizar mi obra de seducción con Octavio. ¡ Bienaventurado sea aquel dichoso momento, único en mi vida que debo agradecer a los impulsos del vicio ! Las palabras de aquel hombre se esculpieron en mi corazón : « Ayer, hoy, mañana, siempre la misma cuenta... Salvo muy rara excepción, tu vida no habrá sido útil para nadie... Ni aun para ti misma... El dinero que derrochas en ese giro infructuoso de la vida, falta en muchos hogares... Lo que otros ganan, tú lo gastas en frívolos caprichos. Esos gruesos brillantes, gala de tu persona, son gotas de sudor vertido en campos y talleres... Esos rojos granates, son gotas de sangre humana petrificada... Lle-

vas en tu cuerpo, a estilo de escaparate, todo el muestrario de la injusticia social... y en esa vida estéril habrán girado tus acciones como torbellino de hojas secas. Tus pasiones no habrán dado ningún jugo, y por el contrario habrán absorbido el jugo vital de otros seres más dignos que tú. ¿Y todo para qué? Para que, al rodar del acaso, venga toda tu hermosura a convertirse en flor de Hospital. ¡Pobre Paulowa!» (Pausa.) Así habló aquel hombre extraordinario con acento, que más que una reconvención, parecía una caricia, o un ósculo de amor a un alma pecadora. Y mi alma giró, saliendo de la sombra en que vivía y entrando en la luz que reina en la verdadera vida. Luego presencié el espectáculo horrible de la miseria social que yo desconocía... Debajo de los esplendores del lujo que proporcionan las riquezas ; qué negruras y tristezas se esconden ! El hambre haciendo estragos. Los seres hacinados unos sobre otros sin distinción de sexos. El ambiente miserable saturado de repugnantes miasmas. Pordioseros que semejan gusanos. ¡Qué horribles son los antros que sirven de asilo a todos los desheredados de la fortuna !... Aquella misma noche me despojé de todas mis galas, arrancándome a tirones las joyas que servían de adorno a mi cuello, porque noté que los brillantes me mordían en la carne, y los collares y sortijas no se ceñían, sino que se enroscaban a mi cuello como si quisieran estrangularme y a mis dedos cual si tratasen de hacer en ellos una cruel amputación... Entonces pude respirar con libertad... Mi alma había sacudido el yugo de la esclavitud para siempre... Mi conciencia no era ya de los hombres,

- era de Dios... Esta es la historia de mi arrepentimiento.
- KELLER. ¿Habéis dicho que tratasteis de seducir a Octavio?
- PAULO. En este mismo palacio. La noche del baile de trajes.
- AURELIA. Esto pide una explicación. Paulowa obró así a instancias mías.
- KELLER. ¿Usted se mezcló en tal asunto? ¿Con qué objeto?
- AURELIA. Quería salvar a mi hijo Octavio.
- KELLER. Llevándole a los brazos del vicio.
- AURELIA. Llevándole a los brazos del amor. Pensé que haciéndole prisionero de Paulowa, le libraba acaso de otras prisiones más oscuras.
- KELLER. Este caso no tiene la moral que se le atribuye... Díganos, Paulowa. El vicio gasta la naturaleza y relaja los nervios... ¿No es usted nerviosa, excesivamente nerviosa?...
- PAULO. Antes, sí. Ahora, no.
- KELLER. ¿Cómo puede ser eso?
- PAULO. Señor. Los nervios se agitan en el ejercicio de las malas obras y se vuelven tranquilos y plácidos con el empleo de las buenas...
- KELLER. ¡Histerismo! ¡Histerismo puro! (Aparte al General.)
- AURELIA. Puede usted retirarse, Paulowa.
- PAULO. Con su permiso.
- AURELIA. Vuélvase a mi gabinete.
- PAULO. Allí espero. (Vase Paulowa por la izquierda)

ESCENA X

Los mismos menos PAULOWA.

- KELLER. ¿A qué ha venido esa desventurada?
- IVANOFF. Eso es. ¿A qué ha venido?
- AURELIA. A implorar un socorro para una familia virtuosa que se ve en la mayor pobreza.

KELLER. Creo oportuno aconsejarle que haga oídos de mercader a sus peticiones.

AURELIA ¿No le ha convencido el lenguaje de esa mujer?... No deduce de su palabra la verdad que las impulsa... ¿Duda aún del milagro realizado por mi hijo?

ESCENA XI

Dichos y STOESSEL por el foro.

STOESSEL ¿Da usted permiso, mi General? ¡Ah! Dispensen ustedes. Creí que se hallaba solo el Gobernador.

IVANOFF ¿Qué ocurre?

STOESSEL Ocurre que su hijo Octavio... Tal vez no debo...

AURELIA ¿Octavio dice?... Hable usted.

IVANOFF Noto en su semblante una inusitada satisfacción... ¿Ha encontrado alguna pista?

STOESSEL Sí, señor.

KELLER. ¡Loadò sea Dios!

AURELIA ¡Tiemblo a mi pesar!

IVANOFF No perdamos tiempo. Diga todo lo que sepa.

STOESSEL En este momento acabo de recibir la feliz noticia, que he venido a poner en su conocimiento, quizá con demasiada precipitación...

IVANOFF Se dispensa su buen propósito. Prosiga.

STOESSEL Los revolucionarios, o propagandistas, se refugian en el fondo de unas minas que hay en uno de los montes cercanos al Norte de Moscou, y las cuales se hallan actualmente abandonadas por una huelga persistente. Allí tienen la imprenta, de donde salen esas hojas clandestinas, que tanto soliviantan el espíritu del pueblo.

IVANOFF ¿Cómo ha sabido eso?

STOESSEL Por uno de ellos, llamado Miguel Colis-

soff, que me ha vendido el secreto por treinta rublos.

AURELIA ¡ Miserable !...

KELLER. ¡ Magnífico !

IVANOFF Vamos a mi despacho. Allí acordaremos los medios más rápidos para proceder a su captura.

AURELIA Stoessel... Usted me responde de la vida de mi hijo.

STOESSEL ¡ Señora !

IVANOFF Se hará justicia. Vamos, señor Obispo.

KELLER. Vamos.

ESCENA XII

AURELIA.

¡ Se apartan de mí !... Ya lo veo... Mi espíritu se siente oprimido por un negro presentimiento. Quieren arrebatarme la prenda más querida de mi corazón. (Vase a la puerta izquierda y llama.) ¡ Paulowa !...
¡ Paulowa !

ESCENA XIII

Dicha y PAULOWA, por la izquierda.

PAULO. ¿ Me llamaba usted ?

AURELIA ¿ No me dijistes que Octavio era tu maestro, tu ángel bueno ?

PAULO. Sí.

AURELIA ¿ Quieres que entre ambas le salvemos del peligro de muerte que le amenaza ?

PAULO. ¡ Qué escucho !

AURELIA Respóndeme sin rodeos. ¿ Tú sabes dónde se oculta ?

PAULO. ¿ Yo ?...

AURELIA Sí que lo sabes.

PAULO. Aunque desgarrasen mi pecho con unos garfios, no lo diría.

AURELIA No me has comprendido. No es menester

que lo digas ; basta sólo con que lo sepas.

PAULO. ¿Qué debo hacer para salvarle?

AURELIA Correr inmediatamente en su busca para decirle que un traidor, un Judas, ha denunciado a la autoridad el lugar donde se ocultan él y sus compañeros.

PAULO. ¡Gran Dios !

AURELIA El tiempo es oro... Stoesse', el Jefe de policía, caerá en breve sobre ellos como un gavilán hambriento sobre su presa.

PAULO. Pero, Octavio, ¿no es hijo del general Gobernador?

AURELIA ¡Ah, Paulowa ! Para estos críticos momentos, sólo puede contar con el apoyo de su madre.

PAULO. Voy corriendo.

AURELIA Espera. Toma estas joyas. Con el producto de su venta, puede mi hijo salvar la frontera. Dile que huya de su patria a extranjero suelo, porque le aguarda la reclusión, o tal vez la muerte... Dile que su madre se lo suplica con llanto del corazón en los ojos y acento de dolor en los labios. Díselo así, Paulowa.

PAULO. Cumpliré su deseo con toda la fuerza de mi alma para convencerle... Adiós.

AURELIA ¡Que Dios te guíe ! (Vase Paulowa por el foro.)

ESCENA XIV

AURELIA.

Así, cuando vaya Stoessel, se encontrará sin la presa que codicia. (Dentro un gran rumor y la voz de Ivanoff, que dice: «¡Oficiales de guardia, Servidores de Palacio, todos aquí!») ¿Qué habrá ocurrido?

ESCENA XV

Dicha e IVANOFF y JEFE DE POLICÍA, por el foro.

IVANOFF ¡Mal rayo !

AURELIA ¿Qué novedad es ésta?
IVANOFF Que se ha enseñoreado de mi palacio la hidra de la revolución; pero mi energía superará todos los obstáculos y vencerá todos los peligros.
AURELIA ¿Quieres decirme?
IVANOFF No tardarás en saberlo.

ESCENA XVI

Dichos y JEFES y OFICIALES de diferentes cuerpos del ejército ruso y OFICIAL DE GUARDIA.

OFICIAL Mi General. ¿qué ocurre?
IVANOFF Un hecho muy grave, señor Oficial de guardia. Escuchen todos. Lea usted en alta voz. (Le entrega a Stoessel el papel que trae.)
STOESSEL (Leyendo) «General Ivanoff. La Justicia del pueblo te ha condenado a muerte y en breve serás ejecutado...»
IVANOFF Este anónimo ha sido encontrado sobre la mesa de mi despacho. ¿Quién ha sido el autor de la hazaña? ¿Se callan todos? ¿Quién ha entrado en mi palacio, señor Oficial?
OFICIAL ¡Señor! Me encuentro confundido.
IVANOFF Usted es el primer responsable, porque manda la guardia de palacio.
OFICIAL Mi General, la traición puede ocultarse bajo otro uniforme.
TODOS Protestamos.
OFICIAL ¡Ah! ¡Qué idea!
IVANOFF ¿Tiene usted alguna idea?... Pronto.
OFICIAL Acaba de salir de palacio precipitadamente una mujer.
AURELIA ¡Paulowa! (¡Misericordia divina!)
IVANOFF Ella había de ser... Volando; a darle caza.
AURELIA Un instante, señores. Yo sé la dirección que ha tomado esa mujer.
IVANOFF ¿Cuál?

AURELIA La de la derecha de p lacio, siguiendo la
calle de Austerlitz.
IVANOFF Tanto mejor ; en marcha. (Vanse todos por
el foro.)

ESCENA XVII

AURELIA.

Paulowa va en dirección opuesta. ¡ La he
salvado !

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

El interior subterráneo de unas minas de hierro. La obscuridad fuera completa si no se hallase débilmente iluminada la escena por algunas linternas de mano que hay situadas en el suelo. Galerías laterales y al foro.

CUADRO III

NUEVO JUDAS ISCARIOTE

ESCENA PRIMERA

CIUDADANO 1.º, CIUDADANO 2.º y OTROS VARIOS. MIGUEL COLISSOFF retirado en un ángulo.

- CIUDA. 1 (Levantando un farolillo para iluminar con la luz que despide el fondo de una galería situada a la derecha.)
Todavía no ha concluído.
- CIUDA. 2 ¡Vaya un hombre, camañadas!
- CIUDA. 1 Es de hierro para el trabajo. Su herramienta es la pluma. Dejémosle. No vayamos a interrumpirle. De su cerebro brotan las ideas como agua cristalina de un manantial.
- CIUDA. 2 Así resultan tan puras y agradables.
- CIUDA. 1 Te diré. Yo no estoy completamente conforme con alguna de sus doctrinas. Eso de que cuando uno nos dé un bofetón en la mejilla derecha, tengamos que presentar la izquierda para recibir otro, si a mano viene, me parece un absurdo.
- CIUDA. 2 Porque no entendemos bien el sentido de tales palabras. Eso debe ser una metáfora, o como se diga. Demasiado se com-

prende que cuando uno recibe una bofetada, ha de faltarle tiempo para devolverla.

CIUDA. 1 ¿Y qué dicés de esotro mandamiento de no resistirse a ningún mal por grande que sea el daño que nos produzca?

CIUDA. 2 Ahí es donde más claro se ve que se trata de palabras de doble sentido. Ello es que Octavio nos dá a todos ejemplo. Nosotros somos avanzados en ideas. Estamos arriesgando la vida por causa de la libertad. Tenemos un pie en la mina y otro en la sepultura. Y ahora dime: ¿Correrías tú semejante riesgo siendo hijo del Gobernador, sobrándote el dinero y viéndote amo, como quien dice, de todos nosotros?

CIUDA. 1 Lo sueltas tan de sopetón que no sé por **de pronto qué decirte.**

CIUDA. 2 Medítalo un poco, si quieres, y contesta luego.

CIUDA. 1 Pues ya lo he meditado. Esa opinión que algunos tienen de que nosotros somos así porque la pobreza nos envuelve por todas partes, es una idea muy equivocada. La vida de los hombres no tiene precio y tanto vale la de un pobre como la de un rico.

CIUDA. 2 Te has metido en buen sendero. Prosigue.

CIUDA. 1 Nosotros al arriesgarla en esta lucha, arriesgamos lo que más se estima en el mundo, y quien tiene sangre y coraje para arriesgar la vida, no hace ningún sacrificio aunque añada encima toda su hacienda, **o todo su dinero.**

CIUDA. 2 Bien dicho. Ya se nos van compenetrando las ideas del maestro.

CIUDA. 1 A fuerza de oírle, algo se aprende.

CIUDA. 2 ¿Quién llega?

CIUDA. 1 Es Alejandro.

ESCENA II

Dichos y ALEJANDRO, por la izquierda del f.º 2.

ALEJAN. ¡Traigo una pena horrible, camaradas!

CIUDA. 1 Tu cara parece la de un cadáver.

CIUDA. 2 ¿Qué ha ocurrido?

ALEJAN. Acercaos todos... Formad una piña a mi alrededor. Oídme, compañeros. Carlos Stobolk ha sido ejecutado anoche en la mazmorra que le servía de cárcel.

CIUDA. 2 ¡Nuestro más querido compañero!

CIUDA. 1 ¡Maldición!

ALEJAN. Ha perecido en el tormento. Su cuerpo ha sido desgarrado. Sus carnes abrasadas a fuego lento, pero de sus labios no ha salido ni una sola palabra peligrosa para la vida de sus compañeros. ¡Otro mártir de la libertad! (Pausa. Cuadro de muda sensación.)

CIUDA. 2 ¡Hoy uno, mañana otro!

CIUDA. 1 Así iremos todos cayendo.

ALEJAN. Todos no, compañeros. Por cada uno que cae se levantan otros diez. La sangre que se vierte por la libertad tiene ese don fecundo. En vez de apagar la idea la enciende. En vez de detener la marcha de la Historia la impulsa con mayor movimiento.

CIUDA. 2 Sí, sí; pero el que cae ya no se levanta.

CIUDA. 1 Buen manjar para los gusanos.

CIUDA. 2 Me ha llegado al alma esa noticia.

CIUDA. 1 Con tanto dolor, casi se siente uno con ganas de renunciar a la libertad.

ALEJAN. No, camaradas. Eso nunca. ¿Olvidáis lo que significa la palabra esclavitud? No se muere en el tormento, ni en la horca, pero se muere más lentamente. Hay instrumentos que trituran la carne, rompiendo los huesos. Este es un dolor espantoso para nuestro organismo sensible por naturaleza; pero es un dolor fi-

sico... Un hombre atormentado puede, sin embargo, ser libre dándole alas al pensamiento en medio de sus mortales angustias; pero un hombre en la esclavitud tiene que morderse la lengua aunque vea su rostro azotado por el látigo; tiene que besar la mano de su propio verdugo... ahogando en su corazón la rabia que le devora, prescindiendo de sus derechos de hombre, para convertirse en bestia de carga. Decidme ahora, amigos... ¿Qué es preferible? ¿La libertad o la esclavitud?

CIUDA. 1 (Estrechando la mano de Alejandro.) ¡La libertad!

TODOS ¡La libertad!

ALEJAN. (Viendo que Miguel Colissoff no se ha movido del ángulo donde se halla sentado.) Y tú, Miguel Colissoff, ¿no tomas parte en esta expansión del espíritu, o acaso el dolor ha embargado tus sentidos?

COLIS. Lo has acertado. Perdonadme. Me tenía abstraído el recuerdo de nuestro compañero Stobolk.

ESCENA III

Dichos y OCTAVIO, por la galería de la derecha.

OCTAVIO ¡Pobre Stobolk! ¡Pobre Stobolk!

CIUDA. 2 ¡Octavio!

ALEJAN. ¿Nos has oído?

OCTAVIO ¿Eso me preguntas? ¿O es que en la penumbra no se ven las lágrimas que derrama el dolor?

ALEJAN. ¡Ha muerto en medio de los más atroces sufrimientos!

OCTAVIO ¡Calla, Alejandro! Nada hay tan grande como el silencio ante esa horrible desgracia.

ALEJAN. ¿No hierve tu sangre, Octavio?

OCTAVIO El dolor ajeno la excita más que el pro-

pio dolor... Pero sé contenerme.... Sube la sangre indignada al rostro, y tropieza con la fuerza del espíritu. Entonces se hace blanda y se convierte en lágrimas. **Pór eso lloro.**

ALEJAN. ¿Y no se crispan tus dedos? ¿Y no se alarga tu mano instintivamente como para empuñar la espada vengadora?

OCTAVIO La pluma de hoy es la espada de otros tiempos. Este dolor que sentimos hay que difundirlo. En estas sacudidas se va purificando el sentimiento universal, porque el dolor ha sido y será siempre nuestro **primer maestro.**

ALEJAN. Pero hay dolores que sublevan el alma, y éste es uno de ellos. Pensando en la muerte de Stobolk un escepticismo cruel invade nuestro ser. La duda se apodera de la esperanza. ¿Qué ley de compensación puede ya dar remedio a tan espantosa injusticia? ¿Qué dicha futura ni principio de moral posible pueden reparar el daño que se ha producido? ¿Cómo se levanta ya la Humanidad de tan tremenda caída? Hay más falta de lógica en la iniquidad que afecto a un hombre solo, que en el cataclismo que hiciera perecer de un golpe toda la raza humana.

OCTAVIO Así el río se desborda cuando no puede contenerse en su cauce. Así el dolor se sale de sus límites cuando no cabe en el pecho, invadiendo el campo sereno de la conciencia... En este momento si tu poder fuese tan grande como el de Júpiter, abrasarías por medio de un rayo gigantesco a cuantos seres viven y giran en el torbellino de la Creación. Perezcan todos... Esta es la lógica de tu dolor... ¡Sálvense todos! Esta es mi lógica. Aprended, vosotros, los que queréis la libertad social, a conservar la disciplina

del entendimiento en las grandes crisis de la vida. Sabed que la libertad del individuo es anterior y superior a la libertad de todos. Esta tiene que reconocer un estado social. Aquélla sólo reconoce un amo : el Espíritu. Ni aún acepta el yugo del dolor. ¡ Oh, Alejandro ! Reconozco que la explosión de tu pena es capaz de conmover y hasta de derribar toda la doctrina que no sea profundamente cristiana. La diferencia entre tu línea de conducta y la mía es esta : Tú necesitas la violencia para transformar la materia social que nos abruma con su pesadumbre, mientras que yo proclamo la ley del amor que es la fuente del bien para transformar la conciencia... Y puesto que hemos llegado al punto de reconciliación de ambas doctrinas, ya podéis reanudar vuestro interrumpido trabajo. Aquí os traigo nuevos originales. Repartíos estas cuartillas. Mañana publicaremos otra hoja con este título : « La muerte de Carlos Stobolk. » (Se descubre majestuosamente. Todos le imitan. Gran pausa. Luego dice :) Al trabajo.

TODOS

Al trabajo. (Desaparecen todos por la galería central.)

ESCENA IV

OCTAVIO.

(Sentándose en un pedrusco.) ¡ Pobre Stobolk !
¡ Pobre Stobolk !

ESCENA V

Dicho y PAULOWA, por la galería de la izquierda del foro.

PAULO. No veo más que sombras. ¡ Octavio ! (Llamando.)

- OCTAVIO ¿Quién me llama?. Octavio está aquí.
PAULO. ¡Lado sea Dios! Ya puedo hablarte.
OCTAVIO ¡Paulowa!
PAULO. Sí. Paulowa que viene a decirte: Octavio, la traición os ha envuelto en sus negras mallas. Un miserable, imitando la conducta de Judas Iscariote, os ha vendido por treinta rublos.
- OCTAVIO ¿Qué dices?
PAULO. La verdad. Ese infame ha revelado a la policía vuestro secreto. Stoessel, su jefe, pronto caerá sobre vosotros. Llama a tus compañeros sin pérdida de tiempo y huid todos hasta ponerlos a salvo del peligro que os amenaza. ¡Pronto, pronto!
- OCTAVIO Aguarda, Paulowa. Tu juicio no está sereno. Tranquilízate y dime: ¿Dónde está el traidor?
- PAULO. Aquí, entre vosotros.
- OCTAVIO ¿Quién te ha revelado su traición?
- PAULO. Tu madre. Tu propia madre. Las lágrimas corren en abundante río de sus ojos.
- OCTAVIO ¡Madre sublime!
- PAULO. Me ha dado estas joyas para ti. Tómalas. «Que huya Octavio lejos de su patria. Que salve la frontera.» Eso me ha dicho.
- OCTAVIO ¡Qué espantoso conflicto!
- PAULO. ¿Dudas? ¿Vacilas? ¿A qué aguardas, Octavio? Llama a tus compañeros.
- OCTAVIO ¿Y el traidor?
- PAULO. ¡Que sucumba!
- OCTAVIO Caerá el puñal sobre su pecho. Le matarán...
- PAULO. Entonces que mueran tus compañeros. Que se salve la infamia y que perezca la virtud.
- OCTAVIO Eso no. Si así no fuese, ¿dónde estaría el espantoso conflicto? Espera. (Se aproxima al foro y llama.) ¡Alejandro! Compañeros...

Aquí todos, volando. Que hay peligro.
Calla tú, Paulowa. (Paulowa se oculta en la
galería derecha.)

ESCENA VI

Dicho y ALEJANDRO y CIUDADANOS 1.^o y 2.^o y OTROS con
MIGUEL COLISSOFF.

ALEJAN. ¿Por qué esa alarma?

CIUDA. 1. ¿Qué hay?

CIUDA. 2. ¿Qué ocurre?

OCTAVIO. Pronto lo sabréis. Decidme, compañeros.
¿Puede haber un traidor entre vosotros?

ALEJAN. Si dudas de mí, soy capaz de atravesar-
me el pecho para caer a tus plantas sin
vida.

OCTAVIO. Tú eres bueno, Alejandro. (Dándole la mano.)

CIUDA. 1. Aquí hay un corazón de hombre. Atra-
viésalo si me crees capaz de semejante
conducta.

OCTAVIO. Dame un abrazo, compañero. (Se abrazan.)

CIUDA. 2. ¿Quién puede poner en duda mi lealtad?

OCTAVIO. No seré yo mientras no se eclipse la luz
de mi cerebro. Callaos todos. Dejad que
os recuerde, uno por uno. Me sois tan
conocidos que os llevo esculpidos en la
memoria. ¡Ah! El es; no hay duda.

(Acercándose a Colissoff y diciéndole en voz baja:)

Tú eres el Judas. Vete.

COLIS. ¡Yo! (Turbado.)

OCTAVIO. Vete, antes que se derrame tu sangre en
mi presencia.

COLIS. ¡Estoy perdido!

OCTAVIO. Disimula cuanto puedas. Huye. (Al pre-
tender hacer mutis por la galería del foro izquierda, le
detiene Alejandro bruscamente, cogiéndole de un bra-
zo.)

ALEJAN. ¿Dónde vas?

COLIS. Pregúntaselo a Octavio.

OCTAVIO. Lleva un buen destino. No le cortes el
paso.

CIUDA. 1 ¿Conoce ese al traidor?
 OCTAVIO Perfectamente.
 CIUDA. 2 ¿Y va en su busca?
 OCTAVIO Dejadle, que no tardará en volver.
 ALEJAN. Siendo así, puedes irte.
 COLIS. (Al hacer mutis.) ¡Respiro! (Vase Colissoff por la galería izquierda del foro.)

ESCENA VII

Los mismos menos COLISSOFF.

OCTAVIO Ahora a ponerlos en salvo vosotros.
 ALEJAN. ¿Qué dices? ¿Qué peligro nos amenaza?
 OCTAVIO La policía ha descubierto nuestro oculto retiro. Ya sabe el lugar donde trabajamos, y que tenemos nuestra imprenta en el fondo de estas minas.
 ALEJAN. ¡Maldición!
 CIUDA. 1 ¡Huyamos!
 TODOS ¡Huyamos!
 OCTAVIO Esperad un momento. Aquí tenéis joyas de mucho valor. Tomadlas. Servíos del producto de su venta para poder ocultaros de nuevo.
 ALEJAN. ¿Y tú?
 OCTAVIO Idos vosotros. Yo seguiré vuestras huellas. No temáis por mí.
 ALEJAN. Entonces nos quedamos. Peceremos juntos...
 OCTAVIO Lo que yo digo debe cumplirse. Si no me obedecéis renunciad a mi amistad para siempre.
 ALEJAN. Te obedecemos. Adiós.
 OCTAVIO ¡Adiós! (Octavio les despidе conmovido, abrazando a unos y dando la mano a otros, mas todo hecho con gran presteza y señalándoles la galería del foro izquierda, por donde hacen mutis precipitadamente.)

ESCENA VIII

OCTAVIO.

Ven acá, Paulowa.

ESCENA IX

Dicho y PAULOWA.

PAULO. ¡Cuán grande es tu alma, Octavio! Mírame a tus pies de rodillas. Así, postrada, te juro seguir, hasta la muerte, tu doctrina de amor y misericordia.

OCTAVIO. Tus ojos ya ven claro, aun en medio de las tinieblas que nos rodean. Tu alma se ha emancipado de la esclavitud. Eras gusano y ya eres flor. El cieno ha servido de pedestal a tu nueva hermosura. Levanta, que sólo ante Dios debes ponerte en semejante actitud. (Dentro gran rumor y dos disparos de revólver.) ¿Qué ruido es ese?

PAULO. Alguna otra desventura.

ESCENA X

Dichos y ALEJANDRO y sus COMPAÑEROS precipitadamente por la izquierda del foro.

ALEJAN. ¡Maldición!

CIUDA. 1 ¡Somos perdidos!

OCTAVIO ¿Cómo?

ALEJAN. Nos ha cerrado el paso la policía.

OCTAVIO ¿Y no hay otra salida?

CIUDA. 2 No hay otra.

ALEJAN. Compañeros. A morir matando. Nos emboscaremos entre las rocas. Vomitaremos fuego sobre nuestros perseguidores. (Desaparecen por la galería del foro derecha.)

ESCENA XI

OCTAVIO y PAULOWA.

- OCTAVIO Pon el pensamiento en Dios, Paulowa, que ya se acerca el peligro.
- PAULO. Lo pongo en Dios y en ti, porque te amo, Octavio. ¡Te amo!
- OCTAVIO Así ama el espíritu en las horas más críticas de la vida.

ESCENA XII

Dichos y COLISSOFF y STOESSEL, seguidos de UN PELOTÓN DE INDIVÍDUOS de la policía rusa y ALGUNOS GRANADEROS por la galería del foro izquierda. Stoessel con la espada desnuda.

- COLIS. ¡Miradle! ¡Ahí está el hijo del General!
- OCTAVIO (Dando un paso hacia ellos.) ¿A quién buscáis?
- STOESSEL A, Octavio Ivanoff.
- OCTAVIO Yo soy.
- STOESSEL ¡Ay del que atente contra su vida! Prendedle. (Le atan ambos brazos sobre la espalda.)
- PAULO. . Prendedme a mí también.
- STOESSEL A los dos. (Atan a Paulowa en la misma forma.) Ahora arriba con los presos y a guardar bien las bocas de la mina. No quiero sacrificar mis soldados persiguiendo a los otros, ocultos en las sombras. Ya les rendirá el hambre. Nuestra misión principal se ha cumplido. Sin pérdida de tiempo. ¡Arriba! (Vanse todos por la galería izquierda del foro. El último, Colisoff, que dice:)
- COLIS. Ya empieza a remorderme la conciencia. ¡Treinta rublos y un pasaporte! Huiré de Rusia. (Trata de seguir a los otros que desaparecieron por la izquierda, pero sale Alejandro y le ataja, diciendo:)
- ALEJAN. ¡Alto!
- COLIS. ¡Alejandro!

ALEJAN. ¡ Muere por traidor ! (Asestándole una puñalada. Colissoff cae muerto.)

FIN DEL CUADRO TERCERO

CUADRO IV

LA CALLE DE LA AMARGURA

Telón corto con vista exterior de las minas.

ESCENA PRIMERA.

Al hacerse la mutación, sale STOESSEL por la izquierda, siguiéndole VARIOS POLICÍAS que escoltan a PAULOWA, quien trae las manos atadas sobre la espalda.

STOESSEL Llévenla bien custodiada a la cárcel en uno de los carruajes que hemos traído. Me respondéis de esta mujer con vuestra vida.

POLICÍA (Cogiendo bruscamente a Paulowa de un brazo. En marcha. (Vanse Paulowa y su escolta por la derecha.)

ESCENA II

Salen por la izquierda, OCTAVIO atado como Paulowa, custodiado por VARIOS POLICÍAS y STOESSEL.

STOESSEL Prisionero Octavio : Si usted promete no hacer intento alguno de evasión, por honor a su persona, le desataremos los brazos.

OCTAVIO Dígame antes : ¿Cómo conducen a los prisioneros? ¿Cómo llevan a Paulowa?

STOESSEL Atada fuertemente.

OCTAVIO Entonces, llévenme de igual manera,

apretando mis ligaduras, porque noto que se han aflojado.

STOESSEL ¿Se pone usted al nivel de esos miserables?

OCTAVIO Esos miserables son más dignos que yo.

STOESSEL El hijo del Gobernador de Moscou no es un plebeyo.

OCTAVIO Todos tenemos el mismo origen.

STOESSEL ¡Qué miro! ¿Quién llega en aquel carruaje? Se para. Baja una señora.

OCTAVIO Es mi madre.

STOESSEL ¡La esposa del Gobernador! Esto se complica.

ESCENA III

Dichos y AURELIA, por la derecha, vestida de negro.

AURELIA (Abrazando a su hijo, llorando.) ¡Hijo de mi alma!

OCTAVIO ¡Madre! No llores por mí. Lloro por cuantos desgraciados padecen persecución por la justicia.

AURELIA ¿Y no abrazas a tu madre?

OCTAVIO Ya lo hago con el corazón.

AURELIA Atado como un malhechor. ¿Esto, qué significa, Stoessel?

STOESSEL Señora... Cumpló las órdenes que he recibido.

OCTAVIO No le culpes. La culpa es de la Ley, que es mala.

AURELIA Desatadle al momento.

OCTAVIO Tu orden tampoco debe cumplirse, porque no es igual para todos. Deteneos. Quiero ir atado. Escucha, madre. ¿Qué prefieres? ¿Que vaya atado de los brazos o del corazón? Déjame así, por piedad.

AURELIA ¡Ay! Qué pena tan grande siento.

OCTAVIO Eso consiste en que se ha detenido el curso de tus lágrimas. Derrámalas para desahogar tu dolor. Las lágrimas son las únicas perlas que esmaltando la carne, no

ofenden a la miseria ajena. Ven, madre. Apóyate sobre mis hombros y llora. Tu hijo amado será el pedestal de tu amargura.

AURELIA (Haciendo lo que le indica Octavio.) ¡ Hijo mío !
¡ Hijo mío !

OCTAVIO (Después de una pausa.) Para que aprendas a conocer hasta dónde llega el rigor de las injusticias sociales. Si tú no fueses mi madre y yo no fuese hijo del Gobernador, ya te hubiesen arrancado a tirones de mis brazos.

AURELIA Siempre con el pensamiento aferrado a esas ideas.

OCTAVIO Ponlas en todos los cerebros y verás que pronto reina la paz sobre la Tierra.

AURELIA Esto debe tener un término. Iré a ponerme a los pies del Emperador para obtener tu libertad.

OCTAVIO Eso que llamas libertad es esclavitud. Esto que a ti te parece esclavitud es libertad. De modo que irías a buscar lo contrario de lo que apeteces. Pídele al Czar la libertad de todos, o lo que es lo mismo, la emancipación del pueblo ruso, y entonces habrás conseguido en parte tu objeto, y digo en parte, porque aun así no quedarían libres todos los hombres.

AURELIA ¿Y has de seguir tu calvario?

OCTAVIO Como lo siguieron otros. Yo no hago más que imitarles.

AURELIA Dígame. Stoessel : ¿Dónde tiene orden de conducirlo?

STOESSEL Al palacio episcopal.

AURELIA ¡ Ah ! Eso es que el señor Kellerman quiere hablarte. Sin duda trata de llevar a tu espíritu los destellos de su fe. ¡ Que Dios te ilumine !

OCTAVIO Hubiera preferido ir directamente a la cárcel.

AURELIA Stoessel : cumpla usted con su deber.

STOESSEL Vamos.

OCTAVIO Adiós, madre.

AURELIA Te llevas mi alma, hijo mío. (Vanse por la derecha.)

ESCENA IV

AURELIA.

Nada temas, Octavio. (Rehaciéndose con mucha energía.) Tu madre será tu salvación, aunque para ello tenga que mostrar la mayor energía. Mi esposo dice que por encima de todo está su Rey y Señor... Yo digo que por encima de todo está el hijo de mis entrañas. Una madre es más que un Emperador. ¡Así lo manda la Ley de la Naturaleza!

FIN DEL CUADRO CUARTO

CUADRO V

EN CASA DE CAIFÁS

Salón dorado en el palacio del obispo Kellerman.—La nota saliente de esta sala debe ser el lujo.—Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

KELLERMAN en medio de otras dos dignidades eclesiásticas.

KELLER. ¡Cuánto tarda! Hace ya más de media hora que recibí el aviso de Stoessel. Octavio es ya nuestro prisionero. Tengamos calma y aprovechemos el tiempo para medir la importancia del acto que vamos a realizar. Si consigo devolverle al Ge-

neral el hijo purificado de sus errores, nuestra influencia en palacio será omnimoda. Si no consigo mi objeto, le llevaremos a un manicomio. Esta es la única solución que tiene el conflicto, ya que sería demasiado riguroso deportarle a la Siberia. (Dentro ruidos.) Ya han llegado. Ya se acercan. Recibámosle con la solemnidad que requieren las circunstancias. (Se sientan en tres grandes y ricos sillones que habrá frente a la puerta de la derecha. Kellerman en medio.)

ESCENA II

Dichos y OCTAVIO, custodiado por STOESEL y GRANADEROS a sus órdenes, por la derecha.

STOESEL. Aquí está el prisionero. La orden del General Gobernador se ha cumplido.
(Pausa.)

KELLER. ¿Cómo, perteneciendo a tan noble familia, ha llegado usted a semejante extremo? ¿Es Octavio Ivanoff quien se halla en mi presencia, o un malhechor perseguido por la justicia?

OCTAVIO. Ninguna mala acción he cometido... Sigo las máximas de Jesús.

KELLER. Esa misión pertenece a los sacerdotes y no a los profanos que las interpretan malamente.

OCTAVIO. ¡Ah, señor! ¿Y es con el lujo y la riqueza que le rodean como se llega a la verdadera interpretación de los preceptos cristianos?

KELLER. Calle el atrevido. Este lujo y esta riqueza son propios de la grandeza del Sujeto a quien se dedican y obedecen a nuestra intención de rendirle los mayores homenajes de la Tierra.

OCTAVIO. «No te inquiete tu mañana, ni qué vestirás, ni qué comerás,» dijo Cristo...

- KELLER. Advierto que toma usted como sentido real y efectivo, lo que es puramente paradójico.
- OCTAVIO El desprecio a las riquezas nunca fué una paradoja, sino un principio de moral cristiana, profundo y verdadero.
- KELLER. No admito lecciones de un loco... de un extraviado.
- OCTAVIO Entonces dígame: ¿Por qué me atan? ¿Por qué me traen a su presencia como un malhechor? ¿Cuál es mi delito?
- KELLER. El de perturbador del orden social.
- OCTAVIO Yo predico estos cinco mandamientos... Vivir en paz con todo el mundo... Llevar una vida pura... No jurar... No resistir al mal... No creer en fronteras... ¿Dónde está el delito, señor?
- KELLER. Esas doctrinas soliviantan al pueblo. Dentro de la Iglesia, corrigen y edifican. Fuera de ella, son disolventes.
- OCTAVIO El bien, para que resulte provechoso, necesita traducirse en verdaderas obras, no sólo en la Iglesia, pero también en la calle, en el campo, en la ciudad, en el taller y en la familia.
- KELLER. Jesús, con ser Jesús, no ha podido aún transformar la tierra, como usted pretende, pequeño gusano adherido a su costra.
- OCTAVIO Porque los hombres no siguen sus salvadoras doctrinas. Porque esta sociedad que se llama cristiana, después de tantos siglos de propaganda evangélica, sólo lo es de pura fórmula.
- KELLER. (Nervioso.) No puedo tolerar semejante lenguaje. No puedo consentir que ofenda usted de ese modo nuestros sentimientos religiosos.
- OCTAVIO Sólo digo y defiendo la verdad.
- KELLER. De sus labios debieran salir únicamente frases de arrepentimiento. Eso es lo que exigía la falta que ha cometido; pero su

alma se ha extraviado en ese bosque de ideas malsanas, de donde sale el veneno que emponzoña el entendimiento de la juventud. Usted se presenta ante sus jueces disfrazado de humildad y mansedumbre, para dar santa apariencia a sus doctrinas antisociales. Así embauca a las gentes, sencillas o ignorantes, que se prometen, por medio de su irrealizable cumplimiento, todos los goces mundanos y todos los placeres de la materia... He ahí la funesta semilla que se halla usted sembrando con un atrevimiento que raya en locura y con una irreligiosidad que merece el más ejemplar de los castigos.

OCTAVIO No me ofende su cólera, señor. Al fin es hombre, y como tal digno de ser perdonado. ¡Lástima grande que no haya llegado hasta su corazón ni una sola de mis palabras!

KELLER. ¿Pero esa humildad no es ficticia?

OCTAVIO Los ojos del error no distinguen lo falso de lo verdadero. ¡Triste ceguera del espíritu!

KELLER. ¿Se cree usted Jesús?

OCTAVIO ¡Ah, señor!... Si yo fuese el propio Jesús, le diría: Aplaca tus iras y óyeme, puesto que te llamas siervo de mi doctrina... Compara mi traje con el tuyo... Yo visto humilde blusa. Tú te engalanas con rico traje talar... Mi casa es la de todos los pobres... Tú vives en suntuoso palacio y sólo visitas las casas de los ricos. Mi acento es dulce y tranquilo. El tuyo vibrante y destemplado. Tu pecho rebosa de coraje. El mío sólo destila miel hasta para mis mayores enemigos. Compara y dime, si puedes llamarte con tal conducta y semejantes hechos, representante en la Tierra de mi generosa doctrina...

KELLER. ¡Este hombre es capaz de enfurecer a un santo!...

OCTAVIO No he concluido, señor...

KELLER. ¿Piensa apurar mi paciencia? Mayor será el castigo.

OCTAVIO Y aún luego añadiría. Tú que pides el arrepentimiento de los demás, comienza por purificar tu propia conciencia. Ni aun en medio de tus errores serás eliminado de mi gracia. Abandona tus riquezas y sígueme. A Cristo lo que es de Cristo. Al César lo que es del César. Toma mi cruz. La encuentras pesada y dolorosa porque no está forrada de sedas ni terciopelos; pero en medio del dolor que produce, advierte el perfume espiritual que exhala... Esta es mi ley. Con ella, por medio del ejemplo, confúndete con todos los desgraciados, con todos los pobres y cuantos padezcan hambre y sed de justicia. Y el pueblo que sufre y trabaja, te amará a ti y a los tuyos, en vez de repudiaros como os repudia, no por la doctrina que predicáis, que es buena, sino por el mal ejemplo que están dando todos aquellos que trafican con la conciencia humana como si fuese la Religión una mercancía. Todos aquellos que me tienen continuamente en los labios y nunca en el corazón... Todos aquellos que han hecho de la cruz, símbolo de amor y misericordia, un instrumento de guerra y exterminio... Todos aquellos, en fin, que llamándose soldados de mi fe, sacrifican sus derechos inviolables, la libertad y la conciencia, para formar una milicia de seres desgraciados sin más objeto que hacer desgraciada a toda la Humanidad.

KELLER. (Fuera de sí.) ¡Basta! ¡Basta! ¡Esto es demasiado! ¡Stoessel! ¡Guardias! ¡Obliguenle a caer de rodillas!

STOESSEL (Obligando a Octavio a caer de rodillas.) ¡ De rodillas !

KELLER. Pida perdón en esa actitud de los agravios que nos ha inferido.

OCTAVIO Las almas no se doblan como los cuerpos. Mi alma permanece erguida y serena.

KELLE. O es un malvado a quien hay que deportar a la Siberia, o un loco a quien hay que encerrar en un manicomio. Llévenle a la cárcel, que yo enteraré a su padre de las hondas raíces que el espíritu del mal ha echado en el corazón de su hijo.

STOESSEL Vamos.

OCTAVIO Yo a la cárcel, como Jesús. Usted ahí queda, como Caifás... Le compadezco, señor Obispo. (Vanse por la derecha.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Decoración del acto II, Cuadro II. Sala del palacio del Gobernador.

CUADRO VI

EL CÉSAR VENCIDO

ESCENA PRIMERA

IVANOFF.

El conflicto se agranda de un modo formidable. Mi autoridad ya no puede sostener tan tremenda batalla. Será inútil que Kellerman me preste las energías de que se halla poseído. Religión y Autoridad no pueden vencer el amor indómito de una madre. Aurelia es la roca granítica donde se estrellan las olas de este mar tempestuoso. ¡Prestigio de mi nombre! ¡Legalidad de mis actos! ¡Justicia!... Todo para ella es nada ante su ídolo... ante su Octavio. (Pausa.) La idea de Kellerman no es mala. El a un manicomio. Los otros a la Siberia. Mi hijo Octavio está loco realmente. No se concibe de otro modo el móvil de su conducta.

ESCENA II

Dicho y AURELIA, por el foro

IVANOFF ¡ Aurelia !

AURELIA Heme aquí de regreso. (Se sienta dando muestras de un profundo disgusto.)

IVANOFF ¿Le has visto?

AURELIA Sí.

IVANOFF Puesto que has satisfecho tu deseo contra mi voluntad, dime algo de tu entrevista... Pero sin lágrimas.

AURELIA Cierto. Cuando la indignación hierve en la sangre, no se llora, antes se mata...

IVANOFF ¿Qué ha sucedido?

AURELIA ¡Petronio! Tú eres buen soldado, pero mal padre...

IVANOFF Para mi conciencia basta con lo primero.

AURELIA Ha llegado la hora de las supremas resoluciones. Nuestro hijo me ha revelado un suceso horrible.

IVANOFF ¿Cuál? ¿Acaso le han sometido al tormento?

AURELIA No han torturado sus carnes ni hecho crujir sus huesos; pero han llevado a cabo una tortura mayor. Un daño inicuo.

IVANOFF ¡Explícate!

AURELIA Han atormentado a la infeliz Paulowa; ¿pero dónde? En el lugar donde sus gritos de dolor, sus ayes de angustia, eran oídos por nuestro hijo. En una celda inmediata a la suya. ¿Y para qué? Para desgarrar aquel pecho magnánimo. Para oprimir aquella alma generosa, que sólo destila miel contra sus propios verdugos. Para dominarle por el terror... Petronio: esa conducta derivada de tu autoridad, es sencillamente inhumana. Derivándose de tus sentimientos de padre, es más que inhumana, es infame.

IVANOFF (Con acento amenazador.) ¡Aurelia!

AURELIA Infame, sí; lo repito; y aunque triturasen mi cuerpo con unos garfios, no me harían enmudecer, y la palabra infame saldría de mis labios. Y si me amordaza-

sen la diría con la fuerza del pensamiento. ¡ Infame ! ¡ Infame !

IVANOFF Me voy por no llevar a cabo un acto indigno de un hombre.

AURELIA (Levantándose y cerrándole el paso.) No, Petronio... Iría en pos de ti, y la escena aquí interrumpida, volveríase a reanudar en otra sala... Más vale que te quedes y oigas hasta el fin.

IVANOFF (Haciendo un supremo esfuerzo para contenerse y tomando asiento.) Ya te escucho. Habla.

AURELIA (Acercándose a Ivanoff y hablándole de pie.) Vas a serme franco. Esta idea de atormentar a nuestro hijo para que desista de su conducta, mortificando cruelmente su espíritu, no es tuya.

IVANOFF Sí.

AURELIA No. Esa idea es de ese señor Kellerman, tu amigo y consejero.

IVANOFF Y aunque así fuese, hago completamente mía la responsabilidad de mis actos.

AURELIA Conforme; pero esa idea no es tuya, porque moralmente sólo puede salir del cerebro de un malvado.

IVANOFF ¿Llamas malvado al Obispo de Moscou?

AURELIA ¿Vas a tomar su defensa? Harto harás con defenderte tú en un litigio donde se arriesga la vida de nuestro hijo.

IVANOFF Vamos por el atajo. ¿Qué te ha dicho Octavio? ¿Desiste de sus extravíos? ¿Abjura de sus errores para hacerse digno de un acto de clemencia? Eso es lo que importa.

AURELIA ¿Abjurar Octavio de sus creencias? Eres su padre y no le conoces.

IVANOFF ¿Quiere la libertad? Que la solicite de su padre el General Gobernador.

AURELIA Tampoco la quiere a costa de la otra libertad: la de la conciencia, que vale para él mucho más que la primera.

IVANOFF Entonces que continúe donde se encuen-

tra. En la cárcel pudrirá los huesos, o en un manicomio.

AURELIA ¿En un manicomio? ¿Has dicho en un manicomio?

IVANOFF Sí, por cierto.

AURELIA Esa idea tampoco es tuya.

IVANOFF Bueno; es del Obispo: lo mismo da.

AURELIA (Toca un timbre.)

IVANOFF ¿Qué intentas?

AURELIA Oyelo.

ESCENA III

Dichos y UJIER, por el foro.

AURELIA Que venga inmediatamente el señor Kellerman. (Vase el ujier haciendo una profunda reverencia.)

ESCENA IV

AURELIA e IVANOFF.

IVANOFF ¿Quieres decirme...?

AURELIA Deseo que venga ese señor. Ya lo ves.

IVANOFF ¿Con qué objeto?

AURELIA Para que te substituya en tus funciones de Gobernador y de padre.

IVANOFF (Acercándose a Aurelia con ademán amenazador.)

¿Qué osas decir?

AURELIA (Conteniéndole con digno y majestuoso ademán.) Cuidado, esposo, cuidado. Ni eres cosaco ni estás ebrio... Mira lo que haces.

IVANOFF (Dejándose caer en una silla junto a una mesa escritorio.) El hijo se declara rebelde. La madre me humilla. ¡Esto es vergonzoso para un General del Imperio! (Pausa.)

AURELIA ¡Estás irritado! Haz que vuelva la tranquilidad a tu espíritu, y óyeme con calma.

IVANOFF ¿Aún no has concluido?

AURELIA Tú no eres malo en el fondo. Has eleva-

do al rango de sacerdocio el cumplimiento de tu deber militar... Yo sé que sufres, aunque lo disimulas, por nuestro hijo... Pero hay un espíritu malo que tuerce tus sentimientos, haciéndote sanguinario y cruel, elevando hasta el crimen lo que sólo debiera ser corrección o castigo. Ese espíritu que te infiltra tal ponzoña, se cubre con el manto de la religión... El lobo se disfraza de humilde oveja para conseguir mejor su propósito, para asegurar su presa, casi siempre inocente... Ese hombre fanático, anacrónico, frío y despiadado, es tu amigo predilecto.

IVANOFF ¿Kellerman?

AURELIA Él mismo.

IVANOFF Estás loca, Aurelia, estás loca.

AURELIA Todavía no; mas puede que me haga perder el juicio la desesperación.

IVANOFF En suma, ¿qué pretendes?

AURELIA (Acercándose a la mesa. Saca una hoja de papel del pupitre. Toma una pluma, la moja y le dice a Ivanoff.) Firma aquí, Petronio.

IVANOFF (Estupefacto.) ¿Qué dices?

AURELIA Que firmes aquí. Al pie de este papel sellado con tu escudo.

IVANOFF ¿Que yo firme en blanco? ¿Qué es esto?

AURELIA Una orden al Alcaide para que ponga inmediatamente en libertad a Octavio y Paulowa.

IVANOFF ¡Maldición!

AURELIA (Con mucha dulzura.) No blasfemes. Amordazo tu boca con mi mano para que no lances otra maldición. Besa o muerde... Si lo primero, es señal de que todavía quieres ser mi esposo. Si lo segundo, es prueba evidente de que dejas de serlo.

IVANOFF (Vencido en un arranque conyugal.) ¡Aurelia! ¡Aurelia mía! ¿Por qué me colocas en este durísimo trance?... Puedo transigir con la libertad de Octavio; pero no con

- la de Paulowa. Esa mujer debe ser castigada. Lo exige la vindicta pública.
- AURELIA Ven aquí, Petronio. Puesto que he conseguido que se desprenda de tus entrañas una chispa de humanidad, hablemos como dos buenos amigos. ¿Qué delito ha cometido esa mujer?
- IVANOFF ¿Acaso lo ignoras? Se hallaba en connivencia con los revolucionarios. Ella fué la que puso el anónimo en mi despacho.
- AURELIA ¿Aún sigues dando crédito a esa fábula?
- IVANOFF ¿Quién fué entonces?
- AURELIA Alguno de los que te rodean...
- IVANOFF ¿Y no le denuncias?
- AURELIA No; porque no es suficiente una sospecha.
- IVANOFF Ya basta. Dime su nombre.
- AURELIA Cuando tenga una prueba.
- IVANOFF ¡Bah! ¿No haces empleo de esos ardidés para salvar a Paulowa?
- AURELIA Paulowa es inocente.
- IVANOFF Confiame tus sospechas.
- AURELIA No insistas. Firma ese mandamiento de libertad.
- IVANOFF (Levantándose.) Me pides un imposible.... En la balanza de nuestro amor pesa más mi autoridad. No puedo complacerte.
- AURELIA Entonces escucha bien lo que voy a decirte, Petronio. Con la crueldad no conseguirás tu objeto. Siembras vientos de odio y recogerás tempestades de sangre. La revolución te hará pedazos, porque a ella iremos todos... todos; hombres y mujeres, altos y bajos, maldiciendo al déspota en cuyo corazón no se alberga ningún sentimiento de humanidad.
- IVANOFF (Cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Y no me traga el infierno!
- AURELIA Se cumplirán tus deseos de venganza. Llegará tu prestigio a la cumbre de la gloria oficial. Te llamarán el Guzmán del Imperio ruso. Nuestro hijo Octavio mo-

rirá en la cárcel, y yo... yo me traspasaré las entrañas con un hierro para que perezca también el hijo de tu sangre que ya ha empezado a germinar en ellas.

IVANOFF ¡Gran Dios! ¡Qué escucho!

AURELIA Sí, Petronio; de nuevo eres padre.

IVANOFF (Firmando rápidamente la hoja de papel que habrá quedado sobre la mesa.) Toma, me has vencido.

AURELIA ¡Aún tienes corazón!

IVANOFF Voy a respirar a otro ambiente. (Vase por la izquierda.)

ESCENA V

AURELIA.

¡Libres Octavio y Paulowa! He conseguido lo que deseaba, mas no sin ruda violencia. Este papel tiembla en mis manos. Blanca paloma que se estremece de regocijo preparándose para ser mensajera de la dicha más grande que puede concederse al infeliz prisionero. ¡La libertad!

ESCENA VI

Dicha y UJIER, por el foro.

UJIER El señor Obispo.

AURELIA ¡Magnífico! Llega en buen hora... Que pase. (Vase el ujier.)

ESCENA VII

AURELIA.

Este señor mitrado no sabe hasta dónde llega el amor de una madre... Bueno es que lo sepa.

ESCENA VIII

Dicha y KELLERMAN, por el foro.

- KELLER. A la paz de Dios.
AURELIA La paz sea con todos.
KELLER. ¿Y el General?
AURELIA Acaba de salir. Esta vez soy yo quien desea hablarle.
KELLER. Me tiene a sus órdenes.
AURELIA Le he mandado llamar para que me ayude a realizar un acto de verdadera justicia.
KELLER. Cuente usted con mi más decidida cooperación.
AURELIA Se trata de dos pobres reclusos, a quienes se privó de la libertad por un supuesto delito.
KELLER. ¿Se ha demostrado que son inocentes?
AURELIA En absoluto.
KELLER. No deben permanecer ni un día más en la cárcel.
AURELIA Esa es también mi opinión.
KELLER. ¿No se ha decretado todavía su libertad?
AURELIA Le diré lo que ha ocurrido. Como me son tan conocidos sus humanitarios sentimientos, (El Obispo hace una inclinación de cabeza.) antes de pedir a mi esposo el mandamiento de libertad, quise reforzar mi petición auxiliándola con la de usted; mas no fué necesario. El General Gobernador ha firmado en blanco este papel sellado con su escudo, dando así, además, una prueba de la ilimitada confianza que tiene depositada en su esposa...
KELLER. Siento haber llegado tarde.
AURELIA Aún puede usted tomar parte en esta obra de justa reparación... Yo he tomado la iniciativa. Mi esposo firmó en blanco. Y el señor Obispo de Moscou pondrá lo que falta de su puño y letra...

- KELLER. ¿Usted desea que yo...?
- AURELIA Sí... Que escriba el mandamiento de libertad.
- KELLER (¿Qué es esto?)
- AURELIA (Colocando el papel sobre el pupitre.) Aquí.
- KELLER. (Sentándose en la mesa para escribir.) Dicte usted.
- AURELIA Orden al Alcaide de las cárceles de Moscou, para que ponga inmediatamente en libertad a los prisioneros Octavio y Paulowa.
- KELLER. ¿Cómo?
- AURELIA Sí, señor... A Octavio, mi hijo, y a Paulowa.
- KELLER. Esa mujer...
- AURELIA Dispénsame que le interrumpa, señor Obispo. Esa mujer es inocente. No es ella quien colocó en el despacho aquel anónimo amenazando de muerte a mi esposo.
- KELLER. ¿Quién fué el atrevido?
- AURELIA Alguien interesado en que se agrie el carácter de mi esposo, para que no ceje en sus medidas de violencia y crueldad... La Gobernadora tiene más instinto que el Gobernador... Escriba usted, señor Obispo.
- KELLER. Pero, y Octavio... ¿no se dará un mal ejemplo?...
- AURELIA No se apure usted... Le sacaremos de la cárcel, pero será para llevarle a un manicomio... ¿No es este su deseo?
- KELLER. Yo, señora... Yo...
- AURELIA ¡Oh! Sí... Los hombres como él son un peligro para la sociedad en que vivimos... Es verdad que hay una madre transida de dolor... Ciertamente es que quedará desgarrada viendo a su hijo mezclado entre esos seres infelices que han perdido la razón... ¿Mas qué importa todo eso?... Lo principal es que desaparezca de la escena ese loco que ha tomado en

serio las máximas de Jesús, convirtiéndose en Quijote del Cristianismo... O cárcel o manicomio. No hay más solución... Escriba usted, señor Obispo.

KELLER. (Me ha vencido. No queda otro remedio.)

(Escribe.)

AURELIA Octavio y Paulowa... Perfectamente... Así es como se practican las virtudes cristianas... Puede usted congratularse de haber coadyuvado a una hermosa obra... Voy al punto a ponerla en ejecución. (Con honda y fina ironía.) Muchas gracias, señor Obispo. (Kellerman se inclina profundamente. Aurelia vase por el foro.)

FIN DEL CUADRO SEXTO

CUADRO VII

MATER DOLOROSA

Telón corto de corredor o pasillo de cárcel con poca luz.

ESCENA PRIMERA

Hecha la mutación aparecen por la derecha ALCAIDE, STOESSEL y GUARDIÁN.

STOESSEL Mucho tarda esa señora.

ALCAIDE No he visto jamás un prisionero tan moroso para hacer uso de la libertad que se le ofrece.

GUARDI. ¿Me permiten ustedes que les diga mi opinión?

ALCAIDE Hable usted.

GUARDI. Yo creo que el señor Octavio no saldrá por ahora de su prisión.

STOESSEL ¿En qué se funda?

GUARDI. En el conocimiento que tengo de su carácter. Antes, cuando abrí la puerta de su celda, lo primero que dijo al ver a su madre, fué lo siguiente: «Ya sé que vienes a pedirme una injusticia», refiriéndose, sin duda, a la libertad que ha venido a ofrecerle.

STOESSEL Es muy singular ese mozo.

ALCAIDE Yo creo que su cabeza no está muy firme.

STOESSEL Ahí está el toque... Sólo un loco, muy desequilibrado, se mete a redentor en estos tiempos de positivismo puro.

ALCAIDE ¡Abandonar la casa! ¡Renunciar a los goces de su alta posición social!... Joven y millonario y además hijo del Gobernador. No es floja la locura.

GUARDI. Pues si está loco, ya quisiera yo muchos cuerdos como él... A mí me trata como si fuese un compañero, un amigo de muchos años.

STOESSEL Lo cual prueba lo que decimos; que lo está de remate.

ALCAIDE ¡Silencio! La esposa del Gobernador.

ESCENA II

Dichos y AURELIA, por la izquierda.

ALCAIDE ¿Cómo? Señora... ¿Y su hijo?

AURELIA No quiere la libertad hasta que la obtengan todos sus camaradas que se hallan reclusos por la misma causa.

GUARDI. (Lo que yo he dicho.)

STOESSEL ¿Y así abandona a su madre?

AURELIA No tiene usted derecho alguno para acusarle, señor Jefe de Policía.

STOESSEL Perdón, señora.

AURELIA La conducta de mi hijo sólo debe inspirar respeto y admiración a todas aquellas personas que no se sienten con valor pa-

ra imitarle. Ahora, señor Alcaide, dígame : ¿No hay en toda la cárcel otra pieza menos lóbrega?

ALCAIDE Sí, señora ; pero recibí orden de encerrarle donde se encuentra.

AURELIA Desde mañana deberá mi hijo ocupar una celda más en armonía con su clase. También recibirá usted orden de mi esposo para que el preso Alejandro Aleixeff habite la misma prisión en compañía de Octavio.

ALCAIDE Serán cumplidas al pie de la letra todas sus órdenes.

AURELIA Le he encontrado muy decaído. ¿Qué alimento se le sirve?

ALCAIDE El primer día se le ofreció una comida compuesta de ricos manjares, mas no quiso aceptarla. Explíqueme usted a la señora lo que ocurrió.

GUARDI. «¿Es esta la comida que se le sirve a los demás prisioneros?», me preguntó. No, señor, le dije. «¿Qué se les sirve?» Pan y agua, le contesté. Entonces me replicó : Tráigame usted siempre agua y pan. Y no probó bocado alguno de los manjares que tenía sobre la mesa...

AURELIA (Es todo un carácter.) Acompañeme a la prisión de Paulowa. Quiero yo misma ser la mensajera de su libertad.

ALCAIDE (Inclinándose confundido.) ¡Ah, señora !

AURELIA ¿Por qué esa vacilación?

ALCAIDE Porque esa mujer, desgraciadamente...

AURELIA ¿Qué ha ocurrido? Acabe usted.

ALCAIDE Siento decirselo a vucencia... Paulowa no se halla en condiciones de hacer uso de la magnánima orden del General.

AURELIA ¿Por qué razón? ¿Acaso ha muerto?

ALCAIDE No tanto... mas no debe hallarse a esta hora muy lejos de la sepultura.

AURELIA ¡Poder divino ! ¿Qué han hecho con esa desventurada?

ALCAIDE Como se empeñó en no decir la verdad,

ocultando el nombre de sus cómplices, el tormento fué muy duro.

AURELIA Ya comprendo... ¡ Miserables !

ALCAIDE Mi observación sólo tiene por objeto evitarle a vucencia un espectáculo desagradable.

AURELIA Se equivoca usted, señor Alcaide. Vamos a ver a Paulowa. (Vanse todos por la izquierda.)

FIN DEL CUADRO SEPTIMO

CUADRO VIII

MUERTE DE PAULOWA

Decoración de cárcel. Puerta al foro.

ESCENA PRIMERA

Aparece en escena PAULOWA sentada en un sillón de baqueta junto a una cama de muy pobre aspecto.

La vida es una luz que se extingue...
¡ Cuán poco resplandor le queda a la mía !
Ya ni fuerzas tengo para abandonar este sillón. (Prueba a levantarse.) ¡ No ! ¡ No puedo ! Mi cárcel se ha ido reduciendo hasta obligarme a permanecer atada a unos miserables barrotes... ¡ Aquí exhalaré el último suspiro !... porque la cama me hace un daño horrible. Mis huesos quebrantados no pueden servir de pedestal a todo mi cuerpo dolorido. ¡ Quién en mí reconociera a la Paulowa de otros tiempos ! ¡ A la mariposa de Moscou, como decían los frívolos !... ¡ Envuelta en un torbellino de gasas, encajes, perlas y flores !... Ya sólo soy el espectro de aque-

lla Paulowa... ¡Apartad de mi mente, recuerdos vanos! ¡Tratáis de hacer más cruel mi agonía? ¡Yo soy de Octavio!... ¡Sólo de Octavio!... ¡Morir! ¡Morir!... Esa es mi única esperanza.

ESCENA II

Se abre la puerta del foro y aparece AURELIA.

AURELIA ¡Paulowa! ¡Mi querida Paulowa!

PAULO. Creo reconocer esa voz.

AURELIA Soy yo, Aurelia.

PAULO. ¡Ah! Deme usted las manos. Quiero apretarlas contra mi corazón... ¡Me muero, señora! ¡Me muero!

AURELIA Al contrario... Ahora es cuando empieza la vida para usted. Vengo a comunicarle la feliz noticia de su libertad...

PAULO. ¿Cómo?

AURELIA Así lo ha dispuesto mi esposo.

PAULO. ¿Y Octavio?

AURELIA También es libre. Fortalezca su ánimo. Tome alientos para dominar ese desfallecimiento que advierto en todo su ser...

PAULO. ¡Libre Octavio! ¡Bendito sea Dios que a la hora de la muerte me otorga esta dicha! ¡Bendita sea usted, señora, por haber sido su grata mensajera!

AURELIA ¿No podrá usted salir apoyada en mi brazo? Mi coche espera a la puerta de la cárcel.

PAULO. ¿Salir yo con usted? ¡Qué ilusión!... La libertad ha llegado tarde para la pobre Paulowa. Mire mi frente bañada en sudor frío. Mi felicidad se ha convertido en agonía.

AURELIA Se fatiga usted hablando. ¿No hay por aquí ningún frasco de éter, ni agua de azahar?

PAULO. Nada.

- AURELIA Voy corriendo...
- PAULO. No... No se mueva de mi lado. Se lo suplico... Ya no hace falta.
- AURELIA (¡ Miserables ! ¡ Miserables !) ¿ Pasó ya el agobio ?
- PAULO. Estoy pensando que si fuera usted tan buena... que... No me atrevo...
- AURELIA ¿ Por qué, hija mía ? Pídame cuanto quiera...
- PAULO. Es demasiado... Es demasiado...
- AURELIA ¿ Cuál es su deseo ? No vacile en comunicármelo.
- PAULO. Quisiera... Quisiera... Ver a Octavio antes de morir...
- AURELIA ¡ Ver a mi hijo !
- PAULO. Sí, señora.
- AURELIA ¿ Y por qué no ? Corro a dar aviso para que venga en el acto.
- PAULO. (Cogiendo una de las manos de Aurelia y besándola con gran efusión.) ¡ Gracias ! ¡ Gracias !
- AURELIA No me retenga por más tiempo si quiere verle cuanto antes.
- PAULO. Sí... Sí... Vaya usted.
- AURELIA (Al hacer mutis por el foro.) Está fría como el mármol... Cúmplase su deseo antes de que se apague la moribunda llama de su vida. (Vase por el foro.)

ESCENA III

PAULOWA.

Parece como que súbitamente he recobrado las fuerzas. Sí. Sí... Ya puedo ponerme de pie... ¡ Ay, Dios mío ! La idea de que voy a ver a Octavio me saca de la sepultura... No, no puedo más. (Cae otra vez en el sillón desfallecida.)

ESCENA IV

Dicha y OCTAVIO, por el foro.

OCTAVIO Ya estoy aquí, Paulowa...

PAULO. ¡ Octavio ! ¡ Octavio !

OCTAVIO Mi madre ha conseguido tu libertad. Terminaron tus dolores.

PAULO. No me engañes, Octavio. Háblame como debes hacerlo... Por última vez...

OCTAVIO ¿ Tan grande ha sido tu sufrimiento?

¿ Tan crueles han sido los hombres?

PAULO. ¡ Me han torturado de un modo cruel !... No puedo recordarlo sin estremecimiento de todo mi sér, y sin embargo parece que recordándolo me descargo de un gran peso.

OCTAVIO ¡ Arroja tu negra carga, si te place, sobre el alma de Octavio !

PAULO. ¡ Ah ! ¡ Cuán bueno eres !

OCTAVIO Destila la hiel de tu amargura.

PAULO. (Recordando la escena de su tormento.) «Revela el nombre de tus cómplices.» «No tengo ninguno.» Y el instrumento que me mordía en las carnes, apretaba sus anillos produciéndome un dolor horrible...

OCTAVIO Yo recogía tus ayes, hasta el menor quejido.

PAULO. Y otra vuelta... y otra... y otra, hasta que desfallecida de dolor, perdía el conocimiento.

OCTAVIO Hasta que yo caía al suelo sin sentido. (Pausa.)

PAULO. Escucha, Octavio.

OCTAVIO ¿ Qué deseas?

PAULO. Que vengas a mi sepultura con un puñado de flores... Haz que pongan una cruz sobre la tierra descolorida que cubra los restos de Paulowa.

OCTAVIO Vivirás eternamente en el pensamiento de Octavio.

PAULO. Ya he desahogado mi pena. (Pausa.)

OCTAVIO Escucha, Paulowa.

PAULO. Habla.

OCTAVIO Acaba de pasar una sombra por mi conciencia... Yo he truncado tu destino. Mariposa del placer, tal vez en tu natural ambiente hubieses hallado el giro que conduce a la felicidad.

PAULO. Eso no. Sigo poseyendo tu fe. No creas que arrojo al suelo mi cruz.

OCTAVIO Pero se ha desgajado tu existencia del árbol frondoso de la vida. ¡Yo te he perdido, Paulowa! ¡Yo he desgajado aquella rama!

PAULO. ¡Calla! ¡Calla!

OCTAVIO Escúchame con atención. Oyeme con el alma, no con los oídos, porque voy a hablarte, muy quedo, muy quedo, y respóndeme también sin voz para que no te fatigues, que ya leeré la respuesta en la mirada de tus ojos, en la expresión de tu semblante... Aquel día, en el fondo de la mina, ante la proximidad del peligro, me dijiste: Te amo, Octavio, te amo.

PAULO. ¡Se me salió del alma!

OCTAVIO Pues bien. No bajes al sepulcro sin haber conocido el secreto de Octavio... ¡Yo también te amo!

PAULO. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

OCTAVIO (Arrodillándose a los pies de Paulowa, mientras ésta muere en dulce agonía.) He sacrificado tu amor y el mío por ser fiel al ideal cristiano que se ha convertido en luz de mi existencia. Mírame a tus pies de rodillas. Perdón te pido por este doloroso sacrificio. No has sido flor de hospital, pero sí azucena de cárcel. ¡Mística paloma desgarrada en los garfios del tormento! ¡Rosa del dolor! ¡Cisne de la agonía! Dame tu bendición antes de que tu alma traspase los umbrales de la eternidad. (Pausa.) ¿Nada dices? ¿No me perdonas? (Se levanta y ad-

vierte entonces que Paulowa ha muerto.) ¡Ah!
(Pausa.)

ESCENA V.

Dichos y AURELIA, por el foro, en voz muy baja.

AURELIA ¡ Octavio, hijo mío !

OCTAVIO ¡ Madre ! Paulowa ya es libre. ¡ Mírala !

AURELIA (Acercándose a Paulowa y mirándola atentamente.)
¡ Pobre Paulowa !

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

La prisión de Octavio.—Salida al foro.—A ambos lados dos camastros sobre el suelo, apropiados a la escena y a la situación.

CUADRO IX

EL SACRIFICIO DE OCTAVIO

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIO.

(Sentado en un banco.) ¡Oh, libertad! ¡Libertad! Eres el primer fundamento de la vida. Eres el bien más positivo del espíritu. ¡Libertad amplia, no limitada por ningún obstáculo! No circunscrita por ninguna frontera, ni por ningún otro límite geográfico, hasta enseñorearse de la tierra. Esta es la verdadera libertad. ¡Prisionero de una nación o prisionero de una cárcel! ¿Qué importa? Sólo se ensancha un poco más el radio del círculo que esclaviza al hombre... Jamás un pueblo podrá llamarse libre, mientras su vecino gima en la esclavitud. No basta que un hombre se considere dichoso... Es preciso que lo sea su compañero. No basta que un pueblo sea feliz, ha de serlo también el pueblo fronterizo. Así se borran las diferencias. Así desaparecen las castas, se igualan las leyes, palpitan al

unísono todos los corazones y se llega al cumplimiento del ideal cristiano, el más hermoso y fecundo que cabe dentro del espíritu. ¡La humana fraternidad! (Pausa.) Pero esta esperanza de libertad con que una santa mujer, una madre dulcísima nos brinda, sólo se refiere a la libertad de la cárcel, circunscrita por cuatro paredes. ¿Acaso Rusia no es una inmensa prisión? ¡Oh dulce madre mía!... Tu propósito debe ser juzgado por el generoso móvil que lo impulsa. Hay que hacer el bien sin reparar en la extensión de sus resultados. De este modo, tu carta es buena... Cuanto más la leo, más la saborea mi alma. «Hijo mío... El obispo Kellerman no cumple con su misión de sacerdote, ni aún con la de hombre de bien. Es un fanático. Me ha vencido, haciendo triunfar su política de represión violenta en el ánimo del Gobernador, tu padre. Yo marché secretamente a San Petersburgo, para conseguir del Czar tu libertad y la de todos tus compañeros de cautiverio. Conseguiré mi propósito por la gran influencia que sabes ejerzo en el corazón de la Emperatriz...» Hace más de cuatro días que llegó esta carta a mis manos. ¡Pobre madre! ¿Habrá conseguido su propósito? Ya tarda en regresar. (Dentro rumor.) ¿Qué rumor es ese? ¿Será Alejandro?

ESCENA II

Dicho y ALEJANDRO por el foro, custodiado por varios soldados mandados por un OFICIAL.

OFICIAL No se quejará usted de la tasca.

ALEJAN. No por cierto.

OFICIAL Ahora, mucha suerte.

ALEJAN. Gracias. (Vanse oficial y soldados por el foro, cerrando la puerta.)

ESCENA III

ALEJANDRO y OCTAVIO

- ALEJAN. Dame un abrazo. (Se abrazan.)
- OCTAVIO Breve ha sido tu ausencia.
- ALEJAN. Sólo ha durado algunos minutos. Me fui con el corazón del tamaño de una avellana. Así lo llevaba de oprimido.
- OCTAVIO Cuéntame...
- ALEJAN. Empezó el interrogatorio... Cerca de mí había unos instrumentos que parecían sapos de hierro dispuestos a mordirme en la carne, pero apenas había terminado la primera pregunta, llega precipitadamente un militar, creo que coronel de Granaderos. Habla aparte misteriosamente con el otro que hacía de Juez, y éste al punto da orden para que me vuelvan a mi prisión; y aquí me tienes.
- OCTAVIO ¡Loado sea Dios!
- ALEJAN. Y tan loado. Ya me veía con los huesos descoyuntados.
- OCTAVIO La satisfacción rebosa en todo tu sér.
- ALEJAN. ¡Diablo! ¿Crees que no hay motivo para ello? Estoy satisfecho y alegre. Tanto, que me asaltan unos deseos atroces de vivir. ¡Cuán bella es la vida, Octavio!
- OCTAVIO ¡Cuán bella es la vida!
- OCTAVIO ¡Pobre amigo mío!... Vida sin libertad.
- ALEJAN. ¿Para qué la quieres?
- ALEJAN. Me hallo dispuesto a discutir contigo, hasta la Biblia. Voy hacer de esta silla una especie de tribuna, y tomo asiento en ella. (Se sienta como dice.) Digo que ese Tolstoy, tu gran maestro, sólo predica doctrinas que atentan contra la alegría de vivir que yo siento en este instante... Y le declaro romántico... enfermo, y hasta loco.
- OCTAVIO ¿Yo también lo seré entonces?

- ALEJAN. Naturalmente. A maestro desequilibrado, discípulo más desequilibrado todavía.
- OCTAVIO Aceptando la premisa, no está mal sacada la consecuencia.
- ALEJAN. La alegría me da una fuerza expansiva, enorme, y aviva de un modo extraordinario la luz de mi entendimiento. Hoy sales derrotado como te metas conmigo en discusión.
- OCTAVIO Vamos a verlo: ¿Es hija de un cerebro enfermo la admirable doctrina de Tolstoy de la *irresistencia al Mal*?
- ALEJAN. Esa doctrina cae fuera del modo de ser del Universo.
- OCTAVIO ¿Por qué motivo?
- ALEJAN. Porque excluye el elemento principal de toda evolución. La lucha es un bien.
- OCTAVIO ¡Magnífico! La echaste de filósofo y reconozco que no te ha salido del todo mal. ¿Pero dime? ¿Qué es la vida en sí? Un contrasentido... Toda ella es una sucesión de actos ilógicos... Y si no contesta a mi pregunta: ¿Hubiese sido lógico que aquellos sapos de hierro a que antes te referías te hubiesen mordido en la carne?
- ALEJAN. No veo en eso ninguna lógica, mi querido Octavio.
- OCTAVIO Ni en eso ni en la mayor parte de las acciones humanas. La vida para nosotros no tiene sentido. ¿Cuál debe ser nuestra conducta en semejante confusión? Consagrársela al excelso Espíritu que quiere la hemos recibido.
- ALEJAN. Espera, espera, amigo mío... Hoy veo las cosas más claras que ayer y me acuden a la memoria tus argumentos.
- OCTAVIO ¿Cómo explicas tú el sentido de la vida?
- ALEJAN. Por la misma vida. La vida en sí constituye la suprema finalidad. Física y moralmente, no hay más que vida en el Uni-

verso. La misma conciencia del hombre es un fenómeno de la vida.

OCTAVIO. En tal caso, ¿qué principios de moral deben aceptarse?

ALEJAN. Todos aquellos que tiendan a mejorar la vida, embelleciéndola dentro de cada una de sus infinitas moradas, suprimiendo todo sacrificio estéril o innecesario. ¡Abajo el misticismo! Surjan de la fuente de la vida universal los copiosos raudales que se denominan pasiones humanas, por los diversos senderos que les ofrece la realidad en el tiempo y en el espacio... Derribese todo obstáculo, para que aquéllas no se desborden y hagan la felicidad del hombre. Deslicense sin violencia de ningún género, por todos los corazones, acariciando todas las almas y cubriendo, materialmente, todas las viviendas de los seres animados, con los encantos de la Naturaleza, ya cansada de espinas y ávida de flores. Compañero, te he vencido.

OCTAVIO. (Levantándose y dándole la mano.) Muy bien, Alejandro, muy bien.

ALEJAN. Ahora me acuesto. Necesito descansar un poco. Estoy muy fatigado.

OCTAVIO. Pero...

ALEJAN. No hables. No quiero oírte, porque serías capaz de convencerme... Calla... Déjame dormir: Buenas noches.

OCTAVIO. Duerme cuanto quieras. (Vuelve a su asiento.) Me ha confundido. Realmente Alejandro nunca estuvo tan lógico. Sus últimas palabras han sido un himno a la vida... ¡Aléjate, primera sombra que cruzas por mi conciencia!... Huye, espantosa duda... Si la vida fuese la suprema finalidad del universo, entonces ¿qué sería de la ley del sacrificio?... Un absurdo.

ALEJAN. (Sotando.) ¡Viva la libertad!

OCTAVIO Pronto se ha dormido... Ya está soñando.

ALEJAN. ¡Llor a la vida!

OCTAVIO ¡Llor a la vida, dice! ¿Quién le da ese anhelo? ¿Quién produce esa explosión tan grande de su alma? ¿No fuera un crimen atentar contra ese afán de vivir que se apodera de todo su sér?...

ALEJAN. Soltadme, verdugos. No atormentéis mi cuerpo. Yo amo la vida. ¿Con qué derecho queréis arrebatármela? ¿Es vuestra, acaso? ¿La habéis creado vosotros? ¿Me la habéis prestado siquiera? Esta vida es mía, solamente mía...

OCTAVIO Y también de Dios. Pero Dios, al dárse-la, ¿se la dió para el sacrificio? Esta es la sombra.

ALEJAN. Yo quiero la vida para admirar la luz del sol. Para deleitarme en la contemplación de la Naturaleza... Para satisfacer mis ansias de amor... Mis deseos de libertad.

OCTAVIO Este hombre pide lo que es suyo... Tiene ojos y quiere inundarlos de luz... Tiene corazón y quiere amar... Tiene conciencia y pide libertad... ¡Eh! ¿Quién se acerca? ¿Quién abre la puerta de esta cárcel?

ESCENA IV

Dichos y GUARDIÁN, por el foro.

GUARDI. (Con mucho misterio.) ¡Señor Octavio! ¡Señor Octavio!

OCTAVIO ¡Ah! Eres tú. Llámame Octavio a secas.

GUARDI. ¿Y Alejandro?

OCTAVIO Durmiendo.

GUARDI. No le despertemos. ¡Qué horror!

OCTAVIO ¿Por qué pones ese gesto? ¿Qué desgracia vienes a anunciarme?

GUARDI. Vengo a despedirme.

OCTAVIO ¿Cómo?... ¿Dejas tu empleo?

GUARDI. Hablemos bajo para que el otro no nos oiga. Há poco llegó a esta cárcel el obispo Kellerman. Poco después un señor Coronel con tropas de relevo que han venido de uno de los cantones próximos. Según parece, había algún militar de la guarnición de esta cárcel comprometido en el complot fraguado por los revolucionarios para salvar a los prisioneros; complot que ha sido descubierto, según parece, por el propio Kellerman. Ello es, que nos están relevando a todos; soldados, guardianes, calaboceros... hasta el mismo Alcaide ha sido objeto de igual medida... Y no es esto lo más malo... Señor, no es esto lo más malo...

OCTAVIO Mi corazón se nubla. Prosigue.

GUARDI. No me atrevo.

OCTAVIO ¡Habla por piedad!

GUARDI. Lo peor es que el Coronel trae orden de ejecutar en el patio de la cárcel... Esto se hace aquí muchas veces.

OCTAVIO ¿Ejecutar, a quién?

GUARDI. ¡Silencio! que puede oirlo.

OCTAVIO ¿A mi amigo? ¿A mi Alejandro?

GUARDI. Sí, señor. Y mañana deberán salir deportados para la Siberia los demás prisioneros.

OCTAVIO ¡Misericordia divina!

GUARDI. Ya es cerca de la media noche. He oído decir que la ejecución deberá tener lugar muy pronto. No sé a qué hora. Adiós, señor, porque estoy corriendo un grave riesgo. Deme la mano para besarla. (Octavio le extiende la diestra sin decir palabra. El Guardián vase, descubriéndose al pasar cerca de la cama donde duerme Alejandro.)

ESCENA V

OCTAVIO y ALEJANDRO.

ALEJAN. (Soñando.) ¡Tolstoy ! ¡Tolstoy ! Ese viejo romántico desconoce la ciencia de la vida. Pide el misticismo de la Humanidad. ¿Y para qué? Para obtener una dicha futura... La dicha positiva está en la vida que se conoce. Y por eso yo deseo vivir y quiero ser libre para satisfacer mis anhelos de hombre. ¡Abajo todo obstáculo que detenga mi paso ! ¡Caigan Leyes y Dogmas y Sociedades que se opongan a esta legítima aspiración ! La vida es el amor universal... ¡Paso a la vida !

OCTAVIO (Que a medida que fué hablando Alejandro fuese acercando a él como atraído por aquellas palabras.) No. No es la vida la que te aguarda... ¡Es la muerte negra y horrible !... Es la cuchilla fatal que segará tu garganta y hará enmudecer tu voz haciendo fracasar de un golpe todos tus deseos y esperanzas. Esa sonrisa que se dibuja en tus labios, se convertirá en mueca de dolor y agonía... ¡Ese afán de vivir que rebosa en tu pecho, será en breve silencio sepulcral !... (Pausa.) ¿Cómo le despierto de ese sueño feliz, para decirle :? Levanta, Alejandro. La vida es un sueño. La muerte te espera abajo en el patio de la cárcel... ¡Esto es horrible ! ¡Ningún dolor me has proporcionado tan grande como el que ahora siento !... Jamás la incertidumbre se apoderó con tanta fuerza de mi espíritu. ¡Ese hombre quiere libertad y los hombres le aprisionan !... ¡Quiere vivir y le matan !... Si no hay una ley de compensación infinita... ¿Cómo se remedia esta inmensa iniquidad? ¿Cómo se repara esta injusticia, que por sí sola hace ineficaz toda idea de amor y de justi-

cia?... ¿Y para esto, divino Jesús, te sacrificaste en el Gólgota, derramando tu sangre por la Humanidad?... ¿Quién ha torcido el curso de aquella corriente generosa? ¿Tendrás tú razón, Alejandro, pidiendo la violencia y la revolución para combatir el mal que llega a tan espantosos extremos?... ¡Mi cabeza arde! ¡Paulowa! ¡Stobolk! ¡Alejandro... me desgarráis las sienes como una corona de espinas!... (Se acerca al foro para oír, pegando el oído a la puerta.) ¿Qué oigo? ¿Qué ruido es ese? Ruido de pasos como de un piquete de tropas que se acerca... ¿Vendrán ya por Alejandro? ¡Luego es verdad! ¡Quiere el hombre matar al hombre! No. No será... Pero, ¿cómo? ¿Cómo impedirlo? (Pausa larga y meditando.) ¡Oh Dios mío! ¡Qué idea tan suprema me asalta!... ¡Qué luz invade mi cerebro! ¡Calma, calma! Según me ha dicho el guardián, han sido todos relevados. Esta es gente nueva que acaso no conozca ni usos ni costumbres de esta cárcel. Ni siquiera las personas... Si así fuera... ¿Por qué vacilo? ¿Qué pierdo con probarlo? Por lo pronto le salvo la vida. Luego... Luego... La bondad de Dios es infinita. Héme dispuesto al sacrificio... Ya llegan; ya están ahí...

ESCENA VI

Dichos y CORONEL DE GRANADEROS con CUATRO SOLDADOS
por el foro.

CORONEL ¿El prisionero Alejandro Aleixeff?

OCTAVIO Yo soy...

CORONEL ¿Y el hijo del General Gobernador?

OCTAVIO En su cama durmiendo. Mírele. No le despierte, porque está soñando y es feliz.

CORONEL Tanto mejor. ¿No se hallaba usted hace poco declarando ante el Juez militar?

OCTAVIO Iba a empezar el interrogatorio cuando llegó la orden de que me volviesen a la prisión.

CORONEL Efectivamente. Yo mismo fui portador de esa orden.

OCTAVIO ¿Y vienen para que comparezca de nuevo ante el Juez?

CORONEL No por cierto. El Juez ha terminado ya su misión y acaba de marcharse.

OCTAVIO ¿Qué quieren de mí?

CORONEL ¿No sabe que esta misma noche debía estallar un motín revolucionario en las calles de Moscou?

OCTAVIO No, señor.

CORONEL ¿Ni que se trataba de libertarle?

OCTAVIO ¡Lo ignoraba!

CORONEL Santa ignocencia. Véngase con nosotros.

OCTAVIO ¿Dónde?

CORONEL Al patio de la cárcel.

OCTAVIO ¿Con qué objeto, señor?

CORONEL Eso no es cuenta suya. Ya lo sabrá usted luego.

OCTAVIO (¡Mi espíritu vacila! ¡Mi corazón se estremece! ¡Señor, por qué me has abandonado! Evítame este cáliz de amargura.) (Pausa.)

CORONEL ¿En qué piensa usted? ¡En marcha!

OCTAVIO Cúmplase la voluntad de Dios. (Pausa.)

CORONEL Vamos.

OCTAVIO (Decidido, después de despedirse silenciosamente de Alejandro.) ¡Vamos! (Vanse por el foro.)

FIN DEL CUADRO NOVENO

CUADRO X

CONSUMMATUM EST

Pasillo de cárcel.—El mismo del cuadro séptimo.

ESCENA PRIMERA

Sale KELLERMAN por la izquierda.

¡Muere impenitente!... Igual que todos ellos... Dejan la vida en las tinieblas de la noche... Sucumben en el misterio de esta cárcel y nada les importa la vida eterna. No ha querido aprovechar el auxilio espiritual que le podía haber dado un Príncipe de la Iglesia... Yo no me confieso con los hombres, ha dicho a la persona que le envié en mal hora. Dios solo es mi confesor... No merece ese reprobo que el Obispo de Moscou haya intentado descender hasta él. ¡Ni siquiera ha querido verme! ¡Raza de descreídos! Espíritus revolucionarios, abortos de las sociedades modernas, a quienes hay que exterminar a sangre y fuego. ¡Allá se las haya con su suerte, mientras yo vuelvo a mis hogares, persuadido de que se ha desbaratado todo complot! (Dentro un gran rumor.) ¿Qué rumor es ese?

IVANOFF (Dentro en voz alta.) Por orden del Czar, suspéndase toda ejecución ordenada contra los prisioneros.

KELLER. ¿Qué escucho? La voz del General. ¿Qué significa esto?

ESCENA II

Dichos y AURELIA seguida de IVANOFF y AYUDANTES por la derecha.

AURELIA ¡Ah! El Obispo.

KELLER. ¿Usted aquí, señora?

- AURELIA Traigo orden de nuestro Soberano para poner en libertad a Octavio y todos sus compañeros. (Dentro suena un largo redoble de tambores.) ¿Qué es eso?
- KELLER. Que ha llegado tarde la justicia del Emperador. Uno de los reos acaba de ser ejecutado.
- AURELIA ¿Qué dices a esto, esposo?
- IVANOFF Que se han cumplido mis órdenes.
- AURELIA ¡Oh, Dios mío! ¡Qué desgracia!
- IVANOFF El tiempo ha girado con más rapidez que nosotros.
- AURELIA Vamos a cerciorarnos de esta triste realidad.

ESCENA III

Dichos y CORONEL por la izquierda, atajando el paso a AURELIA.
Esta retrocede.

- CORONEL Mi General: en cumplimiento de las órdenes recibidas, acaba de ser ejecutado en el patio de la cárcel el prisionero Alejandro Aleixeff.
- AURELIA ¡Qué horror! ¡El amigo de Octavio!
- IVANOFF (Al Coronel.) ¿Ha pronunciado alguna palabra? ¿Ha hecho alguna revelación importante en sus últimos momentos?
- CORONEL Se ha limitado a las exclamaciones propias de semejantes casos.
- AURELIA ¿Qué ha dicho ese desgraciado?
- CORONEL Todos sus pensamientos han sido para su madre.
- AURELIA ¿Para su madre?... ¡Infeliz! ¿No recuerda sus palabras?
- CORONEL No quisiera entristecer su ánimo con semejante relato.
- AURELIA Hable usted, Coronel... Hable usted.
- CORONEL Se despidió de ella como si tuviera su imagen presente. Desde su calabozo hasta el patio de la cárcel fué siempre murmurando las mismas palabras: «¡Madre mía! ¡Madre mía!...»

- AURELIA Mi corazón se estremece pensando en ese inmenso dolor. ¿Y luego?
- IVANOFF Basta, Aurelia.
- AURELIA No... No... necesito conocer todos esos detalles... Se trata de un hijo y de una madre, y mi alma, aun sufriendo como sufre, no puede evitar ese fatal interés que me subyuga. Prosiga, Coronel. No olvide el menor detalle.
- CORONEL Próximo a la muerte exclamó: «¡Mundo! Adiós para siempre. ¡Adiós, madre mía!» Dicho esto mostró la más firme resignación. El valor más sereno.
- AURELIA Termine su relato.
- CORONEL Por fin se inclinó de rodillas sin proferir palabra. Saltó la sangre... Rodó la cabeza y un revolucionario menos.
- AURELIA Coronel... Debió usted decir... Y un mártir más...
- CORONEL ¡Perdón, señora!
- AURELIA Ahora díganos. Nuestro hijo Octavio era compañero de prisión de ese desventurado. ¿Cuál fué su actitud cuando le separaron de su amigo?
- CORONEL Afortunadamente se hallaba durmiendo en su cama con la mayor placidez.
- AURELIA ¿Y no despertó?
- CORONEL No, señora... Yo, al entrar, llamé al prisionero Alejandro Aleixeff... Este se adelantó diciendo: Yo soy. ¿Y el hijo del Gobernador?, le pregunté. En su cama durmiendo. Mírele. No le despertéis porque está soñando y es feliz, me contestó...
- AURELIA Gran suerte ha sido para aquel magnánimo corazón. Sírvasse, Coronel, traernos a nuestro hijo... Ya es libre por mandato del Czar...
- CORONEL Me alegro, señora, de ser yo el portador de tan venturosa noticia. Voy al punto.
(Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

AURELIA, KELLERMAN, IVANOFF.

AURELIA He aquí, esposo... He aquí, señor Kellerman, los frutos de esa política de sangre y exterminio que se ha convertido en ley en este territorio. Ese infeliz, cuya libertad se había ya decretado por voluntad de nuestro Soberano, es decapitado con precipitación, como si su sangre fuese río fecundo, que debiera hacer la felicidad del Imperio.

IVANOFF Ha sido ejecutado en cumplimiento de sentencia firme de un Consejo de Guerra.

AURELIA ¿Y por qué tanta prisa en llevar a cabo la sentencia? En eso veo la mano del señor Obispo.

KELLER. En tal caso, cúlpese a mi celo por salvar la Religión y los fundamentos del Estado con medidas de rigor, que yo creo las más saludables.

AURELIA De la sangre que acaba de derramarse, son responsables dos hombres. Uno es el Gobernador, mi esposo. Otro es usted, Kellerman. ¡Pídale a Dios que esta sangre derramada no afecte tanto al corazón de mi hijo que haya hecho estéril mi viaje a San Petersburgo y el rasgo generoso del Emperador !...

KELLER. Allí viene Octavio.

AURELIA No, ese que llega no es mi hijo.

ESCENA V

Dichos y ALEJANDRO, por la izquierda.

ALEJAN. ¡ Señores ! ¡ Ah ! El General Gobernador. ¡ La madre de Octavio !

IVANOFF Viene usted descompuesto. ¿Qué ha sucedido?

ALEJAN. Un suceso altamente trágico y que de ningún modo puedo explicarme. Esta

emoción que notan en mí, es la honda sorpresa que me ha producido.

AURELIA

Explíquese pronto.

ALEJAN.

Acababa de despertar de uno de mis sueños de libertad, cuando oí que se abrió la puerta de mi cárcel, penetrando en ella un militar, creo que Coronel de Granaderos. ¡Octavio! ¡Octavio!, exclamó. Soy mensajero de su libertad... Venga conmigo al instante. Voy a llevarle a la presencia de las personas más queridas de su corazón... Yo no soy Octavio, exclamé. Entonces el Coronel, con un gesto de espanto y abriendo desmesuradamente los ojos, me preguntó: ¿Que usted no es Octavio, el hijo del General Gobernador?... Se lo juro, le repliqué, dándole a conocer mi nombre, y aún añadí: No me doy cuenta de la desaparición de mi amigo. El semblante del Coronel se demudó horriblemente... Era el otro, no hay duda, exclamó... Y antes de que yo pudiera evitarlo, sacó la espada y se atravesó con ella el pecho, cayendo a mis pies bañado en sangre.

AURELIA

¿Quién es usted?

ALEJAN.

El amigo del alma de su hijo... Me llamo Alejandro Aleixeff.

TODOS

¡Alejandro Aleixeff!

ALEJAN.

¿De qué se maravillan?

AURELIA

¿Dónde está mi hijo Octavio? Pronto.

ALEJAN.

Lo ignoro. Tuvimos una discusión... Luego yo me dormí, y al despertar, ya no se hallaba en el calabozo.

AURELIA

¡Qué horrible angustia se apodera de mi espíritu!

KELLER.

¡Qué es esto!

IVANOFF

¿Y el Coronel tampoco le ha dicho dónde se encuentra?

ALEJAN.

No, señor.

KELLER.

¿Qué ha pasado aquí?

- IVANOFF (Tomando las manos de Aurelia con suprema intención.) ¡Aurelia!
- AURELIA ¡Petronio!
- ALEJAN. Pero, señores, ¿qué negro misterio se esconde en todo esto?... ¿Le ha ocurrido alguna desgracia a mi amigo?
- AURELIA (A Ivanoff.) ¿Tú tienes valor para revelarme tu sospecha?
- IVANOFF ¡No me atrevo!
- AURELIA Yo tampoco...
- IVANOFF ¡Nuestro hijo Octavio!
- AURELIA Eso es... ¡Nuestro hijo Octavio!
- IVANOFF Mi duda se va agrandando como un negro fantasma.
- AURELIA ¡También la mía!
- IVANOFF Aún estará allí el cadáver.
- AURELIA Aún se hallará su sangre caliente...
- IVANOFF ¡Salgamos de esta duda espantosa!
- AURELIA Al punto... Corramos. (Vanse precipitadamente todos por la izquierda.)

FIN DEL CUADRO DECIMO

CUADRO XI

RESURRECCION

El patio de la cárcel a todo foro. El cadáver de Octavio en el suelo sobre un paño negro. Guardias de Granaderos inmóviles y rígidos con los fusiles terciados. Un rayo de luna invade débilmente la escena.

ESCENA FINAL

Aparecen por la izquierda, tras un buen espacio de verificada la mutación, AURELIA delante y en pos IVANOFF, KELLERMAN y ALEJANDRO.

- AURELIA (Deteniéndose aterrada ante aquel espectáculo.) ¡Ah!
- (Luego, dominando en ella los sentimientos de madre,

dice, como un grito desgarrador salido del alma, cayendo de rodillas y abrazándose al cadáver de su hijo.)
¡ Hijo mío !... ¡ ¡ Hijo de mi alma ! !...

IVANOFF. ¡ Santo Dios !

KELLER. ¡ Qué horror !

ALEJAN. ¡ Se ha sacrificado por mí !

IVANOFF. (Con gran desesperación.) Ni Religión, ni Autoridad han podido evitar esta inmensa catástrofe. ¿ Ya qué queda en el mundo ?

ALEJAN. (Con voz solemne.) ¡ Señor General ! ¡ Señor Obispo ! Ahí tienen ustedes su obra. Por culpa del César y el Fariseo, se ha repetido la tragedia del Calvario. La resurrección será el triunfo de la Justicia... ¡ La conquista de la libertad para todos los hombres oprimidos ! ¡ El fruto qué da la flor regada por la sangre de tantos mártires ! ¡ La luz de la razón que ha de extinguir por completo todas las oscuras supersticiones de la Humanidad !

TELÓN

FIN DEL DRAMA

NOTAS IMPORTANTES

El actor encargado del papel de OCTAVIO, sin llegar a la completa tonalidad mística o carácter bíblico, debe rodearse de toda la majestad posible. Al empezar la obra viste de frac, y guarda todavía aquellos matices aristocráticos propios de la educación que ha recibido. Sólo a medida que se va apoderando del corazón de Paulowa, en la escena que ambos tienen en el primer acto, su acento se hace severo y solemne cuando dice... *Ayer, hoy, mañana, siempre la misma cuenta, etc.* En la entrevista que tiene con su madre Aurelia, en el cuadro IV, sus palabras deben ser pronunciadas como si realmente se considerase el propio Jesús, y se repitiera la escena bíblica de la calle de la Amargura. Al aparecer ante el obispo Kellerman, el tono debe empezar muy dulce y tranquilo, acabando por ser imponente en el pasaje... *en vez de repudiaros como os repudia, etc.*, creciendo en augusta tonalidad hasta dar fin al parlamento con la frase... *sin más objeto que hacer desgraciada toda la Humanidad.* Al aparecer en el tercer acto, en el fondo de las minas de hierro, viste blusa muy larga de color azul, no muy oscuro, para que no parezca negro en la escena, cubriendo su cabeza con el gorro clásico de piel que usan los trabajadores en Rusia, traje que ya no abandona hasta dar fin al drama.

El actor encargado del papel de OBISPO KELLERMAN, debe caracterizarse con muchísimo esmero para que su semblante resulte muy austero y venerable, con luenga barba canosa. Nada de desplantes

melodramáticos. Su acento debe ser firme y seguro, pero sin subrayar las frases para causar efecto. Tenga presente el actor que la psicología de este personaje es la de un creyente persuadido que con las medidas de rigor que emplea sirve perfectamente a su Patria y su Religión.

La actriz que desempeñe el papel de PAULOWA tiene que modular muy a tiempo en su escena con Octavio, del primer acto, presentándose con todo el poder voluptuoso de sus artes de seducción en el primer momento, para ir gradualmente fijando su atención en las palabras de su interlocutor, hasta quedar subyugada por las reconvenciones que le dirige; de este modo, su conversión resultará lógica y comprensible a los ojos del espectador, no apartándose del ritmo suave de la Naturaleza y de las leyes que rigen estos cambios profundos de la conciencia.

El papel de ALEJANDRO debe ser desempeñado con gran fogosidad. Con el calor del revolucionario exaltado que quiere librar al Pueblo de las injusticias sociales. No importa que el actor exagere algún tanto esta nota para contrastarla con el carácter dulce y majestuoso de Octavio, que es un polo opuesto.

Los demás personajes deben ser interpretados con toda la realidad humana que les corresponde, sin afectaciones ni convencionalismos de ningún género.

M. Fernández de la Puente

Mtro. M. Fernández Caballero

EL LEGO DE SAN PABLO

Zarzuela melodramática en tres actos
y siete cuadros, en verso y prosa



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

EL LEGO DE SAN PABLO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

EL LEGO DE SAN PABLO

ZARZUELA MELODRÁMATICA

EN TRES ACTOS, DIVIDIDOS EN SIETE CUADROS, EN VERSO Y PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL FERNÁNDEZ DE LA PUENTE

MÚSICA DEL MAESTRO

MANUEL FERNANDEZ CABALLERO

Estrenada con éxito extraordinario en el Teatro de la Zarzuela,
de Madrid, la noche del 22 de Diciembre de 1906



BARCELONA

BIBLIOTECA « TEATRO MUNDIAL »

15, Barbadá, 15

1916

REPARTO

Personajes

Actores

FLOR	Srta. Pilar Pérez.
JUANA.	» Manuela González.
MARÍA	Sra. Camarena.
EL LEGO	Don Antonio González.
PABLO	» Enrique Gandía.
DON PEDRO I DE CASTILLA	» Carlos Rufart.
DON FADRIQUE	» Felipe Agulló.
EL GENERAL DE LOS FRANCISCANOS	» Valentín González.
GELMÍREZ.	» Manuel Caba.
EL OBISPO	} » Luis Bayo.
EL ALCALDE.	
MARCELO	» Aurelio Delgado.
EL HERMANO ANTOLÍN	» José M. ^a Soriano.
EL CAPITÁN	» José Galerón.
MARINERO 1. ^o	» Manuel Rodríguez.
IDEM 2. ^o	» Julián Castro.
HOMBRE 1. ^o	» Manuel Rodríguez.
IDEM 2. ^o	» Manuel Moncayo.

*Hombres y mujeres del pueblo, marineros, nobles,
damas, pajes, frailes, vendedores, vendedoras,
soldados, etc., etc.*

La acción en 1358; en un pueblo de la costa andaluza
durante el primer acto, y en Sevilla durante el
segundo y tercero.

Decorado de LUIS MURIEL.—Sastrería de JUAN VILA

Derecha e izquierda, las del actor,



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Afuera de un pueblo de la costa andaluza; a la izquierda primer término, la casa de Gelmírez; segundo término, tapia con portón grande, que figura la entrada al astillero; a la derecha, primer término, cantina con puerta practicable y delante de ella una mesa rústica con bancos, etc.; en segundo término, fachada con puerta practicable, de un Convento. Entre el primero y segundo término de uno y otro lado, calle. Al foro, camino roquero y mar. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MUJERES del pueblo, TRABAJADORES del Astillero y luego PABLO

Música

(Se oye el sonar de una campana y entran las Mujeres en escena, con cestillos, en los que traen la comida para sus hombres.

MUJERES Ya la campana del Astillero
de la salidá la hora marcó.
Ya la comida tengo dispuesta
para mi pobre trabajador.

HOMBRES (Dentro.)
De la comida la hora llegó.
Cese el trabajo breves instantes,
mientras cobramos nuevo vigor.

(Todas las mujeres se agrupan a la derecha, mirando hacia la entrada del Astillero, para ver salir a los hombres.)

CORO Que el diablo le lleve.
 PABLO Ingratos, callad.
 Nada hay más bello,
 más seductor,
 que a sus arrullos
 jurarse amor ;
 porque embriagados
 con su rumor,
 saben los besos
 mucho mejor.

HOMBRES ¡ No, no !
 MUJERES ¡ No, no !
 TODOS ¡ Saben en tierra,
 mucho mejor !

ESCENA III

Dichos y EL LEGO.

(Se abre la puerta del Convento, se presenta el Lego en ella, y dice:)

LEGO ¡ *Dóminus vobiscum* !
 (¡ Qué capacidad !)
 CORO ¡ Téngalos muy buenos
 su paternidad !
 LEGO ¡ Qué atrocidad !
 ¡ Paterinidad !

(Avanzando al centro de la escena.)

¡ Ni lo soy, ni lo he sido, ni quiero !

(Se quita de repente la capucha.)

¡ Soy Lego, no más !

CORO ¡ Es Blasillo ! ¡ Sí, Blasillo !
 PABLO ¿ Tú en el pueblo, amigo Blas ? (1)
 LEGO Quieto, quieto todo el mundo,
 que no vengo a molestar.
 PABLO ¡ Qué nos dices de Sevilla !
 CORO Cuéntanos cómo te va !
 LEGO Pues comed y oid a un tiempo,
 que os lo voy a relatar.

(1) Lego.—Pablo.

Paso la vida en el convento
mucho mejor que yo creí,
pues no escasea el alimento
y hay unos vinos hasta allí.
Por la mañana el desayuno,
luego a las once un tente en pie ;
a la una en punto la comida
que es de lo bueno que se ve.
Sobre las cinco la merienda,
y hacia las ocho colación,
y buen Jerez y mostachones
para tomar a discreción.

Llena está la despensa
de arriba a abajo,
de perniles, chorizos
y de tasajo ;
y de ciertos bizcochos
que hacen las monjas,
y que empapan más vino
que las esponjas.
Y por si algo faltaba
no hay que dudar,
que van niñas bonitas
a confesar.

CORO	¡ Bravo, Blasillo !
PABLO	El lo entendió.
LEGO	Ya la garganta se me secó.
UNOS	Ten, echa un trago.
OTROS	Ten, hombre, ten.
LEGO	Juro que a nadie despreciaré.

(Se va acercando a los grupos, que le ofrecen las jarras de vino y echa sendos tragos. Mucha animación. El Coro general, que se ha ido levantando por grupos, se dirige todo él al proscenio, cantando con gran énfasis.)

Llena está la despensa
de arriba a abajo, etc., etc.

No hay que dudar,
no hay que dudar,
que la vida se pasa en la tierra
mejor que en el mar.

Hablado

- PABLO ¿Conque tan perfectamente te va en el convento? (1)
- LEGO Ya lo habéis oído.
- HOMBRE 1 ¿Y no hacéis penitencia alguna vez?
- LEGO ¡Ya lo creo! Menudos disciplinazos se arrean los padres!
- HOMBRE 1 ¿Y tú?
- LEGO Bueno, gracias.
- PABLO ¿Quiere decir que te pasas el tiempo comiendo?
- LEGO Y bebiendo; sobre todo bebiendo. Pero no os creáis que es eso sólo cuanto hago. Visito a los principales nobles de Sevilla; echo una partida a los dados con el que se tercia; llevo medallas y escapularios a las devotas; tiro a las armas con mi Prior...
- PABLO ¿También eso?
- LEGO Y que según él ya puedo habérmelas con el mejor espada del reino.
- PABLO Veo que no has cambiado.
- LEGO Te equivocas. Ahora sé más que antes, veo más que antes...
- PABLO Y bebes más que antes.
- LEGO Y mejor. ¡Muchísimo mejor!
- HOMBRE 2 ¡Quién fuera él!
- LEGO ¿Y qué pasa hoy en el pueblo, que viene tanta gente de Sevilla?
- HOMBRE 1 Que se bota al mar un barco que hemos construido en el Astillero.
- PABLO ¡Orgulloso puede estar el patrón!

(1) Hombre 1. — Lego. — Pablo. — Hombre 2.

HOMBRE 2 Y tú más que él. ¿Qué hubiera él hecho sin tu ingenio y tu constancia?

PABLO No vale adular.

HOMBRE 1 Sí, sí. Ya puede pagarte con la mano de su hija.

LEGO ¿Esas tenemos?

PABLO No les hagas caso.

LEGO ¡Cuando el río suena...!

PABLO Ea, se acabó el trabajo por hoy; pero a la hora de la pleamar, todos al Astillero para la botadura.

HOMBRE 1 Hasta después.

HOMBRE 2 Bien venido, Blasillo.

LEGO Gracias, amigos, gracias.

MUJER 1 Adiós, Blasillo.

VARIOS Adiós, adiós. (Se va el Coro.)

LEGO La verdad es que estoy cansado. (Se sienta en uno de los bancos de la cantina.)

ESCENA IV

PABLO, EL LEGO y FLOR, que sale de la casa del primer término izquierda.

FLOR ¡Pablo! (1)

PABLO Feliz quien el sol ve en un día de borrasca.

FLOR ¿Te burlas?

PABLO ¿Quieres más soles que los que luce tu cara?

¿Quién—dime—resistiría el fuego de tus miradas

si a veces no las velases

con esas negras pestañas?

FLOR Poco te fijas en ellas, porque si bien te fijaras, verías que en vez de fuego a veces ocultan lágrimas.

PABLO ¿Tú lloras?

FLOR Sí, Pablo, siempre

(1) Lego.—Pablo.—Flor.

que se anuncia una borrasca.
Cada vez que miro el mar
golpear la débil tabla
del bajel, que dentro lleva
todo un mundo de esperanzas,
llena de espanto ver ciego
hecha pedazos tu barca,
y a tí por siempre dormido
en su lecho de esmeralda.

PABLO ¿Y no te parece grande,
ver una vela rasgada,
un timón que no gobierna,
y unas mal unidas tablas,
luchar, resistir, ¡vencer!
a ese gigante de plata?

LEGO (Que se levanta de su asiento y poco a poco ha ido
acercándose a ellos por detrás, se interpone y dice)
Lo grande aquí, amigos míos,
es que estéis charla que charla,
sin reparar en que al Lego
se le hace la boca agua. (1)

PABLO Perdona, Blas.

FLOR (Reconociéndole.) ¡Blas! ¡Blasillo!
¿Tú aquí?

LEGO Desde esta mañana.

Como mi Prior no puede
pasar sin mí dos semanas,
porque necesita el hombre
quien le lleve la contraria,
y yo rabio cuando él ríe,
y me río cuando él rabia,
y él come mucho y yo poco,
y yo hablo mucho y él calla,
¿pues el Prior de viaje?
pues el Lego que viaja.
¡Solo que él siempre va en mula
y yo siempre voy a pata!
¿Venís de Sevilla?

FLOR

LEGO

Y dejo
más de cuatro sevillanas

(1) Pablo.—Lego.—Flor.

- llorando por mí.
- PABLO ¡Pero, hombre!
- LEGO Perdona. El que mucho habla...
- FLOR El mismo de siempre.
- LEGO El mismo.
- PABLO Pensando así, no me extraña que no proteases.
- LEGO ¡Quién sabe si profesaré a la larga!
- LEGO Mi Prior fué militar antes que fraile. Se cambia de opinión muy fácilmente.
- PABLO Tienes razón: ¿quién pensara que tú, que como nosotros, te has criado en esas playas, y un barco ha sido tu cuna, y navegando gozabas, ese sayal te ciñeses?
- LEGO Eso no demuestra nada: desde que cumplí los quince ya me tiraban las faldas.
- FLOR ¿Y venís por mucho tiempo?
- LEGO No puedo decir palabra. Hace ya más de dos meses varios a salto de mata visitando los conventos de la orden franciscana, y en uno estamos tres días, en otros horas contadas... según...
- FLOR ¿Y qué hacéis en ellos?
- LEGO ¡Vaya una pregunta rara!
- FLOR No, por mi parte, diabluras.
- PABLO ¡Hombre, por Dios!
- LEGO ¿Qué os extraña?
- LEGO ¿No os dije ya que me estima mi Prior y me agasaja, solamente por el hecho de llevarle la contraria?
- LEGO ¡Pues si él hace cosas buenas, debo yo hacer cosas malas!
- LEGO ¿Por qué os figuráis vosotros,

y no lo toméis a chanza,
que bebo yo vino puro?
¡Pues para que beba él agua!
¿Y el día que él cambie?

PABLO
LEGO

Entonces,
yo aguardiente y santas pascuas.
Pero hablemos de vosotros.
¿Cuándo os casáis?

FLOR

¿Tienes ganas
de hacerme rabiarse?

LEGO

Tú, Pablo,
¿por qué pones esa cara?

Y tú, levanta esa frente. (A Flor.)

Pero, ¿qué es esto, qué os pasa?

¿No os queréis ya?

PABLO

(Muy rápido.)

¡Más que nunca!

FLOR

¿Verdad que sí?

PABLO

¿Lo dudabas?

FLOR

¡Por ti aliento!

PABLO

(Acercándose a Flor.) ¡Por ti vivo!

FLOR

¡Tuya no más! (Dándole la mano a Pablo.)

LEGO

(Separándolos.) ¡Basta, basta!

Ya veo que os queréis mucho,

y lo celebro, y me pasma

que hablar de boda os apene.

Eso se explica pasada

la luna de miel. Pero antes...

antes es pronto, ¡caramba!

FLOR

¡Ay, Blas, qué infelices somos!

LEGO

Lo seréis vosotros, ¡cáscaras!

PABLO

Yo más que nadie. Figúrate

lo horrible de mi desgracia,

queriéndola como un loco

y sin tener esperanza

de hacerla nunca mi esposa.

LEGO

¿Nunca, dices? ¿*Quare causam?*

PABLO

¿Qué nombre puede ofrecerla

quien Pablo a secas se llama?

¿Cómo decirle a su padre,

al que me acogió en su casa,

al que generoso y noble

como hijo propio me trata:

«Señor, vuestros beneficios
con ser tantos no me bastan;
tenéis un tesoro, dádmelo.
¡Que mi deshonra comparta!»
LEGO ¡Sí que estás loco de veras!
Pero, ¡qué cosas tan raras
decís los enamorados!
¿Querrá hacerla desgraciada
a Flor su padre? ¿Querrá
que venga a solicitarla
algún noble de Castilla,
o de Aragón, o de Francia?
¿Le has pedido ya su mano?
¿No? Pues entonces, ¿qué charlas?

FLOR

LEGO

Ya lo oyes.

¡Marinero, pecho al agua!
¿Quieres que sea este lego
quien vaya con la embajada?

PABLO

LEGO

¡No, no!

Pues a decidirse.

¡Convéncele tú, muchacha!
¡Anda con él!

(Empujándola hacia Pablo, de repente.)

FLOR

LEGO

¡Quita, tonto! (1)

Voy a beberme una jarra
y vuelvo. (2) Conque lo dicho.
Y que no quiero ver lágrimas,
porque yo soy muy sensible
y las penas se contagian,
y como el Prior se empeña
en llevarme la contraria,
él se reirá si yo lloro
y eso me da mucha rabia.
Arrullos, muchos arrullos;
miradas, muchas miradas;
y suspiros a tiempo,
y tú verás si se ablanda,
que ya que la vida es corta

(1) Pablo. Flor. Lego.

(2) Lego.—Pablo.—Flor.

no es cosa de hacerla amarga.
¡Y que rabien los priores
mientras los leguitos bailan!

(Entra corriendo en la cantina.)

ESCENA V

PABLO y FLOR.

Música

FLOR Por fin estamos solos.
 ¿Qué tienes?
PABLO Pienso en ti.
 y en tiempos que pasaron
 que siempre llevo aquí.
 Momentos de ventura
 que nunca olvidaré.
FLOR A ver si son los mismos
 que siempre yo guardé.

—
Yo recuerdo a un gentil marinero
que a mi reja doliente llegó
demandando a mi alma dormida
un poco de amor.
Jamás hablar de amor
a nadie yo le oí:
juróme eterna fe
con loco frenesí:
risueña le escuché,
sus frases no entendí
y en vez de contestar
 reí.

Después, sobre ese mar,
mecida en su bajel,
testigo sólo Dios,
de amor me habló otra vez.
La niña despertó
trocándose en mujer,
y en vez de contestar
 lloré.

—

PABLO Yo recuerdo a una niña inocente
que conmigo en la playa creció :
una niña que oía insensible
mis frases de amor.
Un día, loco ya,
ignoro dónde fué,
pintándole mi amor
el suyo demandé.
Con risas acogió
las pruebas de mi fe
y oyéndola reir
lloré.
Después, sobre ese mar,
risueño para mí,
testigo sólo Dios,
mi amor la repetí.
La niña despertó :
correr su llanto ví,
y oyéndola llorar
reí.

FLOR —
Entre el murmullo
embriagador
de aquellas olas
oigo tu voz :
¿ Me quieres, niña ;
me quieres, dí ?
PABLO Y entre mis brazos
dijiste... ¡ sí !

—
Desde entonces nada temo
al correr un temporal,
ni a las olas, ni a los rayos ,
ni al rugir del huracán,
porque todo va diciendo :
« Tú no sabes naufragar,
porque Flor es tu esperanza
y su amor te salvará. »

FLOR Nada temas, Pablo mío,
etc., etc.

ESCENA VI

Dichos y GELMÍREZ, por la casa.

Hablado

GELMÍREZ (A Flor.) ¡Gracias a Dios que logro verte ! ¿Qué haces aquí, Pablo? (1)

PABLO Preguntaba a Flor...

GELMÍREZ Lo de todos los días : que si te quiere, ¿no es eso?

PABLO Señor...

FLOR Padre...

GELMÍREZ ¡Tontos ! ¿Pensáis, acaso, que vuestro amor no salta a la vista? ¿Y yo soy ciego, por ventura?

PABLO Perdonadme si me atreví a llegar hasta ella.

FLOR Perdónanos a los dos, padre.

GELMÍREZ ¿Pero de qué? ¡Bendito sea Dios, si logro al fin que se realice el sueño de toda mi vida !

PABLO ¿Qué decís?

FLOR ¿Será posible?

GELMÍREZ ¿Cómo si será posible? ¿Pero es que habéis dudado alguna vez de mi cariño?

FLOR ¡Oh... qué bueno eres !

PABLO ¡Dios os recompense, señor !

GELMÍREZ Juicio, hijos míos, juicio ; que aun os queda un pequeño obstáculo que vencer.

PABLO ¿Cuál?

GELMÍREZ Ése es mi secreto.

FLOR ¡Dios mío !

PABLO ¡Era mucha felicidad !

GELMÍREZ ¿Ya nos desanimamos? ¡Quien no confía en la Providencia, no es digno de alcanzar sus favores ! Ea, nosotros a casa, y tú al Astillero a prevenirlo todo para la botadura. Hasta luego, hijo mío.

(Se entra en la casa.)

1) Pablo.—Flor.—Gelmírez.

FLOR Ya lo oyes : no te desanimes, confía en Dios.

PABLO El es mi esperanza. (Se va Pablo al Astillero y Flor se queda mirándolo. Sale don Fadrique por la primera izquierda.)

ESCENA VII

FLOR, DON FADRIQUE, luego LEGO.

FADRIQUE (¡ Ella !) ¡ Flor !

FLOR ¡ Ah ! (Intenta irse y él la detiene el paso.)

FADRIQUE Un momento, un momento, ~~no~~ más. Oye-me.

FLOR Es inútil que insistáis en vuestro empeño. Ya os he dicho que amo y soy amada.

FADRIQUE Yo sabré allanar ese inconveniente.

FLOR Dejadme pasar o llamo a mi padre.

FADRIQUE Pasa, fierecilla, pasa, que yo te aman-saré.

FLOR (Me da miedo este hombre.) (Flor entra en su casa.)

FADRIQUE Serás mía, no lo dudes ; otras más altas que tú se doblegaron a mi voluntad. (Se dirige al convento, pero ya cerca de la puerta, retrocede y dice:) No, no debo entrar en el convento ; padres hay que seguramente me conocen y me importa guardar el incógnito. ¡ Ha, de la cantina ! (Dando con el puño sobre la mesa a tiempo que sale el Lego.) ¡ Calle, un fraile ! ¿ Hermano, vais por casualidad al convento ?

LEGO Sin casualidad, hermanito.

FADRIQUE ¿ Os dignaríais decir al Prior que le espera aquí un noble caballero ?

LEGO Me digno.

FADRIQUE Gracias, hermano.

LEGO (Pasando por delante de él.) *Quod fiat vobis.* (Pues señor, no he visto un noble con más cara de bandido que éste.) (Dice esto mientras llama a la puerta del convento, le abren y entra.)

FADRIQUE ¡Ah, rey don Pedro ; los hijos de doña Leonor de Guzmán, no podemos dejar impune tu espantoso crimen ! ; Castilla por don Enrique de Trastámara ! Ese es nuestro lema. Temo que el Prior se niegue a favorecer nuestra causa ; pero siéndonos indispensable su concurso, hay que jugarse el todo por el todo. Sé que despierto al león dormido... pero yo sabré dirigir sus zarpazos.

ESCENA VIII

DON FADRIQUE y EL PRIOR.

PRIOR (Sale del convento que vuelven a cerrar.) ; Don Fadrique ! (1)

FADRIQUE Silencio : conviene que en este pueblo sigan ignorando mi nombre y mi condición.

PRIOR ¿ Sois vos quien solicita de mí una entrevista ?

FADRIQUE El mismo. Días hace que me encuentro en este pueblo y al conocer vuestra llegada no he querido desperdiciar la ocasión de hablaros.

PRIOR Pasad, pues, al convento.

FADRIQUE En modo alguno. Estamos aquí bien.

PRIOR A vuestras órdenes, señor.

FADRIQUE A eso aspiro. Y conste que me dirijo, a la vez que al sacerdote, al noble caballero don Gabriel de Haro.

PRIOR Don Gabriel de Haro murió para el mundo.

FADRIQUE No del todo.

PRIOR ¿ Qué queréis decir ?

FADRIQUE Que don Gabriel de Haro no puede olvidar la deshonra de su infeliz hermana.

PRIOR ¡ Silencio por Dios !

FADRIQUE Y no podéis olvidarla, porque aun vibra

(1) Prior. -Don Fadrique.

en vuestro corazón la voz de la venganza.

PRIOR ¡Basta, basta! ¿A qué renovar esa cruel herida, si para ella no hais de darme alivio?

FADRIQUE ¡Quién sabe!

PRIOR Explicáos, don Fadrique, yo os lo ruego.

FADRIQUE Pues bien: yo sé quien fué el seductor de vuestra hermana.

PRIOR ¿Vos? (Cogiéndole frenético por un brazo.)

FADRIQUE ¿Eh? (Horrorizado.)

PRIOR Perdonad, señor; la sorpresa, el ansia de saber...

FADRIQUE (Torpe de mí: he estado a punto de venderme.)

PRIOR ¡El nombre, el nombre de ese infame!

FADRIQUE Antes precisame averiguar si estáis propicio a devolver favor por favor.

PRIOR Y dispuesto a jurarlo por la salvación de mi alma; pero hablad de una vez ¡por Cristo crucificado!

FADRIQUE Sea. ¡El seductor de vuestra hermana, se llama don Pedro de Castilla!

PRIOR ¡¡Jesús!! ¡Pruebas, pruebas!

FADRIQUE Ved si consideráis suficiente esta carta de doña Lucinda, hallada por mí entre los papeles secretos de mi hermano. (Le da la carta al Prior que figura leerla para sí con avidez, y mostrando la ira en su semblante. Mientras dice don Fadrique aparte.) (¡Caíste en la trampa, ya eres mío!)

PRIOR ¡Sí, no hay duda, es él, él, el Rey! ¡Ah, miserable de mí! ¡El Rey!

FADRIQUE ¿Puedo contar con el poderoso concurso del General de los Franciscanos, a favor de la causa de mi hermano don Enrique de Trastámara?

PRIOR ¡Oh, sí, sí! ¡Mandad, os obedezco! ¡Qué dulce es el placer de la venganza!

FADRIQUE Pues bien, es necesario impedir que surque los mares el barco que se bota hoy al agua en este puerto.

- PRIOR ¿La importancia tiene su salida?
- FADRIQUE Mucha. Aliados Francia y Aragón a favor de mi hermano don Enrique, aguardase la reunión de las flotas de uno y otro Estado en aguas de Barcelona, para combatir por mar a don Pedro de Castilla. Sabedor, éste, de ello, ha resuelto atacar a las naves aragonesas antes que la proyectada unión se verifique; pero careciendo de barco con que remitir sus órdenes a la flota castellana, que se halla en el puerto de Valencia, ha confiscado la nave que dentro de pocas horas saldrá de aquí, al mando del bravo marino que está desde esta mañana en la hospedería de vuestro convento. Superiores en número y calidad a los aragoneses los barcos castellanos, es seguro el triunfo de don Pedro, y eso es lo que hay que evitar a todo trance impidiendo el aviso.
- PRIOR ¿Y qué puedo yo hacer para ello?
- FADRIQUE Disuadir a vuestro huésped de su empresa, y si es preciso comprarlo.
- PRIOR ¿Y si a pesar de todo insistiese en el cumplimiento de su deber?
- FADRIQUE Entonces... cumplid vos con el vuestro.
- PRIOR ¿En aquel santo asilo? ¡Imposible!
- FADRIQUE Tenéis razón. Haced, en ese caso, que su salida del convento se verifique dentro de una hora y por la puerta que da al campo, que lo demás es cuenta mía.
- PRIOR ¿Asistiréis a la botadura?
- FADRIQUE De ningún modo; me urge regresar a Sevilla así que solucione este asunto.
- PRIOR Allí nos veremos.
- FADRIQUE Adiós, y no os olvidéis de vuestra promesa.
- PRIOR El General de los Franciscanos no tiene más que una palabra. Id tranquilo. (Se estrechan la mano y se va don Fadrique por la primera derecha.)

ESCENA IX

EL PRIOR, a poco GELMÍREZ (1)

PRIOR Voy a vengar la deshonra de mi desgraciada hermana, y sin embargo no es la alegría lo que hace latir mi corazón.

GELMÍREZ (Saliendo de su casa.) El Prior. Feliz encuentro, Padre.

PRIOR ¡Ah, Gelmírez! ¿Qué deseas de mí?

GELMÍREZ Que me escuchéis un instante, señor.

PRIOR Corto ha de ser, porque me esperan en el convento.

GELMÍREZ Seré breve. Años ha que en brazos de mi esposa murió una dama que días antes llegó triste y desvalida a este pueblo, y acogimos en nuestra humilde casa.

PRIOR Lo sabía.

GELMÍREZ Pero lo que seguramente ignoráis, como todo el mundo lo ignora, es que momentos antes de entregar su alma a Dios, había dado a luz un niño.

PRIOR ¡Jesús!

GELMÍREZ Y al darnos gracias la pobre madre porque le prometimos cuidar del fruto de sus entrañas como si fuese nuestro, nos pidió que jamás revelásemos a nadie la existencia de ese niño, y que si al llegar a la mayor edad determinaba tomar estado, acudiésemos a don Gabriel de Haro, capitán entonces de los ejércitos reales, acatando cuanto él dispusiese.

PRIOR (¡Pobre hermana mía!)

GELMÍREZ Llegado es el caso, señor: el niño, hoy hombre, desea unir su suerte a la de una honrada joven, y yo acudo a vos cumpliendo aquel sagrado encargo.

PRIOR Gelmírez, ese niño, ese desgraciado hijo del crimen, Pablo, porque seguramente es él el bastardo de doña Lucinda, no

(1) Prior.—Gelmírez.

puede unir su desdichada suerte a la de nadie. Marcado con el sello del oprobio, la cólera celeste descargará sobre su cabeza.

GELMÍREZ Considerad, señor, que se trata de la felicidad de mi hija.

PRIOR Basta. ¿Conoces tú al padre de ese desdichado?

GELMÍREZ Jamás nos reveló su nombre vuestra hermana.

PRIOR ¿Ni ella volvió a comunicarse con él?

GELMÍREZ Tampoco.

PRIOR ¿De modo que el infame seductor ignora la existencia de su hijo?

GELMÍREZ Así es. Sólo nosotros dos lo sabemos.

PRIOR Pues ten en cuenta que la menor indiscreción pudiera costarte la vida.

GELMÍREZ Señor...

PRIOR Y es mi voluntad que, sin revelar el secreto de su nacimiento, le niegues desde luego la mano de tu hija. Lo demás, a cargo mío queda.

GELMÍREZ ¡Pobre hija mía! ¡Pobre Pablo!

PRIOR ¡Valle de lágrimas es la tierra! No es aquí donde hemos de hallar la felicidad apetecida!

GELMÍREZ ¡Cúmplase vuestra voluntad, señor!

PRIOR No; la mía, no, la del Altísimo. (Va hacia el convento.)

GELMÍREZ (¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia!) (Entra en su casa.)

PRIOR ¡Ah, ese hijo! ¡Ese hijo será el vengador de su propia madre!

ESCENA X

EL PRIOR y EL LEGO.

(Al ir a llamar al Prior en el convento, sale el Lego con un jarro de vino.)

PRIOR ¿A dónde vas tú?

LEGO A confundir al dueño de la cantina que

se empeña en que su vino es más moro
que el nuestro.

PRIOR ¡ No estoy para bromas !

LEGO ¡ Si es de veras, Reverendo Padre !

PRIOR ¡ Adentro !

LEGO ¿ Y vais, señor, a consentir que quede el
Lego por embustero ?

PRIOR ¡ Adentro he dicho !

LEGO Como vuestra paternidad disponga. No
gana uno para sustos. (Dice esto aprovechando
que el Prior le vuelve la espalda, al dejarle el pa-
so para entrar, y bebiendo un sorbo de vino de la
jarra que tiene en la mano.)

PRIOR ¡ Vamos ! (Desde dentro.)

LEGO (Entrando.) Ya le buscaré yo las vueltas a
tu paternidad.

ESCENA XI

EL REY.

Música

Por fin llego a tiempo :
este es el lugar.

Dios quiso que al cabo
lograse mi afán.

Los viles traidores
muy pronto verán
que al Rey de Castilla
no pueden burlar.

—
Por mi hermano combatido
por los nobles acosado,
de traidores rodeado
y tachado de cruel,
es razón el león herido,
demostrando su pujanza,
tome ya feroz venganza
de quien lucha contra él.

—
Al hombre que ciñe

corona real
le acecha la envidia
doquiera que va.

No es hora de sentir
humana compasión :
quien me hace aquí venir
no espere mi perdón.
No debo vacilar,
y no vacilaré,
pues quiero realizar
la dicha que soñé.

Alienta, corazón,
y deja de sufrir,
que hoy mismo la traición
habré de descubrir ;
y puestos a luchar
muy pronto se ha de ver
que el Rey sabe alcanzar
la gloria de vencer.

ESCENA XII

EL REY y EL LEGO.

Hablado

(Al terminar el número anterior, sale el Lego del convento, otra vez con el jarro de vino en la mano. Le ve el Rey y le dice :)

REY (Un fraile. Dios me lo envía.)

¡ Padre !... (1)

LEGO ¿ Yo padre ? No a fe.

Aunque si a tal no llegué
no es toda la culpa mía.
Soy lego ; pero una madre,
priora de la Amargura,
me protege y me asegura
que muy pronto seré padre.

(1) Lego - Rey.

REY (Hablador : así te quiero.)
LEGO Conque... ¿desea el señor?
REY Descansar.
LEGO ¿Dónde mejor?

(Le indica uno de los bancos de la cantina; el Rey se sienta y el Lego se queda de pie al otro lado de la mesa, dejando el jarro sobre ésta.)

Sin duda sois forastero :
y a juzgar por vuestro porte
y por... vuestro ceño adusto,
venís de la Corte.

REY Justo :
ayer salí de la Corte.

LEGO Vendréis cansado.

REY Y con sed.

LEGO ¿Y no bebéis? ¡Mala peste!

REY Venga, pues. ¿Qué vino es este?

LEGO Es néctar puro. Bebed.

REY Hermosa tierra a fe mía
la que cosecha tal vino.

LEGO ¿Qué oficio tiene?

REY Marino.

LEGO De buen grado lo sería.

REY Es mal oficio.

LEGO No encuentro
diferencia entre los dos,
porque las casas de Dios
hay que mirarlas por dentro.

REY ¡Sabéis que me maravilla
lo que diciéndome estáis!

LEGO Pues os reto a que vayáis
a San Pablo de Sevilla.

REY ¿Allí la paz no se halla?

LEGO No conocéis mi convento :
¡aquello es un campamento
en vísperas de batalla !
Si algo limpio, es un arnés,
alguna espada o venablo.
¡A nuestro patrón San Pablo
no lo miro hace ya un mes !
¿Y quién en Santos repara
en aquella Babilonia?

¡Tendrá ya, Santa Polonia,
un barrizal en la cara !
Con tantas zambras malditas
no se bendice un rosario,
ni vendo un escapulario,
ni las ánimas benditas,
cuyas llamas, ando listo
en pintar de almazarrón,
avivan la devoción
de mis hermanos en Cristo.
Y es la razón bien sencilla.
¿Cómo temer ni al infierno,
si para baldón eterno
hoy el infierno es Sevilla?
Todo anda allí de cabeza
desde el plebeyo hasta el Rey.
Desacatada la ley,
endiosada la nobleza ;
el mismo Rey discutido
cuando no vilipendiado ;
el clero desenfrenado,
el pechero envilecido ;
por docenas los altares
y los garitos a cientos,
y palacios y conventos
trocados en lupanares ;
¡y para escarnio mayor
y en contraste con el suelo,
aquel purísimo cielo
brindándonos paz y amor !

(Al comenzar su relación el Lego, se ha levantado y ve al Rey, que ha ido interesándose por grados, hasta que al final dice:)

REY
LEGO

¡ Soberbio !

Me exalto mucho,
y charlo más que debiera.

REY

Hable el lego cuanto quiera
que complacido le escucho.

LEGO

¡ Y aun dicen que el Rey es cruel !

REY

¿ Luego, le tiene cariño ?

LEGO

Sí.

REY

Tan fiero...

LEGO

Desde niño
amamantado con hiel,
¿quién de ello se maravilla?
En otros tiempos nacido,
hubiera don Pedro sido
el mejor Rey de Castilla.

REY

(Tendiéndole la mano.)

Gracias... en su nombre, hermano.

LEGO

¿Luego pensáis...?

REY

Como vos.

LEGO

Yo pienso en servir a Dios.

Pero en fin; ahí va mi mano.

REY

Y dígame, si lo sabe.

LEGO

Preguntad.

REY

¿Es, o no, cierto
que hoy en este hermoso puerto
botan al mar una nave?

LEGO

Lo es.

REY

¿Y ha llegado ya
su capitán?

LEGO

Bien de día
llegó, y en la hospedería
de nuestro convento está.

REY

¿También el obispo?

LEGO

Sí.

¿Partís en el barco?

REY

No.

LEGO

(Este habla menos que yo.)

¿Qué más deseáis de mí?

REY

Nada más, hermano Lego,
y gracias.

LEGO

Podéis mandar.

Y si vais a ver botar
el barco, pues hasta luego.

REY

Id con Dios.

LEGO

(Volviendo.) ¡Ah! Si en Sevilla
me queréis ver, en San Pablo.
A la entrada hay un retablo
de un Cristo con enagüilla,
y a su frente un corredor;
algunas celdas en él:
un cuadro con San Miguel:

debajo habita el Prior.
Luego, torciendo a esta mano
y al final de una crujía,
hallará la celda mía
y un humildísimo hermano.
IRÉ a verle.

REY

(Desde la puerta de la cantina.)

LEGO

En ello fío,
porque os he cobrado ley.
Conque palabra.

REY

(Volviéndose a mirar a la casa de Gelmírez.)

De rey.

LEGO

(¿De rey ha dicho? ¡Dios mío!
Pero eso pronto se ve,
porque al rey... por la moneda.
Ni ese recurso me queda.
Moneda?... ¡Dios me las dé!)

(Se entra en la cantina con el jarro que habrá cogido
la primera vez que hizo el medio mutis.)

— ESCENA XIII

EL REY y GELMÍREZ (1)

REY

Hasta ahora son infundados,
gracias a Dios, mis recelos.
La casa del armador,
según los datos que tengo,
debe ser esa. (Se acerca a la puerta de la casa,
primera izquierda, y dice.) ¡Gelmírez!
¡Gelmírez!

GELMÍREZ

¿Quién? ¿Mas qué veo?

Señor. (Dobla una rodilla en tierra.)

REY

Levanta. Es preciso
que llegue yo al Astillero
sin que nadie se aperciba
ni de quién soy, ni a qué vengo.

GELMÍREZ

¿Solo?

REY

Sí, solo. Mis gentes
no han penetrado en el pueblo,

(1) El Rey. —Gelmírez.

me esperan a la salida.

¿Y el barco?

GELMÍREZ Todo dispuesto.

REY ¿Y el temporal?

GELMÍREZ Se le arrostra

El Capitán es experto
y no fué la nave hecha
para los días serenos.

REY ¿Habrá forasteros?

GELMÍREZ Muchos.

Nobles los más.

REY Lo celebro.

Sólo por eso he venido.
Quiero contarlos y verlos.

GELMÍREZ ¿No los veis a todas horas?

REY Buenos y malos revueltos,
y por si tocan a ahorcar
equivocarlos no quiero.

GELMÍREZ ¿Sospecháis algo, señor?

REY Gelmírez, tanto sospecho,
que desde luego te afirmo
que si en Sevilla me quedo,
es seguro que ese barco
no sale del Astillero.

¿Vamos?

GELMÍREZ Por allí.

(Señalando último término izquierda.)

REY Pues guía.

Creo que he llegado a tiempo.

(Se van segundo término izquierda.)

ESCENA XIV

DON FADRIQUE, después FLOR, luego LEGO y CORO GENERAL
dentro.

FADRIQUE (Sale por la primera derecha, recatándose hasta que el
Rey desaparece y como si hubiera estado oculto ac-
chando.) El Rey aquí: no me engañaron
mis espías. ¡Y yo que lo tenía todo dis-
puesto para robar a esa mujer que está
sola en su casa!

- CORO (Muy lejos)
 Marineros de la costa
 no faltéis al Arsenal,
 que a botarse va la nave
 sin temor al huracán,
 y vinieron de Sevilla
 para tal solemnidad
 el Obispo, la nobleza
 y su bravo Capitán.
- FADRIQUE Imposible detenerse. Si el Prior cumple su promesa, el Capitán debe salir de un momento a otro.
- FLOR (Sin reparar en don Fadrique.) Lo de costumbre; yo vestida para la fiesta y Pablo y mi padre sin venir.
- FADRIQUE ¡Ella!
- FLOR (¡Jesús! ¡Ese hombre, siempre ese hombre!) (Ruido en la cantina de mesas caídas y jarras rotas y voces.)
- LEGO (Dentro.) ¡Fulleros, malandrines!
- FLOR ¡Eh! ¿Qué sucede? (Corriendo a su casa.)
- FADRIQUE (¡Si alguien me viese! ¡No puedo perder tiempo!) Hasta muy pronto, hermosa niña. (Se va por la segunda derecha.)
- FLOR ¡No lo quiera Dios!
- LEGO (La puerta de la cantina.) ¡Salid aquí, cobardes!
- FLOR ¡Blas! ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?
- LEGO Una bicoca. Que estábamos jugando a los dados y me querían hacer trampas. ¡A mí, que las hago al vuelo!... Es decir, que las cojo al vuelo.
- FLOR A ver si salen.
- LEGO Descuida, son unos cobardes: han huido por la otra puerta.

ESCENA XV

Dichos, PABLO, después GELMÍREZ.

- PABLO (Dentro. Cantando.)
 ¡Pobre barca pescadora
 que ayer ví salir,

si te envuelve la borrasca
qué será de ti!

LEGO ¡Tu novio!

FLOR Esperándole estaba.

LEGO (A Pablo, que sale del Astillero.) ¡Mírala, mírala qué compuesta! Vamos, que si no fuese novia tuya y yo no llevase estos hábitos... (1)

PABLO ¿Se ha bebido, eh?

LEGO Regular. Calle, y si mal no recuerdo, en tu casa hay un vinillo...

FLOR Ya le dió el olor.

GELMÍREZ (¡ Pobres hijos míos! ¡ Decírselo así de repente, turbar su dicha!... No, ella no. Que no lo sepa ella.)

FLOR ¡Padre!

LEGO ¡Aquí estamos todos!

GELMÍREZ Blasillo, ¿tú por el pueblo?

LEGO ¡Si no pasan años por vos!

GELMÍREZ Vengan esos brazos. (2) (Llévate a Flor, tengo que hablar con Pablo.)

LEGO (¿Qué pasará?)

PABLO Ea, al Astillero.

LEGO ¿Pero nos vamos sin que yo pruebe ese famoso vino?

GELMÍREZ Anda, Flor, regálale el paladar a este vicioso.

LEGO Os advierto que lo tomo por penitencia.

FLOR ¿Vamos?

LEGO Vamos. (No se puede tener amigos: hasta el gusto de beber le quitan a uno.)

(Entran en la casa él y Flor.)

ESCENA XVI

PABLO y GELMÍREZ.

GELMÍREZ Pablo...

PABLO Señor... (3)

(1) Lego. Pablo. Flor.

(2) Pablo.—Flor. —Lego.—Gelmírez.

(3) Pablo.—Gelmírez.

procurando no ser visto por Pablo, se acerca por detrás a él poco a poco.)

LEGO ¡Pablo! (Ni me oye siquiera.)

¿Qué habrán hablado los dos?

¿Y llora? ¡Sí! ¡Vive Dios!

Si yo enterarme pudiera...

PABLO Maldito desde el nacer,

¿qué espero ya de la suerte?

¡Deme yo mismo la muerte

y acabe mi padecer!

(Se levanta y desenvaina su cuchillo de marinero, cuando en esto se le aproxima el Lego, que le observa atentamente.)

LEGO (¡Jesús, de matarse trata!)

PABLO ¡En ira mi pecho arde!

(Alzando el cuchillo para clavárselo.)

LEGO ¡Cobarde!

(Sujetándole el brazo.)

PABLO ¡Suelta!

LEGO ¡Cobarde! (1)

¡Un valiente no se mata!

PABLO ¡Suelta, por Dios!

LEGO ¡No lo nombres!

PABLO ¡Pues sea por Satanás!

¡Suelta el cuchillo!

LEGO ¡Jamás!

Las armas para los hombres.

(Le arrebatata por fin el cuchillo de la mano y se lo guarda.)

PABLO ¡Mira que ciega el dolor

y no respondo de mí!

LEGO Si quieres matarte aquí

para que te vea Flor,

aguarda, que yo te flo

que habrás de esperar muy poco.

PABLO ¡Tienes razón; estoy loco!

¡Huyamos, hermano mío!

LEGO ¡Calma, pobre Pablo, calma!

PABLO ¡Perdóname, estaba ciego!

(Sale, corriendo hacia el foro izquierda.)

(1) Lego - Pablo.

LEGO

¡¡ Y luego dirán que un lego
no puede salvar un alma !!

(Sale corriendo detrás de Pablo.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Astillero a todo escenario. A la izquierda, el dique donde se halla una goleta recién construida preparada para botarse al agua. Fondo, cielo tempestuoso, y mar, fuerte oleaje.

ESCENA PRIMERA

PABLO. Después LEGO.

Música

PABLO

Ya me tienes aquí, madre querida,
cual me viste al nacer, tan sin ventura;
sólo en la tierra hallé vergüenza y lodo,
honrada dame tú la sepultura.

Ya tus hirvientes olas
besan mi planta.

Te detienes y ruges.

¿Es que me llamas?

¿Por qué te alejas
sin llevarme en tus ondas?

¡ Espera, espera !

LEGO

No seas tonto, muchacho, (1)
que no te dejo :

para hacer desatinos
aun tienes tiempo.

Ten esperanza,
que en el mar y en la tierra
todo abonanza.

(1) Lego.—Pablo.

CORO (Dentro) Marineros de la costa
no faltéis al Arsenal,
que se bota al fin la nave
sin temor al huracán,
y vinieron de Sevilla
para tal solemnidad,
el Obispo, la Nobleza
y su bravo Capitán.
Al Arsenal.
¡Nadie falte aunque ruja
la tempestad!

HABLADO, CON MUSICA EN LA ORQUESTA

PABLO El pueblo llega. (Mirando a la izquierda.)
LEGO Valor.
PABLO ¡Y Flor con ellos vendrá!
LEGO Aquí tu deber está;
sobreponete a tu dolor.
PABLO Los nobles. (Mirando a la derecha.)
LEGO Eso parecen
por el ambiente en que giran.
Cuando de cerca se miran
entonces se empequeñecen.
PABLO Tienen un nombre en su abono.
LEGO Y yo memoria y no olvido
que el que menos ya ha vendido
más de dos veces al Trono.
Apartémonos a un lado
y deja el tiempo correr;
te queda mucho que ver
en este mundo endiablado. (Se ocultan)

ESCENA II

FLOR, JORGE, MARINEROS, PUEBLO (por la izquierda),
OBISPO y NOBLES (por la derecha).

Cantado

PUEBLO. { Marineros de la costa
MARINS. { no faltéis al Arsenal, etc., etc.

NOBLES La salida de ese barco (1)
necesario es aplazar,
pues conforme el tiempo avanza
va creciendo el temporal.
Impedir debéis vosotros
que lo lancen hoy al mar,
o será vuestra la culpa
de que llegue a naufragar.

MARINS. (Avanza resueltamente un grupo, que dice: « Jorge »)
¡ Patrón, esa nave
no puede salir ;
las olas rugientes
la van a estrellar !
¡ Correr la borrasca
es ir a morir,
la ruina llevando
al mísero hogar !
El Rey me lo ordena.

JORGE ¡ Es ir a morir !

MARIN. 1.º ¿ Por qué el Rey no vino ?

NOBLES ¡ El Rey está aquí !

REY ¡ El Rey está aquí !

ESCENA III

Dichos y el REY DON PEDRO. (2) Todos, al verle, se asombran
y inclinan ante él sin exageración.

REY Señor Obispo—sin dilación
dad a ese barco—la bendición.
Pues ya veis que el tiempo apura
vuestras preces abreviad,
que, aun bendito, es muy posible
se lo lleve Satanás.

OBISPO Es la empresa temeraria
y debemos esperar.

REY Yo no os pido a vos consejos
sino preces : ¡ Comenzad !

(1) Nobles. — Marineros. — Jorge. — Flor. — Mujeres.

(2) Mujeres.

Nobles. — Rey. — Obispo.

Marineros. — Gelmar. — Flor.

OBISPO Débil bajel, el cielo te proteja
y te preste en el mar seguro abrigo.
¡ Vicario de Jesús soy en la tierra,
y en su nombre, bajel, yo te bendigo !

CORO (Las olas rugen
cada vez más,
si el barco sale
se estrellará.)

JORGE Al dique, muchachos,
y a una señal,
de un golpe los cables
a un tiempo cortad.

(Los marineros se disponen a obedecer a Jorge, pero sale el Prior con dos o tres frailes más, que los de tienen con la actitud.)

ESCENA IV

Dichos. PRIOR y FRAILES.

PRIOR (Se coloca junto a los nobles.)

El bravo marino
que en esa galera,
después de bendita
debía zarpar,
al pie de esas rocas
sin vida aparece,
clavado en su pecho
agudo puñal.

REY ¡ La mano de Enrique
que llega hasta aquí !

OBISPO { Ya veis que la nave,
NOBLES { no puede salir.

REY (Dirigiéndose a los marineros.)
¿ Hay alguno entre vosotros
de experiencia y de valor
que se atreva de ese barco
a tomar la dirección ?

OBISPO {
PRIOR { (Todos callan.)
NOBLES {

REY Nada importa
sea de baja condición.
PABLO *(Saludando al centro de la escena)*
¡ Si queréis uno sin honra,
aquí lo tenéis, señor !
FLOR }
JORGE } ¡ ¡ Pablo ! !
TODOS }
REY } ¡ ¡ Pablo ! !
¿ Estás seguro

de poderla dirigir?
PABLO Al infierno irá ese barco
si queréis que vaya allí.
JORGE Yo, señor, por él respondo.
PRIOR *(Dios le pone frente a mí.)*

PABLO Al mar, marineros,
que en él solamente
la dicha soñada
podremos lograr.
Al mar, marineros,
que ruge impaciente,
llamando a sus hijos
que ansía besar.
TODOS Al mar, marineros, etc.

PABLO Instrucciones necesito.
REY Aquí escritas todas van.
(Le da unos pliegos.)

PABLO A su puesto cada uno
¡ y Dios haga lo demás !
*(Pablo, con algunos marineros, sube a la galera; otros
se disponen a cortar las amarras.)*

CORO - Las olas rugen
cada vez más ;
si el barco sale
se estrellará.

MARIN. 1.º ¡ Viva el Rey !
REY No, marineros.
Viva el nuevo capitán
que a la causa de Castilla
tal servicio va a prestar.
JORGE ¡ El hacha en la mano

y oído a mi voz !

¡ A una, a dos, a tres !

(El barco se desliza al mar entre aborrotado de gente,
truenos y relámpagos.)

PABLO	{	¡ Allá va la nave !
MARINEROS		
TODOS		¡ Qué horror !
REY	{	¡ Qué valor !
LEGO		
JORGE		
PRIOR		
OBISPO	{	(¡ Satán la recoja !)
NOBLES		
LOS DEMÁS		¡ Protéjala Dios !

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Paseo de las Delicias, en Sevilla. En primer término, derecha, la Hostería de Marcelo. A la izquierda, casa con reja practicable. Puestos ambulantes, y en diferentes sitios algunos fijos; se celebra la velada de San Juan. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

PUEBLO. VENDEDORES, MARINEROS, GENTES DE ARMAS, etcétera, etcétera.

Música

HOMBRES	¡ Viva la alegría ! ¡ Noche es de San Juan ! ¡ Niñas de Triana venid a bailar !
VENDE. 1. ^a	Yo traigo bizcotelas.
VENDE. 2. ^a	Yo vendo el arfajó.
VENDE. 3. ^a	A las ricas tortas de polvorón.
GITANA	La buena ventura ¿quién la quiere oír?
VENDE. 4. ^a	Yo vendo rósitas de pitiminí.
TODAS	¡ Venid, venid, que casi de balde se da todo aquí !

ESCENA II

Dichos, PABLO y EL LEGO, acercándose a un grupo de marineros que beben alrededor de una mesa que hay a la puerta de la Hostería.

LEGO Buenas noches.

MARIN. 1.^o (Levantándose.) Buenas noches.

LEGO Aquí traigo al capitán,
que está triste, y es preciso
sus pesares disipar.

PABLO Siga haciendo como antes
lo que quiera cada cual;
que la pena es contagiosa
y esta noche es de gozar.

MARIN. 1.^o ¿Estáis enfermo?

PABLO Yo no lo sé.

MARIN. 1.^o Si es mal de amores
hay que beber.

LEGO Tal vez, amigos,
tengáis razón.
Llenadle un vaso.

MARIN. 1.^o Ahí tenéis dos.

LEGO Este es Sanlúcar;
brinda con él.

PABLO Por darte gusto
así lo haré.

Cuando nos hiere la pena
con un peso abrumador,
un buen vaso de Sanlúcar
es lo mejor.

El nos trae a la memoria
otro tiempo que pasó
y una lágrima se escapa
del corazón.

¡Mas no importa, venga vino!

¡Venga vino, vive Dios!

¡Que hay momentos que se goza
con el dolor!

MARIN. 1.^o Camaradas, venga vino.

Dice bien nuestro patrón.

¡Hay momentos que se goza
con el dolor!

PABLO Eso es muy triste
¡voto a Satán!

y más tarde cuerpo a cuerpo.
 Quedó la victoria nuestra,
 mas fué costosa en extremo;
 que hermosas naves perdimos
 y hombres perdimos a cientos.
 Hijos y padres amados
 a mi lado perecieron;
 yo, que estoy solo en el mundo,
 vivo salí del encuentro.
 Ya me ves; sin una herida
 aunque luché como bueno.
 ¡ Cuando el infeliz la llama,
 sorda es la muerte a sus ruegos!
 ¡ Sólo el dichoso la encuentra
 cuando la desea menos!
 ¡ Vino, que me pongo triste!
 ¡ Hase visto el majadero
 qué cosas dice! ¿Y Flor?

LEGO

PABLO

Calla.

No me desgarres el pecho
 nombrándome a Flor.

LEGO

Quién sabe

si os casaréis con el tiempo.

PABLO

No he de verla más.

LEGO

Tan pronto

como el Rey te otorgue el premio
 que por tus hechos mereces,
 te vas a buscarla al pueblo:
 como si lo viera.

PABLO

Nunca.

LEGO

O es ella quien al saberlo
 te busca a ti.

PABLO

No prosigas.

LEGO

¡ Tiene un olfato este lego!...

PABLO

¿Sabes algo de ella?

LEGO

Nada.

Dos meses ha que no tengo
 la menor noticia suya;
 como ahora no nos movemos
 de la corte...

PABLO

¿Y no te cansas
 de estar aquí?

LEGO

Ni por pienso.

Amo lo mismo a Sevilla
que la adora el rey don Pedro.
Si él aquí su corte tiene,
yo también mi corte tengo;
si es muy hermoso su alcázar,
muy hermoso es mi convento;
si él suele salir de noche
en busca de galanteos,
también yo de noche salgo
cuando me lo pide al cuerpo;
y si él lleva espada al cinto
y en esgrimir la es maestro,
ni yo voy desprevénido
ni ante los valientes tiemblo;
en fin, que existe Sevilla
por obra y gracia del cielo,
para que vivan a gusto
dos hombres: el Rey y el Lego.

MARIN. 1.º Desierta está la alameda
e impaciente el hostelero.

PABLO A nuestro barco.

LEGO ¿Tan pronto?

PABLO Sí, mañana nos veremos.

LEGO Vete al convento a buscarme.

PABLO He de pasarme primero
por el Alcázar.

LEGO Es justo.

PABLO Adiós.

LEGO Adiós y más seso.

MARI. 1.º Buenas noches.

LEGO Buenas noches.

Y ahora, Blas, a tu convento.

Es decir, a la Hostería

a pagar al hostelero

y a remojar el gaznate,

que otra vez lo tengo seco.

¿Para qué hiciste, Dios mío,

las hembras y el vino añejo?

(Cuando el Lego empieza su relación de «Amo lo mismo a Sevilla», etc., se han levantado todos y salen)

Marcelo y María, que se llevan vasos, jarras, bancos y mesa. Los marineros y Pablo se van por el foro derecha, después de dar las buenas noches, y el Lego se entra en la Hostería al terminar la escena.)

ESCENA III

DON FADRIQUE y JUANA.

FADRIQUE (Sale a escena por el foro derecha, mira a todos lados a ver si hay alguien, y fijándose en la casa del primer término izquierda, dice:)

Va en aumento mi ansiedad;
la noche avanza y la dueña
no da señales de vida.

(Juana se asoma a la reja)

Alguien se asoma a la reja.

Acerquémonos un poco.

¡Gracias al diablo!

(Viendo a Juana)

JUANA

Soy vuestra.

FADRIQUE

¿En dónde está tu señora?

JUANA

Rezando en su cuarto queda.

FADRIQUE

Ya terminar es preciso:

el nuevo día se acerca

y si empieza a clarear

se hará difícil la empresa.

JUANA

Dejadlo para mañana;

la niña está muy inquieta,

y ya será muy de día

de fijo cuando se duerma.

FADRIQUE

Hoy ha de ser.

JUANA

No respondo
de un contratiempo cualquiera.

FADRIQUE

Ni hace falta: los obstáculos
corren todos de mi cuenta.

JUANA

¿Traéis gente?

FADRIQUE

A prevención
oculta está en la Alameda.

JUANA

Pues avisadla en seguida
y sea lo que Dios quiera.

FADRIQUE

Eso es cumplir,

JUANA Al volver
hallaréis franca la puerta.
FADRIQUE Y tú doblado el dinero.
JUANA ¡ Buena suerte !
FADRIQUE Hasta la vuelta.
(Se va don Fadrique por el foro derecha y Juana se queda en la reja viéndole marchar.)

ESCENÁ IV

LEGO, MARCELO, luego DON FADRIQUE, TRES HOMBRES y después FLOR desmayada.

LEGO No lo hay mejor en Sevilla :
podéis estar satisfecho (1).
MARCELO Gracias, hermano.
LEGO Yo haré
que proveáis el convento.
MARCELO Así sea.
LEGO Y será, y pronto :
yo cumplo lo que prometo.
¿Quién hay en aquella reja?
MARCELO Una mujer.
LEGO Ya lo veo.
¿Pero es vieja o joven, guapa
o fea?
MARCELO No estoy muy cierto.
(La dueña se retira de la ventana.)
LEGO ¿Y quién en lá casa habita?
MARCELO Desde hace muy poco tiempo,
una joven y una vieja,
y a juzgar por lo que observo,
de alguien que da en perseguirlas
deben de venir huyendo,
pues de la luz se recatan
y hay rondadores perpetuos.
LEGO Tres llegan por la Alameda.
MARCELO ¿No os dije ya que hay misterio?
LEGO Otro más. ¡ Ya me rebulle
la sangre dentro del cuerpo !

(1) Marcelo.—Lego.

MARCELO ¿Qué os importa a vos?

LEGO ¡Me atraen los lances caballerescos!

(El Lego y Marcelo están bajo un emparrado en sombra que hay a la puerta de la hostería y desde allí ven cuanto indica el diálogo, sin ser vistos. Los tres hombres a que se refiere el Lego y el que va detrás, que es don Fadrique salen del fondo derecha y recatándose pasan por delante de la casa y se meten por el primer bastidor de la izquierda, hacia cuyo lado figura estar la puerta de la casa. La luna ilumina parte de la escena y la casa.)

MARCELO Se paran ante la puerta.

LEGO Sin llamar ya veis, abrieron,
y el último que llegó
ha penetrado primero.

MARCELO ¿Vendrán a robarlas?

LEGO Hombre...

a la joven sí lo creo;
pero lo que es a la vieja...

MARCELO Ea, hermanito, yo cierro,
y a quien San Juan se la dé,
bendígasela San Pedro.

FLOR ¡Socorro! (Dentro.)

LEGO ¡Piden auxilio!

MARCELO ¿Dónde vais? (Cogiéndole.)

LEGO (Desasiéndose.) ¡Estaos quedo!

FLOR ¡Socorro! ¡Juana! ¡Socorro!

LEGO ¡Aguarda, que allá va el Lego!

(Desenvaina un espadón que llevará bajo el hábito y echa a correr por la primera izquierda. Marcelo observa desde su puerta.)

MARCELO ¡Está loco de remate!

¡Ni un rayo llega más presto!

¡Ya la sacan desmayada!

Lucha contra todos ellos.

¡Qué tajos, válgame Cristo!

Así, muy bien, uno menos.

Huyen los otros. ¡Cobardes!

¿Me habrán oído? ¡Soberbio!

¡Ya la rescató, ya es suya!

¡El demonio es este Lego!

¡Y viene hacia aquí! La trae.
¡Dios nos asista!

LEGO (Dentro.) ¡Marcelo!

¿Dónde dejó esta mujer? (Saliendo.)

MARCELO En su casa.

LEGO (Mirando a Flor.) ¡Flor! ¿Qué es esto?

MARCELO ¿La conocéis?

LEGO ¡Dios me trajo

en el preciso momento!

A la hostería con ella:

llama a tu mujer corriendo

y que la trate y la cuide

con un especial esmero.

MARCELO Pero y si...

LEGO ¡Calle el cobarde!

MARCELO ¡María!

LEGO Con tu pellejo

respondes de ella.

MARCELO ¡María!

MARÍA Ya voy. (Dentro.)

LEGO (A Marcelo.) ¡Ayúdame, presto!

(Marcelo y María ayudan al Lego a entrar en la hostería a la joven.)

MARCELO ¿Pero y si vuelven y asaltan
mi casa?

LEGO No tengas miedo.

MARCELO ¿Y qué le digo a esta joven
cuando vuelva en sí?

LEGO Que el Lego
de San Pablo la protege.

(Marcelo y María han entrado ya en la hostería con Flor. El Lego la hace lo que sigue desde el dintel a la puerta.)

Yo detenerme no puedo:
después de la misa de alba
vendré a verla. ¡Cierra!

MARCELO (Desde dentro.) ¡Cierro!

LEGO No se ha perdido la noche.

Ahora, Blas, a tu convento.

(Se dirige el Lego hacia la izquierda cuando en esto sale el Rey, llevando un antifaz en la cara y sacando la espada al ver al Lego.)

ESCENA V

EL LEGO y EL REY.

Música

REY ¡ Alto a la justicia !
 ¡ Venga vuestra espada !

LEGO (Siempre la justicia
 llega retrasada.)

REY Un muerto en esa esquina,
 y vos acero en mano :
 sin duda sois culpable.

LEGO Estáis desatinado.

REY ¡ Daos preso !

LEGO ¿ Y quién me prende ?

REY Quien tiene autoridad.

LEGO Las gentes de justicia
 no gastan antifaz.

REY Por fuerza he de rendiros,
 si no lo hacéis de grado.

LEGO Se ríe de bravatas
 el Lego de San Pablo.

REY Merece el insolente
 llevar una lección.

LEGO Sabiendo quien me enseña,
 con gusto aprendo yo.

REY Soy en Castilla un personaje.

LEGO Ya lo revela vuestro traje.

REY Soy quien os puede hacer temblar.

LEGO Voy a tenerme que asustar.

REY Soy quien os pide vuestra espada.

LEGO Tan sólo al Rey será entregada.

 Sois el Rey, tomad, señor.

REY No soy el Rey.

LEGO Tanto mejor.

Entonces, buen amigo,
dejadme libre el paso.
Ganadle con la espada.

REY

LEGO Sin causa no me bato.
REY Sin duda tenéis miedo.
LEGO Me asusto de la ley,
y el duelo está prohibido
por órdenes del Rey.
REY ¡ En guardia, o por cobarde
os he de apalear !
LEGO ¡ De nadie, vive Cristo,
me dejo yo insultar !
REY (Veremos si es cual dicen
tan gran espadachín.)
LEGO (Si es él como sospecho,
aquí dió el Lego fin.)

(Comienzan a batirse.)

REY (Que a la postre venceré,
yo sé.)
LEGO (Que mi fama justa fué,
ya ve.)
REY (Desarmado quedará,
bien va.)
LEGO (Su intención bien clara está,
ja, ja !)

ESCENA VI

Dichos, EL ALCALDE y HOMBRES DE LA RONDA (cuatro), por
la primera izquierda.

ALCALDE ¡ En nombre del Rey, presos !
¡ Rendid vuestras espadas !

(Cesan de luchar, y a la llegada del enemigo común,
se reúnen, quedando ellos en un lado y la ronda en
frente.)

LEGO (La ronda.) (Al Rey.)
REY (Al Lego.) (Sí, la ronda.
Maldigo su llegada.)

(Aparte al Lego.)

(Que no me reconozcan,
es de honra para mí.)
LEGO (Marchaos descuidado,
que yo me quedo aquí.)

Este amigo y yo decimos
que la espada no rendimos.

ALCALDE ¡ Ved que el Rey habla por mí !

LEGO Pues ni al Rey hacemos caso !

(Vos diréis si me propaso.) (Al Rey.)

Conque largo ya de aquí.

ALCALDE ¡ Tamafía insolencia
castigo tendrá !

(¡ A ellos sin miedo,
y nuestros serán !)

LEGO (¡ A ellos, amigo, (Al Rey.)

y en mí confiad,
que en casos como este
también sé atacar !)

REY (¡ Que me ha conocido (Para sí.)
no cabe dudar !

¡ Valiente es el Lego
y listo en verdad !)

(El Rey y el Lego atacan furiosamente a la ronda,
que se defiende con brío al pronto, pero que después,
acosada por ellos y desarmados algunos de las que la
la forman, es causa de que huyan todos gritando:
« ¡ Favor al Rey ! »)

LEGO ¡ Huyeron los valientes !

Podéis marchar tranquilo.

REY Amigo, esta es mi mano.

LEGO ¡ Jesús ! ¡ Yo vuestro amigo !

REY ¿ Quien soy adivinaste ?

LEGO ¡ Pues claro está, señor !

Mi espada.

(El Rey se descubre.)

(La coge por la hoja y se la presenta por la empuña-
dura, rodilla en tierra. El Rey la coge y le entrega la
suya al Lego.)

REY Ten la mía
en premio a tu valor.

LEGO Honra tan grande
no merecí.

REY Si hay honra en ello
no es para ti.

LEGO He de esgrimirla
 siempre por vos.
REY Gracias, amigo.
 Queda con Dios. (Se va.)
LEGO ¡ El Rey mi amigo !
 ¡ Qué gran honor !
 ¡ ¡ Ya no me tose
 ni mi Prior !!

TELÓN DE CUADRO

MUTACION

CUADRO CUARTO

Antesacristía del convento de San Pablo. Puerta a uno y otro lado. En el telón, una ventana que figura dar a un patio y por la que ha de irse viendo amanecer. A la derecha, mesa grande con tapete verde, sobre la que hay un plato de bronce, con un grupo de ánimas entre llamas en el centro. Esta decoración ocupará una sola caja.

ESCENA PRIMERA

DON FADRIQUE y EL PRIOR, que salen por la derecha: luego el HERMANO ANTOLÍN (1)

PRIOR ¿Qué sucede para que a tales horas ven-
 gáis al convento?
FADRIQUE Padre... dispensad si llego a importuna-
 ros.
PRIOR En modo alguno. Pero, ¿qué ocurre? Es-
 táis demudado.
FADRIQUE ¡ Me abrasa la ira !
PRIOR Ya me tenéis impaciente.
FADRIQUE No sé si os he dicho en otra ocasión, que
 amo a una mujer.
PRIOR Lo ignoraba.

(1) El Prior.—Don Fadrique.

FADRIQUE Pues bien; esa mujer, que cuantas veces he llegado a ella me ha rechazado con viril energía, ama a su vez a otro hombre, que precisamente es el que hizo abortar nuestros planes cuando el asunto del Astillero.

PRIOR ¿Pablo?

FADRIQUE El mismo.

PRIOR ¿Luego ella es la hija del armador?

FADRIQUE Justo. La hija de Gelmírez, que, habiendo muerto su padre y deseosa de conocer el paradero de su amante, cuya suerte ignora, ha llegado hace tres días a Sevilla. Sébedor yo de ello y del arribo de Pablo, cuyo barco quedó anoche anclado en San Telmo, tomé mis medidas para que no llegaran a reunirse los amantes, y cuando estaba a punto de lograr mis propósitos, los ha hecho venir a tierra un demonio con hábitos de franciscano.

PRIOR ¿Quién?

FADRIQUE El maldito Lego de esta santa casa, que he de hacer colgar del campanario.

PRIOR ¿Pero cuál es su culpa?

FADRIQUE Haberme arrebatado a la doncella, cuando la sacaba de su morada, matando a uno de mis servidores e hiriéndome a mí en este brazo. ¡Bien maneja la espada el maldito!

PRIOR ¿Estáis seguro de que era él?

FADRIQUE No me cabe duda.

PRIOR ¡Hermano Antolín! Cada vez está el pobre más sordo. ¡¡Hermano Antolín!!

HERMANO ¿Qué manda vuestra paternidad? (1)

PRIOR ¿Está el Lego en el convento?

HERMANO No, padre.

PRIOR Pues estad en acecho y avisadme inmediatamente que le veáis llegar.

HERMANO Se hará como mandáis. (Se va.)

(1) Don Fadrique.—Prior.—Antolín.

FADRIQUE ¿Veis cómo no me engañé? ¡Oh, yo le prometo que ha de acordarse de mí!

PRIOR Hariais mal en castigarle directamente, porque aparte de la inmunidad de este recinto, sería confesar que fuisteis vos el raptor. Más calma y dejad este asunto a cargo mío.

FADRIQUE ¡No sé si me podré contener!

PRIOR ¿Decís que Pablo está en Sevilla?

FADRIQUE Sí; desde anoche.

PRIOR ¿Y si yo os dijese que la llegada de ese hombre es nuestra salvación y nuestra venganza?

FADRIQUE ¿Qué decís?

PRIOR Vos odiais a Pablo, porque es el preferido de la mujer que amáis. Yo... yo, ya sabréis algún día por qué le odio. ¿Lo que ambos anhelamos es hacerle desaparecer? Pues bien, en nosotros mismos está lograr nuestro deseo.

FADRIQUE ¿Cómo? No comprendo.

PRIOR Pues bien sencillo es. ¿No formamos parte los dos del tribunal que, por delegación del Rey juzga los delitos de alta traición?

FADRIQUE Sí.

PRIOR ¿Y no nos está pidiendo todos los días vuestro hermano el castigo de los culpables del crimen del Astillero?

FADRIQUE Justamente.

PRIOR ¿Pues quién más sospechoso de haberlo cometido, que aquel que con ocasión del mismo crimen se eleva donde, sin él, jamás pudo elevarse?

FADRIQUE ¡Ah! ¡Sí, eso es! ¡Sin la muerte del capitán, Pablo seguiría siendo un pobre marinero! Pero no, no; eso es únicamente un indicio, y para sentenciar, en caso tan grave, es indispensable una prueba plena.

PRIOR ¿Y quién os dice que no podamos inventarla?

HERMANO Reverendo señor, el Lego.
PRIOR Esperadme en mi celda, que no es conveniente que nos vea juntos.
FADRIQUE Sentadle bien la mano.
PRIOR Descuidad. (Se va don Fadrique por la derecha.)

ESCENA II

EL PRIOR y EL LEGO. (1)

LEGO (¡ El Prior !) Bendito y alabado sea...
PRIOR ¿ De dónde venís a estas horas ?
LEGO De dar un paseíto, reverendo padre.
PRIOR ¿ Quiere decir que habéis pasado la noche fuera del convento ?
LEGO Lo más fuera posible.
PRIOR ¿ Y lo confesáis con ese cinismo ?
LEGO Si preferís que mienta...
PRIOR No, eso no. ¿ Y qué habéis hecho por ahí ?
LEGO Obras de misericordia, señor : dar de beber al sediento ; (Señalándose al pecho.) rescatar una pobre cautiva ; sufrir con paciencia las flaquezas de un prójimo y rogar a Dios por otro prójimo a quien tuve necesidad de enviar al otro mundo.
PRIOR Estáis en pecado mortal.
LEGO No tanto, reverendo padre, no tanto.
PRIOR ¡ Basta ! Mientras depuráis vuestra alma en el Santo Tribunal de la penitencia, os impongo, como previo castigo, no volver a salir del convento en quince días.
LEGO Tenga en cuenta vuestra paternidad, que me falta visitar a los enfermos, consolar al triste y enterrar al muerto.
PRIOR Ya lo harán otros. A ver : entregadme las armas que llevéis encima.
LEGO (Esta sí que es la más negra.)
PRIOR Venga la espada.

(1) El Prior. — El Lego.

- LEGO ¡ Ah, señor, la espada ! ¡ Considerad, reverendo padre, que no es un arma vulgar la que os entrego ! (Se la da)
- PRIOR Tiene las armas reales en la empuñadura. ¿ De quién es esta espada ?
- LEGO Mía desde anoche, reverendo señor.
- PRIOR ¿ Y quién os la ha dado ?
- LEGO Un amigo mío. Don Pedro de Castilla.
- PRIOR ¿ El Rey ?
- LEGO Justo ; mi amigo, el Rey, con quien tuve la honra de batirme.
- PRIOR ¡ Se os ha subido el vino a la cabeza !
- LEGO Aun no, señor ; pero puede, puede que se me suba.
- PRIOR Venga esa otra arma.
- LEGO ¿ Esta ? ¡ Y habrá quien diga que no hay casualidades en el mundo ! ¡ Otro recuerdo, reverendo padre !
- PRIOR ¿ Del Rey también ?
- LEGO ¡ De un valiente ! ¡ De mi amigo Pablo, del héroe del Astillero !
- PRIOR ¿ Cómo ? ¿ Qué dices ? ¿ Estás cierto que este cuchillo es de él ?
- LEGO Y tan cierto. Como que yo mismo se lo arrebaté de las manos cuando trataba de suicidarse momentos antes de la botadura del barco.
- PRIOR Está bien. ¡ Hermano Antolín !
- LEGO A la otra puerta. ¡ ¡ Hermano Antolín ! !
- HERMANO Mande vuestra paternidad. (1)
- PRIOR No dejéis salir al hermano Blas del convento, bajo pretexto alguno, hasta nueva orden mía.
- HERMANO Seréis obedecido. (Se va por la izquierda.)
- LEGO (Pues si yo sé que es para esto, cualquier día lo llamo.)
- PRIOR ¿ Estáis enterado ?
- LEGO Pero considerad, reverendo padre...
- PRIOR Ni una palabra más. Ahora a cumplir vuestras obligaciones y no tratéis de fu-

(1) Lego Prior. — Antolín.

garos, porque, sobre no conseguirlo, sería severísima la pena. (Se va el Prior por la derecha.)

ESCENA III

LEGO, después DEVOTAS y DEVOTOS, que van entrando como lo marca el diálogo.

LEGO ¡Quince días prisionero :
está loco mi Prior !
¿Cómo me dejó yo a Flor
en casa del Hostelero?
Y toda mi culpa está
en venir tan de mañana.
Ahora, a tocar la campana,
que Dios me iluminará.

(Tira de una cuerda-maroma que habrá en el ángulo derecho, junto a la ventana.)

Una tras otra aventura
me tienen tan trastornado,
que de cuanto me ha pasado
no me doy cuenta segura.
¡Flor en Sevilla...! ¡Ni al diablo
se le podía ocurrir!
¿Y a qué habrá sido el venir
si ignora que está aquí Pablo?

DEVO. 1.^a (Desde la puerta de la izquierda.)
Deo gracias.

LEGO (Paseándose y sin oír a nadie.)

No es que me importe,
pero me da en qué pensar.

DEVO. 1.º ¿Hermano, puedo pasar?

LEGO : ¡Vamos, que Flor en la Corte!

DEVO. 2.^a ¿Se puede, hermano?

LEGO (Como antes.) Es en vano
pensar ; ¡ con ello no doy !

DEVO. 1.º ¿Hermano, paso o me voy?

LEGO (¿Ya comienzan?) Pase, hermano.

DEVO. 1.º Hacedos cargo de estos quesos para el padre Marcelino.

(Trae una cesta sin tapas de las redondas de caña, con

varios quesos grandes en aceite o mejor dicho, que figuren por el color haber estado en aceite.)

LEGO (Si le gustan como el vino muy pocos quesos son esos.)
Déjalos sobre esa mesa.

(¿Y quién sería el raptor?)

DEVO. 1.^a Suspiros para el Prior,
de parte de la abadesa. (Una caja con tapadera.)

DEVO. 2.^a Este tarrito de miel
para el padre Juan.

LEGO Allí. (Por la mesa.)

DEVO. 2.^o ¿Cepillo del culto?

LEGO (El más cercano.) Aquí.

DEVO. 3.^o ¿El de ánimas?

LEGO (Por el plato de bronce.) Aquél.

DEVO. 3.^a Esta deliciosa tarta
para el hermano Mariano.

LEGO Aunque es goloso el hermano,
lo que es de esta vez, se harta.

DEVO. 4.^a ¿Saldrá el padre Gil?

LEGO Saldrá.

DEVO. 4.^o ¿Hay misa cantada?

LEGO No.

DEVO. 5.^a ¿Y mi hábito, pareció?

LEGO No sabemos dónde está.

DEVO. 5.^a Colgado quedó de un hierro
junto al altar de San Roque.

LEGO ¡Ah! Pues entonces no os choque:
se lo habrá llevado el perro.

DEVO. 6.^a Esto para Santa Rita.

(Un corazón de cera.)

DEVO. 5.^o Para San Pascual Bailón.

(Un cordero de cera.)

DEVO. 7.^a Tomad, para San Ramón.

(Un niño de cera.)

DEVO. 6.^o ¿Está mi espada bendita?

LEGO No está.

DEVO. 6.^o Diga: ¿podré usarla
sin exponerme a un fracaso,
cuando lo esté?

LEGO Por si acaso,
haréis bien en no sacarla.

(No vi majadero igual.)

DEVO. 8.^a Mis cruces.

DEVO. 7.^o Mi escapulario.

DEVO. 9.^o Mis medallas.

DEVO. 10 Mi rosario.

LEGO ¡ El diluvio universal !

Música

UNOS Hermano Blas.

OTROS Oigame a mí.

LEGO ¡ Voto a Caifás !

¡ Largo de aquí !

TODOS ¿ Qué le pasa al buen leguito ?

LEGO (Yo enloquezco de esta vez.)

¡ Que estoy frito !

TODOS ¿ Frito ?

LEGO ¡ Frito !

(De escuchar tanta sandez.)

TODOS Oiganos, si no se enfada.

LEGO (Hoy los tengo que sufrir.)

No oigo nada.

TODOS ¿ Nada ?

LEGO ¡ Nada !...

(¡ Que se pueda resistir !)

TODOS ¡ Atienda, hermano,

oiga una cosa !

LEGO ¡ Ay, qué familia

tan numerosa !

TODOS Decidnos ¿ quién puede vencer al diablo ?

LEGO San Pablo.

TODOS ¿ Quién es de la peste la piedra de toque ?

LEGO San Roque.

TODOS ¿ Quién más generoso da ciento por uno ?

LEGO San Bruno.

TODOS ¿ Quién puede sacarnos mejor de un aprieto ?

LEGO San Cleto.

TODOS Pues denos entonces un buen amuleto
de cada uno de ellos.

El tocino en sendas lonjas,
oreándose el jamón,
y colgada la cabeza,
que de verla daba horror.

Y gritos por aquí
y llantos por allá,
los pobres hermanitos
consuelo no hallarán !
¡ Inspirado por el cielo
el glorioso San Antón,
a chorizos y morcillas
tla su santa bendición ;
y jamones y tocino
se reunen sin tardar,
y a la vida vuelve el cerdo
con asombro general !

Y locos de placer,
los siervos del Señor,
así dicen a coro
al noble San Antón.

—
¡ Ay, Antón, ay, Antón !
Yo te pido protección.
¡ Si me roban o me pierdo,
búscame sin dilación !
¡ Ay, Antón, ay, Antón !
Haz por mí, si hay ocasión,
lo que hiciste por el cerdo...
¡ dicho sea con perdón !
¡ San Antón, San Antón !
Yo te pido protección.
¡ Si me roban o me pierdo
búscame sin dilación !
¡ San Antón, San Antón ! etc., etc.

TODOS

Hablado

LEGO Y ahora, hermanitos, a la iglesia a encomendarse al santo, que ya debe haber empezado la misa.

DEVO. 1.^a Sí, sí, vamos, vamos.

DEVO. 1.^o Adiós, y gracias, hermano Lego.

VARIOS ¡Gracias, gracias!
LEGO No hay de qué, hermanitos, no hay de qué. (Se va el Coro por la izquierda.)

ESCENA IV

EL LEGO, EL PRIOR, DON FADRIQUE y luego el HERMANO ANTOLÍN.

LEGO ¡Uf! Creí que no se iban en toda la mañana. ¿Y cómo me las compongo yo para abandonar el convento? Si fuera de noche, todo se reduciría a descolgarme por una ventana; pero a estas horas... a estas horas no tengo más remedio que salir por la puerta principal. ¿Y cómo salgo yo por la puerta principal?

FADRIQUE (Al Prior.) El Lego. (1)

PRIOR (No os déis a partido con él. Pasad como si no le conociérais.)

LEGO (¿El Prior con un desconocido? ¡Pero... sí, no hay duda, es él, el raptor que ha venido a denunciarme!)

PRIOR Hermano Blas, lo dicho.

LEGO Vuestra paternidad será obedecido.

PRIOR Así lo espero.

FADRIQUE Pasad. (Al Prior.)

PRIOR Gracias.

FADRIQUE (Ya ajustaremos cuentas nosotros.) (Mirando al Lego.)

LEGO (Ya te lo diría yo si estuviéramos solos.) (Por don Fadrique. Se van don Fadrique y Prior por la izquierda.) ¿Quién será ese hombre? Daría algo bueno por saberlo. ¡Ay, Blas!, por lo que tú darías algo bueno, era por poder salir de aquí en este momento. ¡Y sin armar escándalo, que es lo más difícil!

(1) Don Fadrique. Prior. Lego.

ESCENA V

EL LEGO y EL HERMANO ANTOLÍN.

HERMANO Hermano Lego, el Coro nos llama.

LEGO ¡Cómo lo habrás oído tú, si eres como una tapia!...

HERMANO ¿Vamos?

LEGO (A su oído.) Tengo pocas ganas de subir escaleras, padre Antolín.

HERMANO ¡Todo sea por Dios! ¿Pues de qué tiene ganas el hermano Blas?

LEGO ¡De... comer! (Iba a decir de escaparme.)

HERMANO ¿De comer? ¿Acaso no os habéis desayunado?

LEGO ¡Aun no! (Siempre al oído.)

HERMANO Hacéis mal en abandonar el estómago. Yo acabo de tomarme una magritas riquísimas.

LEGO (Así estás tú que pareces el cerdo del milagro.)

HERMANO ¿Qué decís?

LEGO ¡Que así estáis de rollizo!

HERMANO ¡Calle! ¿y qué hace aquí todo esto?

LEGO Presentes de los devotos.

HERMANO Buena cara tienen estos quesos. (Cogiendo uno y oliéndole.)

LEGO (Dios los cría y ellos se juntan.) (Dice esto como todos los apartes en voz alta y mirando al Hermano Antolín con cara risueña y afirmando con la cabeza.)

HERMANO ¿Verdad que sí?

LEGO ¡Eso mismo! ¿Qué apostamos a que se os está haciendo la boca agua?

HERMANO No va muy descaminado el hermano Lego.

LEGO (Es el más glotón de toda la casa, y cuidado que los hay glotones.) (Al público.)

HERMANO ¿Qué habrá en aquella cajita?

LEGO (Encoge los hombros como indicando que lo ignora.)

- HERMANO Pues con verlo hasta. (Deja las llaves sobre la mesa y coge la caja que abre con las dos manos.)
- LEGO ¡ ¡ Deja las llaves sobre la mesa ! ¡ Ilumíname, San Francisco !)
- HERMANO ¡ Si son polvorones !
- LEGO ¿ Si ? ... (¡ Que se coma uno, Dios mio !)
- HERMANO Lástima que a mí no me gusten.
- LEGO (Mi gozo en un pozo.)
- HERMANO ¡ Ah ! Pero aquello... ¡ Aquello sí que es de mi agrado !
- LEGO ¡ Como que es una tarta magnífica ! (La coge con las dos manos y se la presenta muy cerca al hermano Antolín.) ¡ Ved, ved qué cara tiene !
- HERMANO ¡ Ahora sí que se me hace la boca agua !
- LEGO (¡ Anda con ella, zampatortas !)
- HERMANO No, no, de ninguna manera. ¡ Qué diría el hermano despensero si la viese empujada !
- LEGO (Más cerca.) Vamos...
- HERMANO (Retirándose.) No me tientes, demonio, quita, quita.
- LEGO ¿ Y os vais a quedar con ese gusto estando yo aquí ?
- HERMANO La verdad, es que debe saber a gloria.
- LEGO ¡ Anda, y con canelita y todo ! (Acercándose.)
- LEGO ¡ Que sí debe saber... ! ¡ ¡ Toma canela ! !
- (Le planta la tarta en la cara al hermano Antolín, cogiéndola y aplastándola casi sin poder respirar. Coge las llaves y echa a correr hacia la izquierda.)
- HERMANO ¡ A...h ! ¡ A...y !
- LEGO ¡ Que aproveche ! ¡ ¡ A la hostería ! !
- HERMANO ¡ So...ocorro ! ¡ Soocorro ! ¡ Se escapó ! ¡ ¡ A ese ! ! ¡ ¡ A ese ! ! (Todo esto lo dice poniendo una cara muy estirada, con gran fatiga y relamiéndose la boca. A la última frase echa a correr hacia la izquierda. Telón de cuadro.)

MUTACIÓN

CUADRO QUINTO

Jardín del Alcázar de Sevilla.

ESCENA PRIMERA

EL REY y DON FADRIQUE (1)

FADRIQUE ¡ Señor !

REY Te estaba esperando
con verdadera impaciencia.

FADRIQUE ¿Cómo tan solo?

REY ¿Qué dices?
¿Yo solo? ¡Qué más quisiera!
¡Cómo ha de estarlo, quien vive
con sus pesares a vueltas!

FADRIQUE ¿No sois feliz?

REY ¿Tú lo eres?

FADRIQUE ¿Soy yo rey?

REY ¡Ay, si lo fueras!

¡Ciñérase la corona
y verías lo que pesa!
En fin, ya estás a mi lado
y desaparecen las penas,
que tú presencia me basta
para no acordarme de ellas.

FADRIQUE Gracias, señor; ese afecto
que mi alma de gozo llena,
de mi acendrado cariño
es justa correspondencia.

REY Lo sé: no puede dudarlo
quien a su pesar recuerda
que tres hermanos tenía
y uno tan sólo le queda.

FADRIQUE ¡Siempre leal!

REY Dios lo haga,
Conque... ¿qué ocurre? ¿Qué nuevas
me das?

(1) Don Fadrique.—Rey.

- FADRIQUE Que ayer, en San Telmo,
quedó anclada la galera
de Pablo.
- REY Grata noticia.
Mas, ¿por qué no se presenta
a mí el capitán?
- FADRIQUE Sin duda
aguarda la hora de audiencia.
- REY Ordena que se le avise
para que al instante venga.
Quiero premiar sus servicios.
- FADRIQUE Bien merece recompensa
por su adhesión y su arrojo.
- REY Tendrá lo que más anhela.
- FADRIQUE Ah, me olvidaba anunciaros
que a vuestra real presencia
vendrá el Tribunal.
- REY Me place;
porque tal acto demuestra
que de ocultos delincuentes
a darme noticias llegan.
¡Y el crimen del Astillero
sigue en las sombras!
- FADRIQUE Se espera
dar con el autor muy pronto.
- REY Quiera el cielo que así sea.
Conque no olvides mi encargo
y adiós.
- FADRIQUE Con vuestra licencia.
(Va a poner rodilla en tierra.)
- REY Siempre a mis brazos.
- FADRIQUE En ellos
mi felicidad se encuentra.
(Se abrazan y don Fadrique se va por la derecha.)

ESCENA II

EL REY, después EL LEGO y FLOR.

- REY No todos me son traidores,
pero sí todos me envidian.
¡Del envidioso al traidor

no hay más que un paso en la vida !

(Se retira hacia la derecha viendo marchar a don Fa-
drique y quedándose ensimismado.)

LEGO

(Sale por la izquierda, trayendo de la mano a Flor.)

**Creí que no nos dejaban
penetrar en todo el día.**

FLOR

¿Por qué tu empeño en traerme
a ver al Rey?

LEGO

(Señalándole al Rey.) Calla y mira: (1)

FLOR

¡El Rey!

LEGO

Tras esos arbustos
ocúltate, que precisa

que yo me entere primero
si está suave o si pincha.

FLOR

Cuidado cómo le hablas.

LEGO

Descuida, mujer, descuida.

Si somos amigos íntimos.

Ya verás cómo me estima.

(Se oculta Flor; el Lego, después de estirarse los há-
bitos y arreglarse los cordones, da un paso hacia ade-
lante, retrocede, y por fin dice con tono melífluo y con
la capucha echada:)

Deo gracias

REY

(Volviéndose de repente.) ¿Quién?

LEGO

Un humilde

siervo de Dios.

REY

(Muy enfadado.) ¡Qué osadía!

¿Cómo a mi presencia llega
sin previa licencia?

LEGO

(¡Atiza!

Si no llego a ser amigo
me pone la mano encima.)

REY

¡Fuera de aquí!

LEGO

(Arrodillándose y quitándose la capucha.)

¡A vuestras plantas
sufra la pena debida!

REY

¡El Lego!

LEGO

Justo. El de anoche.

(Acción de desaffo.)

(1) Rey.—Lego.—Flor.

REY Eso te vale. (Indicándole que se levante.)

LEGO (Respira,
amigo Blas. De seguro
que Flor de miedo tirit.)

REY ¿Qué quieres de mí?

LEGO Paciencia

para escuchar cuanto diga.

REY ¿Vienes a pedir mercedes?

LEGO Vengo a demandar justicia.

REY Para eso hay jueces.

LEGO Conozco

los jueces que hay en Sevilla.

¿Estaría yo aquí ahora
si fuesen como debían?

REY (Tiene razón.) Habla pronto.

LEGO (Pincha menos ; pero pincha.)

Pues oid, señor, el caso

que mi llegada motiva.

Éranse... y no va de cuento
porque esto es la verdad misma,

un noble, por la presencia ;

tres rufianes que le auxilian ;

un lego que ve de largo ;

un hostelero que atisba ;

la vieja que nunca falta,

y una joven hermosísima.

Llegan el noble y su gente,

ante una puerta que gira

sin que la golpee nadie,

dando paso a la perfidia.

Se oye charlar a la vieja ;

se oye gritar a la niña ;

salen el noble y los suyos

en brazos ya con la víctima,

y el hostelero se asusta,

y el Lego se encalabrina,

y espada en mano se lanza

sobre la turba maldita,

y se oye el chocar de aceros,

y se oyen frases implas,

y al final de la jornada

y por permisión divina,

se ve huir a dos rufianes ;
a otro en el suelo sin vida,
al noble, herido y en fuga ;
en su cubil a la harpía ;
asombrado al hostelero ;
rescatada a la cautiva,
y al Lego, así : espada en mano,
como una figura bíblica.
Eres un valiente !

REY

LEGO

Gracias.

REY

Lástima grande que vistas
ese hábito.

LEGO

En estos tiempos
es una prenda magnífica.

REY

¿Y el caso fué anoche?

LEGO

Anoche,

antes de nuestra... entrevista.

REY

¿Por qué no me lo contaste?

LEGO

No era la ocasión propicia
para ello.

REY

¿Quién es el noble?

LEGO

Lo ignoro.

REY

¿Quién es la niña?

LEGO

La huérfana de Gelmírez,
el armador.

REY

¿Flor?

LEGO

La misma.

La prometida de Pablo,
que está también en Sevilla,
y a los que haríais dichosos
uniéndolos de por vida.
Vé a buscarla.

REY

LEGO

No es preciso.

REY

¿La trajiste?

LEGO

Se adivina.

¿Soy yo por ventura tonto?
Pues llámala.

REY

LEGO

¡ Hermana mía !

¡ Ven, que quiere verte el Rey !

REY

(¡ No tiene el lego malicia !)

LEGO

(¿ Ves cómo somos amigos ?)

REY Lo creo.
 LEGO Contraviniendo sus órdenes
 me he escapado del convento.
 REY Eres el diablo.
 LEGO Eso dicen,
 y yo casi voy creyéndolo.
 REY Pues vete cuando te plazca
 que ningún mal te deseo.
 LEGO ¡Gracias, señor!
 REY (A Flor.) Tú me esperas.
 FLOR Como mandéis.
 REY ¡Pronto vuelvo!
 (Se va por la derecha.)

ESCENA IV

FLOR y EL LEGO. (1)

LEGO ¿Ves cómo no te engañaba?
 ¿Ves como el Rey es mi amigo?
 FLOR ¿Y vendrá Pablo?
 LEGO Muy pronto.
 FLOR ¡Me habrá olvidado, Dios mío!
 LEGO ¡Vaya, perdió la chabeta!
 FLOR ¡Tan simple como él: lo mismo!
 Oye, del lance de anoche
 silencio por Dios.
 LEGO Opino
 como tú: no hay que contárselo,
 mientras no sea preciso.
 FLOR ¿Me querrá como antes?
 LEGO ¡Vaya!
 FLOR ¿Está muy guapo?
 LEGO ¡Guapísimo!
 Mírale.
 FLOR ¡Pablo!
 LEGO Sí, Pablo.
 ¡Gracias a Dios que ha venido!

(1) Flor.—Lego.

ESCENA V

FLOR, EL LEGO Y PABLO, por la derecha.

Música

FLOR ¡ Pablo, mi Pablo !
PABLO ¡ Flor !
FLOR Sí. ¡ Tu Flor !
PABLO ¡ Tú en el Alcázar !
LEGO Trájela yo.
PABLO ¿Cuál es la causa?
LEGO Pon atención.

A la muerte de su padre
sin amparo Flor quedó,
y a saber que fué de Pablo
a la Corte se llegó.
Al convento fué a buscarme
y la traje al punto aquí,
porque yo, por ti sabía
que tenías que venir.

PABLO ¡ Oh, qué desgracia !
 ¡ Muerto tu padre ! (A Flor.)
 ¡Cuál es mi pena
 ya tú lo sabes !

LEGO Como el Rey me quiere mucho,
 como luego apreciarás,
 le he pedido que os proteja
 y no dudo que lo hará.
 Y me estoy imaginando
 que ya os veo en el altar,
 y que el Rey es el padrino
 y que yo tengo el misal.

PABLO Tanta ventura
 no es para mí.
FLOR Vivo y aliento
 sólo por ti.

LEGO Manda el Rey que seáis en seguida
 marido y mujer,
y mandándolo el Rey, pues es claro
 que tiene que ser.
Y si manda que al año siguiente
 le déis un varón,
pues tenéis que cumplir con la orden
 sin más remisión.

PABLO ¿Tú me quieres?

FLOR ¡ Oh, sí ; quien bien ama
 no puede olvidar !

LEGO Yo no veo, podéis abrazaros
 con comodidad. (Se echa la capucha.)

PABLO Esa mano. (Al Lego.)

LEGO (Ahora besa su mano.)
 Soy sordo también.

PABLO {
FLOR { Es a ti.

LEGO ¿ Es a mí ? Pues aprieten
 los dos a la vez.

FLOR ¡ Cuánto nos quiere !

LEGO No lo dudéis.

PABLO ¡ Cómo pagarte !

LEGO Bien fácil es.

—
Pues si tenéis un rorro

 como yo espero,
dejándolo a mi lado

 que sea lego,
y os juro que con gusto
 le enseñaré,
todas las picardías
 que yo sé hacer.

FLOR ¡ No, no, no, no !

LEGO ¡ Sí, sí, sí, sí !

PABLO A mi pesar
 me hacen reír.

—
LEGO Yo haré que el mozo
 sepa jugar ;
yo haré que el cobre

sepa batir,
que a las doncellas
haga llorar,
y que a las viejas
haga reir.
Yo haré que trague
más que un tonel;
yo haré que tenga
mucho valor,
y que los frailes
rabien con él,
y que se ría
de su Prior.

PABLO {
FLOR { Ese eres tú.
LEGO Ese soy yo,
y si el chico resulta algo lego,
mejor que mejor.

PABLO {
FLOR { ¡Peor que peor!
LEGO ¡Mejor que mejor!

A UN TIEMPO

LEGO Yo haré que el mozo
sepa jugar, etc., etc.

PABLO {
FLOR { Es su retrato,
no hay que dudar,
pues él el cobre
sabe batir,
y a las doncellas
hizo llorar,
y a las beatas
hace reir.
Siempre ha bebido
más que un tonel,
y nadie duda
de su valor,
y los hermanos
rabian con él,
y hasta se ríe
de su Prior.

Hablado

PABLO Tú alegría es contagiosa.
LEGO Más vale así.
PABLO Ya lo creo.
FLOR ¡ Dios ha querido reunirnos !
LEGO ¡ Vaya, abur !
FLOR ¿ Te vas ?
LEGO Sospecho
que os vais a poner melosos,
y el onceno mandamiento
es no estorbar.
PABLO ¡ Habrá simple !
Vamos, ven.
LEGO Que no me quedo.
Además, que desde anoche
tengo aquí un vacío inmenso,
y voy a la real cocina
donde con amigos cuento.
PABLO Pues que aproveche.
LEGO Eso mismo
se me estaba a mí ocurriendo.
FLOR ¡ Tonto, más que tonto !
LEGO Conque...
ya sabéis : ¡ que ha de ser lego !
(Se va por la derecha.)
PABLO Ya llegan los cortesanos.
FLOR No sé por qué, pero tiemblo.

ESCENA VI

FLOR, PABLO, EL REY, DON FADRIQUE, NOBLES y CORO
GENERAL

Música

CORO Ya por fin llegó la hora,
yo no sé qué pasará
que por orden de don Pedro
se nos hizo convocar.
Esperemos un instante
y sabremos el por qué.

Su semblante está risueño,
nada malo hay que temer.

(Mientras canta el Coro, salen don Fadrique y el Rey éste avanza en busca de Flor, y Pablo, al verlo, se adelanta, saludándole rodilla en tierra.)

REY Bien venido sea el marino.

PABLO A sus plantas.

REY Eso no;

a mis brazos.

PABLO Tanta honra...

REY La merece tu valor. (1)

Querido hermano,—quiero que veas
al que fué rayo—en la pelea.

FLOR (¡ Jesús mil veces !)

FADRIQUE (Me conoció.)

REY ¿Qué tienes, niña?

FLOR Nada, señor.

(¡ Este ha sido el miserable
que en mi casa penetró !

¡ Y es hermano de don Pedro !

PABLO (Al mirarle se turbó.)

REY Caballeros de mi corte,
ved al bravo capitán
que a la flota aragonesa
ha vencido en alta mar.

Como premio a sus hazafías
y por gracia sin igual,
el Condado de Carmona
concedido tiene ya.

PABLO No os ofendan mis palabras,
mas rehusó tal honor.

REY ¿No buscó el marino honra?

PABLO Mucha fué la que ganó,
pues un Rey entre sus brazos
al volver le recibió.

REY Yo te debo recompensa.

PABLO ¡ Bien pagado voy con Flor !

FADRIQUE Señor, hace un instante
aguarda el Tribunal.

Decid si en vuestra cámara

(1) Don Fadrique.—Rey.—Pablo.—Flor.

podemos esperar.
 REY Si el caso no es secreto,
 aquí podéis llegar.
 FADRIQUE El Rey da su licencia.
 ¡ Señores, avanzad !

(Entran varios nobles, el Alcalde y el Prior.)

ESCENA VII

Dichos, EL PRIOR, EL ALCALDE y DOS NOBLES.

PRIOR ¡ Señor ! (1)
 REY Sed bien llegados.
 Podéis ya comenzar.
 PRIOR Del bravo Condestable
 venimos a acusar
 al bárbaro asesino.
 NOBLES ¿Quién es el criminal?
 REY Pues le llegásteis—a descubrir,
 pronto el castigo—debe sufrir.
 PRIOR ¡ Su muerte al punto !
 No puede ser.
 No llega a tanto
 nuestro poder.
 FADRIQUE De toda pena—a salvo está,
 porque le ampara—tu autoridad.
 REY ¿Y quién te ha dicho, hermano
 que ampare al criminal?
 ¡ Si tú el culpable fueras
 mandarate yo ahorcar !
 ¿Dónde se halla el miserable?
 PRIOR Aquí mismo está, señor.
 REY ¿Quién es él?
 TODOS ¡ Su nombre !
 FADRIQUE ¡ Pablo !
 REY {
 FLOR { ¡ ¡ Jesús ! !
 PABLO ¡ ¡ Mientes ! !
 TODOS ¿ El ? ¡ Qué horror !

(1) Alcalde. Dos nobles. Don Fadrique.— Prior. — Rey.— Pa-
 blo.— Flor.

REV ¡ Pruebas, pruebas necesito !
PRIOR Esta sola se encontró.
 Ved : el arma conque el reo
 el delito cometió.

(El cuchillo de Pablo, que le dió el Lego en el cuadro anterior.)

PABLO ; Mi cuchillo !

Todos ¡ Su cuchillo !

REY ¿Luego es tuyo?

PABLO ¡ Mío es !

¡ Pero yo, señor, muy pronto
mi inocencia probaré !

FADRIQUE
PRIOR
JUECES

¡ Pues del crimen es culpable,
que lo espíe con la pena
merecida !

¡ Muera al punto el miserable,
que a pagar se le condena
con la vida !

FLORENTINO. ¡No, mi Pablo no es culpable, ni por él es esa pena merecida!

¡ Es ese hombre el miserable
que a pagar hoy le condena
con la vida !

De ese crimen no es culpable,
ni por él es esa pena
merecida.

Yo he de hallar al miserable
que a pagar hoy le condena
con la vida.

Es el sino miserable
que me envuelve en su cadena
maldecida.

Y en el mundo deleznable
a pagar hoy me condena
con la vida.

CORO Pues del crimen es culpable,
que lo espíe con la pena
merecida, etc. (C)

(Como el Prior)

FLOR ; Piedad, señor !

FADRIQUE ; Justicia !

PABLO ¡ Justicia quiero yo !

FLOR ¡ Mi Pablo es inocente !
REY ¡ Su vida pide a Dios !
PRIOR Al reo, sin demora,
 reclama el tribunal.
REY De Pablo yo respondo.
 Aquí se ha de quedar.
FLOR Tú repara
 que él te ampara
 contra todos hoy aquí.
 Yo confío,
 Pablo mío,
 que te salve para mí.
PABLO El me ampara,
 mas repara
 cual me acusan hoy aquí.
 Es la muerte
 trance fuerte,
 mas no importa, venga a mí.
REY Yo le amparo
 y no reparo
 cual le acusan hoy aquí.
 En conciencia,
 su inocencia
 es muy clara para mí.
FADRIQUE Si él le ampara
PRIOR no repara
 cual le acusan hoy aquí.
 Yo respiro,
 pues le miro
 en las rédes que tendí.
CORO No repara
 si le ampara
 que el disgusto crece así.
 Indignada la nobleza
 su cabeza
 pide aquí.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO SEXTO

La escena estará dividida A la derecha, figurará haber una celda con una puerta al lado, de topes, que tendrá un cerrojo echado. Otra puerta en la pared divisoria, cerca del proscenio, con cerrojo y llave por la parte de afuera. Una ventana con cuatro barras de hierro, a tres metros del suelo; debajo de ella una mesa de pino; sobre la mesa una silla, también de madera, un libro con forro de pergamino, tintero y pluma: junto a la pared de topes y cerca de la puerta de dicho lado, una tarima como las que hay en las celdas de los frailes Franciscanos, y, sobre ella una almohada y una manta. En el suelo, una linterna de aceite con un sólo mechero encendido. Al lado izquierdo, una galería. Este lado estará oscuro por completo.

ESCENA PRIMERA

II. LEGO, en la celda, subido en la silla, figurando limar los hierros de la ventana. LOS FRAILES, dentro.

Música

FRAILES (Dentro.)

*Summae Parens clementiae
mundi regis qui machinam,
unius et substantiae
terminusque personis Deus.*

LEGO

En tanto que los padres
a Dios están rezando,
la reja de mi encierro
yo limo con cuidado.
Si alguno me sorprende...

no quiero ni pensarlo.
Por una causa justa
Dios sabe lo que hago.

¡ Ay, cómo rechina
el hierro maldito !
Como lo sintieran...

¡ ay, pobre Leguito !
Llevo ya tres días
dale que le das,
y esta misma noche
hay que terminar.

Ris, ras,

ris, ras,

ya la mano se me duerme
de seguir este compás.

Ris, ras,

ris, ras,

no se mueven más aprisa
los maderos de San Juan.

FRAILES

(Dentro.)

*Nostros pius cum cánticis
fletus benigne súspice,
ut corde puro sordium
te prefuamur largius.*

LEGO

A Dios están pidiendo
los libre del pecado,
y Dios, por lo que veo,
no quiere hacerles caso.
También yo a Dios le pido
me saque de aquí salvo,
mas yo, a la vez que ruego,
la reja voy limando.

¡ Ay, qué lima esta,
ya me tiene frito ;
qué hierro tan duro,
ay, pobre Leguito !
Llevo ya tres horas
dale que le das,
y aunque falta poco
ya no puedo más.

Ris, ras,

ris, ras,

ya la mano se me duerme
de llevar este compás.

Ris, ras,

ris, ras,

no se mueven más aprisa
los maderos de San Juan.

Hablado

Parece que acabaron por hoy los rezos. También mi faena está a punto de terminar. Poco me falta, muy poco; pero no es prudente seguir. Queda la ronda de última hora y si me sorprendieran... (como si predicara.) Amados oyentes míos: He dicho. (Se baja al suelo.) A quitar el púlpito, Blas. ¡No son ganas de verme fuera de aquí las que tengo! Y que no puede pasar de esta noche, porque según el último aviso de Marcelo, el pueblo, soliviantado por la nobleza, quiere tomarse la justicia por su mano. Pobre Pablo; si no lo quiero ni pensar! ¡Acusarle a él de asesinato y tener yo la culpa; porque si yo no hubiese llevado su cuchillo, no le hubieran levantado ese falso testimonio! ¿Pero qué daño le habrá hecho a mi Prior ese pobre chico? A su sitio la lima. (Figura meterla bajo un ladrillo.) ¡Hasta luego, dulce protectora! Es decir, el protector fué Marcelo que me la envió dentro de un pastel. No quiero pensar si el hermano Antolín, que es tan goloso, le llega a clavar el diente al pastelito. Y digo el diente, porque al pobre no le queda más que uno. Gozando estoy, nada más que de pensar la cara que va a poner mañana el infeliz a la hora de entrarme el desayuno. ¿Y la del Prior, cuando se entere de mi escapatoria? Por supuesto, que lo primero que yo hago esta noche es ir derecho al Alcázar, y una vez allí... una vez

allí, se lo cuento todo a mi amigo Perico, y ya veréis vosotros lo que es bueno. Ea, a la tarima, que de tanto subir al púlpito tengo unas agujetas como para mí solo.
(Se ocha en la tarima.)

ESCENA II

EL LEGO, EL REY y EL HERMANO ANTOLÍN.

Sale el Rey seguido del hermano Antolín, que trae un farol en la mano y viene tembloroso.

HERMANO Aquella es la celda, señor. (Por la del Lego.)
REY Abre. (Se lo indica también con el ademán.)

HERMANO Ved que me espera un terrible castigo.
REY ¡ Miserable ! ¡ Obedece a tu Rey, o vive Dios que de un tajo te cerceno la cabeza !
(Antolín se arrodilla.)

HERMANO ¡ Misericordia, señor, misericordia !
REY ¡ Trae la llave, pobre hombre, trae la llave y vé a decirle a tu Prior que don Pedro de Castilla te la acaba de arrebatarse a viva fuerza.

HERMANO Tomad, señor. (Dándosela.)
REY Vé, vé a contárselo. Ya no te necesito para nada.

HERMANO (¡ Dios me coja confesado !) (El Rey mete la llave en la cerradura y el hermano Antolín le alumbra.)

LEGO Parece que abren. Seguramente es el hermano Antolín. Me haré el dormido. Pero eso no quita para que le insulte ; él no me oye y yo me desahogo. (Se vuelve de cara a la pared. El Rey entra en la celda y Antolín se va.)

ESCENA III

EL LEGO y EL REY.

REY (Allí está.) Hermano.
LEGO A la otra puerta, glotón.

- REY (¿Qué dice? Estará soñando.) ¡Hermano!
- LEGO Que no me da la gana de contestarte, estúpido.
- REY ¡Eh! ¡Vé con quién hablas, imbécil!
- LEGO ¿Cómo? (Volviéndose.) ¡María Santísima, el Rey! (Poniéndose de rodillas sobre la tarima.) ¡Yo, pecador, me confieso a Dios!...
- REY ¡Déjate de rezos, que el caso apremia!
- LEGO ¡Ah, señor, perdonadme; os había tomado por mi carcelero! ¡Pero, vos aquí, el Rey en mi celda!
- REY Calla de una vez. ¿Desde cuándo te tienen encerrado?
- LEGO Desde el día que estuve en el Alcázar. Al entrar en él mi Prior, me echó la vista encima y...
- REY Basta. Entonces, ¿ignoras lo que ocurre?
- LEGO Todo lo sé. No han faltado amigos carifiosos que...
- REY Silencio. Pablo asegura que el cuchillo que presentaron los jueces, obraba en tu poder desde antes del crimen.
- LEGO Verdad. Pablo es inocente, estoy dispuesto a declararlo. Yo diré que eso es una invención de mi Prior. ¿Por qué no me hicisteis llamar?
- REY ¡Desdichado! La orden de que te llevasen a mi presencia, hubiera sido lo bastante para que tu Prior te hiciese desaparecer ante el temor de que lo delatasen.
- LEGO ¡Demonio, pues es verdad! Mas ya no hay caso, porque como habéis venido vos a preguntármelo...
- REY ¡Qué sabes tú hasta donde pueden llegar las infamias! El Prior debe saber que estoy en el convento y no tardará en venir a buscarme. En interés tuyo y mío, niega haberme revelado ese secreto.
- LEGO Bien, señor; pero vos salvaréis a Pablo. El Rey lo puede todo.
- REY ¡El Rey!... ¡El Rey puede jugarse la co-

rona! Clero, nobleza y pueblo, Sevilla entera, alentada por los parciales de mi hermano don Enrique, ruge amotinada demandando el castigo del culpable. ¿Cómo detener esa avalancha sin caer envuelto en ella? ¡Ah, si yo diese con el verdadero asesino!

LEGO Si apretáseis a mi Prior... El debe tener la clave de este enigma.

REY A eso vengo, pero antes he querido cerciorarme de si Pablo mentía.

ESCENA IV

Dichos, EL PRIOR y EL HERMANO ANTOLÍN.

PRIOR (Sale precediendo a Antolín y se dirige a la celda del Lego, en cuya puerta da con los nudillos al tiempo que habla.) ¿Dáis, señor, vuestra real licencia?

LEGO (El Prior.) (Al Rey.)

REY (Al Lego.) (Silencio.) Pasad. (El Prior pasa a la celda y el hermano Antolín se queda en la galería, sentado sobre un banco que debe haber junto a la pared divisoria, y en el que poco a poco y durante la escena que sigue se queda dormido, sin hacer aspavientos.)

PRIOR ¡Vuestra Alteza en tan pobre lugar! Venid, señor, y ya que nos cabe la honra de recibir vuestra real visita, tengamos también la satisfacción de acogeros con las debidas preeminencias.

REY Pláceme vuestra solicitud, pero renuncio a los homenajes.

PRIOR Si tal es el deseo de Vuestra Alteza...

REY Lo es.

PRIOR Hágase, pues, la voluntad del Rey, y si acaso mi presencia os importunase...

REY En modo alguno. Cumplida está la misión que a la celda del Lego me trajo, y puesto que vos la sospecharéis y yo no tengo para qué ocultárosla, sabed, Pa-

dre, que desgraciadamente su resultado no ha sido favorable para el reo. El Hermano Blas, sincero o temeroso, niega conocer el arma homicida.

LEGO Yo, señor...

PRIOR ¡Calle el Lego!

REY Y no permanecería ya en este sitio, a no suponer que seríais gustoso en saludarme, y a no serlo yo en corresponderos.

PRIOR ¡Ah, señor, tanta honra!...

REY La que merecéis. Y por cierto que aprovechando los breves instantes de que puedo disponer, he de haceros una pregunta a la que espero contestaréis con la lealtad del caballero y la sinceridad del sacerdote.

PRIOR Disposed de este humilde siervo de Dios.

REY Despachad al Lego.

PRIOR Pasad a esa otra celda, Hermano Blas.
(Indicando la puerta de ropes.)

LEGO ¿Celda llama vuestra paternidad al calabozo?

PRIOR (Pasando a la derecha, por detrás del Rey, y descorriendo el cerrojo de la puerta, que abre.) Entre el Lego y calle.

LEGO ¿Y voy a pasar ahí toda la noche?

PRIOR Silencio he dicho.

LEGO (Entrando.) ¡Y yo que me veía ya libre!
(Dentro el Lego y el Prior echa otra vez el cerrojo.)

ESCENA V

EL REY, EL PRIOR. ANTOLÍN dormido.

PRIOR Estoy a vuestras órdenes.

REY ¿Qué quejas tiene contra don Pedro de Castilla el General de los Franciscanos?

PRIOR ¿Yo? ¿Quejas yo contra mi Rey?

REY ¿De modo que puedo contar con vuestra completa adhesión?

PRIOR Sin duda alguna.

REY Pues bien: ¿Qué significa entonces, que

cuantas veces he abogado por la inocencia del infeliz reo, otras tantas os habeis colocado frente a mí?

PRIOR La certeza de su culpa.

REY ¡Falso!

PRIOR ¡Señor, tened en cuenta mi sagrado ministerio!

REY Padre... Tened vos en cuenta la verdad que está mucho más alta. Pero no es eso sólo. Tengo la convicción, y dentro de muy poco tendré seguramente pruebas, de que vuestra orden conspira contra mí y a favor de mi hermano don Enrique.

PRIOR Han engañado a Vuestra Alteza.

REY No neguéis lo que en toda Sevilla se propala. Sed enemigos míos si os place, pero a la luz del sol, cara a cara, hombre a hombre, no como vil raposa que se aprovecha de la obscuridad para cometer sus felonías.

PRIOR ¡Ved, señor, que sois mi Rey!

REY ¡Vuestro Rey!... Pasaron aquellos tiempos en que don Pedro de Castilla se enorgullecía de contar entre sus más fieles servidores al noble, al valeroso, al esforzado capitán don Gabriel de Haro.

PRIOR No le nombréis, señor; ya no existe.

REY Sí, tenéis razón, Padre; debió morir, porque si él viviera y fuese General de los Franciscanos, antes sucumbiría de vergüenza que consentir que la orden se rebelase contra su legítimo señor.

PRIOR Callad, callad.

REY Haría memoria del solemne juramento que prestó de ser fiel a su Rey.

PRIOR Basta, basta.

REY Recordaría, que si él honró con sus hazañas las banderas de don Pedro de Castilla, también éste le honró cumplidamente.

PRIOR ¡Ah... no puedo más! ¡Sí, enemigos

a la luz del sol, cara a cara, de hombre a hombre ! ¡ Uno de los dos sobra en el mundo !

REY ¡ Por fin ! ¡ Así os quería ! Pero hablad de una vez. ¿ Qué motiva ese odio africano ?

PRIOR ¡ Y vos me lo preguntáis !... ¡ Vos ; el deshonorador de mi infeliz hermana ?

REY ¿ Pero qué decís ? ¿ Estáis loco ? ¿ Yo... yo el deshonorador de vuestra hermana ? ¿ De dónde ha salido esa infame calumnia ?

PRIOR ¡ Calumnia !... Leed esa carta de la pobre mártir, que no os debe ser desconocida.

REY Venga. (El Prior le da la carta y él la coge y lee a la luz del velón.) « Señor, me habéis engañado miserablemente : acabo de saber vuestro verdadero nombre y condición, y temiendo que aun a los pies del trono alcance la venganza de mi hermano, huyo por no revelarle mi deshonor ni vuestra infamia. Que Dios os perdone. » (Deja de leer. ¡ A los pies del trono !... ¡ Pues bien : Yo, el Rey, el que fué un tiempo vuestro amigo, el primer caballero de Castilla, os juro por la sagrada memoria de mi madre y por la salvación de mi alma, que no soy el infame seductor de doña Lucinda ! (Le devuelve la carta.)

PRIOR ¡ Dios santo !

REY Ahora, seguid tratándome como enemigo, si así os lo dicta vuestra conciencia ; yo, por mi parte, comprendo vuestra ofuscación, y no sólo os perdono, sino que os compadezco. Quede con Dios el General de los Franciscanos. (Medio mutis.)

PRIOR ¡ Señor, señor ! Yo os quisiera creer... os creo, os creo. No es posible que vos, mi Rey, mi amigo, cometáis el horrible sacrilegio de jurar en falso. Hacéis bien en compadecerme y agradezco el perdón que me otorgáis ; pero auxiliadme, señor,

- auxiliadme para que penetre la luz en mi cerebro.
- REY ¿No puede ser falsa esa carta?
- PRIOR No.
- REY ¿Pues entonces, no pudo ser dirigida a alguien que si no en mi mismo trono, se halle cerca, muy cerca de él?
- PRIOR ¡Seguid, seguid!
- REY ¿Y habéroslo enviado esa misma persona a quien se dirigió, que bien puede ser un enemigo mío, con objeto de poner en mi contra a la poderosa orden de los Franciscanos?
- PRIOR ¡Ya, ya va penetrando la claridad!
- REY ¿No véis en esto la mano de Enrique de Trastamara?
- PRIOR ¡Ah, señor; *fiat lux*!
- REY ¿Quién, quién os ha entregado ese documento?
- PRIOR (Arrodillándose.) ¡Perdón!
- REY ¡El nombre de ese infame enemigo!
- PRIOR Imposible; los secretos de confesión no pueden revelarse.
- REY Válgale Dios.
- PRIOR No, no ha de valerle. El seductor de doña Lucinda sentirá el horrible peso de mi venganza, y si es quien sospecho, su castigo será más espantoso todavía.
- REY Alzad, Padre.
- PRIOR Recordad mis ofensas, e impondme la pena merecida.
- REY Alzad. Yo os perdono de todo corazón.
- PRIOR ¡Gracias, señor! (Se levanta.) ¡Dios os premie!
- REY ¿Qué tenéis? (Viendo que el Prior vacila.)
- PRIOR No es nada. La emoción. ¡Me habéis hecho sufrir horriblemente!
- REY Sentaos. ¿Queréis que llame?
- PRIOR No, no. Pero marchaos, señor, marchaos al Alcázar; reunid en torno vuestro a cuantos estiméis como verdaderos parciales y preveníos a cualquier contingencia.

cia, mientras yo ordeno a la Comunidad que salga a calmar a las masas.

REY Estimo el aviso en cuanto vale. ¡Hoy sabrán en Sevilla, quién es don Pedro!

PRIOR No perdáis tiempo. Yo os acompaño hasta la salida.

REY En modo alguno. No podéis moveros, estáis tembloroso. Me acompañará el hermano portero. Quedad con Dios, Padre.

PRIOR El guíe a Vuestra Alteza. (El Rey sale de la celda; ve dormido al hermano Antolín y le zarandea para despertarle.)

REY ¡Hermano!

HERMANO ¿Quién?

REY ¡Vamos, hermano!

HERMANO (Viéndole y levantándose.) ¡El Rey!

REY Andad. (Sale andando por la izquierda.)

HERMANO (¡Cuándo descansaré yo esta noche!)
(Sale con el farol detrás del Rey.)

ESCENA VI

EL PRIOR Luego DON FADRIQUE. Después EL HERMANO ANTOLÍN.

PRIOR ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias por haberme sacado de mi error! ¡Aun es tiempo de reparar el daño hecho! ¡Y don Fadrique esperándome en mi celda para que dispongamos la última infamia que ha de hacer rodar el trono de don Pedro. ¡Ah, miserable de mí! ¡Miserable de mí, que dejándome llevar del primer impulso, he sido juguete de ese malvado! (Don Fadrique aparece por el fondo de la galería, mirando hacia el sitio por donde salió el Rey.)

FADRIQUE Por fin salió el Rey del convento. ¿Cuál habrá sido el objeto de su visita? (Mirando ahora a la celda del Lego.) Y aun continúa el Prior en la celda del Lego. ¡Salgamos de esta maldita incertidumbre! ¿Padre, dáis licencia?

- PRIOR (¡¡ El !! ¡ Dadme calma, Señor, dadme calma !) Adelante.
- FADRIQUE (Pasando a la celda.) Me estaba matando la impaciencia. ¿Y el Lego?
- PRIOR En otra celda.
- FADRIQUE ¿Habló el Rey con él?
- PRIOR Sí.
- FADRIQUE Entonces, somos perdidos.
- PRIOR Aun no.
- FADRIQUE ¿Qué queréis decir?
- PRIOR Que por ese lado nada tenéis que temer. El Rey sigue en la creencia de que su hermano don Fadrique es un perfecto caballero. (Con gran ironía.)
- FADRIQUE ¿Qué significa esa ironía?
- PRIOR Significa que la verdad se abrió camino y que no podéis continuar engañándome por más tiempo.
- FADRIQUE ¿Cómo?
- PRIOR Que me consta de una manera cierta y positiva que no fué el Rey el seductor de mi infeliz hermana.
- FADRIQUE (¡ Todo lo sabe ! Serenidad.) Si no fué él, ¿quién entonces?
- PRIOR ¡¡ Vos !!
- FADRIQUE ¿Yo?
- PRIOR ¡ Sí, vos, miserable hipócrita !
- FADRIQUE ¡ Oh ! ¡ Basta ! Para acusar, hay que tener pruebas.
- PRIOR ¡ Pruebas !... Ya sabemos los dos cómo se inventan.
- FADRIQUE Y si yo os diese mi palabra de que...
- PRIOR ¡ Vuestra palabra !... ¡ Jurad por la salvación de vuestra alma que estáis inocente de esa culpa ! ¡ Juradlo por la memoria de vuestra desdichada madre, y... !
- FADRIQUE ¿ Desde cuándo necesita jurar un infante de Castilla para ser creído ?
- PRIOR ¡ Ah !... ¡ Dejadme, dejadme y dad gracias a Dios que sois mi huésped ! ¡ Idos, todo ha terminado entre nosotros !

FADRIQUE Ved que estáis en una horrible ofuscación.

PRIOR ¡Salid! (El hermano Antolín aparece por el mismo lado que salió con el Rey, con las llaves en una mano y el farol en la otra, y al ver abierta la puerta de la celda del Lego, dice:)

HERMANO Parece que el Prior va a pasarse la noche en la celda del Lego.

FADRIQUE (Hay que jugarse el todo por el todo.)

HERMANO (Acercándose a la puerta en actitud de escuchar.) No oigo nada. ¡Maldita sordera!

PRIOR ¡¡Salid!!

FADRIQUE Pues bien: vuestro deseo será cumplido; pero como demostración de esa caballerosidad que me negáis, antes de partir devuelvo al General de los Franciscanos estos documentos que el día de mañana pudieran comprometer a la orden. (Le presenta con la mano izquierda unos papeles que habrá sacado antes del pecho, teniendo en la mano derecha la daga que al volverse antes, cuando dijo el aparte, desenvainó y oculta tras él.)

PRIOR Vengan.

FADRIQUE ¡Tomad! (Le clava la daga en el pecho.)

PRIOR ¡Ah, miserable! (Intenta avanzar hacia don Fadrique, pero vacila, llevándose las dos manos al pecho.) ¡Socorro, socorro!

FADRIQUE ¡No hay tiempo que perder! (Sale a la galería y dice viendo a Antolín.) ¡Hermano portero, venid, que el caso urge!

HERMANO (¡El otro!)

PRIOR ¡Socorro!

FADRIQUE ¡Vamos! (Cogiéndole de un brazo.)

HERMANO ¡Ya, ya voy, señor! (Salen izquierda, casi arrastrando don Fadrique a Antolín.)

ESCENA VII

EL PRIOR, a poco EL LEGO. El Prior habrá caído sobre la tarima, casi desfallecido, y la daga al suelo.

PRIOR Se me escapa la vida y no acude nadie en mi auxilio. ¡Socorro!

- LEGO (Dando porrazos por dentro en la puerta de la derecha.)
¡Abrid! ¡Abrid!
- PRIOR ¡Ah! ¡El Lego...!
- LEGO ¡Abrid! ¡Abrid!
- PRIOR ¡Va! Fuerzas, Dios mío, que no... quede... sin castigo... el miserable... (Apoyándose en la tarima, casi arrastrándose, llega a la puerta y descorre el cerrojo con la mano izquierda, quedando casi detrás de la puerta que se abre hacia la celda.)
- LEGO ¡Por fin! (Viendo al Prior.) ¿Qué os sucede, Padre?
- PRIOR Me han herido... de muerte.
- LEGO ¿Quién?
- PRIOR Don Fadrique.
- LEGO ¡Jesús! ¡Voy a pedir auxilio!
- PRIOR ¡No; pudiera expirar mientras acuden! Toma, escribe ahí... (Le da la carta que le devolvió el Rey y que tiene en la mano.)
- LEGO ¡Animo, Padre! (Escribiendo sobre la mesa.)
- PRIOR (Dictando.) «Muero a manos... de... don Fadrique.»
- LEGO Valor.
- PRIOR «El es también el... asesino... del Condestable.»
- LEGO ¡Jesús!
- PRIOR «Y el pa... el padre... de Pablo.»
- LEGO ¿Cómo?
- PRIOR Trae: con mi sangre lo firmo. (Figura que firma con el puñal.) ¡Dios mío... perdón... acógeme... en... en tu seno! (Se le escapan de los brazos al Lego y cae muerto al suelo. El Lego lo mueve como si creyese que era un desmayo, pero luego se cerciora de que está muerto, y se arrodilla a su lado poniéndose a rezar en voz baja.)
- LEGO ¡Padre, Padre! ¡Sí, acógedle en vuestro seno, Dios mío!

ESCENA VIII

Dichos, el HERMANO ANTOLÍN.

HERMANO (Mirando a la puerta de la celda.) ¿Pero aun no

ha salido el Prior? ¡Qué harán ahí tanto tiempo! Si yo me atreviese a mirar... (Se pone a mirar por el ojo de la cerradura.) ¡Eh!... ¡Sí! ¡El Prior en el suelo y el Lego arrodillado junto a él! (Entra en la celda.) ¿Qué es esto, hermano Lego?

LEGO (Señalándole el cadáver.) ¡Ved, ved, qué desgracia!

HERMANO ¡Muerto, muerto el Prior! (El Lego se levanta y recoge la carta que se guarda.) ¡¡Asesino!! ¡¡Socorro, socorro!! (Yéndose hacia la puerta.)

LEGO ¡Hermano Antolín! (Yendo hacia él.)

HERMANO (Sale corriendo por la galería.) ¡Socorro! ¡¡Al asesino!!

LEGO ¿Pero qué se figura ese hombre? ¡Hermano Antolín! (Ya en la galería.) ¡No me oye! ¡Y vendrán todos, y mientras se aclara que yo no soy el culpable, pasan las horas y a Pablo le ejecutarán al amanecer!... ¡Ah, sí! ¡La reja! ¡Dios me inspiró! (Entra corriendo en la celda; pone la mesa bajo la ventana, sobre la mesa la silla, y sube él, forcejeando para desprender la reja.) ¡No cede, y van a venir!... ¡Parece que los siento llegar!... ¡Sí! ¡Oigo el murmullo de sus voces!... ¡Qué horrible momento!...

HERMANO (Dentro.) ¡Por aquí, por aquí!

FRAILES (Dentro.) ¡Muera, muera el asesino!

LEGO ¡Un milagro, Dios mío!

HERMANO ¡Por aquí! (Ya en escena.)

FRAILES ¡Muera! ¡Muera! (Invaden la escena.)

LEGO ¡¡Ah!! ¡¡Gracias a Dios!! (Cede la reja para fuera y se precipita de cabeza por la ventana. Entran los frailes en la celda.—Cuadro.)

MUTACION

INTERMEDIO MUSICAL

CUADRO SÉPTIMO

Salón en el Alcázar de Sevilla. Puertas a derecha e izquierda. Al fondo balcón grande, por el que se verá parte de la ciudad.

ESCENA PRIMERA

FLOR, CORO GENERAL dentro.

Música

FLOR

Aumenta mi agonía
conforme el día avanza,
y el pecho ya frenético
sucumbe de dolor.

No extremes tus rigores,
no mates mi esperanza ;
Señor, oid mis súplicas,
salvadle, por favor.

Yo, que latir mi pecho amante
por él sentí,
no sucumbir en tal instante
jamás creí.

Para salvar
al que soñaba, vivir y amar,
gustosa diera mi vida entera
sin vacilar.

Nunca sufrí mayor tormento,
mayor dolor.

Oye, Señor, mi triste acento.
Piedad, Señor.

HOMBRES No haya piedad para el infame
que nos llena de baldón.
Aunque se ampare en el Alcázar
para él no haya perdón.

CORO ¡ Sús y a las armas, sevillanos,
no consintamos tal baldón !
¡ Si hay quien ampare al asesino,
para él no haya perdón !

FLOR. La nobleza se rebela
demandando su castigo,
ruge el pueblo amotinado
por los nobles inducido.

¡ Ah !

Pobre, pobre inocente
todos te acusan
sin compasión.
Hado inclemente
nunca te olvida,
turba rugiente
pide tu vida.

Solo, solo contigo,
Pablo del alma,
sufre tu Flor.

Yo que te adoro,
yo que te lloro,
yo que te dí mi amor.

Los sueños de ventura que forjé,
jamás realizaré.

Fiero destino trunca mi suerte,
venga la muerte, ya que mi sino
es el perderte.

Vive, vive y alienta,—Pablo del alma
para tu Flor.—Sea mi orgullo
ver junto al tuyo—mi corazón.

Del horror de la muerte
yo te quiero librar.

¡ Yo no quiero perderte ;
yo no quiero llorar !

ESCENA II

FLOR y EL REY.

Hablado

REY

¡ Pobre mujer ! Aun implora :
aun tiene fe, pues alienta.

¡ Flor ! -

FLOR

¡ Ah, señor ! (Levantándose)

REY

¡ Hija mía,

la hora terrible se acerca,
y yo perdonar no puedo
aunque perdonar quisiera.

FLOR

¡ Piedad !

REY

¿ Quién de mí la tiene ?

¿No oíste a la vil ralea
de perdidos y holgazanes,
de mi Sevilla vergüenza,
pedir a voces justicia
con amenazas rastreras?
¿No escuchaste las bravatas
de la endiosada nobleza
que ver desea cumplida
la malhadada sentencia?

FLOR ¿Si el Rey así me abandona,
ya qué esperanza me resta?

REY Vé al oratorio a esperarme
y allí, pobre niña, reza.

FLOR ¿Si es inocente mi Pablo,
¿por qué al suplicio lo llevan?
¿Quién en perderle se afana?
¿Quién? Pero si...

REY ¿Qué sospechas?

¿Qué nueva ilusión acoges?

FLOR No es ilusión, que es certeza.

REY Habla.

FLOR Sí, debo decirlo
aunque al decirlo os ofenda.

REY ¿A mí?

FLOR Señor, vuestro hermano
es quien su muerte desea.

REY ¿Mi hermano?

FLOR Sí, don Fadrique.

REY ¡No, pobre niña, tú sueñas!

FLOR ¡El, él que quiso robarme;
él, que con su amor me asedia;
él, que celoso de Pablo,
hoy a morir le condena!

REY ¡Calla, el dolor te trastorna!

FLOR ¡Pobre víctima indefensa,
ya sé quién es tu verdugo!
¡Maldito, maldito sea!

(Se va segunda izquierda.)

ESCENA III

REY solo.

¡No, si no quiero creerlo,

si no lo quiero creer !
¡ Si Dios no puede querer
que tenga que aborrecerlo !
¡ Si hasta tendría que verlo
y aun así lo duraría !
¿ Mi hermano, que es sangre mía
enfangándose en el lodo ?
¡ Mentira, mentira todo !
¡ Esa mujer desvaría ! (Pausa)
¡ Mas inútilmente arguyo :
loco está quien no repara
que Enrique de Trastamara
también es hermano suyo !
¡ Un desengaño rehuyo
y doy en una traición !
Y en tan cruel situación
me ocurre decir, impío :
¿ Por qué los reyes, Dios mío,
nacemos con corazón ?
¡ Y hay quien mi muerte procura
y mi corona ambiciona,
creyendo que una corona
da la soñada ventura !
¡ Cegados por su locura
me arrojan a un mar de hiel... !
¡ Mas yo he de flotar en él
aunque pese al mundo entero,
y al fin seré justiciero
aunque me llamen cruel !

ESCENA IV

EL REY y EL CAPITÁN.

REY	(Dirigiéndose a la segunda puerta derecha.) ¡ Capitán !
CAPITÁN	Mande Su Alteza.
REY	Aun a trueque de morir, necesario es resistir al pueblo y la nobleza.
CAPITÁN	Bien, señor, resistiremos. Dispuestos a todo estamos.

REY Más vale que sucumbamos
que no que nos deshonremos.
Nadie hasta mí ha de llegar
con excepción del Infante.

CAPITÁN Hace, señor, un instante
las puertas mandé cerrar.

REY ¿Las forzarán los traidores?

CAPITÁN No será tanto su brío.

REY En vos, Capitán, confío.

CAPITÁN O muertos o vencedores.

(Se va el Capitán por la segunda caja derecha, y el Rey se sienta junto a la mesa, que debe estar en primer término izquierda.)

ESCENA V

EL REY y EL LEGO.

REY ¡Y aún de mi rigor se quejan!

(Aparece el Lego por el balcón, con el hábito destrozado, la capucha caída, fatigosísimo, como si vinieran persiguiéndole y muy pálido. Mira a un lado y otro, y al echar una pierna sobre el barandal, ve al Rey. Es de advertir que continúa siendo de noche y la escena está alumbrada por una lámpara de aceite con varias mechas. Desde que entra el Lego en escena hasta el final de ésta, va amaneciendo poco a poco, hasta ser completamente de día.)

LEGO ¡Señor!

REY ¿Quién? (Volviéndose.)

LEGO ¡Yo!

REY (Levantándose.) ¿Tú?

LEGO ¡Sí tal!

REY ¡Por el balcón!

LEGO ¡Cada cual
entra por donde le dejan!

REY ¿De tu prisión has huído
o es el Prior quien te envía?

LEGO ¿Me persiguen todavía?

REY No. (Después de mirar por el balcón.)

LEGO ¿Pero qué ha sucedido?

Dar puedo gracias a Dios!

- REY Nuevas desdichas presiento.
 LEGO ¡ Terribles para el convento
 y espantosas para vos! ^
- REY ¿Qué traes? ¿Qué es lo que has visto?
 LEGO Dejad que me calme un poco,
 o voy a volverme loco.
- REY ¡Yo lo estoy ya, vive Cristo!
 LEGO (Hoy su fama no desmiente.)
 Os traigo una mala nueva,
 y una prueba.
- REY ¿Cuál?
 LEGO La prueba
 de que Pablo es inocente.
- REY ¡Dios al fin es justiciero!
 ¿Dónde está la prueba?
- LEGO (Señalándose al pecho.) Aquí.
- REY ¡Ya tarda en llegar a mí!
 LEGO Oídme, señor, primero.
- REY No es la ocasión más propicia.
 (Paseándose como presa de gran impaciencia.)
 ¡Ninguno más ansias véis!
- LEGO Tiempo sobrado tendréis
 de oír y de hacer justicia.
 (Dice esto el Lego con acento de verdadero horror,
 hasta el punto de que el Rey se para, le mira, le coge
 de un brazo y dice:)
- REY Estás temblando.
 LEGO Señor...
 el caso es para temblar.
- REY ¡Acaban de asesinar
 en mi celda a mi Prior!
- LEGO ¡Jesús! ¿Y quién fué el villano
 que así truncó su destino?
- REY ¡Magnate es el asesino!
- LEGO ¿Quién fué? ¿Quién fué?
 ¡Vuestro hermano!
- REY ¡Mientes!
- LEGO Os ciega el dolor.
- REY ¡Testigos de su vileza!
- LEGO Pedid a Dios fortaleza
 que aun es su infamia mayor.
- REY ¡Clava de un golpe el acero!

REY ¿Y el clero?

LEGO ¡¡ Se le castiga!!

REY ¡¡ Vete de aquí, Lucifer,
que yo no escuche tu acento!!

LEGO ¡ Para infundirle mi aliento
el diablo quisiera ser!

REY ¿ Tu aliento a mí? ¡ Loco estás!

¡ Guárdese el Lego su brío!

¡ Me sobra a mí con el mío

y a dónde llega verás!

¡ Yo haré que tiemble de horror
hoy mismo toda Sevilla!

LEGO ¡ Vos sois el Rey de Castilla;
os reconozco, señor!

(Arrodillándose ante el Rey.)

ESCENA VI

Dichos y EL CAPITÁN. Al entrar el Capitán se levanta el Lego y se separa a un lado de la escena.

CAPITÁN Alteza.

REY ¿Qué ocurre? Presto.

CAPITÁN Aquí don Fadrique llega.

REY (Al Lego indicándole la segunda puerta izquierda.)

Por allí hay salida, vete;

conviene que no te vea.

LEGO Los compañeros de Pablo
no lejos de aquí me esperan.

REY Vuelve al instante con ellos.

LEGO Dios ilumine a Su Alteza.

(Se va segunda puerta izquierda.)

REY Dí a don Fadrique que pase.

Mas conforme a la etiqueta

deje en tus manos sus armas.

(Saluda el Capitán y se va por segunda derecha. Vuelve a oírse a lo lejos al pueblo, Coro general.)

¡ Otra vez el mar se encrespa!

¡ Ay, corazón, lo que estorbas!

¡ Ay, corona, lo que cuestas!

ESCENA VII

EL REY y DON FADRIQUE.

FADRIQUE Dios guarde al Rey.

REY Dicha igual

le pido yo para ti.

FADRIQUE Hoy llego, señor, aquí,
en nombre del Tribunal.

REY ¿Y qué deseas?

FADRIQUE Aguardo
que resolváis en justicia.

REY Eso haré; ¿mas tu malicia
no acierta que si retardo
el momento de aplicarla,
es porque abrigo el temor
de que pueda algún traidor
siendo el culpable, esquivarla?

FADRIQUE El reo confeso está
y hay que cumplir la sentencia.

REY Consulta con tu conciencia
y ella te responderá.

FADRIQUE Señor...

REY Fué el golpe certero,
pues resultando del hecho
que sólo obtuvo provecho
del crimen el marinero,
a cualquiera se le alcanza
que habiendo una prueba plena
que estiman los jueces buena,
no ha menester más probanza.
¿Mas tú no crees que hubiese
algún traidor solapado
vivamente interesando
en que el barco no saliese?
¿No pudo la mala estrella
de ese hombre o tu destino,
hacer juez al asesino
para fallar la querella?
¿No piensas tú que hay aquí
un hijo de mala madre...?

FADRIQUE ¡Hermano !...

REY ¡ Mientes, mi padre
no pudo engendrarte a ti !

FADRIQUE Yo vengaré tal afrenta.

REY ¡Qué has de vengar, insensato!

(Echándose mano a la espada, al ver que don Fadri
que busca la suya para arrojarla sobre él.)

¡ Si das un paso, te mato !

¡Tuve tus mañan en cuenta!

FABRIQUE ¡Yo haré que tiembles de horror
cuando esa turba rugiente
llegue aquí mismo!

(Intenta irse, pero se detiene horrorizado al oír a don Pedro que le dice:)

asesino del Prior !!

ESCENA VIII

Dichos y EL CAPITÁN.

VOCES ¡ Muera el criminal ! (Dentro y cerca.)

FADRIQUE (Al Rey.) ¡ Escucha !

VOCES ¡ Justicia ! (Dentro y más fuerte.)

FADRIQUE : Tu hora llegó !

REY No tengas cuidado, no ;
sangrienta será la lucha.

FADRIQUE ¡ De nadie piedad esperes
si el pueblo sale triunfante !

CAPITÁN (Que sale agitadísimo.)

¡ Señor, oid un instante !

REY ¡ Habla ! ¿ Qué ocurre ? ¿ Qué quieres ?

CAPITÁN La turba desenfrenada
reclama con insistencia
llegar a vuestra presencia.

REY ¡Dejadle franca la entrada!

(Indica con enérgico ademán al Capitán que se vaya y aquél desaparece por donde entró)

¡ Aunque lo juzgues locura,
a recibirlos me avengo !

¡Mira el miedo que les tengo
a pesar de su bravura!

ESCENA IX

Dichos, EL PUEBLO, UN GRUPO DE NOBLES; luego EL LEGO, MARINEROS, FLOR y después PABLO.

PUEBLO ¡ Muera el reo !
REY ¡ Quien le ultraje
camina a su perdición !

LEGO (Apareciendo por la segunda puerta izquierda, seguido de los marineros, que vienen con hachas de abordaje. El trae un mandoble en la mano.)
¡ Aquí mi tripulación !
¡ Muchachos, al abordaje !

(La colocación de izquierda a derecha del público es la siguiente: El Pueblo, que ocupa desde el proscenio al foro. Don Fadrique en primer término y dos o tres Nobles a su lado. El Rey en el centro, detrás de él, Flor, que al oír el rumor del pueblo ha salido y pasa al lado del Rey. El Lego capitaneando a los marineros, y éstos que ocupan desde el proscenio al foro, todo el lado derecho. El balcón o mirador del fondo, libre por completo. Con el pueblo también mujeres.)

REY ¡ Para hablar al Soberano,
os pudieron prevenir
que nadie puede venir
con las armas en la mano !

LEGO Yo...

REY Calla.

LEGO En hablar insisto.

REY Calle el Lego de San Pablo.

LEGO Es que hay que ahuyentar al diablo,
y por eso traigo el Cristo. (Por la espada)

NOBLE Señor...

REY ¿ Qué pedís al Rey ?

NOBLE Ver la sentencia cumplida.

REY Es decir, ¿ vida por vida ?

NOBLE ¡ Así lo demanda la ley !

REY Siempre con ella cumplí.

Yo os dejaré satisfechos.

FADRIQUE No con palabras, con hechos
nos convencemos aquí.

REY ¡ Vas de la venganza en pos,

y la hallarás por mi nombre !
¡ La que ha comenzado un hombre
a terminarla va Dios !

PUEBLO ¡ El reo !

REY Sí, no hay reparo.

(Va al cuarto donde está Pablo, primera puerta iz-
quierda, lo saca y dice:)

¡ Aquí está : no tiene padre,
mas sí un nombre : el de su madre,
doña Lucinda de Haro !

(Don Fadrique, al oirlo, se estremece de horror y se
acerca al Rey. Flor se coge a Pablo como tratando de
defenderlo del pueblo. Movimiento en todos.)

FADRIQUE (Hermano, ¿qué osas decir?)

REY (¡ Lo que reza este papel :

lo afirma el Prior en él

à punto ya de morir !

¡ Toma y lee, miserable !

Mas pronto, que hay que acabar.)

FADRIQUE ¡ ¡ Hermano !! (Después de leer.)

REY (Cogiéndole el papel.) (¡ Voy a vengar
la muerte del Condestable !)

FADRIQUE (¡ Maldito de Dios, maldito,
a mi hijo llevo a la muerte !)

REY (¡ Así lo quiere la suerte,

él expiará tu delito !)

(Se oye gran vocerío fuera, como si el pueblo gritara
desde la parte de afuera.)

NOBLE ¡ Justicia el pueblo desea,
rugiendo de indignación !

(Don Pedro va corriendo al balcón y detrás de él don
Fadrique, que también se asoma al balcón.)

FADRIQUE (¡ Perdón, hermano, perdón !)

PUEBLO ¡ ¡ Muera el culpable !! (Dentro.)

REY ¡ ¡ Pues sea !!

(Dirigiéndose al pueblo que figura haber en la parte
de afuera.)

Tú, que cruel o justiciero
me llamas, pueblo venal,
¿ qué quieres ?

PUEBLO (Dentro.) ¡ El criminal !

(El Rey coge por el cuello y por la cintura a don Fa-

drigue, que, sorprendido, trata de desasistirse, pero no puede, y elevándolo en un supremo esfuerzo, lo arroja por el balcón.)

REY ¡¡ Ahí lo tienes todo enterò !!

(Grito y estremecimiento de horror o de asombro en cuantos están en escena: grito, también de espanto, en los que hay fuera.)

TODOS ¡¡ Jesús !!

REY ¡ Y yo pude amarle !

TODOS ¡¡ Qué horror !!

LEGO ¡ Cortó por lo sano !

REY ¡ No era ese monstruo mi hermano !

LEGO (Se quita el hábito, quedando en traje de época, de hombre de pueblo, y dice, tirándolo por el balcón.)

¡ Ahí va, para amortajarle !

REY ¡ El solo se sentenció,
juez y parte ha sido él,
ahí tenéis ese papel
donde el Prior le acusó !

(Entrega al Noble primero el papel que recogió a don Fadrique, y éste, después de leerlo, se queda con él y dice:)

NOBLE ¡ Fuísteis, señor, justiciero !

PABLO { (De rodillas, cada uno a un lado de don Pedro.)

Y FLOR } ¡ Gracias, señor !

LEGO (En el balcón.) ¡ Viva el Rey !

REY (A cuantos hay en escena.)

¡ Así cumple con la ley
el rey don Pedro primero !

(Música.—Telón rápido.)

FIN DE LA OBRA

141619

LS.C

Author

B5826

Title Biblioteca teatro mundial. Vol.17:--Nos.161-70.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

